





HISTORIA CONSTITUCIONAL
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

TOMO PRIMERO



HISTORIA CONSTITUCIONAL
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

POR
LUIS V. VARELA



EDICIÓN PARTICULAR DEL AUTOR

*Se levanta en la faz de la tierra
Una nueva gloriosa nación,*

Vicente Lopez

(Marcha Patriótica—1813)

TOMO PRIMERO

ANTES DE LA REVOLUCIÓN — LA REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810
PRIMERAS JUNTAS GUBERNATIVAS



LA PLATA

TALLER DE IMPRESIONES OFICIALES

1910

BIBLIOTECA DE LA CORTE SUPREMA	
NO. DE ORDEN	146 753
UBICACIÓN	F. 1253

<i>Estudios sobre la Constitución de Buenos Aires (1868)</i>	1
<i>Estudio sobre el sistema penitenciario</i>	1
<i>Concordancias y fundamentos del Código Civil Argentino</i>	16
<i>Facultad de las Cámaras legislativas para arrestar por desacato</i>	1
<i>Las provincias, ante el derecho federal argentino</i>	1
<i>Organización del Registro del Estado Civil de las personas</i>	1
<i>La Democracia Práctica (con un prólogo de Emilio Castelar, París 1875)</i>	1
<i>Debates de la Convención Constituyente de 1870-1873</i>	2
<i>Constituciones vigentes (1882)</i>	1
<i>Leyes municipales y judiciares vigentes</i>	1
<i>Poderes de Guerra del Presidente de la República (Pomeroy)</i>	1
<i>Estudios sobre la Constitución Nacional Argentina (artículos 5º y 6º)</i>	1
<i>Discursos parlamentarios (sobre las milicias provinciales)</i>	1
<i>En la Cordillera Andina</i>	1
<i>La Puna de Atacama</i>	1
<i>Historia de la demarcación de las fronteras entre Chile y la República Argentina</i>	2
<i>Ante el Arbitro</i>	1
<i>Las « Guías » (estudio jurídico sobre la facultad de dictar impuestos)</i>	1
<i>Las guías de campaña (defensa del Poder Ejecutivo de Buenos Aires ante la Suprema Corte Nacional)</i>	1
<i>Las concesiones provinciales ante el derecho federal argentino</i>	1
<i>Proyecto de Código de Procedimientos en lo contencioso-administrativo para la Provincia de Buenos Aires, sancionado por ley de 14 de Diciembre de 1905</i>	1
<i>Plan de reformas á la Constitución de Buenos Aires (1907)</i>	2
<i>La intervención de los Gobiernos en las Sociedades anónimas</i>	1
<i>Historia Constitucional de la República Argentina</i>	4

(1) El autor de esta obra es ó ha sido, desde 1868: Doctor en derecho; Abogado de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay; Ministro de la Suprema Corte de Justicia Federal, 1889-1899; Presidente de la Suprema Corte de Buenos Aires, 1887-1889; Fiscal de las Cámaras de Apelaciones; Diputado á las Legislaturas de Buenos Aires, 1874-1880; Miembro de las Convenciones Constituyentes de 1870-73 y 1882-89; Subsecretario de Estado en el Departamento del Interior. 1868-1872.



NDICE DEL TOMO I





INDICE DEL TOMO I



Introducción	Página 1-16
--------------------	-------------

PARTE PRIMERA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

APARICIÓN DEL PUEBLO AMERICANO

Historia institucional de la República. — La patria y el genio militar. — La nueva y gloriosa nación, proclamada por la asamblea de 1813. — Historia política y económica. — El nativo ó criollo antes de las invasiones inglesas. — Autoridades en nombre del soberano: Cabildos, Audiencias, Intendencias y Virreinos. — Privilegios imposibles al progreso. — La trata de negros. — La única preocupación: el oro y los metales preciosos. — La instrucción descuidada. — Clausura de la escuela de geometría, dibujo y náutica fundada por Manuel Belgrano. — Antipatía entre el español y el nativo. — La España americana: simple patrimonio personal de los reyes. — La legislación americana constituida por las Leyes de Indias, Ordenanzas y Cédulas. — Abdicación de Carlos IV y prisión de Fernando VII: oportunidades señaladas para la declaración de la Independencia. — Profecía del Conde de Aranda cumplida. — Revolución estallada en nombre del derecho natural desde el Orinoco hasta el Plata. — El gobierno de José Bonaparte desconocido

17-23



CAPÍTULO II

LA PRIMERA INVASIÓN INGLESA

Primera aparición del pueblo nativo. — Acontecimiento vergonzoso para el Virrey Sobremonte. — Placeres y banquetes en momentos de peligro inminente. — El invasor pisa tierra argentina — Escuadra al mando de Sir Hope Pophan. — Fuerzas de desembarco á las órdenes de Sir William Carr Beresford. — Misión cumplida: el pabellón británico izado en el Cabo. — Espíritu aventurero de los marinos británicos: obran sin órdenes del Almirantazgo. — Lo que dice el mayor Gillespie. — Acusación de traición. — Sobremonte salva las arcas reales y huye al interior. — Planes para la reconquista. — Alzaga y las milicias. — El sentimiento viril de los nativos. — Plan llevado á cabo por Liniers. — Mil hombres en la Colonia. — El corsario «Dromedario». — Tempestad del Sudeste. — Desembarco entre Olivos y San Isidro. — Patriotas á las órdenes de Liniers. — Campamento en el Miserere, hoy Plaza del Once. — Intimación al general Beresford — Término improrrogable de quince minutos. — Ataque. — Combate rudo. — Azoteas ocupadas por mujeres. — Campamento en la Plaza del Retiro. — Beresford y su Estado Mayor en la Recoba. — Muerte del ingeniero Kennet. — El asalto. — La bandera blanca. — Beresford rendido sin condiciones. — Triunfo del elemento patricio, nativo, popular

24-32

CAPÍTULO III

ELECCIÓN POPULAR DE LINIERS

El colono reemplazado por el ciudadano. — Buenos Aires sin autoridades. — Liniers no acepta la dictadura provisoria. — Asamblea popular ó Cabildo abierto. — La confirmación en el mando de Liniers. — El pueblo nativo interviene en todos los acontecimientos. — Sobremonte marcha sobre la Capital. — Delegación del mando político en la Real Audiencia; el mando de las armas en Liniers; al Cabildo las demás atribuciones. — Retiro del Virrey á Montevideo. — Nuevas manifestaciones tumultuosas. — Negociaciones entre Beresford y las autoridades. — Las reclamaciones populares aceptadas por la Junta de Guerra. — Capitulación antedatada sin valor alguno. —

Rendición á discreción.—Internación de las tropas inglesas.
—Entrada de Liniers al Fuerte de la Plaza de Mayo el 15 de
Septiembre de 1806

33-38



CAPÍTULO IV

SEGUNDA INVASIÓN INGLESA

Desacuerdo entre las autoridades de una y otra margen del
Plata.—Exigencia de los veteranos de Montevideo.—Mani-
festaciones hostiles á Buenos Aires.—Fracaso del complot
militar urdido por el caudillo D. Martín Alzaga.—La indebi-
damente llamada segunda invasión.—Bloqueo.—La escua-
drilla de Sir Home Pophan.—Derrota de Abreu en Maldonado.
—Llegada de refuerzos del Cabo y de Inglaterra.—General
Sir Samuel Achmuty.—Relevo de Pophan por el almirante
Sterling.—La expedición á Chile de Crawford; la división
naval del almirante Murray á las órdenes de Juan Whitelocke.
—Instrucciones terminantes: Reconquistar á Buenos Aires,
separarla de España é incorporarla á la corona británica.—
Operaciones de guerra contra Montevideo.—Desembarco de
Achmuty en el Buco.—Abandono de Montevideo por So-
bremonte.—Expedición al mando de jefes nativos.—Desas-
tre.—Acción directa del pueblo.—Don Martín de Alzaga
compelido á acceder á las exigencias del pueblo: la destitu-
ción absoluta del Virrey.—Junta de notables.—Primer triunfo
del pueblo soberano.—Padilla publica el «Southern Star».
—Política inglesa: Beresford, Achmuty y don Saturnino Ro-
dríguez Peña.—Reflejo de la situación por cartas del general
Achmuty.—Doctrinas imperialistas.—Súbditos británicos ó
insurrectos.—Ocupación de la Banda Oriental.—El coronel
Pack.—Liniers prepara la defensa de Buenos Aires.....

39-47

CAPÍTULO V

LA DEFENSA DE BUENOS AIRES

Nuevo ataque sobre Buenos Aires.—Ocupación de Montevideo
por el general Achmuty.—Trescientas naves en el estuario.—
Preparación de la defensa.—Liniers, la Audiencia, el Cabildo,
el Pueblo.—«Defiéndanse como puedan». — Organización
de las fuerzas populares: Andaluces, Cantabros, Gallegos,
Montañeses, Vizcainos y Catalanes.—Batallones de Patricios,



Arribeños, Pardos y Negros, Granaderos y Cazadores: la democracia nativa. — Desembarco de Whitelocke en Junio: 12.000 hombres. — Tres cañonazos clásicos: alarma. — Bandera inglesa izada en los templos. — Cinco días de combate cruento. — Elogio del heroísmo. — Valor legendario. — Capitulación firmada por todos los generales y almirantes ingleses. — Reembarco de Whitelocke en la Ensenada de Barragán. — Exclamación del coronel Kington. — Asombro del coronel Enrique Codogan. — Escudo de los patricios. — Honras fúnebres en Chile. — General Crawford y Manuel Belgrano. — Los gastos sufragados por el pueblo: las mujeres, con sus alhajas; los hombres, con donativos y trabajo personal. — Liniers idolo de los nativos. — Rivalidades entre patricios y españoles. — Influencia de los escritos: Contrato social. — Un párrafo de Filangieri. — White y las nuevas instituciones de Norte América. — La Gazeta. — Noticias fatales. — Napoleón invade la Península. — Disolución de la monarquía de los Borbones. — Resistencia á los comisionados franceses. — Dos tendencias: España americana ó Patria independiente. — Lucha entre Alzaga y Liniers.....

48 - 60

CAPÍTULO VI

JURAMENTO Á FERNANDO VII

La Primera Junta y Fernando VII. — Rey dos veces rebelde. — Los acontecimientos europeos y las instituciones argentinas. — Nuevas veleidades de conquista. — General Arturo Wellesley. — Liniers y Elío preparando la defensa. — Comunicación autógrafa de Liniers al Emperador. — Sesenta mil hombres sobre Madrid. — Ocupación francesa de la Península. — Conspiración de Napoleón y Fernando. — Abdicación de Carlos IV. — José Bonaparte, rey de España. — Clarovidente profecía de Canning: la caída del coloso. — Junta Suprema. — Orden al Virrey de Buenos Aires. — Llegada inesperada de Cisneros. — Otro rumbo en las ideas del pueblo nativo. — Inglaterra á favor de España contra los franceses. — Pretensiones de Sassenay, representante de Bonaparte. — Indignación del pueblo. — Sorpresa é indecisión de Liniers. — Proclamación. — Estudio jurídico. — ¿A quién debían obediencia las autoridades de Buenos Aires? — ¿Debían jurar fidelidad á Fernando VII, Carlos IV ó á Napoleón? — Monarquía independiente con Carlota de Borbón. — Plan meditado por Don Saturnino Rodríguez Peña. — Manuel Belgrano. — Pueyrredón, Castillo,



Vieytes, los hermanos Paso, apoyados por los ingleses, representados por Beresford.—Resolución de derribar á Liniers.—Proclama del Cabildo al pueblo.—España americana bajo el cetro de Fernando VII.

61-85

CAPÍTULO VII

REVOLUCIÓN DEL 1º DE ENERO DE 1809

Influencia de Liniers y sus errores.—Confianza de Elío, su enemigo.—«El francés traidor», admirador de Napoleón.—Hostilidades de Alzaga.—Rebelión de Elío.—Llegada á Montevideo del general Goyeneche, enviado de la Junta Suprema de Sevilla.—Recepción entusiasta.—Decreto destituyendo al gobernador de Montevideo y nombrando al capitán de fragata don Juan Angel Michelena.—Manifiesto violento del Cabildo de Montevideo.—Casi una declaración de guerra.—Desahogo contra Liniers.—Alzaga en Montevideo.—Conjuración: Goyeneche, Elío, Alzaga.—Luminoso acuerdo de la Real Audiencia.—Disolución de la Junta de Montevideo.—Momento de declarar la Independencia: «La breva no está madura».—Renovación del Cabildo.—«¡Abajo Liniers!»—Asonada encabezada por Alzaga.—Los patricios de acuerdo en repeler aquella agresión.—Intervención del Obispo.—Desarmado el elemento español.—El Obispo Lué trata de evitar la efusión de sangre.—El camino preparado de la Revolución del 25 de Mayo.—*Gallegos, Vizcaínos y Catalanes* contra *Arribeños, Pardos y Negros*.—«Gracias á Dios todo está concluido».—Triunfo de las armas de Buenos Aires.—«¡Viva Santiago Liniers!»—Mayor excitación hacia los nativos vencedores.—Deportación á Patagones de Alzaga y sus partidarios.—Intrigas de Elío.—Buque de guerra á Patagones en busca de los deportados.—Entusiastas manifestaciones en Montevideo.—Eclipse de Liniers.—Situación precaria del erario.—Aumento de recursos con la libre navegación y puertos abiertos al comercio.—Medidas adoptadas.—Llegada inesperada de Don Baltasar Hidalgo de Cisneros.—Reemplazo de Liniers por la Junta de Sevilla.—Resistencia al nuevo Virrey.—Propósito de coronar á la princesa Carlota.—Liniers acata la orden de Cisneros.—Ovaciones á la llegada á la capital del Virreinato del último representante de la España.....

86-104



CAPÍTULO VIII

GOBIERNO DE CISNEROS

Cisneros: Sinceridad de su proclama. — Instrucciones. — Supresión de la Junta de Montevideo. — Nieto en lugar de Elío. — Disolución de los Patricios. — Medidas peligrosas. — Liniers á España. — Pueyrredón prendido por Nieto. — Su fuga á Río de Janeiro. — Actitud de los nativos. — Hacienda pública. — Belgrano librecambista. — Resistencia á las nuevas ideas. — El comercio y los monopolios. — Mariano Moreno. — Representación de los Hacendados. — Triunfo de ideas. — Patria española y Patria argentina. — Desde Méjico hasta el Cabo de Hornos. — 25 de Mayo de 1809 — Revolución de Chuquisaca. — La plebe y la rebelión. — Tumulto popular. — Juan Antonio Alvarez. — Bernardo Monteagudo — Revolución en La Paz. — ¡Abajo los chapetones! — Proclama viril. — Junta Tuitiva. — Quito. — Acto subversivo. — La Junta soberana. — Otros movimientos que afectan al Virreinato. — Las primeras fuerzas al Alto Perú. — Mil hombres sobre Chuquisaca. — Marcha sobre La Paz. — Murillo jefe de los patriotas. — Abnegación y sacrificio. — Falta de organización. — Derrotas. — Manifiesto del vencedor. — Barbaridades: degüello, horca, garrote, presidio, destierro, confiscación de bienes. — Sentencia de escarmiento. — Fin de Murillo y sus ilustres compañeros. — Oprobio de los acontecimientos: Goyeneche, Cisneros y Nieto. — Desaliento de los revolucionarios en Tupiza..... 105-117

CAPÍTULO IX

VÍSPERAS REVOLUCIONARIAS

Reuniones secretas. — «Correo de Comercio». — Estilo sencillo al alcance de todos. — Falta de ideas democráticas. — Matanzas de Goyeneche: su aprobación por el Virrey. — Síntesis gráfica. — Amor á la libertad. — Reino independiente ó patria americana. — Contacto benéfico. — Efecto moral de la ocupación inglesa. — Trabajo é industrias. — Agricultura y exportación. — Transformación de ideas. — Libros y principios. — Lafayette y Washington. — Guardia nacional y cuerpos nativos. — Sus triunfos en Francia, Estados Unidos y Buenos Aires. — Grupo de patriotas. — Lucha con la pluma y la pala-



bra.—Progreso moral y material.—Espíritu público de los criollos.—Junta secreta.—Mano invisible.—Pensamiento común: Gobierno sin vínculo, puramente americano.—Intelectuales.—Entusiasmo contenido.—Noticias desastrosas: triunfo de los franceses en la Península.—Furor popular.—Regencia de cinco miembros: discordia, lucro, ambición.—Napoleón en España.—Sin rey, ni ejército, ni autoridad.—La Regencia en la isla de León.—Cisneros impotente.—Última proclama del Virrey español.—«España ha caducado».—Colonias independientes de hecho y derecho.—Revolución á la faz del mundo: Mayo de 1810..... 118-130

PARTE SEGUNDA

PRIMER GOBIERNO PATRIO

LA REVOLUCIÓN DE 1810

CAPÍTULO I

EFFECTOS DE LA PROCLAMA DE CISNEROS

Se trata de ocultar las malas noticias.—Llegada del «Paris».—José Bonaparte.—Su entrada triunfal, según el historiador Toreno: diputaciones, *Te Deum*, fiestas públicas.—Pitt.—Su pronóstico: caída de Napoleón.—Cisneros: «A los leales y generosos».—Colores patéticos de su manifiesto.—Intenciones reveladas: conservar el trono glorioso.—Alternativa de los patriotas: asentir con silencio ó derribar con acción.—Centro invisible.—Sociedad de los Siete.—Reunión en casa de Martín Rodríguez.—19 de Mayo.—Autoridades caducadas.—Juramento militar sin efecto.—Digna actitud de Saavedra.—Decisión irrevocable del pueblo.—Separación del Virrey.—Sustitución por una Junta.—Entrevista en la Fortaleza.—Se hará el Cabildo abierto.—Se inicia la Revolución el 20 de Mayo.—Obra meditada y resuelta.—Partida de tresillo.—Castelli y Rodríguez exigen la renuncia.—¡Qué atrevimiento!—Cinco minutos de plazo.—Cisneros obligado á ceder.—Prisionero tácito.—Entusiasmo indescriptible.—¡Abajo el Virrey!—Plaza Victoria el 21.—Oficio al Virrey.—Firma unánime del Ayuntamiento.—Nota contestación.—Adquiescencia limitada.—Pueblo impaciente.—Agitación y tumulto.—Los cuerpos patricios.—Orden público.—Destitución del Virrey.—Congreso general.—Primera Junta 133-149



CAPÍTULO II

EL CONGRESO GENERAL DEL 22 DE MAYO

Fecha clásica: 25 de Mayo.—Error.—Puridad de verdad: la revolución estalló el 22.—Cabildo abierto.—Acta capitular.—Declaración tácita de independencia.—En las galerías de la casa consistorial.—Todas las opiniones y profesiones representadas.—Antiguos prejuicios.—Esperanzas latentes.—Fanatismo religioso y político.—Antagonismo.—Castas.—Españoles y americanos.—Anhelos democráticos.—Tres tendencias.—Partidarios de Cisneros.—Huidobro, virrey sin funciones.—Patriotas divididos.—*Cabildos abiertos*: Institución legal en derecho público.—Asamblea con carácter eminentemente popular y revolucionario.—Cuatrocientos cincuenta vecinos convocados.—Invitaciones en blanco.—Entrada libre á la plaza.—Esquinas resguardadas por el cuerpo de *Patricios*.—Ausencia de Alzaga y los españoles del partido de oposición á Liniers.—Solamente 244 votantes.—Leiva político intrigante.—Su discurso.—Sin innovación y mudanza.—Protesta y rechazo.—Subrogación del mando.—¿En quién?—Voto formulado por el Obispo.—El de Huidobro: destitución del Virrey.—Delegación en el Ayuntamiento.—Voto de José Manuel Reyes: subrogación inmotivada.—Sufragio de los patriotas: el pueblo confiere autoridad y manda.—Doctor Juan N. Sola, cura de Monserrat.—Delegación provisoria hasta la reunión de todos los diputados del Virreinato.—Las doce de la noche.—Citación para el día siguiente.—Alarma.—Temores.—Obstruccionismo.—Reunión de patriotas: triunfo pacífico ó revolución armada..... 150-165

CAPÍTULO III

CONTRAREVOLUCIÓN DEL CABILDO 23 Y 24 DE MAYO

Temores fundados.—Sanciones burladas.—Contrarevolución.—Hasta nueva citación.—Acta sin firmar.—El mando subrogado en el Ayuntamiento.—Resolución clandestina.—Puertas cerradas.—Consulta con Cisneros.—Oficio.—Contestación.—Virrey y Presidente con las mismas prerrogativas.—Desagrado del pueblo.—Medida de la *junta de los Siete*.—El 24 á las nueve de la mañana.—Pluralidad de votos desconocida.



—Leiva y su lógica.—Obras sigilosamente preparadas.—El Cabildo con facultades de cuerpo constituyente.—El voto de la mayoría.—Acto de rebelión.—Lo hecho el 22 anulado el 24.—En la Sala Capitular.—Actitud de los jefes.—Posición insostenible de Saavedra.—Dilema: acatamiento ó separación.—Triunfa el Ayuntamiento.—Juramento de ley: conservar los dominios de Fernando VII.—Al Fuerte.—Las campanas á vuelo.—Salvas.—Masas populares sin caudillo.—Traición.—Avalancha de los suburbios.—Berutti, French, Melián, Martínez y Chiclana.—*La plebe*.—Olas de un inmenso mar.—Contra el Virrey y el Cabildo.—Momento fisiológico de la Revolución.—El verdadero autor de la revolución de Mayo.—La democracia argentina, repercutida en el corazón de la tropa.—En casa de Rodríguez Peña.—Delegación al Fuerte.—Frase dramática de Belgrano.—Su veracidad consagrada por la tradición.—Refleja gráficamente la situación del momento.—¡Abajo el Virrey! ¡Muera Cisneros! —Renuncia firmada.—Documento breve.—Tropas acuarteladas.—Nómina de la nueva Junta.—Espíritu ecuanime en su selección.—Petición al Cabildo.—Conciliabulo.—Líneas tendidas.—La batalla decisiva 166-189

CAPÍTULO IV

EL 25 DE MAYO DE 1810

I

LA REPRESENTACIÓN DEL PUEBLO EN EL CABILDO

Días de revolución.—Revuelto el tiempo.—Revuelto el pueblo.—Revuelto el Cabildo.—Revueltos los patriotas.—Brillan por su ausencia Alzaga y sus partidarios.—En la Vereda Ancha.—French y Berutti.—Distintivo azul y blanco.—Cintas, escarapelas.—Origen ocasional de la bandera.—Tradicción de Rivadavia.—Hechos consignados en las Actas capitulares.—Lectura y discusión de la renuncia de Cisneros.—Incitaciones personales para sostener su propia autoridad.—Ni la menor innovación.—Multitud de gente.—Corredores de las Casas Capitulares.—Representantes del pueblo.—French, Berutti, Chiclana, Grela, Planes.—Tiene la palabra el doctor Leiva.—Procura serenar los ánimos.—Los representantes se retiran.—En casa de don Miguel Azcuénaga.—Virrey aislado, inerte é indefenso.—Fidelidad de los *Dragones* y *Fijos*.—Españoles en fuga ú ocultos.—Los cabildantes requieren la fuerza.—Todos los jefes en la Sala Capitular.



— La palabra de Leiva. — Habla de conflictos; los males que iban á resultar; recordó el compromiso; finalmente preguntó si podía contar con las armas para sostener el Gobierno establecido. — Respuesta negativa. — Situación violenta. — Terrible fermentación en el pueblo y en la tropa. — Ley suprema de la necesidad. — Unico arbitrio: separar del mando á S. E. — La contrarrevolución concejil vencida. — Vuelven French y Berutti. — La Sala invadida. — La voluntad decidida del pueblo. — Intimación categórica. — La Junta presentada por Berutti. — Aclamaciones entusiastas. — El autor de todas las resistencias: el Síndico Leiva. — La representación escrita 190-203

2

LA COMPOSICIÓN DE LA PRIMERA JUNTA

¿Cómo fué designada la Primera Junta? — Inspiración súbita: difícilmente admisible. — Su composición requería: conocimiento de los hombres, largos debates, verdadero patriotismo, vencer resistencias, allanar dificultades, conciliar opiniones. — Indispensable para su marcha y para su éxito rodearla de todos los prestigios de la opinión y de la fortuna. — Arduo problema. — Berutti no es el autor. — La tradición. — Los testigos. — Los autores. — Representación del pueblo. — En casa de don Miguel Azcuénaga. — Tropas al interior. — La revolución fuera de la Capital. — Armas hasta los confines. — Hasta La Paz y Oruro. — Especie de conciliación. — Congreso general. — Su libre elección. — Representación presentada. — Base de las actuales instituciones. — Piedra fundamental. — Pensamiento político preparado desde 1806. — Obra gigantesca. — Su magnitud disminuída si se atribuye á un solo hombre. — Fué obra del pueblo anónimo..... 203 - 207

3

CONSAGRACIÓN OFICIAL DEL NUEVO GOBIERNO

Acta del día. — Escrito presentado. — Leiva en el balcón. — Nuevo *ultimatum*. — Dilema de acero — Sin efusión de sangre. — Lectura del pedimento. — Lo único que se quería. — Misión revolucionaria: destituir al Virrey, constituir la Junta y decretar la expedición al interior. — Grandes aclamaciones. — Manifestaciones de entusiasmo. — Vítoreas á los caudillos. — Lluvia torrencial. — El Cabildo sesionando sanciona cuatro artículos. — El pueblo acepta. — Instalación de la Junta. — Bando. — Archivo de papeles y escritos para constancia en todo tiempo. — Consagración oficial del triunfo. — Última



protesta. — Esperanza de mejores días. — Poca fe en la victoria. — Locura y delirio. — ¿Accidente transitorio de la lucha entre americanos y españoles? No. — Triunfo perdurable. — Primera Junta Gubernativa. — Las Provincias Unidas del Río de la Plata

208-212

CAPÍTULO V

EL JURAMENTO DE LA PRIMERA JUNTA Y FERNANDO VII

La Junta y Fernando VII. — Saavedra presidente. — Gran solemnidad. — Juramento. — Soberanía de Fernando VII. — Omisión de la Regencia. — América independiente. — A la Fortaleza. — Pueblo en masa. — Cisneros en casa particular. — Gobernantes aclamados. — Salvas de artillería y fusilería. — Campanas á vuelo. — Ausencia de los Cabildantes. — Motivo trascendental: ¡la lluvia! — Última protesta de los vencidos. — Empieza la tarea. — Primera proclama. — Epígrafe de mucha importancia. — Alusión al Virreinato y al Rey. — Punto histórico discutido. — Política bajo el manto de Fernando VII. — Explicación de Moreno. — Revolución local y sus proyecciones. — Contagio de patriotismo hasta el istmo de Panamá. — Patriotas monárquicos. — Españoles en la Primera Junta; Matheu equipa la expedición y la flotilla; Larrea, armador inmensamente rico, garante el primer empréstito. — Montevideo, Perú y Paraguay, acatan á la Regencia. — Cartas diplomáticas. — Opinión particular y secreta de Inglaterra. — Juramento resistido en principio, prestado por todos los militares y civiles. — Exclusión de toda autoridad extraña.....

213-225

PARTE TERCERA

LA JUNTA GUBERNATIVA DE LAS PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA

CAPÍTULO I

TENDENCIAS POLÍTICAS DE LA REVOLUCIÓN

Pensamiento y tendencias descuidadas. — La historia civil no está escrita. — Deslumbra sólo el brillo de las armas. — Fuerza en vez de organización política. — Rivalidades, disensiones y



discordias.—Derecho institucional: sus fuentes.—Deberes del escritor.—El acta no da nombre á la nueva autoridad.—Junta de Gobierno, nombre dado por Cisneros comunicando su abdicación.—Obra meditada.—Actos de soberanía.—Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata.—Nacionalidad nueva.—Derecho de gentes.—Provincias varias, pero unidas.—Nombre de la Junta.—Su importancia.—Propósitos políticos: independencia absoluta.—Virreinato suprimido y reemplazado por las Provincias del Río de la Plata.—Circular de instalación.—Salvar la patria.—Unión y armonía.—Distintivo á los vencedores de Tupiza.—Pensamiento político.—Fernando VII impuesto por causas transitorias.—Patria independiente á la faz del mundo.—Libertad afianzada.—Ideal de los patriotas desde los combates de 1806..... 229-236

CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS ACTOS DE LA JUNTA

1

LA EXPEDICIÓN AL INTERIOR

Respeto á la historia.—La verdad y el bronce monumental.—Hombres y hechos á la distancia de un siglo.—Héroes ignorados.—Falta de ideas fijas sobre la forma constitucional.—Moreno, alma de la Junta.—Belgrano y Castelli, colaboradores entusiastas.—Absoluta ignorancia del derecho público.—Poca preparación en la ciencia del gobierno.—Idea generatriz: la emancipación.—Libertad desconocida.—Caudillos de barrio.—Ignorancia sin maldad.—El primer acto constitucional de la Junta.—Error capital.—Motivo de graves complicaciones.—Punto inicial del parlamentarismo argentino.—Falseado el pensamiento de la Revolución.—Carácter comunal de la revolución.—Gobierno imposible con la incorporación de los diputados de los Cabildos.—Expedición Auxiliadora.—Salida doce días después de instalada la Junta.—Objeto: batir la reacción iniciada en Córdoba..... 237-243

2

LA DICTADURA DE LA JUNTA

Medidas de violencia.—Moreno domina en absoluto.—Contrato social incompleto.—Influencia de los libros franceses.—La Gaceta y el Amigo del Pueblo.—Plan de Gobier-



no . — Cimientos de una nueva República: el rigor y el castigo. — Sus voces: cortar cabezas, arroyos de sangre, sacrificio á todo costo. — Libertad ciega armada de puñal. — Tres clases de individuos: los adictos, los enemigos, los espectadores. — Pena capital para los segundos si tienen talento, riqueza, carácter y opinión. — Sentencia de Liniers y sus compañeros. — La Junta ejerce funciones judiciales. — Escarmiento: base de estabilidad del nuevo sistema. — Orden imperiosa de arcabucear sin perder minutos. — Revolución manchada de sangre. — Fusilamientos en la Cruz Alta. — Narración trágica. — Nieto, Sanz y Córdoba fusilados en Potosí. — Teorías del Plan . — Medidas terribles. — Decreto del 31 de Julio de 1810. — Delincuencia puramente política. — Arcabuceando sin proceso. — Rompimiento entre el Presidente y su Secretario omnipotente. — Brindis con pena de cadalso ó destierro perpetuo. — Abuso de poder. — Fanatismo ascético y fanatismo revolucionario. — Renuncia de Moreno. — Correo expreso. — Cesan las ejecuciones sangrientas. — La revolución continúa su grande obra. — Muerte de Moreno. — Castelli, desprestigiado, le sobrevivió muy poco. — Justicia de la posteridad. — Poder dictatorial de la Junta. — Destierro violento é inesperado de Cisneros y de los Oidores. — Otros actos arbitrarios: la destitución del Poder Judicial. — Deposition del Cabildo. — Despoja al pueblo de sus legítimos mandatarios y de la facultad para reemplazarlos. — Impone contribución. — Ordena extrañamientos. — Confisca bibliotecas. — Destituye y nombra Gobernadores. — Impide la reunión del Congreso. — Poder omnímodo sin control ni valla. — Base constitucional de nuestras instituciones: las sanciones del 22, 24 y 25 de Mayo	244-270
---	---------

CAPÍTULO III

EXPEDICIONES MILITARES

I

CAMPAÑA DEL PARAGUAY

Orígenes patrios de la Constitución. — Historia institucional, no política ni militar. — Acuerdo Liniers - Abascal - Velazco - Salazar. — Expedición libertadora al Alto Perú al mando de Balcarce. — Vencedora en Cotagaita y Suipacha. — Vencida en Huaqui y Sipe - Sipe. — Deslealtad de Goyeneche. — Armisticio violado. — Balcarce y Castelli en Salta. — Habitantes de la campaña. — Los *Gauchos* de Güemes. — Angustias de esos



días.—Expedición del Litoral.—Reconocimiento de la Junta por las ciudades.—En La Bajada.—Velazco, gobernador del Paraguay.—Francia y López.—Otra Junta en la Asunción.—Belgrano en territorio paraguayo.—Fuerzas de Cabañas y de Yedros.—8000 hombres.—Propósitos argentinos.—Invasión desgraciada.—Desastres de Paraguarí y Tacuarí.—Capitulación honrosa.—Sublevación contra Velazco.—Arreglos con la Junta de Buenos Aires.—*Modus vivendi* aceptable.—Junta provisional del Paraguay.—Principios constitucionales.—Confederación de ciudades.—Reunión del Congreso con ratificación de los habitantes y moradores.—Plebiscito popular.—Fin de la expedición de Belgrano..... 271-278

2

RESISTENCIA DE MONTEVIDEO

En Montevideo: resistencia á la Junta.—Reacción organizada.—Actitud ambigua.—Misión del doctor Juan José Paso.—Desembarca en la Aguada.—Detenido dos días.—Paso en la Sala del Cabildo oriental.—Discurso lleno de talento.—Esfuerzo inútil.—Noticias favorables á España.—Inglaterra en guerra con Francia.—Instalación de la Regencia en Cádiz.—Montevideo no acata á la Junta de Buenos Aires.—No enviará diputados.—Movimiento insurreccional vencido.—Lógica actitud de la Junta.—Negación al reconocimiento de la *Regencia*.—Relaciones pacíficas inconciliables.—Montevideo pro la *Regencia* contra Buenos Aires.—Ruptura de hostilidades.—La costa asegurada.—Elio nombrado Virrey.—700 hombres de línea.—Artilería.—Armamento.—Escuadrilla aumentada.—El nuevo Virrey y la Junta.—Nota conciliatoria.—Contestación categórica: No admitir Virreyes ni autoridades españolas en estas comarcas.—Vana insistencia de Elio.—Acevedo plenipotenciario.—Sus intenciones de reacción.—Reembarco inmediato.—Bloqueo decretado.—El combate de *San Nicolás*.—Sublevación de Entre Ríos.—En las campañas de la Banda Oriental.—Marcha apresurada de Belgrano.—Los *Gauchos*.—José Gregorio Artigas en Buenos Aires.—Montevideo: último baluarte.—Elliot protege á Elio.—Bloqueo levantado por orden del Almirante inglés de Courcy.—Belgrano, general en jefe.—Proclama de Artigas. 279-295



CAPÍTULO IV

BASES DE LA CONSTITUCIÓN NACIONAL ARGENTINA

1

LA PRETENDIDA IMITACIÓN Á LOS ESTADOS UNIDOS

Fines políticos de la Revolución. — Diferencia entre las revoluciones norteamericana y argentina. — Cabildos <i>urbanos</i> frente á colonias <i>políticas</i> . — Paralelos imposibles. — Justicia á los hombres de Mayo. — Sus sanciones del 24 y 25 de Mayo. — Carácter <i>provisional</i> de la Junta	296-301
---	---------

2

DISPOSICIONES CONSTITUCIONALES ESTABLECIDAS EN 1810

Pensamiento político de Leiva. — Importancia de la sanción del Cabildo del 23. — Cisneros con poder limitado. — Gobierno unipersonal. — Poderes colectivos. — Disposiciones del 24. — Disposición análoga en la actual Constitución: Presidentes y Gobernadores con firmas acompañadas. — Acción directa y permanente sobre el Poder Ejecutivo, por medio de los Cabildos electivos. — El derecho tradicional de la Cámara de los Comunes. — La actual Constitución y los hombres de 1810. — Contribuciones previa consulta. — Poder Judicial independiente. — Causas contenciosas al Poder Administrador. — Base constitucional establecida en 1810: Independencia de los tres poderes. — Publicación de estados mensuales. — Buena administración de los caudales públicos. — Política futura y Constitución definitiva. — Electores calificados: Parte más sana del vecindario. — Sufragio universal: Invención de la Revolución francesa. — Voto calificado: base más cara y ponderada en el derecho constitucional moderno. — El pueblo en su concepción colectiva no existía. — Solamente piensan y actúan las ciudades. — Campañas semibárbaras. — Sus caudillos incorporados al movimiento revolucionario. — Sanciones del 24 y 25: Base constitucional del sufragio. — Sistema representativo, adoptado definitivamente. — Principio de buen gobierno. — División de las tareas de la Administración. — La reacción en Córdoba. — Resistencia del Paraguay y de Montevideo. — Actitud agresiva de Abascal en el Alto Perú. — La Junta desconocida y hostilizada	302-313
--	---------



Regencia americana. — Cortes Constituyentes con representación de los Virreinos. — Pretensión de Elio, nombrado Virrey. — Abascal incorpora el Río de la Plata á su jurisdicción. — Los revolucionarios: Rebeldes é insurgentes. — Gran confederación independiente. — Don Bernardo O'Higgins. — Proyecto presentado por Juan Martínez Rosas. — Moreno y Castelli, republicanos decididos. — Paso, demócrata y sumamente liberal. — Belgrano monarquista. — Azcuénaga y Alberti, patriotas, faltos de preparación en la ciencia del gobierno. — Larrea y Matheu, adictos á Fernando VII. — La Gazeta, excelente cátedra de derecho público. — Resplandores de 1810, oscurecidos en 1811. — Justicia al eminente publicista. — En busca de formas de gobierno. — Confederación continental: una quimera. — Regencia americana: un pretexto para continuar la usurpación. — Confederación nacional impracticable. — Partidario del sistema federal. — Clarovidente profeta en 1810 de la Constitución en sus condiciones federativas actuales. — Principio de derecho constitucional. — Nada concreto. — Axioma político. — Moreno era demócrata, no unitario. — Lujos y condecoraciones. — Igualdad republicana. — Documento *ab irato*. — Pequeñas causas, grandes efectos. — En el cuartel de *Patricios*. — Entrada impedida á Moreno. — Redacción del decreto: Verdaderas doctrinas de democracia y republicanismo. — El genio y el brazo de la Revolución 313-330

CAPÍTULO V

LA INCORPORACIÓN DE LOS DIPUTADOS Á LA JUNTA

I

LA CAIDA DEL DOCTOR MARIANO MORENO

Los diputados de las Provincias en Buenos Aires. — Relaciones entre Saavedra y Moreno. — Erudición del Deán Funes. — Su gran prestigio entre los diputados. — Actor nuevo en la escena. — No se admite en la Junta. — Congreso general. — Su reunión á la mayor brevedad. — Facultades constituyentes para establecer la forma de gobierno. — Circular desnaturalizando las resoluciones de los Cabildos. — Poder Ejecutivo monstruoso: 22 cabezas. — Contradicciones sin justificación histórica. — Castelli *aturdido*. — Circular firmada sin leerla. — Mo-



dificación substancial.—Premeditación y propósito político.—Necesidad de halagar á las Provincias.—Habilidades y previsiones.—Peligros de una asamblea heterogénea.—Razones de Moreno para desviarla

331-343

2

EL DEÁN FUNES EN EL GOBIERNO

Funes exige la participación prometida á los diputados.—Denegación tenaz.—Saavedra por un gobierno informe.—Moreno por una Constitución.—Honores suprimidos.—Agresiones desembozadas.—Precipitación de los sucesos.—Diputados reunidos.—Funes con la palabra.—Una votación especial acuerda los derechos reclamados.—Moreno y Paso en contra.—Incorporación á la Junta ó constituirse en Congreso.—Incorporación acatada: Catorce votos contra dos.—Según Moreno: contrario á derecho y al bien del Estado.—Renuncia de Moreno.—No se acepta.—Insistencia.—Testamento político.—Credenciales ante S. M. B.—«La Fama» en viaje.—Muerte en plena mar.—Viva mi patria, aunque yo perezca

344-352

CAPÍTULO VI

EL PRIMER GOBIERNO FEDERAL ARGENTINO

1

PORTEÑOS Y PROVINCIANOS

Importancia institucional de la incorporación de los Diputados á la Junta.—Cambio radical.—Unitarismo.—Federalismo.—Base comunal, urbana.—Ciudadanos y bárbaros.—Amor al terruño: patriotismo.—Cabildos representando ciudades.—Ciudades representando Provincias.—Poder legislativo no indispensable.—Junta federal de 1810.—Funes y su protesta de usurpación.—Capital y Provincia con derechos idénticos.—Ejecutivo con 22 cabezas.—Primera manifestación del federalismo argentino.—Reunión del 18 de Diciembre.—Ejecutivo federal en vez de Junta local.—Inconvenientes de un gobierno numeroso.—Vieytes, secretario.—Partidos personales: *Saavedristas* y *Morenistas*.—Restablecimiento de honores: carroza, escolta, faustos y oropeles.—Derecho de reunión.—Sociedad Patriótica.—La oposición: la juventud, los intelectuales, la masa del pueblo.—Porteños y Provincianos.—Odio á Buenos Aires.—Mayoría disciplinada, go-



bierno informe: *Saavedristas*. — Encarnación del pensamiento de la revolución, patria independiente, constitucionalmente organizada: *Morenistas*

353-365

2

EL MOTÍN DEL 6 DE ABRIL DE 1811

Lucha intensa. — Motivos: la desgraciada expedición fluvial. — Estallido de indignación. — Expatriación de 4000 españoles. — Protesta en el Café de Marcos. — Discurso vehemente y agresivo. — Ganan terreno los *Morenistas*. — El motín de 5 y 6 de Abril de 1811. — Alcaldes de extramuros convocan oficialmente al vecindario. — «La Estrella», batallón dispuesto á sublevarse. — ¡Cabildo abierto! — Grigera, alcalde de las quintas, jefe aparente. — Su colaborador eficaz: el doctor Campana. — Ni docto ni inteligente. — «El pueblo quiere». — Largo memorial: 18 artículos. — Exigencia despótica y escandalosa. — Medidas contra la oposición. — Plenitud del gobierno en manos del presidente. — Destituciones y expatriaciones. — La Junta modificada. — Lucha acentuada entre porteños y provincianos. — De diez y seis miembros sólo dos son porteños. — Belgrano destituido y enjuiciado. — Títulos retirados de los brigadieres. — Monstruosidad de la petición. — Motín preparado en el silencio de la noche y expuesto á la luz del día. — Condenado por-la posteridad. — Retroceso en las instituciones. — Abismo entre porteños y provincianos. — Felizmente borrado por los sentimientos de confraternidad 365-377

CAPÍTULO VII

NUEVAS BASES CONSTITUCIONALES

§ I.—JUNTAS PROVINCIALES

1º

DOCTRINAS DE BUEN GOBIERNO

Localismo sin vínculos. — Derechos autónomos en la Nación Española. — Nuestros conquistadores: los vascos, los gallegos, los aragoneses, los castellanos. — Gauchos y moros. — Poder militar. — Ley de la fuerza. — Ciudades autónomas. — Documento importante. — Principios institucionales. — Autoridad central y gobiernos subalternos. — Una sola Constitución. — Dos entidades: la nación y las provincias. — Desconfianza en los pueblos. — El mejor fruto de la revolución: un gobierno



popular. — Error perjudicial: Ejecutivo de veintidós personas. — Camino corto á la tiranía. — El preámbulo de un decreto de la Junta. — Gobierno para el pueblo y por el pueblo. — Elecciones populares

378-389

20

ORGANIZACIÓN PROVINCIAL Y MUNICIPAL

Lamentable descuido. — El preámbulo y la parte dispositiva. — Gobiernos populares. — *Juntas Provinciales*. — Gobiernos provinciales y gobiernos comunales. — Juntas locales. — Autoridad Central de la Provincia subordinada á la Junta Superior. — Funciones políticas. — Seguridad. — Unión y fomento. — Causa común. — Sello de federalismo. — Origen indudable de nuestra organización provincial y municipal. — División é incompatibilidad. — Sistema electoral. — Deber del sufragio. — Ciudadano. — Sufragio universal en Sud América. — Fuente de nuestro derecho institucional. — Funes: su parte de gloria. — Elección en el mismo día. — Prescindencia de la autoridad. — Condena de la coacción. — El pueblo elige electores. — Colegio electoral. — Nuestra Constitución actual. — Verdaderas bases institucionales, decretadas el 10 de Febrero de 1811....

390-401

§ II. — LA LIBERTAD DE IMPRENTA

10

LOS PRIMEROS PERIÓDICOS

Clarovidencia. — Molde de nuestras libertades. — Manifestación liberal de la Junta. — El virreinato y la prensa. — Primera imprenta. — Censura previa. — «Diario curioso, erudito, económico y comercial» en el Perú. — «Telégrafo Marítimo» en Buenos Aires. — «Semanario de Agricultura» liberal y útil. — Belgrano y Castelli. — Propaganda librecambista. — Escuelas de Comercio, Matemáticas y de Agricultura. — Gratuitas para varones y niñas. — «Memoria» impresa por orden del rey. — «El Correo de Comercio». — Síntomas de libertad de imprenta. — «La Gazeta». — Decreto creándola. — Censura tácitamente suprimida. — Libertad *sui generis* para el periódico oficial. — Tribuna exclusiva de su inspirador y censor. — Uso y abuso. — Raros tiempos. — Sentir lo que se quiere y decir lo que se siente.....

402-411



PROTECCIÓN Á LA LIBERTAD DE IMPRENTA

Deán Funes.—Libertad sin censura.—Decreto de 20 de Abril de 1811.—Conocimiento de la verdadera opinión pública.—Derecho.—Su definición.—Pensamientos é ideas públicas.—Más explícitas en el decreto de 26 de Octubre.—Derecho de la naturaleza.—La libertad política: Derecho supremo.—Bases de la actual Constitución.—Redacción del Deán Funes.—Verdadera elocuencia.—Única soberana: Opinión pública.—Ideas avanzadas en tiempo lejano.—Servilismo condenado.—Abuso: Crimen.—Delito de derecho común.—Prensa libre.—Derecho de escribir sin censura ni límite.—Vida íntima sagrada.—Difamación.—Pasquin.—Libertad con atributos de la tiranía.—Criticar no es ofender.—Jurado especial.—Jurisdicciones distintas.—Una Junta « Protectora de la libertad de imprenta ».—Resoluciones irrevocables.—¿Si hay ó no crimen en el papel que da mérito á la reclamación?—El delito corresponde á la justicia.—Censura previa á las obras que tratan de religión.....

412-423

CAPÍTULO VIII

LA ABDICACIÓN DE LA JUNTA GUBERNATIVA
CREACIÓN DEL TRIUNVIRATO

Conspiración provinciana contra la Junta.—Deán Funes en la dirección del nuevo gobierno.—Porteños desterrados.—La Sociedad Patriótica disuelta.—Triunfo dudoso de *Saavedristas* y provincianos.—Balcarce y Castelli.—Marcha triunfal hasta el Perú.—Ejército patriota: marcha sobre Montevideo.—Triunfo preparado por Belgrano: Artigas segundo jefe.—*Las Piedras*—Primera victoria de la revolución en los campos de batalla.—Belgrano en Buenos Aires.—Enjuiciamiento.—Balcarce, fiscal militar.—¿Cuál era el delito?—La petición sediciosa: Quiere el pueblo « comparezca inmediatamente ».—Leal y disciplinado.—Virtudes y talento.—Precipitación é injusticia.—Tomás Grigera y cuarenta alcaldes le defienden después de la acusación.—Motivos.—Porteños sin participación.—Moreno y Alberti muertos.—Castelli en el Perú.—Belgrano destituido.—Rodríguez Peña, Vieytes, Azcuénaga, French, Berutti, desterrados.—Falta el elemento dirigente de los primeros pasos, de las invasiones inglesas, de los *Cabil-*



<i>dos abiertos.</i> — En cambio, provincianos en mayoría. — Reacción creciente, tanto civil como militar. — La patria en peligro. — Belgrano repuesto en grado y honores. — Misión delicada al Paraguay. — La Junta contra sus propios actos. — Cambio radical. — Mar revuelta. — Ejército del Perú deshecho. — Armisticio firmado. — Felonía burlando el pacto. — Derrota de Huaquí. — Abandono del sitio de Montevideo. — Escuadra de cinco buques. — Bombardeo de Buenos Aires. — Faltando á las leyes y los principios de la humanidad. — Conde de Linares. — Derecho eventual de la princesa Carlota. — Marqués de Casa Irujo. — Prudente silencio de Lord Strangford. — Acción imposible de la Junta. — 22 personas con voz y voto. — Saavedra al mando del ejército derrotado. — Abdicación del poder aclamado en Mayo. — Nueva autoridad. — Triunvirato. — Cerramos la primera parte. — Bases institucionales estudiadas. — Interés de la parte civil. — Principios fundamentales de la actual organización.	424-439
--	---------

CAPÍTULO IX

CARÁCTER NACIONAL DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810

1

ANTECEDENTES DE LAS ACTUALES PROVINCIAS

El carácter de la Revolución no es exacto. — La idea de la independencia estaba latente en todas las ciudades. — Cooperación eficaz en cada Provincia al movimiento inicial de Buenos Aires. — Predomina la tendencia federalista. — El primer paso: la incorporación de los Diputados á la Junta. — Autonomías locales: las Juntas Provinciales. — Gobierno superior y gobiernos subalternos. — Ciudades sin vínculos, hoy Provincias unidas. — Relaciones directas entre los Cabildos y la Junta Central. — Mirada retrospectiva: Organización del Virreinato. — Su creación obedece á contener los avances de los portugueses. — Miras hacia el Uruguay y el Plata. — Erección del virreinato en 1776. — Su división y subdivisión administrativa. — El Virrey con autoridad superior civil y militar. — Otra potestad: el Consejo de Indias y sus agentes indirectos los Oidores de la Audiencia. — Cabildos ó Ayuntamientos libres del mecanismo gubernativo. — Autoridad en inmediato contacto con las poblaciones: El mejor conducto del contagio revolucionario. — El nuevo gobierno conserva la división política. — Se dirige á las ciudades y villas	440-447
---	---------



2

CABILDOS QUE RECONOCEN LA JUNTA GUBERNATIVA

Ciudades que reconocen la autoridad de la Junta y nombran diputados. — La Junta y los Cabildos. — Los Cabildos entre sí. — Sin intervención de autoridad española. — Independencia germinando. — Unión y esfuerzo común. — La incorporación de los diputados. — Un error que acentúa el carácter nacional. — Notable acción de los Cabildos en sus propias localidades

448-452

3

COOPERACIÓN DE LAS PROVINCIAS

La Junta asume el gobierno del Virreinato y también el gobierno local de la Provincia. — La ciudad-capital y su cooperación en la obra. — Las Provincias: Córdoba con elementos de reacción. — Tucumán entusiasta. — Coronel Juan Francisco Borges. — Catamarca no se hace esperar. — Salta con don Martín Güemes y su regimiento de *gauchos*. — Santa Fe y las compañías de *Blandengues* á las órdenes de Belgrano. — En Entre Ríos adhiere á la Junta el Cabildo de Concepción del Uruguay. — Elías Galván rechaza la invasión paraguaya en Corrientes. — Movimiento favorable en San Juan, á pesar de su jurisdicción de Córdoba. — Mendoza libre de realistas, después de la actitud enérgica de su Cabildo. — San Luis, una de las primeras en reconocer la Junta. — En La Rioja, manifestaciones patrióticas. — Jujuy, la primera en el sacrificio y méritos. — Unión sellada entre la Capital y las Provincias: El triunvirato, primera autoridad nacional.....

452-468

INTRODUCCION





INTRODUCCIÓN



La Constitución política de la República, en vigor el 25 de Mayo de 1910, dice, en su artículo 1°, que: « La Nación « Argentina adopta para su gobierno la forma representativa « republicana federal ».

Un siglo antes, el 25 de Mayo de 1810, se producía, en la ciudad de Buenos Aires, la revolución que deponía al Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien gobernaba en el Río de la Plata en nombre del gobierno español.

Los historiadores que han estudiado aquel acontecimiento inicial de la emancipación de todo el Continente Sudamericano, han sostenido, generalmente, que los autores del movimiento no tenían ideas fijas con respecto á sus propósitos, habiendo sido, la revolución de Mayo, una mera consecuencia de los sucesos guerreros que habían cambiado, en Europa, el Gobierno y la dinastía de la monarquía española.

Estudiada la historia de la República Argentina, especialmente por su faz militar, ha sido muy descuidada por

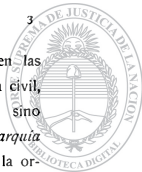


nuestros historiadores, la faz eminentemente institucional que ella presenta desde los primeros días de la revolución de Mayo.

En nuestro concepto, el más grande homenaje que puede hacerse á los que concibieron y realizaron aquel movimiento, sin precedente en la historia del mundo, sería la demostración de que, la actual Constitución política de la República Argentina, con la forma de gobierno que ella consagra, fué el ideal que inspiró los actos de nuestros pensadores y que consagraron el heroismo y la constancia de nuestros ejércitos.

Después de un estudio sistemático y profundo, puramente dedicado á la investigación de las tendencias institucionales de nuestros próceres civiles, creemos haber logrado reunir elementos jurídicos, consignados en documentos públicos, que demuestran hasta la evidencia, que desde la organización del primer gobierno patrio, confiado á la Primera Junta, elegida en la misma mañana del 25 de Mayo de 1810, nuestros padres tuvieron el propósito de organizar una nación independiente, bajo la forma republicana representativa, dividiéndose sólo el pensamiento político de aquellos hombres, en cuanto á la opinión *republicana* de los unos, y la opinión *monarquista* de los otros.

Acaso en esa misma división de los precursores, en el empeño de constituir el gobierno *unitario* ó *federal*, que se presenta desde los primeros días que siguen á la revolución, puede hallarse no sólo el origen de los dos



grandes partidos que se han disputado el triunfo en las Asambleas y en los campos de batalla de la guerra civil, durante cincuenta años en la República Argentina, sino también la explicación del *caudillismo* y de la *anarquía* que, en ese mismo largo lapso de tiempo, impidió la organización definitiva de la República.

Sin embargo, un siglo más tarde de aquellos días, cuando la posteridad se ha hecho para los autores, y sus actos y su obra pueden juzgarse con criterio imparcial, creemos que ha llegado la hora de reconocer que *la actual Constitución que impera en la patria de los argentinos, realiza el pensamiento iniciado en la revolución de Mayo.*

Escribiendo una historia puramente institucional, y no debiendo atribuir á hombres aislados lo que es y ha debido ser sólo la obra colectiva de los pueblos, poco nos ocuparemos, en este extenso trabajo, del estudio de las personalidades, más ó menos discutidas, más ó menos estimadas, que han cruzado por el escenario político durante toda una centuria, alzándose unas veces para hundirse otras, como si esas agitaciones de la política interna de nuestro país, hubiese querido demostrar que, la vida de nuestros prohombres, es sólo comparable á las ondas del mar agitado, que unas veces elevan la espuma sobre la cresta bullente de la ola, para sepultarla luego en los abismos sin fondo.

El trabajo que hemos emprendido no tiene tampoco por objeto hacer la historia de la independencia de la República Argentina. En nuestro concepto, esa independencia ha



sido anhelada siempre, si por tal se tiene la separación de estos dominios del gobierno de la España europea.

Desde los conquistadores Pizarro y Cortés, hasta los revolucionarios americanos de 1809 y 1810, el sentimiento de la independencia del Nuevo Mundo, con relación al gobierno de la metrópoli, se ha manifestado en un sinnúmero de movimientos revolucionarios.

Los primeros rebeldes contra la autoridad del monarca español, fueron precisamente esos dos primeros conquistadores,—Pizarro y Cortés,—que, no sólo desconocieron las autoridades de la metrópoli, sino que llegaron hasta á quemar los estandartes de Castilla, para demostrar á sus huestes que no dependían de los soberanos á quienes representaban aquellas banderas.

La primera vez que la sangre americana se mezcla á la sangre española, es para producir el primer rebelde americano,—el hijo de Hernán Cortés y de la india Doña Marina,—quien se levantó en Méjico tratando de independizar aquellas colonias del dominio de Castilla y de León.

Y, á medida que fueron naciendo en América los hijos de los españoles y de los aborígenes, esta idea de la propia independencia iba arraigándose en el seno de los pueblos que se multiplicaban, lo que obligó á los dominadores españoles á establecer las diferencias de *castas*, que señalaron el imperio de los europeos por medio de la tiranía y de la violencia.

Tupac Aimarú, el heróico descendiente de los Incas, no



es la sola víctima que la historia nos presenta, de los defensores de esa independencia americana en contra del vasallaje español. Desde Méjico hasta el Plata, el suelo de este continente, ha sido regado con la sangre de millares de mártires, que defendían la tierra nativa, libre de toda dominación extranjera, aun cuando los pueblos aceptasen voluntariamente como gobernante á un monarca perteneciente á una dinastía reinante en el Viejo Mundo.

Lo que se quería, lo que se buscaba, era la *patria propia*, separada de toda tiranía, ejercida á través de los mares, por gentes que no conocían estas comarcas, que tomaban al indio como un mero tributario, equiparado al esclavo que se importaba del Africa, y que perseguían al *criollo* como á « un elemento peligroso para el porvenir », según las propias declaraciones de los mismos Ministros de la corona española.

Andando los tiempos, esta idea de la independencia ganó terreno, á tal extremo que, cuando la invasión de la España por los ejércitos franceses derribó del trono á Carlos IV, se vió á los mismos españoles *europeos* confabularse contra la dominación de la España *europea* , y procurar constituir una España *americana* , donde viniese á refugiarse el heredero del Rey destronado, como lo habían hecho los portugueses del Brasil, con respecto á los reyes perseguidos de Portugal.

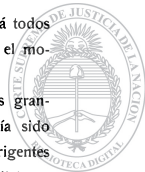
Si los hombres que iniciaron el pensamiento que se tradujo en hecho el 25 de Mayo de 1810, sólo se hubieran preocupado de la *independencia* de la patria, ellos habrían

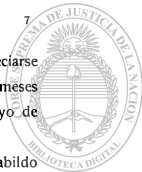
tenido como colaboradores, y no como adversarios, á todos los españoles que rodearon al Virrey Cisneros en el momento de su caída.

Pero la revolución de Mayo, tenía propósitos más grandes y más trascendentales. La independencia habría sido una cuestión de hecho. Bastaba que los hombres dirigentes de la opinión y los que mandaban las fuerzas milicianas patricias, se pusiesen de acuerdo con los últimos representantes de la monarquía española, para que la independencia de todo el continente se hubiese proclamado sin violencias ni efusiones de sangre.

Los autores de la revolución de 1° de Enero de 1809, que buscaban la destitución del Virrey D. Santiago de Liniers, no trataban de entregar estos dominios al monarca francés, que en esa época gobernaba la España.

Por el contrario:—trataban de llevar al gobierno del Virreinato, á un hombre que asegurase estos dominios para Fernando VII, el hijo de Carlos IV, en cuyo favor éste había abdicado la corona, procurando constituirle con estas colonias de América, *una España* que él gobernase directamente, independiente de aquella otra España europea, que había sido conquistada por ese genio de la guerra que, en sólo quince años, hizo la obra de muchos siglos, dividiendo el mapa del mundo á golpes de espada, y alzando y derribando dinastías, sin que la libertad tuviese nada que agradecer ni á las hecatombes humanas que él produjo, ni á las irresistibles irradiaciones de su gloria.





En esa revolución de 1° Enero de 1809, pudo apreciarse la tendencia institucional de los hombres que, pocos meses después, iban á producir la revolución del 25 de Mayo de 1810.

Para defender á Liniers, que había sido electo en Cabildo abierto, después de la fuga de Sobremonte, representante del Gobierno Español cuando las tropas inglesas invadieron á Buenos Aires; para defender á Liniers, decíamos, se reunieron todos los jefes *criollos* que mandaban fuerzas de patricios y nativos. Para procurar derribarle se reunieron las tropas mandadas por europeos, y formadas exclusivamente de españoles.

La línea que separaba los dos campos, fué trazada en la sala del despacho de la Fortaleza, donde se redactaba el acta de abdicación del Virrey Liniers, ese 1° de Enero de 1809, en momentos en que penetraron á ella, con Don Cornelio de Saavedra, los demás jefes de fuerzas ciudadanas.

Los nativos sostenían á Liniers porque él representaba la autoridad que le había dado *el pueblo del municipio de Buenos Aires, reunido en Cabildo abierto*, y era, por tanto, un gobierno propio, constituido por el pueblo nativo, cuya autoridad se habían limitado á ratificar los que entonces gobernaban, desde un rincón de la España *francesa*, un pequeño resto de España *española*, que aún pretendía resistirse al invasor extranjero, y que querían, desde allí, disponer de la América latina.

Los españoles intentaban la destitución de Liniers, porque



pretendían que el poder fuese ejercido por un representante genuino de la dinastía depuesta en Europa.

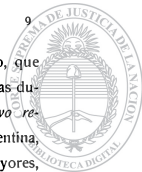
En estas dos tendencias, sólo había un pensamiento común:—*el de la independencia*.—Los españoles buscaban la patria *independiente* con un gobierno monárquico español: — los americanos buscaban la *independencia* de la patria, haciendo que *ésta* rigiese sus propios destinos.

Este pensamiento embrionario en 1809, es el que se desarrolló, con proyecciones gigantes, en 1810.

La revolución del 25 de Mayo, como puede comprobarse en el acta de esa fecha, al constituirse la Primera Junta de gobierno, entregó al pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el ejercicio de *la soberanía* que hasta entonces había ejercido el monarca español. De manera que, este primer *acto institucional*, es el punto inicial de *la actual soberanía del pueblo argentino*, no perdida por un solo momento en todo el transcurso del siglo vivido desde aquella fecha clásica.

Y ha sido ejerciendo esa soberanía popular que, las generaciones que han sucedido á la que produjo la revolución de 1810, han organizado la actual República Argentina, realizando con sus obras el pensamiento de nuestros próceres, verdaderos *padres de la patria*, no sólo porque la consagraron independiente, sino también porque sembraron la semilla de la libertad y de las instituciones de que hoy gozamos.

En los días de los grandes homenajes á aquellos próce-



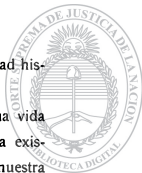
res, ninguno puede ser más grato al pueblo argentino, que la demostración documentada, con sanciones producidas durante un siglo, de que el actual *gobierno representativo republicano federal*, que hoy rige en la República Argentina, fué el gobierno que quisieron establecer nuestros mayores, en la misma mañana del 25 de Mayo de 1810.

¡A ellos, la gloria de haber iniciado el pensamiento, arrojando la simiente en el campo de pueblos nuevos y desconocidos hasta entonces!

¡A sus sucesores, la gloria de haber recogido aquella herencia sagrada, y de haber realizado, á despecho de las vicisitudes, de la anarquía, de la guerra civil y del caudillismo, el sublime testamento:— la República Argentina está constituida en unidad, en libertad, y bajo el imperio de las instituciones democráticas, representativas y federales, que nuestros padres anhelaron para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino!

Sin embargo, la historia de la República Argentina necesita ser rehecha.

Felizmente, es numerosa la falange de la juventud que hoy se dedica á nuevas y proficuas investigaciones en los archivos y en las correspondencias particulares de los actores de los acontecimientos pasados, para rectificar los errores que hemos repetido hasta ahora, aun cuando muchas ve-



ces estuviésemos convencidos de que no era la verdad histórica la que propagábamos.

Pueblo completamente nuevo el argentino, sin una vida armónica y continuada, como la marcha normal de la existencia de las naciones definitivamente organizadas, nuestra *historia de un siglo* es casi la narración de los acontecimientos contemporáneos.

Hemos pasado los primeros cincuenta años en revoluciones, batallas, anarquías y caudillismo; y, cuando hubimos llegado al momento en que, más sensatos y más civilizados, pudimos constituir definitivamente la República, nos vimos forzados á aceptar *como historiadores* á los mismos hombres que habían ocupado la escena política y literaria en la otra mitad del siglo, y que nos han narrado los sucesos en que sus genitores ó ellos mismos figuraron como actores inmediatos.

Es imposible que, en tales condiciones, las pasiones y los afectos no lleguen á influir sobre el criterio del historiador, reflejándose en la narración de los hechos, en la apreciación de los hombres, ó en las proyecciones dadas á la influencia de aquéllos ó de éstos, en el desenvolvimiento de nuestra vida institucional.

Y como esos historiadores, al hacer la crónica anecdótica, invocan la autoridad de su propio conocimiento del suceso referido, y, al aplicarle el criterio filosófico consiguiente, lo hacen con la autoridad de su ciencia y de su ilustración,—el resultado forzoso ha sido que nuestro pueblo,



en las últimas generaciones llegadas á la vida, repite lo que ellos nos han enseñado, formando así una especie de veredicto popular, que consagra definitivamente sus narraciones y sus juicios.

Y, sin embargo, son muchos los errores históricos que se han propagado, al amparo de esa autoridad indiscutible de sus autores.

Se han falseado los hechos, se han creado ó destruído reputaciones, se han cometido anacronismos sin cuento, y, finalmente, se han pronunciado juicios sobre hombres y sobre acontecimientos, que no tienen el asentimiento de la posteridad.

La historia de la República debe empezarse á escribir sólo ahora; es decir, cuando ha pasado un siglo desde los *días de Mayo*, en que nacimos á la vida de la independencia, y cuando los descendientes actuales de los hombres que en ellos figuraron, ya no tienen el derecho de tomar como *ofensas de familia* el criterio desfavorable, y hasta condenatorio, con que se juzgue la conducta política de sus antepasados.

Al emprender esta obra, nosotros hemos procedido como un hombre que recién llegase al completo desarrollo de su inteligencia, y que se propusiese referir la verdad de lo que encuentra, *en el estudio de los documentos* que una generación escribe, para contar á las que le sucedan los acontecimientos que ella ha producido.

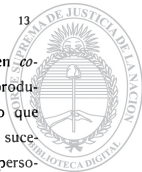
A esos *documentos* les hemos aplicado nuestro propio



criterio filosófico, con la sincera y austera imparcialidad de aquel que, durante veinte años de su vida, ha sido juez de sus contemporáneos, como magistrado de los más altos Tribunales de su país, y que se halla en el descenso de la colina de la existencia, sin remordimientos ni rencores en el alma, porque tiene la convicción de haber procedido siempre inspirado por el interés de hacer el mayor bien y de ser implacablemente justo.

En esta tarea, incurriremos, también nosotros, en muchos errores, al apreciar á los hombres de quienes hemos de ocuparnos y al estudiar las consecuencias de los sucesos que se han producido durante un siglo; pero estamos seguros de que, la sinceridad de nuestro proceder, se verá entre los renglones de nuestras páginas, demostrando que, si el error es condición de todos los humanos, los nuestros estarán, ya que no justificados, al menos disculpados por la buena fe con que los hemos producido. Por nuestra parte, en el largo camino que recorreremos, y que antes que nosotros han andado los más eminentes historiadores argentinos, jamás nos detendremos á hacerles una rectificación personal, ni apoyaremos nuestros asertos en los juicios de otros escritores.

La historia no se inventa: *se narra*. Si los hechos se refieren con precisión y con verdad, aun cuando fuesen muchos los *narradores*, su narración resultará igual, siempre idéntica, aun cuando pueda diferir en la forma, más ó menos bella, más ó menos literaria.



Es por esta causa que los historiadores no pueden *copiarse* ni *plagiarse* entre sí, desde que jamás deben producir obras de su propia creación ó inspiración, si no que todos ellos deben limitarse á *copiar* la verdad de los sucesos que se refieren, ó los rasgos del carácter de los personajes que se encuentran en sus libros.

Es esto lo que nosotros hemos procurado hacer, ocupándonos de nuestra tarea con aquella imparcialidad indispensable á todos los hombres que pueden usar de su criterio propio, sólo para *juzgar* los hechos y sus consecuencias; pero que no deben emplear su imaginación para *narrar* acontecimientos históricos.

En este trabajo, por otra parte, hemos procurado que el contenido de sus volúmenes responda á la verdad de la obra, haciendo una historia *de la República Argentina*, y no exclusivamente de *Buenos Aires*, como la mayor parte de las *Historias Argentinas* que hasta ahora se han publicado.

Nuestra fuente, son *sólo los documentos*, incluyendo en éstos los debates parlamentarios, las *Autobiografías* y las *Memorias* y, á veces, la correspondencia particular de los hombres públicos. Nuestras opiniones serán propias, exclusivamente nuestras, coincidan ellas ó no con otras opiniones anteriormente emitidas; serán *sentencias*, diremos así, que iremos dictando sucesivamente, después de estudiar cuidadosamente *los autos, en cada caso*, con absoluta prescindencia de afectos y de odios, de personas y de influencias.

Seguramente, muchos de estos fallos históricos que pro-



nunciaremos, serán equivocados. Otros vendrán, después de nosotros, á rectificarlos; pero, por lo menos, habremos contribuído, con este trabajo, á que *la verdad se haga en la historia*, librando, á las generaciones que vienen, de la tiranía de la mentira, de la fantasía y de las pasiones, que han pesado hasta ahora sobre todos, desde los niños, á quienes se les enseña en las escuelas, como el evangelio argentino, pasajes y acontecimientos que no han sucedido, hasta los hombres de estado, que denigran todavía la memoria de próceres ó endiosan héroes que no han existido, sugestionados, siempre, por las leyendas repetidas en la cátedra, en el hogar y hasta en los Parlamentos.

L. V. V.

Buenos Aires, Enero 1º de 1910.

PARTE PRIMERA

ANTES DE LA REVOLUCIÓN



SUMARIO

- I. Aparición del pueblo americano.—II. La primera invasión inglesa.—III. Elección popular de Liniers.—IV. Segunda invasión inglesa.—V. La defensa de Buenos Aires.—VI. Juramento á Fernando VII.—VII. Revolución de 1º de Enero de 1809.—VIII. Gobierno de Cisneros.—IX. Vísperas revolucionarias.



PARTE PRIMERA



CAPÍTULO I

APARICIÓN DEL PUEBLO AMERICANO

Historia institucional de la República. — La patria y el genio militar. — La nueva y gloriosa nación, proclamada por la asamblea de 1813. — Historia política y económica. — El nativo ó criollo antes de las invasiones inglesas. — Autoridades en nombre del soberano: Cabildos, Audiencias, Intendencias y Virreinautos. — Privilegios imposibles al progreso. — La trata de negros. — La única preocupación: el oro y los metales preciosos. — La instrucción descuidada. — Clausura de la escuela de geometría, dibujo y náutica fundada por Manuel Belgrano. — Antipatía entre el español y el nativo. — La España americana: simple patrimonio personal de los reyes. — La legislación americana constituida por las Leyes de Indias, Ordenanzas y Cédulas. — Abdicación de Carlos IV y prisión de Fernando VII: oportunidades señaladas para la declaración de la independencia. — Profecía del Conde de Aranda cumplida. — Revolución estallada en nombre del derecho natural desde el Orinoco hasta el Plata. — El gobierno de José Bonaparte desconocido.

La República Argentina tiene su *historia militar*, que puede remontarse, como período puramente argentino, á la fecha de la reconquista de Buenos Aires del poder de los ingleses.

Esa historia ha sido ampliamente tratada por escritores argentinos y extranjeros, y puede decirse que está escrita



en todos los monumentos que se encuentran en las ciudades de la República.

Deçendientes legítimos de españoles, es sólo la parte militar de nuestra historia la que nos ha preocupado hasta ahora, apareciendo perdidas, entre las irradiaciones de la gloria de las batallas, no sólo las figuras civiles de nuestros pensadores, sino también las instituciones constitucionales que han dado origen á la organización de la patria.

No es de esa historia de la que vamos á ocuparnos.

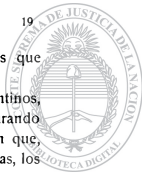
La República tiene, también, su *historia política y económica*, que se inicia en el famoso estudio de Mariano Moreno, en representación de los hacendados del Sud de Buenos Aires, defendiendo los derechos de estas comarcas contra el despotismo de los monopolios establecidos por España y sus autoridades.

Dentro del estudio de esa parte de nuestra propia historia, cabe toda la lucha de intereses económicos y comerciales mantenida entre la metrópoli egoísta y las colonias de América, separadas de todo contacto con el mundo, por la codicia de sus conquistadores.

No es ésta, tampoco, la parte de la historia nacional que nos proponemos escribir.

La República tiene, finalmente, su *historia institucional*, que es la que eslabona los estatutos y los esfuerzos orgánicos, hechos sucesivamente para constituir la patria, desde el 25 de Mayo de 1810, en que se erigió, con la Primera Junta Provisional, el primer gobierno propio argentino.

No cabe, dentro del cuadro que nos hemos trazado para escribir esta obra de largo aliento, la historia militar de la República Argentina, porque, por más que en los sucesos aparezca íntimamente vinculada la acción de los gobiernos patrios con la marcha y las victorias de los ejércitos, no es en los campos de batalla donde debemos ir á buscar las fuentes de nuestro derecho público constitucional, ni tam-



poco hallaremos allí el pensamiento de los estadistas que constituyeron la Nación.

El genio militar y el valor de los soldados argentinos, nos dieron *la patria*. Sus éxitos y sus triunfos, asegurando la independencía y venciendo la anarquía, permitieron que, tras largos años de luchas cruentas, y á veces fraticidas, los pueblos argentinos pudieron congregarse, unirse, por pactos parciales primero, y, finalmente, que sellaran una unión perdurable y solemne, bajo el imperio de una constitución nacional definitiva, jurada por todos los argentinos y sostenida por todas las Provincias que hoy forman «la nueva y gloriosa Nación» que proclamaban, ante el mundo, los hombres previsores de la Asamblea de 1813.

Y si no debemos seguir á nuestros próceres á los campos de batalla, para escribir la *historia de las instituciones argentinas*, por más que el pensamiento genial de algunos militares se encuentre, más de una vez, en nuestras mejores leyes, tampoco debemos engolfarnos en la historia política y económica de estos países, ni en los acontecimientos y en las disensiones que precedieron al momento en que, el pueblo americano, desconociendo toda dependencia de la España Europea, proclamó su propio derecho á gobernarse y á dirigir sus destinos, dentro y fuera de las antiguas colonias, sentando verdaderas bases institucionales, aun cuando no adoptase, por el momento, ninguna forma de gobierno conocida.

Pero, si no cabe dentro de este libro, el estudio de nuestra propia historia por esas faces, es, sin embargo, indispensable, darse cuenta de la situación del pueblo nativo, en los momentos en que estalló la revolución de Mayo de 1810.

Antes de las invasiones inglesas al Río de la Plata en 1806, el pueblo nativo, el *criollo*, el hijo del español nacido en América, no había tenido oportunidad alguna de conocer su valer, ni su importancia, ni su cohesión.



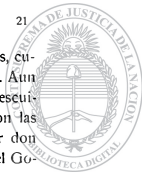
España había considerado estas colonias de América, como meras tierras conquistadas, donde el producto del suelo y el trabajo del nativo, debían ser siempre tributo del conquistador español.

La organización administrativa de estos países en Cabildos, Audiencias, Intendencias y Virreinos, no modificó las condiciones colectivas é individuales de los naturales de estas tierras.

Los privilegios y los monopolios acordados por las autoridades españolas de la Península, sobre el comercio de importación y de exportación de la América, hacían imposible el desarrollo de todo progreso propio. El exceso de producción sobre lo que podía exportarse por la marina privilegiada, y el contrabando, fomentado por las mismas autoridades de las Colonias, mataban todo esfuerzo de prosperidad por parte de los nativos. Ellos no podían negociar ni comerciar con nadie. La importación y la exportación de productos, era patrimonio exclusivo de los españoles de Europa, que se entendían con la marina mercante, y de los españoles de América, que hacían el contrabando para defraudar al Fisco, y explotaban el trabajo del *criollo*, en provecho propio, para impedir el engrandecimiento y la independencia de la vida colonial.

La trata de negros, autorizada y fomentada por el gobierno español en sus tratados con la Gran Bretaña, no bastaba á la avaricia de la Metrópoli. Convencidos sus hombres de que en estos países el oro y los metales preciosos debían encontrarse en todas partes, sólo se preocupaban de su adquisición y de su envío á Europa, desconociendo la verdad de los hechos y sin preocuparse para nada de estudiar las necesidades económicas, políticas y administrativas de estas regiones, ni de fomentar el establecimiento de las industrias y la agricultura.

La « Casa de Contratación » de Cádiz, fué el centro pro-



pulsor de todo movimiento comercial con las Colonias, cuyo tráfico debía hacerse únicamente por su intermedio. Aun cuando la instrucción y la enseñanza eran más que descuidadas,—puesto que eran prohibidas, como sucedió con las escuelas de geometría, dibujo y náutica, fundadas por don Manuel Belgrano en 1799, y mandadas clausurar por el Gobierno Español,—aun cuando se ponía empeño por las autoridades de la Península y de las mismas Colonias, en mantener á los nativos en el atraso y en la miseria, á medida que los hijos de los españoles nacidos en América fueron aumentando su número, y dándose cuenta de la diferencia que se establecía entre el *español* y el *nativo*, éstos comenzaron á cobrar antipatía á aquéllos, distanciándose instintivamente los unos de los otros.

La imposición de los privilegios y la separación de las *castas*, con que se había oprimido al pueblo criollo, daba sus frutos.

Si nunca habían existido lazos que vincularan por el afecto á los colonos con la Metrópoli, las primeras dificultades que la España experimentó en Europa, repercutieron intensamente en América.

El sentimiento latente de independencia que existía en todo el Continente, tomó formas externas y estalló en toda la América meridional, desde Méjico hasta el Cabo de Hornos.

La profecía del Conde de Aranda, cuando dijo que las Colonias de España en América, se harían independientes tan luego les llegase una oportunidad, parecía que iba á cumplirse á principios del siglo XIX.

La convicción del gran Ministro español, nació de su conocimiento del estado de la opinión americana, con respecto á sus dominadores españoles, desde los mismos días de la conquista.

En las Colonias no hubo jamás amor por sus monarcas,



á quienes nunca vieron y quienes poco se ocuparon de ellas, pues solo supieron explotarlas.

Para los Reyes, había dos Españas: la Península Ibérica, con sus dominios europeos, y las Colonias Americanas, con sus inmensas riquezas.

La España Europea era una Nación continental, organizada, política y administrativamente, de historia gloriosa en los tiempos, valiente, batalladora, hidalga, dominante, y que absorbía toda la atención de la dinastía que la gobernaba.

La España Americana, era un simple *patrimonio personal* del Monarca Español, una herencia que los reyes recibían con la Corona, una especie de feudo que no pertenecía á la Nación sino al Rey.

Si bien es cierto que, institucionalmente, estas colonias estaban gobernadas desde Europa, y desde allí venían los mandatarios que, en nombre del Rey, las administraban soberanamente, es también evidente que las leyes y reglamentos que estatuían en América los derechos de gobernados y gobernantes, no eran las leyes y los reglamentos que formaban el derecho común de la Monarquía española.

Las *Leyes de Indias*, las *Ordenanzas de Intendentes* y las *Cédulas Reales*, peculiares á este continente, constituían el cuerpo de legislación americana, *exclusivamente americana*, sin aplicación en parte alguna á la Nación española. Y esas leyes que emanaban directamente del Monarca, eran aplicadas, en Europa, por un Consejo de Indias, que nada tenía de común con la jurisdicción de las autoridades de la España Europea, y, en América, por Virreyes, gobernadores Intendentes y Reales Audiencias, que ejercían su autoridad en el nombre exclusivo del soberano.

Esta separación entre el patrimonio de la Nación española y el patrimonio personal del Monarca, no tuvo interés alguno para las instituciones, hasta el momento en que, la invasión francesa en España, produjo la abdicación de Carlos IV y la prisión de Fernando VII.



Tales acontecimientos señalaron la *oportunidad* que, según el Conde de Aranda, esperaban las Colonias americanas para declararse independientes.

Simultáneamente, sin que precediese acuerdo ni combinación previa entre los hombres ó los pueblos, la revolución contra el poder de la Metrópoli, — contra la autoridad de la España Europea sobre la España Americana, — estalló en todo el Continente, desde el Orinoco hasta el Plata.

En todas partes los pueblos *revindicaban la soberanía*, en nombre del derecho natural á ser independientes, desconociendo el gobierno conquistador de José Bonaparte y el gobierno irregular de las *Juntas*, que se habían organizado en distintas Provincias de España, pretendiendo representar la autoridad del Rey prisionero Fernando VII.

Esos movimientos revolucionarios locales en todos los Virreinos, revelaron que el sentimiento de la independencia era innato en los americanos.

Hasta en aquellos pueblos en que se juró fidelidad al Monarca destronado, se negó toda dependencia de las autoridades de la Nación española, cualquiera que fuese la dinastía que ocupase su trono.

Y esta opinión general en toda la América del Sud, nacida de causas que inmediatamente afectaban á cada una de las localidades revolucionadas, pero que, en conjunto, revelaban el sentimiento común de todas las Colonias, era más intenso, más poderoso y más exigente, en el Río de la Plata, donde el pueblo nativo había tenido motivos especiales para conocer su importancia, midiendo sus fuerzas con tropas de invasores extranjeros, y reconquistando *la patria* por el esfuerzo *propio*, y sin la ayuda de las fuerzas organizadas por sus mismos dominadores.



CAPÍTULO II

LA PRIMERA INVASIÓN INGLESA

Primera aparición del pueblo nativo. — Acontecimiento vergonzoso para el Virrey Sobremonte. — Placeres y banquetes en momentos de peligro inminente. — El invasor pisa tierra argentina — Escuadra al mando de Sir Home Pophan. — Fuerzas de desembarco á las órdenes de Sir William Carr Beresford — Misión cumplida: el pabellón británico izado en el Cabo. — Espíritu aventurero de los marinos británicos: obran sin órdenes del Almirantazgo. — Lo que dice el mayor Gillespie. — Acusación de traición. — Sobremonte salva las arcas reales y huye al interior. — Planes para la reconquista. — Alzaga y las milicias. — El sentimiento viril de los nativos. — Plan llevado á cabo por Liniers. — Mil hombres en la Colonia. — El corsario Dromedario. — Tempestad del Sudeste. — Desembarco entre Olivos y San Isidro. — Patriotas á las órdenes de Liniers. — Campamento en el Miserere, hoy Plaza del Once. — Intimación al general Beresford. — Término improrrogable de quince minutos. — Ataque. — Combate rudo. — Azoteas ocupadas por mujeres. — Campamento en la Plaza del Retiro. — Beresford y su Estado Mayor en la Recoba. — Muerte del ingeniero Kennet. — El asalto. — La bandera blanca. — Beresford rendido sin condiciones. — Triunfo del elemento patricio, nativo, popular.

La primera aparición del pueblo argentino en el Río de la Plata, coincide con la necesidad de que los habitantes de estas comarcas hicieron obra propia de varón.

Importa mucho al estudio de las instituciones argentinas, darse cuenta de esta primera manifestación de fuerzas y de voluntad populares, revelada por la acción de los patricios al producirse la primera invasión de las tropas inglesas á Buenos Aires.

No entra en el plan de nuestro trabajo, el estudio de los acontecimientos militares que produjeron la fácil conquista de la ciudad invadida por las tropas inglesas en junio

de 1806; pero, para que el lector se dé cuenta de esta primera aparición del pueblo nativo, como *institución gubernativa patria*, nos es indispensable ocuparnos someramente de aquel acontecimiento, vergonzoso para el penúltimo Virrey, nombrado directamente por España: El Marqués don Rafael Sobremonte.

En la noche del 24 de Junio de 1806, el aristócrata gobernante español, asistía á una fiesta que se daba en la Casa de Comedias, en celebración de un acontecimiento de familia.

Este detalle tiene verdadera importancia histórica. Aquella fiesta había seguido á un banquete en que el Virrey sólo se había ocupado de agasajar á su futuro yerno y ayudante don Juan Manuel de Marín, y, sin embargo, *hacía días que se tenía noticia de que una escuadrilla inglesa se aproximaba al Río de la Plata*.

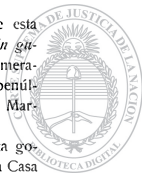
Es verdad que aquel gobernante inepto, creyendo que la invasión se llevaría á Montevideo, había reforzado aquella plaza con algunas de sus fuerzas; pero esto no disculpaba el abandono completo de toda precaución y de toda vigilancia de la ciudad que le estaba confiada, al extremo de entregarse á los placeres de la fiesta, en los momentos del peligro inminente.

A la mañana siguiente, el 25 de Junio de 1806, los tres cañonazos tradicionales, disparados en la fortaleza de la Plaza Mayor, daban al pueblo la señal de alarma. El invasor había pisado la tierra argentina.

España no estaba propiamente en guerra con la Inglaterra en esos días, y acaso esto hiciese que el Virrey Sobremonte no temiese á aquellos numerosos buques que cruzaban el Río de la Plata en esos momentos.

Pero esto no basta á justificarle.

Cualquiera que sea el origen que se atribuya á la primera invasión inglesa á Buenos Aires, es indudable que el





Capitán de Navío Sir Home Pophan, que era el jefe de la escuadra británica y el General Sir William Carr Beresford, que mandaba las fuerzas de desembarco en esa acción, no obedecían á órdenes directas ni á instrucciones del Gobierno de Inglaterra.

Pophan salió de las costas británicas llevando las fuerzas que conducía el Mayor General David Briard, enviado á la conquista del Cabo de Buena Esperanza, que defendían las tropas holandesas á las órdenes del General Jansens.

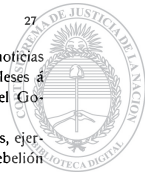
Desembarcados los ingleses en el Cabo en los primeros días de Enero de 1806, batieron á los holandeses el 8, y el 18 del mismo mes el General Jansens capitulaba, con los honores de la guerra, izándose en ese extremo del Africa el pabellón británico.

La *expedición oficial* confiada á Pophan y á Briard estaba cumplida. Pocos días habían bastado para aumentar un florón á la corona británica, extendiendo sus dominios ultramarinos.

Pero los marinos británicos tenían ya en esa época, el espíritu aventurero que ha dilatado, por medio de la conquista de los débiles, su vasto imperio por todos los ámbitos de la tierra.

Pophan no estaba satisfecho con la inacción, y buscando ocupación para sus fuerzas, dió oídos á los que se le acercaban hablándole de la posible conquista del Río de la Plata. Entre los tripulantes designados, había gentes que habían vivido en Montevideo y Buenos Aires, las que repetían que esas plazas no sólo estaban desguarnecidas de tropas de línea, sino que sus autoridades no podían contar con otros elementos, puesto que, como lo dice el mayor Gillespie, «los nativos odiaban al gobierno español, y se levantarían como un solo hombre en favor de la conquista inglesa».

Aun cuando en el principio, el Mayor General Briard se



resistiera á las tentaciones del capitán Pophan, estas noticias de tan fácil conquista decidieron á los militares ingleses á traer la invasión al Río de la Plata, sin órdenes del Gobierno ó del Almirantazgo Británico.

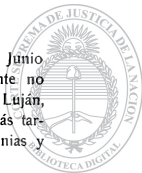
La influencia que, sobre el espíritu de los invasores, ejerció el informe que recibieron respecto al estado de rebelión del elemento americano contra la autoridad y el elemento general europeo, demuestra que, antes de la revolución de Mayo de 1810, el pensamiento de la emancipación, era general en las Colonias.

Los ingleses, que sabían, por experiencia, que el éxito justifica siempre las más temerarias empresas, seducidos por la esperanza de un rico botín y seguros de la falta de resistencia por parte de los españoles del Plata, no trepidaron en intentar la conquista.

En la flotilla que mandaba el capitán Pophan, se embarcó una parte de las fuerzas británicas que en el Cabo tenía el mayor General Briard, confiándose su comando al brigadier Beresford, á quien se dieron instrucciones especiales para asumir el Gobierno de la Colonia conquistada.

Obligados los expedicionarios á recalar en Santa Helena, que estaba á las órdenes del Gobernador Patten, recibieron nuevos auxilios de este jefe, y con esos elementos de desembarco, llegaron en Junio de 1806 á Buenos Aires, habiéndose abandonado el plan primitivo de ataque á Montevideo, no sólo porque aquella plaza había quedado desguarnecida para defender á esta última, sino también porque los jefes ingleses supieron que, en ese momento, había en las cajas reales de la Capital del Virreinato, grandes caudales pertenecientes á la corona de España.

No entraremos á describir el ataque de las tropas inglesas á la ciudad de Buenos Aires ni la débil defensa que se les opuso, ni siquiera la fuga cobarde del Virrey Sobremonte y los suyos, enfrente del enemigo extranjero.



Sólo diremos que, vencidos los españoles el 26 de Junio en Quilmes y el 27 en Gálvez, el Virrey Sobremonte no pensó sino en salvar las arcas reales, que mandó á Luján, y en huir con su familia al interior, procurando, más tarde, desde Córdoba, explicar su cobardía con calumnias y mentiras.

Y no se pretenda defender ó disculpar la conducta de Sobremonte, diciendo que, en el momento de la invasión, no disponía ni de fuerzas ni de elementos para resistir.

Hay historiadores que han llegado hasta á acusarle de traición, pretendiendo que en la noche del 24 se hicieron señales á la escuadra británica que ocupaba la bahía, desde la fortaleza de la Plaza Mayor.

No juzgamos la conducta de Sobremonte, sino en cuanto afecta los propósitos de este libro; en cuanto á su ineptia y abandono del pueblo *nativo*, cuando, durante mucho tiempo, persistió en negar las armas y la organización militar á los voluntarios *nativos* de las distintas clases sociales, que se le presentaban pidiendo un puesto en la defensa de los hogares propios que veían amenazados.

Sobremonte tenía anuncios indubitables de la próxima invasión, y, disponiendo de tiempo, como dispuso, pudo organizar las milicias de la ciudad, con los mismos elementos *criollos* que sirvieron, poco tiempo después, para la conquista.

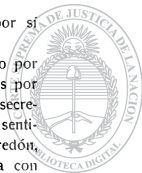
Acaso la historia, imparcial, procurando explicar lo inexplicable, en la conducta del Virrey español, no se equivoque, atribuyéndola á sus temores de cometer un error mayor permitiendo la organización de los *nativos*, que el que cometía abandonando, momentáneamente, Buenos Aires á la conquista británica, con la esperanza de recuperar la ciudad perdida con las fuerzas que pensaba organizar en el interior.

Sin embargo, los gobernados por Sobremonte no creyeron

que debían esperar nada de él, y se prepararon, por sí mismos, á reconquistar la ciudad perdida.

Tres planes distintos se presentaban: uno, preparado por los españoles residentes en Buenos Aires, convocados por don Martín de Alzaga, y que consistía en reunir secretamente las milicias urbanas; otro, producido por el sentimiento viril de los *nativos*, representados por Pueyrredón, Martín Rodríguez y otros, que salieron á la campaña con el objeto de organizar fuerzas; el tercero, el más sereno, puesto que lo preparaba un militar de escuela, consistía en el que llevó á cabo don Santiago de Liniers, trasladándose á Montevideo en busca de tropas de línea, para producir un desembarco al norte de la ciudad de Buenos Aires, y atacarla decididamente, buscando su reconquista.

El primer plan, que consistía especialmente en cavar minas bajo la dirección del ingeniero catalán Sentenach, que hicieran explosión reduciendo á escombros la Fortaleza y la Ranchería, donde estaban acuartelados los ingleses, no tuvo ni siquiera principios de ejecución. El segundo, se realizó con el éxito consiguiente á las tropas bisoñas, con patriotismo y valor pero sin instrucción, congregándose las milicias ciudadanas á las órdenes de Don Juan Martín Pueyrredón, para ser dispersadas en el caserío de Perdríel, inmediato á la ciudad. El tercero, lo verificó Liniers embarcándose, en los primeros días de Julio, en Las Conchas, en una lancha que le llevó hasta la Colonia de la Banda Oriental. El 16 estaba en Montevideo, y después de exponer su plan á la Junta de Guerra que allí se había constituido para defenderse de la anunciada invasión de Pophan, logró reunir en la Colonia un pequeño ejército compuesto de poco menos de mil hombres, formado por quinientos soldados de línea, trescientos milicianos y setenta marineros del corsario *Dromedario*, que mandaba el capitán francés Francisco de Paula Mordeille, con el que se embarcó en





la Colonia el 3 de Agosto, para desembarcar entre Olivos y San Isidro, donde estableció su cuartel general.

Inmediatamente de llegar, sus fuerzas se encontraron aumentadas por las de todos los patriotas que habían reunido los *nativos* en las campañas, entre ellos los mismos dispersos de Perdriel, que buscaban la dirección militar hábil del capitán Liniers, á cuyas órdenes se pusieron, reconociéndole como el Jefe de las tropas que debían marchar á la reconquista de la ciudad.

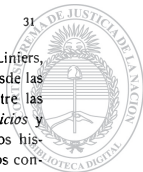
Una de esas frecuentes tempestades del sudeste, tan terribles en el Río de la Plata, á la vez que echaba á pique á seis pequeñas cañoneras británicas, detuvo la marcha de Liniers por algunos días, de manera que sólo pudo llegar á las puertas de Buenos Aires el 10 de Agosto, aumentándose sus tropas, en el trayecto, hasta más de dos mil hombres, en su inmensa mayoría voluntarios.

Es justo recordar que, entre los milicianos que se incorporaron á Liniers, estaban también los amigos de don Martín de Alzaga, que habían salido con otros españoles europeos, al saber la aproximación del pequeño ejército que venía á la reconquista.

El 11 de Agosto, campó Liniers en el Miserere, actual Plaza del Once de Septiembre, y desde allí intimó al General Beresford la entrega de la Plaza, dentro de un término improrrogable de quince minutos.

Beresford se limitó á contestar que «se defendería hasta donde lo indicase la prudencia, para evitar las calamidades que podrían recaer sobre la población».

Ante esa respuesta, Liniers llevó el ataque, batiéndose sus tropas con las inglesas en las calles de la ciudad, que quedaron sembradas de muertos y heridos, para acampar por la noche en la plaza del Retiro, donde se fortificó á la defensa de un posible ataque de las fuerzas de Beresford, que se habían replegado á la Plaza Mayor.



Este pequeño triunfo obtenido por las tropas de Liniers, fué de un excelente éxito moral. Al día siguiente, desde las primeras horas de la mañana, acudieron á formar entre las tropas regulares y entre los milicianos, muchos *patricios* y hombres del *pueblo*, enarbolando éstos, según algunos historiadores argentinos, la divisa *patricia* que llevaban los conjurados que se levantaron en Perdriel.

En la ciudad, todo el mundo se preparaba á la pelea. Hasta las mujeres, ocupando las azoteas y los balcones, esperaban el avance de las tropas reconquistadoras, cuyo ataque se había anunciado para las doce del día 12 de Agosto.

El combate fué rudo. Las fuerzas de Liniers avanzaban con denuedo por las calles que del norte venían á desembocar en la Plaza Mayor (actual Plaza de Mayo), agravándose, poco después, la situación de los ingleses, cuando otras columnas se presentaron, llevando cañones á vanguardia, por las calles que venían del Oeste.

Beresford dirigía personalmente sus fuerzas, colocándose con su estado mayor debajo del grande arco de la Recoba, que hoy ha desaparecido. Allí vió caer á muchos de sus oficiales más importantes, entre ellos á su propio ayudante el ingeniero Kennet, acosándole el enemigo, que constantemente le estrechaba y le obligaba á replegarse hacia la Fortaleza.

El pueblo inorgánico, armado con toda clase de pertrechos, tomaba parte en la refriega. Los cañones, sin caballos, eran arrastrados por el vecindario entusiasta, no siendo posible contener el avance, pues cada jefe de cuerpo, obediendo la inspiración propia, trataba de desalojar al enemigo que se opusiese á su marcha hacia la Plaza Mayor, que era el objetivo principal de todos y de cada uno.

Llegó un momento en que el pueblo ocupaba toda la plazoleta del fuerte, y ya se trataba de ir al asalto, cuando



apareció en el ángulo nordeste del parapeto la bandera de parlamento...

La reconquista se había hecho. Beresford se rindió sin condiciones, y bajo la sola palabra de Liniers, de respetarles en sus vidas y en los honores de la guerra.

No son de este lugar los comentarios de ese episodio histórico, ni tampoco la defensa ó el ataque de las personalidades que en él tomaron parte, y que han sido objeto de apreciaciones distintas por los historiadores argentinos.

Basta á nuestro propósito, el hecho glorioso, consignado en todos los documentos de la época, tanto ingleses como españoles y americanos, de que el triunfo fué debido especialmente al esfuerzo del elemento *patricio*, del elemento *nativo*, del elemento *popular*, á tal extremo, que bien pudo quedar justificado el título de la composición poética que consagró á ese episodio heroico, don Vicente López y Planes, el futuro autor de nuestro Himno Nacional, y que en esos días cantó EL TRIUNFO ARGENTINO.

Sí; si la grandeza militar de la acción corresponde exclusivamente al capitán de Navío don Santiago de Liniers, *el triunfo argentino*, correspondió al pueblo *nativo* de la ciudad de Buenos Aires.



CAPÍTULO III

ELECCIÓN POPULAR DE LINIERS

El colono reemplazado por el ciudadano. — Buenos Aires sin autoridades. — Liniers no acepta la dictadura provisoria. — Asamblea popular ó Cabildo abierto. — La confirmación en el mando de Liniers. — El pueblo nativo interviene en todos los acontecimientos. — Sobremonte marcha sobre la Capital. — Delegación del mando político en la Real Audiencia; el mando de las armas en Liniers; al Cabildo, las demás atribuciones. — Retiro del Virrey á Montevideo. — Nuevas manifestaciones tumultuosas. — Negociaciones entre Beresford y las autoridades. — Las reclamaciones populares aceptadas por la Junta de Guerra. — Capitulación antedatada sin valor alguno. — Rendición á discreción. — Internación de las tropas inglesas. — Entrada de Liniers al Fuerte de la Plaza de Mayo el 15 de Septiembre de 1806.

Las consecuencias políticas de la reconquista de Buenos Aires, fueron trascendentales. El *colono* había desaparecido; reemplazándole el *ciudadano* consciente de sus derechos y de sus deberes; de sus derechos, que le autorizaban á gozar de una patria independiente y en ella de las libertades de hombre; de sus deberes, que le obligaban á defender con su sangre y con su vida esa patria que les pertenecía, y el hogar propio, en ella constituido.

La conducta de los unos y de los otros, había establecido las distancias que, en lo sucesivo, deberían existir entre los españoles europeos y los nativos americanos.

La fuga vergonzosa del Virrey Sobremonte y de todas las autoridades españolas, el abandono de la ciudad por las fuerzas de línea que obedecían á la Metrópoli, y la revelación de la existencia de un pueblo nativo, con vigor, forta-



leza é inteligencia suficientes para gobernarse por sí mismo, dieron resultados inmediatos.

Al día siguiente de la reconquista, no había autoridades en la ciudad de Buenos Aires. Se había triunfado; los enemigos estaban prisioneros y desarmados, pero no había un poder que dirigiese la opinión en los momentos de la victoria.

Entonces se pensó en el Cabildo, ya que Liniers no aceptaba asumir el papel de dictador provisorio, recordando que era un oficial perteneciente á la marina española, y que sus actos podrían acarrearle responsabilidades ante la España.

Las leyes que regían á la Capital, autorizaban al Ayuntamiento á convocar al pueblo á reunirse en *Cabildo abierto*, en ciertas circunstancias en que la gravedad de los hechos reclamaba medidas extraordinarias.

El *Cabildo abierto* autorizado por las leyes españolas, era una especie de Asamblea popular, llamada á deliberar sobre su propia suerte, resolviendo las dificultades premiosas que los momentos actuales presentasen.

Ese fué el medio escogitado por el Cabildo de Buenos Aires para constituir una autoridad en la Capital del Virreynato, una vez que esta fué reconquistada del poder de los ingleses.

Al efecto, se invitó á cien individuos, considerados los más notables del municipio, y en los que estaban representadas todas las clases sociales.

Reunido el *Cabildo abierto* en uno de los salones de la Casa Municipal, más de cuatro mil hombres del pueblo rodeaban el edificio, agitándose en la Plaza Mayor con convulsiones revolucionarias, dispuestos á no consentir que se defraudasen sus esperanzas, ni se les arrebatasen las ventajas y prerrogativas conquistadas con su valor y con su esfuerzo en los momentos del combate.

Esta actitud del pueblo preocupó, no sólo al Cabildo,



sino también á la Real Audiencia, corporación política y judicial al mismo tiempo, que contrabalanceaba en América las facultades del Virrey, para impedir, en lo posible, sus abusos.

Es indudable que los representantes de la autoridad española en aquella reunión, se sintieron impresionados por el carácter que asumía la tumultuosa Asamblea popular, reunida sin convocatoria y deliberando sin más reglas que las de su propia inspiración.

Buscando ganar tiempo, el Cabildo propuso el aplazamiento de la designación de la autoridad, indicando la conveniencia de nombrar una Junta de Guerra, encargada de afianzar la victoria reciente, á cuyo efecto se votaría el número de tropas que fuese necesario levantar y los recursos indispensables para sostenerlas.

Apenas se difundió esta noticia en la multitud aglomerada en la Plaza Mayor, grandes grupos de pueblo se presentaron en las puertas del salón donde estaban reunidos el Cabildo y la Audiencia, llegando á penetrar algunos hombres hasta el mismo recinto donde aquéllos deliberaban.

Todos pedían á gritos que se confirmase á don Santiago de Liniers en el mando de las armas que había tenido durante la reconquista, constituyéndole en la autoridad suprema de la Capital, hasta tanto se designase en España al sucesor del Marqués de Sobremonte, cuya autoridad el pueblo desconocía en absoluto.

La situación era violenta, y á pesar de la resistencia de las clases privilegiadas que componían el Cabildo abierto á acceder á las exigencias del pueblo, las autoridades españolas allí reunidas, tuvieron que ceder á aquella presión revolucionaria, y, entre vítores al Rey y á España, proclamaron elegido á don Santiago de Liniers para el Gobierno provisorio del Virreinato.

El *pueblo nativo* que había contribuído tan poderosamente



á la reconquista, triunfaba por primera vez en una Asamblea popular, imponiendo su voluntad sobre las autoridades españolas y sobre los españoles europeos.

En la historia de las instituciones de la República Argentina, deberá siempre señalarse este triunfo de la democracia americana, como la primera manifestación de la revolución que, el 25 de Mayo de 1810, asumía formas definitivas, presentándose al mundo con caracteres más acentuados.

Mientras estos sucesos se desarrollaban en Buenos Aires, el Virrey Sobremonte había reunido en Córdoba un ejército de tres mil hombres, con contingentes de distintas provincias, y marchaba sobre la Capital, con objeto de reconquistarla.

La Comisión delegada para poner en su conocimiento el nombramiento de Liniers y la reconquista, ya efectuada, de la Capital de su Virreinato, le encontró á cuarenta leguas de distancia, marchando sin apuro y en la seguridad de que su acción sería inútil.

En el primer momento, Sobremonte intentó resistir á los acontecimientos, desconociendo la autoridad que se había conferido popularmente á Liniers; pero, la actitud decidida del pueblo, que amenazaba avasallarlo todo, le obligó á delegar el mando político que él ejercía en la Real Audiencia, el mando de las armas en Liniers, y en el Cabildo las atribuciones que le correspondían por su institución y las que las circunstancias le habían asignado.

Después de esta separación forzada del Gobierno, Sobremonte se retiró á Montevideo, anunciando que iba á preparar aquella ciudad, para la defensa de esa plaza, que continuaba amenazada por los ingleses.

En Buenos Aires, la situación se hacía cada vez más difícil para las autoridades españolas, porque el pueblo nativo, tanto el que estaba armado como el que recorría las calles y se reunía en distintos parajes, manifestaba sin misterios



su propósito de intervenir en todos los acontecimientos que pudieran afectarle.

Muy poco tiempo después de la deposición de Sobremonte como autoridad local de Buenos Aires, el pueblo de esta ciudad tenía nuevas oportunidades de hacer manifestaciones tumultuosas.

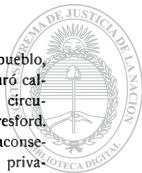
Los jefes de las tropas inglesas rendidas, exigían el cumplimiento de la promesa que Liniers les había hecho, de que serían repatriados.

Todo el mundo sabía que, en el momento de la rendición de la Fortaleza, no se había firmado capitulación alguna entre el jefe de la reconquista y el general Beresford.

Cediendo Liniers á su carácter caballeresco y, según algunos historiadores, á afecciones íntimas ajenas á la política, había hecho, efectivamente, al general británico, las promesas cuyo cumplimiento se exigía de las autoridades que se habían constituido más tarde.

A fines de Agosto de 1806, comenzó á circular en Buenos Aires, manuscrita, una capitulación, que aparecía, firmada por Liniers, el 12 del mismo mes, fecha de la rendición de Beresford, pero que había sido evidentemente antedatada, según el mismo Liniers lo hizo constar, declarando que, efectivamente, *después de la rendición* había acordado al general inglés una capitulación en las condiciones exigidas, agregando que, el valor de esa capitulación, dependía exclusivamente de las facultades que él hubiera tenido, puesto que las había suscrito, escribiendo, antes de su nombre, las palabras «en cuanto puedo».

Varios días duraron las negociaciones entre Beresford y las autoridades, pero cuando se supo en el pueblo que éstas habían prestado su adquiescencia á las exigencias de Beresford, estalló un movimiento en la opinión pública, tan poderoso, que obligó á la Junta de Guerra á volver sobre sus pasos y á conformarse con las reclamaciones populares.



Liniers, intimidado por la actitud imponente del pueblo, y dándose cuenta de su propia responsabilidad, procuró calmar los ánimos publicando un manifiesto, que hizo circular, en la forma de una carta dirigida al general Beresford.

Si el 18 de Agosto Liniers se dirigía al Cabildo aconsejándole la conveniencia de cumplir el convenio que privadamente había celebrado él con Beresford, el 25, el mismo Liniers le recordaba á Beresford que la rendición había sido á discreción, que no había existido convenio alguno, y que la capitulación escrita con posterioridad había sido una mera complacencia de su parte, destinada á usos privados, en obsequio del general inglés, pero que no podía tener valor alguno para las autoridades de la Colonia, desde que su fecha era inexacta.

Después de esto, las tropas británicas fueron internadas, y el 15 de Septiembre de 1806, el General Liniers entraba al Fuerte de la Plaza de Mayo, para ejercer el mando que se le había confiado.



CAPÍTULO IV

SEGUNDA INVASIÓN INGLESA

Desacuerdo entre las autoridades de una y otra margen del Plata. — Exigencia de los veteranos de Montevideo. — Manifestaciones hostiles á Buenos Aires. — Fracaso del complot militar urdido por el caudillo D. Martín Alzaga. — La indebidamente llamada segunda invasión. — Bloqueo. — La escuadrilla de Sir Home Pophan. — Derrota de Abreu en Maldonado. — Llegada de refuerzos del Cabo y de Inglaterra. — General Sir Samuel Achmuty. — Relevo de Pophan por el almirante Sterling. — La expedición á Chile de Crawford; la división naval del almirante Murray á las órdenes de Juan Whitelocke. — Instrucciones terminantes: Reconquistar á Buenos Aires, separarla de España é incorporarla á la corona británica. — Operaciones de guerra contra Montevideo. — Desembarco de Achmuty en el Buceo. — Abandono de Montevideo por Sobremonte. — Expedición al mando de jefes nativos. — Desastre. — Acción directa del pueblo. — Don Martín de Alzaga compelido á acceder á las exigencias del pueblo: la destitución absoluta del Virrey. — Junta de Notables. — Primer triunfo del pueblo soberano. — Padilla publica el «Southern Star». — Política inglesa: Beresford, Achmuty y don Saturnino Rodríguez Peña. — Reflejo de la situación por cartas del general Achmuty. — Doctrinas imperialistas. — Súbditos británicos, ó insurrectos. — Ocupación de la Banda Oriental. — El coronel Pack. — Liniers prepara la defensa de Buenos Aires.

Los acontecimientos que se habían producido en la ciudad de Buenos Aires, durante y después de la reconquista, así como el retiro del Virrey Sobremonte á Montevideo, y, más que nada, el rechazo de las pretensiones de los veteranos que vinieron de esta ciudad con Liniers, que exigían se les entregasen las banderas quitadas á los ingleses, atribuyéndose todo el triunfo en la reconquista, inició el desacuerdo entre las autoridades que ejercían el Gobierno en una y en otra márgenes del Plata.



Los españoles europeos estaban verdaderamente alarmados de la actitud del elemento nativo, y en las dos ciudades fundadas en la embocadura del estuario, se concertaban para tratar de dominar el empuje de los patricios.

Mientras que en Montevideo se rodeaba á Elío, haciéndolo objeto de grandes manifestaciones populares, gritándose en las calles «Muera Buenos Aires», el Cabildo de aquella ciudad dirigía al de ésta una exposición violenta, en la que, después de formular graves cargos, se desahogaba en denuestos contra don Santiago de Liniers.

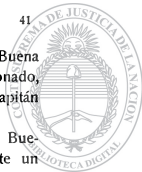
Se buscaba, con esto, establecer netamente el desacuerdo entre las dos corporaciones que ejercían el gobierno comunal en las ciudades del Plata, iniciando así un período de anarquía, cuyo objetivo principal era desprestigiar la autoridad de Liniers, que se había convertido en el jefe de los ciudadanos nativos y de las milicias ciudadanas.

Las instigaciones del Cabildo de Montevideo, encontraron eco en el grupo de españoles europeos que acaudillaba don Martín Alzaga en la ciudad de Buenos Aires, los que urdieron un complot militar que debió estallar á mediados de Octubre de 1806, es decir, un mes después de ocupar Liniers el mando de las fuerzas, y que fracasó gracias á la actitud decidida de éste, apoyado en los tercios patricios urbanos que mandaban Saavedra y García.

Mientras las autoridades propias del Río de la Plata, reñían, las tropas inglesas se organizaban, para lo que, indebidamente, se ha llamado la *segunda invasión*, puesto que la primera no abandonó el estuario después de la reconquista de la ciudad de Buenos Aires.

No obstante la rendición del General Beresford y de sus fuerzas, Sir Home Pophan, que había conservado á bordo de su escuadrilla la infantería de la marina inglesa, bloqueaba las dos márgenes del Río de la Plata.

Sucesivamente empezaron á llegarle refuerzos. El primero



fué un cuerpo de 1400 hombres, venido del Cabo de Buena Esperanza, con el que Pophan se apoderó de Maldonado, derrotando allí la expedición que, á las órdenes del capitán de fragata Abreu, vino á batirle desde Montevideo.

Llegada á Inglaterra la noticia de la reconquista de Buenos Aires, el gobierno inglés envió inmediatamente un cuerpo de ejército de cuatro mil trescientos hombres, á las órdenes del General Sir Samuel Achmuty, mandando la escuadrilla el Almirante Sterling, destinado á relevar á Pophan, cuya conducta había sido desaprobada por su gobierno.

Reunidas estas tropas en Maldonado, donde se había establecido el cuartel general inglés, fueron reforzadas con la expedición que á las órdenes del General Crawford había sido embarcada con destino á la conquista de Chile, estando ellas compuestas de cuatro mil cuatrocientos hombres de desembarco y una fuerte división naval, mandada por el Almirante Murray.

Todas estas fuerzas, así como las que trajo consigo al llegar al Plata la nueva expedición, fueron puestas á las órdenes del General Juan Whitelocke, quien traía como instrucciones terminantes la reconquista de la ciudad de Buenos Aires, con la declaración de que ella quedaba separada del dominio de la España é incorporada á los de la corona británica.

Antes de que Whitelocke llegase al Río de la Plata, ya el General Achmuty había comenzado sus operaciones de guerra contra la ciudad de Montevideo, que era, en esos momentos, el asiento no sólo del Virrey del Plata, sino también la plaza donde se encontraban todas las fuerzas veteranas y de línea del gobierno español en estas regiones de América.

Al frente de 6000 hombres, el General Achmuty desembarcó en el Buceo y atacó resueltamente á la ciudad de Montevideo, que también fué abandonada cobardemente por Sobremonte.



Vale la pena hacer aquí notar la actitud de los patricios en esa circunstancia. A la noticia del peligro que corría Montevideo, Liniers dispuso que inmediatamente marchase una expedición de quinientos veteranos, haciendo alistar otra expedición mucho más numerosa, compuesta de 1500 voluntarios patricios, mandados por Saavedra, Terrada, Belgrano, Rodríguez y otros jefes nativos, á cuyo frente se colocó el mismo Liniers, desembarcando en la Colonia y marchando resueltamente á la defensa de Montevideo.

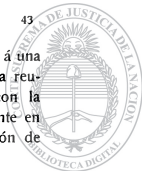
Sin embargo, los sucesos se habían precipitado. Achmuty había llevado el asalto á la ciudad de Montevideo y la había tomado, después de un sangriento combate en el que las mayores pérdidas fueron sufridas por las tropas veteranas, enviadas desde Buenos Aires por el Cabildo y Liniers.

Al tener noticias de ese desastre, la expedición al mando de Liniers regresó á la Colonia, donde el comandante Saavedra, según él mismo lo refiere en sus «Memorias», recogió efectos de artillería, municiones y otros artículos de que se carecería en la Capital del Virreinato, que habrían caído en poder del enemigo inglés, si él no los hubiese salvado.

Vuelto Liniers á Buenos Aires, sólo se ocupó de organizar fuerzas para la defensa de la ciudad, cuyo ataque comprendía que se produciría inmediatamente que las tropas británicas se hubiesen organizado.

Entonces, volvió á sentirse de nuevo la acción directa del pueblo en el manejo de los negocios públicos. Todos se excedían en esfuerzos patrióticos, á tal extremo, que el mismo alcalde de primer voto, D. Martín de Alzaga, que era el jefe del partido español, se vió compelido á acceder á las exigencias del pueblo, que, reunido en masa á las puertas del Cabildo, pedía la destitución absoluta del Virrey Sobremonte, á fin de que se le hiciese cesar como autoridad en todo el Virreinato.

El 10 de Febrero de 1807, pocos días después de la caída



de Montevideo en poder de los ingleses, se convocó á una Junta de Notables, semejante á la que antes se había reunido el 16 de Agosto de 1806, la que, de acuerdo con la Real Audiencia, suspendió al Marqués de Sobremonte en todo mando político ó militar, ordenando la ocupación de sus papeles y el apresamiento de su persona.

Puede señalarse éste como el más grande, como el primer triunfo del pueblo *soberano*, que, reasumiendo toda la potestad de su soberanía, destituía, por su solo esfuerzo, al representante en América del Monarca *soberano*.

Esta nueva violencia ejercida por el elemento patricio sobre los españoles europeos, aumentó la malquerencia de éstos para con aquél.

Una circunstancia incidental, inesperada, vino á dar ocasión á los descontentos para pretender derribar á Liniers.

El general Beresford y el coronel Pack, junto con otros oficiales ingleses y muchos soldados de tropa, habían sido internados á Luján.

El jefe británico prisionero se puso en contacto con don Saturnino Rodríguez Peña, induciéndole á trabajar en favor de la independencia de las Colonias del Río de la Plata del dominio de la España, asegurándole que para esa obra contaría con el apoyo decidido de la Inglaterra.

Beresford escribió en el mismo sentido al General Achmuty y á los jefes que ocupaban á Montevideo, y cuando Rodríguez Peña, creyó maduro el pensamiento y factible la idea, se la comunicó á D. Martín de Alzaga, creyendo que él, así como sus partidarios españoles, estarían conformes en declarar la independencia de estas comarcas, constituyendo con ellas una nación completamente independiente, tanto de la España como de la Inglaterra.

Alzaga comunicó estos trabajos, sin aprobarlos, á algunos de sus amigos y subalternos, preparándose, no sólo á combatirlos, sino á perseguir á su autor argentino Don Saturnino Rodríguez Peña.



Fué entonces que éste, de acuerdo con Don Manuel Aniceto Padilla, distinguido escritor americano, auxiliado por algunos afiliados á sus mismas ideas, hizo fugar al general Beresford y al Coronel Pack, embarcándose con ellos en un lanchón que les condujo á Montevideo.

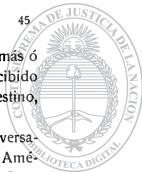
En esta ciudad, ni Rodríguez Peña ni Padilla hicieron un misterio de sus propósitos de conseguir la independencia de las Colonias del dominio de España, á tal extremo que, este último, fundó en aquella ciudad, con la adquisición de Achmuty y los jefes ingleses, un periódico que se publicaba en inglés y en castellano, titulado «*Southern Star*» (*Estrella del Sud*) en el que defendía aquellas ideas.

Han arrojado mucha luz sobre estos sucesos, dos cartas dirigidas por el General Achmuty á su gobierno, que llevan la fecha de 7 de Febrero y 26 de Marzo de 1807, y de las cuales la última contiene un párrafo sumamente sugestivo:

«La opresión de la madre patria,—decía Achmuty á su gobierno,—ha hecho más ansioso, en los nativos, el anhelo de sacudir el yugo de España, y aunque por su ignorancia, su falta de normalidad y la barbarie innata de sus inclinaciones, sean completamente incapaces para gobernarse por sí mismos, quisieran seguir los pasos de los norteamericanos, erigiendo un Estado independiente. Si les prometiésemos la independencia, se levantarían inmediatamente contra su gobierno y la gran masa de sus habitantes se nos uniría.»

Estas palabras de Achmuty, reflejan la situación política de los nativos en el Río de la Plata, aun cuando no sean justificadas las apreciaciones injustas que el general inglés hacía, respecto de las condiciones individuales y colectivas de los patricios.

Cuando Achmuty escribía esa carta, ignoraba cuáles eran las instrucciones recibidas por el General Whitelocke del Gobierno británico, al ponerle al frente de la expedición



mandada al Río de la Plata; instrucciones que eran, más ó menos, las mismas que el General Crawford había recibido con respecto á Chile, cuando se le enviaba á aquel destino, antes de incorporársele á las fuerzas de Whitelocke.

Esas instrucciones eran precisas, terminantes, intergiversales. Pretendía aplicarse á las Colonias españolas de América, la misma doctrina imperialista aplicada por la Gran Bretaña al Cabo de Buena Esperanza y á sus dominios de la India.

Whitelocke, venía al Río de la Plata, enviado por el Gobierno inglés, con el objeto de reconquistar la ciudad de Buenos Aires, declarando que ella quedaba separada del dominio español, y anexada á los dominios de la Corona británica. En esas mismas instrucciones, el general británico, salido de su país después de haberse conocido allí la reconquista de Buenos Aires, operada por el esfuerzo de los patricios, traía el especial encargo de tratar á los nativos como á *insurrectos*, de manera que, en el criterio del Gabinete que sucedió en Inglaterra al célebre Pitt, recientemente muerto, los argentinos debían ser considerados como súbditos del Gobierno británico, que se *insurreccionaban* contra él.

Con estas ideas en uno y otro campo,—la conquista por parte de los ingleses y la defensa de la *patria propia*, por parte de los americanos,—se trabó la lucha en lo que se ha llamado la «segunda invasión inglesa», y que, en este libro, estudiaremos bajo el epígrafe de «Defensa de Buenos Aires».

Las ideas de independencia que pódían haber germinado en algunos patriotas que seguían las inspiraciones de Don Saturnino Rodríguez Peña y de otros, no podían prosperar en la situación creada por las instrucciones que debía cumplir el General Whitelocke.

Los americanos no querían emanciparse de la España para caer bajo el dominio de la Gran Bretaña. Como Achmuty



lo decía á su Gobierno en la carta de 26 de Marzo de 1807, el pensamiento predominante en el pueblo nativo era llegar á una independencia semejante á la de los Estados Unidos, independencia que el mismo General Achmuty recordaba en aquella carta.

El problema, planteado en estos términos, no quedaba resuelto, para los ingleses, con la ocupación y la posesión de la Banda Oriental.

Dominado Montevideo no lo estaba Buenos Aires. En cambio, si llegaba á dominarse esta última Capital, Montevideo tendría que someterse, como lo probaron más tarde los hechos, antes y después de la revolución de 1810.

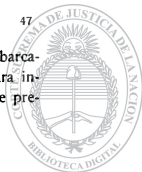
Para asegurar la base de sus operaciones, las fuerzas británicas habían ocupado también la Colonia, después de tener ya en su poder á Montevideo y á Maldonado.

El Coronel Pack, que fugó con Beresford, y que, faltando á su juramento, volvió á tomar las armas contra España, era el jefe que mandaba el cuerpo de ejército de ocupación de la Colonia.

Con el enemigo tan cerca, en frente de la ciudad, y á sólo diez leguas de distancia, los hombres que ejercían el Gobierno de Buenos Aires quisieron desalojarlo de allí, y fué entonces que se confió á Elío, con el título de Comandante General de la Banda Oriental, el mando de una expedición de mil quinientos hombres, que fué fácilmente rechazada por los ingleses, dada ~~la~~ impericia del jefe que la dirigía.

Acampado en las inmediaciones de aquella Plaza, después de su rechazo, Elío fué de nuevo sorprendido por Pack, sufriendo una sangrienta derrota en la que, desgraciadamente, el mayor número de víctimas la tuvieron los cuerpos de nativos que, como siempre, habían sido los que voluntariamente se habían ofrecido para conjurar los peligros y hacer la defensa de la patria.

Los restos de esas fuerzas — 400 hombres — se embarcaron apresuradamente y regresaron á Buenos Aires, para incorporarse al ejército que, á las órdenes de Liniers, se preparaba á la defensa.





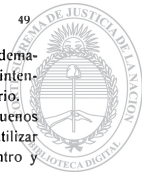
CAPÍTULO V

LA DEFENSA DE BUENOS AIRES

Nuevo ataque sobre Buenos Aires. — Ocupación de Montevideo por el general Achmuty. — Trescientas naves en el estuario. — Preparación de la defensa. — Liniers, la Audiencia, el Cabildo, el Pueblo. — «Defiéndanse como puedan». — Organización de las fuerzas populares: Andaluces, Cantabros, Gallegos, Montañeses, Vizcainos y Catalanes. — Batallones de Patricios, Arribeños, Pardos y Negros, Granaderos y Cazadores: la democracia nativa. — Desembarco de Whitelocke en Junio: 12.000 hombres. — Tres cañonazos clásicos: alarma. — Bandera inglesa izada en los templos. — Cinco días de combate cruento. — Elogio del heroísmo. — Valor legendario. — Capitulación firmada por todos los generales y almirantes ingleses. — Reembarco de Whitelocke en la Ensenada de Barragán. — Exclamación del coronel Kington. — Asombro del coronel Enrique Codogan. — Escudo de los patricios. — Honras fúnebres en Chile. — General Crawford y Manuel Belgrano. — Los gastos sufragados por el pueblo: las mujeres, con sus alhajas; los hombres, con donativos y trabajo personal. — Liniers ídolo de los nativos. — Rivalidades entre patricios y españoles. — Influencia de los escritos: «Contrato social». — Un párrafo de Filangieri. — White y las nuevas instituciones de Norte América. — «La Gazeta». — Noticias fatales. — Napoleón invade la Península. — Disolución de la monarquía de los Borbones. — Resistencia á los comisionados franceses. — Dos tendencias: España americana ó Patria independiente. — Lucha entre Alzaga y Liniers.

La actitud de los ingleses en el Río de la Plata, después de llegada la última expedición al mando del General Beresford, no podía ofrecer al General Liniers la mínima duda de que, próximamente, se intentaría un nuevo ataque sobre Buenos Aires.

El desarrollo que había tomado el comercio mercante inglés desde Febrero de 1807, en que la plaza de Montevideo fué ocupada por el General Achmuty, llegando á verse



en el puerto hasta trescientos navíos, era un aliciente demasiado poderoso para que las autoridades británicas no intentasen extenderlo, también, á la otra margen del Estuario.

Liniers, la Audiencia, el Cabildo y el pueblo de Buenos Aires, se prepararon, pues, á la defensa, resueltos á utilizar todos los elementos de que pudiera disponerse dentro y fuera de la ciudad.

En esta tarea se desplegaba una actividad y energía incasantes. Los militares españoles habían perdido todo prestigio, no sólo por su ineptitud en la primera invasión inglesa, sino también en las recientes derrotas de Elío en la Colonia, de Ruiz Huidobro en Montevideo, y de Sobremonte en todas partes.

Pero el pueblo nativo tenía fe en Liniers, y como en el fondo le dominaba siempre el pensamiento de la propia independencia, indisciplinado é inorgánico, pedía armas y organización.

Cuenta don Cornelio de Saavedra, actor y testigo de los acontecimientos, que «se hicieron de cureñas para los cañones, de municiones, pólvora y armamentos de los que se carecía, venidos en su mayor parte de Chile, Lima y otras Provincias, cuyo auxilio se interpelaba».

Todo esto se pagaba por el Cabildo y por generosas donaciones del pueblo, que en ningún momento se negó á sufragar todos los gastos necesarios á la defensa, sobre todo después de haber perdido toda esperanza de que llegasen las tropas pedidas á la Corte de Madrid, que se había limitado á contestar á Liniers «que se defendiese como pudiese».

Fué entonces que se dió á las fuerzas populares una organización en cuerpos, dividiéndolas por batallones formados según la Provincia donde hubieran nacido los españoles, constituyéndose así los cuerpos de *Andaluces*, *Cántabros*, *Gallegos*, *Montañeses*, *Vizcainos* y el excelente cuerpo de *Catalanes*, mandado por el ingeniero Sentenach.



En cuanto á los nativos, bajo la denominación de *Patricios*, de *Arribeños*, de *Pardos* y *Morenos*, se organizaron numerosos batallones (solo los *Patricios* formaban cuatro), agregándose á ellos seis escuadrones de caballería, un batallón de *Granaderos Provinciales*, otro de *Cazadores Correntinos* y otro, especial, de artillería, compuesto puramente de *nativos*, en el que, dice un historiador de la época, «alternaban en las filas blancos, pardos, indios y negros».

Era la democracia, precursora de la constitución definitiva de la Patria, que se iniciaba en la confraternidad del sacrificio y del holocausto de la sangre vertida por ella.

Organizadas y preparadas así las fuerzas de la defensa, artillada la ciudad en puntos estratégicos, y aprestados todos, autoridades y pueblo, para el combate, se esperó el ataque inminente.

Las fuerzas británicas á las órdenes del General Whitelocke, fuertes, más ó menos, de 12.000 hombres, desembarcaron el 28 de Junio de 1807, en las inmediaciones de la Ensenada de Barragán, próximamente á once leguas de distancia de la ciudad de Buenos Aires.

Liniers había tendido sus avanzadas hacia esos puntos, de manera que la noticia de la invasión fué recibida inmediatamente en la ciudad, donde se tocó generala, llamando á rebato las campanas del Cabildo, y disparándose los tres cañonazos clásicos de alarma, con cuyas señales todo el mundo acudió al puesto que le estaba designado de antemano.

Se distinguían en su empeño y en su ardimiento, los cuerpos de *nativos*, sin hacer excepción de los mismos *negros esclavos*, nacidos en América, que participaban del odio al extranjero, y que, desde entonces, adquirieron la reputación que han conservado por su valor legendario.

Si bien en esos momentos todos concurrían á la defensa común, era evidente que los *argentinos*, como ya se les



llamaba, buscaban sobrepujar, en valor y en disciplina, á los españoles europeos...

No caben dentro de los propósitos de esta obra, ni la descripción ni la crítica del ataque y de la defensa de Buenos Aires, desde el 2 de Julio de 1807 hasta el 5 del mismo mes, en que el enemigo extranjero fué vencido.

Días verdaderamente de prueba para las tropas bisoñas de *nativos*, en esas famosas jornadas, en que el error recíproco de los beligerantes, mantuvo indecisa la victoria al extremo de que, alternativamente, se intimaban rendición los unos á los otros, y la bandera inglesa se izaba ó se arriaba en las torres de los templos, según las peripecias del combate,— las fuerzas de los *Patricios*, de los *Arribeños*, de los *Granaderos*, de los *Negros y Mulatos*, de los *Artilleros Correntinos* y demás batallones y caballerías de ciudadanos, se condujeron con tanto heroísmo, que fueron los mismos enemigos vencidos los que se encargaron, más tarde, de hacer su elogio.

Los episodios del combate en las calles inmediatas á los conventos de San Francisco y Santo Domingo, hasta La Residencia (San Telmo), adquirieron las proporciones legendarias de la epopeya, y, por sí solos, bastarían á llenar un volumen de la *Historia militar de la República Argentina*.

Pero, en esta *historia de las instituciones patrias*, sólo es dable consagrar á aquellos sucesos, algunos párrafos, destinados, más que á encomiar el valor de los héroes, á señalar la importancia que tienen sus actos, en el advenimiento del pueblo nativo al gobierno del Virreinato.

Después de cinco días de combate cruento, el 7 de Julio de 1807, se firmó la capitulación por todos los generales ingleses, incluso los almirantes, obligándose éstos á reembarcar todas sus tropas, junto con los prisioneros de la primera invasión, que todavía existían en algunos puntos del Interior.



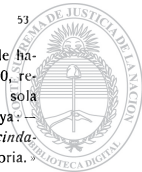
Los españoles, con Don Martín de Alzaga á la cabeza, se opusieron á esta capitulación, resistiéndose al reembarco de las tropas inglesas vencidas; pero tuvieron que ceder ante la insistencia de Liniers, que demostraba que había ventajas en acceder á esto, á trueque del abandono, por los ingleses, de las plazas de Montevideo, la Colonia y Maldonado, y su retiro del Río de la Plata, con toda la escuadrilla que habían traído, dentro de un término de dos meses.

En cuanto al reembarco de los prisioneros de la primera invasión, este era sólo un canje, puesto que los ingleses se devolvían á su país en cambio de los españoles y nativos que habían sido enviados á Inglaterra por el General Achmuty, después de la ocupación de Montevideo.

La capitulación se cumplió fielmente, reembarcándose sólo siete mil ochocientos hombres de los 12.000 con que desembarcó Whitelocke en la Ensenada de Barragán. Los demás, quedaron muertos en las calles de Buenos Aires, heridos en los hospitales, dispersos ó perdidos muchos de ellos, y no pocos radicados en el país, por su propia voluntad.

Así terminó la llamada «Segunda invasión inglesa», que dió lugar á la nueva demostración del valor y de la importancia del elemento *nativo*, en esas circunstancias.

Si la crítica de la operaciones militares corresponde á los técnicos, que las estudian sobre el campo de los sucesos, siguiendo los movimientos diversos de las multiplicadas acciones de esos días; si corresponde á los estadistas el estudio de la importancia económica y comercial que tuvo para la Inglaterra la apertura, para sus productos, de éstos nuevos mercados, durante la ocupación de Montevideo por el General Achmuty, — toca á los que buscamos, en la *historia civil* de la República, encontrar los orígenes de nuestras instituciones y libertades actuales, hacer el estudio de los efectos que los acontecimientos grandiosos de 1807 produjeron sobre el pueblo genuinamente nativo.



Don Cornelio de Saavedra, que, más tarde, había de hacer tan gran figura en la revolución de Mayo de 1810, refiriéndose á esos sucesos de la defensa, emplea una sola frase, de pocas palabras, que condensa toda la epopeya: — «Buenos Aires,—dice,—*con sus solos hijos y sus vecindarios*, hizo esta memorable defensa y se cubrió de gloria.»

Y así fué la verdad. A las exigencias de Liniers para que el Gobierno de España, engolfado con sus complicaciones continentales, le enviase refuerzos, cuando, *después de la reconquista*, anunciaba una nueva y próxima invasión inglesa, se le contestaba por los Ministros de la Corona:

— «¡Defiéndanse como puedan!»

Y á esa contestación insolente, impolítica, audaz y cobarde, contestó el pueblo de Buenos Aires defendiéndose *como pudo*; es decir, de una manera tan brillante, que los acontecimientos de esos días han quedado señalados en el bronce, en el oro y en la plata, por la gratitud de los pueblos que han esculpido placas y levantado monumentos, á los héroes y á los sucesos de 1806 y 1807.

Pero aquel abandono absoluto, tenía motivos trascendentales:—¡en España se temía á las Colonias!

Aunque parezca extraño, habían sentido mal á los hombres de Madrid, los triunfos de los *nativos* en América, por más que ellos importasen conservar, para el dominio de la Corona de España, las ciudades del Río de la Plata.

Había sentido mal á los hombres de la Metrópoli, el ensalzamiento que, propios y extraños, hacían de los soldados argentinos, tanto por su heroísmo en la pelea como por su magnanimidad para con los vencidos.

Se comentaban las palabras del Coronel Kingston, que, al expirar en la refriega, exclamaba:

— «Quiero ser sepultado en el Cuartel de Patricios, *para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los que me han vencido!*»



Se sabía que el valiente Coronel Enrique Codogan, al rendirse, después de haber perdido en la lucha más de la cuarta parte de su tropa, había preguntado:

— «¿Qué tropa es esa, de escudo en el brazo, *tan valiente y tan generosa?* »

Y esa tropa á que aludía el jefe británico, eran los cuerpos *Patricios*, que llevaban un escudo de paño grana en el brazo izquierdo, con las palabras «Buenos Aires», entre dos palmas de laureles.

Se sabía, en fin, que, al celebrarse en Chile honras fúnebres por los muertos en la defensa, en el templo de Santo Domingo, adornado con banderas, se había levantado un inmenso cenotafio, en uno de cuyos ángulos se leía:

Á LOS GUERREROS ARGENTINOS, QUE POR DEFENDER SU
TIERRA NATAL INSULTADA, POR SUS HOGARES, SUS HIJOS
Y SUS ESPOSAS, RINDIERON SU VIDA! (1)

Y, completando todas estas noticias que se tenían en la Corte de España, allí también se supo que, como si los invasores hubieran comprendido que el espíritu de la propia nacionalidad, flotaba en las fuerzas que luchaban y vencían al invasor extranjero, el general Crawford, prisionero, había propuesto á don Manuel Belgrano, soldado y secretario del Consulado, apoyar á los criollos en la declaración de su independencia de la España, como Beresford y Achmuty se lo habían ofrecido antes á don Saturnino Rodríguez Peña, en Montevideo.

Sí; todo esto lo sabía, no sólo la España europea, allende los mares, sino que también lo sabían y lo propalaban los españoles europeos del Río de la Plata, á cuya cabeza permanecía siempre don Martín de Alzaga, para oponerse á todo avance de los propósitos de los criollos.

(1) *Argentinis militibus Qui propter tellurem patriam vexatum Pro laribus, filiis, atque conjugibus, vitam gloriosam funderunt.*



Pero todo fué inútil. La idea de la libertad se había hecho carne, y los patricios no debían detenerse en su obra.

La reconquista y la defensa de Buenos Aires, habían exigido grandes gastos. Era menester pagar dos millones de pesos fuertes, y no existían fondos, porque los ingleses se habían apoderado, en 1806, de todo el dinero que existía en las arcas reales.

Era inútil esperar que viniesen recursos de España, que todo se lo había negado á sus colonias invadidas, en los momentos del peligro.

Fué entonces el *pueblo* el que sufragó esos gastos. Las mujeres llenas de entusiasmo, dieron sus alhajas: los hombres, ofrecieron sus donativos en numerario, cuando lo podían, y los que no tenían joyas ni dinero que ofrecer á la patria, le ofrecían la remuneración que pudiera dárselos por su trabajo personal.

Las autoridades no podían resistir aquel empuje. Si Liniers no era querido por los españoles, era en cambio el ídolo de los *nativos*, con quienes sabía bien que podía contar.

El Cabildo, que tan digna conducta había observado durante la defensa, aunque compuesto totalmente de españoles, se había visto forzado á presidir las asambleas populares que destituían y nombraban virreyes, y que manumitían esclavos en holocausto á la victoria, como sucedió con setenta negros, después de la capitulación de 5 de Julio de 1807.

La confirmación de don Santiago de Liniers como virrey, hecha por la corte de España, vino á dar nuevos bríos á los patriotas. Aquello era, por decirlo así, la consagración del pensamiento revolucionario que se iniciaba en las asonadas y manifestaciones populares.

La situación local, presentaba á la sociedad perfectamente dividida en dos tendencias opuestas: los americanos, queriendo gobernarse por sí mismos; y los españoles, anhelando seguir como dominadores absolutos.



Los españoles, desde el Cabildo, pretendían que se disolviesen los cuerpos de *Patricios*, de *Arribeños* y demás compuestos de *nativos*, llegando á ofrecer gratuitamente el servicio urbano, hasta tanto se enviasen tropas veteranas desde Madrid.

Liniers, desde su altura de virrey, sostenía aquellas milicias como necesarias á la seguridad de la población, sin admitir la oferta de los españoles, porque comprendía que aquél era un pretexto que se buscaba para disminuir su poder y su influencia.

«Este también fué el origen de los celos y rivalidades que asomaron entre patricios y españoles», dice don Cornelio de Saavedra en sus «*Memorias*». «Acostumbrados á mirar á los hijos del país como á sus dependientes, y tratarlos con el aire de conquistadores, les era desagradable verles con las armas en la mano, y mucho más, el que con ellas se hicieran respetables por sus buenos servicios y por su decisión á conservar el orden en la sociedad.»

Aumentaba esta desinteligencia entre los nativos y los españoles, las nuevas orientaciones que tomaban las ideas, debido al contacto de los primeros con los ingleses prisioneros, y á la introducción de libros franceses, la que se había producido en los meses que habían durado las perturbaciones en el Río de La Plata, desde la primera invasión en Julio de 1806 hasta la capitulación de Whitelocke en Julio de 1807.

Esa misma influencia se siente en los escritos de los patriotas de aquella época. Basta leer la famosa «Representación de los Hacendados», escrita por el Doctor Mariano Moreno, y conocer los trabajos del Doctor Manuel Belgrano en el Consulado y en favor de la enseñanza, para encontrar en ellos las huellas de los filósofos franceses del siglo XVIII, y especialmente de Rousseau, cuyo «*Contrato Social*» tradujo el mismo Moreno.



Para hacer más odiosa la dominación española en América, los hombres intelectuales del grupo patriota dirigente en esos días de grandes reacciones, tenían los informes personales de los norteamericanos ilustrados, que, como Don Guillermo White, daban los detalles de las nuevas instituciones de los Estados Unidos, informes que ratificaban los mismos argentinos que, entusiasmados, habían visitado aquel país, y hacían la merecida propaganda de las ventajas que ofrecía aquel sistema republicano de gobierno.

Fácil es encontrar esa nueva orientación en las ideas políticas y económicas de los *nativos*, buscándola entre los renglones de la notable exposición de Moreno que acaba de citarse. Todo aquello que le obliga á callar su posición de letrado en el asunto y la autoridad del Virrey ante quien se presenta, defendiendo los derechos de los habitantes de la Colonia, en contra de las pretensiones absorbentes del Comercio de Cádiz; toda el alma del patriota que anhela la independencia y la libertad de su patria, se aspira leyendo aquellas páginas llenas de intención y de reticencia.

A pesar de todas las precauciones tomadas, en cuanto á la forma y al fondo de su escrito, el espíritu revolucionario y el anhelo liberal de Moreno, encontraron el medio de introducir en el célebre documento, ideas y citas tan oportunas, y de alcances tan trascendentales, como el siguiente párrafo, transcripto de la obra de Filangieri, y que no era, en esa época, más que un anticipo de lo que, al año siguiente, el mismo Moreno escribiría, como redactor Oficial de la *Gazeta*:

«No se me oponga que estas colonias, si llegaban á ser ricas y poderosas, desdeñarían de estar dependientes de su madre. La carga de la dependencia solamente se hace insoportable á los hombres, cuando va unida con el peso de la miseria y de la opresión. Las colonias romanas, tratadas con aquel espíritu de moderación que habían inspirado el



interés y la política del Senado, lejos de aborrecerla, se gloriaban de una dependencia que constituía su gloria y su seguridad. Su condición era envidiada aun de aquellas ciudades que, incorporadas con Roma y bajo el importante nombre de *municipios*, habían juntado todas las prerrogativas de ciudadanos romanos con la conservación de sus usos particulares, de su culto y de sus leyes. Muchas de estas ciudades procuraban el título de Colonia, y aunque sus prerrogativas eran muy diversas, no obstante, bajo el imperio de Adriano no se sabía cuál era la que llevaba la ventaja. Su prosperidad no las hizo jamás rebeldes, ni les inspiró la ambición de la independencia. Lo mismo sucedería con las colonias modernas: felices bajo su metrópoli no se atreverían á sacudir un yugo ligero y suave para buscar una independencia, que las privaría de la protección de su madre, sin quedar aseguradas de poder defenderse ó de las intrigas de un ciudadano poderoso, ó de los peligros de la anarquía. No ha sido el exceso de las riquezas y de la prosperidad el que ha hecho rebelar á las colonias anglicanas; ha sido el exceso de la opresión el que las ha llevado á volver contra su madre aquellas mismas armas que tantas veces habían empeñado en su defensa.»

Moreno no podía decir, en su nombre propio, ni siquiera en el de sus representados, los hacendados del Sud, lo que Filangieri dice en el párrafo transcrito. Moreno no podía decirle al Virrey Cisneros, que las Colonias españolas no eran felices bajo el yugo de la metrópoli, que había establecido los monopolios que enriquecían sólo á los comerciantes españoles de Europa y de América; ni podía anunciarle que se aprestaban á rebelarse, como las colonias anglicanas, porque «el exceso de la opresión las llevaba á volver contra la propia madre, aquellas mismas armas que tantas veces habían empuñado en su defensa», sobre todo en los recientes días de la lucha con los ingleses.



Sin embargo, ese párrafo de Filangieri, mezclado en los conceptuosos considerandos aducidos por Moreno en representación de los hacendados del Sud, revela cuál era el estado del alma ciudadana en los momentos en que Liniers asumía el mando como Virrey reconocido por la España.

Y esa situación, tan hábilmente presentada por Moreno con el transparente disfraz que le presta su famoso escrito, se agravó de repente, con la noticia de acontecimientos inesperados.

Las fuerzas pedidas á España por Alzaga y los suyos, ya no podrían venir. Napoleón acababa de invadir la Península, y el éxito de aquel conquistador afortunado del mundo, hizo comprender á los españoles del Río de la Plata, que nada debían aguardar de la Metrópoli; y que había llegado el momento de asegurarse su propio predominio en estas comarcas, si, como lo temían, la España europea sucumbía ante el poder avasallador del invasor extranjero.

Apenas se había recibido Liniers del Virreinato, en Mayo de 1808, cuando empezaron á llegar, una tras otra, noticias fatales para los españoles.

Primero, fué la abdicación del viejo Carlos IV; luego, el motín de Aranjuez; después, la ruidosa caída del Príncipe de La Paz, y, enseguida, y más terrible que todas, el destronamiento y la prisión de Fernando VII en Bayona. Como consecuencia de estos hechos, se proclamó la disolución de la Monarquía de los Borbones, y la institución, en su reemplazo, de la dinastía de los Bonaparte.

En los pedazos del territorio español insurreccionado contra las fuerzas francesas, en cada provincia, se constituyeron Juntas Supremas de Gobierno, abrogándose, cada una de ellas, las facultades de gobernar, no sólo la España, sino también las Indias.

Simultáneamente llegaron al Plata, con las primeras órdenes de esas Juntas, los comisionados de Napoleón, que



venían á recabar la sumisión de las Colonias españolas á la nueva dinastía.

El movimiento de resistencia, desde el primer momento, fué general.

Españoles y nativos estuvieron de acuerdo en desconocer toda autoridad al Monarca francés, y esto, no obstante que las mismas autoridades españolas que habían jurado vasallaje á José Bonaparte en España, ordenaban á las autoridades americanas, que siguiesen su ejemplo.

Pero, si bien es verdad que fué común, espontáneo y general ese sentimiento de resistencia al francés, no lo fueron las tendencias de los dos partidos en que estaba dividida la opinión de la Colonia.

Los españoles europeos, apoyados en los cuerpos de *Gallegos, Vizcainos y Catalanes*, que les obedecían, defendían la separación de estas colonias de la actual Monarquía española, pero, para constituir con ellas una *España americana*, donde, bajo un régimen semejante al que habían establecido las Provincias de la Península, ellos siguiesen gobernando y oprimiendo al pueblo *nativo*.

Los patriotas, por su parte, querían la *patria independiente*, tanto de España como de Bonaparte, con su gobierno propio, aun cuando aceptasen que ese gobierno fuese ejercido aquí, en América, por un Monarca de la raza de los Borbones.

Entonces, se trabó la lucha local en ese terreno, estando respectivamente los bandos acaudillados, el uno, por Alzaga, que desde el Cabildo dirigía á los españoles; y el otro, por Liniers, á quien los nativos prestaban todo su concurso.

CAPÍTULO VI

JURAMENTO Á FERNANDO VII



La Primera Junta y Fernando VII. -- Rey dos veces rebelde. -- Los acontecimientos europeos y las instituciones argentinas. -- Nuevas veleidades de conquista. -- General Arturo Wellesley. -- Liniers y Elío preparando la defensa. -- Comunicación autógrafa de Liniers al Emperador. -- Sesenta mil hombres sobre Madrid. -- Ocupación francesa de la Península. -- Conspiración de Napoleón y Fernando. -- Abdicación de Carlos IV. -- José Bonaparte, rey de España. -- Clarovidente profecía de Canning: la caída del coloso. -- Junta Suprema. -- Orden al Virrey de Buenos Aires. -- Llegada inesperada de Cisneros. -- Otro rumbo en las ideas del pueblo nativo. -- Inglaterra á favor de España contra los franceses. -- Pretensiones de Sassenay, representante de Bonaparte. -- Indignación del pueblo. -- Sorpresa é indecisión de Liniers. -- Proclamación. -- Estudio jurídico. -- ¿A quién debían obediencia las autoridades de Buenos Aires? -- ¿Debían jurar fidelidad á Fernando VII, Carlos IV ó á Napoleón? -- Monarquía independiente con Carlota de Borbón. -- Plan meditado por Don Saturnino Rodríguez Peña. -- Manuel Belgrano. -- Pueyrredón, Castillo, Vieytes, los hermanos Paso, apoyados por los ingleses, representados por Beresford. -- Resolución de derribar á Liniers. -- Proclama del Cabildo al pueblo. -- España *americana* bajo el cetro de Fernando VII.

La primera Junta de Gobierno que sigue á la Revolución del 25 de Mayo de 1810, origen de la independencia de todas las Repúblicas sudamericanas, prestó su acatamiento á Fernando VII, Rey de España, declarando que los propósitos de la revolución, eran conservar estos dominios para aquel soberano.

Felizmente para nosotros, Fernando VII, el más condeñable de todos los reyes españoles de los últimos siglos, no ha gobernado estos dominios un solo momento, aun



cuando nuestros primeros gobiernos pretendieran hacerlo en su nombre.

Sin embargo, importa mucho, para la historia de las instituciones argentinas, el estudio de la situación de la Europa, y especialmente de la España, en los momentos en que aparece en el mundo, como Rey de España y de las Indias, Fernando VII, el hijo dos veces rebelde contra sus padres, Carlos IV y María Luisa de Parma.

Es menester comenzar por recordar, que los triunfos de Buenos Aires sobre la expedición inglesa mandada por Whitelocke, no habían concluido con las veleidades de conquista de la Inglaterra.

Por el contrario. Al tenerse noticias de los desastres sufridos por los ingleses en el Río de la Plata, la Inglaterra preparó una nueva expedición de 18.000 hombres, perfectamente armados y pertrechados para el asalto, reuniendo, al efecto, buques de su escuadra en el Puerto de Cork, y poniendo al mando de esa expedición, al General Arturo Wellesley, militar reputado en su país, y uno de los futuros vencedores en Waterloo.

En el Plata se esperaba este ataque, á tal extremo, que Liniers había enviado á Elío á Montevideo para que preparara todos los elementos necesarios para la defensa.

Por su parte, Napoleón I también había fijado su mirada de águila en las colonias españolas del Atlántico, y después de recoger los informes que pudo proporcionarle el futuro almirante Jurien de la Gravière, que había estado en el Río de la Plata algunos años antes, se decidió á mandar una expedición en auxilio de los colonos de América, con el pretexto de que era aliado de la España, y que se encontraba en guerra con los ingleses.

No debió dejar de influir, también, sobre el ánimo de Napoleón I, la actitud personal de Liniers á su respecto.

Después de la reconquista de Buenos Aires, el General



español don Santiago de Liniers comunicaba su triunfo al dominador del mundo, sin dar causa alguna para aquella comunicación; y después de la derrota de Whitelocke, cuando ya se habían hecho evidentes las manifestaciones populares en contra de la dominación española, el imprudente Liniers se creyó con el derecho de enviar un emisario á Napoleón, á su ayudante Perichon de Valdemil, con una comunicación autógrafa en la que, entre otras cosas, le decía lo siguiente:

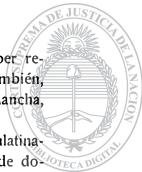
«No debo omitir de deciros, que todos los franceses que se hallan en el Río de la Plata han sido los primeros en tomar las armas y distinguirse: en una palabra, por todas partes han habido franceses... Son los sucesos constante y siempre asombrosos de vuestras armas, los que han electrizado al pueblo (de Buenos Aires), hasta entonces tan apacible. Yo no tengo la mínima duda, y no me aplaudo tanto de los servicios que, en esta ocasión, he podido prestar á mi soberano, como me enorgullece el pertenecer á la Nación que vos gobernais» (1).

Napoleón tuvo ocasión de agradecer, más tarde, estas comunicaciones, cuando, después de la caída de los Borbones en España, vino al Plata, como representante de los Bonaparte, el Marqués de Sassenay.

Sin embargo, ninguna de las dos expediciones preparadas para el Río de la Plata, ni la inglesa que venía con fines de conquista, ni la francesa que pretendía traer las armas que habían sido pedidas á España, tuvieron oportunidad de abandonar las costas europeas.

La conducta voluble y desleal del príncipe de La Paz para con Napoleón, decidió á la Inglaterra á abandonar sus empresas en América, para consagrarse á cortar las alas al

(1) B. MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 515, Apéndice 13. (Edición Lajouane, 1887.)



águila imperial de las Tuileries que, después de haber recorrido todo el Continente europeo, pretendía, también, tender su vuelo hacia el otro lado del Canal de la Mancha, invadiendo las islas de la Gran Bretaña.

El aliado de Carlos IV, había ido ocupando paulatinamente la España con sus tropas, realizando el plan de dominio que se había propuesto, sobre todo después de haber destronado á los Borbones de Nápoles.

En Mayo de 1808, precisamente cuando Liniers acababa de ser confirmado en el puesto de Virrey, que el pueblo le había conferido después de la destitución de Sobremonte, la España se convulsionaba profundamente por la ocupación militar de todo su territorio, por los ejércitos franceses, y la marcha sobre Madrid del Duque de Berg, Joaquín Murat, al mando de 60.000 hombres.

Napoleón había sabido que Godoy intentaba traicionarle, entendiéndose con la Inglaterra, y enviaba esas fuerzas con el pretexto de apoyar á Fernando VII, el príncipe de Asturias, levantado en brazos del pueblo, á pesar de su disipación y su atropello, en contra de la ineptia de su padre Carlos IV, y de su privado el Príncipe de la Paz.

En Octubre anterior, Carlos IV había descubierto la conspiración palaciega, tramada contra él y la Reina, mediante la cual se pretendía, no sólo destronarle, sino también asesinarle, según él se lo comunicó á Napoleón, siendo el jefe de esa conspiración su propio hijo Fernando.

Preso éste y procesado con los demás conspiradores, fué necesaria la intervención del Emperador de los franceses, para que el Príncipe de Asturias obtuviese su perdón, aún cuando no volviese al favor del Rey su padre.

Pero descubiertas las intrigas de Godoy con la Inglaterra, Napoleón se resolvió á abandonar á su aliado Carlos IV y apoyar á Fernando VII, cuya popularidad crecía en España, á medida que se desprestigiaba su padre.



Violando todo principio de derecho internacional, hizo que sus fuerzas, venidas de Italia, ocupasen la España, en tanto que otros cuerpos atravesaban el Portugal y Murat se dirigía á Madrid, con el cargo de General en jefe de todo aquel ejército de ocupación.

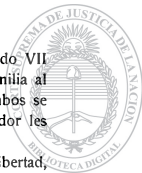
Para conseguir sus planes, Napoleón fomentó la conjuración que estalló en Aranjuez, en la noche del 18 de Marzo de 1808, la que produjo la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo, el 19 del mismo mes; pero, después de producido el hecho, el Emperador comprendió que las dificultades para su política de absorción aumentaban. Ya no tenía en frente á un Rey desprestigiado, desconceptuado, impopular como Carlos IV, cuya caída anhelaba el mismo pueblo español, tanto por sus errores internos, como por sus tolerancias internacionales.

Ahora, se levantaba un Rey joven, que gozaba de todos los prestigios populares, y que invocaba un título legítimo al gobierno, no sólo por la abdicación de su padre Carlos IV en su favor, sino porque, según la Constitución española, la Corona le correspondía como sucesor de aquél, en cualquier momento en que el gobierno quedase vacante.

El 20 de Marzo de 1808, Fernando VII ocupaba el trono en el Palacio Real de Madrid, y al día siguiente el General Murat, que en la víspera había hecho pasear su ejército por las calles de Madrid, interrumpiendo el cortejo que acompañaba al nuevo Rey, comenzaba á mostrar cuáles eran los propósitos que Bonaparte tenía, con respecto á la dinastía de los Borbones.

En sus relaciones oficiales con el Generalísimo francés, Fernando VII no era tratado como Rey, al extremo de que, sin querer reconocerle en ese carácter cuando le dió cuenta de su ascensión al trono, Murat se limitó á contestarle que había comunicado los hechos al Emperador.

Pocos días después, Murat por una parte y el General



Savary por otra, invitaban á Carlos IV y á Fernando VII á nombrar como árbitro de sus disidencias de familia al Emperador de los franceses, aconsejándoles que ambos se acercasen á la frontera de Francia, donde el Emperador les esperaba.

Para facilitar sus planes, Murat había puesto en libertad, por la fuerza, al Ministro Godoy, procesado por Fernando VII, y había obtenido que Carlos IV dirigiese á Napoleón I, una protesta concebida en los siguientes términos:

«Protesto y declaro que el acto de renuncia del 19 de Marzo, abdicando la Corona en mi hijo, fué forzado, hecho sólo para precaver mayores males, y evitar la efusión de sangre de mis propios vasallos, y es nulo porque lo hice cuando el estruendo de las armas y el arrebato de las tropas sublevadas, me impusieron la necesidad de escoger entre la vida y la muerte de la Reina y la mía. Y en esta desgracia, no tengo otro recurso que el de poner mi suerte en manos de mi más poderoso aliado, el Emperador de los franceses.»

Esta intervención directa que, en los asuntos de la monarquía española daba á Napoleón I uno de los Reyes que alegaba derechos sobre ella, fué decisiva para la suerte de ambos.

El ejército francés, cada vez más aumentado, iba extendiendo sus columnas, sobre todo el territorio español, como el pulpo, cuando se desarrolla, extiende sus tentáculos.

Fernando VII asentía á tener la conferencia á que Napoleón le invitaba, pero exigía que previamente se le reconociese como Rey de España.

A esto le contestaba el General Savary, enviado de Napoleón como diplomático, que, un cuarto de hora después de haber hablado con el Emperador, sería reconocido como Rey de España y de las Indias.

Los Ministros de Fernando VII, Escoizquiz especialmente, consiguieron inspirarle confianza, y el 9 de Abril de 1808,



salía Fernando VII de Madrid, dejando el Gobierno en manos de una *Junta Suprema de Gobierno*, compuesta de su tío D. Antonio de Borbón como Presidente, y seis de los personajes que le habían acompañado como cómplices en el motín de Aranjuez.

Esta Junta, funcionando en la Capital de España, ocupada por sesenta mil franceses á las órdenes de Murat, era una vergonzosa parodia del antiguo poder español, y una burla á la dinastía de los Borbones.

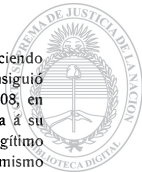
Los viajes de los dos Reyes españoles á Bayona, representaron otras tantas etapas de la deslealtad con que Napoleón les trataba.

Primero, Savary dijo á Fernando que Napoleón le esperaba en Burgos; llegados allí sin encontrar al Emperador, le afirmó que éste se hallaba en Vitoria, y, como en Vitoria comprobase que, no sólo no se encontraba allí Napoleón, sino que todos los caminos del Reino español se encontraban ocupados por tropas francesas, no teniendo libre sino el que le conducía á Bayona, tuvo que verse obligado á emprender esa marcha, para encontrarse en esa ciudad fronteriza, tanto con el Emperador de los franceses como con su padre Carlos IV, que había sido llevado allí por medios, más ó menos, semejantes que los que se emplearon para con Fernando.

Reunidos en Bayona los tres monarcas, la cuestión fué planteada sin ambajes.

Napoleón había ofrecido desde Burdeos la Corona de España á su hermano Luís, porque quería que la ocupase un *príncipe de la sangre*, y ante el rechazo de éste, resolvió dársela á José.

Para realizar jurídica y legalmente esta operación, le era menester, ante todo, producir la vacante del trono de España, por parte de la rama de los Borbones, y su adjudicación á la dinastía de los Bonaparte.



Esto le fué fácil al dominador del orbe, quien, ejerciendo todo género de presiones sobre Fernando VII, consiguió que, en un documento fechado el 6 de Mayo de 1808, en la misma Bayona, declarase que devolvía la Corona á su padre Carlos IV, á quien reconocía como único Rey legítimo de España. Cuatro días después, el 10 de Mayo, el mismo Fernando renunciaba, en favor de Napoleón I, todos sus derechos al trono de España, como príncipe y heredero natural de su padre.

En estas condiciones las cosas, Carlos IV abdicó por sí y por sus descendientes la Corona de España y de las Indias, en favor de Napoleón I, Emperador de los franceses.

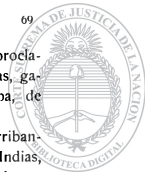
El 21 de Mayo de 1808, encontrándose José Bonaparte en Venecia, recibió una orden de su hermano de concurrir inmediatamente á Bayona, para de allí, pasar á ocupar el trono de España.

« Tal era,—dice M. Thiers, en su « Historia del Consulado y del Imperio »—la manera simple y expeditiva por la cual se daban entonces las Coronas, hasta aquella misma que habían ceñido Carlos V y Felipe II ».

José Bonaparte fué, acaso, el más sorprendido con la resolución de su hermano, y tal vez se habría resistido á aceptar el trono español, si los mismos españoles que se encontraban en Bayona, empezando por Fernando VII, no hubiesen sido los primeros en felicitarle.

« Os felicito,—escribía Fernando VII á José Bonaparte,— « por vuestra traslación del trono de Nápoles al de España; « y reputo á ésta muy feliz por ser gobernada por vos, pues « ya habeis mostrado vuestra instrucción práctica y vuestra « sabiduría en el arte de reinar; y tanto más me felicito, « cuanto que me reputo ya miembro de la familia Bonaparte, pues he pedido al Emperador una de sus sobrinas « para esposa, y espero conseguirlo de su grandeza. »

El 6 de Junio, después de consultado en Bayona el Con-



sejo de Castilla, Napoleón I dictaba el decreto que proclamaba á José Bonaparte Rey de España y de las Indias, garantizándole la integridad de sus estados de Europa, de Africa, de América y de Asia.

Mientras estos hechos se producían en Bayona, derribando y alzando tronos y dinastías para la España y las Indias, el pueblo español, el generoso y noble pueblo español, que venía luchando contra la cobardía y la ineptitud de sus gobernantes, desde hacía muchos años, se levantaba, el 2 de Mayo de 1808, en la ciudad de Madrid, en aquella famosa jornada en que sucumbieron tantos héroes y tantos mártires, que ha quedado justificado el dístico del Monumento que se les consagró, y que dice:

DE LOS QUE MUEREN DÁNDONOS EJEMPLO,
NO ES SEPULCRO EL SEPULCRO, SINO TEMPLO.

La insurrección era contra el dominio avasallador de la Francia opresora, que mediante la traición y la falsía, sin batallas, sin declaración de guerra y sólo por usurpación, había ocupada todo el territorio español con centenares de millares de soldados, preparando la dinastía de los Bonaparte para el antiguo trono de Carlos V.

La Europa se conmovió ante aquella iniquidad, y el célebre Canning, con su clarovidencia profética, anunció la caída del coloso de la guerra, derribado por la insurrección española.

Si en Madrid Murat logró ahogar la insurrección del 2 de Mayo, el grito de libertad é independencia se había extendido por toda la España, produciendo la sublevación general en todas las provincias, que se aprestaron á rechazar al usurpador que ocupaba sus territorios.

No tenían, es verdad, monarca que les perteneciese, puesto que Carlos IV había sido relegado al olvido en un castillo



de Italia, mientras se mantenía preso á Fernando VII en Bayona.

Pero los pueblos constituyeron Juntas Gubernativas, á las que encomendaron el ejercicio del poder durante la guerra de la independencia.

Entre esas Juntas que existían en casi toda la España, necesitamos ocuparnos especialmente de la Junta Central de Sevilla, reconocida como Superior por muchas otras de la Península, y que tomó el nombre de JUNTA SUPREMA DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS, organizándose en aquella ciudad el 30 de Mayo de 1808.

Uno de los primeros actos de esta Junta, fué el de ordenar al Virrey de Buenos Aires que, inmediatamente de recibir sus comunicaciones, hiciese jurar á Fernando VII, según los usos y las leyes del Reino, y reconociera al Gobierno de la mencionada Junta, como al representante y depositario de los derechos del soberano, mientras éste permaneciera en cautiverio.

Estas comunicaciones fueron recibidas en Buenos Aires, por Cisneros, el 2 de Agosto de 1808, y reunidos los Oidores y Fiscales que formaban aquí la Junta de Gobierno, se resolvió que, en virtud de la abdicación hecha en Aranjuez por Carlos IV, se jurara á Fernando VII el 12 de Agosto, aniversario de la Reconquista.

Junto con estas noticias, llegaron al Plata otras que cambiaban por completo el rumbo de las ideas del pueblo nativo.

Se supo que la Inglaterra, prestando ayuda á los insurrectos españoles, había ordenado que la expedición preparada en el Puerto de Cork para venir al Río de la Plata, desembarcase en Portugal, é invadiese la España, atacando á los franceses.

Esto, no sólo alejaba todo peligro de una nueva conquista intentada por la Inglaterra en el Plata, sino que tá-



citamente convertía al pueblo americano en aliado actual de la Inglaterra, puesto que ésta se ponía del lado de la Junta de Cádiz, cuya autoridad se mostraban dispuesto á reconocer los gobernantes españoles del Río de la Plata.

Casi al mismo tiempo que las comunicaciones enviadas por la Junta Suprema Gobernadora de España y de las Indias, de Sevilla, llegaba á Buenos Aires el Marqués de Sassenay, que habiendo salido de Bayona el 30 de Mayo de 1808, traía á Liniers las noticias de los hechos que hasta entonces se habían producido en aquella ciudad.

La importancia de estas fechas es capital, puesto que ellas demuestran que, cuando Sassenay llegó al Plata, aun no se había hecho la proclamación de José Bonaparte, como Rey de España, proclamación que sólo se hizo el 6 de Junio, y de la que, por tanto, Sassenay no podía tener noticias al entrevistarse con Liniers.

Cuando llegaron, tanto el enviado de la Junta Gobernadora de Sevilla, como Sassenay, representante de Bonaparte, ya las autoridades españolas del Río de la Plata habían dispuesto que se jurase á Fernando VII el 12 de Agosto, en virtud de la orden perentoria y terminante de 10 de Abril, expedida por el Consejo de Indias, bajo el primer breve reinado de Fernando VII, reinado que duró desde el 20 de Marzo hasta el 10 de Abril.

La primera impresión que produjo esta doble comunicación de autoridades distintas en Liniers, en el Ayuntamiento, en el Cabildo y en el pueblo de Buenos Aires, fué de sorpresa y de indecisión.

Mientras que la Junta revolucionaria de Sevilla, mantenía la orden de jurar á Fernando VII, Sassenay pretendía que fueran desconocidos, tanto Carlos IV como Fernando VII, porque, según él decía, acaso en ese momento otro príncipe gobernaba la España.

El pueblo nativo se había manifestado en contra de los



franceses, con una decisión y entusiasmo sólo comparables al que había tenido durante la lucha con los ingleses; y, si bien no se daba cuenta, en el primer momento, de las proyecciones que pudiera tener su acatamiento á la Junta Gobernadora de España é Indias, constituída en Sevilla, comprendía que de ese lado estaban, no sólo la tradición y las glorias de la monarquía española, sino las aspiraciones á la libertad y á la propia independencia que el pueblo español manifestaba, contra la dominación extranjera que ocupaba su territorio.

Fué tanta la indignación que en Buenos Aires produjo la conducta de los franceses, que Liniers y las demás autoridades creyeron que debían ocultar la llegada de Sassenay, por más que éste fuese un amigo personal del Virrey, motivo por el cual le había elegido Napoleón para confiarle la misión de inclinar la opinión de estas Colonias en favor del futuro soberano de España.

No es de este lugar, ni de los objetos de esta obra, el estudio de todas las intrigas que se han bordado por los historiadores en favor y en contra de Liniers, con motivo de sus relaciones con Sassenay y con Napoleón I, en esos días.

Basta, á nuestros propósitos, decir que el enviado de Bonaparte, fué desembarcado secretamente, que sólo permaneció veinte y cuatro horas en Buenos Aires, y que sin obtener resultado alguno favorable á su misión, fué vuelto á embarcar para Europa, después de haber hecho constar que su cometido se había reducido á «entregar al Virrey de Buenos Aires un paquete cerrado de documentos y pliegos que había recibido en Bayona, y que procedían, según creía, de S. M. Carlos IV».

Sassenay tuvo que regresar á Francia en otro buque distinto del que le trajo, puesto que el bergantín «Consolateur», perseguido, primero, por los temporales, y, después, por los ingleses, había tenido que encallar en la costa de Maldo-



nado, donde fué incendiado, salvándose el enviado de Napoleón sólo con la famosa maleta en que traía los tan discutidos papeles que acreditaban su misión, y perdiéndose las armas que Napoleón enviaba á los españoles del Plata.

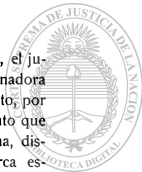
La *Belen*, que mandaba Luís de Liniers, el hijo del Virrey, llevó á Sassenay á Montevideo, el 14 de Agosto de 1808, despejándose con su salida, la complicación y el conflicto en que se hallaban las autoridades gubernativas de este Virreynato, con motivo de la doble misión española y francesa.

Como con la llegada de Sassenay no era posible llevar á cabo la jura á Fernando VII el 12 de Agosto, día para el que estaba fijada, era menester resolver algo á ese respecto.

Antes de que Liniers produjese la famosa proclama de 25 de Agosto de 1808, que ha dado lugar á tantos y tan variados comentarios históricos, y por la que se insistía en el juramento de fidelidad á Fernando VII, los hombres de la Audiencia y del Cabildo de Buenos Aires, fueron consultados, y si no suscribieron ese manifiesto con el Virrey, fué, sin duda, por contemplaciones para con Don Martín Alzaga y su grupo.

Sin embargo, estudiado ese documento trascendental en su faz jurídica y política, hay un deber de lealtad, por parte de la posteridad, en reconocer que, si bien en él se lee, entre renglones, el entusiasmo que Liniers tenía por Napoleón I y, acaso, el temor ó la esperanza de que la dinastía de los Bonaparte se perpetuase en el trono de España, es indudable que, en su texto, nada hay condenable en un Virrey español, ni censurable en un magistrado que se empeñaba en ceñirse á las leyes constitucionales de la España de aquella época.

Es menester no olvidar, que las circunstancias habían cambiado radicalmente en España, desde que el Consejo de



Indias ordenaba, por cédula de 10 de Abril de 1808, el juramento de Fernando VII, hasta que la Junta Gobernadora de España é Indias, de Sevilla, ratificaba ese juramento, por comunicación de 30 de Mayo del mismo año, en tanto que las comunicaciones de Bayona, de la mismísima fecha, disponían el desconocimiento absoluto de todo monarca español, puesto que, en esos días, habían abdicado, tanto Carlos IV, cuanto Fernando VII.

La proclama de Liniers, tenía que reflejar este ambiente de incertidumbre y de perplejidad que la noticia de los acontecimientos había producido en el Gobierno y en el pueblo, y es por esto que hay conveniencia en tener presente el texto íntegro de ese documento, para estudiarlo en sus proyecciones, en cuanto pueda afectar á la revolución argentina, que más tarde se produjo.

He aquí el texto de esa famosa proclama:

« Valerosos y fidelísimos habitantes de Buenos Aires: —
« Desde el arribo de la última barca procedente de Cadiz
« que condujo las noticias de los acontecimientos ocurridos
« en nuestra metrópoli sobre la abdicación que hizo de la
« corona nuestro amado Monarca Carlos IV en su hijo Fer-
« nando VII y la traslación de toda la familia real á Francia,
« os considero ansiosos de fijar vuestro concepto en un punto
« que tanto interesa á vuestra lealtad: este deseo se habrá
« aumentado notablemente con la llegada del emisario fran-
« cés conductor de varios pliegos para este superior go-
« bierno: — *La vociferaciones de los ociosos han puesto en*
conflicto vuestro acreditado entusiasmo: el no haberos ma-
nifestado de pronto el objeto de su misión os habrá pare-
cido, acaso, una falta de confianza bien contraria á la que
tengo de vosotros y que ha merecido vuestro patriotismo;
pero mientras os cansábais en vanas conjeturas, los padres
de la patria, vuestros magistrados y el jefe que os ha con-
ducido repetidas veces á gloriosos triunfos, se ocupaban

incesantemente en los medios más oportunos de mantener vuestro decoro, intereses y tranquilidad.

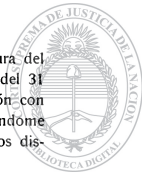
« Del examen que se ha hecho en todos los pliegos recibidos resulta que el emperador de los franceses se ha obligado á reconocer la independencia absoluta de la monarquía española; así como también la de sus posesiones ultramarinas, sin reservarse ni desmembrar el más leve apéndice de sus dominios: á mantener la unidad de la religión, las propiedades, leyes y usos con que se asegure en adelante la prosperidad de la Nación; y aunque no estaba enteramente decidida la suerte de la Monarquía, se habían convocado Cortes en Bayona para el 15 de Junio próximo anterior, donde iban reuniéndose los diputados de las ciudades y otras personas de todas las clases del Estado hasta el número de ciento cincuenta.

« S. M. I. y Real Napoleón I, después de aplaudir vuestros triunfos y constancia, os estimula á mantener con energía la alta opinión que habeis adquirido por vuestro valor y lealtad, ofreciendo asimismo todo género de socorro; y yo me he detenido en contestar que la fidelidad de este pueblo á su legítimo soberano es el carácter que más le distingue y que admitiré con aprecio toda clase de auxilios que consistan en armas, municiones y tropas españolas.

« Nada es tan conforme á vuestra seguridad en tiempos tan calamitosos, como la unión y conformidad de opiniones en punto tan interesante á la pública felicidad. Sigamos el ejempl: de nuestros antepasados, en este dichoso suelo que tan sabiamente supieron evitar los desastres que afligieron á la España en la guerra de sucesión, esperando la suerte de la monarquía para obedecer á la autoridad legítima que ocupa la soberanía.

« Entretanto, no hallándome con órdenes suficientemente autorizadas que contradigan las reales cédulas del Supre-





« mo Consejo de Indias, para la proclamación y jura del
« señor don Fernando VII, anunciada ya por bando del 31
« de Julio, he resuelto que se proceda á su ejecución con
« la pompa y solemnidad que está preparada, lisonjeándome
« que en medio de la alegría y regocijo públicos, nos dis-
« pongamos á nuevos triunfos.

« Esto mismo comunico por extraordinario á todos los
« jefes de las provincias de este continente, para que con-
« formándose al sistema que hemos adoptado, hagan los
« mayores esfuerzos para facilitar los auxilios necesarios á
« conservar las glorias adquiridas por un pueblo que por
« su situación local y energía, ha sido y será el inexpug-
« nable baluarte de la América Meridional.

« Pero os prevengo por último, y vosotros mismos de-
« beis conocerlo, que ninguna fuerza es comparable á la
« unión de ideas y sentimientos, ni auxilio más poderoso
« para continuar invencibles, que la recíproca confianza
« entre vosotros y las autoridades constituídas, que dirigi-
« das al interés y beneficio públicos, miran con odio y
« execración todo lo que se proponga separarse de la pros-
« peridad común.—B. A., 25 de Agosto de 1808.—Santiago
« Liniers.»

Al transcribir el precedente documento, se han conserva-
do las frases y párrafos subrayados por uno de nuestros
más ilustrados historiadores, el doctor Vicente Fidel López,
que lo transcribe en el tomo II de su «Historia de la Re-
pública Argentina», condenando sus términos y atribuyén-
dole propósitos favorables á las ideas y á las tendencias de
Napoleón I.

No participamos de las exageraciones patrióticas de los
historiadores que han condenado esta proclama firmada por
Liniers, ni creemos, como los defensores de este ilustre
guerrero, que ella haya sido un documento *esencialmente*
anodino.



Por el contrario: la proclama de 25 de Agosto de 1808, en su ambigüedad manifiesta, no revela sino las incertidumbres que se tenían por todas las autoridades del Río de la Plata, con respecto á la verdadera autoridad que regía los destinos de la España en esa fecha.

Es menester recordar que, en Agosto de 1808, la navegación no se hacía por vapores que, en quince días, trasladan las personas desde Lisboa á Buenos Aires, ni existía el telégrafo eléctrico que, por minutos, comunica de un mundo al otro todos los acontecimientos. Sassenay, el representante de Napoleón, salido de Bayona el 30 de Mayo, y Goyeneche, el agente de la Junta de Sevilla, salido de Cádiz en la misma fecha, llegaron al Plata recién á mediados del mes de Agosto, de manera que, con justicia, los gobernantes del Virreynato, en esos días, debían manifestar zozobras é incertidumbres con respecto á su conducta, desde que ignoraban lo que había pasado en España en los dos meses y medio que habían transcurrido desde la fecha de las últimas noticias recibidas.

La cuestión debió, entonces, estudiarse con un criterio esencialmente jurídico, y es con ese criterio con el que vamos á estudiar la proclama de 25 de Agosto de 1808.

La transmisión del mando en la monarquía española, se hacía, y se hace, en virtud de sus leyes constitucionales.

El Virrey de Buenos Aires había recibido, en 2 de Agosto de 1808, con la Cédula Real de 10 de Abril del mismo año, enviada por el Consejo de Indias, la noticia de la abdicación de Carlos IV y la ocupación del trono español por su legítimo sucesor, su hijo Fernando VII. Había recibido de su autoridad superior, la orden de jurar y hacer jurar fidelidad á ese Monarca, y las disposiciones se habían tomado para que ese hecho se realizara el 12 de Agosto.

La ceremonia pública se suspendió por la llegada de los nuevos emisarios con las nuevas noticias, siendo ellos por-



tadores de órdenes contradictorias, puesto que, mientras la Junta Gobernadora de España é Indias, constituída en Cádiz, mantenía su fidelidad á Fernando VII, las autoridades francesas, desde Bayona, ordenaban el desconocimiento, tanto de Carlos IV como de Fernando VII.

¿A quién debían obedecer las autoridades españolas existentes en Buenos Aires en esa fecha?

Se ha afirmado, y nosotros lo creemos, que fueron consultados los juristas que entonces existían en esta ciudad, respecto al *caso legal*.

Quería resolverse un triple problema.

1º ¿Era Fernando VII un Rey legítimo, habiendo arrancado la Corona á su padre, Carlos IV, por medio de un motín, que le obligó á abdicar?

2º ¿Era válida la protesta de Carlos IV contra su abdicación, y el reclamo del auxilio del Emperador de los franceses para reconstituirse en su trono, separando á su hijo Fernando VII, á quien llamaba parricida y usurpador?

3º ¿Debían admitirse como válidas y espontáneas las abdicaciones sucesivas de Fernando VII, como Rey y como príncipe de Asturias, y de Carlos IV, en favor de Napoleón I, un soberano extranjero, completamente extraño á la dinastía reinante en España, reconocida por la Constitución entonces imperante?

Estos tres problemas jurídicos, debían sembrar la incertidumbre en los hombres que gobernaban á Buenos Aires en esa época, y las indiscutibles agitaciones de la opinión, que revela la proclama de Liniers, tenían sobrados fundamentos para producirse.

¿A qué Monarca debían jurar estas autoridades, que, hasta entonces, sólo eran representantes en América de un Rey cuya sede estaba en España?

¿A Fernando VII? ¿A Carlos IV? ¿A José Bonaparte, proclamado Rey después del Congreso español de Bayona?



La proclama de Liniers contesta sensatamente á estas tres preguntas.

Debía jurarse á Fernando VII, porque no se habían recibido «órdenes suficientemente autorizadas que contradigan las reales cédulas del Supremo Consejo de Indias, para la proclamación y jura del señor Fernando VII, anunciada ya por el bando de 31 de Julio»; pero, como era posible que otros acontecimientos posteriores pudieran haber cambiado la persona del Monarca, constituyendo en España otra autoridad legítima que no fuese ya Fernando VII, la misma proclama decía al agitado pueblo de Buenos Aires que siguiera «el ejemplo de nuestros antepasados, en este dichoso suelo, que sabiamente supieron evitar los desastres que afligieron á la España en la guerra de sucesión, esperando la suerte de la Monarquía *para obedecer á la autoridad legítima que ocupe la soberanía*».

El documento era juicioso, pertinente, y conciliatorio. Se mantenía en una expectativa, indispensable en esas circunstancias, sin comprometer á las autoridades de este Virreinato, ni en favor ni en contra de Napoleón.

Por el contrario: la misma proclama, considerándolo siempre como el aliado leal de los monarcas españoles, y no como á un usurpador, hace constar que «el Emperador de los franceses se ha obligado á reconocer la independencia absoluta de la monarquía española, así como también de sus posesiones ultramarinas»; agregando que, siempre en previsión de nuevas invasiones por parte de la Inglaterra, «no se ha detenido en contestar que la fidelidad de este pueblo á su legítimo soberano, es el carácter que más le distingue, y que admitirá, con aprecio, toda clase de auxilios que consistan en *armas, municiones y tropas españolas*».

Estas palabras de la proclama de Liniers, son terminantes y concluyentes. Si bien ellas pueden revelar la afección del francés y la admiración del militar por «S. M. I. y Real



Napoleón I », ellas bastan para demostrar que, como Virrey de Buenos Aires, como General español, como Jefe del Partido de los nativos en estas comarcas, él sería siempre fiel á su legítimo soberano, y que si aceptaba armas, municiones y tropas, enviadas por Napoleón, sólo las admitiría si venían con la etiqueta de *españolas*, es decir, aceptadas por el Gobierno legítimo Español, sin consentir que éste pudiese ser otro que aquel que hubieran reconocido espontáneamente el pueblo español y las demás potencias de la Europa.

Sin embargo, es menester confesar que esta proclama de Liniers, le produjo la malquerencia de todo el elemento español en ambas márgenes del Plata, y alejó de su lado á muchos de los mismos patricios, que temieron que su carácter de ciudadano francés, pudiese arrastrarle á servir con más lealtad á la dinastía de los Bonaparte vencedores, que á la de los Borbones vencidos.

No obstante cualesquiera apreciaciones que se hagan, la historia revela que el juramento de fidelidad á Fernando VII, hecho en Buenos Aires en 21 de Agosto de 1808, revistió tales caracteres de suntuosidad y grandeza, que señalan un acontecimientos en los fastos de las festividades coloniales.

Pero, en cuanto al significado político de ese juramento para el pueblo nativo del Río de la Plata; en cuanto á sus proyecciones, con respecto al porvenir de estas comarcas, es forzoso reconocer que él no tuvo otra trascendencia que el de una protesta popular en contra de la dominación francesa en España, y un repudio terminante en cuanto á las pretensiones de Napoleón, de extender el radio de su influencia hasta estas colonias de América.

Para los nativos, jurar á Fernando VII no significaba ni siquiera jurar vasallaje á un monarca español, puesto que en la fecha en que ese juramento se producía, Fernando VII ya no era, legalmente, Rey de España. Sólo quiso hacerse



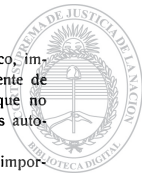
una manifestación ostentosa de protesta en contra de los Bonaparte y la influencia francesa, y en esa protesta fue envuelto, desgraciadamente, el mismo Liniers, sin más motivo que el haber nacido en un rincón de la Francia. Ese nombre de Fernando VII, destronado y cautivo, era solo un símbolo en el juramento de fidelidad.

Lo que, jurídicamente, quería dejarse establecido, era que se daba por abdicado al Rey inepto Carlos IV, y que se desconocía al Rey odiado José I.

Fernando, en ese juramento, representaba la idea de la nacionalidad española tradicional; representaba á la España de la conquista y de la colonia; á la monarquía que había constituido aquí los Virreinos y nombrado á los Virreyes, cuyos juramentos se exigían simultáneamente tanto por las Juntas de Madrid y de Sevilla, como por el nuevo soberano, que aun no había salido de Bayona.

En ese verdadero conflicto de soberanías, producido por las abdicaciones de reyes y las erecciones de nuevos reinos, los gobernantes del Río de la Plata debieron hacer lo que hizo el Cabildo de Méjico, en su acuerdo de 15 de Julio de 1808, ordenándole al Virrey que siguiera gobernando *á nombre del Reino*, hasta tanto se constituyese definitivamente el soberano legal, «sin entregar el gobierno á la misma España, aunque nombrase otro Virrey S. M. Carlos IV, ó el Príncipe de Asturias, bajo la denominación de Fernando VII, antes de salir de España ó después, desde Francia, ó el señor Emperador Napoleón I, ó el Duque de Berg» (el General Murat, que había sido nombrado en reemplazo de D. Antonio de Borbón, Presidente de la Junta Gobernadora de Madrid).

Un juramento en esas condiciones, *anónimo*, puede decirse, puesto que era en homenaje del Monarca que, *más tarde*, resultase el Rey legítimo de España, reconocido por propios y extraños, era un juramento que no obligaba á nadie al vasallaje individual.



Propiamente, esa resolución del Cabildo de Mejico, importaba una manifestación de declararse independiente de toda sugestión, hasta de la misma España, puesto que no se reconocía autoridad alguna arriba de las propias autoridades de Méjico.

En el Río de la Plata, ningún patricio atribuyó importancia al juramento de Fernando VII, tomándolo, generalmente, como un acto sin ningún valor intrínseco.

Se juró á Fernando VII con más solemnidades de las que se habían usado para el advenimiento de otros monarcas, sólo porque los preparativos á esa festividad se habían empezado á hacer desde fines de Julio, y porque, suspendida la jura el 12 de Agosto, las circunstancias hicieron que la misma proclama de Liniers, del 15 de ese mes, mandase que «se proceda á su ejecución, con la pompa y solemnidad que está preparada».

Por otra parte, el juramento de Fernando VII, cautivo en Bayona, tenía tanta menos fuerza, cuanto que lo desautorizaban hasta los miembros de su propia familia.

La princesa doña Joaquina Carlota de Borbón, hermana mayor de Fernando VII, cuyos derechos eventuales á la Corona de España habían sido reconocidos, protestó públicamente contra la consagración de José Bonaparte, y hasta procuró constituir en estas Colonias una *Regencia*, semejante á la que ejercía su esposo don Juan de Portugal, más tarde Juan V, desde que la familia de Braganza se había constituido en el Brasil, causa de la invasión del Portugal por Bonaparte.

Ese pensamiento no era nuevo. Antes y después del motín de Aranjuez, Carlos IV quiso venir al Río de la Plata con toda su familia y, en ambas ocasiones, se opuso á ello Fernando, halagado con la idea de casarse con una princesa de la familia Bonaparte.

Es este el momento histórico en que en Buenos Aires se



inician francamente ideas de independencia, tanto por parte de los nativos, como por parte de los mismos españoles americanos.

La idea de coronar á la princesa Carlota en el Río de la Plata, era un plan meditado desde la época en que D. Saturnino Rodríguez Peña buscaba la influencia de Beresford para que apoyase la Inglaterra esa emancipación.

Rodríguez Peña se encontraba en Río de Janeiro, en la fecha en que en Buenos Aires se juraba á Fernando VII, de manera que le fué fácil entrar en relaciones con la princesa Carlota, que habría venido al Río de la Plata á fomentar la insurrección con su presencia, si á ello no se hubieran opuesto su esposo D. Juan, Regente del Brasil, y el embajador, á la sazón, de la Gran Bretaña, en Río de Janeiro, Lord Strangford, quien, si bien aprobada la idea de la independencia, rechazaba obstinadamente á la princesa Carlota.

Sin embargo, ésta contaba con partidarios importantes en la Capital del Virreinato.

«No viendo yo,—dice don Manuel Belgrano, en sus *Memorias*,—un asomo de que se pensase en constituirnos, y sí de que siguiesen los americanos prestando una obediencia injusta á hombres que por ningún título debían mandarlos, traté de buscar los auspicios de la infanta Carlota, y de formar un partido á su favor, exponiéndome á los tiros de los déspotas, que celaban con el mayor anhelo, para no perder sus mandos, y para conservar la América dependiente de la España, aunque Napoleón la dominase.»

Efectivamente: Belgrano logró formar, entre los patricios civiles un partido, al que pertenecían Pueyrredón, Don Nicolás Rodríguez Peña, Castelli, Vieytes, los hermanos Paso, y en el principio, el mismo Moreno, que tenía por objeto llegar á la independencia del Virreinato, coronando como Monarca á la infanta Carlota.



El plan tuvo su principio de ejecución, si por tal puede llamarse la correspondencia mantenida por Belgrano, durante un año, con la princesa de Borbón, por intermedio del padre prior de San Francisco, Chambo, de D. José Presas, Secretario y favorito de la Infanta, y del mismo Rodríguez Peña.

Estos hechos, que se producían á fines de 1808, demuestran que la idea de la independencia había surgido, como consecuencia de los sucesos de España, y que ella se manifestaba aun después del juramento de fidelidad á Fernando VII.

Si por su lado los patricios trataban de coronar en estas Colonias á la princesa Carlota, los españoles, por su parte, buscaban, también, la independencia, aunque con distintos propósitos.

« En Buenos Aires, — dicen las «Memorias» de Belgrano, « — se hacía la jura de Fernando VII, y los mismos europeos aspiraban á sacudir el yugo de España, por no ser « napoleonistas. Don Martín Alzaga era uno de los primeros corifeos. »

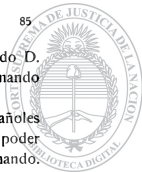
Y que el hecho era evidente, lo prueba la proclama que, firmada por el mismo D. Martín de Alzaga, dirigió el Cabildo de Buenos Aires al pueblo, con fecha 22 de Agosto de 1808, al día siguiente de jurada la obediencia á Fernando VII.

En esa proclama se lee este párrafo inmensamente significativo: — « Dejad á la Europa, el cuidado de recuperar sus « derechos. Entretanto, vuestra suerte está decidida, y nada « será capaz de variar vuestros honrosos destinos. No se es- « cuchará, entre nosotros, más voz que la del Monarca que « habeis jurado: — no se reconocerán relaciones distintas de « las que os unen á su persona. »

Con estas palabras de ese documento trascendental, el Cabildo de Buenos Aires se desligaba completamente de España, y de toda otra vinculación europea. La idea de la independencia se encontraba allí latente, pero con el objeto

de constituir esa España Americana, de que ha hablado D. Cornelio Saavedra, bajo el cetro de ese Monarca Fernando VII, á quien se acababa de jurar.

Tendidas así las líneas, y comprendiendo los españoles que el partido de los nativos contaba con todo el poder y la influencia de Liniers, resolvieron derribarle del mando.





CAPÍTULO VII

REVOLUCIÓN DEL 1º DE ENERO DE 1809

Influencia de Liniers y sus errores. — Confianza en Elio, su enemigo. — «El francés traidor», admirador de Napoleón. — Hostilidades de Alzaga. — Rebelión de Elio. — Llegada á Montevideo del general Goyeneche, enviado de la Junta Suprema de Sevilla. — Recepción entusiasta. — Decreto destituyendo al gobernador de Montevideo y nombrando al capitán de fragata don Juan Angel Michelena. — Manifiesto violento del Cabildo de Montevideo. — Casi una declaración de guerra. — Desahogo contra Liniers. — Alzaga en Montevideo. — Conjuración: Goyeneche, Elio, Alzaga. — Luminoso acuerdo de la Real Audiencia. — Disolución de la Junta de Montevideo. — Momento de declarar la Independencia: «La breva no está madura». — Renovación del Cabildo. — ¡Abajo Liniers! — Asonada encabezada por Alzaga. — Los patricios de acuerdo en repeler aquella agresión. — Intervención del Obispo. — Desarmado el elemento español. — El Obispo Lué trata de evitar la efusión de sangre. — El camino preparado de la Revolución del 25 de Mayo. — *Gallegos, Vizcainos y Catalanes*, contra *Arribeños, Pardos y Negros*. — Gracias á Dios, todo está concluido. — Triunfo de las armas de Buenos Aires. — ¡Viva Santiago Liniers! — Mayor excitación hacia los nativos vencedores. — Deportación á Patagones de Alzaga y sus partidarios. — Intrigas de Elio. — Buque de guerra á Patagones en busca de los deportados. — Entusiastas manifestaciones en Montevideo. — Eclipse de Liniers. — Situación precaria del erario. — Aumento de recursos con la libre navegación y puertos abiertos al comercio. — Medidas adoptadas. — Llegada inesperada de Don Baltasar Hidalgo de Cisneros. — Reemplazo de Liniers por la Junta de Sevilla. — Resistencia al nuevo Virrey. — Propósito de coronar á la princesa Carlota. — Liniers acata la orden de Cisneros. — Ovaciones á la llegada á la capital del Virreinato del último representante de la España.

Entre los errores cometidos por el carácter, á veces cándido, de D. Santiago de Liniers, deberá siempre contarse la confianza que depositó en el General D. Francisco Xa-



vier Elío, al nombrarle Gobernador de la Plaza de Montevideo.

Indudablemente Elío había acreditado ser un buen militar, á pesar de sus derrotas en el Río de la Plata, y estaba bien como jefe de una ciudad marítima que se temía viese á ser atacada por los ingleses.

Sin embargo, Elío era enemigo de Liniers; era intrigante y ambicioso, y, sobre todo, era español rancio, enemigo declarado de los criollos y de sus ideas, y bastante inteligente para comprender los progresos que estas últimas hacían en la masa del pueblo.

Por circunstancias especiales, mientras en la ciudad de Buenos Aires primaba el elemento nativo, amparado por Liniers, en Montevideo primaba el elemento español, protegido por Elío.

De ahí resultó que, muy pronto, se estableció la corriente de las tendencias del partido que Alzaga acaudillaba desde el Cabildo, en la ciudad de Buenos Aires, y el que en Montevideo dirigía el General Elío, desde la Gobernación.

Unos y otros se habían quejado contra Liniers á España, después de su proclama de 25 de Agosto de 1808, señalándole como un peligro para la insurrección española, por su carácter de súbdito francés y admirador de Napoleón I.

Tanto en una como en otra margen del Plata, no se hacía misterio, por parte de los españoles, de su hostilidad al Virrey Liniers.

El primer acto de rebelión de Elío, fué el juramento de Fernando VII el 12 de Agosto, no obstante la suspensión ordenada por Liniers, y oportunamente comunicada al gobernador de Montevideo.

Y, como si los sucesos se hubiesen propuesto ayudarle, el 19 del mismo mes, es decir, antes de que en Buenos Aires se hubiese producido el acto del juramento, llegaba á Montevideo el General José Goyeneche, que, más tarde, ha-



bía de hacer papel en las batallas que se libraron en favor de la independencia americana y en las matanzas de la Paz. Goyeneche supo á bordo lo que pasaba en el Plata. Venía como enviado por la Junta Suprema de España é Indias de Sevilla, y traía noticias posteriores, á las que, pocos días antes, había comunicado Sassenay.

Al pisar tierra, dió un grito de «Viva Fernando», que fué repetido por un grupo de pueblo que le rodeó, acompañándole hasta la casa de Elío.

Este hombre se colocó inmediatamente del lado de Elío y contra Liniers, asegurándole su influencia para hacerle, á este último, todo el daño posible.

En Montevideo la agitación aumentaba por momentos. Se llamaba á Liniers «*el francés traidor*», y aun se le acusaba de haber celebrado con Sassenay un tratado secreto para entregarle las Colonias á Napoleón.

Elío, en sus comunicaciones escritas, contestando las notas de Liniers, se mostró impertinente y agresivo, hasta el extremo de que el Virrey se vió obligado á dictar un decreto removiéndole del cargo de Gobernador de la Plaza de Montevideo, y nombrando interinamente, para ese puesto, al Capitán de Fragata don Juan Angel Michelena.

Este fué á Montevideo á hacerse cargo de su puesto, y aun cuando en apariencia Elío no le opuso resistencia, en la noche del mismo día de su llegada se produjo una asonada popular que, penetrando en el Fuerte, gritaba: «¡Viva Elío!» «¡Muera el traidor!» «¡Muera Michelena!» «Abajo los de Buenos Aires!» «¡No queremos más Gobernador que Elío!»

Michelena era valiente, pero no tenía elementos de resistencia. Así lo comprendieron los amigos de Liniers que había en Montevideo, quienes le hicieron embarcar de noche en una lancha que le llevó hasta «La Aguada», desde donde regresó para Buenos Aires.



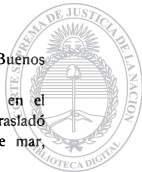
La rebelión se había producido estrepitosamente. Los actos posteriores de Elío le hicieron declararse independiente de la autoridad del Virrey de Buenos Aires, y para reemplazarla, hizo reunir un «Cabildo abierto», que constituyó una Junta Gubernativa, invocando el ejemplo de lo que se había hecho en España.

Las cosas no pararon ahí. Los hombres de Montevideo tenían sus vinculaciones y sus compromisos con el Partido español de Buenos Aires, y era menester que lo estimularan á una franca rebelión.

A este efecto, el Cabildo de Montevideo publicó un manifiesto, cuyos enérgicos términos eran casi una declaración de guerra. Uno de sus párrafos decía así:

« El pueblo de Montevideo, ha levantado el grito contra
« la corrupción del gobierno; él es quien pide la separa-
« ción de un Virrey extranjero, por sospechoso de infi-
« dencia. El mundo lo sabe, y nosotros estamos en el caso
« de convencerlo. Tenemos justicia, pero nos falta el vali-
« miento. Necesitamos de un apoyo, de un protector, y este
« no puede ser otro que V. E. (la alocución se dirigía al
« Cabildo de Buenos Aires). Suya es la causa que defen-
« demos. Después de los sucesos de nuestra invasión, no
« se ha presentado otro lance más digno de la protección
« de ese Ayuntamiento. A él toca cortar los abusos, reme-
« diar los males y promover, por todos los arbitrios, la
« felicidad. Montevideo ha dicho y sostiene que esta peli-
« gra, mientras el Gobierno permanezca en manos de un
« jefe nacido en el centro de ese Imperio sacrílego, cuyas
« depredaciones nos han cubierto de luto. Por eso pidió su
« remoción. El pueblo formó, por eso, voces equívocas,
« rompió los diques de la moderación, juró no permitir
« que un jefe extranjero colmase la ruina, y para ponerse
« á cubierto, pidió que se formase una Junta de Gobierno.»

Este violento desahogo personal contra Liniers encontró



eco entre los españoles europeos residentes en Buenos Aires.

Don Martín de Alzaga, Alcalde de Primer Voto en el Cabildo y cabeza dirigente del partido español, se trasladó á Montevideo, con el pretexto de tomar baños de mar, porque así lo exigía su salud.

Allí conferenció con Goyeneche y concertó con Elío el plan que debían seguir los conjurados en ambas márgenes del Plata, resolviéndose que en Buenos Aires se organizase, también, una Junta Gubernativa, semejante á la que se había constituido del otro lado del Estuario.

Liniers, preocupado de la gravedad de los sucesos, y de acuerdo con las leyes que regían el caso, reunió el 20 de Septiembre de 1808 á la Real Audiencia, poniendo en conocimiento de ella, los documentos subversivos emanados de Elío y de la Junta de Montevideo.

Compuesta de juristas, y asesorada por los fiscales Vallota y Caspe, dos eminencias como jurisconsultos en aquella época, la Audiencia estudió los hechos en cuanto podían afectar al derecho y, en un luminoso acuerdo, terminó por declarar que «el procedimiento del Cabildo de Montevideo «puede ocasionar la ruina de estas Provincias, la absoluta «subversión de nuestro gobierno, el trastorno de su sabia «constitución, lo que indudablemente conduciría al precipicio».

Como consecuencia de esa Provisión Real, la Audiencia mandó disolver la Junta de Montevideo, ordenando que se borrarán de las actas capitulares los acuerdos que la habían autorizado, por ser «contrarios á la Constitución del Gobierno establecido y opuestos á la legislación de los dominios de América».

Con este motivo se produjeron nuevos documentos cambiados entre la Junta de Montevideo y la Audiencia de Buenos Aires, de los cuales resulta que Elío «había jurado



morir» por Fernando VII, y que no acataría ninguna autoridad que no emanase de él, cuando estuviese libre, admitiendo que «cuando menos», la existencia de la Junta de Montevideo debía tolerarse por la Audiencia, hasta tanto que Fernando VII ú otra autoridad soberana, no resolviese lo que fuese de conveniencia.

Esta anarquía que se producía entre las autoridades de las dos ciudades del Plata, existía, también, entre las distintas Provincias de España, donde cada una, con más ó menos elementos de resistencia al invasor francés, declaraba, como la Junta de Galicia, que «el Reino de Galicia había reasumido en sí, la autoridad y potestad soberana del Rey», mandando á este virreinato cada una diputados que las representaran, como lo hizo la Junta de Madrid, enviando al brigadier Molina, la de Galicia al General Ruíz Huidobro y á Goyenche la de Sevilla.

En medio de todas estas divergencias, y acaso fomentados por ellas mismas, los dos partidos en que la opinión estaba dividida, proseguían sus trabajos. Liniers se encontraba con el espíritu abatido, y, mientras dejaba que la autoridad fuese representada por la Audiencia, estimulaba á los nativos para que mantuviesen su organización militar y buscasen extender su influencia en los cuerpos españoles, como los Andaluces, que estaban compuestos, en su mayor parte, de hijos del país, aun cuando sus genitores fuesen europeos.

Por su parte, el partido español europeo de Buenos Aires, no descansaba. Alzaga, enemigo declarada del Virrey Liniers, había cobrado nuevos bríos después de la sublevación de Elío contra éste.

La conspiración se hacía públicamente. Se buscaba el apoyo de todos los tercios armados españoles, y se contaba con ellos aun cuando se sabía que algunos fraternizaban con los nativos y tenían mayores simpatías por Liniers que por Alzaga.



El grupo de criollos que en Agosto pensaba en la coronación de la infanta Carlota, á fines de 1808 había abandonado ese plan, y sólo se preocupaba de mantener la cohesión de todos los elementos patriotas, para aprovechar el momento de declarar la independencia.

Fué entonces cuando Saavedra, resistiéndose á precipitar los hechos, pronunció la frase que se ha hecho histórica: — «La breva no está todavía madura.»

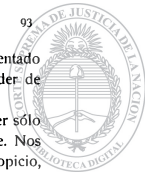
El 1º de Enero de 1809, debía hacerse la elección de Cabildantes, y, con ese motivo, el pueblo debía reunirse en la Plaza Mayor para pronunciar sus votos.

Fué ese día y ese momento, el que Alzaga y sus amigos eligieron para que estallase la asonada que tenían preparada de antemano, correspondiendo con la actitud de Elío en Montevideo.

En la mañana del primer día del año 1809, la campana de las Casas Consistoriales, tañendo en la forma habitual para esos actos, convocaba al vecindario para la renovación del Cabildo. Apenas habían comenzado á reunirse las gentes, cuando, de pronto, el toque de la campana fué de generala, y, á su llamado, concurrieron los españoles europeos en tumulto, reuniéndose al pie de los balcones de las Casas Consistoriales en la Plaza Mayor, á los gritos de: «¡Queremos juntas como las de España! «¡Abajo el francés Liniers!»

Apoyando este movimiento, los tercios de *Gallegos*, *Vizcainos* y *Catalanes*, armados y municionados, se habían formado al pie de los balcones del Cabildo, cuyos miembros, con Alzaga á la cabeza, considerando á aquella reunión como un Cabildo abierto, comenzaron á recoger los votos para constituir la Junta Gubernativa que el pueblo pedía.

Muchos son los historiadores y monografistas que se han ocupado de describir esta revolución de 1º de Enero de 1809, que tanta importancia tuvo para los futuros destinos de la América del Sud, puesto que fué en ella en la que se con-



solidaron las bases de la independencia que había sentado el pueblo nativo de Buenos Aires, y se afianzó el poder de la milicia ciudadana armada, en esta ciudad.

Aumentar con una más esas descripciones, sería hacer sólo un extracto de lo que otros han dicho anteriormente. Nos parece que nada puede ser, ni más exacto ni más propicio, en un libro como éste, que ofrecer todos los detalles de ese movimiento, narrados por uno de los que fueron actores principales y eficientes en los sucesos, puesto que era el director de las fuerzas nativas que, en esa jornada, no sólo salvaron al Virrey Liniers, sino que, desarmando al elemento español europeo, prepararon el camino de la revolución del 25 de Mayo de 1810.

El entonces Coronel don Cornelio de Saavedra, en la «*Memoria*» que se ha publicado sólo después de su muerte, por disposición expresa de él mismo, refiere, en las páginas siguientes, todo el desenvolvimiento de la revolución de 1º de Enero de 1809:

«Entre tanto, los Patricios de Buenos Aires nada ignorábamos de cuanto se trataba y acordaba, ya en los Cabillos nocturnos que celebraba Alzaga, en las juntas que se hacían también á deshoras de la noche en el Palacio Episcopal. Yo tenía personas que al momento me comunicaban cuanto se decía y acordaba en aquellas reuniones. Mis compañeros de armas, D. Gerardo Esteve y Llac, Comandante de Artillería de la Unión, D. Pedro Andrés García, del cuerpo de *Montañeses*, D. Francisco Ortiz y Ocampo, del de *Arribeños*, el Cuerpo de *Pardos y Morenos* y D. Martín Rodríguez, Comandante del de *Húsares de Pueyrredón*, con quienes estaba de acuerdo en repeler á toda costa aquella agresión, al momento también quedaban impuestos de todo.

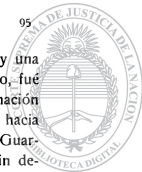
«Con el prudente fin de ver si desistían de tan temeraria empresa, nosotros con publicidad y sin embozo, propalába-



mos oponernos á su ejecución. Representamos por escrito al señor Liniers el proyecto concebido por los europeos, y ofrecimos nuestras armas á sus órdenes y en sostén de su autoridad. Aunque admitió nuestras ofertas y dió gracias por ellas, aquel hombre de carácter bondadoso, en su razón no creyó se atreviesen á verificarlo. En conversaciones privadas que tuvimos con él, mis compañeros y yo le asegurábamos era efectivo cuanto se decía, y que mejor sería evitar con tiempo el suceso que podía ocasionar males de gravísimas trascendencias.

« Al fin, fijaron los complotados el 1° de Enero de 1809 para su ejecución. En casa del señor Lué así se acordó, y que serviría de título para la asonada las elecciones de Capitulares que debían hacerse en dicho día, en que cuidadosamente nombrarían personas que el Virrey no querría confirmar. Mi canario al momento me impuso de todo y yo á mis compañeros. Quedamos de acuerdo con Liniers, en vista de esto, en que, fueren quienes fueren los nombrados para el Cabildo, al punto los confirmase, para removerles aquel pretexto que se habían figurado tener, para su revolución. En la víspera de aquel día se repartieron por los jefes complotados, cartuchos á bala á todas las tropas de los citados cuerpos de Gallegos, Vizcainos y Catalanes, á todos los que se habían rebajado del servicio en ellos, y aun á cuantos europeos habían en las tiendas y pulperías, con orden que se les daba de que al día siguiente al toque de la campana de Cabildo y Generala por las calles, presentarse con sus armas en la Plaza de la Victoria. Eran demasiado públicas estas disposiciones para que las ignorásemos.

« Mis compañeros y yo, igualmente ordenamos que todos nuestros soldados y oficiales, sin excepción, á las seis de la mañana del día 1° de Enero estuviesen en nuestros respectivos cuarteles. Amaneció dicho día, y en él esperábamos sus resultados. A la hora de costumbre, se reunió el



Cabildo á celebrar las nuevas elecciones: se hicieron y una diputación de la misma corporación con el Escribano, fué al Fuerte con el libro de acuerdos á exigir la confirmación de ellas. Un grupo considerable de gente se dirigió hacia la Fortaleza con los Diputados. Estos entraron, más la Guardia estorbó el paso á los que les seguían. Liniers, sin demora, y aun sin ver quienes eran los electos, llamó al Secretario y mandó extender el auto de confirmación, como había convenido con nosotros. Frustrado por este hecho el pretexto que se había creído daría margen á la asonada, se despidieron los Diputados. Fuera ya de la puerta del Fuerte, D. Esteban Villanueva, que era uno de los de la Diputación, dijo á sus compañeros, la elección se ha aprobado, pero vamos adelante, y levantando la voz, fué el primero que gritó *Junta, Junta de gobierno queremos*, y toda aquella turba-multa de muchachos y plebe repitió lo mismo.

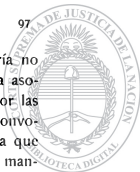
«Al momento sonó la campana del Cabildo convocando al pueblo. Los tres cuerpos de Gallegos, Vizcainos y Catalanes, echaron tambores, tocando Generala y formaron en batalla al frente de las Casas Capitulares. La campana y los tambores juntaron á los citados y á otros curiosos, de manera que, al poco tiempo, los arcos altos y bajos estaban llenos de gente. Las cuatro boca-calles de la Plaza estaban guarnecidas de centinelas de dichos cuerpos que permitían la entrada á todo el que quería é impedían la salida.

«El señor Liniers había quedado con nosotros, que á la primera novedad de movimiento sería la señal para nuestra salida de los cuarteles, al tiro de tres cañonazos de la Fortaleza. Esperábamos dicha señal y ésta no se hacía, porque creyó, con mejor acuerdo, omitirla, porque no se atribuyese á hostilidad contra el pueblo. Impaciente yo con esa demora, recibo orden para que pasase con mi Cuerpo á la Fortaleza y entrase en ella por la puerta del Socorro, porque los contrarios habían tomado las boca-calles, y puesto al Fuerte en



incomunicación. Dejando una respetable guarnición en mi cuartel, marché con la demás tropa á la Fortaleza: entré por la puerta del Socorro y tomé los puntos convenientes para la seguridad de ella, que realmente estaba indefensa. Entre tanto, previne al Comandante de Arribeños, Ocampo, que tenía su cuartel en la Merced, ocupase con respetable fuerza el Parque de Artillería y Casa de Mixtos que estaba frente á la Iglesia de las Catalinas, como realmente se verificó tan oportunamente, que cuando el 2º Comandante de Gallegos, Don Jabobo Adrián Varela, fué con la Compañía de Granaderos á ocuparlo, ya no pudo conseguirlo, ni extraer una sola pieza de artillería, que era lo que carecían los de la asonada. Los demás puntos de la guarnición estaban custodiados á mi satisfacción, pues cabalmente me fué fácil hacerlo, porque en aquel día tocaba á mi Cuerpo el Cuartel grande.

«No agradó á los complotados haber ocupado yo con mi cuerpo la Fortaleza. D. Pascual Ruíz Huidobro, el Brigadier Molina y los más de los 'Oficiales de Marina que había en Buenos Aires, estaban, también, en el Fuerte. El señor La Lué, al toque de la campana se presentó en el Cabildo, y viendo que ya el Fuerte estaba con respetable guarnición, y la oposición mía y de mis compañeros declarada, se ofreció á proponer medios de conciliación. Se me llamó por dicho Señor ante el Virrey, y en tono suplicatorio pedía me retirase á mi Cuartel, disolviese la reunión de Tropa que en él tenía, porque ya todo estaba con sólo esto concluído; que no comprometiese al pueblo, pues podía envolverse en sangre; que S. E. (el señor Liniers) amaba mucho á dicho pueblo, y no era de presumir consintiese en la efusión de sangre que mi resistencia y la de mis compañeros podía ocasionar. Contesté á S. Ilma., que sus convenciones y respetable mediación debían antes haberse dirigido al Cabildo y los Jefes de los cuerpos que veía



formados en la plaza que á mí; puesto que su Señoría no podía dudar que ellos eran los que causaban aquella asonada; que la Campana del Cabildo y la Generala por las calles, ellos eran los que las habían mandado tocar, convocando por este medio al pueblo y á los incautos, para que secundasen sus premeditados designios de despojar del mando al Virrey y apoderarse de él, lo que realmente no sucedería; que si no querían ver derramamiento de sangre, á que con sus hechos probaban, se retirasen primero que yo á sus Cuarteles, disolviesen las reuniones de Tropa y gente que tenían en ellos, en la Plaza y en las Casas Capitulares; que no hacía hasta entonces yo más que obedecer al Capitán General de las Armas, que había dispuesto viniese con mi Cuerpo á la Fortaleza: «Oh, Señor Comandante (exclamó entonces el Obispo), por la sangre de Jesucristo ruego á usted que no se pare en etiquetas. Yo aseguro á usted que en retirándose usted de la Fortaleza, todo está concluído.» Señor Illmo., le contesté sin demora, si S. E. me lo manda, así lo haré, pero han de aceptárase dos condiciones que propongo: 1ª Que he de salir, no por la puerta del Socorro, sino por la del Fuerte, y por la Plaza me he de dirigir al Cuartel; 2ª que en él he de esperar órdenes de S. E. caso que las tropas formadas en la Plaza no la dejen desembarazada y permanezca en ella».—Convino el señor La Lué en todo, y marchó el señor Obispo á noticiar esta concurrencia á los Cabildantes y cuerpos armados.

«En efecto, formado en columna y dadas las órdenes que creí convenientes para el caso de que se me hiciese fuego al tránsito por la Plaza, entré en ella. No hubo novedad alguna, y en seguida me dirigí con la misma formación á los cuarteles de Montañeses y Artilleros de la Unión, é incorporados todos con ocho piezas de artillería del tren volante, que tenían, me dirigí á mi Cuartel. Si el verme con sólo mi Cuerpo en el Fuerte no agradó á los com-



plotados, ¿cuál sería su indignación al ver reunidos en mi dicho Cuartel los Montañeses, Arribeños, Artilleros de la Unión y el pequeño cuerpo de Carabineros que mandaba el finado D. Benito Rivadavia? Los Húsares, Arribeños, Pardos y Morenos estaban también sobre las armas, en el Retiro los primeros, y en la Plaza de Monserrat los segundos, más todos de acuerdo conmigo.

«Entre tanto, los Gallegos, Vizcaínos y Catalanes se conservaban en su formación en la plaza, contra lo prometido por el Obispo, y el Cabildo, sostenido con este apoyo, continuaba en realizar sus proyectos de erigir una Junta de Gobierno Suprema de estas Provincias, á semejanza de las que se habían formado en Europa. Era preciso, para esta novedad, cubrirla con el manto de la voluntad general del Pueblo. Se citaron al Cabildo los más de los vecinos de él: unos concurrieron y otros no. En fin, se convino en la idea, y se procedió al nombramiento de los señores que habían de componerla. Este recayó en puros europeos españoles, á excepción de los Secretarios Doctor D. Mariano Moreno y D. Julián de Leiva, que eran americanos. Se extendió en los libros capitulares dicha acta, y todo el cuerpo capitular, con algunos vecinos más, se dirigió á la Fortaleza, á intimar al Virrey la cesación de su mando y el reconocimiento del nuevo que se había acordado.

«La Real Audiencia de aquel tiempo, el Tribunal de Cuentas, el señor Obispo, se apersonaron también en la Fortaleza, y aconsejaron al Virrey era forzoso se conformase con la voluntad del Pueblo, que no quería estar ya bajo su mando, y había establecido su nuevo Gobierno. El señor Liniers, solo, entre tantos que le hostigaban, al fin se rindió y convino en abdicar el mando bajo ciertas calidades que propuso y le fueron admitidas.

«Impuesto yo de esta ocurrencia, la hice saber á mis compañeros. Acordamos marchar con precipitación á la



Plaza, resueltos á disolver con nuestras fuerzas aquel atentado. Llamé á los Arribeños, Pardos y Morenos y á los Húsares que con sus Jefes á la cabeza volaron á reunirse conmigo en la Plaza; en cuanto entramos en ella á paso redoblado, desplegaron las columnas en batalla, y colocaron las ocho piezas de artillería en los correspondientes lugares. En todo aquel día, el cuerpo que se titulaba de Andaluces, estuvo encerrado en su Cuartel, ó por indeciso, ó porque estaba bloqueado por los complotados. Cuando vió nuestra línea de batalla, y lo respetable que era, salió de su cuartel y marchó á incorporarse con la nuestra, que estaba formada al frente de la de los complotados.

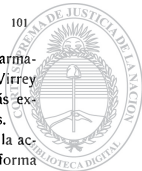
« Dejando encargada de toda ella al sargento Mayor de mi Cuerpo, Don Juan José Viamonte, los Jefes y Comandantes, mis compañeros, nos dirigimos á la Fortaleza: y entramos al salón donde se hacía el acuerdo antedicho, y encontramos que ya se estaba extendiendo el acta de abdicación que hacía el señor Liniers del mando, puesto que el pueblo no quería continuase él. Fué sorprendente á todo aquel cónclave nuestra aparición en él. El señor Obispo fué el primero y único que habló, encarándose á mí, dijo: « Señor Comandante, demos gracias á Dios, ya todo está concluído: su Excelencia ama mucho á este pueblo, y no quiere exponerlo á que por su causa se derrame sangre en él: ya ha convenido en abdicar el mando y se está extendiendo el acta de esta abdicación. » Yo contesté: — « Pero, señores, ¿quién le ha facultado á su Excelencia á dimitir un mando que legalmente tiene, y más cuando son supuestas y falsas las causales que le han propuesto para esta resolución? » — « Señor Comandante, por Dios, volvió á repetir el Obispo, no quiera usted envolver este pueblo en sangre » — Señor Illmo., le repliqué, ni yo ni mis compañeros hemos causado esta revolución; los autores de ella y sus cooperadores serán los que desean la efusión de sangre; he dicho y vuelvo á



repetir que no hay una causa justa que cohoneste la violencia que se hace á este señor. « Señor Comandante, por Dios, el pueblo no quiere que continúe mandando su Excelencia. » Esa, señor Ilmo., es una de las muchas falsedades que se hacen jugar en esta comedia: en prueba de ello, venga el señor Liniers con nosotros, preséntese al pueblo, y si éste lo rechazase ó dijese no querer su continuación en el mando, yo y mis compañeros suscribiremos el acta de su destitución. Y tomando del brazo á dicho señor, le dije: vamos, señor, preséntese V. E. al público, y oiga de su boca cual es su voluntad; la noche se acerca, y es conveniente quede esto disipado antes que sus sombras nos cubran; y como mis compañeros apoyaron esta resolución salió, en efecto, á la Plaza. Cuando las Tropas y el inmenso Pueblo que á la novedad había concurrido, lo vió, empezó á gritar: « Viva Don Santiago Liniers, no queremos ni consentimos en que deje de mandar; viva y viva! », no resonaba otra voz en la Plaza.

« En vista de este desengaño, quedaron extáticos los del Cónclave, y recogida el acta de abdicación principiada, quedó anulada en todas sus partes. Entonces me ordenó intimase á los Cuerpos armados que estaban aun en formación y ademán hostil, rindiesen las armas y que en caso de resistencia, usase la fuerza. No fué preciso valerse de este violento medio, porque á la segunda intimación arrojaron las armas y corrieron por las calles como gamos, buscando cada uno el rincón de sus casas en que ocultarse. Así terminó aquel memorable día: he dicho memorable porque, en efecto, en él, *las Armas de los hijos de Buenos Aires abatieron el orgullo y miras ambiciosas de los europeos, y adquirieron superioridad sobre ellos.* En la noche de aquel día, todo fué tranquilidad y quietud en la ciudad. . . »

Nada más gráfico y animado que esta revolución de 1^o de Enero de 1809, hecha por uno de sus más esclarecidos é importantes autores.



De esa misma relación resulta que, después de desarmadas las fuerzas españolas que intentaron derribar al Virrey Liniers, los ánimos de los europeos quedaron aún más excitados en contra de los elementos nativos vencedores.

Contribuyó á aumentar mucho más esta excitación, la actitud asumida por Liniers para con los vencidos. Sin forma alguna de proceso, administrativamente, por su sola orden, fueron deportados á Patagones todos los Cabildantes, con Alzaga á la cabeza, que se habían prestado á presidir el «Cabildo abierto» que nombró la Junta.

Independientemente de esto, se inició una causa contra los revoltosos, la que produjo incidencias tan graves, como las de llegársele á imputar al mismo Alzaga propósitos subversivos contra España, con el objeto de declarar la independencia de las Colonias del Plata, bajo una monarquía propia, y á Liniers las tendencias favorables á Napoleón, con quien se le acusaba de estar en correspondencia.

Estudiando las «*Memorias*» de los hombres de esa época, y los documentos producidos por ellos, se nota el eclipse casi total del Virrey Liniers, después de los sucesos de Enero de 1809.

Es verdad que, según la gráfica expresión de Saavedra, los españoles vencidos é indignados, «contra Liniers fué que dirigieron lo más recio de sus baterías. No hubo crimen que no le imputasen en España: dilapidación de la Real Hacienda, protección escandalosa del contrabando, prodigalidad en los empleos y grados militares, sin olvidarse de lo interior de su vida privada».

Aumentando todos estos capítulos de cargos que se llevaban á Europa contra el Virrey, Elío, desde Montevideo, continuaba también sus intrigas, llegando hasta enviar un comisionado á la Junta Central de España é Indias, con comunicaciones de las dos ciudades del Plata, en las que se encarecía la necesidad de la inmediata destitución del



Virrey Liniers, si se quería mantener la paz en la Colonia, y conservar en ella el prestigio español en contra de los avances de los nativos.

Para demostrar el poco respeto que le inspiraban las resoluciones de Liniers, Elío mandó un buque de guerra á Patagones, desde donde secuestró á Alzaga y á los Cabildantes desterrados por aquél, quienes fueron recibidos en Montevideo con grandes manifestaciones de entusiasmo en favor de España y vociferaciones en contra del «francés traidor».

Todas estas circunstancias, y acaso algunas que sólo se relacionaban con la vida íntima de D. Santiago Liniers, hicieron que, paulatinamente, fuese menguando la influencia del que había sido el caudillo amado de los criollos, viéndose éstos en la necesidad de preocuparse de defender por sí mismos las posiciones que habían alcanzado.

La situación del erario, por otra parte, era precaria, y Belgrano aprovechó esta oportunidad, para procurar que se declarase la libre navegación de los ríos, abriéndose los puertos del Plata al comercio inglés, buscando en el libre cambio de las mercaderías propias con las extranjeras, el aumento de los recursos del tesoro colonial.

Había accedido ya Liniers á adoptar esa y otras medidas de carácter administrativo y económico, así como había admitido ponerse en correspondencia con la princesa Carlota Joaquina de Borbón, cuando, casi inesperadamente, llegó á Montevideo el Teniente General de la Real Armada, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, con el nombramiento de Virrey de Buenos Aires, en reemplazo de don Santiago Liniers, designado por la misma Junta de Sevilla, que era la que había confirmado el nombramiento de éste, años atrás.

Cisneros llegaba mal impresionado con respecto á la actitud que Liniers asumiría, y esta impresión le fué ratificada por Elío y sus amigos en Montevideo, donde se le aseguró



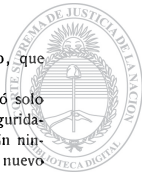
que necesitaría dar batallas para ocupar el cargo que se le había conferido.

Con esta convicción, el Virrey Cisneros llegó á la Colonia, en frente á Buenos Aires, escoltado por setecientos veteranos que Elío le había proporcionado, y, convencido de que sus órdenes serían desacatadas, desde allí ordenó á Liniers que se le presentase.

Los jefes de las fuerzas patricias, —tal vez inspirados por don Manuel Belgrano, que en esos momentos había vuelto á emprender sus trabajos en favor de la independencia, bajo el gobierno monárquico de la princesa Carlota, —y especialmente don Cornelio de Saavedra y don Martín Rodríguez, estaban decididos á resistirse contra Cisneros, desconociendo la autoridad de la Junta de Sevilla, y sosteniendo á Liniers como el único Virrey elegido por el pueblo de Buenos Aires.

Para resolver este punto, se celebró una junta de todos los jefes de la fuerzas nativas; junta á la que asistió don Juan Martín Pueyrredón, que había regresado recientemente de Europa, después de desempeñar una comisión que se le había confiado para ante la misma Junta de Sevilla, y cuyo prestigio era tanto, en virtud de su actitud heroica en la Reconquista, que su nombre servía para designar el cuerpo de caballería que mandaba el Comandante Martín Rodríguez.

En esa reunión secreta, los patriotas pesaron las probabilidades que había en favor y en contra de la resistencia á la ocupación de Cisneros en el mando; se dieron cuenta de que sus propias ideas no se armonizaban, puesto que eran pocos los que seguían á Belgrano en sus propósitos de coronar á la princesa Carlota, y, finalmente, comprendieron que el mismo Liniers ya no les servía como caudillo propio, no sólo porque su popularidad había disminuído notablemente, sino también porque su conducta se había hecho sospechosa hasta para los mismos patricios, en-



tre ellos, muy especialmente, á D. Mariano Moreno, que no ocultaba su enemistad hacia el Virrey depuesto.

Liniers, acatando la orden de Cisneros, se presentó solo en la Colonia, y después de darle é éste todas las seguridades de que su autoridad sería admitida y respetada sin ninguna violencia, influyó para que fueran á saludar al nuevo Virrey, todos los jefes que mandaban tropas nativas.

Estos, fueron á la Colonia y dieron á Cisneros las mismas seguridades que Liniers le había dado, produciendo esta actitud, como consecuencia inmediata, la resolución del nuevo gobernante del Río de la Plata de trasladarse á Buenos Aires, ordenando que su escolta de 700 hombres regresase inmediatamente á Montevideo.

Efectivamente:— el 31 de Julio de 1809 (fecha señalada por Saavedra en sus « Memorias », no obstante que algunos historiadores han designado otras), á las 3 de la tarde, y en medio de ovaciones, hábilmente preparadas por Liniers, entraba á la Capital del Virreinato del Río de la Plata, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que debía ser el último representante de la España en estas comarcas de América.



CAPÍTULO VIII

GOBIERNO DE CISNEROS

Cisneros: Sinceridad de su proclama. -- Instrucciones. -- Supresión de la Junta de Montevideo. -- Nieto en lugar de Elio. -- Disolución de los Patricios. -- Medidas peligrosas. -- Liniers á España. -- Pueyrredón prendido por Nieto. -- Su fuga á Río de Janeiro. -- Actitud de los nativos. Hacienda pública. -- Belgrano librecambista. -- Resistencia á las nuevas ideas. -- El comercio y los monopolios. -- Mariano Moreno. -- Representación de los Hacendados. -- Triunfo de ideas. -- Patria española y Patria argentina. Desde Méjico hasta el Cabo de Hornos. -- 25 de Mayo de 1809. -- Revolución de Chuquisaca. -- La plebe y la rebelión. -- Tumulto popular. -- Juan Antonio Alvarez. -- Bernardo Monteagudo. -- Revolución en La Paz. -- ¡Abajo los chapetones! -- Proclama viril. -- Junta Tuitiva. -- Quito. -- Acto subversivo. -- La Junta soberana. -- Otros movimientos que afectan al Virreinato. -- Las primeras fuerzas al Alto Perú. -- Mil hombres sobre Chuquisaca. -- Marcha sobre La Paz. -- Murillo jefe de los patriotas. -- Abnegación y sacrificio. -- Falta de organización. -- Derrotas. -- Manifiesto del vencedor. -- Barbaridades: degüello, horca, garrote, presidio, destierro, confiscación de bienes. -- Sentencia de escarmiento. -- Fin de Murillo y sus ilustres compañeros. -- Oprobio de los acontecimientos: Goyeneche, Cisneros y Nieto. -- Desaliento de los revolucionarios en Tupiza.

Si hubiera de creerse á las palabras de la proclama con que el Virrey D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, anunciaba la inauguración de su gobierno á los habitantes del Virreinato del Río de la Plata, ninguna administración hubiera sido más tranquila y más próspera que la del sucesor de Liniers.

«Desde este día, desde este momento, --decía esa proclama,-- debe desaparecer de entre vosotros cualquiera «leve sombra de espíritu de partido y de rivalidades (si «es que haya podido caber en pechos tan nobles y generosos), y reuniros en una sola familia.»



Acaso eran sinceras estas frases del Virrey, en los momentos en que las pronunciaba.

Dada la distancia que media entre el Río de la Plata y Cádiz, y las dificultades que entonces existían para las comunicaciones, no debe extrañarse las condiciones en que debió comenzar su gobierno Cisneros.

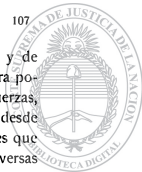
Lo que encontraba en Buenos Aires al desembarcar, no era lo que se le había hecho presentir al abandonar las costas españolas.

Traía por instrucciones precisas las de disolver la Junta de Montevideo, y colocar al mariscal Nieto en el puesto de Gobernador que ocupaba Elío; se le había mandado disolver los cuerpos de patricios, y dar de nuevo la preeminencia en la constitución de las fuerzas á los tercios formados por españoles; se le había ordenado que, inmediatamente de depuesto, remitiese á España á D. Santiago de Liniers.

Una vez en ejercicio del gobierno, Cisneros comprendió que le era imposible proceder con sujeción absoluta á sus instrucciones.

Comenzó por reconocer que habría habido peligros en adoptar medidas contra Liniers, á quien todavía amaba el pueblo, y quien ya no ofrecía peligros por su edad y las condiciones morales de su espíritu en esos momentos. En consecuencia, le dejó en libertad de elegir su residencia, no volviendo á ocuparse de él. Liniers se fué á Córdoba.

En cuanto á los patriotas, denunciada que fué la reunión que habían tenido los jefes de las fuerzas nativas antes de su llegada, y la importancia que entre ellos tenía D. Juan Martín Pueyrredón, se limitó á mandar prenderle por el Mariscal Nieto y conducirlo al Cuartel de Patricios, de donde le hicieron fugar sus propios compañeros, proporcionándole el buque que le condujo á Río de Janeiro, regresando á Buenos Aires solo á principios de Junio de 1810.



La actitud de los nativos con motivo de la prisión y de la fuga de Pueyrredón, demostró á Cisneros que no era posible cumplir la orden que tenía de disolver á esas fuerzas, y prefirió, no sólo tolerarlas, sino también halagarlas, desde que tal vez iba á necesitarlas, dadas las complicaciones que comenzaban á producirse en el Alto Perú y en diversas ciudades del Virreinato.

Por otra parte, la hacienda pública reclamaba toda su atención, puesto que las rentas que, en otra época, habían dado millones de pesos fuertes anuales, apenas producían entonces un centenar de millares.

Las ideas librecambistas de Belgrano fueron aceptadas por Cisneros; pero, consultado el Cabildo y el Consulado respecto á su oportunidad de darles formas prácticas, no sólo encontró resistencias en esas autoridades, sino también en los comerciantes españoles, que explotando los monopolios y las leyes prohibitivas de la Metrópoli, sostenían que la apertura de los puertos al comercio de otras naciones, importaría la ruina del comercio propio y la pobreza de los artesanos del país.

Contra esa gestión de los comerciantes españoles, se alzaban las voces de los hacendados de ambos márgenes del Plata, cuyos intereses sufrían por la falta de la exportación de los productos de su industria.

Fué entonces que se encargó al Doctor Mariano Moreno de la defensa de esos intereses, en contra de las pretensiones de los comerciantes europeos de Cádiz y de los españoles de Buenos Aires y de Montevideo. Esa defensa es la que se conoce en la historia argentina, con el nombre de «Representación de los Hacendados», y que es, con los escritos de D. Manuel Belgrano, la manifestación más completa del pensamiento argentino, durante la Colonia, en favor de la patria independiente.

No es de este lugar estudiar en detalle el notable escrito



de Moreno, del que ya hemos hablado algo, y que, por otra parte, ha sido muchas veces publicado y comentado por historiadores y juristas. Sin embargo, conviene decir que el triunfo de sus ideas económicas, fué también un triunfo político, dado los términos empleados por el futuro secretario de la primera Junta, para defender á sus representados.

« No confirió el soberano á V. E.,—decía Moreno al Virrey Cisneros,—la alta dignidad de Virrey de estas Provincias para velar por la suerte de los comerciantes de Cádiz, sino sobre la nuestra... Es un tirano monopolio el que los comerciantes de Cádiz habían usurpado, y los clamores de esta ciudad resuenan por todas partes fomentando amargas quejas, que nada más obtuvieron que el desprecio del monarca, y el conocimiento general del poco pundonor con que aspiraba á una riqueza usurpada á pueblos que en nada le cedían. *Manda V. E. un gran pueblo: obre, pues, la justicia en todo su vigor para que empiecen á brillar los bienes que la naturaleza misma nos franquea pródigamente* ».

Y como si hubiese querido establecer una diferencia entre la *patria española*, representada por los intereses comerciales de Cádiz, y la *patria argentina*, representada por Moreno en su brillante escrito, éste escribía el siguiente párrafo, cuya marcada intención se adivina entre sus renglones, recordando que, sólo pocos meses después, el mismo Moreno era el Secretario de la Primera Junta que gobernaba en nombre del pueblo soberano:

« *Sostengo la causa de la patria*,—decía—y no debo olvidar su honor, cuando sostengo los demás bienes reales que espero justamente. »

Las ideas de Moreno y de Belgrano triunfaron ante el Virrey; pero, si las rentas aumentaron, ellas sólo debieron servirle á Cisneros para atender los gastos extraordinarios



que le producía la necesidad de organizar expediciones al interior, y de defenderse contra las conspiraciones de la ciudad en que residía.

Simultáneamente, y con una unanimidad que ha sorprendido aun á los historiadores extranjeros, se produjo, en 1809, un movimiento revolucionario que comprendió todo el vasto territorio que se extiende desde Méjico hasta el Cabo de Hornos.

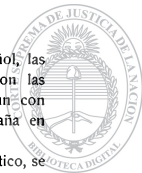
Los pueblos de los distintos Virreinos de la América española, no habían tenido vinculaciones entre sí, ni existían medios de comunicarse los unos á los otros las palpitaciones latentes de sus almas.

Sin embargo, mientras en el Río de la Plata los nativos avanzaban en la conquista de sus derechos de hombres libres, preparando la revolución que debía hacerles independientes, en las demás ciudades de la América latina, por diversas causas, se producían alzamientos en contra de las autoridades españolas, pero siempre con una marcada tendencia á la propia independencia.

La histórica ciudad de Chuquisaca (Charcas ó La Plata), fué la primera en iniciar la serie de esas revoluciones, produciendo la que estalló el 25 de Mayo de 1809, un año justo antes de la revolución argentina, que era la única destinada á perdurar entre todas las que se producían en América en esos días.

Chuquisaca era la Salamanca de la América latina; allí estaba su Universidad, á la que se enviaban á estudiar los jóvenes de las distintas Provincias; allí estaba la sede doctoral de la ciencia jurídica, y, como se comprende, dada la composición social de Chuquisaca, la revolución debía tener origen científico, más que político.

Efectivamente: ella nació de una desinteligencia sobre motivos de jurisdicción eclesiástica, producida entre el arzobispo y el Senado del Clero.



Pero, como en todos los pueblos de origen español, las autoridades están siempre íntimamente vinculadas con las personas y las cuestiones religiosas, esto sucedía, aun con más frecuencia, en las antiguas colonias de la España en América.

Tomando parte en aquel pleito, puramente dogmático, se dividieron las autoridades gubernativas de Chuquisaca. El Gobernador-Presidente, se inclinó al lado del Arzobispo, mientras la Real Audiencia,—la reputada Real Audiencia de Charcas!—se alió al partido del Senado, haciendo así una cuestión eminentemente política, de lo que comenzó siendo una cuestión de amor propio ó de celos entre sacerdotes.

El pueblo, la *plebe*, como se le llamaba, y que era muy poderosa y unida en Chuquisaca, fué ganada por la Audiencia, que halagó las tendencias de los criollos, concitando á la rebelión al elemento americano.

El fundamento político que se adujo contra el Gobernador-Presidente, (que era el General don Ramón García León de Pizarro), fué el de que éste pretendía entregarlos á la Corte de Portugal, concitando al pueblo á deponer aquella autoridad que le hacía traición.

El tumulto popular armado se produjo, sorprendiendo al Gobernador Pizarro, quien, refugiado en su palacio, fué obligado á renunciar su cargo, encerrándosele preso en la cárcel, y constituyéndose una Junta de Gobierno independiente, presidida por la misma Audiencia.

Esta Junta estaba compuesta exclusivamente de americanos, y, aun cuando protestaba su obediencia al Virrey de Buenos Aires, y mantenía su juramento de fidelidad en favor de Fernando VII, fué mirada como una autoridad independiente, sobre todo por las tendencias que demostraba.

Esas tendencias pueden comprenderse, recordando que uno de los actores más decididos en esa jornada, fué el entonces Comandante de Armas don Juan Antonio Alvarez de



Arenales, quien, aunque nacido en España, se incorporó desde entonces á los movimientos que debían producir la independencia de toda la América, tomando él parte en la obra, con sus hazañas y sus virtudes espartanas; —y otro fué el joven Bernardo Monteagudo, quien esgrimía, entonces, las primeras armas que habían de llevarle á figurar, más tarde, en las luchas de la libertad y de la democracia.

En pie todavía la revolución de Chuquisaca, el 16 de Julio de 1809, estalló otro movimiento en La Paz, que, desde sus primeros pasos, precisó sus propósitos.

El partido americano, fuerte y poderoso en aquella populosa ciudad, se lanzó á las calles á los gritos de «¡Viva Fernando VII!» — «¡Abajo los *chapetones!*»

Estos dos gritos eran todo un programa. Al vivarse á Fernando VII, se demostraba el desacato al monarca francés que en esos momentos ocupaba el trono español; mientras que, al dar gritos de muerte contra los «chapetones», se demostraba que la insurrección era contra todo dominio de las Juntas ó de otras autoridades españolas, puesto que era á los españoles á quienes se les llamaba «chapetones».

Esa revolución, inspirada y sostenida por las gentes más competentes de La Paz, organizó con el nombre de *Junta Tuitiva* un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos, y que explicaba sus alcances y sus propósitos, en proclamas tan viriles que contenían párrafos como los siguientes:

«Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el mismo seno de nuestra patria: hemos visto, con indiferencia, por más de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que, degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos... Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los



« intereses de nuestra patria . . . Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía. »

Y, efectivamente, esa Junta dió nueva organización á la administración gubernativa, dictando una Constitución, y levantó ejércitos y se organizó para prepararse al ataque y á la defensa.

Pocos días después de la revolución de La Paz, el 9 de Agosto de 1809, estallaba otro movimiento revolucionario en Quito.

Acasó fué éste el acto subversivo más caracterizado de esos tiempos, porque la conmoción producida en Quito, después de derribar á las autoridades coloniales y establecer una Junta de Gobierno, á la que le atribuyó el carácter de « soberana », mandó levantar ejércitos para defender sus prerrogativas.

Hizo aún más:—dirigió una proclama á todos los pueblos de la América latina, exhortándoles á imitar su ejemplo; proclama en la que, entre otras cosas, se decía que « las leyes habían reasumido su imperio bajo el Ecuador, « afianzando las razas su dignidad, y que los augustos derechos del hombre no quedaban ya expuestos al poder arbitrario, con la desaparición del despotismo, bajando de los cielos la justicia á ocupar su lugar ».

En Méjico, y, acaso, en algunos otros puntos de América, hubieron, también, en 1809, tentativas revolucionarias, pero ningunas fueron tan importantes ni características como las que acaban de citarse.

De entre ellas, sólo nos corresponde estudiar aquéllas que afectan al Virreinato del Río de la Plata, no sólo porque de ese estudio resultará perfilada, en sus verdaderos caracteres históricos, la personalidad del Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, sino, también, porque fué con motivo



de ellas que salieron de Buenos Aires las primeras fuerzas patricias en dirección al Alto Perú.

Representaban en 1809 á la autoridad española en el Virreinato de la Plata, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, y en el Virreinato del Perú, don José Fernando de Abascal.

Las revoluciones de Charcas y La Paz, fueron inmediatamente conocidas por los dos Virreyes, y, mientras Cisneros enviaba una columna de mil hombres á Chuquisaca, al mando del Mariscal Nieto, el Virrey Abascal, no desplegando menor celo que su colega para dominar la insurrección, ordenó al General Goyeneche, á quien había nombrado Presidente interino del Cuzco, que reuniera todas las milicias del Perú y marchase sobre los rebeldes de La Paz.

Este Goyeneche, que tan nefasto papel desempeñó en esa ocasión, es el mismo que llegó al Plata en Agosto de 1808, como representante de la Junta Central de Sevilla; que estimuló á Elío en sus resistencias en contra de Liniers, y que, pocos días después, durante su permanencia en Buenos Aires, antes de emprender su marcha al Perú, no hizo otra cosa que recibir atenciones y prodigar adulaciones al mismo Virrey Liniers, contra quien había conspirado en Montevideo.

Por razones de la distancia, fueron las tropas que mandaba Goyeneche las primeras que llegaron al campo de los insurrectos. Había reunido apresuradamente una fuerte división de infantería, caballería y algunas piezas de artillería, y después de atravesar el Río Desaguadero, marchó con ella sobre la ciudad de La Paz.

Las tropas revolucionarias americanas tenían armas, patriotismo y anhelos de sacrificio, pero les faltaba organización y la disciplina. Eran apenas mil hombres, y no contaban ni siquiera con la cohesión y el esfuerzo de sus propios jefes, para resistir á Goyeneche.

En los distintos y sucesivos combates que presentaron,



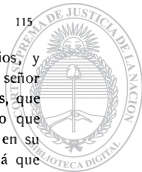
fueron siempre derrotadas, cayendo en manos del vencedor, como prisioneros, los principales jefes del movimiento; algunos de los cuales fueron degollados sobre el mismo campo de batalla, conservándose sus cabezas, según un historiador contemporáneo, para adornar las horcas en que debían perecer sus compañeros de causa.

La batalla definitiva, en la que mandaba á los patriotas revolucionarios D. Pedro Domingo Murillo, se libró el 25 de Octubre de 1809, y desde esa fecha hasta Marzo de 1810, el cruel Goyeneche no hizo más que aplicar castigos, llegando á 86 individuos los condenados, los unos á la horca, los otros al garrote, los más á presidio ó destierro; pero todos sufriendo la confiscación de sus bienes.

Vale la pena, antes de seguir adelante, que se conozca la manera como el General Goyeneche ha creído poder justificar ante la historia las hecatombes de La Paz, atribuyéndolas á ordenes impartidas por el Virrey Cisneros.

En el manifiesto, publicado el 29 de Enero de 1810, por el General Goyeneche, antes que se dictasen las crueles sentencias de 28 de Febrero de 1810, aquel militar sanguinario decía lo siguiente:—

«Preví la necesidad de un escarmiento, que la América toda aguardaba en obsequio de su propia seguridad y La Paz más que pueblo alguno pedía con el mismo fin y el singular de su vindicación; y no conformándose con mis principios el presenciar lo que ni el Rey mismo, proveyendo en justicia, podía dispensar, expuse al digno Virrey de estas Provincias, el Exmo. Señor D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, la necesidad de los castigos, y que en su ordenación la delegase á una comisión ó persona de carácter, excepto á mí que me contentaba con haber obtenido todo lo que hace feliz un gobierno, poniendo á disposición de los jueces los reos, principales instrumentos de la sublevación. Este superior jefe antes de recibir mi



« renuncia, se posee de los mismos justos principios, y
« usando de igual respetable idioma que dictaba el señor
« virrey del Perú, manda y exige en repetido oficios, que
« se proceda al castigo, para general escarmiento, lo que
« terminantemente me ratifica sin exclusión alguna, en su
« oficio de 22 de Noviembre anterior; facultándome á que
« proceda militarmente con todo el rigor de las leyes, eje-
« cutando las sentencias pronunciadas contra los delincuen-
« tes en esta misma ciudad en que han cometido los deli-
« tos, como medio el más seguro para que sirva de escar-
« miento á los demás, y se conserve la memoria de los
« justos castigos en el paraje donde han sido perpetrados
« los crímenes. No obstante una orden tan terminante, creí
« justo consultar mis determinaciones con el distinguido y
« culto General D. Vicente Nieto, Presidente de la Plata, á
« cuyo conocido juicio fué todo el conocimiento que podía
« darse de la clase de reos, origen de sus delitos y gradua-
« ción que de ellos hacía para imposición de penas, como
« aparece en oficio de 20 de Diciembre. No se engañaron
« mis esperanzas en aguardar la madura y sabia resolución
« de este General, cuya contestación del 28 del mismo re-
« produce la orden del señor Virrey de estas Provincias, de
« 22 de Noviembre, declarando que autorizado competente-
« mente por S. E. proceda al pronto, ejecutivo y veloz es-
« carmiento en favor de la salud del pueblo que es la ley
« suprema. No me restaba más que presentar á los ojos de
« la América el fruto de una conducta rápida en sus movi-
« mientos, pero decisiva y consultada en última decisión
« por mi auditor de guerra el asesor de la Presidencia del
« Cuzco, D. Pedro López Segovia, y cinco letrados impar-
« ciales de conocida probidad y responsables al Altísimo de
« sus consejos, que unidos á la convicción de mi propia
« conciencia, convinieron con irrevocable firmeza que los
« reos sentenciados á la pena capital (en los presentes y no

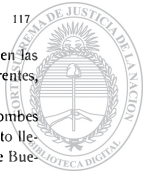


« en los ausentes) ejecutada, eran dignos de ella; y si se llegase á debido efecto la literal aplicación de la ley, debían serlo más de ochenta comprendidos en iguales crímenes.»

Para que se comprenda mejor lo salvaje del atentado cometido por Goyeneche, y que él afirma que fué autorizado y aprobado por Cisneros y por Nieto, vamos á transcribir algunas palabras de esas sentencias de escarmiento, á que aludía el manifiesto:—

Después de largos considerados en que se narran los hechos en la forma que conviene á Goyeneche, la sentencia dice: « Fallo, atento á los autos y méritos de la causa y á lo que de ellos resulta, que debo declarar y declaro á D. Pedro Domingo Murillo, titulado Coronel-Presidente; á D. Gregorio García Lanza, Basilio Catacora y Buenaventura Bueno, representantes del pueblo; al presbítero José Antonio Medina, al subteniente Juan B. Sagarnaga, Melchor Giménez, alias el « Pichitanga », Mariano Graneros, alias « El Chayatejeta », Juan Antonio Figueroa, y Apolinario Jaenz, por reos de alta traición, infames, aleves y subversores del orden público;—y, en su consecuencia, les condeno en la pena ordinaria de horca, *á la que serán conducidos arrastrados á la cola de una bestia de albarda*, y suspendidos por manos de verdugos hasta que naturalmente hayan perdido la vida. Después de las seis horas de su ejecución, se les cortarán las cabezas á Murillo y Jaenz, y se colocarán en sus respectivos escarpías, «*construidos á este fin*, la primera en la entrada del Alto Potosí, y la segunda en el pueblo de Croico, para que sirvan de satisfacción á la majestad ofendida, á la vindicta del reino, y de escarmiento».

En la segunda sentencia, se condena á la misma pena á diez personas, cuya ejecución no se hace posible, por estar profugas, siendo las demás condenadas á prisión y destierro en el número que ya se ha dicho.



Estas sentencias fueron comunicadas á Cisneros, quien las aprobó y aplaudió, publicándose los documentos referentes, lo que produjo el descrédito de este Virrey.

Mientras que en La Paz se producían esas hecatombes por un subalterno del Virrey Abascal, el Mariscal Nieto llegaba á Tupiza con la columna de su mando, salida de Buenos Aires para sofocar la revolución de Chuquisaca.

Cuando esas tropas llegaron, ya se había producido el desaliento entre los revolucionarios, que temían correr la misma suerte que habían corrido sus compañeros de La Paz, cuyo trágico fin conocían.

A pesar de las resistencias de su jefe militar Alvarez de Arenales, se sometieron sin violencias, pero, también, sin sacrificios estériles de sangre; limitándose los castigos, al encierro de Arenales y algunos de los jefes, revolucionarios de Charcas, en las casa-matas de El Callao, confinándose á distintos puntos del Virreinato á las demás personas importantes que tomaron parte en el movimiento.

Felizmente para las tropas nativas que formaron parte de la expedición al mando del Mariscal Nieto, ellas no tuvieron necesidad de batirse contra ningún revolucionario americano.

El oprobio de los acontecimientos sangrientos, quedó exclusivamente relegado á los españoles:—á Goyeneche y sus fuerzas, que ejecutaron las matanzas, y á Cisneros y Nieto, que las aprobaron.



CAPÍTULO IX

VÍSPERAS REVOLUCIONARIAS

Reuniones secretas. -- «Correo de Comercio». -- Estilo sencillo al alcance de todos. Falta de ideas democráticas. -- Matanzas de Goyeneche: su aprobación por el Virrey. -- Síntesis gráfica. -- Amor á la libertad. -- Reino independiente ó patria americana. -- Contacto benéfico. -- Efecto moral de la ocupación inglesa. -- Trabajo é industrias. -- Agricultura y exportación. -- Transformación de ideas. -- Libros y principios. -- Lafayette y Washington. -- Guardia nacional y cuerpos nativos. -- Sus triunfos en Francia, Estados Unidos y Buenos Aires. -- Grupo de patriotas. -- Lucha con la pluma y la palabra. -- Progreso moral y material. -- Espíritu público de los criollos. -- Junta secreta. -- Mano invisible. -- Pensamiento común: Gobierno sin vínculo, puramente americano. -- Intelectuales. -- Entusiasmo contenido. -- Noticias desastrosas: triunfo de los franceses en la Península. -- Furor popular. -- Regencia de cinco miembros: discordia, lucro, ambición. -- Napoleón en España. -- Sin rey, ni ejército, ni autoridad. -- La Regencia en la isla de León. -- Cisneros impotente. -- Última proclama del Virrey español. -- España ha caducado. -- Colonias independientes de hecho y derecho. -- Revolución á la faz del mundo: Mayo de 1810.

Mientras estos sucesos se producían al Norte del Virreinato, la situación del Virrey en Buenos Aires, iba haciéndose cada vez más difícil.

Los españoles europeos, resentidos por las medidas económicas adoptadas por Cisneros, se le habían ido alejando paulatinamente, de manera que éste buscó su apoyo natural en los elementos intelectuales y armados americanos.

Ejerció, entonces, mucha influencia D. Manuel Belgrano, quien consiguió de Cisneros, no sólo la autorización para fundar un periódico, semejante á los que ya existían en el Perú y en otras partes, sino también para celebrar reunio-



nes en su casa, con el objeto, según él decía, de preparar los elementos y la redacción de aquel periódico.

En esas reuniones secretas de los patriotas, á las que concurrían todos los hombres civiles y militares que participaban de las ideas de la independencia de la patria, que venían desenvolviéndose en los nativos desde 1806, fué donde se convino en esperar el momento oportuno para producir el movimiento, sin precipitaciones ni impaciencias, no obstante las seguridades que algunos creían poder tener en el éxito, si la revolución estallaba en esos mismos momentos.

Cisneros estaba impaciente porque Belgrano publicase siquiera el prospecto del periódico que él había anunciado á la Junta Central, como próximo á aparecer, atribuyéndole á esa publicación mucha importancia, por cuanto serviría para defender á la autoridad española, cada vez más deprimida por los continuos triunfos de Bonaparte en España.

A fines de Enero de 1810, se publicó, por fin, el programa de «*El Correo de Comercio de Buenos Aires*», cuya importancia ha explicado el mismo Belgrano en sus «*Memorias*», con las siguientes palabras:

«Hice el prospecto de «*El Correo de Comercio*», que se publicaba en 1810, antes de nuestra revolución: en él salieron mis papeles, que no eran otra cosa sino una acusación contra el gobierno español; pero todo pasaba, y así veíamos ir abriendo los ojos á nuestros paisanos.»

Efectivamente:—en ese periódico, con el pretexto de propaganda de ideas económicas y filosóficas, se combatía cuanto prescribían las leyes españolas, y se impugnaba todo lo que representaba una costumbre de la monarquía ó de la Colonia.

Escritos los artículos con sencillez, á fin de que estuviesen al alcance de todas las inteligencias, la propaganda debía ser fructífera.

Si algo puede extrañarse en esos escritos, es la falta de



la idea democrática, de la tendencia republicana, pero esto se explica fácilmente, si se piensa que, los hombres que escribían aquel periódico, habían vivido constantemente bajo el régimen monárquico, sin conocer otro, puesto que la Constitución de los Estados Unidos y el mismo «Espíritu de las Leyes» de Montesquieu, eran apenas conocidos.

Los últimos acontecimientos de La Paz y Chuquisaca, y la aprobación que Cisneros había hecho de las matanzas ordenadas por Goyeneche, cuyas noticias llegaron á Buenos Aires en el mes de Abril, acabaron de indignar á los patrios contra aquel Virrey, y fueron muchos los que se empeñaron en precipitar los sucesos, considerando que había llegado la oportunidad de emanciparse.

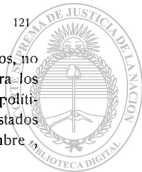
Lo hemos dicho:—la revolución de Mayo de 1810, no fué una improvisación, como se repite, nacida á la desaparición de las autoridades españolas en la Península Ibérica.

La independencia de América fué un hecho lógico, lentamente elaborado por acontecimientos sucesivos, previstos é imprevistos, y producidos fatalmente en el momento en que debían producirse.

La frase vulgar de Don Cornelio de Saavedra, es la síntesis gráfica de esos sucesos. El decía que era menester esperar «á que la breva estuviese madura»; y, efectivamente, la idea revolucionaria, como una fruta cuyo desarrollo debe empezar desde que la semilla cae en la tierra, tuvo que recorrer todas esas distintas transformaciones; desde que comenzó á aparecer el árbol en la superficie, brotó la rama de la yema, se produjo la flor, cuajó el fruto y, sazónándose lentamente, llegó hasta que, *de puro madura*, cayó del árbol.

Bajo el régimen colonial, los nativos no pensaban ni trabajaban por sí mismos ni para sí mismos. Eran parásitos adheridos al tronco que les prestaba la savia del padre de familia ó del amo del esclavo.

No había intercambio comercial ni intercambio intelectual,



porque los puertos del Río de la Plata estaban cerrados, no sólo para las mercaderías extranjeras, sino también para los libros y las publicaciones que habían trastornado la política del mundo con la Constitución escrita de los Estados Unidos, y la «Declaración de los Derechos del Hombre» hecha por la Revolución francesa.

Cuando se produjo la primera invasión inglesa en Julio de 1806, aun no se conocía en Buenos Aires la importancia del elemento nativo, al extremo de que el mismo Liniers, al organizar, más tarde, fuerzas para la defensa, en su orden de 9 de Septiembre de 1806, sólo se ocupó de organizar á los españoles, en cuerpos que les valieron los nombres de las respectivas Provincias en que habían nacido en España.

Pero entonces aparecieron, por primera vez los *Patricios*, estos «soldados voluntarios de la patria», como se les llamó, para halagarles, separándoles de los otros cuerpos formados por europeos, y dándoles el derecho de elegirse sus propios jefes y oficiales.

El elemento nativo adquiría, desde entonces, una personalidad propia, independiente de las demás agrupaciones, pero formando siempre parte de una colectividad homogénea, que respondía perfectamente á un sentimiento común: el acatamiento y respeto al soberano español, como señor tradicional de estas colonias, que se incluían entre las posesiones ultramarinas de España llamadas *Las Indias*.

Esta primera forma de reuniones de elementos puramente nativos, con el pretexto de organizarse militarmente, creó vínculos de afecto, de compañerismo y de solidaridad entre aquellos hijos de abuelos españoles, pero que habían nacido en América.

De ese contacto diario, inmediato, confidencial, entre jóvenes de la misma edad y de las mismas condiciones sociales, nacieron las primeras manifestaciones de amor á la



libertad é independencia de la patria propia, que todos comprendían que estaba deprimida bajo el dominio del español europeo, y cohibida en su desarrollo por los monopolios que enriquecían á los comerciantes de Cádiz y á sus corresponsales en el Río de la Plata.

La cobardía de los gobernantes y aun del mismo pueblo europeo en estas regiones, hizo que los nativos se preocupasen de aunar sus *fuerzas propias*, para defender los *propios hogares*, que la invasión inglesa había hollado con la primera conquista inesperada.

Armando soldados por su propia cuenta, Pueyrredón y Rodríguez, obedecían á impulsos de patriotismo ingénito, sin propósitos determinados, pero puramente nativos, sin vinculaciones con las autoridades españolas de la Colonia, ni con los monarcas que entonces gobernaban la España.

Al hacerse derrotar en Perdriel y al reunirse, más tarde, á Liniers para operar la reconquista, los nativos sólo pensaron en defender su tierra patria, la *patria americana*, arrojando de ella al invasor extranjero, sin averiguar, si, por su esfuerzo, iban á conservar estas Colonias para el Rey de España.

Esa primera organización de tropas ciudadanas, era el primer paso dado por los patricios hacia la independencia. Acaso no habían pensado en ella, pero, pocos días después, iba á brotar la chispa que causase el incendio.

La idea de constituir un reino independiente de la España en el Río de la Plata, no era nueva. Ese proyecto había sido hablado y discutido en Buenos Aires, desde que el Conde de Aranda, alarmado por el reconocimiento de los Estados Unidos, aconsejaba á Carlos III que dividiese sus dominios de América, en tres grandes reinos,—uno en Méjico, otro en el Perú y otro en Tierra Firme (Buenos Aires),—coronando en ellos á tres infantes de España, y to-



mando él, Carlos III, el título de Emperador, con el ejercicio de la soberanía sobre esos reinos.

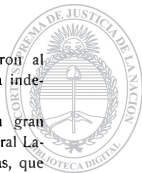
Los propósitos del Conde de Aranda, que escribía al Ministro Floridablanca sosteniendo sus ideas:— « Me he llenado la cabeza de que la América meridional *se nos irá de las manos*, y ya que hubiese de suceder, mejor es un cambio que nada »; esos propósitos, decíamos, tenían partidarios en el Plata entre los mismos españoles, que se quejaban del gobierno de la Corte que les mantenía en abandono y desconocidos, atribuyendo el atraso de las Colonias, no sólo á su vasta extensión territorial, sino á la falta de acción posible, por parte de la autoridad, dada la distancia á que se hallaba la sede del poder central.

La ocupación de Montevideo por los ingleses, durante un año, y de Buenos Aires durante pocos meses, (por más que de ello renieguen los escritores peninsulares), fué benéfica para los nativos.

El comercio británico, hecho con franquicias desconocidas hasta entonces en el Río de la Plata, proporcionó trabajo á millares de obreros; y los hacendados é industriales pudieron exportar sus productos, dándose, entonces, cuenta de su importancia, aun cuando comerciaban con los mismos conquistadores ó con sus agentes europeos.

En cuanto á las ideas, su transformación fué rápida y prodigiosa. Los hombres intelectuales, que hasta entonces habían vivido en el más craso obscurantismo, persiguiéndose por los españoles la instrucción de sus propios hijos, pudieron recién en esa oportunidad,—bajo la dominación británica en el Plata!,—conocer los libros que en Europa habían preparado la revolución francesa, y los principios que los norteamericanos habían codificado en la Constitución escrita en los Estados Unidos.

El efecto moral del contacto de los ingleses con los nativos, fué semejante al que los franceses, que acompañaron



á Lafayette en la revolución norteamericana, sintieron al pelear al lado de los soldados de Washington, por la independencia de los Estados Unidos.

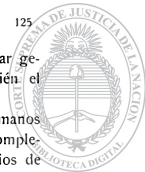
El éxito de la revolución, se debió en Francia, en gran parte, á la Guardia Nacional organizada por el General Lafayette, sobre las bases de las milicias norteamericanas, que habían alcanzado la independencia de las colonias británicas.

Lo mismo sucedió en Buenos Aires. Después de operada la reconquista, ya hubieron nativos que se ocuparon de la independencia del Río de la Plata del poder de España, bajo el protectorado de Inglaterra, como de un problema de fácil solución.

La actitud de Don Saturnino Rodríguez Peña, antes y después de la fuga de Beresford, y, más tarde, en sus negociaciones con la princesa Carlota, prueban que la idea de un cambio de gobierno en esta parte de América, sobre la base de la independencia, se perseguía desde los días de la Reconquista.

En Buenos Aires el grupo de patriotas que mandaban las fuerzas patricias, tanto en los momentos en que se luchaba por reconquistar la ciudad que estaba en poder de los ingleses en 1806, como más tarde, en 1807, durante la defensa,—ese grupo de que formaban parte Saavedra, Rodríguez, Romero, Ortiz de Ocampo, Urien, Vives, Terrada, Viamonte, los hermanos Balcarce, Díaz Vélez y otros,—todos, todos, coincidían en el propósito de llegar á la independencia anhelada, que pregonaban y defendían, á su vez, con la pluma y con la palabra, Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Moreno, los Paso, Castelli, Darragueira, Donado, Alberti, Irigoyen, Berutti, Guido, French y otros muchos jóvenes, que, lentamente, fueron incorporándose al grupo primitivo, á medida que el tiempo avanzaba y los trabajos patrióticos se difundían.

Con el desarrollo paulatino de las reformas comerciales, el pueblo aumentaba sus riquezas por la multiplicación de



sus fuerzas económicas; y bajo ese influjo del bienestar general y del progreso material, se desenvolvió también el progreso moral.

Al amparo de la fuerza militar, colocada en las manos de los nativos desde 1806, se había levantado ya completamente, el espíritu público de los criollos, á principios de Mayo de 1810.

Obligado el Virrey Cisneros á introducir reformas y mejoras en el orden político y administrativo, los patriotas, que inspiraban esas mismas reformas, se reconocían con capacidades para ejercer por sí mismos el gobierno propio, sin el tutelaje de una autoridad representante de un monarca, que no reinaba en ninguna parte, y que carecía de la potestad que otros pretendían ejercer en su nombre.

La voz de la Junta Central de España é Indias, iba llegando al Plata cada vez más debilitada, ahogada por el estruendo de las batallas ganadas por el conquistador francés, que iba, paso á paso, reduciendo el campo de acción de la que había sido tremenda insurrección española.

En los primeros meses del año de 1810, la revolución estaba ya en todas partes. Las matanzas de Goyeneche en La Paz, unidas á las noticias que llegaban de Europa, fueron precipitando los acontecimientos.

Manos invisibles tejían la red en que iban á caer envueltos, tanto el Virrey como el partido de los españoles europeos, en el momento oportuno; y una Junta secreta, reunida en distintas casas de los patriotas, para no ser sorprendida, dirigía los movimientos y preparaba los elementos para el momento preciso, que esa misma Junta fijaría en oportunidad.

No se había convenido, en formas precisas, en un gobierno institucional. Pero se tenía un pensamiento común y decidido: emanciparse de todo vínculo extraño, que ligase, ó hubiese ligado el Virreinato con España, y constituir una patria y un gobierno puramente americanos.



No se odiaba á Fernando VII, de quien sólo se sabía que era un joven malo, disoluto, cobarde y desleal hasta con sus mismos padres; no se aborrecía á la Junta Central de Sevilla, cuyo heroísmo y abnegación en los momentos de la lucha contra Bonaparte, se apreciaban debidamente.

Pero, se había reaccionado en materia de ideas políticas, en materia de libertades, en materia de instituciones. Los hombres intelectuales, la juventud ilustrada que había podido estudiar la organización de los pueblos libres, en libros franceses, ingleses y norteamericanos; los que habían oído á los hijos y á los viajeros de los Estados Unidos, hablar de la organización admirable de aquel gobierno, constituido independientemente hacía sólo pocos años; todos estos elementos pensantes de las generaciones maduras y nuevas de los patriotas, comparaban las libertades de que gozaban todas las naciones del mundo, con las que habían disfrutado la España tradicional y borbónica, y con la que se les había concedido á las Colonias, y casi se avergonzaban de la tierra de su origen.

Lo que querían era no seguir perteneciendo á una nación que, en esa época, servía de ludibrio á las demás de la Europa, y de presa á las tropas napoleónicas.

A medida que llegaban al Plata noticias de nuevos desastres sufridos por España, los nativos conjurados proponían, en sus reuniones secretas, salir á la calle y derribar al Virrey, imponiéndose por la autoridad de la fuerza y por las fuerzas del derecho del pueblo á gobernarse á sí mismo.

Los nativos sabían que su poder era incontestable; y si la revolución no estallaba inmediatamente, era por la indecisión de los unos que, como Saavedra, no creían llegado todavía el momento, ó porque los otros, como Vieytes ó Paso, contenían los entusiasmos de Castelli, cuando no se esperaba, para decidirse, como Martín Rodríguez, el con-



sejo de Belgrano, ó la indicación escrita de Pueyrredón, que no podía asistir á las reuniones por estar desterrado en Río de Janeiro ⁽¹⁾.

Tal era la situación en el Río de la Plata en los primeros días de Mayo de 1810.

El 13 de ese mes, llegó á Montevideo la fragata inglesa Paris, (mercante), trayendo de la Península las noticias más desastrosas. En los diarios ingleses y españoles de que era portadora, se referían los sucesos recientes de la guerra.

Los franceses habían vencido el obstáculo de la Sierra Morena, y, atravesando la montaña, acababan de triunfar en la batalla de «Despeñaderos», invadiendo la Andalucía.

El pueblo de Sevilla, sublevado contra sus gobernantes, había destituido á la famosa Junta Central de España é Indias, cuyos miembros habían tenido que huir de los furores populares, refugiándose en la Isla de León, después de haber sido perseguidos, también, en Cadiz.

En esta ciudad andaluza, las cosas se extremaron. Los

(1) Don Martín Rodríguez, en sus *Memorias* refiriéndose á la primera reunión de los patriotas, el 18 de Mayo, dice: Don Juan Martín de Pueyrredón, fué el que dió el primer paso á este respecto, citando sigilosamente á su casa á todos los jefes, así americanos como españoles. En la noche nos reunimos todos en su casa habitación.

Es indudable que hay un error en esta referencia, hecha por el General Rodríguez, treinta y cinco años después de los sucesos. Rodríguez murió el 5 de Marzo de 1845, habiendo dejado incompletas sus *Memorias*, porque la muerte le sorprendió cuando no había llegado, en su redacción, ni siquiera hasta el Cabildo abierto del 22 de Mayo.

La reunión promovida por Pueyrredón, y á que indudablemente ha querido referirse don Martín Rodríguez en sus *Memorias*, fué la que aquél hizo á fines de Julio de 1809, propomendo á los jefes de tropas resistirse á que Cisneros se recibiese del virreinato; reunión que fué, precisamente, la que le valió su prisión en Agosto del mismo año, de la cual fugó, con la ayuda de sus compatriotas, refugiándose en Río de Janeiro, donde permaneció hasta el 9 de Junio de 1810, en que desembarcó 25 leguas al sud de Buenos Aires según el mismo Pueyrredón lo dice, en su folleto *Refutación á una atroz calumnia*.



miembros de la Junta *local*, fueron depuestos y perseguidos, encarcelándose á unos y deportándose á otros, tratándoles como á traidores.

El último acto de esos fragmentos de autoridades derruidas, fué abdicar sus funciones en una *Regencia de España y de las Indias*, compuesta de cinco miembros, entre los que figuraba el General Castaños y el Duque de Albuquerque, así como un mejicano de apellido Lardizabal, conocido por sus ideas liberales, y que, por ser americano, se creía pudiese influir en las Colonias en favor de la nueva REGENCIA organizada en Cádiz.

Sin embargo, la discordia se produjo entre los mismos Regentes, recientemente constituídos; los unos, persiguieron á los otros, y las ambiciones de lucro, nacidas de ideas comerciales, hizo que algunos de los miembros de la REGENCIA abandonaran el país, como Albuquerque, que se fué á Londres.

La lucha que anarquizó á la REGENCIA, tuvo por causa las mismas que habían mantenido distanciado á Cádiz del Río de la Plata, durante los últimos años: mientras unos regentes querían abolir los monopolios de que gozaba el comercio de Cádiz, á fin de captarse las simpatías de las Colonias de América, otros insistían en mantenerlos, y así lo consiguieron.

Los franceses, entretanto, aprovechaban de esas mismas luchas intestinas, y Napoleón ocupó toda la España, no quedándole por conquistar, más que Cádiz, sostenida principalmente por el apoyo de la Inglaterra.

No era sólo la derrota de las autoridades españolas lo que, en esos momentos, preocupó á los patriotas de Buenos Aires: era también la institución *en Cádiz* de la REGENCIA, porque esto importaba entregar *en Buenos Aires* el poder á don Martín de Alzaga y su partido, puesto que aquél había sido y era el representante de todos los monopolios comerciales, tan combatidos por los nativos.



. Aun cuando la REGENCIA se trasladase á la Isla de León, acatar su autoridad era dar el triunfo á Cádiz en España y á los españoles europeos en el Plata; era abdicar de todos los triunfos alcanzados hasta entonces, incluso el mismo obtenido por Moreno, con su famosa *Representación de los Hacendados*, ante cuya argumentación tuvo que ceder el Virrey Cisneros.

Las noticias llegadas, se habían esparcido en el pueblo, y los patriotas repetían, sin ambages la frase de Belgrano: «La España ha caducado.»

En cada grupo que formaban, en sus reuniones secretas, en las conversaciones de los cafés y de las plazas, se uniformaban ideas, conviniendo todos en una fórmula concisa, que era la síntesis de la aspiración patriótica á la independencia: «Habiendo desaparecido todas las autoridades españolas, las Colonias pueden considerarse independientes de hecho y de derecho, reasumiendo su propia soberanía.»

Cisneros, sabía bien lo que los patriotas hacían. Conocía sus reuniones secretas y sus preparativos; pero se encontraba impotente para contrariarles.

Temía que, con la desaparición de la Junta Central de Sevilla, de la que había recibido su propio nombramiento, fuese desconocida su autoridad, de cuya existencia él mismo tenía dudas; y, á fin de procurar evitar el movimiento popular, que él veía avanzar por momentos, como la ola que se acerca á batir la roca, el 18 de Mayo de 1810, expidió la famosa proclama, cuyos términos mismos sirvieron para producir el movimiento revolucionario tan temido.

Ese acto de Cisneros puede decirse que fué la última manifestación del gobierno español y de los españoles en Buenos Aires.

La proclama de Cisneros de 18 de Mayo de 1810, es un documento que debe servir de base á la historia de la revolución y de la independencia argentinas, porque él cierra



el período de la denominación colonial, con la más paladina confesión de que, en los momentos en que nuestros padres sacudían el yugo de sus opresores de tres siglos, la España había desaparecido del poder de sus antiguos monarcas, y figuraba en el mapa de Europa como una nación dominada por el vencedor afortunado, que había distribuido, entre sus hermanos y sus generales, los tronos de los países que había conquistado con las armas.

El 18 de Mayo de 1810, no había, en España, ningún Rey, descendiente de sus estirpes tradicionales; no había ejércitos españoles, bastante poderosos para defender la dinastía de los Borbones, presos ó expatriados; no había, siquiera, Juntas Gobernadoras de España y de Indias, que representasen la autoridad que se habían atribuido popularmente; y el último remedo del antiguo poderío español, la REGENCIA, quedaba encerrada en la Isla de León, sin prestigios y sin elementos, defendido por las tropas extranjeras, enviadas allí por los ingleses.

Legal y políticamente, la América no tenía ningún vínculo que la atase, en esos momentos, á la Europa.

Los patriotas de Buenos Aires así lo comprendieron, y, desde ese momento, la revolución que figura en la historia con el nombre de REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810, comenzó á producir sus efectos, presentándose públicamente á la faz del mundo, á reivindicar el derecho de los pueblos para ser libres é independientes.

PARTE SEGUNDA

PRIMER GOBIERNO PATRIO

LA REVOLUCIÓN DE 1810



SUMARIO

I. Efectos de la proclama de Cisneros. — II. El Congreso General del 22 de Mayo. — III. Contrarrevolución del Cabildo. — IV. 25 de Mayo de 1810. — V. El juramento de la Primera Junta y Fernando VII.



PARTE SEGUNDA



CAPÍTULO I

EFFECTOS DE LA PROCLAMA DE CISNEROS

Se trata de ocultar las malas noticias.— Llegada del «París».— José Bonaparte.— Su entrada triunfal, según el historiador Toreno: diputaciones, *Te Deum*, fiestas públicas.— Pitt.— Su pronóstico: caída de Napoleón.— Cisneros: «A los leales y generosos».— Colores patéticos de su manifiesto.— Intenciones reveladas: conservar el trono glorioso.— Alternativa de los patriotas: asentir con silencio ó derribar con acción.— Centro invisible.— Sociedad de los Siete.— Reunión en casa de Martín Rodríguez.— 19 de Mayo.— Autoridades caducadas.— Juramento militar sin efecto.— Digna actitud de Saavedra.— Decisión irrevocable del pueblo.— Separación del Virrey.— Sustitución por una Junta.— Entrevista en la Fortaleza.— Se hará el Cabildo abierto.— Se inicia la Revolución el 20 de Mayo.— Obra meditada y resuelta.— Partida de tresillo.— Castelli y Rodríguez exigen la renuncia.— ¡Qué atrevimiento!— Cinco minutos de plazo.— Cisneros obligado á ceder.— Prisionero tácito.— Entusiasmo indescriptible.— ¡Abajo el Virrey!— Plaza Victoria el 21.— Oficio al Virrey.— Firma unánime del Ayuntamiento.— Nota contestación.— Adquiescencia limitada.— Pueblo impaciente.— Agitación y tumulto.— Los cuerpos patricios.— Orden público.— Destitución del Virrey.— Congreso general.— Primera Junta.

Aun cuando la fragata inglesa «*Paris*», mandada por el capitán Wichard, había llegado el 13 de Mayo, trayendo las noticias de los sucesos conocidos en Gibraltar hasta el 20 de Marzo de 1810, fecha de su salida, las noticias, fata-



les para España, de que aquélla era portadora, trataron de ocultarse á la población de Buenos Aires, en los primeros días.

Sin embargo, paulatinamente los rumores esparcían la verdad de los hechos. Se sabía que no sólo los franceses habían vencido las últimas resistencias españolas, sino que, las mismas poblaciones que los vencedores iban ocupando, daban muestras de acatamiento y de adhesión inequívoca hacia sus nuevos soberanos.

En Córdoba, José Bonaparte había hecho una entrada triunfal, llegando el historiador Toreno á afirmar que «sallieron diputaciones á felicitarle, cantándose el *Te Deum*, «hubo fiestas públicas en celebración del triunfo y esme-«róse el clero en los agasajos». En Sevilla, en Granada y en Málaga, no se opuso resistencia alguna á los vencedores, siendo éstos aclamados por las muchedumbres.

En toda la Europa, nadie dudaba del resultado final de la contienda, y aun cuando Pitt había pronosticado que la conquista de España sería la tumba de Napoleón I, el mismo Wellington reconocía que, por el momento, era imposible esperar una reacción que arrojase de la Península á los franceses.

Estas noticias y estas ideas, circuladas en la población de Buenos Aires, obligaron al Virrey Cisneros á dirigir «A los leales y generosos pueblos del Virreinato de Buenos Aires», su proclama de 18 de Mayo de 1810.

Ese documento, redactado en términos en que se adivinan las vacilaciones del Virrey, mezcla de dudas y de temores, contiene algunos párrafos que, á un siglo de distancia, explican la actitud asumida por los patriotas en la noche de ese mismo día.

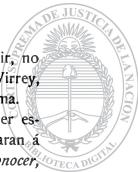
«Acabo de participaros—dice la proclama,—las noticias «últimamente conducidas por una fragata mercante inglesa,



« que habiendo salido de Gibraltar, arribó á Montevideo el
« 13 del corriente. Ellas son demasiado sensibles y desagra-
« dables al amor que profesais á la madre patria, por quien
« habeis hecho tan generosos sacrificios. Pero, ¿qué ventajas
« produciría su ocultación, si al cabo ha de ser preciso que
« apureis toda la amargura que debe produciros su inexcus-
« sable conocimiento? *« Por otra parte, es de mi obligación
« manifestaros el peligroso estado de la Metrópoli, de toda
« la Monarquía, para que, instruídos de los sucesos redo-
« bleis los estímulos más vivos de vuestra lealtad y vuestra
« constancia, contra los reveses de una fortuna adversa, em-
« peñada, por decirlo así, en probar sus quilates. Sabed que
« la dicha de un tirano, ó, más bien, la astucia con que ha
« sabido sembrar el desorden, la desunión y la desconfianza
« de los pueblos con la legítima autoridad reconocida por
« ellos, ha logrado forzar el paso de la Sierra, tan justa-
« mente creída la antemural de las Andalucías, y derramán-
« dose sus tropas por aquellas fértiles provincias, como un
« torrente que todo lo arrastra, ha llegado hasta las inme-
« diaciones de la Real Isla de León, con el objeto de apo-
« derarse de la importante plaza de Cadiz y del Soberano
« Gobierno que en ella ha encontrado su refugio.»*

No podía pintarse con colores más patéticos y más vivos, el triunfo del ejército francés y el aniquilamiento de la España, tanto en su potencialidad militar como en su pretendida autoridad soberana sobre la Península y las Indias.

Como era de suponerse, para los patriotas de las ciudades del Río de la Plata, que nunca habían aceptado como posible su sometimiento al monarca francés, y que desde hacía cuatro años trabajaban sigilosamente por su independencia de la España, estas noticias vinieron á indicarles que había llegado el momento de proceder activamente á realizar sus planes.



La intención de Cisneros, con respecto al porvenir, no podía ocultárseles, desde que el incauto é imprevisor Virrey, se había encargado de revelarla en su misma proclama.

« ¿Podrán los tiranos, — decía, — lisonjearse de haber es-
« clavizado á toda la nación? ¡Que insensatos si llegaran á
« concebir un plan tan desvariado!— *Eso sería desconocer,*
« *aun más que la enorme distancia que nos separa, la lealtad*
« *innata, el valor y la distancia que os han distinguido*
« *siempre. No, no llegarán á manchar las playas que el Ser*
« *Supremo, por un efecto de su inmensa liberalidad, destinó*
« *para que, dentro de ellas y en la extensión de tan vastos*
« *continentes, se conservase la libertad y la independencia de*
« *la monarquía española: sabrán á su costa, que vosotros*
« *conservareis intacto el sagrado depósito de la soberanía,*
« *para restituirlo al desgraciado monarca que hoy oprime su*
« *tiranía, y á los ramos de su augusta prosapia, cuando los*
« *llamen las leyes de la sucesión: sabrán que entretanto vos-*
« *otros, animados de tan fieles sentimientos, sostendreis esta*
« *sagrada causa contra todos los conatos de la ambición y*
« *de la astucia, que hoy parecen triunfar de la madre patria;*
« *y, en fin, que en la América española, SUBSISTIRÁ SIEMPRE*
« *EL TRONO GLORIOSO DE LOS ESCLARECIDOS REYES CATÓ-*
« *LICOS, Á QUIENES DEBIÓ SU DESCUBRIMIENTO Y POBLACIÓN,*
« *PARA QUE LO OCUPEN SUS LEGÍTIMOS SUCESESORES.* »

El Virrey Cisneros anunciaba, pues, á sus gobernados, no sólo que tenía el propósito de seguir representando en estas comarcas la autoridad de un monarca que no existía, legal ni efectivamente, sino que también prevenía, que iba á organizarse un poder supremo español en América, « *de acuerdo con los demás Virreinos, en representación de la soberanía de Don Fernando VII* » (1).

(1) Véase: *Documentos Justificativos* número 1, Manifiesto del Virrey Cisneros de 18 de Mayo de 1810.



Tales intentos, manifestados por el Virrey, á raíz de las noticias traídas al Plata por la fragata inglesa «*Paris*», colocaban á los patriotas en la forzada alternativa de asentir, con su silencio, á la continuación de la dominación española en América; ó de derribar, con su acción, los últimos restos de ese fantasma de autoridad sin poder, que Cisneros pretendía representar.

En la misma noche del 18 de Mayo, en casa del Coronel Don Martín Rodríguez, se reunieron varios patriotas; pero, á pesar de cambiar ideas en general, no adoptaron resolución alguna, porque se encontraban fuera de la Capital algunos de los hombres más importantes en esas circunstancias, entre ellos Saavedra, que era uno de los brazos más necesarios en el movimiento, y Belgrano, que era una de las cabezas cuyo consejo más se escuchaba.

Mientras se escribía á Belgrano llamándole con urgencia, el Mayor Juan José Viamonte, que era el segundo jefe del *Cuerpo de Patricios*, se trasladaba á San Isidro, y hacía bajar á la Capital, al día siguiente, al Coronel Don Cornelio de Saavedra.

Los patriotas tenían constituida una sociedad secreta, conocida con el nombre de «*La Sociedad de los Siete*», y que la componían Rodríguez Peña, Belgrano, Paso, Donado, Alberti, Castelli y Vieytes, elegidos por los mismos patriotas, y que era el centro invisible de la dirección de este movimiento.

Esa sociedad, citó á sus afiliados y á algunos más para una reunión, que debía tener lugar en la noche del 19, en la casa de Don Nicolás Rodríguez Peña. Allí concurrieron los militares Saavedra, Martín Rodríguez, Romero, Urien, Belgrano, Ortiz de Ocampo, Supere, Vives, Terrada, Viamonte, los dos Balcarce, Díaz Vélez y los civiles Rodríguez Peña, Castelli, Paso, Moreno, Darragueira, Donado, Irigoyen, French, Berutti, Guido, Belgrano (D.), Vieytes y Alberdi.



Planteada la discusión sobre la base de los acontecimientos que se habían producido en Europa, todos los militares estuvieron conformes en que su juramento de obediencia á la autoridad constituida, había cesado de tener efecto, por cuanto esa autoridad había caducado.

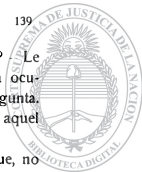
Llevado el debate á un terreno jurídico, los legistas que había en la reunión sostuvieron que, en vista de la desaparición de toda autoridad legítima en España, no queriendo someterse los pueblos del Río de la Plata al conquistador, habían quedado, *ipso jure*, en plena libertad de ejercer su soberanía natural y darse un gobierno propio.

Como consecuencia de esta premisa, debía desconocerse á la *Regencia de España é Indias* que se había constituido en Cádiz y, por tanto, á las autoridades que en el Virreinato pretendiesen representarla.

Lógicamente, con estas conclusiones, que fueron unánimemente aceptadas en la reunión, se propuso que fuese separado del mando el Virrey Cisneros, y que se crease, para sustituirle, una Junta de Gobierno compuesta de hombres que respondiesen á aquellas ideas, é inspirasen confianza al pueblo.

Es muy digno de recordar aquí, la actitud que asumió en esos momentos el Coronel de *Patricios* Don Cornelio de Saavedra, cuya opinión quiso conocer la mayoría de la reunión de los patriotas, no obstante la oposición que la víspera habían hecho á ese procedimiento Rodríguez Peña y Belgrano, sosteniendo que, cualquiera que fuese la opinión de Saavedra, ya no era posible volver atrás, porque la decisión del pueblo era irrevocable, aun cuando aquél pretendiese sostener la autoridad caduca del Virrey.

El mismo Saavedra, en sus «*Memorias*», narra los sucesos en la forma siguiente: — «Cuando me presenté en su « casa (en la de Juan José Viamonte) encontré en ella una « porción de oficiales y otros paisanos, cuyo saludo fué



« preguntarme: — ¿Aún dirá Vd. que no es tiempo? Le
« contesté: Si Vds. no me imponen de alguna nueva ocu-
« rrencia, que yo ignore, no podré satisfacer á la pregunta.
« Entonces me pusieron en las manos la proclama de aquel
« día. »

« Luego que la leí, les dije: Señores, ahora digo que, no
« sólo es tiempo, sino que no se debe perder una sola hora.
« Me propusieron fuésemos á casa de Don Nicolás Peña, en
« la que había una gran reunión de americanos, que clama-
« ban por que se removiese del mando al Virrey, y se crease
« un nuevo gobierno americano. Allí encontramos á Don
« Juan José Castelli y Don Manuel Belgrano. El primer paso
« que acordamos dar, fué interpelar al Alcalde de Primer
« Voto, que era Don Juan José Lezica, y al Síndico Procu-
« rador, Doctor Don Julián de Leiva, para que con conoci-
« miento del Virrey Cisneros, se hiciese un *Cabildo abierto*,
« al que concurriese el pueblo á deliberar y resolver sobre
« su suerte. Belgrano y yo nos encargamos de allanar este
« paso con el dicho Alcalde y Castelli con el Síndico Pro-
« curador Doctor Leiva. A pesar de la repugnancia que ma-
« nifestó el Alcalde de Primer Voto, Don Juan José Lezica,
« viendo que le hablábamos en serio, tuvo que acceder á lo
« que pedíamos: esa misma tarde convocó á todos los demás
« capitulares, y en consorcio del Síndico hicieron presente
« nuestra solicitud. El resultado fué quedar acordado pedir
« sin demora al Virrey, venia para al día siguiente convo-
« car á Cabildo público y general. »

En la misma tarde del 20, y á pesar de sus resistencias personales, Lezica y Leiva se entrevistaron con el Virrey, quien, después de muchas objeciones, se manifestó dispuesto á acceder á la reunión del *Cabildo abierto*, pero haciendo presente que deseaba conocer antes, la opinión de los jefes que mandaban las fuerzas de la plaza.

Nos parece que, tratándose de la entrevista entre el Virrey



Cisneros y aquellos militares, debemos dejar la palabra á uno de sus principales actores, como lo fué el Coronel Don Cornelio de Saavedra.

«El 19 se me citó por el Sargento Mayor de la plaza, para que á las siete de la noche, estuviésemos todos en la fortaleza ⁽¹⁾. Así lo verificamos: se nos presentó el Virrey y nos dijo: «Señores, se me ha pedido venia por el Exmo. Cabildo, para convocar sin demora al pueblo á Cabildo abierto, á lo que parece ha influido mi proclama de ayer. Yo no he dicho en ella que la España está perdida, pues aún nos quedan Cádiz y la Isla de León. Llamo á Vds. para saber si están resueltos á sostenerme en el mando, como lo hicieron el año nueve con Liniers, ó no: en el primer caso, todo el hervor de los que pretenden tan peligrosas innovaciones, quedaría disipado: en el segundo, se hará el *Cabildo abierto*, y Vds. reportarán sus resultados, pues yo no quiero dar margen á sediciosos tumultos.»

«Viendo que mis compañeros callaban, yo fuí el que dije á S. E. — «Señor, son muy diversas las épocas del 1º de Enero del año nueve y la de Mayo de 1810, en que nos hallamos. En aquella existía la España, aunque ya invadida por Napoleón I; en esta, toda ella, todas sus provincias y plazas, están subyugadas por aquel conquistador, excepto solo Cádiz y la Isla de León, como lo aseguran las *Gazetas* que acaban de venir, y V. E. en su proclama de ayer. Y, ¿qué señor? ¿Cádiz y la Isla de León son España? ¿Este inmenso territorio, sus millones de habitantes, han de reconocer soberanía en los comerciantes de Cádiz y en los pescadores de la Isla de León?— Los derechos de Corona de Castilla, á que se incorporaron las

(1) Es indudable que hay aquí un error de fecha. La reunión tuvo lugar el 20 y no el 19, como lo comprueban otros documentos que se citan en el texto.



« Américas ¿han recaído en Cádiz y la Isla de León, que
 « son parte de una de las Provincias de Andalucía? —No,
 « señor: no queremos seguir la suerte de España, ni ser
 « dominados por los franceses: *hemos resuelto reasumir nues-*
 « *tro derecho y conservarnos por nosotros mismos. El que á*
 « *V. E. dió autoridad para mandarnos, ya no existe. De con-*
 « *siguiente, tampoco V. E. la tiene ya, así es que no cuente*
 « *con las fuerzas de mi mando para sostenerle en ella.* » Esto
 « mismo sostuvieron todos mis compañeros. Con este desen-
 « gaño, concluyó diciendo: —«Pues, señores, se hará el Ca-
 « bildo abierto que se solicita.»

El Virrey Cisneros, en el informe en que da cuenta al Soberano de la revolución del 25 de Mayo de 1810, ha confirmado explícitamente esta narración hecha por Don Cornelio de Saavedra.

Cisneros dice en aquel documento: «Llamé sin demora á
 « todos los comandantes, y mayores de los Cuerpos milita-
 « res de esta guarnición. Congregados que fueron, les hice
 « presente el peligroso estado del pueblo y el desarrollo de
 « sus intempestivas pretensiones: les recordé las reiteradas
 « protestas y juramentos con que me habían ofrecido defen-
 « der la autoridad y sostener el orden público; y los exhorté
 « á poner en ejercicio su fidelidad en servicio de V. M. y
 « de la patria. Pero, tomando la voz Don Cornelio Saave-
 « dra, Comandante del Cuerpo Urbano de Patricios, que
 « habló por todos, frustró mis esperanzas: se explicó con
 « tibieza: me manifestó su inclinación á la novedad, y me
 « hizo conocer perfectamente que, si no eran los coman-
 « dantes los autores de semejante división y agitaciones, es-
 « taban, por lo menos, de conformidad y acuerdo con los
 « facciosos. Concluída así esta conferencia, debilitada mi
 « autoridad, sin el respeto de las fuerzas, engreídos con esto
 « los sediciosos, no divisaba ya un recurso eficaz ni aun
 « aparente á desbaratar el ruinoso proyecto, y tuve que re-



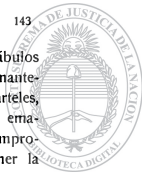
« signarme á esperar el resultado del Congreso del vecindario, librando el éxito al voto de los buenos » (1).

Estudiados con el criterio de la posteridad, los acontecimientos que acabamos de narrar, es forzoso reconocer que la revolución se inició el 20 de Mayo, en el momento mismo en que por los labios del Coronel Saavedra, las fuerzas ciudadanas, en representación propia y del pueblo de Buenos Aires, manifestaban al último representante de la autoridad española en el Virreinato del Río de la Plata, Teniente General Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que *habían resuelto reasumir su derecho y conservarse para sí mismos*.

Y que este era el carácter que el mismo Cisneros atribuía al movimiento popular que le exigía la convocatoria del *Cabildo abierto*, nos lo prueba el propio Virrey, escribiendo, pocos días después de esos sucesos, su *Informe* al Monarca cautivo, en el que se lee este párrafo decisivo:

« *Los sediciosos secretos, que desde el mando de mi antecesor han formado designios de sustraer esta América de la dominación española, que han ido ganando prosélitos y que en cada noticia poco favorable de la suerte de nuestras armas en España, han ido robusteciendo su partido, aprovecharon esta coyuntura para desplegar sus proyectos, y en menos de dos días, conocí el fermento, la conmoción y la inquietud de los facciosos, sin que se me ocultasen sus criminales intentos. En la estrechez de circunstancias tan urgentes y críticas, publiqué la proclama como el más prudente medio de consolar á los buenos, de calmar la inquietud de los ilusos, de desengañar á los seducidos, y de quitar todo pretexto á los malvados: pero ella no produjo en los últimos, el efecto deseado:— LA OBRA ESTABA MEDITADA Y RESUELTA.* »

(1) Véase: *Documentos Justificativos*, número 2, Informe del Virrey Cisneros dando cuenta al Soberano de la Revolución de Mayo, documento que citamos en distintos pasajes del texto.



Efectivamente, la *obra estaba resuelta* en los conciliábulos secretos de los patriotas, que excitaban al pueblo, manteniendo viva la agitación en las calles y en los cuarteles, donde ya no se respetaban otras órdenes que las que emanaban directamente de los jefes de los Cuerpos, comprometidos todos ellos á abandonar al Virrey y á sostener la necesidad de que fuese convocado el Cabildo abierto.

La noche del 20 de Mayo de 1810 fué sumamente agitada en la ciudad, recorriendo sus calles distintas manifestaciones de pueblo, á los gritos de *¡Abajo el Virrey! ¡Cabildo abierto!*

El Virrey Cisneros no dió una respuesta categórica y definitiva á los jefes de los Cuerpos de la guarnición, y al saberse esta actitud indecisa de aquél, los patriotas resolvieron asumir definitivamente una acción directa.

Fué entonces que se comisionó al Comandante Don Martín Rodríguez, como representante del ejército, y al Doctor Juan José Castelli, en nombre del pueblo, para que se apersonasen esa misma noche á Cisneros, y le explicasen claramente la situación, exigiéndole su renuncia del mando.

El Cuerpo de *Granaderos de Fernando VII*, formado por nativos en tiempos de Liniers, era el que daba la guardia en el Fuerte, y como se temiera que los oficiales españoles que mandaban algunas de sus Compañías, estuviesen confabulados en contra de los patriotas, el Comandante Terrada, que mandaba aquel Cuerpo, acompañó á Rodríguez y á Castelli cuando aquéllos se dirigieron al fuerte á conferenciar con el Virrey.

Cisneros jugaba una partida de tresillo con el Oidor Caspe, el Brigadier Quintana y su Edecán Guaycolea, cuando llegaron los patriotas al salón en que ellos se hallaban.

Eran las diez de la noche y la intempestiva visita debió sorprender mucho al mandatario español, quien recibió á los comisionados del pueblo con mal disimulado enojo.

Tomó la palabra Castelli y con respetuosa gravedad, ma-



nifestó á Cisneros, que, con sus compañeros, permanecía sentado en derredor de la mesa de juego, que venían en nombre del pueblo y del ejército á manifestarle que, habiendo cesado el derecho que él tenía para el mando de las armas en el Virreinato, por haber desaparecido la autoridad que se lo confió, el pueblo pedía que se le reuniese en *Cabildo abierto*, para deliberar lo que debía hacerse.

Cisneros, al oír este breve y terminante discurso, se puso de pie, lo mismo que sus compañeros de juego, y, dirigiéndose á Rodríguez y Castelli, les interpeló, en tono amenazante, diciéndoles:—

—«¿Qué atrevimiento es éste? ¿Cómo se atropella así la persona del Rey en su representante?»

Castelli se mantuvo sereno, á pesar de la vehemencia de su carácter, replicando á Cisneros que nada se conseguiría con acaloramientos, puesto que el pueblo y el ejército estaban en armas y resueltos á llevar adelante sus propósitos.

Sin embargo, Martín Rodríguez, más impaciente, como militar y como uno de los jefes más comprometidos en la Revolución, creyó deber, entonces, intervenir, y lo hizo diciendo al Virrey:

—«Señor, no hemos venido á discutir con V. E.—Son cinco minutos el plazo que se nos ha dado para volver con la contestación.»

El Virrey conferenció un momento con el Oidor Caspe y el Brigadier Quintana, á quienes había impresionado mucho la actitud de los comisionados populares, y, luego, volviéndose hacia Rodríguez y Castelli, les manifestó que se veía obligado á ceder ante el abandono del ejército, dejando que el pueblo hiciese lo que quisiese, y lamentando sólo los males que preveía.

Desde ese momento, Cisneros quedó tácitamente prisionero en el Fuerte, pues él mismo dice en su «*Informe*» sobre esos acontecimientos, lo siguiente:—«Entre tanto, yo



« estaba en un arresto honroso, porque mi guardia era la
« tropa del mismo partido: estaba prevenida de observar
« mis movimientos, y aun tenía aseguradas las llaves de las
« entradas principales del Real Fuerte. »

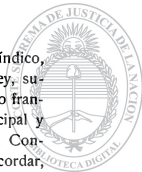
Cuando Castelli y Rodríguez dieron cuenta de su comisión, el entusiasmo de los patriotas fué indescriptible. Pero, no teniendo fe en el carácter irresoluto del Virrey, obrando con prudencia, mantuvieron vigilancia especial en todos los puntos de la ciudad donde la reacción española pudiese manifestarse.

Fueron muchos los que patrullaron la ciudad, dando vivas á los Jefes de los Cuerpos, pidiendo *¡Cabildo abierto!* y manifestando sus deseos, por el grito uniforme y constante de *¡Abajo Cisneros!*

A medida que la noche avanzaba y las primeras luces del alba despertaban á la población, la agitación crecía en todas partes, aumentándose los grupos populares.

En la madrugada del 21, la plaza de la Victoria se encontraba llena de pueblo, esperando la reunión del Cabildo que estaba anunciada para las nueve de la mañana, hora en que, efectivamente, se reunieron, « estando juntos
« y congregados en la Sala de sus Acuerdos, á tratar lo
« conveniente á la República, los señores del Excelentísimo
« Ayuntamiento ».

Allí, Lezica y Leiva dieron cuenta al Cabildo de su conferencia del día anterior con el Virrey, á fin de obtener de él el permiso para convocar al pueblo á Cabildo abierto, y como la agitación y los gritos continuasen en la plaza, « los
« señores,—dice el acta capitular de 21 de Mayo de 1810,—
« persuadidos de la necesidad que hay de poner prontas
« precauciones á los males que se anuncian, convencidos
« de que deben tomarse providencias con la mayor brevedad, por el hecho mismo de haberse agolpado la gente
« á la Plaza, expresando á voces sus deseos, y afianzados



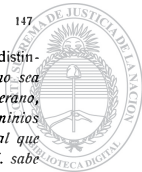
« en la exposición del señor Alcalde y caballero Síndico,
« acordaron se pase oficio en el acto al señor Virrey, su-
« plicándole se digne conceder á este Cabildo, permiso fran-
« co para convocar, por medio de esquelas, la principal y
« más sana parte del vecindario, á fin de que, en un Con-
« greso público, exprese la voluntad del pueblo, y acordar,
« en vista de ello, las medidas más oportunas para evitar
« toda desgracia y asegurar nuestra suerte futura. Que al
« propio tiempo se sirva disponer que en el día del Con-
« greso se ponga una reforzada guarnición en las avenidas
« ó bocacalles de la plaza, para que contenga todo tumul-
« to y sólo permita entrar en ella, á los que con la esquila
« de convocación acrediten haber sido llamados.»

Adoptada esta resolución, el Cabildo dirigió al Virrey Cisneros la nota acordada, firmándola todos sus miembros, y siendo portadores de ella una diputación del mismo Cabildo, compuesta por Don Manuel José de Ocampo y Don Andrés Domínguez.

Cisneros, víctima siempre de su carácter irresoluto y pusilánime, y, sobre todo por su lealtad á sus soberanos, contestó la nota del Cabildo en brevísimo plazo, pues la respuesta estuvo en manos de éste, antes de una hora; pero en esa respuesta se consignaban ciertas frases, que casi importaban una protesta contra la actitud asumida por el pueblo en las calles, y por los Comandantes de los Cuerpos en la conferencia tenida con él.

En la nota de Cisneros, después de conceder el permiso que se solicitaba, en las condiciones fijadas por el Cabildo, que limitaba en mucho el número de los que debían concurrir al Congreso General, se incluía este párrafo trascendental:

« Espero del discernimiento constante y acreditada fidelidad de V. E., el interés que siempre ha manifestado por el bien público de esta ciudad, que, como su represen-



« tante, esforzará todo el celo que le caracteriza y distin-
« gue, á fin de que nada se ejecute ni acuerde, que no sea
« en obsequio del mejor servicio de nuestro amado Soberano,
« el señor Don Fernando VII, integridad de estos dominios
« y completa obediencia al Supremo Gobierno Nacional que
« lo represente durante su cautividad; pues como V. E. sabe
« bien, ES LA MONARQUÍA UNA É INDIVISIBLE, Y, POR LO TAN-
« TO, DEBE OBRARSE CON ARREGLO Á NUESTRAS LEYES, Y,
« EN SU CASO, CON CONOCIMIENTO Ó ACUERDO DE TODAS
« LAS PARTES QUE LA CONSTITUYEN, AUN EN LA HIPÓTESIS
« ARBITRARIA DE QUE LA ESPAÑA SE HUBIESE PERDIDO EN-
« TERAMENTE, Y FALTASE EN ELLA EL GOBIERNO REPRESEN-
« TATIVO DE NUESTRO LEGÍTIMO SOBRERANO » (1).

Nada podría decirse más contrario á los propósitos manifestados por los patriotas y más temerario en esos momentos, que las palabras que hemos subrayado del oficio del Virrey Cisneros al Ayuntamiento, dando su adquiescencia para la celebración del *Cabildo abierto*.

Si en esa Asamblea no había de ejecutarse ni acordarse nada que no fuese en obsequio de Fernando VII, ¿qué objeto podían tener los patriotas en reunirse en Congreso General?

Si había de resolverse que estos dominios continuarían perteneciendo á la Corona de España, porque la Monarquía es una é indivisible, ¿de qué servían los propósitos de independencia, que el mismo Cisneros atribuía á los patriotas?

Si estas comarcas habían de continuar como *Colonias*, bajo la completa obediencia del Supremo Gobierno Nacional que representase á Fernando VII durante su cautiverio, ¿cómo podría constituir el *Cabildo abierto* del 22, una Junta de Gobierno independiente de toda autoridad metropolitana?

(1) Véase *Documentos Justificativos*, número 3, Acta Capitular del 21 de Mayo de 1810.



Y si, finalmente, aun en la hipótesis de que la España se hubiese perdido enteramente, y faltase en ella un Gobierno representativo del Soberano, las autoridades de estos países debían seguirse constituyendo con arreglo á las Leyes de Indias y Ordenanzas de Intendentes, ¿cómo podrían los patriotas constituir ese gobierno propio de que hablaban en sus Juntas y que Saavedra le había anunciado al mismo Virrey, al decirle «queremos conservarnos para nosotros mismos?»...

Todas estas cuestiones, así como la misma forma en que debía constituirse el Cabildo abierto del día siguiente, empezaron á circular en el pueblo y en los cuarteles, produciendo grande agitación y tumulto.

El pueblo, reunido en la plaza Mayor, se impacientaba á tal extremo, que el Doctor Leiva tuvo que asomarse al balcón del Cabildo, para anunciar que se había resuelto la convocatoria del *Cabildo abierto*, ocupándose los Cabildantes, en ese momento, de hacer las citaciones y preparar los documentos necesarios al efecto.

Fué inútil este recurso. «Clamaron entonces, de nuevo», — dice el acta de ese día, — «que lo que se quería era la deposición del Exmo. Señor Virrey; y habiendo el caballero «Síndico (Leiva) tratado de persuadirlos, esforzando más y «más las insinuaciones que anteriormente tenía hechas, se «retiró á la Sala.»

Alarmado el Cabildo con la actitud popular, hizo llamar á su Sala al Coronel de *Patricios*, para pedirle que tratara de calmar la conmoción del vecindario, evitando que se produjeran actos de violencia, á lo que este accedió, respondiendo del orden público, tanto él como los demás comandantes de las fuerzas militares.

Contribuyó mucho á calmar las exaltaciones de los que se oponían á la forma en que debía ser convocado el Cabildo abierto, las seguridades dadas por Saavedra, de que

sería él quien daría las guardias para las bocacalles de la plaza, en el momento del Cabildo, pudiendo penetrar á él los patriotas, que no recibiesen invitación, pero á quienes se lo permitiese la *Junta de los Siete*.

En tales circunstancias, fué convocado el célebre Congreso General que, reunido el 22 de Mayo de 1810, decretó la destitución del último Virrey, Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y la creación de la Primera Junta, con que se iniciaron los gobiernos patrios en la República Argentina.

Por más que esta revolución estaba latente, y debía producirse de un momento á otro, ella fué precipitada por la proclama de 18 de Mayo de 1810, dirigida por Cisneros á los pueblos del Virreinato.





CAPÍTULO II

EL CONGRESO GENERAL DEL 22 DE MAYO

Fecha clásica: 25 de Mayo. — Error. — Puridad de verdad: la revolución estalló el 22. — Cabildo abierto. — Acta capitular. — Declaración tácita de independencia. — En las galerías de la casa consistorial. — Todas las opiniones y profesiones representadas. — Antiguos prejuicios. — Esperanzas latentes. — Fanatismo religioso y político. — Antagonismo. — Castas. — Españoles y americanos. — Anhelos democráticos. — Tres tendencias. — Partidarios de Cisneros. — Huidobro, virrey sin funciones. — Patriotas divididos. — *Cabildos abiertos*: Institución legal en derecho público. — Asamblea con carácter eminentemente popular y revolucionario. — Cuatrocientos cincuenta vecinos convocados. — Invitaciones en blanco. — Entrada libre á la plaza. — Esquinas resguardadas por el cuerpo de *Patricios*. — Ausencia de Alzaga y los españoles del partido de oposición á Liniers. — Solamente 244 votantes. — Leiva político intrigante. — Su discurso. — Sin innovación y mudanza. — Protesta y rechazo. — Subrogación del mando. — ¿En quién? — Voto formulado por el Obispo. — El de Huidobro: destitución del Virrey. — Delegación en el Ayuntamiento. — Voto de José Manuel Reyes: subrogación inmotivada. — Sufragio de los patriotas: el pueblo confiere autoridad y mando. — Doctor Juan N. Sola, cura de Monserrat. — Delegación provisoria hasta la reunión de todos los diputados del Virreinato. — Las doce de la noche. — Citación para el día siguiente. — Alarma. — Temores. — Obstruccionismo. — Reunión de patriotas: triunfo pacífico ó revolución armada.

Los argentinos nos hemos acostumbrado á repetir que la gran Revolución, que tuvo por proyecciones la independencia de todo el Continente Sud-Americano, estalló el 25 de Mayo de 1810, en la ciudad de Buenos Aires, en la plaza que llevaba el nombre de la *Victoria*, en homenaje á los primeros triunfos patricios en las invasiones inglesas.

Esa es la fecha clásica que hemos consagrado en las tradiciones populares y en las festividades públicas, como la



del nacimiento de la República Argentina á la vida de la independencia y de la libertad.

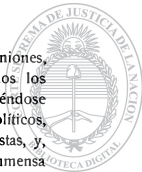
Sin embargo, escribiendo la *Historia Institucional* de nuestra patria, no podemos repetir conscientemente ese error, que nos haría considerar como un acontecimiento secundario el *Cabildo Abierto*, celebrado el 22 de Mayo de 1810 y llamado, con razón, *Congreso General*, en el Acta Capital de ese día, porque fué, efectivamente, en esa Asamblea popular, donde se produjo la Revolución que derrocó al Virrey Don Baltasar Hidalgo de Cisneros y á todas las autoridades que la España mantenía en la Colonia, sin más excepción que la del Cabildo, que no era autoridad española, sino el Ayuntamiento del Municipio de Buenos Aires.

En puridad de verdad, la Revolución tuvo lugar el 22 de Mayo de 1810, porque fué en ese día en el que el pueblo y el ejército patricios, reasumieron la soberanía, despojándolos de ella al Monarca español y á su representante, y adoptando resoluciones que importaban la tácita declaración de la independencia.

Si, al día siguiente, nuevos acontecimientos pretendieron destruir la obra del pueblo en el 22 de Mayo, y si fué menester que el 25 ese mismo pueblo se impusiese casi por la violencia, estas circunstancias no modifican la verdad de los hechos, ni la importancia trascendental de los que se produjeron en el *Cabildo abierto* del 22.

Cumpliendo su resolución y bajo la severa vigilancia de Belgrano, constituido en la Sala de Audiencias del Cabildo, como representante del pueblo, se habían dirigido cuatrocientas circulares á los principales vecinos del municipio, invitándoles á que concurriesen al *Cabildo abierto*, que debía celebrarse en las galerías altas de la Casa Consistorial, á las nueve de la mañana del día 22 de Mayo de 1810.

Las invitaciones habían sido distribuídas, de manera que



en la Asamblea, estaban representadas todas las opiniones, todas las clases sociales, todas las profesiones, todos los antiguos prejuicios y las esperanzas latentes, confundiéndose en el inmenso grupo, los fanatismos religiosos y políticos, los antagonismos que produce la fortuna y las castas, y, finalmente, todos los anhelos democráticos de esa inmensa mayoría, que sólo aspiraba salir del dominio colonial para inaugurar una patria propia.

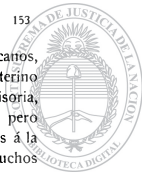
Hasta el mismo Cabildo, que era el que presidía aquel Congreso, ofrecía en su composición la circunstancia especial de estar compuesto, casi por igual, de americanos y españoles ⁽¹⁾ como si hubiera querido buscarse un mediador, entre los extremos de los dos grandes grupos que iban á decidir en aquella Asamblea de los futuros destinos de América.

Aun cuando propiamente no existían partidos que divadiesen á los congresales, habían tres tendencias que separaban á los votantes.

Estaba, desde luego, la mayoría de los Calbildantes, que bajo la inspiración del Doctor Julián de Leiva, apoyaba á los que sostenían la continuación del Virrey Cisneros en el mando, asociándole para el gobierno, á algunos de los principales miembros de la Real Audiencia, que era la que estimulaba este pensamiento por medio de los Oidores, de todos los empleados españoles que veían en peligro sus empleos, y del Obispo Lué y Riega que, con todo el Clero, hacía presión en contra de los revolucionarios americanos.

Estaba el grupo que acaudillaba el anciano general español don Pascual Ruiz Huidobro, nombrado Virrey por la *Regencia* de Cadiz, sin llegar á ejercer sus funciones, y que por aspiraciones propias de mando, procuraba conci-

(¹) *Españoles*: Juan J. Lezica, Manuel G. Yañiz, Jaime Nadal y Guarda, Santiago Gutiérrez y Manuel J. Ocampo. -- *Americanos*: Tomás M. de Anchorena, Julián de Leiva, Andrés Domínguez y Manuel Mancilla.



liar las exigencias de los españoles y de los americanos, proponiendo la cesantía del Virrey, y el gobierno interino del Cabildó, hasta tanto se organizase una Junta Provisoria, semejante á las que se habían organizado en España; pero quedando, tanto el Cabildo como esa Junta, sometidos á la autoridad suprema de la *Regencia* de la Península. Muchos patricios, y entre ellos algunos de verdadera importancia, como Vieytes, Chiclana, Rodríguez Peña, Viamonte, Balcarce y otros, aceptaban este temperamento intermedio, como la forma más concreta y factible para resolver las cuestiones del momento, sin llegar á la violencia.

En frente de estas opiniones, se levantaba la de los patriotas, dirigidos por la *Junta de los Siete*, y que sólo buscaba la cesación del Virrey en el mando, reasumiendo el pueblo su soberanía, que la depositaría en un gobierno propio, elegido por él mismo. Aunque el pensamiento capital era idéntico, el grupo patriota estaba dividido, en cuanto á la forma de hacerlo práctico. Los unos, acaudillados por don Cornelio Saavedra, querían delegar en el Cabildo, única autoridad de origen popular, la facultad de organizar el nuevo gobierno. Los otros, dirigidos por Moreno y Castelli, querían que la Junta gubernativa provisoria, fuese directamente elegida por el mismo pueblo.

En tales condiciones, se abrió la sesión del famoso *Cabildo abierto*, que figura en la historia con el nombre de *Congreso General*, celebrado el 22 de Mayo de 1810.

No es fuera de lugar recordar aquí que, esta institución de los *Cabildos abiertos*, existía legalmente constituida por las leyes de la Colonia, no habiéndose hecho uso de ese medio de manifestación de la opinión popular, desde 1776, durante todo el tiempo del Virreinato, hasta 1806, en que el pueblo de Buenos Aires lo constituyó espontáneamente, con motivo de la Reconquista.

El *Cabildo abierto* podría ser comparado, en el derecho



público moderno, á las elecciones de segundo grado, ó á las populares que se hacen por medio de *electores calificados*.

Según las leyes que lo permitían, el *Cabildo abierto* estaba constituido de hecho por todos los vecinos *afincados* del municipio, los que podían concurrir á él, por derecho propio, en todos los casos en que la Asamblea fuese llamada.

Esas Asambleas las convocaba el Ayuntamiento, sólo en circunstancias extraordinarias, y cuando el interés común exigía el consejo ó la ayuda pecuniaria de los vecinos, y, generalmente, sólo con motivos municipales, sin que los asuntos políticos ó de gobierno, pudiesen ser tratados en ellas.

Durante la colonia, jamás ofreció dificultad alguna este proceder legal, respetado por la costumbre.

El número de vecinos afincados era muy limitado, y como los demás no tenían derecho de voto en el *Cabildo abierto*, la población se había habituado á ver tratar estos asuntos domésticos, sólo por los magnates de la fortuna y de la casta.

El sacudimiento violento é inesperado que produjo la primera invasión inglesa en 1806, cambió por completo el carácter de estos *Cabildos abiertos*, en cuanto se refiere á la ciudad de Buenos Aires.

El que se reunió el 14 de Agosto de 1806, y depuso al Virrey Sobremonte y aclamó á Liniers, si bien tomó el nombre de *Cabildo abierto*, fué una verdadera asonada popular, en que no se respetaron ni las leyes ni las costumbres coloniales.

Fué ese el primer *Cabildo abierto* celebrado en Buenos Aires, después de constituido el Virreinato; de manera que, desde su iniciación, estas Asambleas asumen, entre nosotros, un carácter eminentemente político y eminentemente revolucionario.



El de 22 de Mayo de 1810, tuvo, también, esa tendencia. Aun cuando, siguiéndose las reglas establecidas por las leyes para la convocación del *Cabildo abierto*, el Ayuntamiento dirigió invitaciones á los cuatrocientos cincuenta vecinos de mayor importancia del municipio, en la mañana del 22 de Mayo, los corredores de las Casas Consistoriales y la Plaza de la Victoria, estaban ocupados por un número de personas muy superior al que representaba la cifra de los invitados.

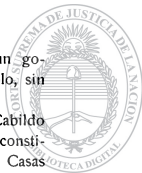
¿Qué había sucedido?

Saavedra y Belgrano habían cumplido la promesa hecha al pueblo, después de sus arreglos de la noche anterior con el Cabildo. Si bien no se habían dirigido más que las cuatrocientas cincuenta invitaciones resueltas en la reunión del Ayuntamiento, Leiva había entregado á los representantes del pueblo invitaciones en blanco, suscriptas ya por los Cabildantes, á fin de que ellas fueran llenadas con la juventud patriótica, intencionalmente omitidas en las primeras convocatorias.

Por otro lado, como las guardias que guardaban las esquinas de la Plaza, pertenecían al Cuerpo de Patricios, Saavedra había dado órdenes para que se permitiese la entrada á la Plaza, á todos los patriotas, aun cuando no presentasen la esquila de invitación, requisito indispensable señalado por el Bando del Cabildo.

Una asamblea iniciada bajo estos auspicios, no era el *Cabildo abierto* establecido por las prácticas españolas, sino una reunión eminentemente revolucionaria, que no estaba dispuesta á someterse á vasallaje alguno.

Fué por esto que, desde los primeros momentos, algunos exaltados, como Castelli, y, tal vez el mismo Moreno, que era el que estaba más decidido á sostener que TODOS LOS PODERES HABÍAN CADUCADO, pretendieron que en el *Cabildo abierto* se votase popularmente, primero, la destitución



del Virrey Cisneros, y, luego, la designación de un gobierno provisorio, elegido directamente por el pueblo, sin aceptar al Cabildo como intermediario.

Sin embargo, triunfó la idea de constituir el Cabildo abierto, con los invitados que hubieran concurrido, constituyéndose así la Asamblea en las galerías altas de las Casas Consistoriales, presidida por el Ayuntamiento.

Desde luego, dió más carácter revolucionario á aquella Asamblea, la ausencia de don Martín de Alzaga y de todos los españoles de significación, que formaban el partido de oposición á los americanos, con quienes venían luchando desde la ascensión al mando de Liniers, y que había sido vencido en la revolución de 1º de Enero de 1809, de manera que era evidente que la inmensa mayoría de los presentes, tanto en las galerías del Cabildo como en la Plaza de la Victoria, eran los patriotas.

Agréguese á esto la certeza que se tenía de que en los cuarteles estaban las fuerzas ciudadanas sobre las armas, pugnando por salir á las calles para apoyar el movimiento, y contenidas difícilmente por las exhortaciones de sus oficiales y jefes, que no habían asistido al *Cabildo* precisamente con ese objeto.

Tomando los datos del Acta Capitular del 22 de Mayo de 1810, de los cuatrocientos cincuenta invitados, sólo concurrieron al Cabildo abierto, doscientos cuarenta y cuatro votantes ⁽¹⁾ que estaban divididos en la forma siguiente: Militares 60; Empleados civiles 39; Eclesiásticos 25; Abogados, Médicos etc. 26, Hacendados, Rentistas, Comerciantes y otros vecinos 94.

Esta concurrencia ocupaba los bancos traídos de las iglesias, que habían sido colocados en la galería superior del

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 4, Acta Capitular de 22 de Mayo de 1810, del Congreso General.



Cabildo, dejándose abiertas las portadas del centro, de manera que el público que se encontraba en la Plaza de la Victoria, podía ver, desde allí, todo lo que se producía en la Asamblea.

El acto comenzó leyéndose un breve discurso, preparado por Leiva en nombre del Cabildo, y que conviene transcribir aquí, para que mejor se comprendan las tendencias de aquel político intrigante, que, habiendo podido servir con sus talentos y su ilustración á la Revolución, se perdió ese día, envuelto en sus propias redes.

El discurso decía así:

« Fiel y generoso pueblo de Buenos Aires!

« Las últimas noticias de los desgraciados sucesos de nuestra Metrópoli, comunicadas al pueblo de orden de este Superior Gobierno, ha contristado sobremana vuestro ánimo, y os han hecho dudar de vuestra situación actual y de vuestra suerte futura. »

« Agitados de un conjunto de ideas, que os han sugerido vuestra lealtad y patriotismo, habeis esperado con ansia el momento de combinarlas, para evitar toda división; y vuestros Representantes, que velan constantemente sobre vuestra prosperidad, y que desean, con el mayor ardor, conservar el orden y la integridad de estos dominios, bajo la dominación del señor don Fernando VII, han obtenido del Exmo. Señor Virrey, permiso franco para reuniros en un Congreso. »

« Ya estais congregados: hablad con toda libertad, pero con la dignidad que os es propia, haciendo ver que sois un pueblo sabio, noble, dócil y generoso. »

« Vuestro principal objeto, debe ser precaver toda división, radicar la confianza entre el súbdito y el magistrado, afianzar vuestra unión recíproca y la de todas las demás provincias, y dejar expeditas vuestras relaciones con los Virreynatos del Continente. »



« Evitad toda innovación ó mudanza, pues generalmente
« son peligrosas y expuestas á división. No olvidéis que tenéis
« casi á la vista, un vecino que acecha vuestra libertad, y que
« no perderá ninguna ocasión en medio del menor desorden.»

« Tened por cierto que no podréis, por ahora, subsistir sin
« la unión con las provincias interiores del Reyno, y que
« vuestras deliberaciones serán frustradas si no nacen de la
« ley, ó del consentimiento general de todos aquellos pueblos.»

« Así, pues, meditad bien sobre vuestra situación actual, no
« sea que el remedio, para precaver los males que teméis,
« acelere vuestra destrucción. Huid siempre de tocar en cual-
« quier extremo, que nunca deja de ser peligroso. Despreciad
« medidas estrepitosas ó violentas, y, siguiendo un camino
« medio, abrazad aquel que sea más sencillo y más adecuado
« para conciliar, con nuestra actual seguridad y la de nuestra
« suerte futura, el espíritu de la ley y el respeto á los ma-
« gistrados.»

Este discurso fué recibido con manifiestos murmullos de desagrado, por parte de los americanos que asistían á la asamblea.

El importaba la condenación anticipada de todos los propósitos revolucionarios de los patriotas. En él se aconsejaba la conservación de estos dominios para Fernando VII; el respeto á las leyes españolas; el acatamiento á la autoridad de los magistrados existentes, y, sobre todo, se recomendaba evitar « toda innovación ó mudanza », aconsejando un término medio, como la solución más oportuna y eficaz del momento.

El Doctor Leiva, con esa proclama, iniciaba el plan que había preparado, buscando el concurso de algunos patriotas, y que consistía en conservar al Virrey Cisneros al frente del Gobierno, asociándole á algunos ciudadanos de prestigio.

Es indudable que, dado lo inesperado de los acontecimientos, producidos violentamente desde la llegada de la



fragata inglesa «*Paris*» al Río de la Plata con las últimas noticias de España,—los patriotas no habían tenido el tiempo indispensable para combinar un plan completo revolucionario, que diese por resultado no sólo la independencia de la patria, sino también su nueva organización, bajo una forma definitiva de gobierno, cualquiera que ella fuese, monárquica ó republicana.

Pero, de lo que no cabe duda, es de que todos los americanos que estaban en el movimiento, se encontraban perfectamente de acuerdo en que había llegado el momento de deponer al Virrey Cisneros; de desconocer toda autoridad española sobre los dominios de América; de organizar una Junta Provisoria de gobierno, y de constituir definitivamente la autoridad gubernativa propia, popular, eminentemente americana, y representante de la soberanía del pueblo de estas comarcas.

Todo esto pretendía destruirlo anticipadamente la proclama leída al iniciarse el Cabildo abierto del 22 de Mayo de 1810, y es, acaso, debido á esa circunstancia, que se nota divagación, cuando no contradicción, en la manera como emitieron sus votos los mismos patriotas que estaban comprometidos en el movimiento.

Estudiando el acta de aquel día se ven esas vacilaciones. « Para abreviar y simplificar en la posible, atendida la multitud de votantes, estrechez de tiempo y expectación en que se hallaba el pueblo,—dice el acta capitular,—se adoptó unánimemente el sistema de fijar una proposición para absolverla respectivamente. »

La primera proposición fué redactada en los siguientes términos:—« *Si se ha de subrogar otra autoridad á la superior que obtiene el Exmo. Señor Virrey, dependiente de la Metrópoli, salvando ésta; ó independiente siendo del todo subrogada* »; pero, encontrándose capciosa, encubierta y poco clara, se levantaron protestas en la Asamblea, y, puesta



á votación, fué rechazada, exigiéndose «que se procediese á otra proposición más suscinta.»

Propúsose, entonces, en esta otra forma:— «*Si la autoridad soberana ha caducado en la Península, ó se halla en «incierto», pero, habiéndose exigido que los miembros de la Asamblea votasen en secreto esta proposición, tanto una como otra cosa fueron rechazadas.*

Finalmente, después de un debate del que hablan algunas *Autografías y Memorias* de la época y posteriores, y á las que no creemos deber seguir, tanto por la falta de armonía que encontramos en ellas, como por la inverosimilitud de algunos de los datos que ellas contienen,— fué aceptada en los siguientes términos:—

«*¿Si se ha de subrogar otra autoridad á la superior que «obtiene el Exmo. Señor Virrey, dependiente de la soberana «que se ejerza legítimamente á nombre del señor Fernando «VII, y en quién?»*». Esta proposición la consigna el Acta de ese día.

Cada uno de los miembros del *Cabildo abierto*, fué pasando á la Sala de Acuerdos para depositar su voto, rubricándolo, comenzándose la votación por el Obispo Lué y Riega, quien, después de fundarlo en un breve discurso, votó porque «el Exmo. Señor Virrey continúe en el ejercicio de sus funciones, sin más novedad que la de ser «asociado para ellas, del señor Regente y del señor Oidor «de la Real Audiencia, Don Manuel de Velazco».

Le siguió el General Don Pascual Ruiz Huidobro, cuyo voto fué estrepitosamente aplaudido por los patriotas, por cuanto era el primero en que se pedía la destitución del Virrey Cisneros, y la delegación de la autoridad en el Ayuntamiento.

Según el *Acta*, el voto de Huidobro fué formulado en los siguientes términos:—

«*Que debía cesar la autoridad del Exmo. Señor Virrey,*

«y reasumirla el Exmo. Cabildo, como representante del
«pueblo, para ejercerla ínterin se forme un gobierno provi-
«sorio, dependiente de la legítima representación que haya
«en la Península, de la soberanía de nuestro augusto y
«amado Monarca, el Señor Don Fernando VII.»

Si se suprime la última parte, en que se refiere á la autoridad representante del Monarca español, el voto de Ruiz Huidobro condensaba el pensamiento de la mayoría de los patriotas que asistían á la Asamblea.

Es verdad que el viejo militar español no lo proponía como conspirador, de acuerdo con los que habían iniciado y seguían el movimiento revolucionario, sino que, buscando halagar los sentimientos de estos últimos, trataba de que se le llevase á la Junta que iba á organizarse á fin de mantenerse á dos anclas, una en España, mediante su fidelidad jurada á Fernando VII, y la otra en América, mediante su adhesión á los deseos de los patriotas.

Fué así que acompañaron al voto de Huidobro, veintitrés de los asistentes á la Asamblea, en su mayor parte militares, y, entre otros civiles, criollos, Chiclana, Vieytes, Balcarce, Viamonte, Rodríguez Peña, y, acaso, algunos más.

Si Huidobro se había plegado al propósito de los patriotas, el Oidor Don Manuel José de Reyes, que le siguió en la votación, demostró que el partido español no se encontraba abatido, y que, por el contrario, se creía todavía con fuerzas para luchar, dentro y fuera de aquella Asamblea. Su voto fué, claro, intergiversable, sosteniendo la continuación de las autoridades españolas existentes, con ó sin Virrey, pero siempre con Cisneros. El propuso: «Que no encuentra motivo, por ahora, para la subrogación, pero que, en caso de que la pluralidad de este ilustre Congreso, juzgue que lo hay, pueden nombrársele adjuntos, para el despacho del Gobierno, al Exmo. Señor Virrey, los señores Alcalde ordinario de primer voto y Procurador Síndico General de Ciudad.»





Votaron en la misma forma, adhiriéndose al voto de Reyes, cuarenta y cuatro miembros de la Asamblea, con la particularidad de ser todos ellos españoles, en su mayoría empleados, sacerdotes y togados, completándose la cifra con algunos capitalistas.

Este grupo compacto, unido, peninsular, representaba las tendencias de Leiva y del Cabildo, que no eran otras que las de buscar, por medios indirectos, producir una reacción en contra de la revolución popular que avanzaba.

Sería inútil computar aquí un breve grupo de votos dispersos, que no alcanzan á cuarenta, y que por más originales que parezcan, no tuvieron importancia alguna en la decisión de ese día. Quien quiera conocerlos, que consulte el texto del Acta Capitular, que se encuentra inserta entre los *Documentos Justificativos* de esta obra.

Nos interesa, ahora, sobre todo, conocer la forma de la votación de Don Cornelio de Saavedra y de Don Martín Rodríguez, porque fueron ellas las que reunieron el mayor número de sufragios, y, sobre todo, las que agruparon á casi todos los patriotas.

Saavedra dijo:—«*Que consultando la salud del pueblo y en atención á las actuales circunstancias, debe subrogarse el mando superior que obtenía el Exmo. Señor Virrey, en el Exmo. Cabildo de esta Capital, interín se forma la corporación ó Junta que debe ejercerlo; cuya formación debe ser en el modo y forma que se estime por el Exmo. Cabildo, Y NO QUEDE DUDA DE QUE EL PUEBLO ES EL QUE CONFIERE LA AUTORIDAD Ó MANDO.*»

El voto de Don Martín Rodríguez, se limitó á decir:—«*que reproducía el de Don Cornelio Saavedra en todas sus partes, añadiendo que tenga voto decisivo el señor Síndico Procurador General.*»

Este último agregado de Rodríguez, obedecía á las simpatías que todavía tenían algunos patriotas por el Doctor



Don Julián de Leiva, que era el Síndico Procurador General, y á quien se consideraba, con razón, alma del Cabildo, en quien se depositaba el encargo de nombrar la primera Junta.

Los votos de Saavedra y de Rodríguez, reunieron á todos los patriotas que formaban la Junta de los Siete, y que impulsaban la Revolución. Votaron por ella Belgrano, Moreno, Castelli, Rivadavia, Matheu, Campana, Terrada, Echevarría, Lopez, Tagle, Escalada, Darragueira, French, Berutti, Donado, Arana, Pinedo, Pinto, Orma, Arzac, Azcuénaga y otros, formando, entre todos, un número de sesenta y tres votantes.

El Doctor D. Juan Nepomuceno de Sola, Cura de Monserrat, anciano lleno de virtudes y sumamente prestigioso, y quien fué el primero en iniciar la reunión de un Congreso del Virreinato, para que constituyese el Gobierno definitivo de la patria nueva, propuso que:— « En atención á las críticas circunstancias del día, es de sentir que debe sobrogarse el mando en el Exmo. Cabildo, con voto decisivo del caballero Síndico Procurador General: *debiendo atenderse esto provisionalmente, hasta la erección de una Junta gubernativa, cual corresponde, con llamamiento de todos los diputados del Virreinato.* »

Esta proposición tuvo en su favor diez y ocho votos, entre ellos los de Lezica, Letamendi, Inchaurregui y los sacerdotes doctores Belgrano (D.), Alberti, Grela, Saenz, Vieytes (R.) y otros.

Aún faltaban los votos de muchos congresales, seguramente más de los veinte que nombra el Acta Capitular de ese día, cuando « acordaron los señores del Exmo. Cabildo, « que por ser ya pasada la hora de las doce de la noche, « y no ser posible continuar el trabajo después del incesante « que se ha tenido en todo el día, se extienda la acta con « formalidad para el de mañana, citándose por carteles á los



« señores vocales, para que á las tres de la tarde concurran
« á estas casas Capitulares á suscribirla, después de confron-
« tarse los votos, que hoy solamente han sido rubricados,
« por simplificar el acto; y por la misma razón y por ser
« obra laboriosa que exige algunas horas, determinaron que
« se suspenda, también, hacer la regulación de votos, para
« el día de mañana, no obstante que alguna parte de los
« concurrentes ha pedido se realice en el momento.»

Tales fueron las resoluciones literales del Cabildo en la noche del 22 de Mayo de 1810.

El pueblo, y con él los patriotas, había triunfado sin la mínima duda en el Congreso General, votándose, como ellos deseaban, la destitución del Virrey Cisneros y la reasunción del mando en el Cabildo, hasta que éste nombrase una Junta Provisoria de Gobierno.

Sin embargo, la alarma que se inició entre los mismos miembros del *Cabildo abierto* que exigían que esa misma noche se hiciese el escrutinio, temiendo alguna deslealtad por parte de los cabildantes, y cundió en el pueblo al disolverse la Asamblea.

Uno de los más preocupados con el resultado del Congreso, era el doctor Mariano Moreno, quien afirmaba que tenía motivos para sospechar que el doctor Leiva trataba de mantener en el poder á Cisneros, y que, á despecho del voto de la Asamblea, procuraría hacerlo, pues de ese modo él seguiría siempre como favorito del gobernante.

Se sospechaba que la resistencia del Cabildo á hacer el escrutinio y proclamar el resultado en la misma noche del 22, obedecía á un plan de obstruccionismo, para impedir que la voluntad del pueblo se cumpliese, y los patriotas se retiraron obligándose á reunirse en la mañana del día siguiente para deliberar sobre la conducta que debían observar, manteniéndose siempre organizados y dispuestos á producir la revolución armada, si no obtenían el triunfo

por los medios pacíficos que hasta entonces habían empleado.

Sin embargo, todos llevaban en el alma la convicción de que la Revolución se había operado; de que en el espíritu público no encontrarían apoyo las intrigas que meditase Leiva, ni pretendiese imponer el Cabildo, y que, desde esa fecha se había producido el hecho, condensado por Moreno en la frase histórica:

LA ESPAÑA HA CADUCADO EN AMÉRICA!





CAPÍTULO III

CONTRAREVOLUCIÓN DEL CABILDO

23 Y 24 DE MAYO

Temores fundados. — Sanciones burladas. — Contrarevolución. — Hasta nueva citación. — Acta sin firmar. — El mando subrogado en el Ayuntamiento. — Resolución clandestina. — Puertas cerradas. — Consulta con Cisneros. — Oficio. — Contestación. — Virrey y Presidente con las mismas prerrogativas. — Desagrado del pueblo. — Medida de la *Junta de los Siete*. — El 24 á las nueve de la mañana. — Pluralidad de votos desconocida. — Leiva y su lógica. — Obras sigilosamente preparadas. — El Cabildo con facultades de cuerpo constituyente. — El voto de la mayoría. — Acto de rebelión. — Lo hecho el 22 anulado el 24. — En la Sala Capitular. — Actitud de los jefes. — Posición insostenible de Saavedra. — Dilema: acatamiento ó separación. — Triunfa el Ayuntamiento. — Juramento de ley: conservar los dominios de Fernando VII. — Al Fuerte. — Las campanas á vuelo. — Salvas. — Masas populares sin caudillo. — Traición. — Avalancha de los suburbios. — Berutti, French, Melián, Martínez y Chiclana. — *La plebe*. — Olas de un inmenso mar. — Contra el Virrey y el Cabildo. — Momento fisiológico de la Revolución. — El verdadero autor de la revolución de Mayo. — La democracia argentina, repercutida en el corazón de la tropa. — En casa de Rodríguez Peña. — Delegación al Fuerte. — Frase dramática de Belgrano. — Su veracidad consagrada por la tradición. — Refleja gráficamente la situación del momento. — ¡Abajo el Virrey! ¡Muera Cisneros! — Renuncia firmada. — Documento breve. — Tropas acuarteladas. — Nómina de la nueva Junta. — Espíritu ecuaníme en su selección. — Petición al Cabildo. — Conciliábulo. — Líneas tendidas. — La batalla decisiva.

Los que tenían que el ayuntamiento burlase las sanciones del *Cabildo abierto* del 23 de Mayo, no se equivocaban.

Suspendida la sesión del Congreso General por lo avanzado de la hora, sus vocales habían sido convocados, por medio de carteles, para el 24 á las 3 de la tarde, con el objeto de que firmaran sus votos y el acta.



Sin embargo, á las 9 de la mañana del 23, el Cabildo se reunió con todos sus miembros y resolvió que «no con-
«venía, por las ocurrencias que han sobrevenido, el que se
«hiciese nueva reunión de concurrentes, si se consideraba
«necesaria para el fin indicado, supuesto que en el Con-
«greso de ayer, se recogieron los votos rubricados, y se
«publicaron todos, cada uno en el acto mismo de haberse
«dado. En cuya virtud acordaron, corra la acta en los tér-
«minos en que está extendida, sin recogerse las firmas de
«los vocales, que se archiven los votos rubricados para
«cualquier duda que ocurra, y que se proceda inmediata-
«mente á la regulación de ellos, debiendo dos de los se-
«ñores Capitulares estar prontos para prevenir á los que
«concurran, que se retiren hasta nueva citación».

Esta resolución precipitada del Cabildo, adoptada en las primeras horas de la mañana del 23, después de deliberaciones y acuerdos tomados en reuniones en las que los enemigos de la Revolución trataban de contrarrestarla, fué conocida por los patriotas por el *Bando* pregonado el mismo día, en que se anunciaba el resultado del escrutinio del Cabildo abierto del 22.

Efectivamente: en ese *Bando* se consignaba que «Por
«cuanto: del Congreso General celebrado ayer 22 del co-
«rriente Mayo, ha resultado á pluralidad de votos, deber
«subrogarse el mando superior de estas Provincias, que
«ejercía el Excelentísimo Señor Don Baltasar Hidalgo de
«Cisneros, y refundirse en este Cabildo provisionalmente,
«y hasta tanto se erija una Superior Junta que haya de
«ejercer, dependiente siempre de la que legítimamente go-
«bierna á nombre del Señor Don Fernando VII, se hace
«saber así al público, por medio del presente Bando, para
«su gobierno é inteligencia, y que deseche cualesquiera
«recelos que hayan podido infundirle las últimas infaustas
«noticias recibidas de la Península; bien entendido que este



« Excelentísimo Cabildo *procederá inmediatamente á la erec-*
« *ción de la Junta que haya de encargarse del mando supe-*
« *rior, hasta que se congreguen los Diputados que se convo-*
« *carán de las provincias interiores, para establecer la forma*
« *de gobierno más conveniente.* »

Al escuchar al pregonero leer este Bando en las calles de Buenos Aires, la generalidad de los vecinos estaba convenida de que el Cabildo había acatado el resultado del Congreso General, y se preparaba á dar cumplimiento á aquellas resoluciones.

Si se suprime del Bando la dependencia de la Junta que debía constituirse, de la autoridad « que legítimamente gobierné á nombre del Señor Don Fernando VII », se verá que el resto de aquel *Pregón*, contenía exclusivamente el voto dado por Saavedra y completado por el Doctor Sola, en la reunión del 23.

Sin embargo, lo que el Cabildo había resuelto en su reunión del 23, era algo completamente distinto de lo que había comunicado al pueblo en su *Bando*.

Según se lee en el Acta Capitular de ese día, después de hecho el escrutinio, que dió el resultado consignado en el *Bando*, « los señores, tratando de conciliar los respetos de la autoridad superior, con el bien general de estas interesantes provincias, propendiendo á su unión con la capital, y á conservar franca la comunicación con las demás del Continente, cuyo objeto jamás ha podido perderse de vista, acordaron que, SIN EMBARGO DE HABER Á PLURALIDAD DE VOTOS CESADO EN EL MANDO EL EXMO. SEÑOR VIRREY, *no sea separado absolutamente, sino que se le nombren acompañados, con quienes haya de gobernar hasta la congregación de los Diputados del Virreinato.* »

Esta resolución clandestina, adoptada por el Cabildo sin comunicarla al pueblo en su *Bando*, era una contrarevolución capitular, llevada á cabo por aquellos en quienes, de



buenafé, el pueblo había depositado su confianza, para que organizaran el nuevo gobierno.

Era tan grave esta resolución reaccionaria adoptada por el Ayuntamiento, que, antes de ponerla en práctica y aun de hacerla saber del pueblo, se creyeron en el deber de consultarla con el mismo Virrey Cisneros, dirigiéndole, al efecto, un oficio, que le fué entregado por una diputación compuesta de los Cabildantes Don Manuel José de Ocampo y Doctor Don Tomás Manuel de Anchorena, «á quienes se «encarga muy especialmente le hagan comprender (á Cisneros) el fin que se ha propuesto este Cabildo con semejante arbitrio, y cuánto interesa á la quietud pública y á la salud del pueblo, el que se lleve á su término, quedando abierto el acuerdo hasta que regresen».

La diputación del Cabildo llenó su cometido, y aun cuando en el Oficio de Cisneros, que trajo por contestación, aquél manifestaba al Cabildo que se prestaba desde luego á adoptar el medio que se le proponía, atento á considerarlo como el único capaz de restablecer la tranquilidad pública y la confianza general,—los Cabildantes de la comisión, según lo consigna el Acta de esa misma fecha, manifestaron que el Virrey les había indicado la conveniencia de que «se tratase el asunto con los Comandantes de los Cuerpos «de esta guarnición, respecto á que la resolución del Exmo. Cabildo, *no parecía en todo conforme con los deseos del pueblo manifestados por mayoría de votos*» (1).

Esta actitud de Cisneros, demuestra que el Cabildo había procedido sin consultarle siquiera, y que aquella resolución reaccionaria, era la obra del partido que trabajaba por impedir el triunfo de la Revolución producida en el *Cabildo abierto* del 22.

(1) *Documentos Justificativos*, número 5. En esa acta de 23 de Mayo de 1810, se encuentran insertos la nota del Cabildo á Cisneros y la contestación de éste.



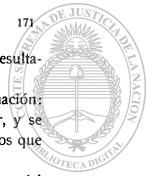
Siguiendo el consejo del Virrey, fueron llamados los Jefes de las fuerzas, los que concurrieron inmediatamente.

Nos parece que la más imparcial narración es la que hace en sus *Memorias* uno de los actores de esa escena, y acaso el más importante, puesto que era, en esos momentos, el verdadero caudillo militar de la Revolución. Nos referimos al Coronel Don Cornelio de Saavedra, que cuenta así los sucesos:

« La noche se acercaba y el Cabildo permanecía aun en « la Sala Capitular á puerta cerrada, sin dar el Bando por « escrito para su publicación. El pueblo reunido en la plaza « y calles inmediatas, principió á entrar en sospechas con « esta demora. En precaución de resultas, Don Manuel Bel- « grano y yo entramos á dicha Sala Capitular. Hicimos pre- « sente el desabrimento del pueblo al ver que no se anun- « ciaba de un modo público la destitución del Virrey, y « quedar reasumido el mando en dicho Cabildo.»

« Entonces nos manifestaron que la demora era porque « acababan de acordar que, al mismo tiempo se publicase « la creación de la Junta de Gobierno y los individuos que « para ella habían sido nombrados. El Virrey Cisneros era « nombrado Presidente de ella, y los vocales Europeos Es- « pañoles, excepto el mismo Don Manuel Belgrano y yo, « que también entrábamos en ella.»

« Nos opusimos seriamente á aquel proyecto; dijimos « que antes de anochecer, convenía que el pueblo se reti- « rase á sus casas, impuesto solamente de que el Virrey ya « no mandaba, y que el Cabildo quedaba encargado de « aquella autoridad; que el nombramiento de las personas « de que se había de componer aquella Junta de Gobierno, « debía deferirse para el día siguiente, advirtiéndoles no re- « cayese dicho nombramiento en ninguno de los que veía- « mos electos en aquel acto, porque no eran del agrado « del pueblo, á quien era conveniente evitar toda ocasión



« de inquietud ó desabrimiento, porque podía traer resultados desagradables.»

« Obtemperaron los Cabildantes á nuestras insinuación: quedó sin efecto la elección que acababan de hacer, y se publicó el Bando en los términos que debía, con los que todos quedaron satisfechos y tranquilos. »

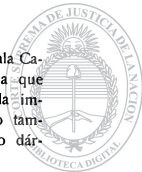
La precedente narración, hecha por un testigo presencial de la sesión, celebrada *á puerta cerrada* por el Cabildo, revela que, desde el día 23, ese Cuerpo se había propuesto contrariar los propósitos del pueblo, adoptando medidas francamente en oposición con las resoluciones del Cabildo abierto del 22.

Sin la intervención de Saavedra y de Belgrano, en vez del *Bando* pregonado, que anunciaba sólo la destitución del Virrey y la promesa de un nuevo gobierno, se habría publicado el nombramiento de la nueva Junta, presidida por el mismo Cisneros, y compuesta en su mayoría, de españoles europeos, y, por tanto, de enemigos de la Revolución.

Si el hecho se evitó, fué temiendo los resultados inmediatos, que no habrían sido otros, sino las violencias, acaso sangrientas, dada la exaltación de los ánimos.

Aun cuando la publicación del *Bando* y los consejos de los patriotas más importantes, decidieron á los vecinos que ocupaban la plaza y las calles, á retirarse á sus domicilios en la noche del 23, la *Junta de los Siete*, que estaba ya informada de las disposiciones reaccionarias del Cabildo, adoptaba sus medidas para que al día siguiente, el pueblo de los suburbios, agitado especialmente por French y Berutti, que gozaban de gran prestigio en lo que entonces se llamaba la *plebe*, concurriese á la plaza, en los momentos en que el Cabildo se reuniese para nombrar la nueva Junta de Gobierno.

A las nueve de la mañana del 24, apresurándose para consumir la obra sigilosamente preparada por Leiva y sus



compañeros del Ayuntamiento, éste se reunía en la Sala Capitular, y adoptaba resoluciones de tal trascendencia que merecen ser estudiadas detenidamente, no sólo por la importancia política que tenían en esos momentos, sino también por el carácter institucional que á aquéllas quiso dárseles.

La primera de esas resoluciones que, según el Acta Capitular de ese día, adoptaba el Cabildo «considerando los «graves inconvenientes y riesgos que podrían sobrevenir «contra la seguridad pública, si, *conforme á lo resuelto á «pluralidad de votos en el Congreso General del 22 del «corriente, fuese absolutamente separado del mando el Exmo. «Señor Virrey de estas provincias, Don Baltasar Hidalgo «de Cisneros, pues que ellas podrían ó no sujetarse á semejante resolución, ó al menos suscitar dudas sobre el punto «decidido, en cuyo caso serían consiguientes males de la «mayor gravedad»; la primera de esas resoluciones, adoptada por el Cabildo, decíamos, fué la de que: «*Continúe en «el mando el Exmo. Señor Virrey Don Baltasar Hidalgo «de Cisneros* asociado de los señores, el Doctor Don Juan «Nepomuceno de Sola, Cura Rector de la Parroquia de «Nuestra Señora de Monserrat de esta ciudad; el Doctor «Don Juan José Castelli, Abogado de esta Real Audiencia «Pretorial; Don Cornelio de Saavedra, Comandante del «Cuerpo de Patricios; y don José Santos de Inchaurregui, «de este vecindario y comercio».*

En esta resolución adoptada por el Cabildo, declaraba sin ambages ese Cuerpo que, no obstante que el Cabildo abierto del día 22 había resuelto la separación del Virrey Cisneros, el Ayuntamiento decretaba su continuación en el mando, alzándose así sobre la potestad del pueblo que le había dado el cometido de nombrar la Junta Provisoria, con exclusión de éste.

Era esta una superchería de leguleyo, probablemente en-



contrada por Leiva, que no obstante su indiscutible talento é ilustración, procedía, en esos momentos, sin criterio.

El Cabildo pretendía que «con arreglo á las facultades que se le han conferido», para organizar la Junta Provisoria de Gobierno, podía llenar su mandato entregando la Presidencia de esa Junta al mismo Virrey que había sido objeto principal de los movimientos populares, que venían sucediéndose desde el 19 de Mayo.

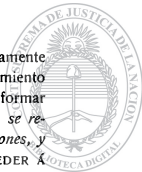
Suponemos que la lógica de Leiva se formulaba en estos términos: Desde el momento en que se ha dado al Cabildo la facultad de designar la nueva Junta Provisoria, sin establecer restricciones expresas para el ejercicio de esa atribución, no le está vedado designar *como Presidente de esa Junta* á Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, sin el carácter de Virrey, pero con las mismas prerrogativas, sueldos y honores de que disfrutaba en el ejercicio de ese cargo.

Esta argucia de abogado, no podía satisfacer al pueblo, que desde la madrugada del 24 llenaba las plazas y las calles de la ciudad de Buenos Aires, en mayor agitación que nunca.

Pero no era esto solo lo que el Ayuntamiento pretendía. Erigiéndose en Cuerpo Constituyente y soberano, por otras disposiciones de las sancionadas en la reunión del Ayuntamiento del 24 de Mayo, éste se reservaba el derecho absoluto de vigilancia sobre los actos de la Junta, y la dirección política de todos los asuntos referentes al Virreinato.

Con violación de las mismas leyes españolas que pretendía hacer respetar y jurar, el Cabildo abandonaba su carácter de corporación puramente municipal, y prescindiendo de las cuestiones edilicias, se lanzaba de lleno á gobernar el Virreinato, á mandar expediciones y hasta á acordar amnistías generales, como lo hacen los Congresos soberanos de los pueblos libres.

El artículo 5º de las sanciones de ese día, dice literal-



mente: «Que aunque (el Cabildo) se halla plenísimamente
«satisfecho de la honrosa conducta y buen procedimiento
«de los señores mencionados (los nombrados para formar
«la Junta), sin embargo, para satisfacción del pueblo *se re-*
«*serva, también, estar muy á la mira de sus operaciones, y*
«*caso no esperado, que faltasen á sus deberes, PROCEDER Á*
«LA DEPOSICIÓN, REASUMIENDO, PARA ESTE SOLO CASO, LA
«AUTORIDAD QUE LE HA CONFERIDO EL PUEBLO».

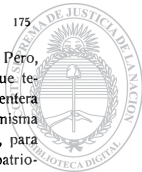
No habría decretado más la Convención Francesa, en ejercicio de la plena soberanía del pueblo.

El Ayuntamiento dejaba de ser una autoridad administrativa, y, alzándose contra las mismas leyes que le habían dado origen durante el Virreinato, producía una revolución simultánea, en contra de la España europea, cuya *Regencia* jamás le habría reconocido las facultades que se abocaba, y en contra del pueblo, que le había constituido en su mandatario, al solo efecto de organizar la nueva Junta Gubernativa.

Pero aun iba más lejos. El Cabildo llegaba hasta declarar delitos los actos producidos y los votos emitidos en el Congreso General celebrado el 22 de Mayo, y de cuya Asamblea él mismo había recibido la autoridad que pretendía ejercer.

La sexta resolución de las adoptadas por el Ayuntamiento en la mañana del 24 de Mayo, decía que «los referidos
«señores, inmediatamente después de recibidos de sus em-
«pleos *publiquen una general amnistía en todos los sucesos*
«*ocurridos el día 22, en orden á opiniones sobre la esta-*
«*bilidad del gobierno.*»

En derecho, sólo se amnistía los *delitos* y los *delincuentes*; de manera que esta resolución del Cabildo, importaba declarar subversivos todos los actos producidos por el pueblo, todos los votos emitidos por los patriotas pidiendo la destitución del Virrey, y hasta la misma constitución del



Cabildo en la autoridad momentánea del Virreinato. Pero, como no era posible castigar á esos *delincuentes*, que tenían en su poder las armas y que formaban la masa entera del pueblo, esta autoridad suprema, erijida por sí misma en soberano, hacía la gracia de una amnistía general, para amparar, bajo ese manto de generoso perdón, á los patriotas que se habían animado á producir el movimiento revolucionario del 22 de Mayo de 1810.

Y como si el Cabildo quisiese mostrar á esos *criminales*, que él les amparaba, la misma resolución en que se ordenaba á la nueva Junta el decreto de la amnistía, agregaba que « para mayor seguridad, este Exmo. Cabildo *toma desde ahora bajo su protección á todos los Vocales que han concurrido al Congreso General, ofreciendo que contra ninguno de ellos se procederá, directa ni indirectamente por sus opiniones, cualesquiera que hayan sido* ».

Todavía se pretende que, con esta protección ofrecida por el Cabildo « *á todos los Vocales que han concurrido al Congreso Central* », trataba de amparar á aquellos que habían votado por la continuación de Cisneros en el mando.

Los historiadores que han querido ver en esta parte de la sanción del Cabildo del 24 de Mayo, una defensa anticipada contra las posibles persecuciones de que pudieran ser víctimas los españoles que votaron en favor de Cisneros, creemos que padecen un grave error de interpretación.

La actitud del Cabildo ese día era completamente reaccionaria. Todo lo que se había hecho el 22, quedaba anulado por las resoluciones del 24, y era tanta la fe en su triunfo que los Cabildantes tenían, que todos sus actos lo revelaron así, hasta la misma tarde del 25, en que la presión popular los obligó á ceder.

No es, pues, posible suponer, que Leiva y los Cabildantes, considerasen *reos* que mereciesen una *amnistía*, á sus pro-



prios amigos; ni es, siquiera, posible admitir, que quisiesen colocarles en tales condiciones ante sus adversarios.

Esa sanción era lógica y armónica con todas las demás que se produjeron ese día. Ella importaba simplemente la condenación del voto de la mayoría, en el *Cabildo abierto* del 22, puesto que el Ayuntamiento que la sancionaba, no podía temer persecuciones para sus miembros, ni para los Vocales del partido español, viniendo aquéllas de un gobierno que debía ser presidido por el mismo Cisneros.— Pruébalo así el hecho, muy significativo, de que, á pesar de haberse sancionado el 25 algunas de las disposiciones sancionadas el 24, la amnistía no figuró entre ellas.

¿Qué quedaba en pie del Cabildo abierto del 22 de Mayo, después de esta actitud del Ayuntamiento, que declaraba *reos de rebelión* á todos los que habían opinado en contra de la autoridad del Virrey y de la *Regencia* de Cádiz?

La reacción concejil era completa. De un golpe quería derribar toda la obra de los patriotas, destruyendo las sanciones del Congreso General, y restableciendo las cosas á su estado primitivo, sin más variante que la *asociación* accidental de algunas personas, al gobierno personal del Virrey Cisneros.

Y era tan evidente el propósito que á este respeto tenían los hombres del Cabildo en su sesión del 24, que, después de mandar que todas las provincias del Virreinato remitiesen Diputados «que hayan de reunirse á la mayor brevedad « en esta ciudad *para establecer la forma de gobierno que se considere más conveniente*», limitaba la misma acción de ese Congreso, precisando que, tanto los electores como los electos para aquella Asamblea, deberían prestar juramento «de no reconocer otro soberano que el señor don Fernando VII y sus legítimos sucesores, según el orden establecido por las leyes y estar subordinados al gobierno que legítimamente les represente».



Este juramento previo, exigido á los Diputados del Congreso que convocaba el Cabildo el 24 de Mayo, importaba negar á los americanos el derecho de ser independientes y el de constituirse un gobierno propio, sin sujeción á la *Regencia* de España, que pretendía representar legítimamente la autoridad del soberano cautivo Fernando VII.

La contrarevolución que pretendía operar el Ayuntamiento el 24, era tan completa, que ni siquiera el mismo carácter de *Virrey* le quitaba á Cisneros, por más que expresamente declarase lo contrario en la propia Acta en que lo constituía como Presidente de la nueva Junta.

Entre las medidas de derecho público constitucional que contienen los trece artículos de que se compone la sanción del Cabildo de 24 de Mayo, figuran algunas perfectamente pertinentes, y que hoy se encuentran en todas las Constituciones de los pueblos libres.

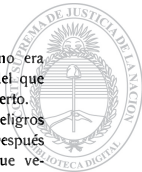
Una de ellas, prohibía que los miembros del Poder Ejecutivo que se creaba, lo fuesen al mismo tiempo del poder judicial, y otra exigía que todos los actos del Ejecutivo, fuesen rubricados por los individuos que componían la Junta.

La disposición literal que contiene esta prescripción, en el texto del Acta Capitular de ese día, dice lo siguiente: « Que no se obedezca ninguna orden ó providencia *del Excelentísimo Señor Virrey*, sin que vaya rubricada de « todos los individuos que deben componer la Junta. »

De este texto se deduce claramente, que la intención del Cabildo no era nombrar á don Baltasar Hidalgo de Cisneros, Presidente de la Junta que se creaba; sino que, como lo dice el artículo 1º de esas resoluciones, « *que continuase en el mando el Excelentísimo señor Virrey* ».

La importancia de estas palabras es trascendental, para juzgar de los propósitos del Ayuntamiento en ese día.

Si se trataba sólo del nombramiento personal del señor



Cisneros, para el cargo de Presidente de la Junta, no era necesario conservarle en el puesto de Virrey, cargo del que había sido separado por la votación del Cabildo abierto.

Esta superchería no pudo escapar á nadie, y sus peligros no fueron desconocidos para sus mismos autores. Después de firmada el Acta que contiene las disposiciones que venimos examinando, el Cabildo continuó sus sesiones, alarmado por los efectos que ya se sentían en los tumultos populares, cuyos rumores llegaban á la Sala Capitular, donde estaban reunidos los Cabildantes.

Fué entonces que resolvieron consultar á los Comandantes de los Cuerpos de la guarnición, « instruirles de la resolución y de su objeto, y exigir de ellos *si se hallan en ánimo y posibilidad de sostenerla*, » agregando que debía hacérseles saber, que si Don Baltasar Hidalgo de Cisneros había sido nombrado Presidente Vocal de la Junta « *era con esa investidura que se le conserva en el mando, por fines de conveniencia pública* ».

Si sólo se reconocía en Cisneros la investidura de Presidente de la Junta, después de firmada el acta en que ésta se constituía ¿por qué se le llamaba *Virrey*, en el Cuerpo de aquél documento? . . .

Efectivamente: los Jefes de los Cuerpos de la guarnición fueron convocados á la Sala Capitular en el mismo día 24, y comparecieron: el Coronel de Dragones Don José Ignacio de la Quintana; Don Francisco Rodrigo, del mismo Cuerpo; Don Cornelio de Saavedra, Comandante de Patricios; Don Genaro Esteve y Llac, Jefe de Artillería de La Unión; Don Juan Florencio Terrada, Comandante de Granaderos de Fernando VII; Don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, Jefe del Cuerpo de Arribeños; Don Pedro Andrés García, Jefe de los Montañeses; Don Martín Rodríguez, Comandante de Húsares del Rey; Don Manuel Ruiz, del Cuerpo de Naturales; y don José Merello, Jefe de los Andaluces.



Después de algunas objeciones generales y personales, hechas por algunos de los presentes, entre ellos Saavedra, que pidió ser excluido de la Junta, todos los Jefes de las fuerzas, prometieron al Ayuntamiento, acatar y apoyar sus resoluciones, manteniendo el orden público en la ciudad ⁽¹⁾.

Será siempre para nosotros un misterio, que no han podido aclarar ni las *Autobiografías* y *Memorias* de los contemporáneos, ni los comentarios de los historiadores argentinos, esa actitud asumida por los Jefes de las fuerzas, después de la sanción del 24 de Mayo de 1810.

Acaso la explicación esté en el carácter militar de esas personas, cuyos conocimientos no les permitían darse cuenta de los alcances de la actitud asumida por el Ayuntamiento en ese día; aun cuando no sería difícil que los Comandantes de los Cuerpos creyesen que la sanción que nosotros condenamos, era verdaderamente buena, desde que un historiador eminente, juzgándola, ha creído que con ella «el « Cabildo dictaba una serie de reglas de gobierno, primer « bosquejo de la Constitución de un pueblo libre formulada « en América, que contenía, en embrión, los principios pro- « clamados por las antiguas comunidades españolas y los « autores de la *Magna Charta* » ⁽²⁾.

Es indudable que existían esos principios políticos, en cuanto á la separación de poderes y al limitado Gobierno representativo que se permitía con la reunión de los Diputados del Virreinato; pero estas verdaderas bases institucionales, pierden toda su importancia, si se considera po-

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 6. En esta acta de 24 de Mayo de 1810, se encuentra la sanción del Cabildo de esa fecha, estando incluidos en ellas todos los documentos á que nos hemos referido en el texto, y que es indispensable conocer para apreciar bien la contrarevolución intentada por el Ayuntamiento, contrarevolución que produjo el movimiento definitivo del día siguiente.

⁽²⁾ BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 333, (Félix La-jouane, Editor — Buenos Aires, 1887).



líticamente la actitud del Cabildo el 24 de Mayo de 1810, con relación al movimiento revolucionario que tenía por objeto asegurar la independencia, no sólo de la actual República Argentina, sino de toda la América meridional.

Los jefes de las fuerzas de la guarnición, debieron ceder á influencias ó presiones del momento y, probablemente, á su manifestado deseo de evitar violencias y tumultos, que acaso habrían manchado con sangre un movimiento que se había iniciado y se continuaba, por la acción puramente popular, sin la intervención de las tropas.

Para los patriotas como Saavedra, Rodríguez, Terrada, Ortíz de Ocampo y los demás jefes y oficiales que mandaban tropas, debía ser violenta su situación, teniendo que optar entre el dilema de desacatar á la única autoridad que había quedado constituida después del *Cabildo abierto* del 22,—el Ayuntamiento,—ó el de separarse de sus compatriotas, para sostener á aquella autoridad.

Las tendencias conservadoras de Don Cornelio de Saavedra, debieron triunfar en ese momento, creyendo, acaso, que de buena fe el Cabildo respetaría las voluntades del pueblo. Bajo esta impresión, no sólo prometió apoyar al Ayuntamiento, arrastrando en la misma promesa á sus compañeros de armas, sino que aceptó el puesto insostenible que se le había dado en la Junta organizada ese día.

Tratando de afianzar su triunfo, el Ayuntamiento resolvió que el mismo día, á las tres de la tarde, compareciesen las personas designadas para componer la Junta, á prestar el juramento de ley, juramento que, efectivamente, prestaron, puestos de rodillas y con la mano sobre los Evangelios, prometiendo en aquel acto, « conservar íntegros estos dominios al señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores, y *guardar puntualmente las leyes del Reino* ».

Terminada aquella ceremonia, la nueva Junta se trasladó de las Casas Consistoriales al Fuerte, habiendo dispuesto el

Cabildo, que, en ese momento, fuesen lanzadas á vuelo las campanas de todas las iglesias y se hiciesen salvas de artillería, más que para saludar el advenimiento al poder de los nuevos gobernantes, para celebrar su triunfo sobre la Revolución que le había vencido el 22.

Cuando el pueblo se enteró de lo que pasaba, su primer movimiento fué de sorpresa y de incertidumbre. Los patriotas civiles, que habían venido dirigiendo el movimiento desde el 19 de Mayo, se encontraron desconcertados, no pudiendo explicarse, ni la presencia de Saavedra en la nueva Junta, ni el acatamiento y los honores que á ésta le rendían las tropas ciudadanas, preparadas hasta entonces para la revolución armada, si ésta hubiese sido necesaria.

Puede decirse que fué en ese momento en el que apareció, durante los días de la Revolución, el verdadero pueblo de Buenos Aires, agitándose en las calles y clamando por la reivindicación de sus derechos, sin escuchar más voz que la de sus propios impulsos.

Las masas populares se reunían sin caudillo que las dirigiese, habiendo llegado hasta á creerse abandonadas,—ya que no traicionadas,—por los que hasta la víspera habían sido sus directores y sus representantes.

Va no se sentía el movimiento solo en la plaza de la Victoria y en las adyacencias del Fuerte y de las Casas Consistoriales. Ahora, la avalancha venía de los suburbios, dirigida por Berutti, por Melián, por Martínez, por Chicla-na y por otros agitadores prestigiosos, de esos que siempre han existido en los barrios lejanos, y que, en elección y en revueltas, suelen ser los autores anónimos de los grandes movimientos.

Si en la tarde del 24 de Mayo faltaban directores ilustrados al movimiento revolucionario patriótico, el pueblo se había encargado de alzarse en contra de la obra desleal del Ayuntamiento.





El pueblo desorganizado, pero numeroso, llegaba por las calles que convergen á la plaza de la Victoria, como las olas de un inmenso mar, clamando en contra del Virrey y del Cabildo. En los Cuarteles las tropas se agitaban al paso de los grupos populares, al extremo de que los oficiales podían contenerlas difícilmente, por medio de la disciplina, estando los soldados enardecidos, ansiosos de confundirse con los jóvenes patriotas.

En medio de esta agitación creciente, era necesario adoptar alguna resolución inmediata, y, con este objeto, los promotores de la Revolución se reunieron esa misma tarde en la casa de Rodríguez Peña, para adoptar las disposiciones que debían ponerse en práctica en la noche y al día siguiente.

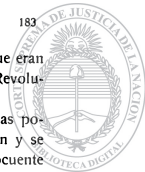
Podría bien afirmarse, que la noche del 24 de Mayo de 1810, fué el momento fisiológico de la Revolución que, más tarde, triunfó, dominando, después de muchos años de lucha, á todo el Continente americano.

Los que se empeñan en encontrar los *autores* de esa gran revolución, como si fuese indispensable dar nombres propios, individuales, á la obra colectiva de los pueblos sublevados, se hallarian en grandes dificultades para decirnos ¿dónde estaban los *autores* de la Revolución de Mayo, en la noche del 24?

¿Estaban con Saavedra y Castelli, que acababan de incorporarse á una Junta formada de españoles, ó de amigos de los españoles, y que obedecía á las inspiraciones de los enemigos de la revolución?

¿Estaban entre los jefes de las fuerzas patricias, que, inconscientemente, ó por móviles que la historia no ha podido descubrir, acababan de prestarse á sostener al Cabildo, en la contrarrevolución que había producido, declarando *rebeldes* á los autores del movimiento del 22 de Mayo?

¿Estaban entre los azorados miembros de la *Junta de los Siete*, que no salían de su sorpresa, al verse abandonados



por sus compañeros en la idea y en el esfuerzo, y que eran los que disponían de toda la fuerza armada de la Revolución?

O ¿estaban, verdaderamente, en las anónimas masas populares, que en tumulto y en desorden se armaban y se agrupaban, alrededor de hombres nuevos como el elocuente Chiclana, y los activos y vivaces French, Melián, Berutti y otros caudillos de barrio?

En homenaje á la verdad histórica, debe reconocerse que, en la noche del 24 de Mayo, el único elemento revolucionario que se encontraba decidido á llevarse todo por delante, como el alud que se despeña desde las cumbres de las montañas, era el *pueblo de Buenos Aires*, que, con su actitud viril, enérgica, decidida, se impuso á los mismos que habían venido dirigiendo el movimiento desde los primeros días, obligándoles á reaccionar contra sus propios actos.

Era la democracia argentina, que se iniciaba en la acción, mostrando su dignidad y su potencia, y como una promesa de lo que serían los ejércitos que iban á pasear la futura bandera patria desde el Plata hasta el Orinoco.

Y si en los cuarteles se sentían movimientos subversivos en contra de sus viejos jefes, por quienes llegaron los soldados á creerse traicionados, era porque las palpitaciones populares repercutían en el corazón de la tropa, formada en su totalidad de los hombres del pueblo de los suburbios, que se prestaban á ser soldados, más por afecto á sus jefes, que por sostener á las autoridades españolas, que nunca les inspiraron respeto.

Esta presión popular sobre los mismos jefes del movimiento, hizo que en la reunión celebrada en la casa de Rodríguez Peña, se resolviese la inmediata disolución de la Junta nombrada por el Cabildo en su sesión del 24 de Mayo, produciéndose aquélla, por medio de la renuncia colectiva de todos sus miembros, incluso el mismo Cisneros.



Saavedra, el representante caracterizado de la fuerza armada, y Castelli, el revolucionario convencido, que por la mañana había aceptado, también, el puesto en la Junta, habían reaccionado, reconociendo su precipitación y su error.

A las nueve de la noche, mientras la ciudad se agitaba con estremecimientos tumultuarios, se dirigieron al Fuerte, le manifestaron á Cisneros cuál era la situación del pueblo, y su decisión, no sólo de separarse de la Junta, sino de poner la fuerza al servicio de las aspiraciones populares, para destruir la obra inicua del Cabildo, que había burlado al Congreso General del 22.

Entretanto, en la casa de Rodríguez Peña, esperaban ansiosos el resultado, Moreno, quien, aun cuando hasta entonces poco se había mezclado en el movimiento, creyó deber intervenir en esa ocasión; Darragueira, Matías Irigoyen, José Tomás Guido, José Moldes, Martín Thompson, Juan Ramón Balcarce, Vicente López, Eustaquio Díaz Vélez, Enrique Martínez, Francisco Antonio Ocampo, Juan José Viamonte,—que se habían asociado á Belgrano, á Vieytes y á los miembros de la Junta Directiva, como colaboradores activos en los trabajos, en tanto que el infatigable Chiclana, el hombre de acción y de pensamiento á la vez, ayudado por Antonio Luis Berutti y French, mantenían la agitación de las masas, concitándolas á prepararse para el día siguiente.

La incertidumbre de esos momentos y los propósitos que se tenían, por parte de los patriotas, pueden resumirse en la frase dramática atribuída á Belgrano por su ilustre contemporáneo, y que nosotros aceptamos como auténtica, aun cuando no la hayamos encontrado repetida en ninguna otra parte.

Se temía que el Virrey se resistiese á las exigencias de Saavedra y de Castelli y entonces, en la Junta de los patriotas se preguntó: — «Y si no renuncia, ¿qué haremos?»

Al oír aquella interrogación,—dice su historiador,—



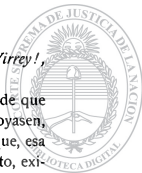
« Belgrano, que, vestido de uniforme se hallaba reclinado
« en el sofá de una sala contigua, postrado por las vigalias
« de la Revolución, se levantó súbitamente, y « con el ros-
« tro encendido por la sangre generosa », según la expre-
« sión de un testigo presencial, dijo, paseando una mirada
« arrogante en torno suyo y llevando la mano á la cruz de
« su espada:

« *Juro á la Patria y á mis compañeros, que si á las tres*
« *de la tarde del día de mañana, el Virrey no ha renuncia-*
« *do, lo arrojaremos por las ventanas de la Fortaleza*
« *abajo!* (1). »

Se ha negado la veracidad de esta frase, que nosotros queremos consagrar como histórica, no sólo porque una parte de los sucesos se conserva por las tradiciones, sin figurar escrita en los documentos, sino porque, si es verdad que ella es agena al carácter dulce de Belgrano, ella refleja gráficamente, la situación del pueblo de Buenos Aires, en el momento en que se presume que Belgrano la pronunció.

Sí; esa es la verdad!—Si Cisneros no hubiera firmado su renuncia de Presidente de la Junta constituida por el Cabildo el 24 de Mayo, la Revolución se habría ensangrentado, ofreciendo como primera víctima al Virrey, que se había hecho el objeto de todas las malquerencias, de todos los odios, y de todas las persecuciones del pueblo, que ha-

(1) La frase subrayada está tomada por el historiador Mitre, de la breve *Memoria* del General Don Tomás Guido. La diferencia que hay entre la de éste y la de Mitre, es que Guido dice « si no hubiese sido derrocado », y Mitre la corrige poniendo « si no ha renunciado », y, en la frase final, en que Guido atribuye á Belgrano las palabras « yo le derribaré con mis armas », y Mitre dice « le arrojaremos por las ventanas de la Fortaleza abajo! », concepto que nos parece poco en armonía con la manera de ser de Belgrano, y hasta á su benignidad misma en los castigos que aplicó cuando mandaba ejércitos. Como lo decimos en el texto, esta referencia no la hemos encontrado sino en el historiador Mitre, teniendo su origen en las *Memorias* de Guido.



bía comenzado á cambiar el grito de *¡Abajo el Virrey!*, por el anatema de *¡Mucra Cisneros!*

Aconsejado por la prudencia, y ante la seguridad de que no podría contar con las fuerzas para que le apoyasen, Cisneros firmó la renuncia colectiva de la Junta, la que, esa misma noche, fué entregada al Alcalde de primer voto, exigiéndole la inmediata reunión del Cabildo, para tomarla en consideración.

Ese documento es breve, y consigna la verdad de los hechos, sirviendo él casi para justificar á Saavedra y á Castelli de su error primitivo, al aceptar, algunas horas antes, el cargo que renunciaban á las diez de la noche.

La nota, dirigida al Cabildo, dice así:

« Exmo. Señor:—En el primer acto que ejerce esta Junta « Gubernativa, ha sido informada por dos de sus vocales, « de la agitación en que se halla alguna parte del pueblo, « por razón de no haberse excluído al señor Vocal Presidente del mando de las armas; lo que no puede ni debe « ser, por muchas razones de la mayor consideración. Esto « le causa imponderable sentimiento, y motiva á trasladarlo « á su conocimiento, para que proceda á otra elección, en « sujetos que puedan merecer la confianza del pueblo, supuesto que no se la merecen los que constituyen la presente Junta:—creyendo que será el medio de calmar la « agitación y efervescencia que se ha renovado entre las « gentes. »

« La resolución es de urgentísima expedición; de modo « que, sin pérdida de instantes, será preciso que V. E. se « junte en Cabildo y se expida como corresponde, en la « inteligencia de considerarse con el poder devuelto. Dios « guarde á V. E. muchos años.—Buenos Aires, Mayo 24 « de 1810. »—« Baltasar Hidalgo de Cisneros — Cornelio de « Saavedra — Doctor Juan Nepomuceno de Sola — Doctor « Juan José Castelli, José Santos de Inchaurregui. »



A pesar de las agitaciones populares, el Cabildo no se reunió esa noche, pero se supo en el pueblo que se había citado para la mañana del día 25, debiendo tomar en consideración, no sólo la renuncia, sino constituir una nueva Junta.

Los patriotas no perdían tiempo, trabajando con actividad todas las horas que les separaban de la mañana siguiente.

Reunidos militares y civiles, hombres de acción y hombres de concepto, en casa de Rodríguez Peña, decidieron hacer el prontuario de los acontecimientos que habían de producirse al día siguiente, á fin de no incurrir en las mismas contrariedades que se produjeron en el Cabildo abierto del 22 de Mayo.

Se supo que el Ayuntamiento no estaba dispuesto á ceder, sino una vez que estuviera convencido de que los jefes de las fuerzas no mantendrían su promesa de sostener la Junta de Gobierno establecida. En consecuencia, los jefes de fuerzas presentes en la reunión, en su nombre propio y en el de sus compañeros ausentes, declararon que, si fuesen llamados, expondrían ante el Cabildo la necesidad de separar por completo á Cisneros de todo mando, y de nombrar una nueva Junta que inspirase confianza al pueblo, excluyendo de ella á personas que tan marcadamente estuviesen vinculadas con los españoles, como lo eran el Doctor Don Juan Nepomuceno de Sola, no obstante todas las virtudes que se le reconocían, y Don José Santos de Inchaurregui, amigo y compañero de Alzaga.

En cuanto á las tropas, se convino que, debiendo mantenerse el carácter popular que hasta ese momento había tenido el movimiento revolucionario, era necesario que éstas quedasen acuarteladas, sin salir á la calle hasta recibir órdenes en contrario.

Resuelto este punto, que era el esencial, se convino en que, para evitar una nueva superchería del Ayuntamiento,



que torciese la voluntad manifestada por el pueblo en el Cabildo abierto del 22, una delegación del pueblo llevaría al Cabildo la nómina completa de la nueva Junta que el pueblo exigía.

Esto era evidentemente una presión, pero los acontecimientos se habían producido en tal forma, que todo lo que se hacía era revolucionario.

El Ayuntamiento era sólo un fantasma de autoridad, un pretexto para evitar la asonada, un centro á donde debían converger las opiniones de los directores de la Revolución, para darles una forma práctica á sus propósitos.

A este fin, se convino en formar la lista de las personas que debían componer aquella Junta, siendo casi imposible saber hoy cómo fueron designados los hombres que llegaron á ocupar el primer gobierno patrio.

Sin embargo, debe reconocerse que un espíritu verdaderamente ecuaníme procedió á la selección, puesto que, entre las nueve personas designadas, incluso los secretarios, se encontraban representadas las principales clases sociales, en una proporción más ó menos equilibrada.

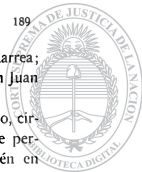
Esa noche se circuló entre los patriotas esa nómina, recogándose firmas, al pie de un documento en que se establecía «que habiendo el Cabildo excedido las facultades «que el pueblo le había dado, en la elección de la Junta «y en el nombramiento del señor Cisneros para Presidente «con el mando de las armas, ya no era bastante que á éste «se le separase del mando. El pueblo había reasumido las «facultades que le había conferido al Cabildo el día 22 por «el hecho mismo de haber sido violado su encargo:— no «quería ya que subsistiese la junta nombrada; y en reemplazo de ella, quería que se constituyese otra en esta forma: Presidente y Comandante de las Armas, el señor Don «Cornelio Saavedra; Vocales: Don Juan José Castelli, Don «Manuel Belgrano, Don Miguel de Azcuénaga, Don Ma-

« nuel Alberti, Don Domingo Matheu y Don Juan Larrea;
« y Secretarios, el Doctor Don Mariano Moreno y Don Juan
« José Paso: »

Mientras esta presentación, dirigida al mismo Cabildo, circulaba en el pueblo y era suscripta por centenares de personas, los Cabildantes, por su parte, se reunían también en conciliábulo, para estudiar el medio de evitar la desaparición completa de Cisneros del gobierno.

Las líneas quedaron tendidas entre los revolucionarios del 22 de Mayo de 1810 y los contrarevolucionarios del 24 del mismo mes y año.

La batalla decisiva iba á librarse en la mañana del histórico 25.



CAPÍTULO IV

EL 25 DE MAYO DE 1810

1

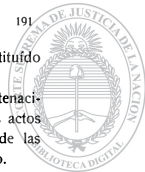
LA REPRESENTACIÓN DEL PUEBLO EN EL CABILDO

Días de revolución. — Revuelto el tiempo. — Revuelto el pueblo. — Revuelto el Cabildo. — Revueltos los patriotas. — Brillan por su ausencia Alzaga y sus partidarios. — En la Vereda Ancha. — French y Berutti. — Distintivo azul y blanco. — Cintas, escarapelas. — Origen ocasional de la bandera. — Tradición de Rivadavia. — Hechos consignados en las Actas capitulares. — Lectura y discusión de la renuncia de Cisneros. — Incitaciones personales para sostener su propia autoridad. — Ni la menor innovación. — Multitud de gente. — Corredores de las Casas Capitulares. — Representantes del pueblo. — French, Berutti, Chiclana, Grela, Planes. — Tiene la palabra el doctor Leiva. — Procura serenar los ánimos. — Los representantes se retiran. — En casa de D. Miguel Azcuénaga. — Virrey aislado, inerte é indefenso. — Fidelidad de los *Dragones y Fijos*. — Españoles en fuga ú ocultos. — Los cabildantes requieren la fuerza. — Todos los jefes en la Sala Capitular. — La palabra de Leiva. — Habla de conflictos; los males que iban á resultar; recordó el compromiso; finalmente preguntó si podía contar con las armas para sostener el Gobierno establecido. — Respuesta negativa. — Situación violenta. — Terrible fermentación en el pueblo y en la tropa. — Ley suprema de la necesidad. — Unico arbitrio: separar del mando á S. E. — La contrarrevolución concejil vencida. — Vuelven French y Berutti. — La Sala invadida. — La voluntad decidida del pueblo. — Intimación categórica. — La Junta presentada por Berutti. — Aclamaciones entusiastas. — El autor de todas las resistencias: el Síndico Leiva. — La representación escrita.

El 25 de Mayo de 1810 fué un día completo de revolución. Revuelto estaba el tiempo, pues que una lluvia torrencial, caída durante toda la noche del 24, persistía en la madrugada del 25, anunciando que la tempestad continuaría.

Revuelto estaba el pueblo, á quien los patriotas habían seguido convulsionando, una vez que se esparcieron los rumores de que el Cabildo no estaba dispuesto á aceptar





la renuncia de Cisneros y de la Junta que había constituido el día 24.

Revuelto estaba el Cabildo, que, dominado por la tenacidad casi senil de Leiva, estaba empeñado en que sus actos fuesen sostenidos por la fuerza, creyendo disponer de las tropas para dominar á los revolucionarios del pueblo.

Revueltos estaban los patriotas, que, constituidos en Junta permanente en la casa de don Miguel Azcuénaga, situada en la misma plaza de la Victoria (donde hoy se alza el edificio ocupado por «Impuestos Internos»), habían continuado la conspiración durante toda la noche, conmoviendo á los *muchachos* de los suburbios, manteniendo constante comunicación con los cuarteles; y adoptando, desde ese punto estratégico, todas las disposiciones, á fin de que el pueblo interviniese, en el momento necesario, ocupando las Casas Consistoriales.

Se sabía en la ciudad que la agitación de los dos bandos era recíproca.

El partido español, el de los pudientes que acaudillaba don Martín de Alzaga, y que había brillado por su ausencia, con la prudencia egoísta que inspira el temor de ser perseguido por los vencedores, trataba de reunir elementos para apoyar al Cabildo, y procurar conservar á Cisneros en el gobierno.

Los patriotas, por su parte, habían indicado como punto de reunión de sus partidarios, la Vereda Ancha de la Recoba ⁽¹⁾, en cuya *Fonda* se encontraban los caudillos de grupos, Berutti, French, Dupuy, Chiclana y otros.

Desde la madrugada empezaron á llegar los patriotas, pero hubo un momento en que se sospechó de algunos grupos de españoles que se mezclaban con ellos.

(1) La *Vereda Ancha* era la de la actual Recoba, situada en la calle Victoria entre las de Bolívar y Defensa, y el *Café* al que se alude, estaba situado donde actualmente existe un restaurant.



Entonces, French, Berutti y sus compañeros, convinieron en adoptar un distintivo, que les permitiese reconocerse en el caso de que se llegase á un conflicto armado.

Con ese objeto, French y Berutti penetraron en una mercería, situada en la misma Recoba, al lado de la *Fonda*, y pidieron á su propietario, un español Alvarez, que fué después asesinado, que les diese la cinta de dos traveses de dedos, de colores vivos, que tuviese en mayor cantidad.

El mercero Alvarez, les dijo, entonces, que tenía muchas piezas de una cinta de difícil colocación, porque eran dos colores unidos, el blanco y el azul, que las señoras no compraban, porque no encontraban aplicación que darle, prefiriendo llevar cintas con los dos colores separados.

French y Berutti compraron todas las piezas que Alvarez tenía de esa cinta, comenzando por ponérsela ellos mismos en sus sombreros, y cortando allí el resto, en pequeños trozos, que, inmediatamente, comenzaron á distribuir entre sus partidarios, haciendo que se los ataran en el ojal de los sacos ó de las camisetas (¹).

(¹) El General Mitre, en su *Historia de Belgrano*, afirma que la elección de los colores azul y blanco, fué tomada de los que usaban en sus uniformes los Cuerpos de Patricios; el Dr. V. F. López, en su *Historia de la República Argentina*, dice que lo tomaron del penacho que usaban en sus morriones los mismos Cuerpos. Don Pablo Groussac, en su erudita monografía *Don Santiago de Liniers*, rectifica el hecho, aun cuando Saavedra, en sus *Memorias Póstumas*, haya hablado también de la cinta azul y blanca. En cambio, el mismo autor dice lo siguiente: «En un manuscrito anónimo de esta Biblioteca (la Pública Nacional), titulado *Diario de Varios Sucesos*, veo el dato confirmativo siguiente: «El día 22 se vieron porción de patricios y otros con cintas blancas y el retrato de Fernando VII; y estos mismos, al siguiente día, aparecieron con un ramo de olivo en el sombrero».

La relación que nosotros ofrecemos en el texto, la tenemos de la tradición oral. Cuando Don Bernardino Rivadavia y Don Julián Segundo de Agüero, se encontraron expatriados en Río de Janeiro, proporcionaron multitud de datos históricos personales al Doctor Don Florencio Varela, padre del autor, que los consignó en apuntes de su puño y letra, en hojas volantes, que, más tarde, apro-



Cuando aquella primera provisión de divisas se hubo agotado, las señoras y las niñas patriotas, que seguían el movimiento en que tomaban parte sus padres, sus esposos y sus hermanos, comenzaron á hacer escarapelas, uniendo cintas azules y blancas, de manera que siempre pudieran los patriotas llevar los mismos distintivos.

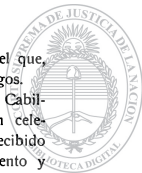
Es indudable que este es el origen ocasional de la bandera argentina, que, más tarde, uno de los actores más eficientes de esos sucesos, don Manuel Belgrano, debía enarbolar en el Rosario, primero, y, después de su triunfo, definitivamente, en Tucumán.

Cuando á las nueve de la mañana del 25, se reunió el Cabildo, la Plaza de la Victoria y sus adyacencias estaban completamente ocupadas por el pueblo, dominando en inmenso grupo los patriotas, por cuanto sus caudillos populares impedían el acceso á la plaza á todos los que no querían ponerse la divisa.

Difícilmente podrá escribirse, en forma más palpitante, la narración de los sucesos de ese día, que como lo hacen las Actas Capitulares que registran aquellos sucesos trascendentales. — Con preferencia á cuanto se ha escrito por los contemporáneos, en sus *Memorias* y, posteriormente, por nuestros historiadores, vamos á aceptar los hechos, tales cuales las actas Capitulares los consignan, completándolos, en lo necesario, para mejor inteligencia de la narración.

Reunido el Ayuntamiento en su Sala de Audiencias, la sesión comenzó dándose lectura del oficio dirigido en la noche anterior á las nueve y media, por Don Baltasar Hidalgo de Cisneros y los demás miembros de la Junta Gu-

vechó para su «Historia Argentina». Don Luis L. Domínguez. Dada la autoridad de Rivadavia y Agüero sobre este punto, y el respeto que nos merece el publicista que recogió de sus labios los datos que consignamos, hemos creído deberlos admitir, en esta obra, como la verdad.



bernativa constituida el 24 por el Cabildo, oficio en el que, como ya se ha dicho, hacían la renuncia de sus cargos.

Promovida la discusión sobre ese documento, los Cabildantes creyeron que la Junta, desde su instalación celebrada con toda solemnidad el día anterior, había recibido toda la potestad que antes residía en el Ayuntamiento y en el Virrey, y que, por tanto, se hallaba sin facultades para renunciarla, puesto que ella era la única autoridad política existente.

Agregaron que « en su concepto, no debía influir en la « menor innovación, lo que solicita alguna parte del pueblo »; y, como consecuencia de esa creencia, resolvieron dirigir á la Junta un oficio, en el que le decían que « teniendo la Junta las fuerzas á su disposición, está en la « estrecha obligación de sostener su propia autoridad, to- « mando las providencias más activas y vigorosas para con- « tener esa parte descontenta ».

Esta actitud del Cabildo, francamente hostil al movimiento popular, presenta una faz única en las revoluciones que se han producido en el mundo.

El pueblo de Buenos Aires, en la Revolución de Mayo de 1810, desde el primer momento, contó con el apoyo decidido de las fuerzas armadas, porque hasta los mismos batallones españoles que existían en la ciudad, estaban más bien inclinados en favor de los revolucionarios, que resueltos á combatirlos. Pruébalo así el silencio guardado por el Comandante de Artillería Don Francisco Orduña, el Jefe de Ingenieros Don Bernardo Lecoq y el de Dragones Don José Ignacio de la Quintana, cuando, interpelados por el Cabildo sobre si estaban dispuestos á sostener al Virrey Cisneros, en la tarde del 24 de Mayo, en tanto que todos los Jefes patriotas manifestaban « que el disgusto era general en « el pueblo y en las tropas, por la elección de Presidente « Vocal de la Junta, hecha en la persona de Don Baltasar



«Hidalgo de Cisneros», aquellos militares, que mandaban los batallones españoles, «*nada dijeron*».

Sin embargo, ese mismo pueblo, que estaba armado con todo género de armas y que contaba con los batallones, evitó, hábilmente dirigido por los promotores de la revolución, toda efusión de sangre, tratando de llegar hasta el fin, sin haber manchado con ella el gran movimiento que debía producir la independencia de la patria.

En cambio, los hombres del Cabildo se mostraban tenaces en perseguir á mano armada á los revolucionarios, y es seguro que, si hubieran dispuesto de alguna tropa, el conflicto sangriento se habría producido.

Ese objeto tenía el oficio que dirigió á la Junta, así como las incitaciones personales hechas á Cisneros, para que emplease la violencia con el fin de disolver al pueblo reunido en la Plaza de la Victoria.

Pero, apenas se había enviado la mencionada comunicación, cuando «ocurrió multitud de gente á los corredores
«de las Casas Capitulares, y algunos individuos, en clase
«de diputados, previo el competente permiso, se apersonaron en la Sala, exponiendo que el pueblo se hallaba disgustado y en conmoción; que de ninguna manera se conformaba con la elección del Presidente Vocal de la Junta,
«hecha en el Exmo. Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y
«mucho menos, con que estuviese á su cargo el mando
«de las armas; que el Exmo. Cabildo, en la elección de la
«Junta y su instalación, se había excedido de las facultades
«que á pluralidad de votos se le confirieron en el Congreso
«General; y que, para evitar desastres que ya se preparaban
«según el fermento del pueblo, era necesario tomar prontas providencias y variar la resolución comunicada al pueblo por Bando » (1).

(1) *Documentos Justificativos*, número 7, Actas Capitulares del 25 de Mayo.



Los *individuos en clase de diputados*, á quienes alude el párrafo transcrito del Acta Capitular de 25 de Mayo, y que asumieron, en ese momento, la representación del pueblo, eran French, Berutti, Chiclana, el Padre Grela, Planes y, acaso, algunos otros, cuyos nombres no nos ha transmitido la tradición ni la Historia.

Aunque esos *individuos* no habían nunca figurado entre los directores del movimiento revolucionario, que lo habían preparado en las reuniones en casa de Rodríguez Peña y de los Vieytes, y que en ese momento se encontraban reunidos en lo de Azcuénaga;—aunque ellos, por su juventud y su fogosidad, no tomaban parte en los consejos deliberativos de la Revolución, su acción obedecía á las inspiraciones que recibían de aquellos directores, que siempre supieron valorar toda la importancia de su prestigio en las masas populares, y todo el entusiasmo de su patriotismo por la causa de la independencia.

Aquella actitud asumida por los representantes del pueblo, que había invadido los corredores de la Sala Capitular, sorprendió y, acaso, intimidó, á los Cabildantes, que «procuraron serenar aquellos ánimos acalorados, y les suplicaron aquietasen la gente que ocupaba los corredores; «en la inteligencia de que, si el Cabildo había procedido á «erigir la Junta en el modo que aparecía del Bando, fué «por haberse considerado con facultades, en virtud de las «que le confirió el Congreso á pluralidad de votos, y por «haber creído que aquel era el medio más adecuado á «nuestra seguridad y defensa y á la conservación de estos «dominios.»

Berutti, French, Chiclana y el Doctor Grela, accedieron á las instancias del Doctor Leiva, que era quien llevaba la palabra por el Cabildo, y dirigiéndose á sus compañeros, que ocupaban las galerías altas del edificio, les pidieron que se retiraran á la Plaza, en la seguridad de que sus votos



serían escuchados, y que el Cabildo procedería de acuerdo con las exigencias del pueblo.

Una vez que quedaron solos en la Sala Capitular los miembros del Ayuntamiento y la improvisada Diputación del pueblo, el Doctor Leiva, manifestó á los patriotas que el Cabildo « meditaría sobre el asunto con la reflexión y madurez que exigía por sus circunstancias, y que estuviere « cierto el pueblo que á su representante no le animaban « otras miras que las del mejor bien y felicidad de estas « provincias ».

A estas manifestaciones, y queriendo Berutti y sus compañeros, consultar lo que debían hacer, con Rodríguez Peña, Belgrano, Paso, Terrada, Martín Rodríguez, Larrea y demás patriotas que estaban reunidos en la casa de Don Miguel Azcuénaga, se retiraron « suplicando (al Cabildo) « que no se perdieran momentos, pues de lo contrario, podrían resultar desgracias demasiado sensibles y de nota « para el pueblo de Buenos Aires ».

Estas palabras de Berutti á Leiva, estaban tanto más justificadas, cuanto que, en ese momento, se escuchaban en la Plaza reiterados gritos que pedían la *¡Separación de Cisneros!* y otras exclamaciones violentas, que demostraban á qué grado de exaltación habían llegado las masas populares.

Mientras el Cabildo deliberaba, el Virrey permanecía aislado, inerte é indefenso en la vieja fortaleza, sin contar, á pesar de tener el mando nominal de las armas, sino con la fidelidad del Jefe y de algunos oficiales, de los Cuerpos de *Dragones y Fijos*.

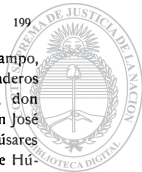
El núcleo de los españoles, que veía la efervescencia popular, y que conocía la actitud de las fuerzas patricias, recordaba los acontecimientos del 1º de Enero de 1809, y, temiendo que las cosas llegasen á los extremos de la violencia, no sólo habían abandonado á Cisneros, sino que se habían fugado ú ocultado.



Sin esperar la respuesta de la nota que se había dirigido á la Junta del 24, pidiendo que por la fuerza se disolviesen los grupos, los Cabildantes volvieron á ocuparse del asunto, « y después de varias reflexiones, vinieron á convenir en « que cualquier innovación, en orden á lo resuelto en el « día anterior, produciría males de la mayor cantidad, *pues « que los pueblos del Virreynato, y aún los del continente, « entrarían en desconfianzas al observar una tan repentina « variación: y al ver QUE AL JEFE DE ESTAS PROVINCIAS « NO SE LE DEJABA LA MENOR AUTORIDAD, sería consi- « guiente la división, y este el primer eslabón de nuestra ca- « dena.* Que la insistencia de una parte descontenta del pueblo no podía exponernos á consecuencias de tanto bulto « y era necesario contenerla por medio de la fuerza; pero « que, estando ésta á cargo de los Comandantes de los Cuerpos, era, también, preciso, explorar nuevamente su ánimo, « no obstante que el día anterior, se comprometieron á sostener la resolución y la autoridad de donde dimanaba. « En cuya virtud acordaron se cite á todos en el acto, para « que inmediatamente comparezcan en esta Sala Capitular.»

Esta porfiada insistencia del Cabildo en apoyarse en la fuerza armada, para contrarrestar á las fuerzas populares; esta persistente resolución de no privar *al Jefe de estas Provincias* de autoridad; esta amenaza de conflictos posibles con las demás provincias del Virreinato, y aun con los otros Virreinos del Continente, —demuestra evidentemente, que la contrarrevolución armada por el Cabildo el 24, no se consideraba vencida, no obstante la actitud belicosa, asumida por el pueblo en la mañana del 25.

Inmediatamente de ser citados, comparecieron á la Sala Capitular « los señores don Francisco Orduña, Comandante « de Artillería; don Bernardo Lecoq, de Ingenieros; don « José Ignacio de la Quintana, de Dragones; don Esteban « Romero, segundo de Patricios; don Pedro Andrés García,

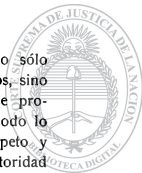


« de Montañeses; don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, « de Arribeños; don Juan Florencio Terrada, de Granaderos « de Fernando VII; don Manuel Ruíz, de Naturales; don « Gerardo Esteve y Llac, de Artilleros de la Unión; don José « Merelo, de Andaluces; don Martín Rodríguez, de Húsares « del Rey; don Lucas Vivas, del Segundo escuadrón de Húsares; don Pedro Ramón Núñez, del Tercero; don Alejo « Castex, de Migueletes, y don Antonio Luciano Ballesteros, « de Quinteros », no asistiendo don Cornelio de Saavedra, acaso preocupado con su actitud equívoca de la víspera, y tal vez por la misma circunstancia de formar parte de la Junta, contra la cual había protestado el pueblo.

Dirigiéndose á los Jefes de todas las tropas de la guarnición que se hallaban allí reunidos, el doctor Leiva « les « hizo entender el conflicto en que se hallaba el Exmo. Cabildo, los males que iban á resultar siempre que se innovase algo en lo resuelto; y recordándoles su compromiso « del día anterior, les significó que expresasen francamente « su sentir, si se podría contar con las armas de su cargo « para sostener el Gobierno establecido ».

Con excepción de los tres primeros jefes, que guardaron silencio, todos los demás estuvieron conforme en su respuesta categórica negativa; respuesta que pinta de una manera gráfica la situación del momento en que ella se producía.

Según el *Acta Capitular* de ese día, los Jefes de las tropas patricias manifestaron « que no sólo no podían sostener « al gobierno establecido, *pero ni aun sostenerse á sí mismos*, pues los tenían por sospechosos; ni aun evitar los « insultos que podrían hacerse al Exmo. Cabildo. Que el « pueblo y las tropas estaban en una terrible fermentación, « y era preciso atajar este mal con tiempo, contrayendo á « él solo por ahora los primeros cuidados, porque así lo « exigía la suprema ley, sin detenerse en los demás que se « temían y recelaban ».



Estas palabras, copiadas literalmente del Acta, no sólo describen la situación violenta de aquellos momentos, sino que también explican algunas incongruencias que se produjeron en las resoluciones definitivas, tales como todo lo referente á la soberanía de Fernando VII, al respeto y acatamiento de las leyes españolas y hasta de la autoridad que representase al soberano cautivo.

Como lo expresaron lealmente los Jefes patriotas, lo indispensable era resolver inmediatamente, la absoluta separación del mando del Virrey Cisneros y la organización de una nueva Junta con elementos esencialmente americanos, dejando pára más tarde estudiar esos peligros con que el Cabildo amenazaba, y todas las complicaciones futuras á que pudiese dar lugar la organización del gobierno patrio.

Los militares, por su carácter de tales y por el conocimiento que tenían del estado de sus propias tropas, que confraternizaban con el pueblo, comprendían que había llegado el momento en que ellos mismos *se habían hecho sospechosos*; en que la voz de los directores civiles de la revolución ya no era escuchada, y en que se corría el peligro de que el pueblo informe, desorganizado, tumultuoso, acaudillado, acaso, por el impetuoso Domingo French, ó por el exaltado Antonio Luis Berutti, procediese por su propia cuenta, sin rumbos, sin propósitos y sin más ideas fijas que la de destruir todo lo existente, y que representaba el antiguo dominio español. Era el pueblo que hacía la revolución!

Nada hay más difícil de manejar que las grandes asambleas populares. La excitación nerviosa que produce el entusiasmo colectivo y la fuerza avasalladora de la elocuencia de los oradores, bastan para arrastrar á las muchedumbres á cualesquiera extremos, á veces fatales para la realización de los propósitos de los pensadores y de los estadistas.

Era esa avalancha la que temían los Comandantes de las



fuerzas al hablar con los miembros del Cabildo. Eran esos peligros los que querían demostrarles, cuando les hablaban de la «terrible fermentación» en que se encontraban el pueblo y las tropas, y les exigían, en nombre de la ley suprema de la necesidad, que procediesen en la forma que se les pedía, *sin detenerse en los demás*.

Los Cabildantes «conociendo que en tan apuradas circunstancias no se presentaba otro arbitrio sino que el Exmo. Señor Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, hiciese absoluta dimisión del mando, acordaron, que en el momento, pase una Diputación compuesta de los señores Don Manuel Mansilla y el Doctor Don Tomás Manuel de Anchorena, á hacer presente á la Exma. Junta, *que nuevas ocurrencias y muy graves, han estrechado á este Cabildo á varias de las ideas que manifestó en su oficio de hoy, y que era de necesidad indispensable para la salud del pueblo, que el Exmo. Señor Presidente se separase del mando*».

La contrarevolución concejil estaba vencida. El Cabildo cedía á las exigencias populares, y reconocía toda la gravedad de las circunstancias.

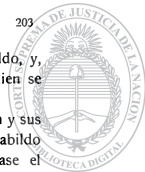
En tanto que los comisionados iban á exigirle á Cisneros su renuncia sin protestas, los Cabildantes esperaban reunidos en su Sala, cuando un grupo de pueblo, dirigido por los mismos Berutti, French y sus compañeros, invadió aquella Sala, y dirigiéndose el primero á todos los presentes, les manifestó que «para su quietud y tranquilidad, y para evitar cualesquiera resultas en lo futuro, el pueblo no tenía por bastante que el Exmo. Señor Presidente se separase del mando; sino que, habiendo formado idea de que, el Exmo. Cabildo, en la elección de la Junta se había excedido de sus facultades, y teniendo noticias ciertas de que todos los vocales habían hecho renuncia de sus respectivos cargos, *había el pueblo reasumido la autoridad que depositó en el Exmo. Cabildo y no quería existiese la Junta nombrada,*



« sino que se procediese á constituir otra eligiendo, para Pre-
« sidente Vocal y Comandante General de Armas, al Señor
« Don Cornelio Saavedra; para Vocales, á los señores Doc-
« to. Don Juan José Castelli, Licenciado Don Manuel Bel-
« grano, Don Miguel de Azcuénaga, Doctor Don Manuel
« Alberti, Don Domingo Matheu y Don Juan de Larrea; y
« para Secretarios, á los Doctores Don Juan José Paso y
« Don Mariano Moreno, con la precisa é indispensable cua-
« lidad de que, establecida la Junta, debería publicarse en el
« término de quince días una expedición de quinientos hom-
« bres para las provincias interiores, costeada con la renta
« del señor Virrey, señores Oidores, Contadores Mayores,
« empleados de Tabacos y otros que tuviese á bien cercenar
« la Junta, dejándoles congrua suficiente para su subsisten-
« cia, EN LA INTELIGENCIA DE QUE ESTA ERA LA VOLUNTAD
« DECIDIDA DEL PUEBLO, Y QUE CON NADA SE CONFORMA-
« RÍA QUE SALIESE DE ESTA PROPUESTA; DEBIÉNDOSE TEMER,
« EN CASO CONTRARIO, RESULTADOS MUY FATALES ».

Esta intimación categórica, *ultimátum* en que el pueblo, no sólo manifestaba su voluntad, sino que deliberaba y gobernaba, constituyendo por sí mismo el gobierno propio, y señalando desde el primer momento, los rumbos de política trascendental, representados por la expedición al interior, dejó atónitos á los miembros del Cabildo, que en ese momento, sentían apoyadas las palabras de Berutti por gritos y aclamaciones entusiastas, que partían tanto de las galerías de las Casas Capitulares, como de la Plaza de la Victoria, llena, en ese momento, de pueblo, que desafiaba la lluvia torrencial que caía.

En el primer momento el Ayuntamiento se resistió á deliberar, pretendiendo que no podía hacerlo bajo la presión material y moral que se le hacía, con la presencia de individuos exaltados en su propia Sala, y con los gritos y vociferaciones de la Plaza y de las calles adyacentes entre las



cuales no escapaban denuestos contra el mismo Cabildo, y, sobre todo, contra su Síndico el Doctor Leiva, á quien se acusaba como autor de todas las resistencias.

Después de algunas discusiones con Berutti, French y sus compañeros, Leiva les manifestó, en nombre del Cabildo « que, para proceder con mejor acuerdo, representase el « pueblo aquello mismo por escrito, *sin causar el alboroto « escandaloso que se notaba* ».

Efectivamente: los patriotas se retiraron del Cabildo, dirigiéndose sus caudillos á la casa de Azcuénaga, donde estaba reunida la *Junta de los Siete* y demás consejeros, á fin de dar cuenta de los sucesos recientes y recibir la representación escrita que había sido firmada durante la noche.

2

LA COMPOSICIÓN DE LA PRIMERA JUNTA

¿Cómo fué designada la Primera Junta? — Inspiración súbita: difícilmente admisible. — Su composición requería: conocimiento de los hombres, largos debates, verdadero patriotismo, vencer resistencias, allanar dificultades, conciliar opiniones. — Indispensable para su marcha y para su éxito rodearla de todos los prestigios de la opinión y de la fortuna. — Arduo problema. — Berutti no es el autor. — La tradición. — Los testigos. — Los autores. — Representación del pueblo. — En casa de don Miguel Azcuénaga. — Tropas al interior. — La revolución fuera de la Capital. — Armas hasta los confines. — Hasta La Paz y Oruro. — Especie de conciliación. — Congreso general. — Su libre elección. — Representación presentada. — Base de las actuales instituciones. — Piedra fundamental. — Pensamiento político preparado desde 1806. — Obra gigantesca. — Su magnitud disminuida si se atribuye á un solo hombre. — Fué obra del pueblo anónimo.

Conviene, aquí, hacer algunas apreciaciones pertinentes, respecto á la manera como fué designada la Junta que constituyó el primer gobierno patrio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

El más popular y conocido de nuestros historiadores (¹),

(¹) BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de Belgrano*, tomo I, página 263, (Biblioteca de « La Nación », Buenos Aires, 1902).



narrando los mismos acontecimientos de que venimos ocupándonos, dice: «Disponíase el Cabildo á acceder á los deseos manifestados por el pueblo. Pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse á una nueva contrarrevolución. En el intervalo, el fogoso Berutti, iluminado por una de esas inspiraciones súbitas que definen una situación, tomó una pluma y escribió varios nombres en un papel. Era la lista de la futura Junta Revolucionaria, que fué aceptada por aclamación popular, nombrándose una nueva diputación para que la impusiese al Cabildo.»

Difícilmente puede admitirse, que fuese una *inspiración súbita* de Berutti, la que constituyese tan admirablemente la Primera Junta, dando en ella representación proporcional á todos los gremios sociales, sin excluir, siquiera, á los españoles amigos de los americanos, que estaban representados por Larrea y Matheu.

Algo más: no habiendo jamás figurado Berutti en los conciliábulos que precedieron y acompañaron á la Revolución, ni formando parte del grupo de directores intelectuales, ni de militares jefes de las fuerzas, no es presumible que se dejase á aquel, la solución suprema de la situación, en el momento más crítico de la política de esos días.

Estudiada la composición de la Primera Junta Gubernativa, con el conocimiento de los hombres que entonces actuaban, se comprende que á su confección debió preceder un largo debate, buscando, con verdadero patriotismo, los directores del movimiento vencer resistencias, allanar dificultades y conciliar opiniones, de manera que aquella nueva autoridad surgiese rodeada de todos los prestigios de la fuerza, de la opinión, de la fortuna y de la democracia, indispensables para su marcha y para su éxito.

Berutti no estaba preparado para resolver este arduo problema, y, mucho menos, una *inspiración súbita* pudo darle



la solución en el instante preciso en que ella era indispensable (1).

No; lo que nos dice la tradición, lo que nos han referido los testigos y los actores de los sucesos que se produjeron desde la tarde del 24 de Mayo hasta la constitución definitiva de la Primera Junta en la tarde del 25, es que en la casa de Don Miguel de Azcuénaga, se mantuvieron permanentemente reunidos los miembros de la *Junta de los Siete*, ó del Club Patriota, como lo llaman otros historiadores, acompañados en sus trabajos de muchos otros ciudadanos y militares, á quienes había sublevado la conducta desleal del Cabildo, en su sesión del 24.

(1) La relación hecha por el historiador Mitre ha sido tomada, casi literalmente de la *Memoria* de Don Tomás Guido, sin que ninguno de sus contemporáneos, ni otros historiadores, la hayan repetido ni aceptado.

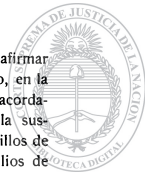
Después de narrar Guido la reunión celebrada por los patriotas en casa de Don Miguel Azcuénaga, y después de atribuirle á Don Manuel Belgrano, el juramento de derribar con sus *armas* al Virrey, si á las tres de la tarde no hubiese sido derrocado, las *Memorias* á que nos referimos, agregan:

« Profunda sensación causó en los circunstantes, tan valiente y sincera resolución. Las palabras del noble Belgrano, fueron acogidas con fervoroso aplauso. »

« Desde luego volvieron todos á ocuparse de los candidatos, y cuando parecía agotada la esperanza de poderse concertar, Don Antonio Luis Berutti, pidió se le pasase papel y tintero, y, como inspirado de lo alto, trazó sin trepidar los nombres de los miembros que compusieron la Primera Junta. Enseguida, leyendo la lista por él confeccionada, dirigióse á sus colegas diciéndoles: He ahí, señores, los hombres de que necesitamos. » La aprobación y el contento de los asociados, no pudo ser más unánime. Todos demostraban un grato asombro por el acierto de la elección propuesta por el señor Berutti. *Este era un empleado antiguo y probo de la Contaduría del Tesoro, fogoso proclamador de los principios liberales y uno de los agentes más activos de la libertad de su país.* »

Esta narración de Don Tomás Guido, hecha cuarenta y cinco años después de los sucesos, no se encuentra repetida por ninguno de los documentos ó monografías de la época, en las que, en cambio, sin discrepancia se habla de la sesión tenida por la *Junta de los Siete* y demás patriotas dirigentes, durante toda la noche del 24, para acordar las medidas que se ejecutaron el 25.

Las consideraciones que nos ha merecido la afirmación de Guido en sus *Memorias* las hacemos en el texto.



Esa tradición y esas referencias, nos autorizan á afirmar que la representación del pueblo dirigida al Cabildo, en la que se organizaba íntegramente la nueva Junta, fué acordada en la casa de Don Miguel Azcuénaga, haciéndola suscribir French, Berutti, Dupuy, Chiclana y otros caudillos de barrio, que recorrieron durante la noche los domicilios de los principales vecinos, á fin de que firmasen las hojas volantes que, más tarde, fueron presentadas al Cabildo.

Y si no bastase la reflexión anterior, para no atribuir á Berutti la redacción de esa representación, nos arrastraría forzosamente á negarle toda paternidad, el párrafo contenido en ella, en que, el pueblo imperativamente dispone, que, dentro de los quince días, la nueva Junta enviase una expedición al interior, costeadá con los sueldos del Virrey y de los demás empleados españoles, que quedaban destituidos por el mero hecho de la revolución.

No se ha dado bastante importancia á la trascendencia política de esta cláusula, que explica muchas de las incongruencias aceptadas ese día por los patriotas.

La resolución de enviar tropas al interior,—tropas costeadas por el gobierno de Buenos Aires,—importaba sacar la revolución de los límites de la Capital del Virreinato, para llevarla armada hasta los confines del mismo, luchando y venciendo á todas las autoridades que la resistieran, en nombre de su obediencia al monarca español ó á quien pretendiese representarle en España.

Importaba algo más: importaba establecer una especie de conciliación entre los que querían todavía mantener alguna vinculación con Fernando VII, considerándole sólo como monarca americano, y aquéllos que declaraban completamente rotos todos los lazos de la América con la Europa. Y esa vinculación, la establecían quitándole al Virrey y á los demás empleados españoles los sueldos de que gozaban, destinándolos á costear la expedición, pero mantenien-



do, en obsequio de aquéllos, una congrua que les bastase para su subsistencia.

Y como si esto no fuese suficiente para demostrar que no podía ser Berutti el autor de aquella representación, viene luego la cláusula sancionada también por el Cabildo, mediante la cual la expedición al interior, mandada por jefes patricios, debía tener, como uno de sus principales objetos, el de garantizar á los pueblos patriotas del Virreinato, hasta La Paz y Oruro, en la libre elección de los Diputados que debían enviar á Buenos Aires, para formar *el Congreso General encargado de constituir ó establecer la forma de gobierno que se considerara más conveniente*.

Esa representación presentada escrita al Cabildo, al medio día del 25 de Mayo de 1810, es la base de las actuales instituciones argentinas, y es la piedra fundamental de nuestra nacionalidad.

La Revolución está condensada en esos breves párrafos. Ellos encierran todo el pensamiento político de los hombres que habían venido meditando el movimiento y preparando la evolución desde los angustiosos días de 1806, en que se batían en las calles de Buenos Aires, para reconquistar la ciudad querida del poder de las tropas extranjeras.

Atribuir á Berutti esta obra gigantesca, es disminuir su magnitud; es arrebatar al pueblo una gloria que es exclusivamente suya, porque, en puridad de verdad, la Revolución tiene todos los prestigios del anónimo, que la hace más grande, innominada, popular, como verdadera *inspiración divina*, en uno de esos momentos en que la conciencia humana se levanta contra todos los despotismos...



3

CONSAGRACIÓN OFICIAL DEL NUEVO GOBIERNO

Acta del día. — Escrito presentado. — Leiva en el balcón. — Nuevo *ultimatum*. — Dilema de acero. — Sin efusión de sangre. — Lectura del pedimento. — Lo único que se quería. — Misión revolucionaria: destituir al Virrey, constituir la Junta y decretar la expedición al interior. — Grandes aclamaciones. — Manifestaciones de entusiasmo. — Vitores á los caudillos. — Lluvia torrencial. — El Cabildo sesionando sanciona cuatro artículos. — El pueblo acepta. — Instalación de la Junta. — Bando. — Archivo de papeles y escritos para constancia en todo tiempo. — Consagración oficial de triunfo. — Última protesta. — Esperanza de mejores días. — Poca fe en la victoria. — Locura y delirio. — ¿Accidente transitorio de la lucha entre americanos y españoles? No. — Triunfo perdurable. — Primera Junta Gubernativa. — Las Provincias Unidas del Río de la Plata.

«Después de un largo intervalo de espera,—dice el acta
«de aquel día,—presentaron los individuos arriba citados
«el escrito que ofrecieron, *firmado por un número considerable de vecinos, religiosos, Comandantes y oficiales de los*
«*Cuerpos, vaciando en él las mismas ideas que manifestaron*
«*de palabra*. Y los señores (los Cabildantes) les advirtieron
«que congregasen al pueblo en la plaza, pues que el Ca-
«bildo, para asegurar la resolución, debía oír del mismo
«pueblo, si ratificaba el contenido de aquel escrito. Ofre-
«cieron ejecutarlo así y se retiraron. Al cabo de un gran
«rato salió el Exmo. Cabildo al balcón principal, y el ca-
«ballero Síndico Procurador General (Doctor Leiva) viendo
«congregado un corto número de gente, con respecto al
«que se esperaba, inquirió que *¿dónde estaba el pueblo?*,
«y después de varias contestaciones dadas por los que allí
«se habían personado, y reconvenções hechas por el ca-
«ballero Síndico, se oyeron entre aquéllas las voces de que,
«*si hasta entonces se había procedido con prudencia, porque*
«*la ciudad no experimentase desastres, sería ya preciso echar*
«*mano de los medios de violencia: que la gente, por ser ho-*



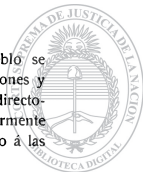
« *ra inoportuna, se había retirado á sus casas (era la siesta);*
« *que se tocase la campana del Cabildo y que el pueblo se*
« *congregase en aquel lugar, para satisfacción del Ayunta-*
« *miento; y que, si por falta del badajo, no se hacía uso de*
« *la campana, mandarían ellos tocar generala y que se abrie-*
« *sen los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que*
« *hasta entonces se había procurado evitar.* »

Este nuevo *ultimátum*, más terminante y más amenazador que el anterior, produjo en el Cabildo los efectos que se buscaban. El dilema era de acero: ó había que someterse, evitando los tumultos populares, que podían llegar á ser sangrientos; ó había que resistir, provocando las iras del pueblo, que ya había amenazado con asaltar la Fortaleza y el Cabildo.

El espíritu de propia conservación, hizo prudentes á los Cabildantes, quienes « viéndose conminados de esta suerte, « y con el fin de evitar la menor efusión de sangre, que « sería una nota irreparable para un pueblo que tenía dadas « tan incontrastables pruebas de su lealtad, nobleza y gene- « rosidad, determinaron que se leyese en altas é inteligibles « voces el pedimento presentado, y que los concurrentes « expresasen si era aquella su voluntad. Se leyó el pedimen- « to y gritaron á una: que aquello era lo que se pedía, y « *lo único que querían que se ejecutase.* »

La misión revolucionaria del pueblo estaba llenada. El Virrey Cisneros quedaba destituido de todo mando; quedaba constituida una nueva Junta nombrada directamente por el pueblo, y quedaba decretada la expedición militar al interior, con fines trascendentalmente políticos.

Como lo habían manifestado los Comandantes en su reunión de esa tarde, cuando fueron consultados por el Cabildo, esos eran los únicos puntos que debían resolverse en ese día, dejando todos los demás para ser resueltos en otra oportunidad.



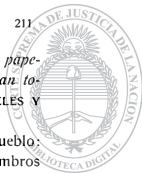
Una vez conocido el resultado antedicho, el pueblo se dispersó, recorriendo las calles en grandes aclamaciones y manifestaciones de entusiasmo, dando vitores á sus directores y á sus caudillos vecinales, sin preocuparse mayormente de lo que pudieran hacer los que habían representado á las autoridades depuestas.

A pesar de la lluvia torrencial que caía, las señoras y las niñas de las familias patriotas, paseaban las calles y la Plaza de la Victoria, ostentando, también, la divisa que se había hecho popular, como distintivo de los revolucionarios.

Entretanto, el Cabildo continuaba en sesión, sancionando los cuatro artículos de la ordenanza de ese día, que establecían: 1° Que se encargaría á la Junta que velase sobre el orden y la tranquilidad pública, haciéndola responsable en caso contrario; 2° Que el Cabildo velaría sobre la conducta de los Vocales, y los removería siempre que no fuese arreglada; 3° Que la Junta debería nombrar quien ocupase cualquier vacante por remoción, renuncia, muerte, ausencia ó enfermedad; 4° Que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes y contribuciones al vecindario, sin consulta y consentimiento del Cabildo.»

El pueblo, consultado desde los balcones del Ayuntamiento, aceptó esos cuatro artículos sin darles importancia, y el drama de ese día, que había amenazado convertirse en tragedia, terminó resolviéndose por el Cabildo «que, sin pérdida de instantes, en precaución de que sobrevenga la noche, se proceda á la instalación de la Junta, y se publique el Bando, sin detenerse en las fórmulas que se observaron para la instalación de la Primera, porque estrechan los momentos, citándose únicamente á los señores Vocales, y á los Ministros, Jefes, Prelados y Comandantes que puedan ser habidos en tan limitado tiempo».

Según el *Acta Capitular* del 25, la nueva Junta quedó constituida «*eligiéndose para ello, de Vocales, los mismos*



« individuos que han sido nombrados de palabra, en pape-
 « les sueltos y en el escrito presentado por los que han to-
 « mado la voz del pueblo ARCHIVÁNDOSE ESOS PAPELES Y
 « EL ESCRITO PARA CONSTANCIA EN TODO TIEMPO ».

Esta era la consagración oficial del triunfo del pueblo: el Cabildo confirmaba el nombramiento de los miembros de la Junta, hecho en la representación escrita presentada por Berutti y sus compañeros, algunas horas antes; y convocaba á sus miembros, para las tres de la tarde del mismo día, á fin de que prestasen el juramento correspondiente.

Un historiador ilustre, refiriéndose al hecho de mandar el Cabildo archivar los papeles y peticiones populares de ese día, *para constancia en todo tiempo*, cree que « el Cabildo temía ó preveía la reacción, y ponía á salvo su inocencia » (1).

Lo que nosotros creemos es que ese final del Acta del 25 de Mayo de 1810, no representa sino la última protesta del Cabildo, en contra del triunfo popular, y la esperanza de mejores días para la causa que acababa de ser vencida.

En los primeros momentos fueron pocos los que tuvieron fe en la victoria alcanzada. Se creía que era un accidente transitorio de la lucha en que venían empeñados los dos partidos, americano y español, desde el 1º de Enero de 1809, y los hombres del Cabildo, como Alzaga y los suyos, confiaban en que la reacción se produciría muy luego. Si archivaban todos aquellos papeles que habían servido para hacer presión sobre el Ayuntamiento, era sólo para conservar la prueba contra sus autores, que habían tenido el valor cívico de suscribir la petición revolucionaria.

Es tanto así verdad, que uno de los principales actores de los acontecimientos de esos días, Coronel Don Cornelio

(1) VICENTE FIDEL LÓPEZ: *Historia de la República Argentina*, tomo III, página 65.



de Saavedra, refiriéndose á ellos, dice: «En el mismo Buenos Aires, no faltaron hijos suyos que miraron con tedio nuestra empresa: unos la creían inverificable por el poder de los españoles: otros la graduaban de locura y delirio, de cabezas desorganizadas, otros, en fin, y eran los más piadosos, nos miraban con compasión, *no dudando que en breves días seríamos víctimas del poder y furor español, en castigo de nuestra rebelión é infidelidad contra el legítimo soberano, dueño y señor de la América, y de las vidas y haciendas de todos sus hijos y habitantes, pues hasta esas calidades atribuían al Rey en su fanatismo.*»

Sin embargo: á pesar de todas las esperanzas de los Cabildantes, y á pesar de todos los temores de los medrosos, la Revolución del 25 de Mayo de 1810, triunfó perdurablemente en ese día, instalándose, en esa misma fecha, la Primera Junta Gubernativa, que representa también la primera autoridad que haya regido los destinos de LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA.



CAPÍTULO V

EL JURAMENTO DE LA PRIMERA JUNTA Y FERNANDO VII

La Junta y Fernando VII. — Saavedra presidente. — Gran solemnidad. — Juramento. — Soberanía de Fernando VII. — Omisión de la Regencia. — América independiente. — A la Fortaleza. — Pueblo en masa. — Cisneros en casa particular. — Gobernantes aclamados. — Salvas de artillería y fusilería. — Campanas á vuelo. — Ausencia de los Cabildantes. — Motivo trascendental: ¡la lluvia! — Última protesta de los vencidos. — Empieza la tarea. — Primera proclama. — Epígrafe de mucha importancia. — Alusión al Virreinato y al Rey. — Punto histórico discutido. — Política bajo el manto de Fernando VII. — Explicación de Moreno. — Revolución local y sus proyecciones. — Contagio de patriotismo hasta el istmo de Panamá. — Patriotas monárquicos. — Españoles en la Primera Junta: Matheu equipa la expedición y la flotilla; Larrea, armador inmensamente rico, garante el primer empréstito. — Montevideo, Perú y Paraguay, acatan á la Regencia. — Cartas diplomáticas. — Opinión particular y secreta de Inglaterra. — Juramento resistido en principio, prestado por todos los militares y civiles. — Exclusión de toda autoridad extraña.

La Junta, popularmente elegida, quedaba consagrada oficialmente por el Cabildo, que había señalado las tres de la tarde del mismo día 25 de Mayo, para el juramento de sus miembros, juramento que, según el texto sancionado por el Ayuntamiento, debía prestarse protestando los miembros del nuevo gobierno « *en dicho poder, no reconocer otro soberano que el señor Fernando VII, y sus legítimos sucesores, según el orden establecido por las leyes* Y ESTAR SUBORDINADOS AL GOBIERNO QUE LEGITIMAMENTE LE REPRESENTA ».

Efectivamente: á la hora prefijada, se encontraban en la Audiencia reunidos todos los miembros designados para componer la Primera Junta Gubernativa, que debía reem-



plazar á las autoridades españolas en el Virreinato del Río de la Plata.

El acto se produjo con todo el ceremonial acostumbrado para estas grandes solemnidades. Colocado el libro de los Evangelios sobre la mesa, antes de jurar, « el señor Presidente electo (Saavedra) expuso que en el día anterior, había hecho formal renuncia del cargo de Vocal de la Primera Junta establecida, y que sólo por contribuir á la tranquilidad pública y á la salud del pueblo, admitía el que le conferían de nuevo ».

Después de esta declaración, que exigió se consignara en el Acta, Saavedra colocó su mano sobre el libro santo, puesto de rodillas y en actitud solemne; Castelli se arrodilló á su vez, y puso la suya sobre el hombro derecho de Saavedra, apoyándola Belgrano en el hombro izquierdo; Azcuénaga, la colocó sobre el hombro de Belgrano; Alberti sobre el de Castelli, Matheu sobre el de Azcuénaga y Larrea sobre el de Alberti,— y en esta actitud, profundamente conmovidos, los miembros de la Primera Junta prestaron el juramento « *de desempeñar legalmente el cargo, conservar íntegra esta parte de América á nuestro Augusto Soberano el señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del Reino* » (1).

Si se compara el texto de este juramento, que tomamos del Acta correspondiente, labrada ese día, con la fórmula sancionada para el mismo en la sesión del Cabildo de la misma fecha, se verá que la Junta Patricia, no juró « *estar subordinada al gobierno que legítimamente represente* » á Fernando VII ó sus sucesores.

Atribuimos una gran importancia á esta voluntaria omisión en el juramento, puesto que ella importaba dejar estable-

(1) *Documentos Justificativos*, número 8, Acta de Instalación de la Junta Provisionaria Gubernativa.



cido que la Junta Gubernativa Provisoria, desde su primer acto, no se reconocía dependiente de la *Regencia* que, en España, se había atribuido la representación legítima del Monarca cautivo en Bayona.

Nada importaba, para los miembros de la Junta, jurar fidelidad á Fernando VII, en la forma que lo hacía, desde que ese juramento iba acompañado con una manifestación categórica, de que la América se consideraba independiente de toda sujeción á autoridades que residieran en Europa.

Una vez prestado el juramento, la Junta se trasladó á la Fortaleza, que ya había sido abandonada por Cisneros que se retiró á una casa particular.

El pueblo en masa, confundiéndose entre sus filas multitud de damas, aclamaba el paso de los primeros gobernantes patricios. Terrada, que estaba de guardia en el Fuerte, había ordenado las salvas de artillería y fusilería, en tanto que las campanas echadas á vuelo, anunciaban á toda la población, que la Revolución de Mayo había terminado, por el triunfo definitivo de los patriotas.

Para que todo fuese lógico en los acontecimientos de aquel día, sólo faltó al ceremonial de ordenanza la presencia del Cabildo en el Fuerte, para saludar al nuevo gobernante, siguiendo las prescripciones de las leyes y la costumbre inalterada hasta entonces.

Pero, según dice el *Acta de Instalación de la Junta Provisoria Gubernativa*, hubo un motivo *trascendental* (!) para que el hecho no se verificase. «No pasó, por entonces, el «Exmo. Cabildo, como lo había ejecutado la tarde de la «instalación de la primera Junta, á causa de la lluvia que «*sobrevino*» (!).

¡Esta era la última protesta de los vencidos en las pacíficas jornadas del 22 y 25 de Mayo de 1810!

Instalada en el Fuerte, la Junta Gubernativa empezó inmediatamente sus tareas, siendo la primera de éstas la pro-



clama que dirigió al pueblo, y cuyo texto es necesario tener por delante, para que mejor se comprendan los comentarios que van á seguirla.

En ese documento, dirigido desde la antigua residencia de los Virreyes del Río de la Plata, por el Primer Gobierno que se organizaba popularmente en su Capital, la Junta adoptaba la siguiente fórmula, como epígrafe:

«*La Junta Provisional Gubernativa DE LA CAPITAL DEL RÍO DE LA PLATA, á los habitantes de ella y de las provincias de su superior mando.*»

Este epígrafe tiene mucha importancia, porque prueba cuáles eran los propósitos políticos de la Junta, desde sus primeros actos.

Como se verá, no obstante cuanto al respecto se había establecido al constituirlo en la sesión del Cabildo del 25, el nuevo gobierno no hacía mención alguna del antiguo Virreinato, limitándose á invocar á la *Capital del Río de la Plata*, y á las *Provincias de su superior mando*, evitando, intencional y estudiadamente, toda referencia al régimen que había existido hasta entonces en estas comarcas.

En el texto del documento, se mantiene la misma habilitísima reserva.

«Teneis ya establecida la autoridad, -- dice, -- que remueve la incertidumbre de las opiniones y calma todos los recelos. Las aclamaciones generales manifiestan vuestra decidida voluntad; y sólo ella ha podido resolver nuestra timidez á encargarnos del grave empeño á que nos sujeta el honor de la elección. — Fijad, pues, vuestra confianza, y aseguraos de nuestras intenciones. — Un deseo eficaz, un celo activo y una contracción viva y asidua á proveer, por todos los medios posibles, la conservación de nuestra religión santa, la observancia de las leyes que nos rigen, la común prosperidad y el sostén de estas posesiones en la más constante fidelidad y adhesión á nuestro muy amado Rey el



« señor D. Fernando VII y sus legítimos sucesores en la
« corona de España: ¿no son estos vuestros sentimientos?

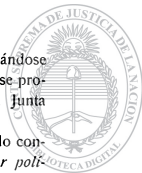
« Esos mismos son los objetos de nuestros conatos. Repo-
« sad en nuestro desvelo y fatigas; dejad á nuestro cuidado
« todo lo que en la causa pública dependa de nuestras fa-
« cultades y arbitrios, y entregaos á la más estrecha unión
« y la conformidad recíproca, en la tierna fusión de estos
« afectos. Llevad á las Provincias todas de nuestra depen-
« dencia, y aun más allá, si puede ser, hasta los últimos
« términos de la tierra, la persuasión del ejemplo de vuestra
« cordialidad, y del verdadero interés con todos debemos
« cooperar á la consolidación de esta importante obra. — Ella
« afianzará de un modo estable la tranquilidad y bien general
« á que aspiramos. — Real Fortaleza de Buenos Aires, á 25
« de Mayo de 1810. — *Cornelio de Saavedra* — *Dr. Juan José*
« *Castelli* — *Manuel Belgrano* — *Miguel Azcuénaga* — *Dr. Ma-*
« *nuel Alberti* — *Domingo Matheu* — *Juan Larrea* — *Dr. Juan*
« *José Paso* Secretario — *Dr. Mariano Moreno* Secretario.

Este primer documento, emanado de la Junta Provisoria Gubernativa, no sólo tiene la importancia de que en él se prescinde de toda referencia al antiguo Virreinato, sino que también la tiene en cuanto á la alusión que hace al Rey Fernando VII.

La Junta no declara que gobernará en nombre de Fernando VII, sino que se limita á repetir las palabras de su juramento, de que mantendrá estas posesiones de América « en la más constante fidelidad y adhesión á nuestro muy
« amado Rey, el señor Fernando VII, y sus legítimos succe-
« sores en la Corona de España ».

Se ha condenado, por muchos historiadores, esta máscara de Fernando VII, tras de la cual parecía querer amparar su poder el Primer Gobierno patrio organizado en el Río de la Plata.

Sin embargo, creemos que este punto histórico, no ha



sido estudiado con bastante criterio analítico, trasladándose el historiador á la época en que los acontecimientos se produjeron, y aspirando el medio ambiente en que la Junta iba á comenzar á operar.

Don Cornelio de Saavedra, en sus «*Memorias*», sólo consagra á esta circunstancia unas breves palabras. «*Por política, fué preciso cubrirla (á la Junta) con el manto de Fernando VII, á cuyo nombre se estableció, y bajo de él expedía sus providencias y mandatos.*»

Don Mariano Moreno, que en todos sus escritos de la *Gazeta* ha repetido siempre la misma adhesión de la Junta hacia Fernando VII y sus sucesores, en un documento cuya existencia es indiscutible, puesto que ha sido oficialmente copiado del Archivo General de Indias de Sevilla, pero cuya autenticidad se ha discutido, ha hecho, también, alusión á este subterfugio, empleado por la Junta en los primeros tiempos.

El documento á que nos referimos, y que se titula «Plan de las Operaciones que el Gobierno Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, debe poner en práctica para la grande obra de nuestra libertad é independencia», fué publicado por primera vez en 1896, en una nueva edición de «*Escritos de Mariano Moreno*», y, como más adelante hemos de tener que volver á ocuparnos de él, por ahora sólo lo recordamos, para dar la fuente de la transcripción que vamos á hacer.

En ese trabajo atribuído al Doctor Moreno, se lee el siguiente párrafo: — «*Ultimamente el misterio de Fernando es una circunstancia de las más importantes, para llevarla siempre por delante, tanto en la boca, como en los papeles públicos y decretos, pues es un ayudante á nuestra causa, el más soberbio: porque, aun cuando nuestras obras y conductas desmientan esta apariencia en muchas provincias, nos es muy del caso para con las extranjeras, así como*



« para contenerlos, ayudados de muchas relaciones y exposi-
« ciones políticas, como igualmente para con la misma Es-
« paña, por algún tiempo, proporcionándonos, con la demora
« de los auxilios que debe prestar, si resistiese, el que va-
« mos consolidando nuestro sistema y, consiguientemente,
« nos da un margen absoluto para fundar ciertas gestiones
« y argumentos, así con las Cortes extranjeras como con la
« España, que podremos hacerles dudar cuál de ambos par-
« tidos sea el verdadero realista ⁽¹⁾. »

No discutimos la autenticidad de las precedentes palabras atribuidas al Doctor Don Mariano Moreno, como explicación de la necesidad de mantener el nombre de Fernando VII como careta del gobierno de la Junta, en el plan que ella debía desarrollar; pero, como es indudable que el documento fué escrito en aquella época, cualquiera que sea su autor, creemos que él refleja la verdadera situación de los hombres del primer gobierno patrio, cuando se veían forzados á invocar el nombre de Fernando VII, en muchos de sus actos.

Ante todo, es menester recordar que la Revolución sólo se había producido en la Ciudad de Buenos Aires, pero que sus proyecciones la llevaban á extenderse sobre todo el territorio del antiguo Virreinato del Plata, y, si posible fuese, á contagiar con su patriotismo á todos los demás Virreinos que se extendían en la América Meridional hasta el Istmo de Panamá.

Es menester tener presente, que todas las revoluciones que se habían producido en el continente, en 1809, desde Méjico hasta Buenos Aires, aun cuando hubieran proclamado más ó menos directamente la independencia de América de los dominios de la España, todas ellas habían aceptado el juramento de fidelidad á Fernando VII, como una protesta

(1) Biblioteca del *Ateneo*, tomo I, *Escritos de Mariano Moreno*, página 482. Buenos Aires, Imprenta Pablo E. Coni é Hijos, calle Perú 680. Año 1896.



á la usurpación francesa y á la ocupación del trono de los Borbones por José Bonaparte.

Es menester, en fin, no olvidar que, según los mismos actores de aquellos acontecimientos, había entre los revolucionarios, tanto patriotas como españoles, muchos partidarios de la independencia de la patria, pero pretendiendo constituir en ella una Monarquía, bajo el cetro de Fernando VII ó de alguno de sus sucesores ó parientes inmediatos, como lo probaron las correspondencias mantenidas con la princesa Carlota Joaquina de Borbón, y, más tarde, el ofrecimiento del trono á un Príncipe español, por patriotas tan esclarecidos como Rivadavia, Belgrano y Sarratea.

No es posible condenar esta superchería, indispensable en esos momentos, aceptada forzosamente por la Junta de Mayo, como una necesidad imprescindible para llevar adelante la Revolución.

Hablar en nombre de Fernando VII, era no romper violentamente con la reyecía ni con los partidarios de la Monarquía independiente americana. Era atraerse á todos aquellos que en las Provincias del Virreinato, estaban dispuestos á apoyar el movimiento revolucionario, en cuanto él solo importase la conquista de la patria independiente, pero que lo habrían combatido si se hubiera sabido, desde el primer momento, que el propósito era excluir del gobierno á todo monarca ó príncipe europeo.

Dentro de la misma Junta, había dos españoles, -- Don Domingo Matheu y Don Juan de Larrea, -- decididos partidarios de la independencia americana, pero que habían hecho, dentro y fuera del *Cabildo abierto* del 22 de Mayo, entusiasmas manifestaciones en favor de Fernando VII.

Estos dos hombres, sin influencia política alguna, pero con inmensa influencia en el comercio y en los negocios, eran indispensables en la Junta, porque ellos le atraían muchos elementos y prestigios, en momentos en que las



finanzas escaseaban, y se preparaba la expedición armada al interior.

Un historiador que ha mostrado en todas sus obras un paciente carácter de rebuscador de documentos y de antecedentes históricos, dice, en una de ellas, hablando de Matheu, lo siguiente, que sirve perfectamente para explicar cómo debía influir este hombre en las deliberaciones del gobierno:

«Matheu entró á formar parte de la Junta Gubernativa, como único elemento que inspiraba confianza á los españoles liberales que tomaron participación en la Revolución de 1810. La expedición auxiliar, compuesta de quinientos hombres que de Buenos Aires salió con destino al Perú, fué costeada de su propio peculio. Fué Matheu quien equipó la flotilla que, burlando á los españoles que bloqueaban esta ciudad, pasó á la Banda Oriental y prestó importantes servicios á los defensores de la independencia. El había presidido, como primer director, la construcción de la fábrica de fusiles, en lo que actualmente se conoce con el nombre de Parque de Artillería. En aquellos momentos difíciles, cuando la Junta se hallaba apurada por falta de recursos y con un crédito dudoso, la sola firma de Matheu bastaba para que se le diese cuanto se pidiera, sin limitación alguna. Servicios eran estos que Matheu prestaba con el único interés de propender á la libertad y la independencia de la patria de sus hijos, y de la suya adoptiva, y sin ostentación, y aun dejándose arrebatar méritos, en servicio de ésta, suyos exclusivamente, por individuos más audaces y menos escrupulosos (¹).»

No hemos podido comprobar todas las afirmaciones hechas por el historiador de quien tomamos las precedentes

(¹) ANTONIO ZINNY: *Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas, etc.*, tomo I, página 7. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Perú 115. Año 1879.



palabras, pero, en su mayor parte, se encuentran repetidas por otros historiadores.

En cuanto á Larrea, que se había afiliado desde los primeros días al partido patriota, pero con la manifestación categórica de que defendería la conservación de estos dominios para Fernando VII, era un armador inmensamente rico, y cuyas vastas relaciones le permitieron servir de garantía al primer empréstito hecho por la Junta.

Se comprende fácilmente que, teniendo Saavedra, Belgrano, Castelli, Alberti, Azcuénaga, Moreno y Paso como compañeros de gobierno, á dos hombres de la importancia financiera y del prestigio comercial de Matheu y de Larrea, que eran decididos partidarios de Fernando VII, evitasen reñir con ellos, manteniendo *el misterio de Fernando*, como lo llamaba Moreno, en todos sus actos, hasta que el momento se produjese en que pudiese arrojar la careta, como Sixto V arrojó la muleta.

Como para justificar esa actitud de la Junta, vale la pena recordar que, á la circular en que ella comunicaba su nombramiento y pedía su reconocimiento, los mandatarios de Montevideo, del Paraguay y del Perú, contestaron acatando á la *Regencia* de España, sin siquiera preocuparse de la protesta que la Junta de Buenos Aires hacía de «conservar « estos dominios á nuestro amado Rey Fernando VII ».

Por otra parte, los hombres de la Junta, y, sobre todo, su inspirador el Doctor Mariano Moreno, tenían motivos de política externa, que les *obligaban* á conservar el nombre de Fernando VII, como la base de las facultades de su gobierno.

En una carta del embajador de Inglaterra, Lord Strangford, fechada en Río de Janeiro el 3 de Noviembre de 1810, y que por primera vez ha publicado el Doctor Don Vicente F. López, en el *Apéndice* del tomo III, de su *Historia de la República Argentina*, asegurando que su original se en-



cuentra en el archivo de la familia de Moreno, aquel diplomático decía al Secretario de la Junta, lo siguiente:

« Por momentos espero despachos de mi Corte, en respuesta á los que ya le he dirigido sobre la erección del
« nuevo gobierno... La *Regencia* de Cádiz, ha declarado
« el bloqueo de Caracas. Se me asegura que esta medida
« violenta no ha sido agradable al gobierno británico. Y
« algunas gacetas aseguran, que se ha comprometido á pro-
« teger y mantener el comercio libre *de estas provincias*,
« *mientras ellas continúen respetando el nombre y los dere-*
« *chos del Rey Fernando VII.* Todo esto le probará á usted
« *claramente cuán importante es que se siga conservando es-*
« *ta lealtad que el Gobierno de Buenos Aires ha profesado*
« *con mucho acierto.* UNA DECLARACIÓN PREMATURA DE LA
« INDEPENDENCIA, SERÍA CERRAR LA PUERTA Á LA INTER-
« VENCIÓN AMIGABLE DE LA INGLATERRA, MIENTRAS DUREN
« SUS RELACIONES ACTUALES CON LA ESPAÑA. Esta razón es
« saltante y evidente; y yo tengo una idea muy alta de las
« luces de la Junta, para no estar convencido de que ella
« avalorará toda su importancia. La Junta puede contar con
« mis esfuerzos en su favor, tanto con respecto de mi pro-
« pio gobierno, como con respecto al Brasil, que ciertamente
« á pesar de las apariencias equívocas y de falsos informes,
« se halla muy pacíficamente predispuesto hacia la Junta. »

Como si no fuese bastante claro el propósito del embajador inglés, de que se conservase la careta de Fernando VII en el gobierno de la Junta, hasta tanto llegase la oportunidad de declarar la independencia, aquel diplomático agregaba, en su carta al Doctor Moreno, estas otras oportunas reflexiones:

« ¿Cómo podría hacer la Inglaterra para sostener abierta-
« mente á Montevideo contra Buenos Aires ó á Buenos
« Aires contra Montevideo, *cuando uno y otro sostienen lo*
« *que pretenden ser la causa de Fernando VII?* ¿Cómo po-
« dría entrar en hostilidades contra Buenos Aires, *que con-*



« *serva el nombre de este soberano?* Desde que ambos partidos hacen profesión de las mismas miras, ¿cómo podría ella escoger entre ellos? Ella podrá tener muy bien su *opinión particular y secreta*, pero no puede manifestarla públicamente á la faz del Universo. »

Habría sido la más grande temeridad, por parte del Primer Gobierno patrio, desatender las juiciosas reflexiones que le hacía un hombre de la importancia de Lord Strangford, y que no podía producirse en los términos de sus cartas al Doctor Moreno, sin que ellas fuesen inspiradas en la política que se había propuesto seguir el gobierno inglés.

Por otra parte, el nombre de Fernando VII, puesto al frente de sus documentos, no trababa en lo mínimo la acción de la Junta, como no la trabó, tampoco, la de las Juntas de España é Indias, que se habían constituido en Europa, y las que, aun cuando gobernaban á nombre de *Fernando VII*, jamás consultaron la opinión de este monarca, cautivo en Bayona, y que no dió nunca muestras de ocuparse de estos dominios, que los revolucionarios decían que conservarían para él y sus sucesores.

Es menester, al juzgar los actos de aquellos hombres, reunir el cúmulo de circunstancias que les rodeaba, obligándoles á fingir esta dependencia de un monarca extranjero, no obstante de que todas sus manifestaciones y todos sus procedimientos, eran los de un Gobierno que obra por su sola inspiración, y sin sujeción á autoridades ó superioridades extrañas.

Lo mismo sucedía con el juramento de respetar las *leyes* que regían en el Virreinato, pues, si algo se hizo, fué desacatar esas leyes desde el primer momento, en que, dentro y fuera del Cabildo, el pueblo declaró que reasumía su soberanía.

Desde sus actos iniciales, la Junta de Buenos Aires procedió como la autoridad única, que representaba la soberanía del pueblo, con independencia de todo otro soberano,



aun cuando en sus documentos, mezclase el nombre de Fernando VII.

Vale la pena de recordar aquí el texto del juramento exigido al mismo Ayuntamiento, que había dado origen á la constitución de la Primera Junta Gubernativa; juramento resistido, en un principio, pero prestado, más tarde, no obstante de que él envuelve el desconocimiento, no sólo de la REGENCIA de España, sino también de toda otra autoridad superior á la suya.

El texto de ese juramento, que fué el mismo que prestaron todas las autoridades militares y civiles de Buenos Aires, dice así:

«Jura V. S. á Dios nuestro señor, y por estos Santos « Evangelios, *reconocer la Junta Provisional de las Provincias del Río de la Plata, á nombre de Fernando VII; y* « para guarda de sus derechos obedecer sus órdenes y decretos, *y no atentar directa ni indirectamente contra su* « *autoridad, propendiendo pública y privadamente á su seguridad y respeto?* » (1).

Los términos de este juramento, de los que se excluye, no sólo toda autoridad extraña á la misma Junta, sino también la invocación del Virreinato, hablándose sólo de las Provincias del Río de la Plata, prueban que, no obstante conservar la Junta la careta de Fernando VII, como una necesidad ocasional de las circunstancias, sus propósitos eran constituir el gobierno propio é independiente, sin ninguna vinculación con autoridades ó gobiernos europeos.

Así lo demostraron desde los primeros días, más aún, desde el primer momento, en que empezaron sus trabajos instalados en el Fuerte, en la tarde del 25 de Mayo de 1810.

Vamos á seguirles allí.

(1) *Documentos Justificativos*, número 9, Acta del Juramento prestado por el Cabildo á la Junta Gubernativa.



PARTE TERCERA



LA JUNTA GUBERNATIVA

DE LAS PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA

SUMARIO

I. Tendencias políticas de la Revolución.—II. Los primeros actos de la Junta.—III. Expediciones militares.—IV. Bases de la Constitución Nacional Argentina.—V. La incorporación de los Diputados á la Junta.—La caída del Dr. Mariano Moreno.—VI. El primer gobierno federal argentino.—VII. Nuevas bases constitucionales: § 1. Juntas provinciales; § 2. La libertad de imprenta.—VIII. La abdicación de la Junta Gubernativa.—Creación del Triunvirato.—IX. Carácter nacional de la Revolución de Mayo de 1810.



PARTE TERCERA

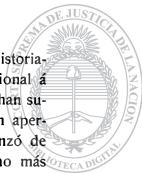


CAPÍTULO I

TENDENCIAS POLÍTICAS DE LA REVOLUCIÓN

Pensamiento y tendencias descuidadas. — La Historia civil no está escrita. — Deslumbra sólo el brillo de las armas. — Fuerza en vez de organización política. — Rivalidades, disensiones y discordias. — Derecho institucional: sus fuentes. — Deberes del escritor — El Acta no da nombre á la nueva autoridad. — Junta de Gobierno, nombre dado por Cisneros comunicando su abdicación — Obra meditada. — Actos de soberanía. — «Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata». — Nacionalidad nueva. — Derecho de gentes. — Provincias varias, pero unidas. — Nombre de la Junta. — Su importancia. — Propósitos políticos: independencia absoluta. — Virreinato suprimido y reemplazado por las Provincias del Río de la Plata. — Circular de instalación. — Salvar la patria. — Unión y armonía. — Distintivo á los vencedores de Tupiza. — Pensamiento político. — Fernando VII impuesto por causas transitorias. — Patria independiente á la faz del mundo. — Libertad afianzada. — Ideal de los patriotas desde los combates de 1806.

Nuestros historiadores han estudiado, con preferencia, los acontecimientos militares y la acción visible de los hombres que ocuparon la escena desde el 25 de Mayo de 1810, descuidando el pensamiento y la tendencia de esos mismos hombres, revelados en ciertos documentos y ciertas medidas, adoptadas sin ostentaciones, pero que encerraban en sí una inmensa trascendencia.



Si así no hubiera sido, algunos de los grandes historiadores que han estudiado y enseñado la historia nacional a nuestro pueblo, ó algunos de los escritores que les han sucedido con publicaciones más modestas, se habrían apercebido de que, institucionalmente, la Revolución avanzó de golpe, en un solo día, del 25 al 26 de Mayo, mucho más de lo que avanzó más tarde, en los pocos meses que duró el gobierno agitado de la Primera Junta.

Esto se explica fácilmente: la historia civil de la República Argentina, no se ha escrito todavía. El brillo de las armas ha deslumbrado, y los éxitos de las batallas, que aseguraban conquistas y arrojaban del suelo americano al enemigo europeo, han hecho olvidar á nuestros historiadores, que

*No sólo es grande el que el acero esgrime
Y sabe, diestro, fulminar las balas:
El que de fuego al pensamiento da alas,
Puede en la lucha descollar también!*

El hecho tiene múltiples explicaciones. Desde luego, por más pacíficos que se presentaran los acontecimientos en los *Días de Mayo*, es indudable que, inmediatamente después, el primer gobierno patrio se vió obligado á ocuparse de la guerra, más que de la organización política del país.

Hay que agregar á esto nuestro origen español, esencialmente militar, y, sobre todo, las rivalidades de los hombres que, al día siguiente del triunfo, hubieron de esterilizarlo, con sus disensiones y discordias.

Pero, cuando se ha concebido el propósito de buscar las fuentes de nuestro derecho institucional, como lo hemos hecho nosotros, es deber del escritor analítico proceder como el químico, que se detiene á estudiar el átomo del mundo infinitamente pequeño, y en él encuentra la causa eficiente de algún fenómeno ó trastorno ponderado, sin, por este motivo, abandonar los demás factores de la materia que analiza...



La primera Junta Gubernativa, fué organizada el 25 de Mayo de 1810 en la forma que ya se ha dicho. En el Acta de ese día, no se da nombre alguno á la nueva autoridad que se crea, llamándola, simplemente, *la Junta*; pero, al determinarse cuál será el carácter y la autoridad que ella investirá, se dice expresamente que «luego que los referidos « señores presten juramento, *sean reconocidos por la autoridad superior del Virreinato, . . . hasta la congregación de « la Junta General DEL VIRREINATO* ».

En la circular que, con fecha 26 de Mayo de 1810, dirigió el Virrey Cisneros á los que habían sido sus subalternos, comunicándoles su abdicación y el nombramiento de la nueva autoridad, dice simplemente que el mando lo ha reasumido una «*Junta de Gobierno*», sin darle, tampoco, un carácter preciso, al designarla con un nombre que representase la índole de su autoridad ⁽¹⁾.

El mismo Virrey, en el informe que, con fecha 22 de Junio de 1810, dirigió á S. M. el Rey de España, hablando de la misma Junta, dice que «su primer diligencia ha sido « circular á las *Provincias y Ciudades del VIRREINATO, la « noticia de su instalación, etc.*»

Resulta así terminantemente demostrado que, tanto para el Cabildo, que ratificó el nombramiento popular de la Junta, como para el Virrey depuesto, que aconsejó y aceptó ese procedimiento, la Primera Junta Gubernativa, era la autoridad que en el *Virreinato de Buenos Aires*, sucedía á don Baltasar Hidalgo de Cisneros, sin que cambiasen las condiciones políticas constitutivas de la comarca que aquella Junta iba á gobernar.

Pero, no obstante esta declaración de Cisneros, él no dudaba que otro fuese el propósito de los revolucionarios,

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 10, Circular del Virrey Cisneros, sobre su abdicación y el nombramiento de la junta.



á pesar de la careta de Fernando VII con que se disfrazaba la Junta en sus primeros actos.

En ese mismo informe de 22 de Junio, un mes después de la revolución, el Virrey depuesto decía, refiriéndose á los sucesos de Mayo, que: «La obra estaba meditada y resuelta;... *el objeto es el de una absoluta independencia de estas Américas...* Efectivamente: ella (la Junta) ha empuzado las funciones de su gobierno, *ejercitando actos de verdadera soberanía, que sólo son reservados á la Suprema potestad de V. M.*»

Estas apreciaciones del mismo Cisneros, explican suficientemente los motivos por los cuales la Junta, organizada popularmente el 25 de Mayo de 1810, no se llamó «Junta Provisional Gubernativa del Virreinato de Buenos Aires», sino que tomó, franca y valientemente, el nombre de «Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata».

El Virreinato había desaparecido para siempre del mapa de América, y de los documentos oficiales del nuevo gobierno.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata, no eran ya el antiguo *Virreinato de Buenos Aires*.

Aquéllas venían á constituir una nacionalidad nueva, desconocida hasta entonces hasta para el mismo pueblo de Buenos Aires, que había constituido la autoridad que invocaba ese título; nacionalidad informe, sin organización interna ni personalidad externa, pero que representaba, á la vez que una individualidad del derecho de gentes, una forma embrionaria de gobierno: la existencia reconocida de varias provincias, pero *unidas* todas ellas en una sola colectividad uniforme.

Ningún historiador nos ha dicho cómo se produjo la adopción de este nombre de la Junta,—*Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata*,—pero esa designación la encontramos oficialmente consagrada,



no sólo en la proclama dirigida al vecindario, en forma de bando, intimando la obediencia á las nuevas autoridades, sino también en la citación dirigida el 26 de Mayo á todos los jefes de tropas y empleados civiles, para que concurriesen á prestar el juramento de reconocimiento y obediencia á esa autoridad ⁽¹⁾.

La importancia de la adopción de ese nombre, para designarse la Primera Junta Gubernativa, es tan trascendental, que ella sola basta para demostrar que el propósito político de la Revolución de Mayo, era la independencia absoluta de estas comarcas del dominio de los monarcas que las habían oprimido durante tres siglos.

La designación de VIRREINATO, implicaba la sujeción á un Rey, á quien el Virrey gobernante representaba en América. La supresión de aquel vocablo,—VIRREINATO,—y su reemplazo por el de *Provincias del Río de la Plata*, importaba, el grito valiente de la independencia de estos países, que se erigían, por su solo esfuerzo, en una nación soberana, rompiendo todos los vínculos que, *por medio de los Virreyes*, hasta entonces los habían atado á los dominios de la Corona española.

Y que esa independencia de la patria era el propósito de los miembros de la Junta, desde los primeros momentos de su acción, lo demuestran todos sus actos.

El párrafo final de la circular comunicando la instalación de la Junta de las Provincias á las autoridades, demuestra que, por más que las circunstancias obligasen á los patriotas á disimular sus tendencias, ellas sólo se encaminaban á asegurar la existencia de la patria propia, aun cuando para ello fuese menester vencer á los sostenedores del poder español en América.

(¹) *Documentos Justificativos*, número 11. Intimación de obediencia á las nuevas autoridades y Citación para prestar juramento á la Junta.



En ese párrafo, la Junta decía á las autoridades de las Provincias, lo siguiente:

« Servirá á todos los pueblos del Virreinato de la mayor
« satisfacción, el saber, como se lo asegura la Junta, que to-
« dos los Tribunales, corporaciones, jefes y ministros de la
« Capital, sin excepción, han reconocido la Junta, y prome-
« tido su obediencia para la defensa de los augustos dere-
« chos del Rey en estos dominios: por lo cual es tanto más
« interesante que este ejemplo empuñe los deseos de Vd.,
« *para contribuir en estrecha unión, á salvar la patria de las*
« *convulsiones que la amenazan, si no se prestasen las Pro-*
« *vincias á la unión y armonía que debe reinar entre ciuda-*
« *danos de un mismo origen, dependencia é intereses* » (1).

Esa *patria* que *era menester salvar*, á la que se refería la Junta en su circular de 27 de Mayo de 1810, era la misma que, pocos meses después, por intermedio de la misma Junta de las Provincias del Río de la Plata, acordaba un premio á los vencedores de Tupiza, con un decreto en el que se dice: « La Junta ha resuelto que, á más de los ascensos
« militares con que serán premiados los que se hayan distin-
« guido en la acción, apenas venga el detalle de ella, todos
« los oficiales y soldados que se hallaron en el combate,
« usen un escudo en el brazo derecho, con fondo de paño
« blanco y esta inscripción:—LA PATRIA, Á LOS VENCEDO-
« RES DE TUPIZA. Este distintivo, queda establecido por re-
« gla general en el ejército, y, mediante él *todo soldado lle-*
« *vará á la vista la historia de sus campañas en premio de*
« *su valor y estímulo para sus conciudadanos.* »

Este breve decreto, viene á revelar á los hombres de la posteridad, cuál era el pensamiento político indubitable de los autores de la Revolución de Mayo, representados por la

(1) *Documentos Justificativos*, número 12, Circular comunicando la instalación de la Junta.



Primera Junta Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En él, no sólo se acuerdan premios, en nombre de la *patria*, á los vencedores en las batallas contra los ejércitos españoles, sino que se establece en una forma permanente ese escudo, que, llevado en las mangas de los uniformes, debe contar á sus compañeros la historia de sus propias campañas, en esa lucha en que no se tenían más enemigos que aquéllos que querían volver á someter de nuevo estas provincias al yugo de los españoles, antes y después de la caída de los Bonaparte, en Europa.

Si se recuerda que el decreto premia á los vencedores de Tupiza, en nombre de la *patria*, tiene que reconocerse que, esa invocación del nombre de Fernando VII en los actos de la Junta, era sólo una necesidad impuesta por causas transitorias.

Desde luego, á nadie puede ocurrírsele que la *patria* que premiaba á los soldados que derrotaban las fuerzas que obedecían á la *Regencia* de España, fuese la misma *patria española* que aquellos soldados combatían.

Se trataba, pues, de una *patria independiente*, cuya existencia ya se proclamaba á la faz del mundo en Noviembre de 1810, que es la fecha que lleva el decreto premiado á los vencedores de Tupiza.

No hemos querido invocar, intencionalmente, las *Memoorias* y *Autobiografías* de los contemporáneos, para estudiar las tendencias políticas de la Revolución de Mayo, en el mismo día que se produjo, porque ninguno de aquellos documentos ha sido escrito en los momentos mismos en que los sucesos se producían.

Sus autores los han redactado cuando el tiempo había pasado, y los acontecimientos habían resuelto definitivamente el problema de la nacionalidad argentina, venciendo en Ayacucho á los últimos ejércitos de la España en América.

Muchas causas pueden haber influído sobre sus mentes para explicar los hechos de una manera distinta de aquella en que se produjeron; pero, cuando se procede, como lo hemos hecho nosotros, buscando el espíritu de la Revolución en los mismos actos oficiales de la Primera Junta Gubernativa que se constituyó para continuarla, nos parece que tenemos el derecho de afirmar que, al tomar aquella Junta como título el de *Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata*, lo hacía con la conciencia tranquila, y la convicción meditada de que su deber era encaminar sus hechos de manera que quedase definitivamente afianzada la libertad de la *patria independiente*, con que habían venido soñando los patriotas desde sus combates en las calles de Buenos Aires, en 1806, cuando vencían á las tropas británicas en la Reconquista.



CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS ACTOS DE LA JUNTA

1

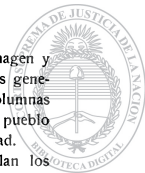
LA EXPEDICIÓN AL INTERIOR

Respeto á la historia. — La verdad y el bronce monumental. — Hombres y hechos á la distancia de un siglo. — Héroe ignorados. — Falta de ideas fijas sobre la forma constitucional. — Moreno, alma de la Junta. — Belgrano y Castelli, colaboradores entusiastas. — Absoluta ignorancia del derecho público. — Poca preparación en la ciencia del gobierno. — Idea generatriz: la emancipación. — Libertad desconocida. — Caudillos de barrio. — Ignorancia sin maldad. — El primer acto constitucional de la Junta. — Error capital. — Motivo de graves complicaciones. — Punto inicial del parlamentarismo argentino. — Falseado el pensamiento de la Revolución. — Carácter comunal de la revolución. — Gobierno imposible con la incorporación de los diputados de los Cabildos. — Expedición Auxiliadora. — Salida doce días después de instalada la Junta. — Objeto: batir la reacción iniciada en Córdoba.

Un clásico latino nos enseña que *mortuis nihil nisi bonum*, de manera que, tratándose de personajes que han figurado en la escena política hace, precisamente, un siglo, no debiera decirse de ellos sino todo lo bueno que produjeron, encomiando sólo sus virtudes, desde que ampara su memoria el escudo invulnerable del sepulcro.

Sin embargo, como la historia necesita ser respetada, debemos pedir que se nos disculpe si, al ocuparnos de hombres que ya no existen y de acontecimientos en que ellos tomaron parte, la necesidad de restablecer la verdad nos obliga á rozar, siquiera, el bronce monumental de sus estatuas.





No somos iconoclastas, porque creemos que la imagen y el recuerdo de los próceres, sirve de estímulo á las generaciones presentes, que ven en ellos, como en las columnas miliarias de los antiguos caminos, las etapas que el pueblo argentino ha recorrido para llegar hasta su actualidad.

Creemos, no obstante, que, cuando se contemplan los hechos y los hombres á un siglo de distancia, hay el deber de apreciar á los unos y juzgar á los otros, con el criterio imparcial de la posteridad, emancipado el juicio actual de las pasiones y de los afectos de la época en que aquéllos actuaron y los acontecimientos se produjeron.

Así juzgando, hemos dicho que la Revolución de Mayo no tuvo autores nominales, y que, en su monumento conmemorativo, á imitación del que los griegos elevaron, después de la batalla de Salamina, Á LOS HEROES IGNORADOS, los argentinos debiéramos escribir — Á LOS AUTORES DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810,— consagrande en esta dedicatoria colectiva y anónima, la memoria de todos aquellos patriotas desconocidos, pertenecientes á la masa del pueblo, que contribuyeron al triunfo en aquellos días agitados.

Lo mismo pensamos, estudiando con criterio imparcial y metódico, á los personajes que formaban la Primera Junta Gubernativa, que entre ellos no había un acuerdo de ideas fijas para producir la organización nacional, ni conocían bastante la difícil ciencia del gobierno político, para poder discernir, con criterio acertado, cuál era la forma constitucional que mejor convenía á las Colonias que ellos creían que acababan de emancipar de la dominación española.

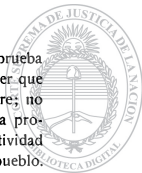
El mismo Moreno, que era el alma de aquella Junta, el inspirador de todos sus actos, á los que colaboraba Belgrano con sus conocimientos y Castelli con sus entusiasmos, en uno de sus artículos doctrinarios, llenos de previsión y de saber, decía: «La absoluta ignorancia del dere-



« cho público en que hemos vivido, ha hecho nacer ideas
« equívocas acerca de los sublimes principios del gobierno,
« y graduando las cosas por su brillo, se ha creído gene-
« ralmente el soberano de una nación, al que la gobernaba
« á su arbitrio. Yo me lisonjeo que dentro de poco tiempo,
« serán familiares á todos los paisanos ciertos conociemien-
« tos que la tiranía había desterrado; entretanto, debo re-
« glar por ellos mis exposiciones y decir francamente, que
« la verdadera soberanía de un pueblo nunca ha consistido
« sino en la voluntad general de él mismo; que siendo la
« soberanía indivisible é inalienable, nunca ha podido ser
« propiedad de un hombre solo; y que, mientras los gober-
« nados no revistan el carácter de un grupo de esclavos ó
« de una majada de carneros, *los gobernantes no pueden re-
« vestir otro, que el de ejecutores y ministros de las leyes,
« que la voluntad general ha establecido.* »

« De aquí es que, siempre que los pueblos han logrado
« manifestar su voluntad general, *han quedado en suspenso
« todos los poderes que antes los regían* y, siendo todos los
« hombres de una sociedad, partes de esa voluntad, han
« quedado envueltos en ella misma y empeñados á la ob-
« servancia de lo que ella dispuso, por la confianza que
« inspira haber concurrido cada uno á las disposiciones, y
« por el deber que impone á cada uno, lo que resolvieron
« todos unánimemente. »

Estas palabras de Moreno, cuando escribía, en la *Gazeta*, sus famosos artículos sobre LA MISIÓN DEL CONGRESO, CONVOCADO EN VIRTUD DE LA RESOLUCIÓN PLEBISCITARIA DEL 25 DE MAYO, prueban que los hombres de aquella época, no estaban preparados para ejercer la difícil ciencia del gobierno, que no habían tenido, siquiera, ocasión de ver practicada, y que tampoco se les enseñaba en la célebre Universidad de Chuquisaca, esa Salamanca de los dominios españoles de América.



Sin embargo, el párrafo transcrito de Moreno nos prueba que él, personalmente, sabía lo bastante para comprender que el *soberano* de un país libre, no podía ser un hombre; no podía ser ese Fernando VII, en cuyo nombre la Junta producía sus actos, sino que lo era, efectivamente, la colectividad de todos los ciudadanos que formaban la masa del pueblo.

Por otra parte, la situación en que la Junta se encontraba al recibirse del gobierno del antiguo Virreinato, hacía que fuese imposible que se preocupase de la organización constitucional del país.

La idea generatriz del movimiento, que bullía unánimemente en todos los cerebros, era la emancipación de América del dominio español. Esto ya estaba conseguido con la deposición del Virrey y de todas las autoridades que representaban á la España en estas comarcas.

Pero la libertad, en sus grandes manifestaciones colectivas é individuales, les era desconocida prácticamente á todos, gobernantes y pueblo, conociendo su existencia sólo por las referencias que habían encontrado en los pocos libros de los enciclopedistas y de los constituyentes norteamericanos llegados al Río de la Plata.

No obstante, la lectura de esos mismos libros era peligrosa, por un lado, é ineficaz, por otro. Peligrosa, porque los acontecimientos que en ellos se narraban, referentes á la Revolución Francesa y á la independencia de los Estados Unidos, producían deslumbramientos en las inteligencias febriles de aquellos hombres que, al salir de una dominación tan opresora como la que España ejerció en sus dominios de América, aspiraban al ejercicio pleno de todos esos derechos y todas esas libertades, que aquellos libros les enseñaban. Ineficaz, porque al ciego á quien acaba de operársele las cataratas que cegaban sus ojos, no podía exponérsele impunemente á la intensa luz solar, sin correr el albur de cegarle de nuevo.

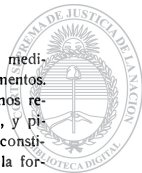


Así lo comprendía el mismo Moreno, que, pulsando las aspiraciones y las ideas de sus contemporáneos, decía:

« Hay muchos que, fijando sus miras en la justa emancipación de la América, á que conduce la inevitable pérdida de España, no aspiran á otro bien que al de ver rotos los vínculos de una dependencia colonial, y creen completa nuestra felicidad, desde que, elevados estos países á la dignidad de Estados, salgan de la degradante condición de un fundo usufructuario, á quien se pretende sacar toda la substancia, sin interés alguno en su beneficio y fomento. Es muy glorioso á los habitantes de la América, verse inscriptos en el rango de las naciones, y que no se describan sus posiciones, como factorías de los españoles europeos; *pero quizás no se presenta situación más crítica para los pueblos, que el momento de su emancipación: todas las pasiones conspiran enfurecidas, á sofocar en su cuna una obra á que sólo las virtudes pueden dar consistencia; y, en una carrera enteramente nueva, cada paso es un precipicio para hombres que en trescientos años, no han disfrutado otro bien que la quieta molicie de una esclavitud, que, aunque pesada, había extinguido hasta el deseo de romper sus cadenas.* »

El gran político de la Revolución de Mayo, se daba cuenta perfecta de la situación en que la Junta se encontraba. Era el mayor número el de los que creían que, con la independencia, se había adquirido el derecho á una libertad ilimitada, rayana en la licencia.

Si en el primer momento había sido necesaria la acción colectiva y tumultuosa de las masas populares, para ejercer presión sobre el Virrey y las autoridades que querían derrocar, una vez obtenido ese resultado, la actitud y las aspiraciones de esas mismas masas y de sus caudillos de barrio, se hacían peligrosas, porque podría llegar el momento en que, por ignorancia, más que por maldad, pretendieran querer dominar en el ánimo de los gobernantes.



Fué esto lo que obligó á la Junta, á prescindir de medidas orgánicas ó constitucionales, en los primeros momentos.

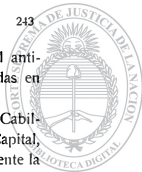
Lo único que hizo, fué dirigir la circular que hemos recordado, dando cuenta de su propia organización, y pidiendo la elección y el envío de diputados para la constitución del Congreso General, que había de adoptar la forma de gobierno que más conviniese.

Y ese mismo primer acto constitucional de la Junta, contenía un error capital, que fué, más tarde, motivo de graves complicaciones.

Desde luego, ese punto inicial del parlamentarismo argentino, sirve para demostrar que si, en su origen, la Revolución de Mayo fué un movimiento puramente municipal, en que el *Cabildo* era el factor principal, en sus proyecciones, al extenderse á las Provincias, no perdió este carácter comunal, puesto que era á los *Cabildos de las ciudades* á los que la Junta se dirigía, pidiéndoles que enviasen diputados *que los representasen*, y anunciándoles que ellos serían incorporados á la misma Junta, á medida que fuesen llegando á la Capital.

Aunque no sea en este lugar donde debemos estudiar la composición de las llamadas Asambleas Nacionales Argentinas, no podemos prescindir de hacer notar que, en este primer acto de la Junta, se falseaba por completo el pensamiento de la Revolución de Mayo, y hasta se prescindía de la misma designación de «*Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata*», que aquel Cuerpo había adoptado.

Se falseaba el pensamiento de la Revolución, porque lo que se buscaba era que se constituyese un Congreso General, con los representantes *del pueblo de las Provincias*, y no con los representantes de los *Cabildos*; y, á ese pensamiento, respondía el mismo nombre adoptado por la Junta, que declaraba ejercer su jurisdicción, sobre *las Provincias*



del Río de la Plata, y no sólo sobre las ciudades del antiguo Virreinato, que era las que estaban representadas en los Cabildos.

Por otra parte, al admitir á los diputados de esos Cabildos desde el momento mismo en que llegaron á la Capital, como miembros de la Junta, se alteraba substancialmente la resolución adoptada por el pueblo al constituir una Junta compuesta de sólo *siete* miembros titulares y *dos* Secretarios, para formar una tan numerosa que, como sucedió más tarde, cuando se incorporaron á ella los representantes de todas las ciudades que enviaron diputados, hizo imposible todo gobierno, al extremo de ser necesario disolverla, para crear el Triunvirato.

Fácilmente se comprende los motivos á que obedecía esta actitud de la Junta. Buscaba halagar á los Cabildos de las ciudades del litoral y del interior, dándoles participación directa en el Ejecutivo, hasta tanto se constituyese el Congreso General, con el propósito de librar á Buenos Aires de toda sospecha de absorción ó de preeminencia sobre las demás ciudades.

Por otra parte, era necesario prepararse para la guerra, puesto que á ese propósito obedecía el envío de la *Expedición Auxiliadora* al interior. Ese cuerpo de ejército, al mando del Coronel Don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, salía de la ciudad de Buenos Aires á los doce días después de organizada la Junta, y desde el momento de su partida, su actitud era decididamente belicosa, puesto que tenía por principal objeto batir á la reacción que se iniciaba en Córdoba por el Gobernador Intendente Don Juan Gutiérrez de la Concha, ayudado por Don Santiago de Liniers, el Obispo Orellano y otros personajes españoles que, levantando como enseña el estandarte real de Fernando VII, organizaban la resistencia contra la Junta de Buenos Aires, que también invocaba el nombre de Fernando VII, para todos sus actos.



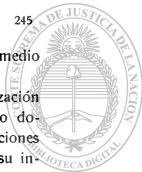
2

LA DICTADURA DE LA JUNTA

Medidas de violencia. — Moreno domina en absoluto. — «Contrato social» incompleto. — Influencia de los libros franceses. — La «Gaceta» y el «Amigo del Pueblo». — Plan de Gobierno. — Cimientos de una nueva República: el rigor y el castigo. — Sus voces: cortar cabezas, arroyos de sangre, sacrificio á todo costo. — Libertad ciega armada de puñal. — Tres clases de individuos: los adictos, los enemigos, los espectadores. — Pena capital para los segundos si tienen talento, riqueza, carácter y opinión. — Sentencia de Liniers y sus compañeros. — La Junta ejerce funciones judiciales. — Escarmiento: base de estabilidad del nuevo sistema. — Orden imperiosa de arcabucear sin perder minutos. — Revolución manchada de sangre. — Fusilamientos en la Cruz Alta. — Narración trágica. — Nieto, Sanz y Córdoba, fusilados en Potosí. — Teorías del «Plan». — Medidas terribles. — Decreto del 31 de Julio 1810. — Delincuencia puramente política. — Arcabuceando sin proceso. — Rompimiento entre el Presidente y su Secretario omnipotente. — Brindis con pena de cadalso ó destierro perpetuo. — Abuso de poder. — Fanatismo ascético y fanatismo revolucionario. — Renuncia de Moreno. — Correo expreso. — Cesan las ejecuciones sangrientas. — La Revolución continúa su grande obra. — Muerte de Moreno. — Castelli, desprestigiado, le sobrevivió muy poco. — Justicia de la posteridad. — Poder dictatorial de la Junta. — Destierro violento é inesperado de Cisneros y de los Oidores. — Otros actos arbitrarios: la destitución del Poder Judicial. — Deposición del Cabildo. — Despoja al pueblo de sus legítimos mandatarios y de la facultad para reemplazarlos. — Impone contribución. — Ordena extrañamientos. — Confisca bibliotecas. — Destituye y nombra Gobernadores. — Impide la reunión del Congreso. — Poder omnímodo sin control ni valla. — Base constitucional de nuestras instituciones: las sanciones del 22, 24 y 25 de Mayo.

Junto con el envío de esa *Expedición Auxiliadora*, comenzaron las medidas de violencia adoptadas por la Junta, para impedir que la contrarrevolución se produjese.

Al censo político de todos los vecinos de la Capital, calificados por sus opiniones; á la delación de sus propios amos, impuesta á los esclavos, ofreciéndoles, como premio, la libertad; al castigo «con rigor al que de obra ó de palabra pretenda sembrar división ó descontentos», siguieron las medidas contra los sospechosos, las confiscaciones y los



destierros, para infundir el respeto á la Junta por medio del terror.

Es este el momento en que toda medida de organización constitucional se paraliza. El Doctor Mariano Moreno dominaba en absoluto sobre la Junta, tanto por las condiciones de su carácter, de una energía indomable, como por su indiscutible talento y su vasta ilustración. Belgrano, más reposado y sereno que aquél, acaso tan ilustrado y, no obstante tener muchos años más que Moreno, sentía la influencia avasalladora de este dominador incansable, que todo lo hacía por sí mismo, pasando los noches en vigilia, y agotando su organismo, minado por la enfermedad que le acechaba para destruirle pocos meses después.

En cuanto á Castelli, instrumento dócil de Moreno, se prestaba á todas las violencias, persuadido de que la Revolución estaba amenazada por todas partes, y que sólo podía imponerse por medio del terror.

En los escritos del Doctor Moreno, estudiados en conjunto y en detalle, se nota una intransigencia fanática de carácter, que á pesar de todas las manifestaciones de sus talentos, se encuentra también en sus arengas.

Acaso esto tenga su explicación, en la evolución sufrida por la mentalidad de Moreno, en los años en que la madurez intelectual estaba en pleno desarrollo.

Moreno fué educado en Chuquisaca, para seguir la carrera eclesiástica, siendo tan completos sus estudios litúrgicos, que, junto con su grado de Doctor en jurisprudencia, obtuvo el de Doctor en cánones.

Más tarde se casó, y, al constituir una familia, sus estudios y sus vuelos intelectuales, tomaron otros rumbos. Sin embargo, en su espíritu había quedado un fondo tan inmenso de convicciones religiosas, que, no sólo en sus escritos de la *Gazeta* invoca á cada momento la intervención de la Divina Providencia, para la inspiración de sus actos ó para



la producción de sus hechos, sino que, cuando entra de lleno en la escuela de los enciclopedistas del siglo XVIII y traduce el « *Contrato Social* » de Rousseau, que él quería difundir en el pueblo como la cartilla del ciudadano, suprimió de su traducción los capítulos en que el autor se ocupa de cuestiones que afectan á la religión.

En la misma redacción de la *Gazeta de Buenos Aires*, que él dirigió, sólo admitía la colaboración de aquellos escritos que no atacasen el dogma religioso, ó á la integridad de la patria ó á los actos del gobierno.

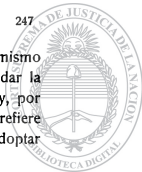
Sobre el espíritu de Don Mariano Moreno, los libros franceses ejercieron la fatal influencia que pesó sobre la humanidad entera, en los primeros años del siglo XIX.

El creía que « el árbol de la libertad necesitaba ser regado con sangre, para que produjera ópimos frutos ».

Hemos hablado, en otro lugar, de un escrito atribuido al Doctor don Mariano Moreno, y cuyas vastas proporciones impiden su reproducción. Si, efectivamente, le pertenece, bastaría su lectura para juzgarle como estadista, como político, y, sobre todo, como *revolucionario*, puesto que, en algunos de sus párrafos, parece haberse inspirado en los artículos de Marat, en el « *Amigo del Pueblo* ».

Nos referimos al « *Plan de las operaciones que el Gobierno Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, debe poner en práctica, para consolidar la grande obra de nuestra independencia* » de cuyo documento hemos transcrito un párrafo en uno de los capítulos anteriores, y del que vamos á hacer, ahora, algunas otras transcripciones ⁽¹⁾.

(1) Para comprender la transcripción que hacemos en el texto, nos es indispensable explicar aquí, el origen de ese documento que, como ya lo hemos dicho, fué publicado por primera vez en la página 447 del único volumen de los *Escritos de Mariano Moreno*, editado por la extinguida sociedad literaria « El Ate-neo ». El documento ocupa 120 páginas del volumen, comprendiendo todo un



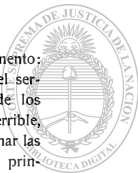
El objeto del trabajo de que tratamos, según su mismo epígrafe lo dice, era adoptar un plan « para consolidar la grande obra de nuestra libertad é independencia », y, por consiguiente, todo el *Plan* de que nos ocupamos, se refiere exclusivamente á las medidas que se habían de adoptar con ese objeto.

« Los cimientos de una nueva República,—dice uno de « sus párrafos, — nunca se han cimentado *sino con el rigor y el castigo, mezclados con la sangre derramada de todos aquellos miembros que pudieran impedir sus progresos.* »

vasto plan político y militar, en el que su autor trata de todas las cuestiones de guerra é internacionales pendientes en esos momentos. Lleva la fecha de 30 de Agosto de 1810; es decir, cuatro días después de los fusilamientos de la Cruz Alta. La intervención que ha tomado en la copia de ese documento un hombre tan circunspecto y erudito como el Doctor Amancio Alcorta, nos ha hecho acordarle la fe que le atribuimos al transcribir algunos de sus párrafos. He aquí la nota puesta por los editores al pié del documento aludido:

« El documento que antecede lleva al pié la siguiente nota: « El presente plan es copia de la copia del mismo original que con dicha fecha fué presentado á la Junta, cuya copia del original es de puño y letra del mismo Moreno, y los demás documentos que lo encabezan son copias de los mismos originales que están incluidos y se conservan para su debido tiempo en poder de quien mandó la copia presente de Buenos Aires, que obtuvo de resultas de haber desterrado la Junta á un individuo, sorprendiéndolo que era íntimo amigo de Moreno, quien fué depositario de varios papeles interesantes cuando el citado vocal caminó á Lóndres, y por consecuencia de la dicha sorpresa y destierro de este último, fué depositario de varios intereses y papeles el mismo individuo, cuyo nombre en general se reserva por las circunstancias de sus haberes y persecuciones del día, hasta su debido tiempo. »

« El señor Eduardo Madero, cuando preparaba su historia del puerto de Buenos Aires, encontró el documento anterior en el Archivo General de Indias de Sevilla, é hizo sacar de él una copia; pero, como no le fuera útil para su obra, envió dicha copia al señor General Don Bartolomé Mitre. Este, á mediados del corriente año, tuvo la fineza de ofrecerla al Ateneo, para que el documento se incluyera entre los escritos de Moreno. Sin embargo, no fué posible aprovechar la copia ofrecida por el señor General Mitre, porque se le había extraviado, y á pesar de todo su empeño no logró encontrarla. Entonces, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alcorta, se sirvió pedir á España una nueva copia. Esta es la que se ha utilizado en la presente publicación. »



Más adelante, en otro párrafo, dice el mismo documento:

« Hay hombres de bien (si cabe en los ambiciosos el ser-
« lo), que detestan verdaderamente todas las ideas de los
« gobiernos monárquicos, cuyo carácter se les hace terrible;
« y que quieren, *sin derramamiento de sangre*, sancionar las
« verdaderas libertades de la patria; no profesan los prin-
« cipios abominables de los turbulentos, pero, como tienen
« talento, algunas virtudes políticas y buen crédito, son otro
« tanto más de temer; y á estos, sin agraviarlos *debe sepa-*
« *rárseles*; porque, unos por medrar, otros por mantenerse,
« cuáles por inclinación á las tramas, cuáles por la ambición
« de los honores, y el menor número por el deseo de la
« gloria, ó, para hablar con más propiedad, por la vanidad
« de la nombradía, *no son propios, por su carácter, para*
« *realizar la grande obra de la libertad americana, en los*
« *primeros pases de su infancia.* »

Luego, el autor del *Plan* se ocupa de algunas máximas políticas, que cree que deben tenerse presentes por los miembros de la Junta, y, recordando que el trabajo le ha sido encomendado especialmente para servir de norma á la marcha del gobierno, justifica sus ideas, entre otros, con el siguiente párrafo importantísimo:

« Y en consecuencia, creería no haber cumplido, tanto
« con la comisión con que se me ha honrado, como con
« la gratitud que debo á la patria, *si no manifestase mis*
« *ideas según y como las siente el corazón más propias, y*
« los conocimientos que me han franqueado veinte y cinco
« años de estudios constantes sobre el corazón humano, en
« cuyo, sin que me domine la vanidad, creo tener algún
« voto en sus funciones intelectuales; y, por el contrario, si
« moderando mis reflexiones no mostrase los pasos ver-
« daderos de la felicidad, sería un reo digno de la mayor
« execración; y así, *no debe escandalizar el sentido de mis*
« *voces de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar á toda*



«*costa*», aun cuando tengan semejanza con las costumbres
«*de los antropófagos y caribes*. Y sino ¿por qué nos pintan
«*á la libertad ciega y armada de un puñal*? Porque nin-
«*gún estado envejecido ó provincias, pueden regenerarse,*
«*ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de*
«*sangre.*»

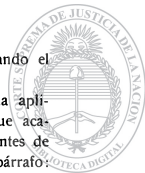
De acuerdo con estas doctrinas, el autor del *Plan* establece que «en toda revolución, hay tres clases de individuos: la primera, los adictos al sistema que se defiende; la segunda, los enemigos declarados y conocidos; la tercera, los silenciosos espectadores.»

No nos ocuparemos de lo que allí se dice respecto á dos de esas tres clases de individuos, limitándonos, simplemente, á transcribir lo que el autor del *Plan* aconseja que se haga con los individuos de la segunda clase, es decir, *los enemigos declarados y conocidos*.

Figura como lógica reflexión de aquel plan, la siguiente:

«Con los segundos, debe observar el gobierno una conducta muy distinta, y *es la más cruel y sanguinaria*; la menor especie debe ser castigada, y aun en los juicios extraordinarios de asuntos particulares, *debe siempre pre-ferirse al patriota, porque, siendo una verdad el ser amante de su patria, es digno á que se le anteponga y se forme de él, no sólo el mejor concepto, sino que también se le proporcione la mejor comodidad y ventajas*: es lo primero; y lo segundo, porque, aprisionando más su voluntad, se gana un partidario y orador que forma con su adhesión, una parte sólida de su cimiento.»

Luego agrega: «Igualmente con los segundos, *la menor semiprueba de hechos, palabras, etc., contra la causa*, DEBE CASTIGARSE CON PENA CAPITAL, PRINCIPALMENTE CUANDO CONCUERDEN LAS CIRCUNSTANCIAS DE RECAER EN SUJETOS DE TALENTO, RIQUEZA, CARÁCTER Y DE ALGUNA OPINIÓN, pero cuando recaiga en quienes no concurren



« éstas, puede tenerse alguna consideración, moderando el castigo. »

Y, en el párrafo 7º, como si quisiese hacerse una aplicación inmediata y especial al sangriento drama que acababa de desarrollarse en la Cruz Alta, cuatro días antes de la fecha que lleva el *Plan*, se consigna el siguiente párrafo:

« Consiguientemente, cuando caigan en poder de la patria, de estos segundos exteriores ó interiores, como *gobernadores, capitanes generales, mariscales de campo, coroneles, brigadieres*, y cualquiera otros de los sujetos que obtienen los primeros empleos de los pueblos, que aún no nos han obedecido, y cualquiera otra clase de personas de *talento, riqueza, opinión y concepto, principalmente las que tienen un conocimiento completo del país, su situación, caracteres de sus habitantes, noticias exactas de los principios de la Revolución y demás circunstancias de esta América*, DEBE DECAPITÁRSELOS; lo primero, porque son unos antemurales que rompemos de los principales que se opondrían á nuestro sistema por todos los caminos; lo segundo, porque el ejemplo de estos castigos es una valla para nuestra defensa, y, además, nos atraemos el concepto público; y lo tercero, *porque la patria es digna de que se le sacrifique estas víctimas, como triunfo de la mayor consideración é importancia para su libertad*, no sólo por lo mucho que puede influir en alguna parte de los pueblos, sino que, dejándolos escapar, podría la uniformidad de informes perjudicarnos mucho en las miras de las relaciones que debemos entablar. »

No queremos seguir más adelante con las transcripciones, debiendo, sí, hacer notar que, entre los medios eficaces que se recomiendan como medidas que deben adoptarse por el gobierno, entran, no sólo el premio á la delación, sino también, las falsas acusaciones producidas contra los enemigos, por medio de cartas anónimas que se les dirijan por el co-



rreo, donde serían secuestradas, haciéndoles por ellas responsables, sin aceptarles explicaciones ni vindicaciones de ninguna especie (¹).

No vamos á discutir, si este plan de gobierno pertenece ó no al Doctor Don Mariano Moreno; pero podemos afirmar, en presencia de los primeros actos de la Junta Gubernativa á que él pertenecía, que esas ideas fueron las que dominaron en los acuerdos de los gobernantes de aquellos días.

Al poco tiempo de marchar la expedición auxiliadora al interior, ya se conocía en Buenos Aires la actitud asumida por el gobernador Don Juan Gutiérrez de la Concha y el General Liniers, promoviendo la reacción en contra de la autoridad de la Junta que funcionaba en Buenos Aires.

Erigiéndose en árbitro supremo de vidas, sin forma de juicio y procurando evitar el contagio de la opinión, que no podía aceptar semejantes hechos, el 28 de Julio de 1810 se dirigía «A la Junta de Comisión de la Expedición á las Provincias Interiores», firmada por *todos los miembros de la Junta Gubernativa*, una nota, cuyos términos, cuya redacción y cuyo fondo, pueden colocarse al lado de los más tremendos párrafos que acabamos de transcribir del *Plan* atribuído al Doctor Moreno.

Nos referimos al documento que, con razón, figura en la historia con el nombre de *Sentencias de Liniers y sus compañeros*, y cuyo texto literal, dice así:

«Los sagrados derechos del Rey y de la Patria, han ar-

(¹) *Documentos Justificativos*, número 13; Plan de gobierno atribuido al Doctor Moreno (en extracto). Allí se encontrarán, también, la nota dirigida por Don Manuel Belgrano á la Junta, pidiendo el nombramiento de una comisión encargada de la redacción de ese plan, así como el decreto de aquélla, nombrando al efecto á su Secretario el Doctor Don Mariano Moreno. Los párrafos que hemos elegido para incluir en este *Apéndice*, son aquellos que se refieren especialmente á medidas de rigor en contra de los enemigos de la Revolución.



« mado el brazo de la justicia, y esta Junta, ha fulminado
« sentencia contra los conspiradores de Córdoba, acusados
« por la notoriedad de sus delitos, y condenados por el vo-
« to general de todos los buenos. La Junta manda que sean
« arcabuceados Don Santiago Liniers, Don Juan Gutiérrez
« de la Concha, el Obispo de Córdoba, Don Victorino Ro-
« dríguez, el Coronel Allende y el Oficial Real Don Juan
« Moreno. En el momento que todos ó cada uno de ellos
« sean pillados, sean cuales fuesen las circunstancias, se eje-
« cutará esta resolución, sin dar lugar á minutos que pro-
« porcionasen ruegos y relaciones capaces de comprometer el
« cumplimiento de esta orden y el honor de U. S. Este es-
« carmiento debe ser la base de la estabilidad del nuevo
« sistema, y una lección para los jefes del Perú, que se
« abandonan á mil excesos por la esperanza de la impuni-
« dad; y es, al mismo tiempo, la prueba fundamental de la
« utilidad y energía con que llena esa expedición los impor-
« tantes objetos á que se destina.»

Esta sentencia de muerte colectiva, dictada por un Poder Ejecutivo al que se le había prohibido expresamente el ejercicio de las funciones judiciales, es la más alta nota del terror que quiso imponerse por la Primera Junta Directiva de Gobierno, en nombre de la necesidad de mantener la independencia de América.

Fué tal el efecto que produjo esta orden, que el jefe de la expedición al interior, Coronel Ortiz de Ocampo, no tuvo valor para cumplirla.

Antes de recibirla, Balcarce había salido en comisión, para tratar de detener á Concha, Liniers y sus compañeros, que el 31 de Julio habían salido de la ciudad de Córdoba, después de haberse disuelto todas sus fuerzas.

Como anteriormente Ocampo hubiera recibido otra nota de Moreno, fechada el 13 de Julio en la que se le orde-
naba la prisión y no la muerte de aquéllos, diciéndole que



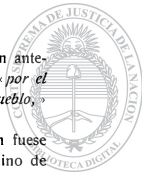
«irremisiblemente deben venir presos á esta ciudad, con «segura custodia: el Obispo, Concha, Liniers, Rodríguez, «Allende, el Oficial Moreno, el Alcalde Piedra y el Síndico Procurador,» recomendándole que en esto «no debe «oírse la voz de Funes ni relación alguna, sino ejecutar «á ciegas y á todo trance la prisión de esas personas y «remitirlas con toda seguridad», Ocampo se creyó facultado para no dar inmediatamente cumplimiento á la sentencia de muerte, dada la excitación que semejante medida producía entre los mismos patriotas, entre ellos Funes, que, en Córdoba, secundaba el movimiento revolucionario.

Presos todos aquellos cuya detención se ordenaba, menos Piedra, que se ocultó y el Procurador Mier, que fué indultado, Ocampo los envió á Buenos Aires bajo segura custodia, como se le había ordenado, en tanto que, por un correo extraordinario, se comunicaba á la Junta cuál era la situación de los ánimos en Córdoba, trasmitiéndose las opiniones del deán Funes y otros notables, en contra de la ejecución.

Lleva la fecha de 10 de Agosto la valiente comunicación en que el Coronel Ortiz de Ocampo asume, por sí solo, la responsabilidad de no dar cumplimiento á la sentencia, dictada contra Liniers y sus compañeros, que ordenaba que fuesen *arcabuceados* sin pérdida de minutos, una vez que fuesen aprehendidos.

Para no tener que volver sobre este punto, diremos aquí que esa actitud del jefe de la expedición auxiliadora al interior, no sólo le valió su destitución, reemplazándole con Balcarce, sino que, desde entonces, cayó en completo descrédito entre los revolucionarios, viéndose perseguido y despreciado, no obstante que había sido nombrado diputado por el Cabildo de La Rioja.

Una nueva comunicación de la Junta Gubernativa, en términos perentorios y violentos, fechada el 18 de Agosto de



1810, y en la que se hacía relación de la suspensión anterior de la ejecución de Liniers y sus compañeros, «*por el « movimiento de dolor que se observaba en todo el pueblo, »* reiteró la orden imperiosa de ejecutar á los reos.

Otros incidentes impidieron que esta nueva orden fuese cumplida inmediatamente; hasta que, yendo en camino de Córdoba á Buenos Aires, se incorporó á la escolta que custodiaba á los presos, el Comandante don Domingo French, que venía á tomar el mando de ella.

El 26 de Agosto de 1810, en un bosque situado en las inmediaciones del paraje llamado *la Cruz Alta* (ó *la Cabeza del Tigre*), todos los condenados fueron formados en fila, con excepción del Obispo Orellanos, respetado por su carácter sacerdotal, y, en esa actitud, oyeron la lectura de su sentencia de muerte, hecha por el doctor Castelli, que debió acompañar la expedición auxiliadora desde el principio.

Sólo cuatro horas se les concedió para arreglar sus asuntos y prepararse á morir.

A pesar de encontrarse allí don Nicolás Rodríguez Peña, y el Teniente Coronel de Húsares don Juan Ramón Balcarce, la orden fué cumplida, después de haberse confesado Liniers y Allende con el Obispo Orellanos, y Concha, Rodríguez y Moreno, con el Padre Giménez, que, más tarde, debía hacer una dramática narración de esta tragedia.

Castelli ordenó que los cadáveres fueran llevados á la Cruz Alta, y enterrados en una zanja abierta junto al muro de la iglesia, por algunos soldados de la escolta. Cuenta la tradición que, cuando las tropas de Buenos Aires hubieron seguido su marcha, un fraile mercedario, cura de la Cruz Alta, exhumó los cadáveres y les dió sepultura en el cementerio, colocando sobre su tumba una humilde cruz de madera, sobre la que se inscribieron las iniciales del apéllido de cada uno de los ejecutados.

La Revolución de 25 de Mayo de 1810, pacífica y blanca



en sus albores, acababa de ser manchada con sangre, inútilmente derramada.

Era el sistema del terror que comenzaba. Debía continuarse, pocos meses después, por los mismos autores, — Moreno y Castelli, — con el fusilamiento de Nieto, Sanz y Córdoba, después de la victoria de Suipacha.

En la ciudad de Buenos Aires, no eran menos violentas las medidas que se adoptaban. Cualquier incidente, daba lugar á las ampulosas arengas de Moreno, en las que siempre la amenaza iba mezclada al consejo.

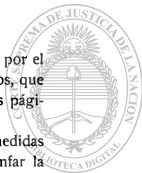
Con motivo de un incidente insignificante, — algunas injurias hechas á un Fiscal del Crimen, — se dictó la proclama de 11 de Junio de 1810, en la que, entre otras medidas de violencia, se dispone que «Se prenda y castigue con rigor « al que, de obra ó de palabra, pretenda sembrar divisiones « ó descontento »; y « se declara responsable ante el gobierno « á cualquiera que no avise todo proyecto ó conspiración « contra las autoridades, ó contra la seguridad de algunos « particulares » (1).

Esto importaba llevar las prohibiciones hasta el pensamiento, puesto que no sólo se castigaba la *obra*, sino hasta la *palabra* que pudiese interpretarse como una manifestación tendente á sembrar divisiones ó á producir descontentos. Importaba algo más: importaba erigir la delación en obligación patriótica, sujeta á las severas penas que entonces se aplicaban.

Todas estas medidas, desde el fusilamiento de Liniers adelante, adoptadas por la Junta Gubernativa, encuadran perfectamente dentro de las teorías y los consejos del *Plan* atribuido al Doctor Don Mariano Moreno.

Y, si eso no fuese suficiente todavía, aún pueden recor-

(1) *Documentos Justificativos*, número 14, Medidas para la conservación del orden público.



darse otros documentos, indiscutiblemente redactados por el Doctor Moreno, con trascendentales propósitos políticos, que la historia ha recogido y consagrado como una de las páginas más salientes del gobierno de aquellos días.

Como por el momento sólo nos ocupamos de las medidas de crueldad adoptadas por la Junta para hacer triunfar la Revolución, vamos á recordar el célebre decreto de 31 de Julio de 1810, adoptando medidas extraordinarias de orden público, con motivo de la situación creada por las resistencias de Montevideo, del Paraguay y del Alto Perú.

La Junta fundaba su nueva actitud, « por cuanto la mo-
« deración y la templanza no producen fruto alguno y son
« repetidos los desengaños de esta Junta Gubernativa, que
« ve convertidas en desprecio de las leyes las medidas sua-
« ves con que ha procurado reducir á los discolos á su
« deber, y que algunos hombres que debieran avergonzarse
« de su origen y sus principios, han huído, asombrados de
« sus mismos delitos, y para hallar protección en nuestros
« hermanos de la Banda Oriental, fingen saqueos y desastres
« que, aunque quedan desmentidos á los dos días, logran inti-
« midar en el momento y arrancar un favor á que no son
« acreedores. »

Con el objeto de *contener estos males*, la Junta adoptó una serie de medidas tales, que bastarían ellas solas para revelar dos cosas: que sus autores estaban inspirados en los decretos de la Convención Francesa, á la que tomaban por modelo de sus actos; y que si ellos no redactaron el *Plan de Gobierno* de que nos hemos ocupado en este Capítulo, por lo menos pensaban como los que lo hicieron, y ponían en práctica sus doctrinas.

La primera de las resoluciones que se publicaron por bando en la ciudad de Buenos Aires, el 31 de Julio de 1810, es decir, dos meses después de la Revolución que se hacía en nombre de la libertad y el derecho, establecía que: « A



« todo individuo que se ausente de esta ciudad sin licencia
« del Gobierno, *le serán confiscados sus bienes, sin necesi-*
« *dad de otro proceso que la sola constancia de su salida.* »

Es esto mismo lo que hicieron los revolucionarios franceses, cuando declaraban bienes nacionales todas las propiedades de los nobles que se hubieran ausentado del territorio de la Francia, por temor de la guillotina.

Es tal el horror que ese decreto ha producido en la misma posteridad que hoy goza de los beneficios de la Revolución de Mayo, lo que ha hecho que los Constituyentes Argentinos, al organizar definitivamente la República, hayan escrito en su Constitución un artículo terminante que prohíbe la confiscación de bienes, reconociendo, así, el principio de que la propiedad es inviolable, que ella es *sagrada*, como lo declararon los ingleses desde los tiempos de la *Magna Charta*.

Pero ese famoso decreto, calificado de *terrible* con razón por algunos de nuestros historiadores, iba aún mucho más lejos.

La segunda de sus disposiciones, establecía que: « Todo patrón de buque que conduzca pasajeros sin licencia del gobierno, *irá á la cadena por cuatro años y el barco que- dará confiscado.* »

Este gobierno revolucionario, al que el pueblo, al constituirlo, le había quitado toda facultad judicial, abusaba de su poder dictando sentencias, que imponían penas crueles, sin siquiera la formación de juicio. Nuestros Constituyentes, también, debieron tener presente esta disposición del decreto de 31 de Julio, cuando, para amparar á los habitantes del país contra los abusos de sus mandatarios, prohibieron hasta al mismo Congreso, dictar leyes que importen sentencias, dejando abierto el amplio camino de los Tribunales de Justicia, — la Suprema Corte Federal, — para recurrir ante ellos contra toda violación de estas disposiciones.

Pero esto no es todo: la Junta en sus primeros días de



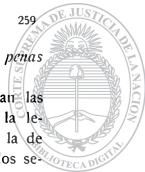
gobierno, había dictado medidas ordenando que se entregasen á la autoridad, todas las armas que estuviesen en poder de particulares. Creado el conflicto armado con Montevideo, se tuvieron denuncias de que los españoles residentes en Buenos Aires, conservaban en su poder algunas armas, que tratarían de pasar á la Banda Oriental, burlando la vigilancia de las autoridades.

Para impedir esto, la tercera disposición del decreto de 31 de Julio de 1810, establecía que: « Toda persona á quien « se encuentre armas del Rey, contra los Bandos en que se « ha ordenado su entrega, será castigada con todo género « de penas, *sin exceptuar el último suplicio*, según las circunstancias. »

La monstruosidad de esta medida, no necesita ser comentada. El único delito de los definidos por el derecho penal, que pudiera atribuírse á los que ocultasen armas, con propósitos subversivos para el Gobierno, sería el de sediciosos ó el de conspiradores, lo que importa decir que su delincuencia sería puramente política. En nuestra Constitución actual, está terminantemente prohibida la aplicación de la pena de muerte, para todos los delitos políticos, habiéndose llegado hasta sostener, en nuestros Tribunales, que el atentado personal contra el Presidente de la República, procurando asesinarle, era un delito puramente político, al que no podía aplicársele la pena de muerte.

Esto demuestra que las generaciones que gozamos de la patria que constituyeron los hombres de la Revolución de Mayo de 1810, hemos entendido que los verdaderos principios de las libertades, están reñidos con las monstruosas disposiciones de aquel decreto de 31 de Julio que venimos comentando.

Menos cruel, pero no más justa, era la disposición que contenía el artículo 4º de aquel decreto, y que establecía: « Todo el que vierta especies contra europeos ó contra pa-



« tricios, fomentando división, *será castigado con las penas que establecen las leyes contra la sedición.* »

No se determinan aquí, taxativamente, cuáles serían las penas aplicables, pero es bueno tener presente, que la legislación española en vigor en aquella época, incluía la de muerte entre las penas posibles de ser aplicadas á los sediciosos.

Sin embargo, no era ambiguo el artículo 5º y último del terrible decreto. Por él se establecía que: « Todo aquel á quien se sorprendiere correspondencia con individuos de otros pueblos, sembrando divisiones, desconfianzas ó partidos contra el actual Gobierno, *SERÁ ARCABUCEADO sin otro proceso que el esclarecimiento sumario del hecho.* »

Buenos Aires debió encontrarse, entonces, bajo la presión de un terror muy semejante al que la historia nos cuenta que experimentaba la Francia cuando funcionaba el terrible Tribunal Revolucionario, que en juicios sumarios y brevísimos, envió á la guillotina millares de personas.

Felizmente, esas crueldades que exhibía la Junta en sus documentos, no tuvieron ejecución, y es probable que el pueblo mismo no lo habría consentido.

Sin embargo, es indudable que esas medidas eran las que dominaban el espíritu de don Mariano Moreno, porque está comprobado que todas estas disposiciones en que se imponen penas excesivas é injustas, incluso la de muerte, eran personalmente inspiradas y redactadas por el mismo (¹).

(¹) Cuando el Coronel Don Cornelio de Saavedra fué sometido á un juicio de residencia por la Asamblea Constituyente de 1813, desde San Juan, donde entonces se encontraba desterrado, envió al apoderado que lo representaba en ese juicio, las instrucciones que debían servirle para su defensa, en un documento, fechado el 3 de Agosto de 1814, y que comprende sesenta y seis parágrafos, respondiendo cada uno de ellos á alguno de los cargos que se le formularon.

Ocupan varios de esos parágrafos, los descargos presentados por Saavedra contra la acusación de *Despotismo* que se le había hecho. El que lleva el número



En otro decreto, célebre porque fué el que produjo el rompimiento definitivo entre el Presidente de la Junta, Saavedra, y su omnipotente secretario Moreno; en el dictado el 6 de Diciembre de 1810, del que tendremos ocasión de ocuparnos más adelante, con motivo de los sucesos que se produjeron en esos días; en ese decreto, decíamos, im-

40 de aquéllos, es perfectamente pertinente, como complemento de lo que decimos en el texto.

Lo transcribimos literalmente, tal como ha sido publicado en distintas ediciones:

· El segundo hecho, fué cuando se trató de sentenciar la causa de los Capitulares de 1810, por el reconocimiento que hicieron secretamente del Consejo de Regencia creado en Cádiz por la disolución de la Junta Central. Concluida la causa, y puesta en estado de resolución, se trató en Junta y principió la votación por el Doctor Moreno, quien, después de ponderar la gravedad del crimen *concluyó opinando por la decapitación de todos ellos*. Yo, que conocía el influjo de este individuo, y partido que ya tenía, *horrorizándome de los fatales resultados que podría originarse por la muerte de diez individuos relacionados y emparentados con parte muy considerable de la sociedad*, tomé la palabra, y dirigiéndome con entereza á Moreno, le dije: Eso sí, Doctor; *eche usted y trate de derramar sangre*; pero esté usted cierto que, si esto se acuerda, *no se hará*: yo tengo el mando de las armas y, para tan perjudicial ejecución, protesto desde ahora no prestar auxilio.—Los demás señores vocales, en efecto, no opinaron en su votación como había indicado aquél, y el delito de los Capitulares se castigó con las penas y multas pecuniarias que todos saben. »

Completando esos datos sobre el sistema del terror implantado por el Doctor Moreno en esa época, el mismo Saavedra, en sus *Memorias*, escritas muchos años después que las *Instrucciones*, dice lo siguiente:

· Los más de los días se traía á la Junta listas de hombres que se decía eran contrarios á la causa y al gobierno, solicitando su destierro ó separación de esta ciudad y aun de la Provincia. Como ellas eran apoyadas por algunos individuos de la misma Junta, al principio surtieron los efectos que los delatores se habían propuesto; más eran tan repetidas estas listas, *que ya no me fué posible dejar de manifestarme contrario á su ejecución*. No se sabía quiénes eran los delatores, no se probaba ni acreditaba con hechos, ni documentos, los intentos de subversión del sistema de que se acusaba á aquellos hombres. No se les quería oír ni convencer, como era justo, aun cuando hubiesen habido pruebas de ello. Eran, por otra parte, padres de familia, no pocos de los comprendidos, otros mercaderes y negociantes; en fin, tenían un positivo derecho para no ser removidos del seno de sus amigos, sin previamente ser condenados de crímenes etc. »



niendo pena á un empleado subalterno, por un brindis pronunciado en un banquete, proclamando *Emperador* á Saavedra, Moreno decía: «Habiendo echado un brindis don «Atanasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente, y atacó los derechos de la patria, *debía perecer en un cadalso*; por el estado de embriaguez en que se hallaba, *se le perdona la vida*, pero se destierra perpetuamente de esta ciudad, porque un habitante de Buenos Aires, *ni ebrio ni dormido*, debe tener impresiones contra la libertad de su país.»

Este decreto ha sido aplaudido por historiadores argentinos, presentándolo como un alto rasgo de carácter y de energía de Don Mariano Moreno.

Nosotros pensamos que la historia no debe formarse con el panegírico y laudatoria de los próceres, sino con la apreciación imparcial de sus actos, hecha con el criterio de la justicia y de la moral, que pertenecen á todos los tiempos y á todas las situaciones.

Pretender que merece la pena de muerte un joven insensato, que, bajo la presión del alcohol, trata de adular á su superior, saludándole como *Emperador*, y castigarle con el destierro perpetuo porque, *ebrio*, se atrevió á pronunciar esas palabras, no es ejercer actos de gobierno, sino abusar del poder con la más torpe tiranía, no obstante que el acto lo produzcan hombres de la talla de los que formaban la Junta Gubernativa en 1810.

Comprendemos que, en esos días, era necesario usar de la violencia y de la coerción, para mantenerse en el poder y llevar adelante los propósitos revolucionarios; pero no comprendemos que, sin un extravío intelectual, producido por las mayores exageraciones del patriotismo, pudiera llegarse hasta donde llegaron aquellos hombres, sobre todo Don Mariano Moreno y Don Juan José Castelli.

En el lenguaje ampuloso de los documentos de la época,



se advierte la influencia incesante que la Revolución Francesa ejerció sobre sus autores. Los episodios de aquella gran tragedia, que asombró al mundo, habían formado el puente por donde pasó Moreno, de su fanatismo ascético de sacerdote en preparación, á su fanatismo patriótico de revolucionario en ejercicio del gobierno.

Cuando se estudia la obra de Moreno, á la luz que le prestan las referencias de sus contemporáneos y su propia acción en la Junta, el espíritu se siente piadosamente arrasado á explicar muchos de sus actos, como el producto fatal de sus nervios enfermos, excitados constantemente por el mal que le acechaba tan de cerca y que, pocos meses después, le arrebató la vida.

¡Parece cosa providencial, y capaz de inspirar cavilaciones á esos seres preocupados con las combinaciones de lo desconocido y de lo infinito!

La Revolución del 25 de Mayo de 1810, á pesar de su exaltación popular, se produjo sin derramar una gota de sangre, y sin que la acción eficiente de Moreno y de Castelli, se sintiese en esos días.

Nombrada la primera Junta, ambos entran á formar parte de ella, y son la inteligencia que inspira y ordena las ejecuciones sangrientas y el brazo implacable que cumple aquellas órdenes con precipitación.

Moreno redacta la cruel sentencia que condenó á «*ser arcabuzados, sin pérdida de minutos*», al Teniente General Don Santiago de Liniers, al General Don Juan Gutiérrez de la Concha, al Coronel Don Santiago Allende, al Oidor Fiscal Doctor Victorino Rodríguez y al Ministro de las Cajas reales Don Joaquín Moreno,—y Castelli, personalmente, hizo cumplir esa sentencia, como ya se ha narrado, á las cuatro horas después de incorporarse á la expedición que traía á los presos para Buenos Aires.

Cuando la indignación popular en esta ciudad y en Cór-



doba, condenó esa inútil carnicería, Moreno hizo publicar un manifiesto, digno del *Comité de Salud Pública* que funcionaba en París durante la Revolución.

« Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas,—decía,—*á la salud de tantos millones de inocentes. SÓLO EL TERROR DEL SUPLICIO PUEDE SERVIR DE ESCARMIENTO A SUS CÓMPlices* ».

El autor del famoso *Plan de Gobierno*, no habría redactado de otra manera este párrafo! ...

Pocos meses después, cuando el triunfo de las batallas acompañó á las armas patriotas, con el pretexto de vengar la muerte de aquéllos que habían sido condenados por un Tribunal Militar de La Paz,—Moreno ordenó el fusilamiento del Mariscal de Campo Don Vicente Nieto, del Capitán de Navío Brigadier General Don José de Córdoba y Rojas y del Gobernador Intendente de Potosí, Don Francisco de Paula Sanz. Castelli, como representante y delegado de la Junta en el Ejército Libertador del Alto Perú, les hizo ejecutar en la Plaza Mayor de Potosí, el 15 de Diciembre de 1810, mucho tiempo después de tenerles prisioneros.

Moreno renunció su puesto en la Junta, tres días después,—el 18 de Diciembre,—é inmediatamente se despachó un correo expreso, con orden de ganar horas, llevando una comunicación para el representante de la Junta en la que, se le decía que: «Se perdonaba á esos reos y se mandaba *á Castelli que no ejecutase á nadie más* » (1).

Efectivamente: las ejecuciones sangrientas cesaron, y desde entonces, la Revolución continuó su grande obra, ganando batallas, pero no fusilando vencidos.

Don Mariano Moreno, el espíritu que animaba el brazo de Castelli, murió muy pocos meses después,—el 4 de Marzo de 1811,—á bordo del buque que le llevaba á Eu-

(1) *Revista del Archivo*, tomo VIII, página 197.



ropa como plenipotenciario de la Junta ante el Gobierno de Inglaterra.

Era tanta la vehemencia de aquel hombre en sus entusiasmos sinceros y en sus fanatismos patrióticos, que la posteridad ha aceptado como el mejor epitafio para su tumba, la frase que pronunció Saavedra al recibir la noticia de su muerte:

—Era menester tanta agua, para apagar tanto fuego!

Su colaborador en la tarea de obtener la obediencia y el triunfo por el terror y el exterminio,—el doctor Juan José Castelli,—le sobrevivió muy poco.

Desprestigiado y perseguido, después de la derrota de Huaquí, el doctor Castelli murió en la ciudad de Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1812.

Fueron los dos más activos é infatigables actores de la Revolución, desde su puesto de miembros de la Primera Junta Gubernativa, y fueron también, los primeros en salir de ella y en desaparecer de la escena, arrebatados por la muerte.

Sin embargo, la posteridad debe hacerles justicia: —fueron sinceros y patriotas en los propósitos que les guiaban en todos los momentos.

Moreno había encarnado en sí mismo el espíritu de la Revolución, y se consideraba el representante genuino del pueblo, cuyo pensamiento creía interpretar en todos sus actos de gobierno. Quería, á la vez que la independencia, la organización constitucional del país, y es por esto que se ve en sus actos una sucesión alternativa de esas medidas violentas y dictatoriales, al lado de otras que muestran su verdadera preocupación por ilustrar al pueblo y por sentar bases á la futura Constitución de la patria.

Ningún móvil ni ambición personal le guiaba, tenía fuego en la mente é inspiración en el alma, pero acaso había exceso de vibración en los nervios de su organismo delicado.

Para alcanzar sus propósitos, que representaban, siempre,



ideales trascendentales, era tan radical como Machiavello y sus *grandes maestros*, los revolucionarios franceses, á los que aludía con frecuencia, citándoles como modelo: creía que todos los medios eran buenos, para llegar á los altos fines que se proponía.

Fué por esto que, con prescindencia de las medidas de que acabamos de ocuparnos, tendentes sólo á sembrar el terror en los adversarios, la Junta Gubernativa, desde sus primeros pasos, se constituyó en un poder dictatorial, que no respetó ni siquiera las mismas sanciones del pueblo y del Cabildo, que le habían dado origen.

Después de haber decretado el respeto y la conservación de sus honores y sus sueldos para el antiguo Virrey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, la Junta resolvió desterrarle á España, fletando, al efecto, un buque para que le condujese directamente á Europa, cosa que se verificó en una forma violenta é inesperada para el Virrey destituido.

Llamado á la Fortaleza en la tarde del 22 de Junio de 1810, en momentos en que terminaba de escribir su Informe al Rey de España, y sin que lo hubiera firmado todavía, fué embarcado esa misma tarde á bordo de un buque inglés, proporcionado por el miembro de la Junta Don Juan Larrea, que se convirtió en el fiador del Capitán, que se obligó, por contrato, á no tocar en ningún puerto de América, y á entregar á Cisneros y á los Oidores de la Audiencia, que también fueron desterrados, á la autoridad española que gobernase en las islas Canarias.

A este acto arbitrario, puede unirse la destitución del poder judicial, representado por la Audiencia, y la integración de ésta con los Doctores José Darragueira, Vicente Echevarría, Pedro Medrano y Simón de Cossio, cuyo elogio hacía el mismo decreto de sus nombramientos (¹).

(¹) *Documentos Justificativos*, número 15, Integración de la Real Audiencia.



La base de la Revolución de Mayo fué el Cabildo de la ciudad de Buenos Aires, que presidió el Congreso General en su célebre sesión del 22. Tanto ese día como en los sucesivos, el Cabildo era la autoridad en que el pueblo había depositado su confianza, primero para constituir la Junta y, luego, para su satisfacción, le reservó también a ese cuerpo, la facultad de estar «muy á la mira de sus operaciones (las de la Junta) y, caso no esperado, que faltasen á sus deberes, *proceder á la deposición* con causa bastante justificada, reasumiento el Cabildo, para este solo caso, la autoridad que le ha conferido el pueblo.»

Esta garantía de la vigilancia del Cabildo sobre los actos de la Junta, se encuentra repetida en las actas del 22, del 24 y del 25 de Mayo, cosa que se comprende si se recuerda que, por las leyes españolas y por las tradiciones de la Colonia y del Virreinato, el Ayuntamiento era la única autoridad electiva que existía en estas comarcas.

No obstante esta expresa sanción del pueblo, la Junta Gubernativa, ejerciendo un acto verdaderamente dictatorial, expidió el decreto de 17 de Octubre de 1810 en el que declaraba:—«Exigiendo el orden público la remoción de los individuos que forman el Exmo. Ayuntamiento, por los repetidos ultrages que han inferido á los derechos de este pueblo, y residiendo en esta Junta *una representación inmediata del pueblo que la constituye órgano legítimo de su voluntad, ha separado los expresados capitulares, con expresa declaratoria de que jamás puedan ejercer cargo concejil en esta ciudad, ni en ninguna otra de su distrito.*»

Este acto, que revelaba la omnipotencia de facultades que se atribuía la Junta Gubernativa, no sólo importaba la violación de las sanciones de los Cabildos reunidos en los *Días de Mayo*, sino que importaba despojar al pueblo, tanto de sus legítimos mandatarios, como de su facultad para reemplazarlos por una nueva elección popular.



Efectivamente: por el mismo decreto se nombraban capitulares á Don Domingo Igarzabal, como Alcalde de primer voto; á Don Atanasio Gutiérrez, como Alcalde de 2º voto; á Don Manuel Aguirre, como Regidor Alférez Real; á Don Francisco Ramos Mexía, Ildefonso Paso, Eugenio Balbastro, Juan Pedro Aguirre, Pedro Capdevilla, Martín Grandoli y Juan Francisco Seguí, como Cabildantes,—y al Doctor Miguel Villegas, como Síndico Procurador.

Por las sanciones de 24 y 25 de Mayo, se había establecido que la Junta «no puede imponer contribuciones, ni gravámenes al pueblo ó sus vecinos, *sin previa consulta y conformidad de este Cabildo*»; y, no obstante esta disposición terminante, á los pocos días de comenzar á ejercer el poder, la Junta imponía contribuciones, reglamentaba los derechos de importación y exportación, y contraía empréstitos, creando empleos, fijando sueldos y autorizando gastos, sin para nada consultar al Cabildo, que aún no había sido destituido (¹).

La Junta dictó una disposición ordenando el extrañamiento de los españoles europeos solteros que se encontrasen en el país; decreto que motivó una representación elevada á aquélla por la *Sociedad Patriótica* fundada por muchos de los mismos individuos que habían tomado parte en la Revolución, en la que pedían la suspensión de aquella medida; representación á cuyo pie recayó el siguiente decreto, que sirve como modelo del estilo oficial de los documentos de aquella época:

«Penetrado el Gobierno de los mismos nobles sentimientos del pueblo de Buenos Aires, ¿cómo podría dejar de prestarse con la mayor satisfacción á tan generosa súplica?—Concedida» (²).

(¹) *Documento Justificativos* número 16, Decretos estableciendo los derechos de exportación sobre frutos del país y reglamentando la introducción de efectos.

(²) Véase *Registro Nacional* (Publicación Oficial), tomo I, página 106, Imprenta La República, año 1879.



Confiscó, por decretos sucesivos, las bibliotecas de los Obispos de Córdoba y de Buenos Aires, destinándolas, así como la de San Carlos y la de las Temporalidades, á la Biblioteca Pública fundada por el Doctor Moreno, y de la que eran bibliotecarios Fray Cayetano Rodríguez y el Doctor Don Saturnino Segurola. Por más loable que fuera el propósito que Moreno se proponía, al fundar la Biblioteca Pública, no podemos aplaudir la forma en que aumentaba el número de sus volúmenes.

En cuanto al resto del Virreinato, la Junta se creyó con facultades omnímodas respecto al nombramiento de sus autoridades. Nombró y destituyó Gobernadores Intendentes, creó representantes suyos en distintas partes y llevó su omnipotencia hasta reorganizar el poder judicial de Charcas, nombrando el personal de toda su Audiencia.

Sería muy largo entresacar de los documentos de aquellos tiempos, todos los actos dictatoriales de la Junta; pero sobre ellos prima el carácter de *permanencia* que atribuyó á sus funciones, desde el día siguiente de su organización.

Aquella autoridad se llamó siempre *Junta Provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata*, y ese carácter provisorio se lo dieron las resoluciones populares del Cabildo abierto de 22 de Mayo y del acuerdo del Cabildo del 25 del mismo mes.

La duración de este provisoriato, le estaba señalada por las mismas sanciones: la reunión del Congreso Constituyente que debía establecer la forma de gobierno que conviniese.

Aun cuando pudiese sostenerse que la Junta debía coexistir con el Congreso, hasta tanto que éste constituyese definitivamente un gobierno para el país, es indudable que no estuvo en las facultades de la Junta la de impedir la reunión de ese Congreso, ni mucho menos, la de constituir un gobierno permanente con los diputados que las provincias enviases á la Capital.



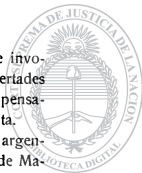
En vez de producir actos tendentes á la reunión de ese Congreso, á fin de acelerar en lo posible la definitiva organización del país, dos días después de la Revolución, el 27 de Mayo, la Junta desnaturalizaba el carácter que el pueblo había querido dar á los diputados que convocaba, y anunciaba á las autoridades del Virreinato á quienes encomendaba el envío de aquellos diputados, que ellos habían «de irse incorporando en esta Junta, conforme y por el «orden de su llegada á la Capital».

En otro Capítulo de esta obra, al ocuparnos de la incorporación de los diputados á la Junta, tendremos ocasión de estudiar los orígenes, los objetos y las consecuencias de esa circular de 27 de Mayo de 1810. Por el momento, nos basta recordarla, para demostrar que la dictadura de la Junta, nació inmediatamente después de producida la Revolución, olvidando sus miembros el límite de facultades que se les había acordado al constituirla, y ejerciendo un poder omnímodo, sin contralor y sin valla alguna, ya se tratase de personas, de bienes ó de corporaciones.

No queremos que se nos atribuya un espíritu de crítica á los actos de la Junta, que no juzgamos, porque no tienen relación con el propósito capital de esta obra. Lo único que hacemos, es una relación histórica de los sucesos, con las *apreciaciones jurídicas* que nos impone nuestra misión, al buscar los orígenes de la actual nacionalidad argentina y su constitución.

Si se exceptúan algunas medidas tendentes á organizar escuelas, crear bibliotecas, garantizar la libertad de imprenta y otras, de las que tendremos ocasión de ocuparnos más adelante, ninguno de todos los procedimientos que hemos relacionado, puede servirnos de base para estudios de instituciones.

Todos ellos respondieron eficazmente á los fines de la Revolución, en cuanto se trataba de conseguir la independencia



de la patria del poder español; pero, ninguno puede invocarse como el fundamento de una sola de las libertades existentes, por más que todas éstas, estuviesen en el pensamiento del pueblo de Mayo, cuando organizó la Junta.

La base constitucional de las actuales instituciones argentinas, se encuentra en las sanciones del 22, 24 y 25 de Mayo. Ellas nos servirán para un estudio muy distinto del que acabamos de hacer, por cuanto, al efectuarlo, prescindiremos en absoluto de la Junta Gubernativa y de sus decisiones, para sólo retrotraer nuestros comentarios á los importantes actos populares á que acabamos de referirnos.

Lo único que podría decirse institucional, en cuanto á la manera de funcionar aquel gobierno embrionario, es el reglamento dictado para el ejercicio de la autoridad de la Junta ⁽¹⁾, por el que, se subdividían las tareas de la administración en dos departamentos, que representan los actuales ministerios de Estado, y casi se establecía el gobierno unipersonal, puesto que se dejaba al Presidente Saavedra, con uno de sus secretarios, la libertad en el despacho de algunos asuntos, exigiendo el voto colectivo de una parte, ó de toda la Junta íntegramente, para la resolución de las grandes cuestiones de Estado.

Ese reglamento, dictado en los primeros días de su existencia, prueba que la Junta, ó, por lo menos, el Doctor Moreno, tenían la idea de organizar un poder ejecutivo permanente, que iba á emplear sus facultades en la amplia esfera que acabamos de ver.

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 17, Reglamento para el Ejercicio de la autoridad de la Junta.



CAPÍTULO III

EXPEDICIONES MILITARES

1

CAMPAÑA DEL PARAGUAY

Orígenes patrios de la Constitución. — Historia institucional, no política ni militar.

— Acuerdo Liniers-Abascal-Velazco-Salazar. — Expedición libertadora al Alto Perú al mando de Balcarce. — Vencedora en Cotagayta y Suipacha. — Vencida en Huaquí y Sipe-Sipe. — Deslealtad de Goyeneche. — Armisticio violado. — Balcarce y Castelli en Salta. — Habitantes de la campaña. — Los *Gauchos* de Güemes. — Angustias de esos días. — Expedición del Litoral. — Reconocimiento de la Junta por las ciudades. — En La Bajada. — Velazco, gobernador del Paraguay. — Francia y López. — Otra Junta en la Asunción. — Belgrano en territorio paraguayo. — Fuerzas de Cabañas y de Vedros. — 8000 hombres. — Propósitos argentinos. — Invasión desgraciada. — Desastres de Paraguari y Tacuarí. — Capitulación honrosa. — Sublevación contra Velazco. — Arreglos con la Junta de Buenos Aires. — *Modus vivendi* aceptable. — Junta provisional del Paraguay. — Principios constitucionales. — Confederación de ciudades. — Reunión del Congreso con ratificación de los habitantes y moradores. — Plebiscito popular. — Fin de la expedición de Belgrano.

Aunque nosotros no escribimos la historia militar ni política de la República Argentina, sino puramente su historia institucional, buscando los orígenes patrios de la Constitución que actualmente nos rige, nos será necesario, á medida que vayamos marchando en el camino del tiempo, encontrarnos con acontecimientos de los que no podremos prescindir en absoluto, tanto por la importancia que han ejercido en nuestra organización, cuanto porque su conocimiento, no sólo será útil, sino, acaso, necesario á nuestros lectores.



Así sucede con las dos expediciones mandadas, con intervalos de algunos meses la una de la otra, por la Junta Gubernativa, agregando á cada una de ellas, uno de sus propios miembros.

Cumpliendo con la resolución del pueblo del 25 de Mayo, pocos días después de ejercer el gobierno la Junta patriota, se mandaba al Alto Perú la Expedición Auxiliadora, de la que hemos hablado, figurando en ella, como su representante, el doctor don Juan José Castelli. Mas tarde se organizó la que debía marchar, por el litoral, al Paraguay, á las órdenes del otro miembro de la Junta, don Manuel Belgrano, improvisado general desde ese momento, sin duda por los conocimientos que había adquirido y demostrado durante su permanencia como segundo Jefe del Cuerpo de Patricios.

La expedición al Interior del Virreinato, confiada, en la parte militar, primero al Coronel Ortiz de Ocampo, y, después, al Coronel don Antonio González Balcarce, fué aquella de la que ya hemos hablado, cuya principal misión era la de someter á las autoridades españolas que dominaban en las Provincias, obligándolas al acatamiento de la Junta organizada en Buenos Aires.

Se sabe que, desde los primeros momentos que siguieron á la Revolución, Liniers, que estaba en Córdoba, de acuerdo con el Gobernador Intendente Gutiérrez de la Concha, promovieron la reacción contrarrevolucionaria, tratando de ponerse de acuerdo, no sólo con Abascal, el Virrey del Perú, sino también con Velazco, Gobernador del Paraguay, y con Salazar, que entonces gobernaba á Montevideo.

Hemos narrado los primeros pasos de esta expedición, que llegó hasta Córdoba, recibiendo sólo manifestaciones de adhesión, aún en esta misma ciudad, de donde habían tenido que huir con Liniers y Concha, sus compañeros de infor-



tunio, más tarde, en la Cruz Alta, cuya trágica muerte ya hemos narrado.

La Expedición Auxiliadora del Virreinato, que ya al mando de Balcarce toma el nombre de *Libertadora del Alto Perú*, siguió triunfalmente su marcha, engrosando sus filas con nuevas fuerzas numerosas, y consiguiendo que todas las ciudades situadas en los territorios que recorría y ocupaba, fuesen enviando sus Diputados á la Capital ⁽¹⁾.

Esta expedición llegó al Alto Perú, avanzando siempre con éxitos, y recibiendo adhesiones por parte del pueblo de las ciudades que recorría. Venció en Cotagayta y en Suipacha; pero fué vencida y deshecha en Huaquí y Sipe-Sipe, gracias á la deslealtad del General español Don Manuel Goyeneche, quien, después de haber firmado, con Castelli y Balcarce, un armisticio que debía suspender las operaciones durante cuarenta días, sorprendió á aquel ejército antes que la tregua expirase.

El armisticio fué firmado el 16 de Mayo de 1811; la sorpresa de Huaquí se produjo el 20 de Junio del mismo año, y perseguidas de cerca las fuerzas patriotas, que habían sufrido muchas pérdidas, tuvieron que aceptar, en desventajosísimas condiciones, el combate de Sipe-Sipe, el 13 de Agosto, combate en que acabaron de ser destruídas.

Obligadas á retroceder, hubo cambio de generales en el mando y de directores en la política, como se verá más adelante, en el lugar oportuno; y, desde entonces, aquella Expedición Auxiliadora, constituyó uno de los cuerpos con que los argentinos contribuimos á vencer á los españoles y á destruir á su dominio en la América del Sud.

Fué en esta expedición en la que aparecieron, por pri-

(1) *Documentos Justificativos*, número 18. Instrucciones para el Comandante de la Expedición al Interior. Instrucciones reservadas para la expedición al mando del Coronel Ocampo. Facultades de la Junta de Comisión que pasa al Interior.



mera vez, los habitantes de las campañas, incorporándose al movimiento revolucionario que, hasta entonces, sólo había repercutido en las ciudades y en sus Cabildos.

Cuando Balcarce y Castelli llegaron á Salta, y esta ciudad se adhirió al movimiento iniciado el 25 de Mayo en Buenos Aires, se incorporaron á sus fuerzas los famosos *Gauchos de Güemes*, que estaban destinados á tener tanta participación en los sucesos posteriores, justificando la influencia de su célebre caudillo.

Dejemos, pues, ese ejército en 1811, preparándose á triunfar en las batallas de Salta y Tucumán; dejemos que los historiadores militares narren los triunfos y las angustias de esos días, y vengamos, ahora, á ocuparnos de la Expedición del litoral.

Cuando estalló la Revolución de Mayo, fuera de la Capital, y acaso de su campaña, todo el resto del Virreinato estaba en poder de los españoles.

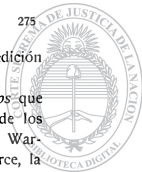
Con una verdadera intuición del porvenir, las ciudades que estaban fundadas en las márgenes de los ríos Paraná y Uruguay, reconocieron la autoridad de Buenos Aires.

Sólo el Paraguay, situado allá en el fondo del Alto Paraná, aislado del resto de estas regiones, aun cuando su fundación haya sido la primera en los días de la conquista, no se decidió á seguir el movimiento desde los comienzos de la revolución.

Primero, como los pleitistas de mala fe, pidió término para resolver la actitud que había de asumir ⁽¹⁾; y, poco tiempo después, se declaraba francamente hostil á Buenos Aires, negándose á acatar la autoridad de su Junta, y á formar parte del futuro Congreso que aquella había convocado ⁽²⁾.

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 19. El Paraguay aplaza el reconocimiento de la Junta.

⁽²⁾ *Documentos Justificativos*, número 20. El Paraguay se niega á reconocer la Junta.



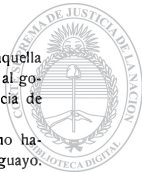
Fué entonces que la Junta decidió mandar su Expedición confiándola á Don Manuel Belgrano.

Para esta expedición, fuera del plantel de *Patricios* que mandaba el Comandante Don Gregorio Perdriel; de los *Arribeños* y *Granaderos*, que mandaba Don Ignacio Warnes; al mando del Comandante Don Diego Balcarce, la Junta echó mano de las milicias, que había organizado y reglamentado anteriormente ⁽¹⁾, incorporándolas Belgrano á su ejército por medio de contingentes de San Nicolás de los Arroyos, del Rosario de Santa Fe y de Entre Ríos, estableciendo su cuartel general en la Bajada (hoy Paraná) mientras recibía artillería, caballos y otros elementos para seguir su expedición.

Gobernaba entonces el Paraguay, un hombre que había sido muy adicto á Liniers, el Coronel Don Bernardo Velazco, que, durante su gobierno, había logrado reducir á los indios á una obediencia pasiva tan disciplinada, que hizo que ese país viviese siempre sometido al despotismo, primero, de los españoles, después, del Doctor Gaspar Francia, luego de Don Carlos Antonio López, y, finalmente, de su hijo Francisco Solano López, de cuya tiranía libertó al pueblo paraguayo, la guerra de 1865.

Según un contemporáneo y actor en los sucesos, el Doctor Don Pedro Somellera, en sus anotaciones al *Ensayo Histórico*, de Rengger y Longchamps, en los primeros momentos, el gobernador Velazco se inclinó á entrar en arreglos con la Junta Gubernativa de Buenos Aires, ya que no para someterse á su autoridad, al menos para constituir en la Asunción otra Junta, admitiendo el principio de que, habiendo caducado las autoridades reales en España, cada Virreinato tenía el derecho de darse un gobierno interino que

(1) *Documentos Justificativos*, número 21. Proclama y Reglamentación de las Milicias.



representase al Rey. Sin embargo, el Cabildo de aquella ciudad, se opuso tenazmente á esos arreglos, y forzó al gobernador Velazco, á rechazar en absoluto la supremacía de la Junta de Buenos Aires.

Cuando esto sucedía, ya la expedición de Belgrano había avanzado, y había penetrado en el territorio paraguayo. Al tener noticias de este hecho en la Asunción, cuya inmensa población entonces permitía la reunión de grandes masas indisciplinadas, se prepararon, tanto el gobernador Velazco como el Cabildo, para organizar fuerzas á fin de salir á batir á Belgrano, impidiéndole su avance.

Al mando del General Manuel Cabañas y del Coronel Fulgencio Yedros, se organizó un ejército de ocho mil hombres, mal armados, peor disciplinados, pero ocho veces superior en número á las fuerzas de la expedición de Belgrano.

La exigua cifra de las tropas que Belgrano llevaba, se explica, si se tiene en cuenta que, cuando esa expedición salió de Buenos Aires, no llevaba propósitos hostiles al pueblo paraguayo, como reiteradamente lo había dicho el general argentino en sus proclamas y manifestaciones, á su tránsito por los distintos pueblos.

Según las palabras del mismo Belgrano, «los argentinos no habían venido á conquistar el Paraguay. Ellos, en la creencia de que los paraguayos estuviesen informados ya de que la España había sido conquistada por los franceses, y de que todas las autoridades regias y coloniales habían caducado, habían supuesto que el Paraguay, del mismo modo que algunas Provincias de España, que Buenos Aires y otras provincias de América, trataría de formar su propio gobierno, y de elegir miembros para coordinar entre todos el gobierno del Virreinato. *Si habían venido armados, no era contra sus hermanos y amigos del Paraguay, sino contra los mandones españoles que quizás los oprimían, pri-*



vándolos del sagrado derecho que tenían á elegir sus propias autoridades.»

Una expedición que iba con tales propósitos, debía suponer que contaría con el mismo pueblo paraguayo, que se levantaría inmediatamente en contra de la autoridad del gobernador Velazco, sintiéndose apoyado por los argentinos, como sucedió, poco después de retirarse Belgrano del Paraguay.

Sin embargo, no aconteció lo que la Junta y Belgrano esperaban.

No es de la índole de este trabajo seguir: al General Belgrano en toda su campaña, fácil y próspera, al llevar la invasión al Paraguay, pero sin éxito en sus resultados sobre aquel territorio.

Razón nos da para proceder así, no sólo lo inútil y desgraciada que fué esa expedición, después de los desastres que sufrió batiéndose con las fuerzas, muchas veces superiores, de Cabañas y de Yedros, en los combates de *Paraguari* y *Tacuari*, donde Belgrano se vió obligado á hacer una honrosísima capitulación, que le atrajo las simpatías de los mismos paraguayos, sino también porque, pocos meses después, el mismo Paraguay se sublevaba contra el gobernador Velazco, representante del poder español en aquella provincia, y celebraba arreglos con la Junta de Buenos Aires, con la que continuó en paz en lo sucesivo.

El Paraguay, encerrado en el fondo de un río, cuya navegación no era siquiera útil en aquella época, quedó, desde entonces, aislado del resto del mundo. La revolución que derrocó á Velazco y llevó al gobierno provisorio al Doctor Gaspar Francia, organizó, poco después, la tiranía permanente y hereditaria, que de aquél pasó á los López, padre é hijo, y, que no obstante todas las agitaciones de los países americanos, durante medio siglo, perduró hasta que los ejércitos de la Triple Alianza argentino-oriental-



brasileña, (1865-1869) dió á aquella nación hermana la libertad á que tenía derecho, y de la que hoy gozan sus hijos, gobernándose por sus propias instituciones, y respetados por sus vecinos.

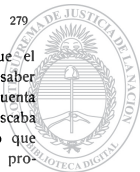
Lo único importante que se produjo por entonces, fué la comunicación del nuevo gobierno paraguayo, constituido después del derrocamiento de Velazco, y en la que, no sólo se daban explicaciones á la Junta sobre la manera cómo había sido recibido el General Belgrano, sino que se arreglaba un *modus vivendi* en forma tal, que la Junta de Buenos Aires lo creyó aceptable.

No podemos prescindir de transcribir algunos párrafos de ese oficio de la Junta Provisional del Paraguay (¹), porque ellos afectan principios constitucionales, que comprenden la materia que tratamos en esta obra.

« Los autos mismos manifestarán á V. E.,—decía la Junta « Provisional del Paraguay,—que su voluntad decidida es « *unirse con esa ciudad y demás confederadas, no sólo para « conservar una recíproca amistad, buena armonía, comercio « y correspondencia, sino también para formar una sociedad « fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad.* A este fin, ha nombrado ya su Diputado para que « *asista al Congreso Nacional de las Provincias*, suspendiendo, como desde luego queda aquí suspendido, hasta « su celebración y suprema decisión, el reconocimiento de « las Cortes y Consejo de Regencia de España, y de toda « otra cualquiera representación de la autoridad suprema, ó « de la Nación. »

Como se ve, en la nota paraguaya se establecía una verdad histórica, que muchos de nuestros escritores han olvidado: en ella se habla de « *unirse con esa ciudad* (Buenos

(¹) Véase *Registro Oficial de la República Argentina* (publicación oficial), tomo I, página 112.



«Aires) y demás confederadas», lo que demuestra que el Doctor Francia, Somellera y los otros hombres de saber que se encontraban en la Asunción, se habían dado cuenta de que, hasta entonces, la Revolución de Mayo no buscaba otra cosa que una *confederación de ciudades*, puesto que todos los movimientos que hasta esa fecha se habían producido, eran puramente *urbanos*, siendo los Cabildos los que designaban los diputados, para el futuro Congreso General.

Pero en esa misma comunicación, al determinarse las condiciones en que el Paraguay aceptaba la reunión del Congreso Constituyente, ya le decía á la Junta de Buenos Aires, «que cualquier reglamento ó Constitución que se dispusiese en dicho Congreso General, *no deberá obligar á esta Provincia (Paraguay) hasta tanto se ratifique en Junta plena y General de sus habitantes y moradores*».

El Paraguay inauguraba, con esta declaración, el sistema del plebiscito popular, que sirve de base á todas las Constituciones de los Estados Unidos, donde se somete á la aprobación del pueblo, toda reforma institucional y la mayor parte de las leyes que lo afectan directamente.

Con ese documento se cerró la expedición de Belgrano al Paraguay, no volviendo la Junta á hacer nuevas tentativas para someterlo.

2

RESISTENCIA DE MONTEVIDEO

En Montevideo: resistencia á la Junta. — Reacción organizada. — Actitud ambigua. — Misión del doctor Juan José Paso. — Desembarca en La Aguada. — Detenido dos días. — Paso en la Sala del Cabildo oriental. — Discurso lleno de talento. — Esfuerzo inútil. — Noticias favorables á España. — Inglaterra en guerra con Francia. — Instalación de la Regencia en Cádiz. — Montevideo no acata á la Junta de Buenos Aires. — No enviará diputados. — Movimiento insurreccional vencido. — Lógica actitud de la Junta. — Negación al reconocimiento de la



Regencia. — Relaciones pacíficas inconciliables. — Montevideo pro la *Regencia* contra Buenos Aires. — Ruptura de hostilidades. — La costa asegurada. — Elío nombrado Virrey. — 700 hombres de línea. — Artillería. — Armamento. — Escuadrilla aumentada. — El nuevo Virrey y la Junta. — Nota conciliatoria. — Contestación categórica: No admitir Virreyes ni autoridades españolas en estas comarcas. — Vana insistencia de Elío. — Acevedo plenipotenciario. — Sus intenciones de reacción. — Reembarco inmediato. — Bloqueo decretado. — El combate de *San Nicolás*. — Sublevación de Entre Ríos. — En las campañas de la Banda Oriental. — Marcha apresurada de Belgrano. — Los *Gauchos*. — José Gregorio Artigas en Buenos Aires. — Montevideo: último baluarte. — Elliot protege á Elío. — Bloqueo levantado por orden del Almirante inglés de Courcy. — Belgrano, general en jefe. — Proclama de Artigas.

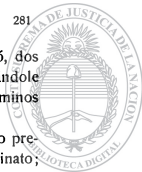
Por su lado, también Montevideo se resistía á reconocer la Junta de Buenos Aires.

Cisneros había logrado, en los primeros días, hacer llegar sus instrucciones á las autoridades españolas que allí gobernaban, y, no obstante los esfuerzos de algunos jóvenes patriotas, que fueron fácilmente vencidos, la resistencia reaccionaria á la nueva situación creada por la Revolución, fué organizada en aquella ciudad.

Montevideo había sido siempre el baluarte de las autoridades españolas en el Río de la Plata. — Su población criolla no había intervenido para nada en los sucesos de 1806 y 1807, durante las invasiones inglesas; y su población española, tenía tales vinculaciones de intereses con Europa y con el Partido español de Buenos Aires, que no era posible su ruptura violenta.

Esa población estaba formada especialmente de comerciantes enriquecidos, como agentes y dependientes, de los españoles que explotaban los monopolios, protegidos por la Junta de Cádiz y, naturalmente, los intereses pecuniarios de sus principales hacía que los vecinos de aquella ciudad, rechazasen toda innovación gubernativa.

Aun cuando Montevideo siempre había pretendido ser una rival de Buenos Aires, sobre todo desde que Elío se alzó contra el Virrey Liniers, la Junta quiso alejar toda sus-



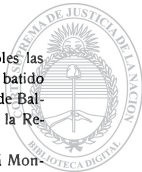
ceptibilidad de su parte, y en el oficio que le dirigió, dos días después de la Revolución, el 27 de Mayo, dándole cuenta de los sucesos, se lo manifestaba en los términos más cordiales.

« El pueblo de Buenos Aires, —decía ese oficio,— no pretende usurpar los derechos de los demás del Virreinato; pretende, sí, sostenerlos contra los usurpadores. Conoce que para cimentar la confianza, deben oírse los votos de todos, y establecer un gobierno que se derive de la voluntad de los que han de obedecerle. Destituído el Virrey, era indispensable nombrar un depositario de la Autoridad Superior, que contase con la confianza del pueblo para contener los males que amenazaban; y para que este deber sea á satisfacción de todos los que le han de reconocer, el mismo pueblo ha resuelto que sea provisional, y *que se convoque á todos sus hermanos, para el nombramiento de los diputados de las ciudades y villas, á fin de que, reunidos en esta Capital, establezcan el gobierno que ha de merecer toda su confianza y respeto y que sea base de su prosperidad.* »

La actitud de la Junta de Buenos Aires, era perfectamente conciliadora.—Anunciaba su constitución, pero agregaba que sus funciones eran puramente transitorias, é, igualando á Montevideo con la misma ciudad de Buenos Aires y cualesquiera otras de las Provincias del Virreinato, le invitaba á que enviase sus diputados, para reunir un Congreso Constituyente, que decidiese definitiva y soberanamente sobre la forma de gobierno que mejor conviniese.

Como Montevideo no disponía de elementos bélicos suficientes para luchar con Buenos Aires, su primera actitud fué ambigua, buscando ganar tiempo.

Los agentes de la Junta en aquella ciudad le hicieron creer que bastaba la presencia allí de una persona caracterizada, para que la población nativa,—los hijos de españo-



les nacidos en Montevideo,—se levantasen, apoyándoles las fuerzas que mandaba Murguiondo, que ya se había batido al lado de los *porteños* en las invasiones inglesas, y de Balbin, que se había manifestado decidido partidario de la Revolución.

Con estos antecedentes, la Junta resolvió mandar á Montevideo, con amplios poderes, al talentoso y prudente Doctor Juan José Paso, compañero y amigo de Moreno en la Secretaría, doblemente preparado para esta misión tanto por la energía de su carácter, como por la manera diplomática con que sabía insinuarse y convencer á las personas con quienes trataba.

Sin embargo, la elocuencia y la habilidad de Paso, fueron impotentes para decidir á los gobernantes de aquella plaza.

Tratándole casi como enemigo desde el primer momento, al desembarcar el Doctor Paso el 10 de Junio en *La Aguada*, paraje situado en los suburbios de Montevideo, le recibió el Alcalde de Primer Voto de aquel Cabildo, Don Cristóbal de Salvañac, que, acompañado de un piquete armado, hizo saber al enviado de la Junta de Buenos Aires, que las autoridades de Montevideo habían resuelto que permaneciese en aquel paraje, hasta tanto fuese llamado, pues querían evitarle contratiempos y disgustos, no estando dispuestos los gobernantes ni la opinión para recibirle.

El Doctor Paso se indignó de esta actitud, sosteniendo que representaba á la autoridad que había sucedido al representante del Virrey en estas comarcas, exigiendo que se revocase una orden tan atentatoria como ofensiva para la Junta.

Salvañac presentó todo género de excusas, y se retiró á Montevideo dejando á Paso alojado en *La Aguada*, en una casa que le había sido preparada al efecto.

Dos días después, era llamado y conducido á Montevi-



deo, bien escoltado y acompañado, á fin de que expusiese ante el Cabildo los objetos que le habían traído desde Buenos Aires.

Así lo hizo Paso, con tanta elocuencia como vehemencia, y después de retirarse él de la Sala, el Cabildo resolvió convocar la parte más sana del vecindario, para que, ante aquella Asamblea, repitiese el Enviado de la Junta, los propósitos de su misión.

Cuentan los contemporáneos, que, como el Doctor Cavia, asistieron á aquella Asamblea, que el discurso del Doctor Paso fué lleno del talento y de la habilidad *del tribuno* que tantas veces había mostrado su valor y su elocuencia, cuando tenía que dirigir la palabra á auditorio numeroso.

Sin embargo, sus esfuerzos fueron inútiles. Había llegado á Montevideo, en esos días, un bergantín mercante llamado el «Nuevo Filipo», que traía noticias de Europa, sumamente favorables para la causa de España.

En Cádiz se había instalado la *Regencia de España y de las Indias*, habiéndose reconocido su autoridad por toda la península insurreccionada. La Inglaterra, en guerra con la Francia, reconoció, también, al *Concejo* de aquélla, como la autoridad única española con quien pudiera mantenerse relaciones internacionales; y esa *Regencia* se dirigía á los gobernantes de América, dándoles tan plausibles noticias.

Ante ellas, los hombres de Montevideo consideraban inútiles las medidas adoptadas por la Junta de Buenos Aires, «para conservar estos dominios á nuestro amado Rey Don «Fernando Séptimo», desde que éste tenía, ya, en Europa, una autoridad, reconocida por todas las provincias españolas, y hasta por una gran potencia extranjera, que pretendía representar legítimamente á aquel monarca.

Como consecuencia de estos hechos, las autoridades de Montevideo resolvieron no acatar á la Junta de Buenos Aires, ni enviar diputados al Congreso que se proyectaba.



Simultáneamente con aquellas noticias verdaderas, los jefes de Montevideo,—el gobernador militar Soria y el Comandante de Marina Salazar,—hacían circular noticias falsas, relatando grandes triunfos de la España y la Inglaterra sobre los ejércitos y las escuadras francesas, tratando, de esta manera, de contener un movimiento insurreccional que se preparaba.

En la noche del 11 de Julio, las autoridades militares de Montevideo, supieron, ó sospecharon, que el movimiento debía estallar inminentemente. Sin pérdida de tiempo, organizaron sus fuerzas, en más de tres mil hombres, y en la mañana del 12 rendían á ciento cuarenta y siete soldados, que eran los que tenían á sus órdenes Murguiondo y Balbin, á quienes apresaron, y en unión con otros oficiales de sus Cuerpos, embarcaron en un buque que los condujo directamente á Europa.

Desde entonces, quedaron rotas las hostilidades con Montevideo, dictando la Junta el notable manifiesto de 13 de Agosto de 1810, en el que se narran los acontecimientos que la obligaban á adoptar aquella actitud, y que terminaba decretando:

« 1º Queda desde el día cortada toda correspondencia y « comunicación con Montevideo y territorios de su dependencia; 2º Ninguna persona podrá pasar á aquel territorio, ni escribir cartas ó sostener cualquier otro género de « comunicaciones; » y otras providencias que importaban el rompimiento entre las dos ciudades del Plata (1).

Estas mismas medidas, las adoptó la Junta, con la misma fecha, con respecto á los territorios de Misiones y del Paraguay, previendo que « *los jefes rebeldes de Montevideo* pudiesen recibir auxilios de aquella parte del territorio ».

(1) *Documentos Justificativos*, número 22, Ruptura de las hostilidades con Montevideo.



La Junta era lógica en su actitud. En la víspera de delegar su comisionado á Montevideo, á fin de facilitar al Doctor Paso su tarea y precisar la situación en que la Junta se colocaba, ésta había dictado un decreto negando el reconocimiento al *Concejo de la Regencia de España* ⁽²⁾; de manera que no eran conciliables las relaciones pacíficas entre dos autoridades que se colocaban en tan distinto terreno. Montevideo había declarado que desconocía la autoridad de la Junta de Buenos Aires, precisamente porque acataba la de la *Regencia de Cadiz*.

Vinieron, entonces, las hostilidades, entre una y otra plaza. Montevideo había quedado reducido á los elementos de su propia ciudad, porque la autoridad de la Junta de Buenos Aires había sido reconocida por la Colonia, Maldonado y Soriano, que estaban dispuestos á enviar sus diputados al Congreso General, y cuya adhesión importaba asegurarse á la revolución la costa del Plata, en frente á Buenos Aires, y el Río Uruguay, hasta la desembocadura del Río Negro.

Quedaba, es verdad, en favor de las autoridades de Montevideo, la flotilla de que disponía, con la que, si bien no podían bloquear completamente el puerto de Buenos Aires, podían molestar en las poblaciones ribereñas de sus afluentes.

Poco después se complicaba el conflicto, con la llegada á Montevideo del Brigadier Don Francisco Xavier Elío, nombrando Virrey del Río de la Plata por la Regencia de España, y que llegaba á aquella ciudad á bordo de las fragatas españolas *Neptuno* y *Mercedes*, trayendo con él setecientos hombres de buena tropa de línea, con artillería, armamentos y otros pertrechos de guerra.

El primer acto de Elío, fué buscar el sometimiento de la Junta de Buenos Aires, á la que se dirigió en estos términos:

(2) *Documentos Justificativos*, número 23.

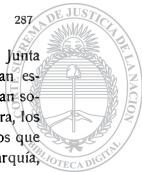


«*Exmo. Congreso y Junta Provisional de Buenos Aires:*
« Acabo de llegar á este puerto, nombrado por S. M. Virrey
« y Capitán General de estas Provincias, y, habiendo sabido
« que está para reunirse en esa Capital un Congreso de Di-
« putados de muchas ciudades del Virreinato, me ha pare-
« cido conveniente dirigirme á él, y escribir á V. E., con
« toda la franqueza de mi carácter, sobre las circunstancias
« actuales, para que, siguiendo todos la voz de mi corazón
« y de nuestro deber, tratemos juntamente de apagar la des-
« tructora llama de la discordia, que, desgraciadamente, se
« ha manifestado en estos países.»

En este primer párrafo de la comunicación de Elío, no sólo no se desconocía á la Junta Gubernativa Provisoria, sino que se dirigía á ella dándole el tratamiento que tenían los Virreyes, conteniendo el resto del documento seguridades de que, tanto su deseo como el del Supremo Gobierno de España, era el de «no hacer revivir odios, venganzas ó agravios;» agregando que estaba autorizado y dispuesto á un olvido y perdón generales, con tal que se le entregara el gobierno «para restablecer el orden y la tranquilidad, la «mutua confianza y la felicidad de los leales y valerosos «habitantes del Río de la Plata».

Iba más lejos en esa comunicación el General Elío. Reconocía *francamente* sus pasados errores y los que habían cometido recientemente las autoridades de Montevideo, los que sólo habían servido para exasperar los ánimos y llevar las cosas á los extremos.

En el espíritu conciliatorio de aquella nota, llegaba hasta hablar del fusilamiento de Liniers, Concha, Allende y sus compañeros en la Cruz Alta, y de Nieto, Sanz y Córdoba, en Potosí, reconociendo que ellos habían sido producidos *con sanas intenciones y buenos deseos*, en la creencia de que toda la España estaba perdida para Fernando VII, y en el solo deseo de conservar estos dominios para aquel monarca.



Después de estas relaciones, Elío comunicaba á la Junta que la España todavía existía; que las Cortes se habían establecido en Cádiz y que todos los españoles se habían sometido á ellas con entusiasmo. «Y ¿serían, por ventura, los habitantes de Buenos Aires,—preguntaba,—los únicos que se resistirían en toda la vasta extensión de la monarquía, á reconocer una autoridad tan justa y tan benéfica?»

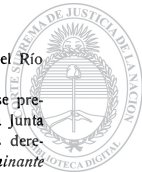
Convencido de que esto no era posible, Elío terminaba su comunicación pidiéndole á la Junta que hiciese jurar y reconocer las Cortes de Cádiz, enviando á ellas sus Diputados á la mayor brevedad, y autorizando á Don José de Acevedo, que venía designado desde España como Oidor de la Audiencia de Chile, para que se trasladase á Buenos Aires con las credenciales necesarias, y negociase con la Junta lo conducente á la entrega del mando, que él pretendía corresponderle.

A los que no conozcan la situación armada del Río de la Plata en esa época, les sorprenderá el lenguaje humilde y casi suplicante del oficio del pretendido Virrey Elío á la Junta de Buenos Aires. Esa humildad excesiva, tenía una explicación sencillísima.

Desde el primer momento, Elío pudo darse cuenta de la dificultad de su situación y de la debilidad de los elementos con que contaba para sostener la autoridad.

Si es verdad que el Virrey nombrado por la *Regencia* de Cádiz, había traído buques de guerra para reforzar su escuadrilla y poder hacer efectivo el bloqueo del puerto de Buenos Aires, la Junta sabía, por las comunicaciones del Embajador inglés en Río Janeiro, Lord Strangford, que la Inglaterra no consentiría en ese bloqueo, que tanto perjudicaba al comercio inglés.

La Junta contestó al oficio de Elío en términos tan precisos, que no podían dejar duda de que sus intenciones eran las de no admitir Virreyes ni autoridades algunas espa-

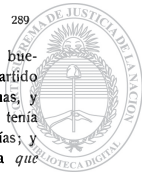


ñolas en estas comarcas, puesto que las Provincias del Río de la Plata se consideraban ya independientes.

«La sola denominación del título con que V. E. se presenta á la presencia de este gobierno,—le decía la Junta á Elío,—que ha sido establecido para sostener los derechos de los pueblos libres, *contra el carácter dominante de los mandones constituidos por el despotismo del poder arbitrario*, ofende la razón y el buen sentido... Los medios de paz que se proponen ahora á la Junta, son contrarios al voto unánime de un país entero, que prefiere gustoso su desolación y exterminio al aparato de pro-mesas insignificantes.»

Buscando, luego, la Junta, contestar á Elío sus pretensiones, le decía que, para consolidar la felicidad de los pueblos, como él manifestaba deseos en su nota, sería menester «que U. S. se ponga de acuerdo con los principios de la Revolución, y *que se abstenga de atentar á la dignidad y al decoro de esta respetable sociedad y que, formando la resolución generosa de desnudarse de una investidura sin carácter, propenda á reducir á buen sentido ese pequeño resto de refractario* (los marinos de Montevideo) *que es el único injusto y violento enemigo de la patria*. Los hombres libres que la habitan, se creen constituidos con tan buenos derechos, como los que se precián de leales allá en España, y mirarán siempre como la más insultante provocación, el que se atreva alguien á ponerles otro gobierno que el que ellos se han dado. *Los obstáculos que había opuesto la tiranía, están ya removidos*. Pronto se reunirá el Congreso, se discutirá y se deliberará con plenitud de luces y de libertades. La Junta no puede prevenir los juicios de esa respetable Asamblea, y por ahora debe prescindir de cuestiones y altercados que son totalmente inútiles.»

Fué en vano que Elío insistiese, procurando persuadir á



la Junta, en nuevas comunicaciones, protestándole sus buenas intenciones y asegurándole que «habiendo compartido
« con esos nobles habitantes las glorias de sus armas, y
« viéndome reproducido en este nuevo mundo (Elío tenía
« hijos nacidos en Montevideo) sus glorias son las mías; y
« juro por lo más sagrado en el cielo y en la tierra *que*
« *seré mediador para que se restituyan al ciudadano sus*
« *derechos, sus libertades y sus franquicias. Si esta es la causa*
« *que promueve esa gran capital, ya está decidida á su favor.*
« *Las Cortes generales declaran que las Américas son parte*
« *integrante de la monarquía. Someternos á esas Cortes, es,*
« *Exmo. Señor, someternos á nosotros mismos.*»

La Junta comprendió, desde el primer momento que, aun cuando Elío estuviese persuadido de que nada conseguiría de las autoridades de Buenos Aires, lo que él buscaba era tener fácil comunicación con esta ciudad, donde suponía que permanecía organizado el partido que en 1809 había acaudillado don Martín de Alzaga, y que podría servirle de base á una reacción posible.

No queriendo prolongar esta correspondencia á través del Plata, admitió al oidor don José Acevedo que viniese como plenipotenciario de Elío á negociar el reconocimiento de su autoridad con la Junta Gubernativa de Buenos Aires; pero, comprendiendo ésta que las intenciones de aquél eran ponerse en contacto con los españoles europeos para fomentar una reacción en la ciudad metrópoli, después de recibir los pliegos que Acevedo traía, le reembarcó inmediatamente, negándose á toda clase de arreglos.

La Junta, después de volverle á Elío su comisionado, para calmar la excitación que se había producido en el pueblo, publicó un largo manifiesto, en el que decía, entre otras cosas:

«El mundo entero debe saber que la *Regencia* de Cádiz
« y Elío se han concertado para convertir á Buenos Aires



« en una mazmorra de esclavos; y admirará esto como el
« último arrojo de los tiranos.»

La consecuencia de la actitud de la Junta de Buenos Aires, no se hizo esperar. Elío decretó inmediatamente el bloqueo del puerto de Buenos Aires, y lo hizo efectivo, impidiendo, de esa manera, que la Junta pudiera seguir recibiendo las armas y pertrechos de guerra de que le proveía el comercio inglés.

No era esto sólo lo que importaba el bloqueo.

Belgrano, al abandonar el Paraguay para regresar á Buenos Aires, pedía refuerzos, temiendo encontrarse atacado por la espalda por los paraguayos y por el frente y uno de sus flancos, por los españoles de Entre Ríos y de la Banda Oriental. Fué entonces que la Junta resolvió armar aquella desgraciada expedición fluvial, que sólo sirvió para hacer conocer el heroísmo legendario de Azopardo.

Tres barquichuelos: el bergantín *25 de Mayo*, al mando de aquel corsario Buchardo, que, más tarde, se había de distinguir en Méjico y las Antillas con la célebre *Argentina*; la balandra *América*, mandada por Don Angel Hubach, á quien después hemos perdido de vista en la Historia; y la *Invencible*, goleta que montaba y mandaba Don Juan Bautista Azopardo, como jefe de la escuadrilla, fué equipada y armada presurosamente, para enviarla con los refuerzos que debían remitirse al General Belgrano, quien, situado en Itatí, en Corrientes, iba allí á esperarlos.

El 21 de Febrero de 1811, salieron de Buenos Aires los tres barquichuelos, remontando las costas del Paraná; pero, no habían pasado todavía de Zárate, cuando se supo que una escuadrilla de siete buques españoles, con numerosas tropas de desembarco, la seguía de cerca con el objeto de batirlos.

Fué en vano que Azopardo pretendiese alejarse de ellos, para entrar en el Colastiné, riacho que lo ponía en comu-



nicación con Santa Fe, cuyas fuerzas de tierra y artillería podrían haberle auxiliado en el caso de un encuentro con el enemigo.

Vientos contrarios, según la narración que de este combate ha hecho el historiador Doctor Angel Carranza, le impidieron proceder como lo intentaba, viéndose Azopardo obligado á aceptar la acción, en el Puerto de San Nicolás de los Arroyos.

La lucha fué heroica, sólo á bordo de la goleta *Invencible*, que mandaba Azopardo. La tripulación del *25 de Mayo* abandonó el buque, echándose á nado á tierra, incluso el mismo Buchardo, que se encontró sin medios para defender su bergantín. La balandra *América* no opuso, tampoco, ninguna resistencia á los españoles, cayendo en poder de ellos, sin combatir, porque sus tripulantes la abandonaron.

En cambio, en la *Invencible*, la lucha fué tremenda. Abordada por el *Cisne*, bergantín español, y por otras naves enemigas, la Compañía de *Patricios* que Azopardo tenía consigo, se batió con un heroísmo que se conservará siempre como ejemplo en las tradiciones de ese Cuerpo. Azopardo se batía como una fiera, hasta que, cubierto de heridas, comprendió que toda resistencia era inútil, siendo detenido en momentos en que, con una mecha encendida, iba á hacer volar la *Santa Bárbara* de su buque.

La noticia de ese contraste, que destruía la única fuerza fluvial que la Junta podía oponer en esos días al poder español, debía desconcertar á los hombres del gobierno de Buenos Aires. Pero no fué así. Tenían fe en su causa, y esperaban que los acontecimientos modificarían pronto su situación.

Así fué, efectivamente. Simultáneamente se sublevaron los pueblos de Entre Ríos y de las campañas de la Banda Oriental, recibiendo el General Belgrano la orden de apresurar sus marchas para proteger esos movimientos revolucionarios, que venían en apoyo de la autoridad de la Junta.



Aquí aparecen en escena, otra vez, los *gauchos*, representados por sus caudillos, entre los que se destaca la figura del Comandante Don José Gregorio Artigas, nombrado después, segundo Jefe de la Banda Oriental, y que más tarde, debía desempeñar un papel tan importante en la guerra definitiva de la independencia.

Estos sacudimientos populares, retemplaron el espíritu público, sobre todo cuando, con el abandono de Artigas de las filas realistas en que había servido, ocasionó la dispersión de todos los *gauchos* orientales, que en ellas servían, los que se desbandaron en una sola noche.

Artigas, al fugarse de Montevideo, se había trasladado á Buenos Aires, donde los hombres de la Junta, conociendo su prestigio en las campañas orientales, se prepararon á utilizarle en obsequio de la revolución.

El Coronel Martín Rodríguez, había sido nombrado Comandante General de Entre Ríos y de las costas del Uruguay, siendo el hombre más adecuado, por sus condiciones personales, para influir sobre los campesinos de aquellas campañas, é inducirlos á la revolución.

A sus órdenes marchaba el antiguo batallón de *Pardos y Morenos*, que había tomado el nombre de 6° de infantería, y que lo mandaba, entonces, el Comandante Don Miguel Estanislao Soler, que ensayaba su estrategia, para ser, más tarde, uno de los generales más útiles en las batallas futuras.

Don Bartolomé Zapata, — « paisano esforzado, de un valor á toda prueba y de un laudable patriotismo », — según le llama la *Gazeta de Buenos Aires*, al ocuparse de él á propósito de este episodio, — se levantó en Entre Ríos, apoderándose inmediatamente de Gualaguay y Gualaguaychú, en tanto que por el lado de la costa uruguaya, en Soriano y en Mercedes, se alzaban otros grupos de paisanos, en contra de las autoridades españolas, dirigidos por Don Ramón Fernández, teniente de Artigas.



Rodríguez, fraccionando sus fuerzas, mientras enviaba unas en protección de Zapata y de los revolucionarios orientales, se dirigía, con otras, buscando la incorporación de Belgrano, que marchaba á su encuentro hacia La Bajada.

Estas insurrecciones poderosas, redujeron á Montevideo á los estrechos límites de su recinto, como baluarte de la última resistencia española en el Río de la Plata. Le quedaba sólo el dominio de los ríos por medio de sus escuadrillas, y por la decidida protección que prestaba á Elío el Comandante Elliot, jefe de los buques ingleses que existían en el estuario.

Y este último recurso, lo perdió también.—Accediendo á los reclamos de la Junta y á las propias instrucciones del gobierno de la Gran Bretaña, que velaba por que su comercio no fuese hostilizado en América por la España, que figuraba en Europa como su aliada, el Almirante de Courcy, jefe de las escuadras británicas en el Atlántico, mandó al Teniente Rampsay al Río de la Plata, quien, como en Octubre de 1810, obligó á levantar el bloqueo.

Fué entonces que se alzaron en Entre Ríos y en la Banda Oriental, numerosas partidas de *gauchos*, que seguían la voz de su caudillo, á veces obedeciendo las instrucciones de la Junta de Buenos Aires y de sus jefes, y á veces obraban por su propia cuenta; no siendo extraño el episodio de que esas partidas volantes prestasen su apoyo ó combatiesen alternativamente á los jefes de Buenos Aires.

Desde entonces Don José Artigas, mostró su tendencia á hacerse el *caudillo* de los *caudillos* orientales, sirviéndose, para ésto, del pretexto de que era él el protegido de la Junta de la Capital.

Belgrano, nombrado General en jefe de la invasión que se llevaba á la Banda Oriental, con el encargo de sitiar á Montevideo, fué la base indirecta de ese prestigio adquirido por Artigas, que sólo se presentó á su lado, cuando los



acontecimientos ya se habían producido en una forma favorable para la Revolución.

Astuto y taimado, Don José Artigas se mostraba en todos sus actos, como un simple oficial leal, empeñado en auxiliar con su prestigio al gobierno de Buenos Aires, ayudando con sus esfuerzos á los del General en jefe Don Manuel Belgrano.

En una de sus proclamas, dirigida desde Buenos Aires á los « Leales y esforzados compatriotas de la Banda Oriental del Río de la Plata », queriendo, más bien, precisar su propia personalidad en esos momentos, que expresar los objetos de la campaña, les decía: « Dineros, municiones y tres mil patriotas aguerridos, son los primeros socorros con que la Excma. Junta os da una prueba nada equívoca del interés que toma por vuestra prosperidad: os lo teneis á la vista, desmintiendo las fabulosas expresiones con que os habla el fatuo Elío en su proclama de 20 de Marzo. Nada más doloroso á su vista y á la de todos los facciosos, que el ver marchar con pasos majestuosos esta legión de valientes patriotas *que, acompañados con vosotros, van á disipar sus ambiciosos proyectos y á sacar á sus hermanos de la opresión en que gimen, bajo la tiranía de un despótico gobierno.* »

« Para conseguir el feliz éxito y la deseada felicidad que aspiramos, OS RECOMIENDO, Á NOMBRE DE LA EXMA. JUNTA, VUESTRA PROTECCIÓN Y EN EL NOMBRE DE NUESTRO AMADO JEFE, UNA UNIÓN FRATERNAL Y CIEGO OBEDECIMIENTO Á LAS SUPERIORES ÓRDENES DE LOS JEFES QUE OS VIENEN Á PREPARAR LAURELES INMORTALES. »

Así aparecía don José Artigas en la escena de la Revolución argentina, buscando crear y amparar su prestigio, á la sombra protectora de la Junta de Buenos Aires, cuya obediencia, así como la de sus jefes en la Banda Oriental, protestaba con tanta energía, como la que iba á desplegar más tarde para combatirla....



Corresponde á los historiadores militares de la República, seguir los acontecimientos que, desde entonces, se produjeron en el Río de la Plata, hasta la capitulación de Montevideo, como corresponde á ellos la historia de las campañas de los triunfos argentinos en el Virreinato y en el vasto territorio de la América meridional.

A nosotros nos toca una tarea puramente civil: seguir, entre los episodios de la guerra, la huella de los pensadores que procuraron constituir definitivamente la patria conquistada, bajo formas de gobierno precisas, que dieran estabilidad á la Nación, libertad á los pueblos, garantías colectivas é individuales á los ciudadanos, y paz y prosperidad á todos aquellos hombres libres de la tierra, que quisiesen venir á habitar nuestro territorio.

Hemos bosquejado los sucesos que se produjeron hasta principios de 1811, con el objeto de demostrar que, libre por el momento de preocupaciones urgentes en cuanto á la guerra, la Junta Gubernativa de Buenos Aires, tuvo un compás de espera en sus medidas de violencia y de persecuciones, para ocuparse de estudiar los principios constitucionales que, sobre la base de las sanciones plebiscitarias del 25 de Mayo, debían servir para constituir definitivamente las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Abandonando, pues, el terreno de los episodios militares, vamos á seguir á los hombres de la Junta, en sus intenciones y proyecciones puramente civiles: en sus tendencias, para buscar la mejor forma de organizar un país que estaba tan desorganizado y desquiciado, políticamente, en esos mismos instantes, pues eran muchas las ideas que se presentaban, dentro y fuera de la Junta, como base de la futura Constitución de lo que había sido el Virreinato del Río de la Plata.



CAPÍTULO IV

BASES DE LA CONSTITUCIÓN NACIONAL ARGENTINA

1

LA PRETENDIDA IMITACIÓN Á LOS ESTADOS UNIDOS

Fines políticos de la Revolución. — Diferencia entre las revoluciones norteamericana y argentina. — Cabildos *urbanos* frente á colonias *políticas*. — Paralelos imposibles. — Justicia á los hombres de Mayo. — Sus sanciones del 24 y 25 de Mayo. — Carácter *provisional* de la Junta.

El movimiento revolucionario de Mayo de 1810, no fué una asonada sangrienta, que tuviese por objeto derrocar las autoridades existentes para reemplazarlas por otras; no fué, como lo decía más tarde Moreno, una revolución con el propósito de que *personajes nativos*, ocupasen el puesto oficial que desempeñaban *personajes españoles*.

No. Desde el primer momento, la revolución tuvo fines de política trascendental, sentando las bases de la organización futura del país, según los principios más adelantados de la ciencia del derecho constitucional, tal como entonces se practicaba.

Se ha pretendido que, al constituírnos, hemos imitado á los Estados Unidos, que se habían emancipado treinta y cuatro años antes que nosotros. Esto no es exacto. Las bases institucionales establecidas en las actas capitulares de Mayo de 1810, bastantes para constituir sobre ellas una nación libre, representativa, federal, y cuyos poderes fuesen dividi-



dos y separados, no fueron el fruto de una imitación imposible, dada la distinta condición del pueblo norteamericano al emanciparse, y del pueblo de los Virreinos españoles, al insurreccionarse contra la Metrópoli.

La única semejanza que existe entre las dos grandes revoluciones de América, la del Norte y la del Sud, es que ambas condujeron, á sus respectivos países, á la independencia de las naciones de que antes dependían.

Por lo demás, los dos movimientos son completamente distintos, como eran diferentes los pueblos que los produjeron; y esa diferencia nace, precisamente, de la situación en que uno y otro pueblos se encontraban en el momento de sublevarse.

Los norteamericanos se emanciparon para defender derechos que poseían desde la organización de sus colonias, y que la Inglaterra pretendía usurparles en provecho propio. Fué una cuestión económica,—un impuesto sobre el te introducido á las colonias británicas, y que aquéllas no creían deber pagar á la Metrópoli,—lo que sirvió de motivo para el levantamiento armado de ellas.

Los argentinos, por el contrario, hicieron su revolución para buscar que se les reconocieran derechos que nunca tuvieron, puesto que su existencia no era sino el reflejo de la existencia de España, que había convertido en monopolio, en provecho propio, todo el comercio de sus posesiones en América.

Y esta diferencia substancial en materia de libertades políticas y económicas venía de los orígenes de ambos pueblos, y de la manera como ambos ocuparon inmensos territorios en el Nuevo Mundo.

La Inglaterra *pobló* la parte Norte del continente, trayendo á América con sus *pobladores*, las libertades y las instituciones que ya existían en la Gran Bretaña. Su colonización fué una mera dilatación de su imperio, rigiendo en las



nuevas colonias las mismas leyes y las mismas franquicias que existían en la Metrópoli.

España *conquistó* la América del Sud, entregando al jefe *conquistador* los territorios que adquiría, como un feudo del que era Señor absoluto, tributario solo de la Corona, á la que pertenecían algunas de las regalías que la *conquista* producía.

Las *poblaciones* norteamericanas, fueron organismos que tenían gobiernos propios desde sus primeros días, con Constituciones escritas, que á la vez les imponían obligaciones, como súbditos dependientes del Rey de Inglaterra, les dejaban, en el territorio americano, todas las libertades de que gozaba el pueblo inglés.

Las *colonias* españolas, eran meras factorías, sin más autoridades propias que los *Cabildos*, cuerpos municipales, sin personalidad política; rama administrativa dependiente de los Virreyes, que gobernaban la América en nombre de la España, y sometidos siempre á las leyes españolas, dadas especialmente para las Indias, y bajo la dependencia de un *Consejo de Gobierno*, que también se ocupaba exclusivamente de estas mismas Indias.

Los dominios ingleses, al emanciparse, eran cuerpos autónomos, organizados políticamente como gobiernos republicanos representativos, con sus poderes perfectamente definidos y divididos; de tal manera que estaban separados el Ejecutivo del Poder Legislativo, y ambos del Poder Judicial, siendo esa separación y esa organización tan completa y tan perfecta, que Rhode Island, después de la independencia de los Estados Unidos de su Metrópoli, siguió gobernándose muchos años, teniendo como única Constitución local, la misma *Charter* que le había acordado el Rey Carlos II al fundar la Colonia.

Los argentinos, en el día de la emancipación, no tenían más base popular para su futura organización, que los *Ca-*

bildos de las ciudades, ni más leyes orgánicas que las Leyes de Indias, las Ordenanzas de Intendentes y las cédulas reales que se dictaban cuando la necesidad las exigía, viniendo nombrados de España todos los funcionarios públicos que formaban los poderes del Virreinato ó de las provincias, desde los Virreyes hasta los Oidores de las Reales Audiencias.

En las colonias inglesas, la base de todo poder local era la masa del pueblo que elegía sus gobernantes, reteniendo en sí mismas la soberanía colonial, independiente en su ejercicio de la soberanía limitada del monarca inglés.

En las colonias españolas, los gobernados no eran oídos, ni tenían derecho alguno político individual ó colectivo, debiendo sus gobernantes su nombramiento al favor real, cuando venían designados de España, ó á la voluntad de los Virreyes, cuando eran éstos quienes los nombraban.

Dos pueblos constituídos desde su origen de tan distinta manera, no podían producir sus revoluciones con idénticos efectos.

En Norte América, cada Estado nació á la vida independiente con una Constitución propia, secular, representada por las *Charters* que los monarcas ingleses les acordaban.

En el Virreinato del Plata, no tenían las Provincias más que la organización comunal de las antiguas ciudades celtas y fenicias, llevada á España con la conquista de aquellos pueblos primitivos, y traída á América en nombre de la conquista española.

Para constituir la nación, á los Estados norteamericanos les bastó *unirse*, desprendiéndose de una pequeña parte de su propia soberanía local, en obsequio de la autoridad federal que constituían con objetos taxativos y determinados, tales como las relaciones oficiales internacionales, la defensa común de todo el territorio, la reglamentación del comercio interprovincial y exterior, y otras cuestiones que tendían al





bienestar común y á la garantía recíproca de todas las individualidades políticas independientes, que se reunían para constituir, ante el mundo, una sola nacionalidad. Para llegar á estos fines, escribieron la Constitución de los Estados Unidos, el más notable Código político que jamás se haya redactado, en el que están equilibrados los derechos y atribuciones del poder con las responsabilidades de los mandatarios, y las libertades y franquicias del pueblo y del ciudadano, con la limitación de esos mismos derechos, cuando su ejercicio pone en peligro otro derecho.

Para constituirse nuestras provincias y nuestra República, los pueblos necesitaron crearlo todo: las instituciones nacionales y las instituciones provinciales, puesto que de ellas no existían ni siquiera principios rudimentarios en ejercicio.

No es, pues, posible establecer paralelos entre la revolución que produjo la inmediata independencia política de los Estados Unidos parcialmente y su constitución colectiva, con la revolución de los Virreinos españoles en la América del Sud, que tuvieron que hacer, lenta y paulatinamente, su obra de organización, luchando con la anarquía en el interior y con enemigos extranjeros en el exterior, para conseguir contituirse sólo cincuenta años después del día de la Revolución.

Sin embargo, es menester hacer justicia á los hombres que, en los *Días de Mayo*, se reunieron en plebiscito y en Cabildo, porque sus sanciones pueden tomarse como las bases originarias de la actual Constitución Argentina.

Efectivamente: las primeras manifestaciones de esas tendencias á la organización política del país, se sienten junto con los primeros estremecimientos revolucionarios. El *Cabildo abierto* del 22 de Mayo de 1810, no sólo derrocó las autoridades españolas, suprimiendo, así, al Virreinato, sino que resolvió que el Cabildo nombrase una Junta, « la cual » haya de encargarse del mando, mientras no se congregan

« los diputados que se han de convocar de las provincias
« interiores, para establecer la forma de gobierno que co-
« rresponda ».

Esta sanción tiene la inmensa importancia de que, siendo ella adoptada en el Congreso General plebiscitario, que, por primera vez, celebraba el pueblo argentino para producir la revolución, sentaba, también, la base fundamental de un futuro gobierno político para el país independiente.

En esas breves palabras transcritas, se establece, no sólo el carácter provisional de la Primera Junta que se constituía, sino que se reconoce la existencia de *las Provincias interiores*; lo que importaba localizar el movimiento revolucionario al solo Virreinato de Buenos Aires, considerado, desde ese momento, por los autores de la Revolución, como una unidad nacional, formada de individualidades independientes, que debían reunirse en un Congreso Constituyente, *para establecer la forma de gobierno que corresponda*; lo que importaba, á su vez, declarar que el gobierno que acababa de derrocar no podía ser restablecido, ni era el que convenía á las Provincias que formaban el Virreinato.

Fué sobre esa base popular que el Cabildo de Buenos Aires, reunido el 24, dictó aquellas famosas doce disposiciones, que, aunque representaban una doble revolución, tanto contra las leyes y disposiciones españolas vigentes, cuanto en contra de la sanción plebiscitaria del 22, forman un cuerpo homogéneo en el que se encuentran consignados todos los principios de derecho público, que hoy mismo rigen en los pueblos más libres de la tierra.

En puridad de verdad, esa sanción del Cabildo el 24 de Mayo, ratificada por el pueblo el 25, aun cuando con substanciales modificaciones, debe ser considerada por el historiador como la *Primera Constitución escrita del pueblo argentino*; y, por nuestra parte, atribuyéndole toda la importancia que ella tiene, vamos á ocuparnos de examinarla.





2

DISPOSICIONES CONSTITUCIONALES ESTABLECIDAS EN 1810

Pensamiento político de Leiva. — Importancia de la sanción del Cabildo del 23. — Cisneros con poder limitado. — Gobierno unipersonal. — Poderes colectivos. — Disposiciones del 24. — Disposición análoga en la actual Constitución: Presidentes y Gobernadores con firmas acompañadas. — Acción directa y permanente sobre el Poder Ejecutivo, por medio de los Cabildos electivos. — El derecho tradicional de la Cámara de los Comunes. — La actual Constitución y los hombres de 1810. — Contribuciones previa consulta. — Poder Judicial independiente. — Causas contenciosas al Poder Administrador. — Base constitucional establecida en 1810: Independencia de los tres poderes. — Publicación de estados mensuales. — Buena administración de los caudales públicos. — Política futura y Constitución definitiva. — Electores calificados: Parte más sana del vecindario. — Sufragio universal: Invención de la Revolución francesa. — Voto calificado: base más cara y ponderada en el derecho constitucional moderno. — El pueblo en su concepción colectiva no existía. — Solamente piensan y actúan las ciudades. — Campañas semibárbaras. — Sus caudillos incorporados al movimiento revolucionario. — Sanciones del 24 y 25: Base constitucional del sufragio. — Sistema representativo, adoptado definitivamente. — Principio de buen gobierno. — División de las tareas de la Administración. — La reacción en Córdoba. — Resistencia del Paraguay y de Montevideo. — Actitud agresiva de Abascal en el Alto Perú. — La Junta desconocida y hostilizada.

Se ha dicho, en su oportunidad, que el Cabildo abierto de 22 de Mayo de 1810, votó la destitución del Virrey Cisneros por una inmensa mayoría de votos.

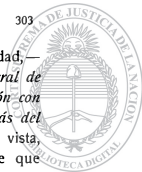
No obstante esa resolución, el Cabildo de la ciudad, sugestionado por el Doctor Don Julián de Leiva, que era, indiscutiblemente, un hombre preparado para las circunstancias, queriendo, sin duda, encaminar los rumbos de aquel movimiento de una manera tal que pudiesen conciliarse las justas exigencias de los nativos, con la conservación de las autoridades españolas en el Virreinato, adoptó una resolución, tan inesperada como decisiva, pero que revela un pensamiento político que no puede dejarse pasar inapercibido.

« Para conciliar los respetos debidos á la autoridad,—
« decía el Cabildo el 23 de Mayo,—*con el bien general de*
« *estas interesantes provincias, propendiendo á su unión con*
« *la Capital y á su franca comunicación con las demás del*
« *Continente*, objeto que jamás ha podido perderse de vista,
« acordaron (los Cabildantes): Que, sin embargo de que
« por la pluralidad de votos había cesado en el mando el
« Exmo. Señor Virrey, *no se tuviese por separado, sino que*
« *se le nombrase acompañados con quienes haya de gober-*
« *nar*, hasta la congregación de los Diputados del Virrei-
« nato, lo cual sea y se entienda con una Junta compuesta
« de aquéllos. »

La importancia que tiene esta sanción del Cabildo, en su sesión del 23 de Mayo, consiste en que, á la vez que reconoce la necesidad de que se congreguen los Diputados del Virreinato, *propendiendo á la unión de las Provincias con la Capital*, lo que importaba acatar, en esta parte, las resoluciones del Congreso del 22, mantiene al Virrey Cisneros al frente del gobierno, limitándose la modificación á nombrarle *acompañados con quienes haya de gobernar*, pero conservándole siempre el carácter de Presidente de la nueva Junta que iba á constituirse, obedeciendo á la decisión plebiscitaria.

La tendencia de esta resolución del Cabildo, se encuentra perfectamente definida cuando, en la primera de las disposiciones mandadas cumplir el 24, dice así: « Que *con-*
« *finúe* en el mando el Exmo. Señor Virrey Don Baltasar
« Hidalgo de Cisneros, *asociado de los señores* el Doctor
« Don Juan Nepomuceno de Sola,... el Doctor Juan José
« Castelli,... Don Cornelio de Saavedra,... y Don José
« Santos de Inchaurregui. »

Lo que el Cabildo quería con esta disposición, era constituir un gobierno unipersonal, confiado al Virrey, quien tendría como ministro ó Cuerpo consultivo, á los *acompañados* que se le designaban.





Es indudable que aquella organización del Poder Ejecutivo, dada al gobierno que pretendía organizar el Cabildo del 24 de Mayo, era más conveniente y más científica que la Junta colectiva de nueve miembros, especie de Dieta, que organizaba el pueblo el 25, obligando al Cabildo á aceptarla.

Somos partidarios de los gobiernos unipersonales, con la colaboración de ministros responsables, porque de esta manera es más posible la armonía entre los gobernantes, que cuando se trata de esos cuerpos numerosos en que la autoridad está repartida por igual en todos sus miembros, sin que haya una dirección posible, viéndose ellos sujetos al contagio peligroso del saber ó de la energía de uno solo, que arrastre con sus opiniones á todos los demás.

Históricamente estudiado este punto, se ve la verdad de los peligros que encierran estos poderes ejecutivos colectivos y numerosos. En la Primera Junta, si bien ésta se componía de nueve miembros, desde que se dió voz y voto en ella á los Secretarios Moreno y Paso, es indiscutible que, aun cuando era idéntica la categoría de cada uno de sus miembros, fué la inspiración y la voluntad de Moreno la única que privó, hasta que se produjeron sus discordias con Saavedra y sus rivalidades con el Deán Funes.

Tenemos, pues, que, como base constitucional, encontramos ya en los Cabildos del 24 y 25 de Mayo organizado el Poder Ejecutivo, ya en la forma unipersonal, con un jefe á la cabeza y agregados como ministros, ó ya en la forma colectiva, como el actual gobierno de la Suiza, pero siempre de acuerdo con los principios institucionales que rigen á los pueblos libres.

Correlativo con lo dispuesto en el artículo 1º de la resolución del 24, que mandaba *continuar en el mando al Exmo. Señor Virrey*, es el artículo 10 de la misma sanción, que establece que: «No se obedezca ninguna orden ó providencia del Exmo. Señor Virrey, sin que vaya rubricada



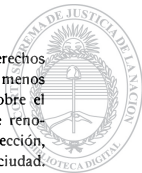
« de todos los demás individuos que deben componer la « Junta ».

Disposiciones análogas á estas, se encuentran hoy en la Constitución nacional argentina y en las de todas sus Provincias, en las que se estatuye que no sean obedecidas las órdenes que emanen del Presidente de la República y de los Gobernadores, si sus firmas no van acompañadas de las de los ministros secretarios, creados como institución constitucional, en un carácter muy semejante al que daba á los *acompañados* el Cabildo de 1810.

La segunda de las sanciones que aclamó el pueblo el 25 de Mayo, dice: « que el Cabildo velaría sobre la conducta « de los Vocales y los removería siempre que no fuese arreglada », siendo esta disposición, un mero extracto de la quinta, sancionada por el Cabildo el 24, y que dice que « aun cuando se halla plenamente satisfecho de la honrosa « conducta y buen procedimiento de los señores mencionados (los nombrados como *acompañados*), sin embargo, « *para satisfacción del pueblo*, se reserva, también, estar muy « á la mira de sus operaciones y, caso no esperado, que « faltasen á sus deberes, *proceder á la deposición, reasumiendo, para este solo caso, la autoridad que le ha con-* « *ferido el pueblo* ».

El Cabildo era la única autoridad popularmente elegida que existía en las ciudades del Virreinato, y, al señalar las bases del futuro gobierno, hasta tanto se constituyese la Asamblea de Diputados de las Provincias, aquel cuerpo conservaba su carácter popular, adoptando una forma semejante á la de los gobiernos parlamentarios actuales, en los que las Cámaras Legislativas son las encargadas de velar por la buena marcha del Ejecutivo y de hacerle responsable de sus actos, llegando hasta la destitución.

Si al adoptar esa medida, el Cabildo no tenía el propósito meditado de constituir un gobierno parlamentario, eri-



giéndose él en la rama popular que tutelase los derechos del pueblo, á quien reconocía representar, por lo menos establecía la acción permanente y directa de aquél sobre el Poder Ejecutivo, por medio de ese Cabildo, que se renovaba periódicamente, y que, con más ó menos perfección, era elegido por los vecinos más caracterizados de la ciudad.

El Cabildo se reservaba, también, como en todos los Parlamentos modernos, el derecho de ser el que impusiese contribuciones y autorizase gastos. El artículo nono de la sanción, establecía «que no se puede imponer pensiones y «pechos ni contribuciones, *sin previa consulta y conformidad de este Exmo. Cabildo.*»

Aunque en forma embrionaria, en estas breves palabras está consignado el derecho tradicional de la Cámara de los Comunes de la Inglaterra; derecho que, en estos momentos, produce el conflicto con la Cámara de los Lores, que pretende, también, abocárselo, y que consiste en ser la rama popular electiva, la única que pueda obligar al pueblo á pagar impuestos y contribuciones.

Hasta en sus detalles, los hombres de 1810 señalaban las bases de la actual Constitución argentina en esta materia. Actualmente, los Poderes Ejecutivos de la Nación y de las Provincias, pueden proyectar leyes de impuestos; pero ellas no pueden ponerse en vigor *sin la previa consulta y conformidad* de los Congresos y las Legislaturas.

La independencia del Poder Judicial y su completa separación del Poder Ejecutivo y del Cabildo, que funcionaba como rama legislativa, quedaba, también, asegurada por las bases constitucionales sancionadas. La séptima de esas bases decía que: «Quedarán excluidos los referidos señores «que componen la Junta Provisional, de ejercer el Poder «judiciario, el cual se refundirá en la Real Audiencia, á «quien pasarán todas las causas contenciosas que no sean «de gobierno.»

Por esta disposición, al mismo tiempo que se constituía y se reconocía la existencia de un poder judicial independiente, se establecía que á aquél solo pertenecerían las causas *contenciosas*; dejando siempre al poder administrador la facultad de resolver todos los asuntos que fuesen *administrativo-contenciosos*.

Es verdad que nada se decía sobre el nombramiento de los miembros de la Audiencia, que en esa época venían nombrados de España, cuyas autoridades habían sido desconocidas por la Revolución; pero, aun cuando ese nombramiento quedase exclusivamente en manos de la Junta, es bueno recordar que, actualmente, son muchos los países donde el Poder Judicial se constituye por nombramientos directos hechos por el Poder Ejecutivo, unas veces con el acuerdo legislativo, y otras sin necesidad de ese acuerdo, como sucede, generalmente, con el nombramiento de las autoridades judiciales subalternas.

De todas maneras, es innegable que ya en 1810 se establecía, como base constitucional, la independencia de los tres poderes, que, más tarde, pocos meses después, la consagraba con más amplitud el Reglamento Provisional de 1811.

Más científicos y más demócratas, los autores de las sanciones del 24 de Mayo, que los que las enmendaron en las del 25, la primera establecía « que faltando alguno de los « referidos señores que han de componer la Junta de esta « Capital, por muerte, ausencia ó enfermedad grave, *se reserva este Cabildo nombrar al que haya de integrarla* »; mientras que la sanción del 25, dispuso, que « la Junta ha « de nombrar quien deba ocupar cualquiera vacante por re- « nuncia, muerte, ausencia, enfermedad ó remoción ».

Indudablemente, era más perfecto el sistema adoptado por el Cabildo el 24 de Mayo, porque por él se daba intervención indirecta al pueblo, en la designación de los miembros del Poder Ejecutivo. Es probable que la bondad de





este sistema no escapase á los jurisconsultos y hombres de pensamiento que iniciaron y realizaron la Revolución; pero la actitud asumida por el Cabildo, al desconocer las resoluciones plebiscitarias del 22, le habían colocado en mala situación para con el pueblo y sus representantes en la acción, de manera que así se explica que se le arrebatase la facultad que se había atribuído, de designar por sí mismo los reemplazantes de los miembros de la Junta que acababa de elegirse.

Velando por la buena administración de los caudales públicos, y como una garantía dada al pueblo de que sus administradores procederían siempre con honestidad y cordura, la octava de las sanciones, mandaba « que esta misma « Junta ha de publicar todos los días primeros del mes, un « estado en que dé la razón de la administración de la « Real Hacienda ».

Hemos examinado tal vez, las menos importantes de las bases constitucionales fijadas por las resoluciones casi idénticas del 24 y 25 de Mayo; y decimos las menos importantes, porque ellas no se dirigen tanto á la política futura y á la definitiva organización institucional como los artículos de esas sanciones que se refieren á la constitución del país, por medio de la convocatoria á un Congreso Constituyente.

Figuran con el número 10 en la sanción del 25 y 11 en la del 24 de Mayo, las siguientes disposiciones, respecto á la manera como había de formarse el futuro Congreso, y á la manera como habían de ser elegidos sus diputados:

« Que los referidos señores (la Junta) despachen, sin pérdida de tiempo, órdenes circulares á los jefes del interior « y demás á quienes corresponde, encareciéndoles muy especialmente y bajo de responsabilidad *hagan que los respectivos Cabildos de cada uno, convoquen, por medio de « esquelas, la parte principal y más sana del vecindario,*

« para que, formando un Congreso de solos los que en aquella forma hubiesen sido llamados, elijan sus representantes, y éstos hayan de reunirse, á la mayor brevedad, en esta Capital, para establecer la forma de gobierno que se considere más conveniente ».

Esta cláusula, que prescribe la elección de Diputados al Congreso Constituyente, por medio de *electores calificados*, no es extraña en las más adelantadas constituciones modernas.

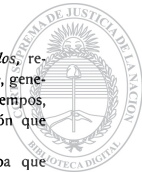
Los hombres de 1810, pensaban que sólo tenían aptitudes para constituir el gobierno político del país, los ciudadanos que formaban *la parte principal y más sana del vecindario*, porque en ellos reconocían la mayor suma de competencia intelectual y de condiciones sociales, para designar, de entre sus propios convecinos, á aquéllos que estuviesen mejor preparados para la grave tarea de *establecer la forma de gobierno que se considerase más conveniente*.

En las democracias modernas, son muchas las Constituciones en las que no existe el sufragio universal, invención nacida de los excesos de la Revolución Francesa, y contra la cual hoy reaccionan todos los pensadores y publicistas, que comprenden que el gobierno de la República es misión de trabajo y de ilustración, y no puramente de sentimiento y de patriotismo.

El *voto calificado* que exigían los hombres de 1810, es hoy una de las bases institucionales más caras y más ponderadas en el derecho constitucional moderno. Encontrarlo entre nosotros, allá en los albores de nuestra organización política, cuando todavía no sabíamos si íbamos ó no á ser independientes, es un hecho honroso para los hombres que, desde 1810, pensaron fundarnos una patria.

Los Diputados que llegasen á Buenos Aires para formar un Congreso, tendrían una base popular, aun cuando su elección fuese de segundo grado, porque esos vecinos lla-





mados á elegirlos *formando un Congreso de solos ellos*, representaban, á su vez, á la masa popular informe que, generalmente, no piensa ni razona, y que, en aquellos tiempos, estaba más dispuesta á la obediencia y á la sumisión que al ejercicio del sufragio.

Se notará que la resolución del Cabildo, mandaba que fuesen sólo los vecindarios *de cada ciudad ó villa*, los que hiciesen la elección de Diputados, y esto tiene una explicación, á la vez histórica y ocasional.

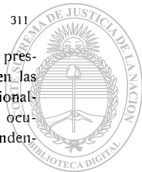
Si la representación que los Diputados iban á traer á la Capital, eran puramente *comunal* y no *popular*, esto tenía su justificación en la tradición de la Colonia y del Virreinato, donde de esa manera se elegían los Cabildos, que eran la única rama de gobierno en que el pueblo intervenía para algo.

La importancia de los Cabildos durante el Virreinato nacía precisamente de su forma de elección, porque ellos venían, así, á representar, como había pasado ya en España, *la parte mas sana de la sociedad*, que era la que se consideraba con el derecho de mandar á los demás.

Entre nosotros, durante los primeros años de la Revolución, y en todas las Asambleas que hemos llamado *Congresos Nacionales*, no han sido las *Provincias* las que han estado representadas, sino puramente los *Cabildos*.

Y aquí es donde debemos dar la razón histórica para que así se procediese, justificando la conducta de los hombres de 1810.

El *pueblo*, en su concepción colectiva, tal como hoy la entendemos los argentinos al amparo de la Constitución actual, no existía en 1810. Eran sólo las *ciudades* las que pensaban y actuaban; á tal extremo, que las *campañas*, semi-bárbaras porque hasta ellas no irradiaban las luces de la escasa civilización colonial, sólo se incorporaron al movimiento revolucionario, cuando fué necesario organizar ejér-



bitos y buscar á los caudillos para que, usando de su prestigio, reunieran tropas; las cuales, si no tomaban parte en las deliberaciones gubernativas para organizar constitucionalmente la patria, hacían tanto como los que de esto se ocupaban, puesto que aseguraban en la guerra la independencia de esa misma patria que se anhelaba organizar.

Los Diputados que concurrieron al llamado de la Junta, y que más tarde actuaron en el ejecutivo y en las Asambleas legislativas ó constituyentes, fueron los representantes de los *Cabildos de las ciudades*, sin que se respetasen siquiera las divisiones territoriales de las Provincias del Virreinato, puesto que tuvo el derecho de enviar un Diputado cada *ciudad* ó cada *villa*, aun cuando dos ó más de ellas, estuviesen situadas dentro de los límites de una provincia, como sucedió con Buenos Aires.

Esta sanción de los Cabildos del 24 y 25 de Mayo, sentaba, pues, la base constitucional del sufragio, estableciendo el sistema representativo de gobierno, aun antes de que se constituyese el Congreso que debía adoptar definitivamente la forma de organización política del país.

Es indudable que sobre las bases que acabamos de estudiar, la Primera Junta Provisional de Gobierno, habría podido proyectar una Constitución definitiva para el país, tanto porque algunos de los hombres que la componían tenían condiciones para hacerlo, cuanto porque lo demostraron al dictar, tres días después de la Revolución, el 28 de Mayo de 1810, el «Reglamento para el ejercicio de la autoridad de la Junta», en el que ya establecían principios de buen gobierno, dividiendo las tareas de la administración, tal cual lo hacen las Constituciones más modernas.

«En los negocios que deban decidirse por la Junta,— decía el Art. V de aquel Reglamento,— la formarán cuatro Vocales con el Presidente; pero en los asuntos interesantes de alto gobierno, deberán concurrir todos precisamente.»



Pero aquella tarea le fué imposible á la Junta, por múltiples circunstancias, producidas inmediatamente después de constituirse.

En primer lugar, al día siguiente de la Revolución, comenzaba la reacción promovida por Liniers y Concha desde Córdoba, reagravada con la resistencia del Paraguay y de Montevideo, y favorecida con la actitud agresiva de Abascal en el Alto Perú. La Junta tuvo, pues, que consagrarse principalmente á preparar las armas para atacar á los españoles, y para defender con ellas mismas las posiciones que la Revolución le había dado, dejando las cuestiones tranquilas de derecho y de organización constitucional, para cuando las condiciones generales del país lo permitieran.

Para que las sanciones de los Cabildos de 24 y 25 de Mayo pudiesen cumplirse, ante todo era menester que todas las ciudades del Virreinato hubiesen acatado la autoridad de la Junta que las convocaba y hubiesen enviado á sus Diputados á la Capital.

Y esto no sucedió. Por el contrario, desconocida y hostilizada la Junta por muchas ciudades, no llegaron á Buenos Aires todos los diputados necesarios para constituir el Congreso desde los primeros días; y, si cuando comenzaron á llegar algunos, éstos no encontraron en la Junta un Ejecutivo preocupado de desempeñar un *gobierno provisional*, al solo efecto de reunir un Congreso Constituyente, sino un Ejecutivo decidido á proceder como *autoridad permanente*, soberana y dictatorial, fué porque, desde el día siguiente de la Revolución, surgieron esas amenazas de reacción de que hemos hablado, las que hacían peligrar la existencia misma del Gobierno.

Para dictar una Constitución, era, ante todo, necesario asegurar la independencia del país que ella debía regir.

Sin embargo, cuando el horizonte se hubo despejado un tanto y el triunfo de Suipacha, y los arreglos con el Para-



guay, el levantamiento del bloqueo del Río de la Plata y las sublevaciones patrióticas de Entre Ríos y la Banda Oriental, descargaron un tanto á la Junta de sus deberes militares, entonces sus hombres de gobierno se preocuparon seriamente de la organización constitucional del país.

3

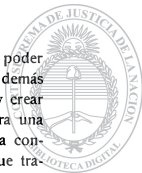
MORENO Y LAS DOCTRINAS FEDERALES

Regencia americana. — Cortes Constituyentes con representación de los Virreinos. — Pretensión de Elio, nombrado Virrey. — Abascal incorpora el Río de la Plata á su jurisdicción. — Los revolucionarios: Rebeldes é insurgentes. — Gran confederación independiente. — Don Bernardo O'Higgins. — Proyecto presentado por Juan Martínez Rosas. — Moreno y Castelli, republicanos decididos. — Paso, demócrata y sumamente liberal. — Belgrano, monarquista. — Azcuénaga y Alberti, patriotas, faltos de preparación en la ciencia del gobierno. — Larrea y Matheu, adictos á Fernando VII — « La Gazeta », excelente cátedra de derecho público. — Resplandores de 1810, oscurecidos en 1811. — Justicia al eminente publicista. — En busca de formas de gobierno. — Confederación continental: una quimera. — Regencia americana: un pretexto para continuar la usurpación. — Confederación nacional impracticable. — Partidario del sistema federal. — Clarovidente profeta en 1810 de la Constitución en sus condiciones federativas actuales. — Principio de derecho constitucional. — Nada concreto. — Axioma político. — Moreno era demócrata, no unitario. — Lujos y condecoraciones. — Igualdad republicana. — Documento *ab irato*. — Pequeñas causas, grandes efectos. — En el cuartel de *Patricios*. — Entrada impedida á Moreno. — Redacción del decreto: Verdaderas doctrinas de democracia y republicanism. — El genio y el brazo de la Revolución.

Los Diputados que habían venido de las Provincias, cansados de no tener parte alguna en el gobierno, se agitaban buscando una solución política que les diese algún papel que desempeñar en el drama que se estaba desarrollando.

Fué entonces que los miembros de la Junta creyeron que debían preocuparse de estudiar los diversos problemas que se presentaban, para la organización definitiva del país.

Abascal, que gobernaba en el Perú, al comprender los



peligros que corría la España de caer totalmente en poder de Napoleón, se había puesto de acuerdo con los demás Virreyes para convocar á unas *Cortes del Virreinato* y crear una *Regencia* que defendiese al Río de la Plata contra una nueva invasión inglesa, que tuviese por objeto, no la conquista, como en 1806, sino amparar á los nativos que trabajaban por la independencia de estas Provincias desde aquella época.

Este plan era del fiscal de Potosí, Doctor Pedro Vicente Cañete, quien completaba, de ese modo, el que Don Félix de Azara había tenido en 1809, sólo para el Virreinato del Río de la Plata.

Este proyecto fué firmado en Potosí el 26 de Mayo de 1810, es decir, al día siguiente de estallar en Buenos Aires la Revolución.

Con él buscaban los Virreyes halagar á los nativos, á quienes creían satisfacer con el establecimiento de una *Regencia americana*, aunque el país continuase bajo el imperio de la odiosa legislación que la España había dictado especialmente para las Indias, y siguiese gobernado por los mismos hombres que habían venido á estas regiones como conquistadores, dueños y señores absolutos de la tierra y de sus habitantes.

Sin embargo, el plan no pudo realizarse, tanto por los acontecimientos que se habían producido en el Río de la Plata, como por los que se producían en Europa.

Casi al mismo tiempo, se reunían las Cortes Constituyentes en Cádiz, dándoles representación á los Virreinatos de América, con Diputados nombrados, primero en España misma, y luego pretendiendo que la América los nombrase; resolución que Elío hizo conocer á la Junta de Buenos Aires, al llegar con su nombramiento de Virrey, sin conseguirlo.

En esa situación fué cuando Abascal, *motu proprio*, declaró



al Río de la Plata incorporado á su jurisdicción, constituyéndose, por sí mismo, en la autoridad suprema desde el Perú hasta el Cabo de Hornos, y organizando ejércitos para subyugar á los *rebeldes é insurgentes*, como él llamaba á los revolucionarios de Mayo.

Por su parte, Don Bernardo O'Higgins, mientras batallaba en Chile, resucitaba el viejo proyecto del famoso agitador venezolano, Francisco Miranda, General por sus proezas en los ejércitos de Napoleón y de Catalina II de Rusia; proyecto que consistía en formar una gran Confederación independiente de toda sujeción europea, y en la que figuraran como Estados Confederados cada uno de los Virreinos que España había tenido en América.

Este proyecto se lo presentó redactado á O'Higgins Don Juan Martínez Rosas, argentino ilustrado y patriota, hombre de valer y de prestigio, que servía á la Revolución en las filas chilenas.

Como se ve, el problema de la organización definitiva de la América española, y aun del simple Virreinato de Buenos Aires, en sus condiciones de pueblos independientes, se presentaba como un problema muy complejo, en los momentos en que la Junta Gubernativa de Buenos Aires se resolvió á ocuparse de él.

Los mismos miembros de la Junta estaban divididos en sus opiniones con respecto á formas políticas de gobierno.

Su Presidente, Don Cornelio de Saavedra, peruano, nacido en la ciudad de Potosí, consideraba la revolución de Buenos Aires como un movimiento *americano*, y creía que la nueva organización debía comprender todo el continente, sin tener ideas precisas respecto al mejor gobierno que conviniese constituir.

Moreno y Castelli, que eran, sin disputa, los dos más decididos republicanos de la Junta, no tenían, tampoco, ideas fijas sobre *federación* y *unitarismo*, por más que se haya



atribuido al primero una preferencia indiscutible sobre este último sistema.

Paso era, como ellos, demócrata y sumamente liberal, pero no ha dejado elementos propios para conocer cuáles eran sus ideales de gobierno, si bien son muchos los que le presentan como un hombre ilustrado, como un orador elocuente y persuasivo, y como un hombre de un valor personal indomable.

Belgrano era, decididamente, monarquista. Sus lecturas habían sido más generales y completas que las de sus compañeros en el gobierno, porque había llegado á obtener una autorización especial de Carlos IV para recibir y leer libros doctrinarios, cuya introducción era prohibida en el Virreinato. De más edad que Moreno, sentía la influencia avasalladora de éste en todo lo que se refería á la Revolución; pero se mantenía incólume en cuanto á sus convicciones respecto de la forma de gobierno que debía establecerse. Quería la absoluta independencia del Virreinato, pero persistía en que las Provincias Unidas del Río de la Plata, constituyesen una monarquía; manteniéndose tan firme en estas convicciones, que hasta el momento mismo de declararse la independencia argentina, en Julio de 1816, Belgrano consiguió que no se adoptase, en aquella declaración, forma alguna de gobierno, porque no había abandonado, todavía, sus teorías monárquicas.

Azcúénaga y Alberti eran sólo dos *patriotas*. Querían la *patria propia*, independiente de toda otra sujeción extraña; la querían gobernada por sus propios hijos y al amparo de todas las libertades, que sabían ahora que existían, porque habían oído hablar de ellas después de la Revolución; pero no discutían formas orgánicas de gobierno, ni constituciones políticas, que, acaso no conocían, por su falta de preparación sobre la materia.

Larrea y Matheu,—ya lo hemos dicho,—eran dos españoles



ricos, que entraron en la Revolución aceptándola como un medio de conservar estos dominios *para su amado Rey Don Fernando VII*.

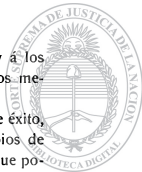
Era, pues, solo Moreno el que podía ocuparse de estas arduas cuestiones, que revestían el doble carácter de políticas y científicas; y comenzó á hacerlo con decisión y entusiasmo, desde aquella excelsa cátedra de derecho público que él dictaba en las columnas de la *Gazeta de Buenos Aires*.

Es allí donde puede seguirse el movimiento intelectual de aquella época, en materia de principios constitucionales, porque, cuando los acontecimientos le dejaron algunos instantes de reposo, Moreno se puso á escribir « *Sobre la misión del Congreso, convocado en virtud de la resolución plebiscitaria del 25 de Mayo* ».

A fines de 1810, después de serios trabajos, la situación militar del país se había despejado, sobre todo en el Río de la Plata, puesto que la resistencia quedaba encerrada en Montevideo, sobre cuya ciudad marchaban ejércitos para sitiarla; el Paraguay y la Banda Oriental se habían ligado á Buenos Aires, el primero por su armisticio con Belgrano y la segunda por la sublevación de sus campañas; la revolución se había extendido, porque ya Chile se había sublevado el 18 de Septiembre de 1810, y O'Higgins triunfaba con sus ejércitos sobre el Pacífico, mientras Balcarce y Castelli, después de la victoria de Suipacha, habían levantado el Alto y Bajo Perú en favor de la Revolución.

Fué entonces que Moreno, persuadido de que la victoria ya estaba asegurada, y de que había una *Patria independiente*, se preocupó de buscar *la forma de gobierno que más conviniese*, y que fuese más adaptable á nuestra América.

La Providencia, en la que él tanto creía y esperaba, evitó á Moreno un terrible desencanto, cortando el hilo de su existencia pocos meses después de escribir él aquellos valientes artículos.



La muerte le libró de asistir á los descalabros y á los desaciertos que, tras de los esplendores de los últimos meses de 1810, obscurecieron nuestro cielo en 1811.

Bajo la influencia feliz de aquellas convicciones de éxito, Moreno comenzó el luminoso estudio de los principios de gobierno que regían en el mundo, de los ejemplos que podíamos imitar, y *de todos los proyectos de organización que se proponían y á que ya hemos hecho referencia.*

Debemos tributar justicia al eminente publicista, al ocuparnos de sus trabajos constitucionales en la *Gazeta*. El revolucionario implacable había desaparecido. Toda aquella nerviosidad viril, que se traducía en persecuciones, que llegaban hasta la hecatombe, no se encontraba en sus escritos, serenos, meditados, persuasivos y en los que, hasta el estilo mismo, parecía haber perdido mucho de su ampulosidad escolástica, para ponerse más al alcance de las multitudes.

El primero de los proyectos de organización de que creyó deber ocuparse, fué el propuesto por Don Bernardo O'Higgins, por el cual se indicaba la conveniencia de formar una confederación continental, en la que fuese un Estado Federal cada uno de los antiguos Virreinos Españoles.

Procurando destruir esas ideas con una argumentación tan poderoso que fuese incontestable, Moreno escribía en la *Gazeta*:—

« Nada tendría de irregular que todos los pueblos de América concurriesen á ejecutar, de común acuerdo, la grande obra que nuestras Provincias meditan por sí mismas; pero esta concurrencia, sería efecto de una Convención, no un derecho á que propiamente deban sujetarse, y yo creo impolítico y pernicioso propender á que semejante convención se realice. ¿Quién podría concordar las voluntades de hombres que habitan un Continente, donde se cuentan por miles las leguas de distancia? ¿Dónde se fijaría el gran Congreso y cómo proveería á las necesidades



« urgentes de pueblos, de quienes no podría tener noticias
« sino después de tres ó cuatro meses? »

« Es una quimera pretender que todas las Américas espa-
« ñolas formen un solo Estado. ¿Cómo podríamos entender-
« nos con otras partes, por ejemplo, las Filipinas (ha debi-
« do querer decir las Antillas) de que apenas tenemos más
« noticias que las que no comunica una carta geográfica?
« ¿Cómo conciliaríamos nuestros intereses con los del reino
« de Méjico?—Quizá con nada menos se conformaría este,
« que con tener estas provincias en clase de colonias; ¿pero,
« qué americano podrá hoy día reducirse á tan dura clase?... »

« Pueden, pues, las Provincias *obrar por sí solas su cons-
« titución y arreglo, deben hacerlo, porque la naturaleza mis-
« ma les ha precisado esta conducta, en las producciones y
« límites de sus respectivos territorios; y todo empeño que
« nos desvíe de este camino, es un lazo con que se pretende
« paralizar el entusiasmo de los pueblos, hasta lograr oca-
« sión de darles un nuevo señor* ».

Es indiscutible que el Doctor Moreno combatía sabiamente el proyecto de Confederación Americana, prestigiado por Miranda y O'Higgins, y que algunos publicistas y hombres de estado posteriores han pretendido resucitar en América. Teóricamente, sería un ideal sublime, el de sellar en una confraternidad política, la comunidad de origen y de aspiraciones de todas las antiguas Colonias españolas; pero en la práctica, á ello se opondrán siempre, ó al menos durante muchos siglos, las inmensas distancias que nos separan á las unas de las otras, y los mares y las montañas, los ríos y los desiertos, que sería necesario vencer para poder hacer desaparecer esos inconvenientes.

Con la misma energía combatía la *Gazeta* el proyecto que habían tenido los Virreyes de los cuatro Virreynatos, para constituir una *Regencia americana*, mateniendo las divisiones geográficas existentes entonces.

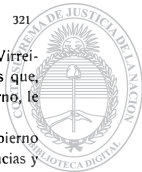


« Este sería el arbitrio, —decía,— que habrían elegido gus-
« toso todos los mandones, buscando en él, no tanto la
« consolidación de un sistema, cual conviene á la América
« en estas circunstancias, cuanto un pretexto para continuar
« en las usurpaciones del mando, al abrigo de las dificulta-
« des que deberían oponerse á aquella medida. El Doctor
« Cañete, incitaba á los Virreyes á esta conspiración, que
« debía perpetuarlos en el mando; y vimos que Cisneros,
« en su última proclama, adhiriendo á las ideas de su con-
« sultor, ofrece no tomar resolución alguna acerca del estado
« político de estas provincias, *sin ponerse previamente de*
« *acuerdo con los demás Virreyes y autoridades constituídas*
« *de la América.* »

Continuando en estos términos el estudio de aquel pro-
yecto imposible, combatía estas colosales federaciones de
inmensos Estados, colocados á enormes distancias los unos
de los otros, y que ocupan la extensión territorial de todo
el hemisferio sud de la América.

Esas objeciones que Moreno sentaba en 1810, existen
también hoy contra esos planes imposibles de confedera-
ciones continentales; confederaciones de naciones soberanas,
como la Alemania actual, posibles cuando se trata de terri-
torios relativamente pequeños y densamente poblados, pero
impracticables cuando se trata de países, como las Repúbli-
cas sudamericanas, á las que si bien lleva á la unión y á la
confraternidad la comunidad de origen, de idioma, de reli-
gión y de instituciones domésticas, las separan la diferencia
de intereses, fundada en la diversidad de producciones, en
la vasta extensión de un continente entero; las alejan de todo
poder central el desierto y las montañas y las grandes
distancias que habría que recorrer, por los millares de le-
guas que separarían á un miembro de la República de to-
dos los demás.

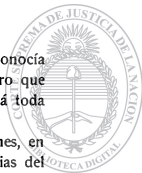
Al plan de confederación nacional, es decir, de organiza-



ción de una nacionalidad con las solas provincias del Virreinato, el Doctor Moreno le oponía, también, objeciones que, sin mostrarle partidario del sistema *unitario* de gobierno, le hacían combatir el *federalismo*.

« Oigo hablar, generalmente, — decía, — de un gobierno
« federativo, como el más conveniente á las circunstancias y
« estado de nuestras provincias; pero temo que se ignore
« el verdadero carácter de este gobierno, y que se pida sin
« discernimiento una cosa que se reputará incalificable des-
« pués de conocida. . .

« El gran principio de esta clase de gobierno se halla en
« que los estados individuales, reteniendo la parte de sobe-
« ranía que necesitan para sus negocios internos, ceden á
« una autoridad suprema y nacional la parte de soberanía
« que llamaremos eminente, para los negocios generales, en
« otros términos, para todos aquellos puntos en que deben
« obrar como nación. De lo que resulta, que si en actos
« particulares y dentro de su territorio, un miembro de la
« federación obra independientemente como legislador de sí
« mismo, en los asuntos generales obedece en clase de súb-
« ditos á las leyes y decretos de la autoridad nacional que
« todos han formado. En este sistema de gobierno, por más
« que se haya dicho lo contrario, debe reconocerse la gran
« ventaja del influjo de la opinión y del contacto general:
« se parece á las armonías de la naturaleza, que están com-
« puestas de fuerzas y acciones diferentes y todas concurren
« á un fin para equilibrio y contrapeso, no para oposición;
« y desde que se practica felizmente aun por sociedades in-
« cultas, no puede ser calificado de difícil. Es el mejor, quizá,
« que se haya discurrido entre los hombres, pero difícil-
« mente podrá aplicarse á toda la América. ¿Dónde se for-
« mará la gran dieta, ni cómo se recibirán instrucciones de
« pueblos tan distantes, para las urgencias imprevistas del
« Estado? »



Los párrafos precedentes prueban que Moreno conocía bien la organización de las Repúblicas federales, pero que las encontraba impracticables si habían de aplicarse á toda la extensión de la América del Sud.

Pero, condensando el ilustre pensador sus opiniones, en cuanto se referían á su aplicabilidad á las Provincias del Río de la Plata, el doctor Moreno terminaba sus admirables artículos referentes á la misión del futuro Congreso Constituyente, con el siguiente párrafo, que es difícil pueda escribir con más precisión el partidario más decidido del sistema federal:

«Yo desearía que las Provincias, reduciéndose á los límites que hasta ahora han tenido, *formasen separadamente la Constitución conveniente á la felicidad de cada una; que llevasen siempre presente la justa máxima de auxiliarse y socorrerse mutuamente; y que, reservando para otro tiempo todo plan federativo, que en las presentes circunstancias es impracticable y podría ser perjudicial, tratasen solamente de una alianza estrecha, que sostuviese la fraternidad que debe reinar siempre, y que únicamente puede salvarnos de las pasiones interiores, que son enemigo más terrible para un Estado que intenta constituirse, que los ejércitos de las potencias extranjeras que se le opongan.*»

Moreno se presenta, en el párrafo transcripto, no sólo como un pensador profundo, no sólo como un publicista eminente, sino también como un clarovidente, que divisa las lejanías del porvenir, para profetizar, en 1810, la Constitución definitiva de la República en sus condiciones fedrativas actuales.

Moreno recomienda allí, como la solución del presente, en los momentos que escribe, el mismo gobierno mixto que hoy tenemos, indicando á las Provincias la conveniencia de que se dicten sus propias Constituciones *separadamente*, en la forma *conveniente á la felicidad de cada una;*



pero, al mismo tiempo, les recomienda, como un principio de derecho constitucional ineludible, la necesidad de *auxiliarse y socorrerse mutuamente*.

Sobre esas mismas bases está edificada la actual Constitución argentina. Cada Provincia tiene su propia Constitución, separada é independiente de todas y de cada una de las demás que forman la Nación; pero al mismo tiempo, todas han sancionado un Código político nacional, que no importa otra cosa que lo que Moreno aconsejaba en 1810: la Constitución de un Gobierno general, con el objeto de que las Provincias puedan auxiliarse y socorrerse mutuamente, bajo la dirección de un poder que depende de ellas mismas, pero que, al mismo tiempo, obra independientemente.

Moreno dice que ese plan de organización política *es el sistema mejor que hayan discurrido los hombres*; pero, agrega luego, difícilmente podría aplicarse á la América.

¿De dónde nacían esas dificultades? Acaso podemos encontrar su explicación, en el siguiente párrafo, del mismo doctor Moreno, en el mismo estudio que venimos examinando:

« No tenemos una Constitución, y sin ella es quimérica la felicidad que se nos prometa. ¿Pero, tocará al Congreso su formación? ¿La América podrá establecer una Constitución firme, digna de ser reconocida por las demás naciones, mientras viva el señor don Fernando VII, á quien reconoce por Monarca? Si sostenemos este derecho, ¿podrá una parte de la América, por medio de sus legítimos representantes, establecer el sistema legal de que carece y necesita con tanta urgencia; ó deberá esperar una nueva Asamblea, en que toda la América se dé leyes á sí misma, ó convenga en una división de territorios, que la naturaleza misma ha preparado? Si nuestra Asamblea se considera autorizada para reglar la Constitución de las Provin-



«cias que representa, ¿será tiempo oportuno de organizarla
«apenas se congregue? ¿Comprometerá esta obra los de-
«beres de nuestro vasallaje? ¿O la circunstancia de hallarse
«el Rey cautivo, armará á los pueblos de un poder legi-
«timo, para suplir una Constitución que él mismo no po-
«dría negarles?»

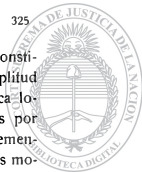
«No nos haría felices la sabiduría de nuestras leyes, si
«una Administración corrompida las expusiese á ser vio-
«ladas impunemente.»

Como se ve, el Doctor Moreno estudiaba distintas formas de organización del país; discutía los proyectos que se habían propuesto para constituirle bajo diferentes formas de gobierno, pero no proponía, por su parte, nada concreto y definitivo, que viniese á dar una solución á las aspiraciones de los pueblos, ni á las exigencias de los diputados de las Provincias que se encontraban en Buenos Aires, sin saber qué hacer.

Como única solución al presente, el Doctor Moreno proponía en la *Gazeta* esta especie de axioma político, tomado, en su forma, de los aforismos que establecían los legisladores griegos:

«*Que el ciudadano obedezca respetuosamente á los ma-
«gistrados; que el magistrado obedezca ciegamente á las
«leyes:* este es el último punto de perfección de una legis-
«lación sabia; esta es la suma de todos los reglamentos
«consagrados á mantener la pureza de la administración;
«esta es la gran verdad que descubrió Minos en sus me-
«ditaciones, y que encontró como único remedio para re-
«formar los licenciosos desórdenes que agobiaban á Creta.»

Tales principios de obediencia sumisa á los mandatarios, en un gobierno en que Moreno era el árbitro, no satisficieron á los partidos que fermentaban, al amparo de la relativa tranquilidad que entonces se disfrutaba con respecto á las preocupaciones de la guerra.



La discusión de las bases sobre las cuales debía constituirse el país independiente, se había hecho con amplitud en la *Gazeta*; pero en los conciliábulos de la política local, las pasiones y los intereses se agitaban, movidos por distintos propósitos, llegando la exaltación en su vehemencia, hasta producir la caída del mismo Moreno, en los momentos en que menos lo esperaba.

Sin embargo, todos esos escritos de Moreno en la *Gazeta*, ocupándose de organizaciones constitucionales; todas esas ideas emitidas ampliamente en sus artículos, no prueban que Moreno fuese *unitario*, como lo han sostenido algunos historiadores y maestros de nuestro derecho constitucional; sino que, simplemente, por más que él consideraba al sistema federal *el más perfecto*, no lo creía aplicable á nuestro pueblo, en el que faltaban las dos cosas indispensables para la verdadera federación:—la vida económica autónoma de las Provincias, sabiamente organizadas con instituciones que se *practiquen*; — y el respeto de la autoridad central á las prerrogativas propias de esas Provincias autónomas.

Moreno era, sin discusión posible, un *demócrata*, y esto es lo que ha demostrado hasta en el último acto de su gobierno.

Nada hay más hermoso, más completo y más sincero, como manifestación democrática, que el famoso decreto de Moreno, mandado á la *Gazeta* antes de ser firmado, y que fué el último golpe asestado por el gran tribuno á su rival Don Cornelio de Saavedra. Nos referimos al decreto de 6 de Diciembre de 1810, suprimiendo los honores que, en virtud de un decreto anterior de la misma Junta, se le tributaban al Presidente del Gobierno.

Esa pieza notable, genuinamente de Moreno, hija de su doble personalidad política y revolucionaria, ha sido muy elogiada como muestra de energía del implacable Secretario de la Junta.



Nosotros mismos nos hemos referido á ella, al recordar la dictadura que ejercía Moreno, para imponer la revolución y la facilidad con que se aplicaba ó se amenazaba con la pena de muerte.

Sin embargo, la característica de ese documento, es institucional, y al estudiar la historia constitucional de la República Argentina, debe mirársele como una manifestación acabada de los principios democráticos que profesaba su autor ⁽¹⁾.

« En vano publicaría esta Junta principios liberales, — como menzaba por decir Moreno, — que hagan apreciar á los pueblos el inestimable don de su libertad, si permitiese la continuación de aquellos prestigios que, por desgracia de la humanidad, inventaron los tiranos para sofocar los sentimientos de la naturaleza. Privada la multitud de luces necesarias para dar su verdadero valor á todas las cosas; reducida por la condición de sus tareas á no extender sus meditaciones mas allá de sus primeras necesidades; acostumbrados á ver los magistrados y jefes envueltos en un brillo que deslumbra á los demás y los separa de su intermediación; confunde los incienso y homenajes con la autoridad de los que los disfrutan, y jamás se detiene á buscar al jefe por los títulos que le constituyen, sino por el boato y consideraciones con que siempre lo ha visto distinguido. De aquí es que el usurpador, el déspota, el asesino de su patria, arrastra por la calle pública la veneración y el respeto de un gentío inmenso, al paso que carga la execración de los filósofos y las maldiciones de los buenos ciudadanos; y de aquí es que á presencia de ese aparato exterior, precursor de seguros castigos y todo género de violencias, tiemblan los hombres oprimi-

⁽¹⁾ *Documentos Justificativos*, número 25, Decreto suprimiendo los honores al Presidente de la Junta.



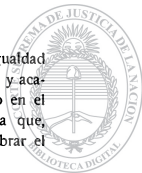
« dos y se asustan de sí mismos si alguna vez el exceso de
« la opresión les había hecho pensar en secreto algún re-
« medio»

Y después de esta introducción vibrante, enérgica, agre-
siva, si se quiere, para Saavedra, que toleraba se le hiciesen
esos honores que Moreno condenaba en su decreto, éste
continúa atacando siempre esos honores, que reciben los
que confunden las virtudes de los magistrados con las ca-
rrozas doradas y los *trapos y condecoraciones*, con que se
exhiben los que quieren imitar á los tiranos.

Como el decreto tenía el objeto aparente de mandar su-
primir todos esos honores, que hasta entonces sólo se tri-
butaban al Presidente de la Junta, en virtud del decreto de
28 de Mayo de 1810, para justificar esa resolución, Moreno
agregaban en sus considerandos los párrafos siguientes:

« Tampoco podrían justificar los principios liberales, que
« con tanta sinceridad comunicamos, pues el común de los
« hombres tiene en los ojos la principal guía de su razón,
« y no comprenderían la igualdad, que les anunciamos, mien-
« tras nos viesen rodeados de la misma pompa y aparato
« con que los antiguos déspotas esclavizaron á sus súbditos.»

« La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni
« debe existir en los papeles solamente. *Cualquier déspota*
« *puede obligar á que canten himnos á la libertad.* Y este
« cántico maquinal, es muy compatible con las cadenas y
« opresión de los que lo entonan. *Si deseamos que los pue-*
« *blos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dog-*
« *ma de la igualdad. Si me considero igual á mis conciuda-*
« *danos, ¿por qué me he de presentar de un modo que les*
« *enseñe que son menos que yo?* Mi superioridad sólo existe
« en el acto de ejercer la magistratura que se me ha con-
« fiado; en las demás funciones de la sociedad, soy un ciu-
« dadano, sin derecho á otras consideraciones, que las que
« merezca por mis virtudes.»



Son verdaderos principios de democracia, de igualdad republicana los que se consagran en ese documento, y acaso podría citársele como un monumento, levantado en el principio del camino de nuestras instituciones, para que, desde su cúspide, brillase el faro que debía alumbrar el sendero de nuestras democracias.

Pero, desgraciadamente, ese documento no fué el resultado de una meditación tranquila, paciente, intencionada del publicista Doctor Mariano Moreno; sino que fué sólo el impulso *ab irato* del revolucionario Mariano Moreno, producido sin propósitos de propaganda ni de política trascendental, y sólo como un acto de venganza contra Saavedra, por una ofensa que creía haber recibido momentos antes de redactar su famosa *Orden del día*.

Las pequeñas causas suelen producir grandes efectos. Basta, á veces, un simple guijarro, para desviar la corriente de un río.

Así sucedió con el incidente que dió origen al decreto de 6 de Diciembre de 1810.

Festejando la noticia del triunfo que Balcarce había obtenido en Suipacha, los oficiales del Cuerpo de *Patricios*, del que era Jefe el Presidente de la Junta, Don Cornelio de Saavedra, dieron un banquete en su cuartel, al que invitaron *seguramente* á todos los miembros del gobierno, y á los Diputados presentes en Buenos Aires.

Entre otros, fué invitado el Doctor Moreno, quien asistió al Cuartel con el objeto de participar de la fiesta; pero, por razones que ningún historiador ha podido precisar con verdad absoluta, á la puerta le recibió un centinela que, con intención ó porque no le conoció, no le dejó pasar adelante. Llamado el Oficial de Guardia, no se alteró la consigna.

Indignado justamente el eminente tribuno, volvió á su casa, y, como Moreno era noctámbulo, y, generalmente, pa-



saba sus noches en vela, trabajando ó leyendo, cuando, después de la fiesta, sus amigos fueron á verle, le encontraron paseándose agitado en su escritorio.

Un escribiente de su Secretaría, según lo dice Saavedra en sus *Memorias*, le refirió un detalle de la fiesta, sin importancia efectiva, pero al que la pasión y el deseo de venganza, por la ofensa reciente, dió proporciones colosales.

El Oficial del Cuerpo de Patricios, Don Atanasio Duarte, al terminar el banquete, ebrio de vino y de adulación, recitó un brindis en verso, en el que, acaso forzado por la necesidad de un consonante, llamó *Emperador* á Don Cornelio de Saavedra.

Moreno no esperó más, después de oír esta relación. Tomando por pretexto la destitución y el castigo indispensables de Duarte, y la necesidad de impedir la repetición de tales hechos de adulación y de servilismo, escribió inmediatamente ese decreto, que lleva como título *Orden del día*, acaso con el propósito de firmarlo él solo, como Secretario de la Junta encargado de la repartición de Guerra, — sospecha que nos nace de la circunstancia de usar la primera persona en singular en el texto del decreto, diciendo, « si *me* considero igual á mis conciudadanos, ¿por qué *me* he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que *yo*?... En las demás funciones de la sociedad *soy* un ciudadano;» — pero, después de haber enviado el documento á la Imprenta de la *Gazeta* para su publicación en el número inmediato, debió reflexionar que disposiciones de tal gravedad como las que aquél contenía, requerían la firma de los demás miembros de la Junta, á cuyo efecto se las recabó en la mañana del 6 de Diciembre, suscribiéndolo todos, incluso el mismo Saavedra, que lo firmó sin protestas ni vacilaciones.

El efecto de ese decreto fué doble: — los demócratas enemigos de Saavedra, le aplaudieron sin reservas; pero no su-



cedió así entre los que habían rodeado al Presidente de la Junta, y esperaban participar con él del Gobierno.

No nos ocupamos del decreto de 6 de Diciembre de 1810, sino como uno de los elementos constitucionales que nos han legado los revolucionarios de aquellos días. Si en él no se encuentran las bases de organizaciones políticas, se hallan, indudablemente, verdaderas doctrinas de democracia y republicanismo, basadas en la perfecta igualdad entre todos los hombres, tanto gobernantes como gobernados; aun cuando al exponerlas se hayan exagerado un poco, por la vehemencia del lenguaje y los resabios que en el documento se notan de la influencia de los revolucionarios franceses, tan citados en esa época.

No obstante cuanto pueda decirse, al juzgar de los actos y los escritos de Mariano Moreno, sobre todo los que se refieren á la misión del Congreso que había sido convocado, es indudable que ellos presentan al publicista como el primer hombre de Estado de Sud-América en aquellos tiempos, y como el genio y el brazo de la Revolución de Mayo en sus primeros seis meses.



CAPÍTULO V

LA INCORPORACIÓN DE LOS DIPUTADOS Á LA JUNTA

1

LA CAÍDA DEL DOCTOR MARIANO MORENO

Los diputados de las Provincias en Buenos Aires. — Relaciones entre Saavedra y Moreno. — Erudición de Deán Funes. — Su gran prestigio entre los diputados. — Actor nuevo en la escena. — No se admite en la Junta. — Congreso general. — Su reunión á la mayor brevedad. — Facultades constituyentes para establecer la forma de gobierno. — Circular desnaturalizando las resoluciones de los Cabildos. — Poder Ejecutivo monstruoso: 22 cabezas. — Contradicciones sin justificación histórica. — *Castelli aturdido*. — Circular firmada sin leerla. — Modificación substancial. — Premeditación y propósito político. — Necesidad de halagar á las Provincias. — Habilidades y previsiones. — Peligros de una asamblea heterogénea. — Razones de Moreno para desviarla.

Hacia ya algún tiempo que los Diputados enviados por distintos Cabildos, se encontraban en Buenos Aires, cuando, en Octubre de 1810, Moreno empezó á escribir en la *Gazeta* artículos indicando la conveniencia de la próxima reunión del Congreso Constituyente.

« Los progresos de nuestras armas, — decía, — apresuran
 « el feliz momento de la reunión de los Diputados que deben
 « reglar el Estado político de estas Provincias. Esta asam-
 « blea respetable, formada por los votos de todos los pue-
 « blos, concentra desde ahora todas sus esperanzas; y los
 « ilustres ciudadanos que han de formarla, *son responsables*
 « á un empeño sagrado que debe producir la felicidad ó la
 « ruina de estas inmensas regiones. Las naciones cultas de



« la Europa esperan con ansia el resultado de tan memorable Congreso; y una censura rigurosa, imparcial é inteligente, analizará sus medidas y sus providencias » (1).

Este párrafo condensa todo el pensamiento de Moreno en esos momentos. Si al dirigirse la circular de 27 de Mayo de 1810, convocando á los Diputados, se les anunciaba que ellos irían incorporándose á la Junta en el orden que fueran llegando, en Octubre del mismo año ya creía que esa medida no debía hacerse efectiva, sino que era indispensable que el Congreso se reuniese inmediatamente.

Las relaciones entre Moreno y Saavedra eran difíciles, sino malas, y más de una vez le dirigió alusiones hirientes en sus escritos. Entre ellas, hablando de los que confundían los propósitos de la revolución, creyendo que ésta sólo había tenido por objeto el que los altos empleos fuesen desempeñados por los nativos, que hasta entonces habían sido excluidos de ellos, agregaba que esto era un error, como si el país hubiera de ser menos desgraciado, por ser « hijos suyos *los que lo gobiernan mal* »; y, haciendo todavía más clara la alusión en contra de la permanencia de Saavedra en la Presidencia de la Junta, decía en otro párrafo: « Otros agradecidos á las tareas é intenciones *del presente gobierno*, PRETENDEN FIJARLO COMO EL ÚLTIMO TÉRMINO DE SUS ESPERANZAS Y DESEOS. »

Como la mayoría de los Diputados estaba afiliada al partido de Saavedra, Moreno procuraba que en la reunión del Congreso, al organizarse el nuevo gobierno, desapareciese la influencia militar, que él creía, entonces, perniciosa para el éxito de la Revolución.

El tribuno era sincero en sus propósitos tendentes á buscar la reunión del Congreso Constituyente; pero, como no

¹⁾ *Gazeta de Buenos Aires*, 28 de Octubre de 1810.



precisaba nada concreto, y sólo dogmatizaba sobre la materia, los Diputados no quisieron seguir esperando en la inacción.

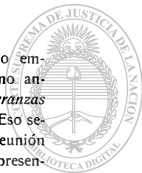
Las opiniones estaban divididas en dos campos con ideas radicalmente distintas.

Saavedra, el hombre de prestigio indiscutible por su acción constante desde 1806; por su actitud decidida en la Revolución de 1º de Enero de 1809,—verdadera antesala de la de 25 de Mayo de 1810, en la que, como en aquélla, figuraron las mismas tropas criollas,—y, sobre todo, por su actuación desde la Primera Junta, había olvidado que la existencia de ésta debía ser puramente *provisional*, y quería perpetuarse en el poder hasta que la España quedase completamente vencida en América, y la independencia de la patria estuviese declarada en el interior y reconocida en el extranjero.

Moreno, en cambio, quería acelerar los acontecimientos; quería llegar al Congreso Constituyente y organizar definitivamente la nación, bajo una forma de gobierno estable, permanente, científica, que respondiese á sus aspiraciones democráticas, y que fijase rumbos precisos á la política y á los acontecimientos.

Para combatir la actitud de los Diputados, que creían que su misión quedaría llenada con incorporarse á la Junta y entrar á formar parte del gobierno, Moreno señalaba en la *Gazeta*, los peligros que tal proceder traería, pues que aparecería Buenos Aires adueñándose del poder, lo que la perjudicaría en el concepto de las demás Provincias.

Tratando de conciliar los intereses de la Revolución, con la permanencia del Gobierno en la Capital, decía que ésta « debía inspirar á sus hermanos del interior la más profunda
« confianza, mostrando que miraba con horror la conducta
« de esas capitales hipócritas, que declaraban guerra á los
« tiranos para ocupar la tiranía que les quedaba vacante. »



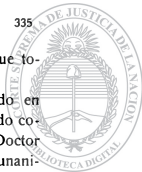
« Si el Congreso,—agregaba,—se redujese al único em-
« peño de elegir personas que subrogasen al gobierno an-
« tigo, *habría puesto un fin muy estrecho á las esperanzas*
« *que justamente se han formado de su convocación.* Eso se-
« ría faltar á su propósito fundamental; porque la reunión
« de los Diputados de los pueblos, concentra una represen-
« tación legítima de todos ellos: constituye un órgano seguro
« de su voluntad y de sus decisiones; y, *en cuanto no des-*
« *mientan la intención con que han sido electos y convoca-*
« *dos, llevan el sello sagrado de la verdadera soberanía de*
« *la patria.* De modo que revestida esta respetable Asam-
« blea de un poder á todas luces soberano, *dejaría defec-*
« *tua su obra si entrara á elegir gobernantes,* ANTES DE
« FIJARLES LA CONSTITUCIÓN Y LA FORMA DE GOBIERNO.»

Nada más preciso y concluyente, para explicar los propósitos del Doctor Moreno en esos momentos.

En su argumentación, llegaba hasta el extremo de negarles á los Diputados la representación de la soberanía, que ellos creían investir, si no se reunían en Congreso Constituyente, puesto que esa era *la intención con que habían sido electos y convocados.*

Algo más: indirectamente, en el párrafo que acabamos de transcribir, Moreno les decía que faltaban á la misión que se les había confiado, limitándola á constituir un Poder Ejecutivo, aun cuando ellos mismos formasen parte de ese gobierno, puesto que *dejarían defectuosa su obra, si entrasen á elegir gobernantes* (ó á constituirse ellos mismos en gobernantes), *antes de fijar la Constitución y la forma de gobierno.*

No obstante esta argumentación, á todas luces conveniente para despejar la situación anárquica en que se encontraba la ciudad de Buenos Aires, y para asegurar la unión con las Provincias, los Diputados que estaban en la Capital insistían en combatir la reunión del Congreso, que ellos



mismos debían formar, y sostenían la urgencia de que todos ellos fueran incorporados á la Junta.

Entre esos Diputados había un hombre ya entrado en años, de reputación hecha, eminente teólogo y afamado como sabio,—el Deán de la Catedral de Córdoba, Doctor Don Gregorio Funes,—que había sido elegido por unanimidad, para representar á aquel municipio, en el Cabildo abierto que se reunió allí, casi inmediatamente después del fusilamiento de Liniers.

El deán Funes, á pesar de su erudición, especial en ciertas materias, no era un político hábil ni un hombre de carácter firme, capaz de asumir responsabilidades ni de resolver dificultades en situaciones graves.

Ambicioso sin ostentación, y, acaso, resentido del poco aprecio que se había hecho de él hasta esos momentos, encontró en Saavedra la fuerza sin talentos, y él creyó poder completar la personalidad del Presidente de la Junta, llevándole los talentos sin fuerza que á aquél le faltaban.

Por su antecedentes y por su investidura religiosa en aquella época en que todavía había creyentes fanáticos, tenía gran prestigio entre los Diputados de las otras Provincias, que le miraban como al representante genuino y autorizado de todas las aspiraciones provinciales, contra las preveniciones que el predominio de Buenos Aires les inspiraba.

El mismo Moreno había contribuido á levantar el crédito del deán Funes, pidiéndole que escribiese en la *Gazeta*, cosa que hizo bajo distintos pseudónimos. Esto no es de extrañar, puesto que, antes de que Funes viniese á Buenos Aires, ya Moreno tenía un alto concepto de él.

En una carta, fechada en 26 de Abril de 1807, que el doctor Moreno remitía al deán Funes, anunciándole la pérdida de un pleito cuya defensa éste había confiado á aquél en grado de apelación, Moreno escribía estas palabras: « Cuando admití la dirección del recurso á este Tribunal,



« sobre la inteligencia de los poderes del Rev. Obispo de
« esa Diócesis, hacía mucho tiempo que profesaba á U. S.
« *el amor y veneración que justamente se tributa á los gran-*
« *des hombres.* Yo había tenido la fortuna de proporcio-
« narme muchos escritos de U. S. *que me proponía por*
« *modelos,* y el deseo de ocasión oportuna para saludarlo
« y ofrecerle mi persona, me hizo entrar de abogado en
« una causa que, habiendo sido defendida por U. S., *me*
« *dejaba bastante honrado con desempeñar solamente las fun-*
« *ciones de su agente* ». Y terminaba la misma carta, con
esta laudatoria: « Yo he sentido ver malograda una ocasión
« tan oportuna de ofrecer á U. S., á la sombra de una
« buena nueva, *la veneración, respecto y fina voluntad con*
« *que tengo el honor de ser de U. S. el más afecto y seguro*
« *servidor* » (1).

Este era el hombre que se levantaba en contra de las tendencias del mismo Moreno, que así le juzgaba desde muchos años antes que adquiriese una notoriedad política, que su falta de cualidades no supo mantener.

Para Saavedra, por su lado, encontrar á Funes, era hacer un hallazgo precioso. Este era el elemento que necesitaba para combatir á Moreno, no sólo porque era inteligente é ilustrado, condiciones que á Saavedra le faltaban, sino porque teniendo gran prestigio entre los demás Diputados de las Provincias, colocándole á su lado vendrían á ser unidos una fuerza incontrastable.

Por otra parte, como el deán Funes aun no había figurado en la escena política de Buenos Aires, y aparecía como un *actor nuevo*, rodeado de todos los prestigios del claustro y del Cabildo de Córdoba, con decidido influjo sobre los representantes de las Provincias interiores, su pre-

(1) MARIANO DE VEDIA Y MITRE: *El Deán Funes en la Historia Argentina* - página 231 (1909).



sencia al lado de Saavedra no levantaba resistencias entre los partidarios de éste.

Por el contrario: fué él quien inició las oposiciones á Moreno, poniéndose al frente de los Diputados que reclamaban su admisión en la Junta.

Para fundar su derecho, invocaba el oficio de 27 de Mayo de 1810, con que había sido convocado el Congreso Constituyente de las Provincias del Río de la Plata, en el que, categóricamente, se decía que irían incorporándose á la Junta en el orden de su llegada, dándose el objeto práctico de esa incorporación.

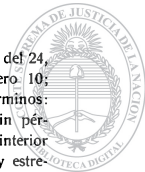
« Asimismo, — decía aquel oficio, — importa que Vd. quede entendido *que los Diputados han de irse incorporando en esta Junta conforme y por el orden de su llegada á esta Capital*, para que así se hagan de la parte de confianza pública que conviene al mejor servicio del Rey y gobierno de los pueblos, *imponiéndose, con cuanta anticipación conviene á la formación de la general, de los graves asuntos que tocan al gobierno.* »

Se ha discutido mucho, entre los historiadores argentinos, esta circular de 27 de Mayo de 1810, pretendiéndose que fué escrita por Castelli y firmada, sin leerla, por los demás miembros de la Junta.

Por nuestra parte, no admitimos semejante afirmación.

Basta comparar el texto de esa circular con las resoluciones del Cabildo y del pueblo, el 24 y el 25 de Mayo, en cuanto se refieren á la convocatoria del Congreso, para que se comprenda que *fué consciente y voluntario el proceder de la Junta el 27*, modificando aquellas resoluciones en todo lo referente á la reunión del Congreso Constituyente, y conservando la convocatoria de los Diputados, sólo para que figurasen, por entonces, como *incorporados á la Junta*.

En las actas de 24 y 25 de Mayo, se lee la misma disposición á este respecto, sin más diferencia que el número



que llevan en el orden de los artículos. En la sanción del 24, ella lleva el número 11, y en la del 25, el número 10; pero en ambas está concebida en los siguientes términos:

« Que los referidos señores (la Junta), despachen sin pérdida de tiempo órdenes circulares á los jefes del interior y demás á quienes corresponda, encargándoles muy estrechamente, y bajo de responsabilidad, hagan que los respectivos Cabildos de cada uno, convoquen por medio de esquelas la parte principal y más sana del vecindario, para que, formando un solo Congreso de solos los que en aquella forma hubiesen sido llamados, *elijan sus representantes, y éstos hayan de reunirse á la mayor brevedad en esta Capital, para establecer la forma de gobierno que se considere más conveniente.*»

Del texto de esta disposición y de su repetición intencionada en las sesiones, tanto del Cabildo del 24, que trató de anular lo resuelto en el Cabildo abierto del 22, como de la sanción definitiva del 25, aclamada por el pueblo, resulta evidentemente demostrado que lo que los autores de ellas buscaban, era *que se reuniese en Buenos Aires un Congreso General de todas las Provincias, con facultades constituyentes*; puesto que, no sólo se mandaba la reunión de ese Congreso, sino que se disponía que ella tuviese lugar « *á la mayor brevedad* », precisándole como objeto único, el de « *establecer la forma de gobierno que se considere más conveniente* ».

« Establecer una forma de gobierno », no es *gobernar*.

Podría suponerse que á esta Asamblea que se mandaba reunir, se le acordaban las facultades ilimitadas que ejerció la Convención Francesa; pero esas atribuciones sólo podría ejercerlas una vez constituida en cuerpo deliberante, con la potestad absoluta del representante de la soberanía.

Sin embargo, á pesar de la calidad de los términos de la resolución, ellos fueron substancialmente alterados en la cir-



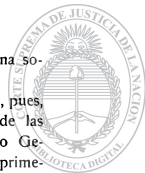
cular que, dos días después, el 27 de Mayo, la Junta dirigía á las provincias, comunicando su nombramiento y pidiendo el envío de Diputados «conforme á lo prevenido en el artículo X, sobre que hace esta Junta los más eficaces encargos para su puntual observancia».

Desnaturalizando ese mismo artículo X que se invocaba, la Junta, en vez de afirmar que el Congreso Constituyente se reuniría inmediatamente después que hubiesen en Buenos Aires Diputados suficientes para constituir una Asamblea, se anticipaba á asegurar, con *prevención* de ello á los Cabildos, que esos mismos Diputados no iban á constituirse en Congreso, sino que serían incorporados á la misma Junta, que formaba el gobierno Ejecutivo del país, en el orden en que fueran llegando.

Esta alteración substancial de las resoluciones de los Cabildos del 24 y 25, importaba, no sólo dejar sin efecto la reunión del Congreso General, destruyendo, así, la promesa de una Asamblea Constituyente que organizase *el gobierno más conveniente*; sino que, también, deshacía el mismo gobierno instituído por el pueblo el 25, creando un Poder Ejecutivo monstruoso, especie de hidra de veinte y dos cabezas, que debía anarquizarse atacándose recíprocamente las unas á las otras.

Aún hizo más: al resolver que debía entenderse que los Diputados serían «uno por cada *ciudad ó villa* DE LAS PROVINCIAS», destruía la integridad de éstas, dando representación en el gobierno, no sólo á las *provincias*, de las que la Junta se llamaba el representante, sino á los *cabildos* de cada ciudad ó villa, donde quiera que estuviesen situadas.

Así fué que Santa Fé y Corrientes, que entonces formaban parte de la Provincia de Buenos Aires en el Virreinato, tuvieron su representación individual, primero en la Junta, y luego en las Asambleas Nacionales, dando origen á



que, más tarde, se constituyese una provincia argentina sobre la base de cada una de esas ciudades.

La circular de 27 de Mayo, no sólo había destruído, pues, el Virreinato, sino que también destruía la unidad de las Provincias, y disolvía, antes de reunirse, el Congreso General Constituyente que fué la primera sanción y la primera aspiración de todos los patriotas, en las mañanas del 22 y del 25 de Mayo de 1810.

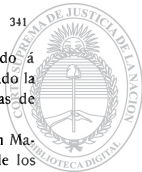
Cuando los Diputados, que hacía tres meses estaban en Buenos Aires, reclamaron el cumplimiento de la promesa de incorporarles á la Junta, las cosas habían cambiado y las ideas se habían dividido, no siendo ni la situación ni la opinión las mismas que predominaban al dirigirse á las Provincias la circular del 27 de Mayo de 1810.

Moreno había reñido con Saavedra, y una lucha de influencias se mantenía latente en el seno de la Junta. Si en los primeros momentos, al día siguiente de la Revolución, había conveniencia en incorporar los Diputados al gobierno, para acallar los celos y las desconfianzas de las Provincias, cinco meses después ya esas conveniencias no existían.

En Moreno, estas contradicciones, firmando primero la circular del 27 y oponiéndose, más tarde, á que se cumpliera lo que en ella misma se anunciaba, no tienen una justificación histórica.

Acaso por este motivo ha tratado de explicarla su biógrafo, editor y hermano, Don Manuel Moreno, atribuyendo la redacción de esa circular al Vocal de la Junta, amigo íntimo de éste, Doctor Juan José Castelli, y á quien el defensor de aquel consideraba un *aturdido*.

« Este juicio resultó bien exacto,—dice Don Manuel Moreno, en el prefacio de las *Arengas y escritos del Doctor Mariano Moreno*,—por el descuido que cometió Castelli en una circular de importancia, que redactó á nombre de « la Junta »; y en otra parte, el mismo panegirista de su her-



mano, agrega, explicando aquel aturdimiento atribuido á Castelli en ese momento, que « la Junta había encargado la redacción de esta circular al Doctor Castelli, en horas de mucho trabajo, y la había firmado sin leerla » (1).

Esto puede decirlo un interesado en defender á Don Mariano Moreno cuando se oponía á la incorporación de los Diputados de las Provincias, en Diciembre de 1810, habiendo, en Mayo del mismo año, firmado una circular en la que, expresamente, se manifestaba á los Cabildos que « importa que quede entendido que los Diputados han de irse incorporando en esta Junta, conforme y por el orden de su llegada á esta Capital, etc. »

Pero, semejante explicación no puede admitirse, por la posteridad, en asunto tan grave y tan trascendental; ni ella cabe como posible, dados los términos precisos en que la circular estaba redactada.

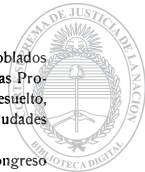
« Importa que quede entendido », decía, haciendo con esto una prevención, á fin de que no se confundiese lo que iba á agregarse; y lo que la Junta quería que se entendiese, era precisamente, que los Diputados se irían incorporando á ella misma en el orden de su llegada.

Semejante prevención, equivalía á decir que « importaba que quedase entendido » que los Diputados no habían de reunirse, á la mayor brevedad, para establecer la forma de gobierno que más conviniese.

El final del párrafo de la circular de 27 de Mayo, que se refiere á la incorporación de los Diputados, prueba, también, que aquella modificación substancial á las resoluciones populares y concejiles del 24 y 25, fué hecha con premeditación y definido propósito político.

La revolución acababa de estallar en la Capital, sin rami-

(1) MANUEL MORENO: *Arengas y escritos del Doctor Mariano Moreno*, Prefacio, página 109.



ficaciones ni connivencias con los demás centros poblados del Virreinato, cuando se dirigió aquella circular á las Provincias, más que como una *orden*, como se había resuelto, como un ensayo, tratando de averiguar si las demás ciudades se incorporarían ó no al movimiento revolucionario.

La convocación de los Diputados á reunirse en Congreso Constituyente, para « establecer la forma de gobierno que más conviniese », no tenía, en los primeros momentos, más objetos que los que, en la misma fecha,—27 de Mayo de 1810,—le expresaba la Junta de Buenos Aires á las autoridades de Montevideo, diciéndoles que aquellos propósitos sólo eran los de « *oirse los votos de todos y establecer un gobierno que se derive de la voluntad de los que han de obedecerle* ».

En esa misma comunicación, como si la Junta quisiese persuadir á todos, de que su actuación sería breve y transitoria, recordaba que « *el mismo pueblo ha resuelto que (la Junta) sea provisional* ».

Había, pues, un verdadero interés en halagar á las Provincias con ese nombramiento de Diputados, para que « á la brevedad posible » viniesen á esta Capital; y ese halago debía ser mucho mayor si, sobre las demás declaraciones hechas ya, se anunciaba á los Cabildos que, en el orden en que fuesen llegando los Diputados, ellos serían incorporados á la Junta « para que se hagan de la parte de con-
« fianza pública que conviene al mejor gobierno de pueblos », puesto que desde el primer momento se impondrían « de los asuntos que tocan al gobierno », según los términos expresos de la circular del 27.

No puede admitirse que un hombre como Castelli, por más fogoso y distraído que fuese, se atreviese á escribir una circular como la del 27, llena de habilidades y de previsiones políticas.

No sólo se satisfacía á las Provincias, anunciándoles que



sus Diputados formarían parte del mismo gobierno que, desde Buenos Aires, pretendía mandar á todo el Virreinato; sino que se las explicaba el motivo de esa incorporación al Poder Ejecutivo, no obstante su nombramiento para formar una Asamblea Constituyente, diciéndoles que tenía por objeto habitar á esos Diputados á las tareas del gobierno, *desde el primer momento*, de manera que al reunirse en Congreso Constituyente, ya estuvieran preparados á sus misiones, como verdaderos estadistas.

Sin embargo, es menester reconocer que acaso tuvo razón Moreno para proceder, como lo hizo en la circular del 27 de Mayo de 1810, desviando la reunión inmediata del Congreso Constituyente.

¿Quiénes serían los Diputados que vendrían á formar ese Congreso? ¿Cómo pensarían tanto en materia de organización constitucional definitiva, como en cuanto al gobierno *provisorio*, que era indispensable que fuese enérgico y decidido, en los primeros momentos de la Revolución?

Moreno debió comprender los peligros que correría una Asamblea heterogénea, compuesta de hombres que no se conocían entre sí; que, acaso, no tendrían, en su mayor parte, la preparación bastante para tan ardua misión, como lo era la de organizar una nación recién nacida á la vida independiente y, finalmente, cuya adhesión misma á la Revolución no se había probado todavía, habiendo quienes llegaban hasta temer que la reacción española, que se iniciaba en aquellos días, pudiera llegar á formar un núcleo favorable en el futuro Congreso.

¿Cómo conciliar la conjuración de esos peligros con la necesidad de atraerse á las Provincias?

Procediendo como se hizo: *convocando* al Congreso y no *reuniéndolo*; pero ofreciendo, en cambio, á los Diputados de las Provincias, participación en el único gobierno existente.



2

EL DEÁN FUNES EN EL GOBIERNO

Funes exige la participación prometida á los diputados. — Denegación tenaz. — Saavedra por un gobierno informe. — Moreno por una Constitución. — Honores suprimidos. — Agresiones desembozadas. — Precipitación de los sucesos. — Diputados reunidos. — Funes con la palabra. — Una votación especial acuerda los derechos reclamados. — Moreno y Paso en contra. — Incorporación á la Junta ó constituirse en Congreso. — Incorporación acatada: Catorce votos contra dos.

Según Moreno: contrario á derecho y al bien del Estado. — Renuncia de Moreno. — No se acepta. — Insistencia. — Testamento político. — Credenciales ante S. M. B. — La Fama en viaje. — Muerte en plena mar. — Viva mi patria, aunque yo perezca.

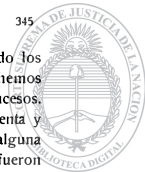
Esa era la participación que reclamaban Funes y los demás diputados en Diciembre de 1810, y esa era la que Moreno les negaba con más tenacidad que nunca en esos momentos, manteniendo la actitud hostil á la incorporación, y favorable á la reunión del Congreso, que había venido sosteniendo en la *Gazeta* desde el mes de Septiembre.

Como la opinión, la Junta se dividió también en las dos tendencias que separaron á los patriotas en dos campos, que, aun cuando reconocían como jefes á Saavedra y á Moreno, no les seguían como á caudillos, directores de partidos personales.

Inspirados los unos y los otros por móviles puramente patrióticos, sin más ambición que el bien de la patria, sólo disentían en la mejor manera de organizarla.

Moreno quería llegar cuanto antes al Congreso Constituyente, para que el país tuviese una Constitución que le organizase definitivamente.

Saavedra, con Funes y sus amigos, creían mejor seguir gobernando de la manera informe en que lo habían hecho, hasta que las últimas resistencias españolas estuviesen vencidas.



El decreto de 6 de Diciembre de 1810, suprimiendo los honores al Presidente de la Junta, del que ya nos hemos ocupado, fué el pretexto tomado para precipitar los sucesos.

Al conocerse en el público esa disposición violenta y contundente, en el Cuerpo de Patricios se produjo alguna agitación, y varios de los Diputados de las Provincias fueron solicitados para que contuviesen al Doctor Moreno, en lo que los oficiales llamaban *agresiones desembozadas*.

Fué entonces que, en ese mismo día, los diputados pidieron á la Junta un acuerdo extraordinario, para que se tratase en él la cuestión de si debían ó no incorporarse á aquélla; reclamando, al mismo tiempo, su derecho para concurrir á aquel acuerdo, puesto que ellos representaban á las Provincias.

Los Diputados que hasta entonces habían sido nombrados, eran los siguientes:—Corrientes nombró al Agente Fiscal de lo Civil Doctor Don José Simón García de Cosío; Salta, al Doctor Don Francisco de Gurruchaga; San Luis, al Alcalde de primer voto, Don Marcelino Poblet; Mendoza, á Don Manuel Ignacio Molina; Tucumán, á Don Manuel Felipe Molina; Tarija, á Don José Julián Pérez; Jujuy, á Don Juan Ignacio Gorriti; Córdoba, al Deán Doctor Don Gregorio Funes; Santiago del Estero, á Don Juan José Lami; San Juan, al Regidor Alférez Real Don José Ignacio Maradona; Catamarca, á Don José Antonio Olmos de Aguilera; Santa Fe, á Don Francisco Tarragona.

Cuando se discutió en la Junta Gubernativa la pretensión de los Diputados, la mayoría de sus miembros, aun cuando no creían legítima esa exigencia, no se atrevieron á asumir la responsabilidad de las consecuencias de un rechazo, que acaso habría provocado un doble conflicto: uno, con los partidarios de Saavedra, que disponía, indiscutiblemente, de todas las tropas; otro, con las Provincias, que no se habrían conformado con una resolución que les negaba toda



participación en el Gobierno, ya fuese como miembros de la Junta, ya reuniéndose en Congreso Constituyente.

Tuvo, pues, que acceder á la doble solicitud, de celebrar un acuerdo especial para tratar el asunto, y de admitir en él á los Diputados que estaban en Buenos Aires, para que votaran sobre la admisión ó el rechazo de ellos mismos.

El 18 de Diciembre de 1810, se celebró la sesión famosa, cuyos detalles se conocen por la extensa acta que se labró de ella, y que se ha publicado (¹).

Asistieron todos los vocales de la Junta existentes en la Capital, puesto que Belgrano y Castelli se encontraban fuera, en comisión, y nueve de los Diputados cuyos nombres acabamos de transcribir.

Tomó la palabra, en nombre de los Diputados, el Doctor Don Gregorio Funes, y dijo:—«Que los Diputados se hallaban precisados á reclamar el derecho que les competía, para incorporarse en la Junta Provisional, y tomar una parte activa en el mando de las Provincias, hasta la celebración del Congreso que estaba convocado. Que este derecho, á más de ser incontestable en los pueblos sus representados, *pues la Capital no tenía títulos legítimos para elegir, por sí sola, gobernantes, á que las demás ciudades deban obedecer*, estaba reconocido por la Junta, la cual en el oficio circular de la convocación, había ofrecido expresamente á los Diputados, que apenas llegasen tomarían una parte activa en el Gobierno y serían incorporados á la Junta; que los pueblos miraban con pesar que sus representantes no hubiesen sido puestos en posesión en una regalía que les era debida, y se les había prometido solemnemente; *y que reclamaban este derecho, por no serles lícito prescindir de su pretensión y goce.*»—

(¹) *Documentos Justificativos*, número 26, Acta de la Junta de 18 de Diciembre de 1810.



Añadió el Diputado reclamante, que al derecho de sus socios *se agregaba la necesidad de restituir la tranquilidad pública, que estaba gravemente comprometida por un general y público descontento con la Junta*, que se presentaba otro remedio más legal y más equitativo, que la asociación de los Diputados á los Vocales; « *que el crédito del gobierno había quebrado considerablemente y, no pudiendo ya contar con la confianza pública, que hasta allí había servido de apoyo á sus resoluciones, era necesario reparar esta quiebra con la incorporación de los Diputados, que los mismos descontentos reclamaban.* »

Este discurso contundente del Deán Funes, produjo la discusión que era consiguiente. Moreno y Paso, estuvieron de perfecto acuerdo en sus objeciones, fundadas en derecho y en política; sostuvieron que « *en cuanto á la cuestión de derecho, no consideraban ninguno en los Diputados, para incorporarse en la Junta, pues siendo el fin de su convocación la celebración de un Congreso Nacional, hasta la apertura de éste no pueden empezar las funciones de los representantes*; que su carácter era inconciliable con el de los individuos de un gobierno provisorio, *y que el fin de éste, debía ser el principio del ejercicio de aquéllos.* »

Esta actitud de Moreno y de Paso, les hacía volver contra sus propias resoluciones, viniendo, ahora, á defender las sanciones de los Cabildos de Mayo de 1810, que limitaban la misión de los Diputados á la de organizar la forma definitiva de gobierno, reunidos en Congreso Constituyente; pero, como el Deán Funes había recordado que era esta misma Junta ante la cual hablaba, la que había hecho saber á las Provincias que los Diputados se incorporarían á ella, á medida que fueran llegando, Moreno agregó: « *Que la cláusula de la circular había sido un rasgo de inesperienza que el tiempo había acreditado después ser enteramente impracticable*: que el ejemplo de las Cortes y de



« toda Asamblea Nacional, se oponía á la pretensión de los
« Diputados; que el reconocimiento de la Junta, hecho en
« cada pueblo, subsanaba la falta de su concurso á la ins-
« talación; y que en los poderes, único título de su represen-
« tación, no se les destinaba á gobernar provisoriamente el
« Virreinato, sino á formar un Congreso Nacional y estable-
« cer en él un gobierno sólido y permanente. »

Es indudable que, en la cuestión de derecho, Moreno y Paso eran los que estaban en lo cierto, y así lo reconocieron todos los miembros de la Junta en las votaciones; pero, eran ellos mismos los culpables de la situación que se les había creado, como consecuencia de la circular de 27 de Mayo.

En la cuestión concreta, en los hechos, tenían razón el Deán Funes y los Diputados. Si ellos habían venido á Buenos Aires llamados para incorporarse á la Junta en el orden en que fueran llegando, debía incorporárseles inmediatamente de su llegada; si su misión era, como Moreno y Paso lo pretendían, exclusivamente la de constituirse en Congreso Constituyente, también debía reunírseles en Asamblea, y auxiliárseles para que llenasen aquella misión.

Pero estaba de por medio, también, la cuestión política, derivada de la convulsión que se anuncia», según dijo Paso, como resultado del reglamento de 6 de Diciembre de 1810; convulsión á la que Moreno, lejos de atribuir importancia, dijo que sólo era la manifestación de algunos discolos que podían ser fácilmente contenidos, siempre que la Junta se mantuviese firme en la energía que inspira el testimonio de su buena conciencia ».

Después de alguna discusión por ambas partes, « y expuestos con orden cuantos raciocinios y fundamentos ofrece la materia », se trató de decidirse si debía ó no someterse al pueblo, reunido en Cabildo abierto, la resolución del punto; pero este arbitrio fué rechazado, no sólo



por el estado de fermento en que se suponía á aquél, sino también porque los Diputados dijeron que «el solo pueblo «de Buenos Aires, no era juez competente de unas cuestiones que tocaban al derecho de todas las provincias en «las personas de sus representantes».

Fué entonces que se resolvió que, en aquel mismo acto, reunidos los Diputados á los miembros de la Junta, votaron individualmente, en el orden de los asientos que ocupaban: *¿Si debían ó no incorporarse á la Junta los diputados de las Provincias?*

Todos los votantes, menos los Doctores Paso y Moreno, —es decir, catorce contra dos,—votaron por la incorporación, aun cuando los miembros de la Junta, al emitir su voto, dijese, más ó menos, como Saavedra: «Que la incorporación de los Diputados á la Junta, no era según derecho. «Pero que accedía á ella por conveniencia pública.»

Al conocerse el resultado de esta votación, el Doctor Mariano Moreno, puesto de pie, dijo: «Que considera la incorporación de los Diputados en la Junta, contraria á derecho y al bien del Estado, en las miras sucesivas en la «gran causa de su constitución; que en cuanto la convulsión política que ha preparado esta reclamación, derivándose toda ella de la publicación del Reglamento de 6 de «Diciembre, cree contrario al bien de los pueblos y á la «dignidad del gobierno, preferir una variación en su forma á otros medios enérgicos con que pudiera apaciguarse fácilmente, pero que decidida la pluralidad y asentado el «concepto de un riesgo inminente contra la tranquilidad «pública, si no se acepta esta medida, es un rasgo propio «de la moderación de la Junta conformarse con ella. Últimamente, *que habiéndose explicado de un modo singular «contra su persona, el descontento de los que han impelido «esta discusión, y no pudiendo ser provechosa al público la «continuación de un magistrado desacreditado,* RENUNCIA



« SU EMPLEO, SIN ARREPENTIRSE DEL ACTO DEL 6 DE DICIEMBRE, *que le ha producido el presente descrédito: antes bien, espera que algún día disfrutará la gratitud de los mismos ciudadanos que ahora lo han perseguido, á quienes perdona de corazón y mira su conducta errada con cierto género de placer, porque prefiere al interés de su propio crédito que el pueblo empiece á pensar sobre el gobierno, aunque cometa errores que después enmendará, avergonzándose de haber correspondido mal á unos hombres que han defendido con intenciones puras sus derechos.* »

Esta renuncia del Doctor Moreno, que no fué aceptada en el primer momento, pero que él insistió para que se le aceptase, puede llamarse el testamento político de aquel hombre que, no obstante haber figurado sólo cinco meses en la escena revolucionaria de nuestro país, ha dejado en la historia huellas tan profundas, que es imposible abrir sus páginas sin encontrar en ellas algún destello dejado por aquel astro en su corta trayectoria sobre el cielo de nuestra patria.

Después de salir el Doctor Moreno de la Secretaría de la Junta, sólo figura para aceptar la credencial que le acreditaba como enviado extraordinario del Gobierno de Buenos Aires ante el de S. M. Británica.

Hay aquí algo que llama nuestra atención, y que, acaso, importe una rectificación á lo que han dicho todos los historiadores, y que nosotros mismos acabamos de repetir.

¿Fué aceptada la renuncia del Doctor Moreno, en la sesión de la Junta del 18 de Diciembre de 1810?

El acta de esa reunión no lo dice. Al pie del discurso en que Moreno la formula, figuran las firmas de los siete miembros de la Junta y de los nueve diputados que concurrieron á ella.

Sin embargo, en la credencial expedida por la misma Junta, *con la firma de los Diputados incorporados*, y que



lleva la fecha de 24 de Diciembre de 1810, se le conserva al Doctor Moreno el título de *Secretario de Gobierno*, como puede verse en el siguiente párrafo, que es el primero de aquella credencial:

« Exmo. Señor: Habiéndose incorporado á la Junta Provisional los Diputados de las Provincias, ha revestido el Gobierno un nuevo carácter, que, dando á sus resoluciones la firmeza de que antes carecían, presenta la ocasión de cimentar relaciones estables con arreglo á los intereses del país é inclinación de sus habitantes. La estrecha amistad entre la Gran Bretaña y estas provincias, que el gobierno provisorio cultivó por diferentes caminos, ha producido la más sincera satisfacción de los diputados de las provincias, y deseando éstos fomentarla, han conferido toda su representación y poderes al *Secretario de Gobierno* Doctor Don Mariano Moreno, para que, pasando á esa corte, instruya á S. M. B. y sus ministros de los verdaderos deseos de estas provincias, que estando íntimamente ligadas á los intereses de la nación inglesa, esperan una favorable acogida ante el gobierno británico.»

Separado el Doctor Moreno de la Junta, comenzó á decaer notablemente su físico.

El 24 de Enero de 1811, un mes después de la fecha de sus credenciales, el doctor Moreno se embarcó para Europa en la fragata inglesa de comercio *La Fama*, que salió del puerto de la Ensenada en convoy con otros tres buques mercantes, escoltados por la Escuna de su Majestad Británica, la *Misletoe*, que acompañó la expedición hasta cien leguas más afuera del cabo de Santa María, para evitar que la escuadrilla de Montevideo pudiese atacarlos.

Desde los primeros días, Moreno sufrió mucho con el mareo, aumentado por fuertes temporales que retardaron notablemente el viaje.

A bordo, no había ni médico ni botiquín, pero cuando



el estado de Moreno llegó á debilitarse excesivamente, y su « último accidente fué precipitado por la administración de « un remedio que el capitán de la embarcación le suministró imprudentemente y sin ningún conocimiento », según lo ha referido su propio hermano Don Manuel Moreno, que le acompañaba como Secretario en su misión á Londres.

Tres días después, el Doctor Moreno moría en medio del mar, el 4 de Marzo de 1811, en las primeras horas de la mañana, á los 28 grados y 7 minutos sud de la línea, teniendo apenas treinta y dos años y medio de edad. Las últimas palabras que dicen pronunció, y que la historia ha recogido, fueron:

— ¡Viva mi patria, aunque yo perezca!

Envuelto en la bandera inglesa, y con los honores que en la marina de esta nación se tributan en tales circunstancias, el cadáver del prócer fué arrojado al mar, siendo acaso verdad que, como Saavedra lo dijo después, *era menester tanta agua, para apagar tanto fuego.*

La Junta, aumentada con los Diputados de las Provincias, iba, pues, á comenzar á gobernar, libre de la influencia, pero, también, sin el concurso poderoso del más grande estadista de su tiempo.



CAPÍTULO VI

EL PRIMER GOBIERNO FEDERAL ARGENTINO

1

PORTEÑOS Y PROVINCIANOS

Importancia institucional de la incorporación de los Diputados á la Junta. — Cambio radical. — Unitarismo. — Federalismo. — Base comunal, urbana. — Ciudadanos y bárbaros. — Amor al terruño: patriotismo — Cabildos representando ciudades. — Ciudades representando Provincias. — Poder legislativo no indispensable. — Junta federal de 1810. — Funes y su protesta de usurpación. — Capital y Provincia con derechos idénticos. — Ejecutivo con 22 cabezas. — Primera manifestación del federalismo argentino. — Reunión del 18 de Diciembre. — Ejecutivo federal en vez de Junta local. — Inconvenientes de un gobierno numeroso. — Vieytes, secretario. — Partidos personales: *Saavedristas* y *Morenistas*. — Restablecimiento de honores: carroza, escolta, faustos y oropeles. — Derecho de reunión. — Sociedad Patriótica. — La oposición: la juventud, los intelectuales, la masa del pueblo. — Porteños y Provincianos. — Odio á Buenos Aires. — Mayoría disciplinada, gobierno informe: *Saavedristas*. — Encarnación del pensamiento de la revolución, patria independiente, constitucionalmente organizada: *Morenistas*.

La organización dada á la Junta Provisional Gubernativa, instituída el 25 de Mayo de 1810, con la incorporación de los diputados que las provincias habían enviado á Buenos Aires, tenía una inmensa importancia institucional.

Apreciado ese hecho con el criterio del publicista, que estudia la constitución política de los pueblos, sólo por sus relaciones con el derecho público, el nuevo gobierno que se inauguraba en Buenos Aires al día siguiente de la salida de Moreno de la Primera Junta, importaba un cambio ra-



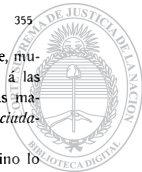
dical de sistema: del *unitarismo* de la Primera Junta, organizada por el *municipio* de Buenos Aires, se pasaba al *federalismo* de un Ejecutivo, organizado por *todos los municipios* de las Provincias.

Es esta, indudablemente, la primera manifestación de la *unión federal argentina* que encontramos en nuestra historia, con la característica puramente nuestra, de que, de esa verdadera *federación de municipios*, nació, más tarde, la *federación de Provincias*, que hoy forma la República Argentina.

Hemos dicho que tanto la Junta Provisional de Buenos Aires, como los nombramientos de los diputados que se incorporaron á ella en Diciembre de 1810, no eran sino los representantes del pueblo de las *ciudades*, representadas, á su vez, en Cabildos abiertos, por la *parte más sana del vecindario*.

Al buscarse y aceptarse la representación popular en esa forma, con prescindencia absoluta de las campañas, se obedecía á las instituciones tradicionales de la madre patria, que había organizado sus propias provincias en Europa y en sus dominios en América, sobre la base *comunal* de las poblaciones *urbanas*; siguiendo, así, el sistema de colonización y organización de sus genitores los celtíberos, los fenicios y los romanos, que sólo reconocieron derechos á los *ciudadanos*; es decir, á los habitantes de las *ciudades*, considerando *bárbaros* á todos los que no lo eran.

Al iniciarse nuestra emancipación política, nuestros padres no tuvieron desprecio por las campañas ni por sus habitantes. Por el contrario, las tuvieron tanto en cuenta, que en ellas buscaron y encontraron los ejércitos que nos dieron, con el triunfo en las batallas, la independencia de la patria; y, acaso, de esas mismas campañas salieron los hombres que, dilatando *desde las ciudades* los sentimientos del patriotismo *local*, del sentimiento de *amor al terruño*,



fundaron *verdaderamente* las *Provincias* que, más tarde, mucho más tarde, eligieron popularmente sus diputados á las *verdaderas* asambleas nacionales que, en sus primeras manifestaciones, no fueron sino la delegación de las *ciudades*, sin la intervención del pueblo *provincial*.

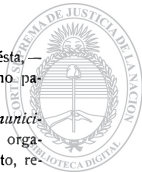
Los autores de la revolución de Mayo no hacían sino lo que sus padres habían hecho: tomaban á los Cabildos como representantes de las ciudades, y á las ciudades como la representación de las provincias.

En la España europea, lo mismo que en los virreinos españoles, los *Cabildos*, como única autoridad popularmente elegida, eran los representantes de toda la masa de población aglomerada en los municipios, desde donde irradiaban todas las manifestaciones de vida que se producían en los suburbios y en las campañas que los rodeaban; y estas ciudades, á su vez, eran la representación de todas esas comarcas á las que servían de cabeza.

El pueblo de toda la provincia, como en las actuales democracias representativas, donde sólo tienen derecho al sufragio los *electores calificados*, por reunir ciertas condiciones determinadas, exigidas por las leyes, — era *la parte más sana del vecindario*, como decían las leyes españolas que autorizaban la reunión de los *Cabildos abiertos*, para consultarle á *esa parte* los asuntos importantes de la colonia.

La parte más sana del vecindario, era, en las ciudades, como lo dice la misma acta del Cabildo de 1810, *la parte principal* de los vecinos, y eran éstos tan conocidos y respetados, que se encontraban siempre empadronados con el objeto de que fueran llamados por esquila, cuando su concurrencia al *Cabildo abierto* fuese necesaria, como se procedió en las Asambleas de este género que se celebraron en los *Días de Mayo*.

De esta manera, cada una de las colonias, — cualquiera que fuese la dilatación territorial de sus campañas, y cual-



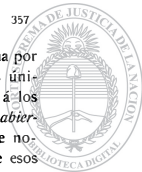
quiera que fuese el número de los pobladores de ésta,—estaba representada, en aquel mecanismo de gobierno patriarcal, por ese Cabildo y por esos vecinos.

Al estallar la Revolución de Mayo, fué, pues, el *municipio* de Buenos Aires, fué su *Cabildo abierto*, el que organizó la primera Junta, pero desde el primer momento, reconociéndose ella misma sin derecho para constituir una autoridad legítima que gobernase á todo el antiguo virreinato del Plata, invitó á *las demás ciudades y villas*, á que constituyendo á su vez *Cabildos abiertos*, enviasen sus diputados á la Capital, para que, á la brevedad posible, «estableciesen la forma de gobierno que se considerase más «conveniente».

Los diputados, elegidos en esas condiciones, vinieron á la Capital; y, si no se reunieron en un Congreso Constituyente, por lo menos se reunieron el 18 de Diciembre de 1810, para constituir un *Gobierno Federal*, bajo una forma no conocida científicamente en el mundo, pero que, por esto, no le quitaba el carácter esencialmente *federal* que tenía.

Efectivamente: si la Junta Provisional elegida el 25 de Mayo de 1810, se atribuía, sin derecho, todas las facultades que le correspondían á la soberanía popular del antiguo virreinato del Río de la Plata,—el *Ejecutivo Federal* que se constituía el 18 de Diciembre del mismo año, incorporando los *representantes* de los demás *municipios de las provincias* á los *representantes* del *municipio de la Capital*, *representaba*, verdaderamente, al pueblo soberano de aquéllas, según el sistema embrionario de sufragio que en esa época se practicaba.

Este Ejecutivo pluripersonal, múltiple, formado por delegados de diferentes ciudades, era un verdadero *Gobierno republicano, representativo, federal*, aun cuando no revistiese la división tripartita de poderes, pregonada por Montesquieu en su «*Espíritu de las leyes*».



Era *republicano*, porque su elección había sido hecha por la *parte más sana y principal del pueblo*, que eran las únicas circunstancias que las leyes de la época exigían á los *electores calificados*, que debían constituir los *Cabildos abiertos*, sin preocupaciones de castas ni de privilegios de noblezas personales ó hereditarias, como condición de esos *electores*; era *representativo*, porque ese Ejecutivo numerosísimo, representaba á los distintos Cabildos que habían elegido á sus miembros con el objeto de *establecer el gobierno que más conviniese* á la colectividad, formada por todas las provincias; era, finalmente, *federal*, porque en la reunión de los representantes de las distintas *ciudades-provincias*, para ejercer el gobierno común y general de todas ellas, se constituía una *federación* de las entidades allí representadas, en su capacidad local é individual.

Es verdad que, en ese gobierno *sui generis*, establecido en Buenos Aires el 18 de Diciembre de 1810, no existía un *poder legislativo*, constituido en la forma que el parlamentarismo moderno ha establecido para los cuerpos encargados de dictar las leyes; pero la existencia de esa asamblea no era *indispensable* para que aquel Ejecutivo fuese un verdadero gobierno *federal*.

Por el contrario: en el régimen del gobierno *unitario*, puede existir, como sucede en la mayor parte de las Repúblicas sudamericanas, un Congreso Legislativo, formado de representantes del pueblo de las distintas provincias ó departamentos, en que políticamente esté dividida la nación á que aquel Congreso pertenece; pero, sin que esos departamentos ó provincias, tengan una existencia autónoma, propia, individual para el gobierno de sus propios intereses, sino que dependen todas ellas de un solo poder central que á todas las gobierna autoritativamente.

No sucedía esto con la *Junta Federal* de Diciembre de 1810. En ella estaban representadas las ciudades de las pro-



vincias en su capacidad *política*, (si se nos admite esta palabra, para mejor explicar el concepto), con igualdad de derechos y de facultades que la misma Capital que había organizado la Primera Junta.

Fué este, precisamente, el argumento principal aducido por el Deán Funes, en su discurso pronunciado en la sesión en que se resolvió la incorporación de los diputados á la Junta Gubernativa. Él reclamaba el derecho que les competía á los diputados de las provincias, para tomar parte activa en el mando de las mismas; y agregaba que «este derecho, á más «de ser incontestable en los pueblos *pues la capital no tenía «títulos legítimos para elegir, por sí sola, gobernantes á que «las demás ciudades deban obedecer*, estaba reconocido por «la misma Junta, la cual, en el oficio circular de la convocatoria, había ofrecido expresamente á los diputados *que «apenas llegasen, tomarían una parte activa en el gobierno*».

Era, pues, en nombre del derecho de las provincias, *idéntico al de Buenos Aires, para gobernar á todo el país*, que los diputados reclamaban su parte en el gobierno, protestando en contra de la usurpación de facultades que la Junta Provisional había hecho hasta entonces, al pretender ejercer, por sí sola, un gobierno en el que las provincias no estaban representadas ni tenían participación alguna.

Cualesquiera que fueran las consecuencias de ese *Ejecutivo Federal* pluripersonal, que llegó á ser constituido por veinte y dos personas, aun cuando nunca llegaron á encontrarse reunidas todas ellas, pero teniendo todas el derecho de asistir á las reuniones, de deliberar y de votar en ellas, puesto que eran los representantes elegidos por los *Cabildos abiertos* de las ciudades del virreinato, que se habían incorporado á la Revolución ⁽¹⁾; cualesquiera que fueran las

(1) La Junta Gubernativa Provisional, después de la incorporación de los Diputados de las provincias, quedó compuesta de la siguiente manera: Diputados

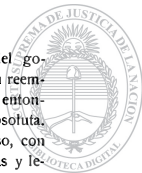


consecuencias funestas de esa monstruosa organización, el hecho innegable es que en él se presenta, en nuestra historia política, la primera manifestación del *federalismo argentino*, reuniéndose los representantes de todas las provincias, en un solo cuerpo, para ejercer el *gobierno en común*, y con jurisdicción sobre todas ellas.

Por otra parte, si es verdad que esos diputados no se reunieron en Congreso General, «para establecer la forma «de gobierno que se considere más conveniente», es bueno recordar que, en el artículo X de las sanciones adoptadas por el pueblo el 25 de Mayo de 1810, no se impone á los diputados de las provincias el deber de reunirse *en Congreso Constituyente*, como han dicho nuestros historiadores; sino que, literalmente, dice el acta que una vez convocada la parte más sana y principal del vecindario «formando un «Congreso de solos los que en aquella forma hubiesen «sido llamados, (por esquila), elijan sus representantes, y «ESTOS HAYAN DE REUNIRSE Á LA MAYOR BREVEDAD EN «ESTA CAPITAL, *para establecer la forma de gobierno que «se considere más conveniente*».

Y esa *reunión* la celebraron los diputados el 18 de Diciembre de 1810, cuando resolvieron que *lo que más convenía al país*, en esos momentos, era la formación de un

—
por Buenos Aires, don Cornelio de Saavedra, Miguel de Azcuénaga, Domingo Matheu, Juan Larrea, Manuel Belgrano (en comisión), Juan José Castelli (en comisión), Manuel Alberti (reemplazado por Nicolás Rodríguez Peña después de su fallecimiento en Enero de 1811), don Juan José Paso, don Hipólito Vieytes (reemplazante del doctor Mariano Moreno); por Corrientes, doctor José Simón García de Cossio; por Salta, doctor don Francisco de Gurruchaga; por San Luis, doctor Marcelino Poblet; por Mendoza, don Manuel Ignacio Molina; por Tucumán, don Manuel Felipe Molina; por Tarija, don José Julián Pérez; por Jujuy, don Juan Ignacio Gorriti; por Córdoba, el deán doctor Gregorio Funes; por Santiago del Estero, don Juan José Lami; por San Juan, don José Ignacio Maradona; por Catamarca, don José Antonio Olmos de Aguilera; por Santa Fe, don Juan Francisco Tarragona, y por La Rioja, don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo.



Ejecutivo Federal Pluripersonal, que se encargase del gobierno de todas las provincias del Río de la Plata, en reemplazo de la Junta *local* de Buenos Aires, que hasta entonces lo había ejercido en una forma dictatorial y absoluta.

Como era de suponerse, un cuerpo tan numeroso, con la misión de ejercer, á la vez, las funciones ejecutivas y legislativas, tenía que resentirse en el trabajo por falta de energía en la acción y por la necesaria demora en los trámites de cualquier medida, siendo necesario consultar tantas personas.

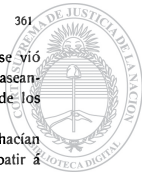
No es posible la eficacia de un Poder Ejecutivo numeroso, si se ha de buscar un gobierno oportuno, enérgico y rápido en los procedimientos, como lo era indispensable en aquellos días de lucha interna y de batallar incesante con los ejércitos españoles.

El nuevo gobierno organizado el 18 de Diciembre de 1810, sintió, desde sus principios, los inconvenientes de su numeroso personal.

El Doctor Moreno había sido reemplazado en la Secretaría por el Doctor Hipólito Vieytes, y, cuando en Enero de 1811 murió el Doctor Alberti, le reemplazó en la Junta el Doctor Nicolás Rodríguez Peña.

Apenas empezaron sus trabajos, los mismos autores del cambio institucional, comprendieron que era menester que aquel cuerpo tuviese una cabeza; y, como era lógico, hicieron de su Presidente, Don Cornelio de Saavedra, no sólo el jefe del gobierno, sino también el jefe de un Partido, que, acaso, fué el que inició entre nosotros los partidos personales, puesto que sus miembros se llamaban *saavedristas*, para distinguirse de sus adversarios, ó para dar pruebas de adhesión al jefe del ejecutivo: al *caudillo* urbano.

Queriendo halagar la vanidad ó prestigiar la autoridad del Presidente de la Junta, el nuevo gobierno restableció los honores que le habían sido quitados por el famoso decreto

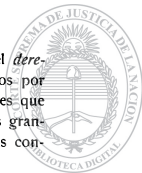


de Moreno que motivó su caída, y, desde entonces, se vió de nuevo á Saavedra en la carroza de los virreyes, paseando con escolta y con todos los faustos y oropeles de los magnates.

Dentro y fuera de la Junta, los amigos de Moreno hacían una oposición decidida, y se organizaban para combatir á la mayoría del gobierno, aceptando también por su parte que se les llamase *morenistas*, — otro partido personal, — para que no se les confundiese con sus adversarios, que formaban la mayoría gubernativa.

Estos últimos, organizaron un centro político importante con el nombre de *Sociedad Patriótica* ⁽¹⁾, que acaso es la

(1) Para que se comprenda la importancia de esta sociedad, damos á continuación la nómina de una parte de sus miembros, tomándola de los que, en nombre de aquella, suscribieron la solicitud al Gobierno, pidiendo se dejase sin efecto el destierro á Córdoba de los españoles solteros, de los que ya se ha hablado y se hablará en el texto. Firmaron esa solicitud: Agustín José Donado, Julián Alvarez, Lucio Mansilla, Tomás de Rosales, Pedro de la Plaza, Francisco Barbachano, Manuel Chanleiro, Agustín Herrera, Nicolás Antonio de Acha, Genaro de Igarzabal, Venancio Ortega, Buenaventura de Arzac, Francisco Pombo de Otero, Javier de Igarzabal, Eugenio Conti, Antonio Luis Berutti, Juan Florencio Terrada, Domingo French, Vicente Dupuy, Francisco Cosme Argerich, Vicente Granados, Manuel Alvarez, Domingo Torres, Juan José Pérez, José Cordero, José Julián Arriota, doctor Matías Vicente Oliden, Ramón de Palacio, Tomás Eredi, Ignacio Alvarez Thomas, Julián Panelo, Miguel Ambrosio Gutiérrez, Eugenio Vega, Juan Ramón Urien, doctor Juan José Cernada, José Manuel Pacheco, Pedro Preysani, José María de Arzac, José Eusebio Almirón, Tomás Genela, Epilacio del Campo, Bartolomé Velázquez, José Adalid, Tomás Muñoz, Gervasio Dorna, Santiago Costa, Manuel Ruperto Orozco, Nicolás de Vedia, Pedro Conde, Mariano de Ezpeleta, Nicolás Martínez Echagüe, Juan Araujo, Juan Andrés Gelly, Manuel de Luzuriaga, Juan Antonio Llorente, Buenaventura Martínez, Ambrosio Mitre, José María Coronel, Tomás de Luca, Manuel José Galup, Manuel L. Berdia, José Gabino Castro, Pedro Pablo Torres, Joaquín Correa Morales, Francisco Tejeda, Pedro Montaña, Manuel Sebastián Leal, Angel Pacheco, José Lastra, Buenaventura Romero, Carlos Federico Barbará, Fernando de Igarzabal, Francisco Seguí, José García y Almandos, Antonio Alvarez, José Xavier Aparicio, Tomás de Albizuri, Santiago Calzadilla, José Patricio Rivero, licenciado Justo García y Valdés, Juan José Fernández, José María Riera, Dámaso del Campo, Mariano Vera, Dionisio González de Cuelo.



primera asociación que ha ejercido, entre nosotros, el *derecho de reunión*, uno de los más caros y perseguidos por los tiranos, como una libertad política colectiva, pues que sus asambleas eran públicas, y se celebraban en los grandes patios de los *cafés* y establecimientos donde más concurría la juventud en esa época.

La situación del gobierno en aquellos días era la misma que se ha reproducido más tarde, muchas veces en la República Argentina, bajo distintas administraciones, en el largo trayecto que hemos recorrido durante un siglo.

De un lado estaba el poder, dueño de la fuerza y de todos los elementos de coerción; pero huérfano de todo apoyo popular, creyendo que bastaban aquellos medios de violencia para imponerse y perpetuarse en el mando.

Del otro estaba la juventud, los hombres intelectuales, la masa del pueblo que les seguía, la verdadera opinión pública, desarmada, pero incontrastable por la fuerza invencible de su oposición disciplinada.

La «Sociedad Patriótica», era el nervio de esta acción popular.

Ella abrió cátedra para discutir todas las cuestiones que afectaban á la constitución de un gobierno libre, demostrando que nada estaba más lejos de él que el representado por la Junta Pluripersonal.

Era tanta la eficacia y la importancia de esa propaganda, que la misma *Gazeta*, el diario oficial de la Junta, se vió obligado á reconocerlo. En uno de sus artículos decía:

« A mi modo de ver, es muy necesaria la publicación de « los discursos y sesiones principales de la sociedad: de « ella se esperan las lecciones más importantes sobre los « principios en que debe reposar nuestra libertad política, « conciliándola con el respeto y subordinación á la legítima « autoridad, que hemos constituido sobre las ruinas de los « usurpadores. No debemos, pues, ceñir nuestras discusiones



« políticas dentro de las paredes de esta sala: comuniqué-
« moslas á todos nuestros compatriotas los más distantes, y
« pongamos también en un movimiento útil sus talentos y
« su patriotismo, consolidando, por este medio justo é ins-
« tructivo, el interés que todos tenemos en el sistema que
« hemos adoptado.»

La importancia de la « Sociedad Patriótica » aumentaba, teniendo en consideración que formaban parte de ella, no sólo algunos de los mismos individuos que habían acompañado á la Revolución desde sus principios, asistiendo á las reuniones de la *Junta de los Siete*; sino también porque en esos momentos, figuraban entre sus adherentes algunos miembros de la misma Junta, como Azcuénaga, Rodríguez Peña y Vieytes, los tres hijos de Buenos Aires, y que, acompañados por Larrea, que aunque español era completamente *porteño*, se oponían al elemento *provinciano*, combatiendo todos los actos abusivos del nuevo gobierno.

Toda la juventud ilustrada, instigada por la elocuencia fogosa de Berutti y por la acción infatigable de French, se había inscripto en la « Sociedad Patriótica », de manera que esta asociación constituía un núcleo de oposición tan verdaderamente amenazador para el gobierno que intentaba éste destruirla.

La formación inicial de estos dos partidos, *saavedristas* y *morenistas*, tenía una gravedad y trascendencia mucho mayores que las que sus iniciadores sospecharon.

Por combinaciones inexplicables de lo desconocido, de la caída de Moreno resultó la primera lucha entre *porteños* y *provincianos*; lucha que, más tarde, se ha prolongado en los tiempos, perdurando esas rivalidades durante el medio siglo de insensatas discordias que se pasó antes de la organización definitiva de la República, con la totalidad de sus miembros; y que sólo se ha extinguido después de grandes derramamientos de sangre, cuando la *odiada* Buenos



Aires, se ha convertido en la *amada* Capital Federal de la República entera, desapareciendo la influencia de su predominio *localista*, para convertirse en la grandiosa metrópoli de la República Argentina y en la primer ciudad de la América latina.

Moreno, no sólo había nacido en Buenos Aires, sino que era uno de los abogados más prestigiosos de su foro y uno de los oradores más elocuentes entre los tribunos de su tiempo. Sus amigos eran especialmente los *porteños*, como que habían sido sus compañeros en la vida de la Capital que, en esa época, no era, como hoy, la que atraía á todas las intelectualidades del país; puesto que, por el contrario, generalmente los padres pudientes, como sucedió con el mismo Moreno, enviaban á sus hijos con preferencia á estudiar en la Universidad de Chuquisaca, ó, cuando menos, á la de Córdoba, donde ya existía la universidad de San Carlos.

No era, pues, de extrañarse que, habiendo sido el núcleo de los Diputados *provincianos* el que había formado la mayoría de la Junta que había obligado á Moreno á renunciar, los *porteños* tomasen aquella actitud como una demostración de hostilidad hacia su influencia; con tanta más razón cuanto que su director, el deán Funes, había negado, en todos los momentos, ninguna clase de superioridad á Buenos Aires sobre Córdoba ó cualquiera otra de las ciudades litorales ó mediterráneas.

En frente de esta agrupación *morenista*, Saavedra y Funes, así como los diputados que formaban la mayoría de la Junta, habían reunido en su partido, todos los elementos *provincianos* que existían en la Capital, y todo el apoyo decidido que les prestaban las provincias, queriendo ellas dominar la influencia de los *morenistas*.

Para los hombres de pensamiento, para los que, entonces, estudiaban la composición de aquellos partidos con criterio imparcial, así como para la posteridad, que los contempla



á larga distancia, como se divisan las montañas, en las que no se ven más que sus grandes formas, perdiéndose en la penumbra los detalles,—los *morenistas* encarnaban la idea madre del pensamiento de la Revolución de Mayo, es decir, la patria independiente, pero constitucionalmente organizada, bajo una forma de gobierno cuyo régimen permitiese la renovación de los poderes públicos, la responsabilidad de los mandatarios y el ejercicio verdadero de las libertades colectivas é individuales, políticas y civiles del pueblo y del ciudadano; en tanto que los *saavedristas*, por más que entre ellos figurasen hombres verdaderamente ilustrados y preparados para las tareas del gobierno, no representaban, á principios de 1811, más que una mayoría disciplinada en la Junta Gubernativa, empeñada en mantenerse en el poder, sin organizar al país, ya fuese porque verdaderamente temiese á la reacción española, ó ya fuese porque pensase entonces, como Moreno había pensado antes, que lo indispensable y esencial, en esos momentos, era arrojar de la patria á los ejércitos españoles que contra ella se batían, é impedir la reacción de los europeos, que comenzaban á agitarse, con motivo de las buenas noticias que llegaban de España.

2

EL MOTÍN DEL 6 DE ABRIL DE 1811

Lucha intensa.—Motivos: la desgraciada expedición fluvial.—Estallido de indignación.—Expatriación de 4000 españoles.—Protesta en el Café de Marcos.—Discurso vehemente y agresivo.—Ganan terreno los *Morenistas*.—El motín de 5 y 6 de Abril de 1811.—Alcaldes de extramuros convocan oficialmente al vecindario.—«La Estrella», batallón dispuesto á sublevarse.—¡Cabildo abierto! Grigera, alcalde de las quintas, jefe aparente.—Su colaborador eficaz: el doctor Campana.—Ni docto ni inteligente.—El pueblo quiere.—Largo memorial: 18 artículos.—Exigencia despótica y escandalosa.—Medidas contra la oposición.—Plenitud del gobierno en manos del presidente.—Destituciones



y expatriaciones. — La Junta modificada. — Lucha acentuada entre porteños y provincianos. — De diez y seis miembros sólo dos porteños. — Belgrano destituido y enjuiciado. — Títulos retirados de los brigadieres. — Monstruosidad de la petición. — Motin preparado en el silencio de la noche y expuesto á la luz del día. — Condenado por la posteridad. — Retroceso en las instituciones. — Abismo entre porteños y provincianos. — Felizmente borrado por los sentimientos de confraternidad.

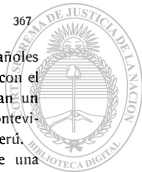
La lucha entre los dos bandos había adquirido sus proporciones más intensas, cuando la llegada del general Elío á Montevideo con el carácter de Virrey y las dificultades que encontraba Belgrano en su regreso del Paraguay, vinieron á sembrar la alarma entre los miembros de la Junta Gubernativa, hasta los que llegaron rumores de que en la misma ciudad de Buenos Aires, se conspiraba por los españoles europeos, que, efectivamente, tenían sus reuniones secretas en algunas casas conocidas del gobierno.

Para auxiliar á Belgrano, á quien se preparaba á impedir el paso del Paraná una escuadrilla mandada por el gobierno de Montevideo, la Junta resolvió enviar la desgraciada expedición fluvial al mando de Azopardo, que fué batida y deshecha en el Puerto de San Nicolás.

Combatieron esta medida, que la consideraban desacertada y de funestas consecuencias, los *morenistas* que había en el gobierno; y cuando el contraste se produjo, la opinión pública, dirigida especialmente por la Sociedad Patriótica, protestó con estallidos de indignación.

Fué entonces cuando los hombres del gobierno, se propusieron adoptar medidas que, producidas por ellos, eran sólo la caricatura de la energía indomable que Moreno había mostrado en todos los momentos de su permanencia en la Junta, asumiendo personalmente la responsabilidad hasta de las hecatombes sangrientas, como las de la Cruz Alta y de la Plaza Mayor de Potosí.

Fué entonces que el gobierno decretó la internación á la



ciudad de Córdoba de, más ó menos, cuatro mil españoles solteros que residían en la ciudad de Buenos Aires, con el pretexto de que los europeos conspiraban y preparaban un movimiento reaccionario, de acuerdo con Elío en Montevideo y con Abascal y Goyeneche en el Alto y Bajo Perú.

La Junta había equivocado los tiempos; creía que una medida semejante, dictada contra la nacionalidad española, un año después de producida la revolución, iba á ser aplaudida por el pueblo patricio, con el mismo entusiasmo con que se habían aplaudido las violencias de Moreno cuando deportaba á Cisneros y á los Oidores; cuando confiscaba los bienes de los que se ausentaban del país por no adherirse á la Revolución ni acatar á la Junta, y cuando producía ejecuciones en la misma plaza de la Victoria, para mantener la disciplina del terror en la parte del pueblo europeo que aún pensaba en la reacción.

Pero sucedió todo lo contrario. La mayor indignación que la medida produjo, se manifestó precisamente en el núcleo más importante de los nativos,—en la «Sociedad Patriótica»—que, en sus discursos, condenó enérgicamente la actitud del Gobierno, y resolvió dirigirle la solicitud á que ya hemos hecho referencia, en capítulos anteriores, pidiendo la derogación inmediata de esa medida, á la que accedió el gobierno, con el ridículo decreto que también hemos transcrito.

La actitud asumida por la «Sociedad Patriótica» en esa ocasión, tiene mucha importancia histórica, porque es indudable que fué ella la que decidió á sus autores á producir el motín ó revolución, como quiera llamársele, de 5 y 6 de Abril de 1811.

La «Sociedad Patriótica» había invitado, por medio de carteles y de esquelas, al vecindario de la Capital, á una gran asamblea pública, con el objeto de ocuparse del decreto de expulsión de los españoles solteros. La reunión



tuvo lugar en el *Café de Marcos* ⁽¹⁾, siendo sumamente numerosa y agitada, llenándose completamente el inmenso patio que, en aquel edificio, estaba destinado á esa clase de reuniones.

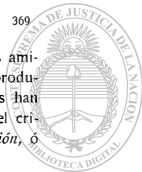
El Presidente de la Sociedad, Don José Julián Alvarez, en un discurso vehemente y agresivo contra la Junta, indicó el pensamiento de dirigir la solicitud ya mencionada, habiendo sido aclamada la idea por la inmensa concurrencia allí reunida.

No obstante los términos en apariencia humildes del decreto en que el gobierno se declara penetrado *de los mismos nobles sentimientos que el pueblo de Buenos Aires*, al conceder lo que le pedía; es indudable que aquella concesión importaba una verdadera derrota sufrida por los *saavedristas*, que eran los que habían producido la medida cuya revocatoria se obtenía de una manera tan bulliciosa.

La actitud asumida por el pueblo, al concurrir á la reunión del *Café de Marcos*, y las aclamaciones de que fué seguida la sanción adoptada en aquella asamblea numerosa, no dejaban la mínima duda al gobierno de que los *morenistas* ganaban terreno en la opinión pública, y de que los peligros que lo rodeaban, aumentaban intensamente.

(1) El Doctor Don Vicente Fidel López, en su *Historia de la República Argentina*, designa este establecimiento, repetidas veces, con el nombre de «*Café de Mallico*». Nosotros lo llamamos *Café de Marcos*, porque así lo designa la misma Junta Gubernativa, en el manifiesto de fecha 13 de Agosto de 1810, declarando la ruptura de hostilidades con Montevideo, y cuyo texto íntegro puede verse en los *Documentos Justificativos*, número 22.

El mismo historiador López, en la página 458 del tomo III de su obra, afirma que «cuando la Sociedad Patriótica quiso presentar sus exigencias con todo el aparato del prestigio que se atribuía en la opinión, la Junta... había ya derogado su decreto». No hemos encontrado confirmada esta afirmación, en los documentos oficiales que hemos consultado, ni hemos hallado la petición del Cabildo á que el mismo Doctor López se refiere. El único decreto que conocemos derogando el que expatriaba á los españoles solteros, es el que hemos transcrito.



Bajo esta presión los hombres del Gobierno ó sus amigos, resolvieron proceder de una manera violenta, produciéndose el suceso político que nuestros historiadores han llamado, según la importancia que le hayan dado ó el criterio con que lo hayan juzgado, el *motín*, la *revolución*, ó el *golpe de Estado* del 5 y 6 de Abril de 1811.

Es con marcada intención que, en el párrafo precedente, hemos dicho que *el gobierno ó sus amigos*, se resolvieron á producir ese movimiento, inesperado por la población de Buenos Aires. Lo hemos hecho, porque, procediendo con estricta justicia, si bien todas las apariencias autorizan á creer que fué la mayoría de la Junta la que preparó ese tumulto, y hasta que fué el Deán Funes quien redactó la presentación sediciosa que se entregó al Cabildo, y éste trasmitió al Gobierno, no hemos encontrado documentos que nos autoricen á creer que Don Cornelio de Saavedra no ha dicho la verdad cuando, en sus «*Memorias*» póstumas, redactadas en los últimos años de su vida, y en su defensa, escrita en 1814, á raíz de los mismos sucesos, ha declinado toda responsabilidad en el *motín* de 5 y 6 de Abril.

Cualesquiera que hayan sido sus autores, él figurará siempre en la historia como un escándalo inútil, que sólo servirá para demostrar la perversión de ideas políticas y de principios constitucionales, aun en los mismos hombres ilustrados que actuaban en esa época.

Los sucesos pueden ser brevemente narrados.

En las primeras horas de la noche del 5 de Abril de 1811, masas de pueblo de los suburbios y de las quintas y chacras que rodeaban á la ciudad de Buenos Aires, que en ese tiempo eran soledades casi tan desiertas como la Pampa, comenzaron á reunirse en lo que entonces se llamaban los Corrales del Miserere, y que hoy forman la Plaza Once de Septiembre.

Estos grupos se acantonaban en los parajes que les de-



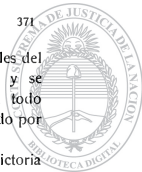
signaban sus jefes, que lo eran una especie de *gaucho rico*, Don Tomás Grigera, conocido por *El Alcalde de las quintas*, por ejercer ese cargo durante muchos años en aquellos parajes, á quien acompañaba como colaborador eficaz, el Doctor Don Joaquín Campana, personaje insignificante, descendiente de una antigua familia española, pudiente, quien, á pesar de tener el título de doctor, no era ni docto ni inteligente.

La colocación de esos grupos, así como la dirección principal del movimiento, estaba á cargo de algunos de los militares que más habían figurado en los acontecimientos hasta entonces, tales como el Coronel Martín Rodríguez, los dos hermanos González Balcarce, Terrada, Alvarez Thomas, Cruz, Bustos y Don Bernabé San Martín.

Todos los alcaldes de extramuros, habían convocado á los vecindarios, *oficialmente*, de manera que, después de media noche, la gran masa de pueblo, unos á caballo y otros á pie, se dirigieron á la plaza de la Victoria, procurando no hacer ruido en su marcha silenciosa, para evitar que los vecinos se diesen cuenta de lo que sucedía.

Anticipándose á toda acción violenta, una partida de pueblo había buscado, en sus casas, á Don Nicolás Rodríguez Peña, á Don Miguel Azcuénaga y á Don Juan Larrea, miembros de la Junta, lo mismo que al Coronel Don Domingo French y al Comandante Don Antonio Luis Berutti, que eran los jefes del batallón *La Estrella*, sindicado como un Cuerpo *morenista*, dispuesto á sublevarse en contra del gobierno.

Aun cuando Saavedra no tuviese participación alguna en la iniciación del movimiento y aun cuando, como él lo dice, lo supiese «por primera vez, á las once de la noche, en «que el teniente Coronel de Artillería Don Bernabé San «Martín, me dió parte de acabar de saber, se estaba reuniendo gente en los Corrales del Miserere», el hecho es



que esa noche se llamaron al Fuerte á aquellos vocales del Gobierno que pertenecían al bando del Presidente, y se convocó á la misma Sala de Acuerdos de la Junta á todo el personal del Cabildo, que, habiendo sido constituido por el mismo Saavedra, le pertenecía por completo.

En la madrugada del 6 de Abril, la plaza de la Victoria estaba llena de gente, que pedía á gritos *Cabildo abierto!*, á cuyas voces el Alcalde de primer voto Don Domingo Igarzábal, manifestó á la Junta que el personal del Cabildo deseaba retirarse á su Sala en las Casas Consistoriales, para allí deliberar libremente.

Antes de que esto se resolviese, fué llamado á la reunión el jefe aparente del motín, el *Alcalde* Grigera, acusado por Vieytes y Rodríguez Peña, de haber hecho citar á los otros alcaldes de su cuartel, ordenándoles que reunieran á los vecinos.

Según afirma Saavedra en sus «*Memorias*», aquel individuo declaró que el hecho era cierto, pero negó que lo hubiese verificado por orden del Presidente de la Junta ó de sus miembros, encerrándose en una especie de mutismo convencional, que sólo rompía para repetir: *El pueblo lo quiere. El pueblo tiene que pedir.*

Por fin, el Cabildo se trasladó á las Casas Consistoriales, atravesando la Plaza de la Victoria, que acababa de ser ocupada por todos los Cuerpos de la guarnición (menos el *Estrella*) que á son de músicas y de vítores, fraternizaban con el pueblo y confundían sus voces con las aclamaciones de aquél.

Era una práctica establecida desde la colonia y continuada durante el virreinato, que cada vez que el pueblo quería pedir la reunión de un *Cabildo abierto*, la petición se dirigiese al Virrey por intermedio del Cabildo de la ciudad, que era el que tenía la representación popular.

Los amotinados de Abril de 1811, quisieron seguir ese



mismo procedimiento, y era por esta razón que el Alcalde Grigera insistía en que el Cabildo se trasladase á las Casas Consistoriales, *porque el pueblo tenía que pedir*.

Efectivamente: la petición se formuló en un largo *Memorial* atribuido, probablemente con razón, al Deán Funes, aun cuando en unos de sus párrafos se hacía el elogio personal del mismo prelado. Contenía diez y ocho artículos que importaban otras tantas exigencias á cual más despótica y escandalosa, formuladas *en nombre del pueblo*, en contra de *sus adversarios políticos*, los *morenistas*, según expresamente lo reconocían y lo declaraban.

En ese curioso documento se decía que: «El pueblo de « Buenos Aires, desengañado á vista de repetidos ejemplos, « de que no sólo se han usurpado sus derechos, sino que « se trata de hacerlos hereditarios en cierta porción de individuos, que *formando una facción de intriga y cábala,* « *quieren disponer de la suerte de las provincias, esclavizando* « *á la ambición de sus intereses particulares, la suerte y la* « *libertad de sus compatriotas*, ha resuelto, con la energía « propia de su carácter, proponer á V. E. las siguientes condiciones para que, *desbaratado el Partido sospechoso, se* « *restituya al pueblo* INJUSTAMENTE DESPOJADO, con el fin « de que, en el día, se exija y acuerde su cumplimiento por « la Exma. Junta.»

Probablemente es esta la única vez que en la historia del mundo aparezca un pueblo, apoyado en la fuerza pública, pidiendo al gobierno medidas contra un partido político de oposición; así como también será, ésta, la única vez en que el partido gubernista,—los hombres que están en el poder, que disponen del ejército y de todos los medios de coerción,—se declaren *injustamente despojados de sus derechos*, por parte de la minoría opositora, que no hace más que luchar desde la tribuna, con la elocuencia de su palabra y la pureza de sus intenciones.



Pero esa introducción de la petición revolucionaria del 5 y 6 de Abril de 1811, se comprende perfectamente, cuando uno toma conocimiento de los artículos en que se consignaban esas exigencias populares.

« Como el depósito del Poder Ejecutivo, — decía uno de ellos, — en muchas personas, *prepara las trabas, entorpecimientos é inconvenientes que tocamos desde que se le sustrajo del Presidente Don Cornelio Saavedra, á quien el pueblo había dado el gobierno de las armas y nombrado general, es su voluntad, ahora, que se retrovierta á él ese mando, en toda su plenitud, mediante la suma confianza que le merece y porque, siendo una prerrogativa que el pueblo le concedió, NO HUBO EN NADIE FACULTAD PARA QUITÁRSELA SIN EXPRESO CONOCIMIENTO Y CONSENTIMIENTO.* »

No habrían condenado con más energía la monstruosa organización del Ejecutivo Federal Pluripersonal, constituido el 18 de Diciembre de 1810, los más decididos partidarios del gobierno unipersonal, que hoy han aceptado todas las constituciones modernas.

El Deán Funes, en su « *Autobiografía* », se muestra arrepentido de haber contribuido á la constitución de aquel gobierno, después de haber visto los inconvenientes que producía en la práctica, tanto por la imposibilidad de guardar el secreto de sus deliberaciones, tan necesario en esa época, como por las dificultades de acción que se producían ante la exigencia de ser consultadas tantas personas antes de que cualquiera medida se adoptase.

Esto explica el párrafo transcrito de la petición de los revolucionarios de Abril de 1811, exigiendo que el Gobierno, *en toda su plenitud*, pasase á las exclusivas manos del presidente Don Cornelio de Saavedra; y se explica, tanto más cuanto que, si así se hubiera resuelto, el alma de ese gobierno, el ministro omnipotente de ese Presidente,



habría sido el Deán Doctor Don Gregorio Funes, sin la talla, sin la energía, sin los talentos de un Mariano Moreno, pero con más ambiciones, más hipocresía y más intrigas que cualquier Talleyrand moderno.

No obstante la impertinente insistencia con que esta exigencia se formulaba, Don Cornelio de Saavedra no fué encargado *exclusivamente* del Poder Ejecutivo; pero, en cambio, la Junta aceptó otra de las cláusulas de la petición popular, que decía que: «Teniendo el pueblo, como acaba «de sentarse, toda su confianza en el señor Don Cornelio «de Saavedra, quiere que la inspección de las tropas corra «á su cargo, incorporada al mando de las armas, para que «se desempeñe por él mismo, ó de un modo que él lo «tenga por conveniente.»

Como medio ineludible de persecución política á los *morenistas*, la cláusula XVII de la petición, establecía que «el pueblo quiere que cualquier individuo que cometa, en «adelante, algún crimen, sea juzgado *por el gobierno con «arreglo á las leyes*, debiendo entenderse lo mismo con «respecto á los que á la fecha lo hayan cometido y no «hayán sido juzgados por este orden.»

Esta cláusula importaba la subversión de todo sistema de gobierno, barbarizándose más la administración del país, que en los mismos tiempos del coloniaje español.

Por ese artículo, se arrancaba al poder judicial, á la Audiencia, compuesta de letrados y encargada sólo de administrar justicia, el juzgamiento de todos los delitos, incluyendo en ellos los políticos, que, en las leyes españolas, que eran las que entonces regían, están incluidos entre los delitos de alta traición ó de lesa majestad, y castigados, invariablemente, con la pena de muerte.

No se concibe, no se comprende, que las pasiones políticas, por más exaltadas que estén, puedan llevar á hombres ilustrados, como el Deán Funes, á excesos de este género.



Y, como si quisiese comenzarse por aplicar *prácticamente* las doctrinas, entre las exigencias del pueblo figuraba la destitución de los miembros de la minoría de la Junta: Azcuénaga, Larrea, Rodríguez Peña y Vieytes, y la expatriación de Donado, Posadas, Berutti, French y muchos otros ⁽¹⁾, disposiciones que se cumplieron inmediatamente, reemplazándose en la Junta á los cuatro destituidos, con Don Atanasio Gutiérrez, Don Feliciano Chiclana, Don Juan Alagón y el auxiliar del Alcalde Grigera, Doctor Joaquín

(1) Para que el lector se dé cuenta de la precipitación y arbitrariedad con que se produjo la Junta, después del Motín de 6 de Abril, nos parece oportuno transcribir algunas palabras de las «*Memorias*» ó «*Manifiesto*», como él le llama, que ha dejado escritos Don Gervasio Antonio de Posadas, uno de los desterrados ese día, y que fué, más tarde, el primer Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Para explicar su completa abstención con todo lo que á la política se relacionaba, Posadas empieza su «*Manifiesto*», hablando de la Revolución de Mayo.

«No tuve de ella la menor idea ni noticia previa, dice. Yo vivía tranquilo «en mi casa con mi dilatada familia, disfrutando una mediana fortuna y ejerciendo el oficio de Notario Mayor de este Obispado, desde el año de 1789.

Hablando luego de los sucesos referentes á su destierro, dice: «Sin embargo «de vivir así retirado de toda reunión de gentes, en la mañana del seis de Abril «fui sorprendido en mi casa y arrestado en un cuartel, desde el cual pasé al «Obispo una carta y dirigí á la Junta un Memorial.

«Continuando esta maldad, en la tarde del mismo día 6 me colocaron en un «coche simón con otros tres individuos, y con porción de tropa de caballería «nos condujeron al Fuerte ó Guardia de Luján... En esta Guardia... fui nuevamente sorprendido por el Comandante de ella, entregándome un pasaporte «de la Junta Gobernadora, por el cual se me desterraba á trescientas leguas, á «la ciudad de Mendoza...»

«A pesar de haber representado á la Junta con la firmeza respetuosa que «manifiesta el documento que puede verse, fundado solamente en el testimonio «de mi conciencia, que no me argüía del más leve delito, se le ordenó al Comandante que me hiciera salir al momento de la Guardia para Mendoza, lo que «verifiqué poniéndome en camino en una carreta con sólo dos bueyes, un joven «cito, mi hijo, y el más ligero equipaje. Así anduve en peregrinación dos días «y una noche sin dormir, hasta que el carrero, conolido de mi situación, me «condujo á una estancia donde encontré abrigo y traté de proporcionarme un «coche, para el largo viaje que debía emprender.»



Campana, como Secretario General, es decir, más de lo que había sido el Doctor Moreno, cuyo puesto venía él á ocupar.

Esta modificación del personal de la Junta, hecha como consecuencia de la revolución de 5 y 6 de Abril de 1811, vino á acentuar más los caracteres de aquella campaña en que se perseguía á los *porteños* por la representación *provinciana* de la casi unanimidad del Gobierno.

De los diez y seis miembros que entonces existían en Buenos Aires, y que actuaban en la Junta, sólo se encontraban incorporados á ella dos *porteños*, y de éstos ninguno de los que habían formado parte de la Junta organizada el 25 de Mayo.

Esos *porteños* eran don Juan Alagón, que aunque era un vecino honrado, era un hombre sin carácter y completamente desprovisto de condiciones de gobernante; y el doctor Joaquín Campana, á quien ya hemos perfilado.

Es verdad que también se había nombrado, en reemplazo de uno de los salientes, á Chiclana, que era *porteño*, pero su nombramiento era puramente nominal, puesto que éste desempeñaba, en esos momentos, una comisión del gobierno en Salta.

Las exigencias populares de ese motín político-militar, fueron más lejos.

Aprovechando que el General Belgrano, miembro de la Junta, se hallaba ausente, y no podía defenderse, quisieron atribuirle toda la responsabilidad de los malos resultados de la campaña al Paraguay, á fin de librar de ella á los verdaderos autores, que eran los hombres del Gobierno, que no le habían atendido cuando les pedía los auxilios necesarios para obtener éxito. Como consecuencia de ese motín, Belgrano fué destituido y enjuiciado, mandándole bajar inmediatamente á Buenos Aires.

Se temía que pudieran promoverse cuestiones enojosas, por razón de gerarquía militar, entre don Cornelio de Saa-



vedra y los brigadieres generales que habían obtenido despachos de tales con más antigüedad en sus grados que el Presidente de la Junta, y, para evitar aquellos conflictos, los *previsores amotinados*, exigieron que se retirase el título de Brigadier General, á todos los que antes lo hubieran obtenido; pero haciendo la exclusión de don Cornelio de Saavedra, en cuyo favor se hacía el motín, del general don Antonio González Balcarce, tres de cuyos hermanos, con mando efectivo de fuerzas en la Capital, firmaban la misma petición, y don Francisco Rivero, un anónimo insignificante, ausente en esos momentos, pero amigo y favorecido por alguno de los directores del movimiento.

En cuanto á los acusados de conspiración reaccionaria, los peticionarios fueron duros, llegando á pedir contra ellos las medidas más violentas y más crueles; pero la Junta creyó suavizarlas convirtiéndolas en una contribución pecuniaria forzosa, que debía durar tanto cuanto durase la guerra y que debía pagarse anualmente.

No creemos que debemos ocuparnos de los demás artículos de esa monstruosa petición, en los que exigían destituciones de empleados subalternos y otras medidas semejantes. Nos parece que basta lo expuesto para que se comprenda que, cualesquiera que fueran los autores de ese *motín*, preparado en el silencio de la noche y expuesto á la luz del día en la madrugada del 6 de Abril de 1811, ellos tienen que ser condenados por la posteridad, no sólo porque su actitud señala un retroceso en las instituciones que trataba de implantarse, sino también porque ahondaron el abismo que empezaba á cavarse entre los hombres del litoral y del interior, estableciendo la división entre *porteños* y *provincianos*; división que jamás debió existir, y que, felizmente, han borrado los sentimientos de confraternidad y de afecto que hoy vinculan á todos los argentinos, cualquiera que sea el pedazo de la patria donde hubieran nacido.



CAPÍTULO VII

NUEVAS BASES CONSTITUCIONALES

§ I.—JUNTAS PROVINCIALES

1º

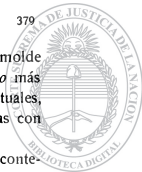
DOCTRINAS DE BUEN GOBIERNO

Localismo sin vínculos.—Derechos autónomos en la Nación Española.—Nuestros conquistadores: los vascos, los gallegos, los aragoneses, los castellanos.—Gauchos y moros.—Poder militar.—Ley de la fuerza.—Ciudades autónomas.—Documento importante.—Principios institucionales.—Autoridad central y gobiernos subalternos.—Una sola Constitución.—Dos entidades: la nación y las provincias.—Desconfianza en los pueblos.—El mejor fruto de la revolución: un gobierno popular.—Error perjudicial: Ejecutivo de veintidós personas.—Camino corto á la tiranía.—El preámbulo de un decreto de la Junta.—Gobierno para el pueblo y por el pueblo.—Elecciones populares.

Aun cuando en la ciudad de Buenos Aires, era donde se desarrollaban los sucesos, que afectaban la organización del gobierno revolucionario, las Provincias, ó, por mejor decir, las *ciudades* de las Provincias, no estaban satisfechas con vivir una existencia precaria, dependientes sólo de las órdenes ó inspiraciones de la Capital.

Era un cambio demasiado brusco el que se operaba, para que se pudiese producir sin sacudimientos.

Así debieron comprenderlo los hombres que, como representantes de esas mismas ciudades, ocupaban un puesto en la Junta á principios de 1811, y que debían conocer el descontento de las mismas provincias que ellos representaban.



Las ciudades argentinas se habían fundido en el molde que trajeron sus pobladores españoles. El *localismo* más personal las individualizaba, sin que vínculos intelectuales, comerciales ó de intereses *comunes*, ligasen las unas con las otras.

En la España Europea, desde sus orígenes había acontecido lo propio. Cada ciudad, que más tarde sirvió de base á organizaciones provinciales, tenía un carácter de personalismo autoritario, que la singularizaba y la independizaba del resto de la nación.

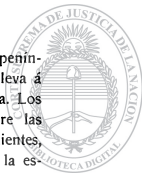
La España no tuvo nunca, ni tiene actualmente, una *unidad nacional* que vincule á todos sus hijos por la raza, por el idioma ó por los intereses.

Hace treinta y cinco años nosotros hacíamos esta misma observación, en un libro de derecho político, que lleva un prólogo puesto por el primer Presidente de una *República española* ⁽¹⁾.

Entonces decíamos que, si bien España está preparada para el gobierno *federal*, no podrá subsistir, en su unidad actual, sin dar á las distintas provincias que las forman, los derechos autónomos que en otro tiempo tuvieron, y que las instituciones modernas hoy reclaman.

Las ciudades españolas conservan, todavía, las tradiciones, las costumbres, el idioma y las tendencias de sus fundadores. Los vascos han mantenido, con la lengua nativa, la honradez y la laboriosidad de las razas eúskaras que fueron sus genitoras. Los catalanes, trabajadores y bravos, han perpetuado hasta sus actuales generaciones, con la lengua madre, la independencia bravía de sus padres. Los gallegos, trabajadores infatigables, pero siempre errantes y vagabundos, llenos de talento y de constancia, son los elementos

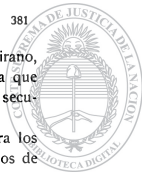
(1) LUIS V. VARELA: *Democracia Práctica*, precedida de un juicio crítico de Don Emilio Castelar. París, Carlos Bouret & Hijo, Editores, 1875.



necesarios para las industrias de todo el resto de la península, conservando ese espíritu emigratorio que los lleva a enriquecer todos los países menos su región propia. Los aragoneses, como los castellanos, mantienen siempre las huellas de su estirpe y las transmiten á sus descendientes, con la leche con que amamantan á sus hijos y con la espada que les entregan para que sigan defendiendo los antiguos fueros de Castilla y Aragón.

Y así, cada una de esas ciudades, base de las actuales provincias españolas, que tuvieron sus propios *Fueros*, que constituyeron, en otro tiempo, sus gobiernos electivos, y que limitaban las facultades de sus monarcas, al ceñirles la corona;—todas esas provincias que no hablan la misma lengua, sin que el idioma propio sea un dialecto, pues no lo son ni el eúskaro, ni el catalán, ni el antiguo castellano, ni el mismo gallego, que hoy hablan los portugueses,— todos esos pueblos, en fin, que han tenido su vida autónoma y su existencia independiente, sin vinculaciones comerciales ni industriales entre sí, fueron nuestros conquistadores y nuestros colonizadores; imprimiendo en cada ciudad que fundaban el sello de su propia estirpe, con tipos tan característicos, que hoy mismo podría descubrirse el origen de los genitores de cada ciudad americana, simplemente por la índole de su pueblo nativo, si el cosmopolitismo posterior no lo ha desnaturalizado, como sucede con Buenos Aires, donde la mezcla de las razas de todo el mundo, ha concluido por crear un tipo especial, único, que no se encuentra en ninguna otra ciudad de la tierra.

Desgraciadamente para las ciudades del Río de la Plata, sus pobladores no pertenecían á las razas más viriles é independientes de la madre patria. Por el contrario, la molicie innata en nuestros pueblos primitivos, el amor á la libertad desorganizada, que ha constituido la vida del *gaucho* de nuestras campañas, y, sobre todo, la fácil sumisión



al prestigio del caudillo ó á la obediencia pasiva del tirano, son rasgos que se encuentran estudiando la influencia que ejerció sobre una parte de la España, la dominación secular de los moros.

Para el conquistador europeo, como, más tarde, para los virreyes y funcionarios que de España venían encargados de gobernar estos países, no existía el *pueblo*. Fundaban sus ciudades sobre la base de las fuerzas militares que traían. Dominaban al indio y le sometían, multiplicando la especie humana con la cruz de las dos razas; pero sin reconocer á sus propios descendientes más derechos que aquellos que el amo concede al esclavo.

Con el aumento de las poblaciones y la desaparición de las tribus aborígenes, fueron creciendo las villas españolas, hasta constituirse en *ciudades* más ó menos populosas, pero siempre situadas las unas á muchas leguas de distancia de las otras; como si se buscara establecer en cada una de ellas un señorío feudal, donde sólo imperasen los señores de la comarca.

Los habitantes de esas ciudades, estaban divididos en dos agrupaciones: los que *explotaban* y los *explotados*; los que *mandaban* y los que *obedecían*.

Las ciudades eran el asiento de los que *explotaban* y de los que *mandaban*. Los primeros, estaban representados por los *potentados*, que eran los *capitulares* perpetuos, convirtiéndose, así, en la autoridad de la comuna, para explotar sus feudos, en unión con los segundos, que estaban representados por los empleados nombrados desde España ó designados en América por el Virrey; todos los que se convenían, por medio del capital y del cohecho, para repartirse á prorrata los mejores bienes y los mejores territorios, no dejando á los vecinos pobres más recursos que el servilismo, como esclavos de aquellos potentados, ó como víctimas de aquellos mandatarios, para quienes labraban las



tierras, cuidaban los ganados, trabajaban las minas ó explotaban las industrias primitivas.

Como las distancias eran grandes, el aislamiento entre unas ciudades y las otras, era casi completo, sobre todo desde que no existían necesidades comerciales ni políticas que las obligasen á comunicarse entre sí. Las relaciones eran directas de cada ciudad con la capital, donde residía la autoridad central que las gobernaba á todas *militarmente*.

La misma organización de las familias, tenía mucho de patriarcal. Los matrimonios se celebraban casi siempre entre personas de iguales condiciones sociales, pertenecientes á los vecinos de la misma ciudad; de manera que el amor y la vinculación al *terruño*, iban transmitiéndose de generación en generación, sin dilatar los afectos y las relaciones más allá de los límites de la ciudad nativa y de sus suburbios.

La ley que dominaba era la de la fuerza, al extremo de que el único poder respetado y respetable, fué sólo el poder militar. Para dar autoridad á un hombre civil, se le daba un título ó un grado en el ejército, siguiendo los principios de aquella Ley de *Partidas* que confería el grado de capitán á los súbditos del Rey que hubiesen obtenido el título de *doctor*, con el objeto de hacerles *caballeros*.

Como en España no hubo nunca un patriotismo nacional, durante la colonia y el virreinato no hubo, tampoco, un patriotismo *americano* ni un patriotismo *español*, que uniese al hombre de una *ciudad* con los hombres del resto del país, y, mucho menos con los hombres de la España europea; sino que todos sus afectos cívicos nacían y morían dentro de la ciudad misma.

Acaso si entonces se hubiese preguntado á un hombre de nuestras ciudades por su *nacionalidad*, contestaría, como antes y ahora contestan los españoles á quienes se les pregunta por su *patria*, y que responden, invariablemente di-



ciendo «soy catalán» — «soy eúskaro» — «soy aragonés» — «soy andaluz» — «soy gallego» — y así, sucesivamente, nombrando la provincia en que han nacido, sin decir jamás «soy español».

Eran las *ciudades* así organizadas en el virreinato de la Plata, las que habían mandado sus Diputados á Buenos Aires, y eran esos diputados los que acababan de incorporarse á la Junta, para gobernar á todas las provincias desde la capital.

No era, pues, posible que esas ciudades y esas provincias, bajo el gobierno de sus propios representantes, continuasen sin el ejercicio de esa especie de autonomía que siempre habían tenido, y siguiesen siendo meras dependencias de la Capital, como lo habían sido durante el gobierno de la Primera Junta.

Esta, desde el principio de la Revolución, había destituido y nombrado gobernadores; había enviado comisionados, dándoles instrucciones directas á las que debían ajustar su conducta, sin respetar ninguna prerrogativa que invocasen, en nombre de un derecho propio, las ciudades donde se les mandaba; y, aun cuando esto lo hacían los virreyes por la autoridad que investían y por las facultades que las Leyes de Indias les daban, las *ciudades* del Virreinato, que habían reconocido á la Junta, creían que no podía continuar ese regimen, después de la Revolución, en la que *cada provincia* había reivindicado el derecho de gobernarse por sí misma, negando á la Capital la facultad de hacerlo sobre todas ellas.

Fué entonces que, procurando conciliar las necesidades de una *unión federal* para los fines *comunes*, y, sobre todo, para la dirección y el sostenimiento de la guerra, la Junta, ya aumentado su personal con los Diputados de las provincias, dictó el decreto de 10 de Febrero de 1811, organizando una especie de *Gobierno Provincial* en cada una de las ciudades del Virreinato, incluso Charcas.



Poco caso han hecho los historiadores de ese importante documento; y en cuanto á nuestros maestros de derecho constitucional, se han ocupado más de las disposiciones orgánicas que el decreto contiene, que de su preámbulo, que es donde se encuentran verdaderamente establecidos ciertos principios institucionales, que hoy pueden leerse como derechos y garantías incluidos en la Constitución Nacional Argentina, y en cada una de las de las distintas provincias que la forman.

La Junta que gobernaba en 1811, como que estaba compuesta casi en su totalidad de *provincianos*, creyó deber empezar por dar una explicación á las provincias que representaban, no sólo de la demora en haberse ocupado de sus gobiernos locales, sino también de algunas de las medidas adoptadas por la Junta anterior, y que pudieron haberse considerado como hostiles á las prerrogativas de que gozaban las *ciudades*, antes de la Revolución.

« Los mismos motivos que obligaron á sustituir, — dice « el decreto de 10 de Febrero de 1811, — *una autoridad colectiva á la individual de los Virreyes*, debieron, también, « introducir una nueva forma en los gobiernos subalternos. »

Este primer párrafo del preámbulo del decreto, parece envolver la idea de que, desde los primeros días de la Revolución, estaba en el pensamiento de sus autores, el de organizar en una sola Constitución, la *autoridad central* y la nueva forma política que debía servir para la constitución de los *gobiernos subalternos*.

Esto es lo que ha hecho la actual Constitución de la República Argentina. El pueblo de la Nación, al organizarse definitivamente, ha creado, simultáneamente, estas dos entidades que forman su gobierno político: *La Nación*, que es el conjunto de todas las provincias, gobernadas por una autoridad central, con facultades limitadas á sólo aquello que afecte á la comunidad, en cualquiera de los ramos en



que pueda ser necesaria la acción de un gobierno general; y *Las Provincias*, que son los cuerpos políticos autónomos, con una independencia relativa para la administración y gobierno de sus intereses locales; sin que el poder central pueda intervenir en ninguno de los actos constitutivos de sus autoridades propias, ó en la marcha del regimen interno de esas Provincias.

Esta similitud de propósitos entre los hombres que formaron las primeras Juntas, después de la Revolución de Mayo y los que constituyeron definitivamente la nacionalidad argentina, demuestra que la forma republicana, representativa, federal, ha sido siempre el gobierno ideal de los argentinos.

Completando aquel pensamiento, y explicando las razones por las cuales antes no había tratado de realizarse, la Junta decía: « El justo temor de no arriesgar unos primeros pasos, que debían decidir de nuestra suerte en la premura de un tiempo *en que esta Junta no tenía una confianza entera en los pueblos*, la puso en la necesidad de no alterar el sistema antiguo, depositando los gobiernos en manos de una fidelidad á prueba de peligros. »

Es perfectamente cierto lo afirmado en este párrafo por la Junta. En los primeros momentos, no era posible que se tuviera confianza en los pueblos del interior, y era indispensable entregar el gobierno de las ciudades á manos que estuviesen *á prueba de peligros*, nombrándose al efecto personas que inspirasen absoluta fe al nuevo gobierno, tales como el Capitán de Caballería don José Moldes, nombrado Teniente Gobernador para Mendoza; el Teniente Coronel Don Juan Martín Pueyrredón, nombrado Gobernador Intendente interno de Córdoba; el Coronel Don Martín Ruíz, nombrado en igual carácter para Santa Fe, y otras designaciones semejantes; así como las comisiones dadas á Castelli y á Chiclana en el interior y en el Perú, cuyas instrucciones afectaban directamente las antiguas prerrogativas de las ciudades.



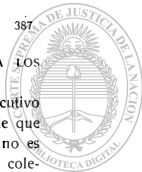
Entrando, luego, la Junta á explicar sus propósitos al dictar ese decreto, decía que «la Junta siempre ha estado persuadida, de que el mejor fruto de esta revolución *de- bía consistir en hacer gustar á los pueblos las ventajas de un gobierno popular*».

Efectivamente; nada podía ser más trascendentalmente revolucionario en 1811, que constituir, sobre las ruinas de una monarquía casi absoluta, en la que regían leyes que establecían que «*deve el pueblo ver é conocer como el nome del Rey es de Dios, é tiene su lugar en tierra para facer justicia é derecho é merced,*» y que «*Ningún ome non podría amar á Dios complidamente sinon amare á su Rey*»⁽¹⁾; nada podía ser más profundamente subversivo, decíamos, que pretender constituir sobre una sociedad que estaba regida por disposiciones semejantes, *un gobierno popular*, como el que ofrecía á los pueblos del Virreinato, el preámbulo del decreto de 10 de Febrero de 1811.

Un gobierno popular es un gobierno democrático, es casi un gobierno republicano; y si establecer un régimen tal eran los propósitos de los hombres que hicieron la Revolución en Mayo de 1810, es indispensable que á ellos les corresponde la gloria de haber arrojado sobre la tierra argentina, la simiente que ha dado por fruto la actual Constitución nacional, que no es otra cosa sino un *gobierno constituido por el pueblo*, en la forma republicana representativa federal.

Y qué esa era la intención de los revolucionarios, lo demuestra la afirmación del mismo decreto que, refiriéndose á la necesidad de que se constituyan en las provincias gobiernos populares, como el *mejor fruto* de la Revolución, dice que la Junta «para pensar así, tenía muy presente que

(1) Véase *Partida II*, título XIII, y especialmente las *Leyes 15 y 25*.



« *sin esta novedad* NO HABRÍAN HECHO OTRA COSA LOS « PUEBLOS, QUE CONTINUAR EN SER INFELICES ».

Defendiendo, luego, la forma colectiva dada al Ejecutivo por el *Cabildo abierto* del 22 de Mayo, el decreto de que venimos ocupándonos, decía que la « autoridad que no es » contenida por la atención inquieta y celosa de otros colegas, rara vez deja de corromper las mejores intenciones ».

El principio es exacto, en derecho público; pero esa atención « inquieta y celosa » de los actos de los gobernantes, no es menester que sea ejercida por los *colegas* que formen un Ejecutivo colectivo. En nuestras organizaciones actuales puede decirse que hay una serie de fiscales constantes, que velan sobre los actos de todos los mandatarios. No hay funcionario público que sea irresponsable; y, cuando aquellos cuerpos ó magistrados, que están encargados de la fiscalización, descuidan el cumplimiento de ese deber austero, la opinión pública, encaminada por ese poder incontestable de la prensa, ejerce su autoridad en nombre de ese mismo pueblo, que es el que constituye á todos los poderes, dándoles mandatos limitados en su representación.

Fué éste un error que cometieron los autores de la Revolución de Mayo; y ese error se explica y se disculpa, si se tiene en cuenta lo odioso que se había hecho el despotismo de los gobiernos unipersonales, ejercidos por los vi-reyes.

Sin embargo, los mismos autores del párrafo que acabamos de transcribir, pocos meses después del decreto de 10 de Febrero de 1811, se convencían de que nada había más peligroso y perjudicial que esos gobiernos colectivos numerosos, reaccionando al extremo de disminuir el ejecutivo de veintidos personas que ellos formaban, á solo tres individuos, con los que formaron el *Triunvirato*, al que dejaron las facultades absolutas del gobierno.

Sentando luego máximas y principios que pudieran poner



al pueblo en aptitud de defenderse contra las usurpaciones posibles de sus propios gobernantes, el decreto recordado contiene los siguientes párrafos:

« Después de haberse ensayado un magistrado en cometer usurpaciones, *es preciso hacerse absoluto para asegurar la impunidad.* »

Esta es una breve definición de cómo se constituyen las tiranías. Después que un gobernante ha cometido la primera arbitrariedad, usurpando facultades que no tiene, para asegurar la impunidad comete nuevas violaciones, despreciando las leyes y los principios, hasta convertirse en tirano.

« *Del quebrantamiento de las leyes al despotismo, el camino no es muy corto* », dice el famoso decreto; y esta máxima política, debieran grabarla como axioma en su conciencia los pueblos argentinos que, en todas las épocas, antes y después de su organización definitiva, han sido las víctimas de los despotismos que no han tenido otro origen que el quebrantamiento de las leyes, tolerado por la indiferencia popular; y, cuando esas situaciones se producen, « *entonces los súbditos esclavos no tienen ni patria, ni amor al bien público, y el Estado lánguido ofrece á todo enemigo una presa fácil* », según lo enseñaba prudentemente á sus gobernados, la Junta que precedía con estas palabras, el decreto con que intentaba organizar los *Gobiernos Provinciales*.

Sosteniendo la ventaja del gobierno de muchos y no de uno solo, aquel decreto habría sentado los principios que han servido á los publicistas que han dictado las Constituciones modernas, si no hubiese hecho la confusión de las ventajas positivas que ofrece la repartición del poder en distintas ramas, independientes las unas de las otras, pero que marchen en armónica coordinación, con los inconvenientes que ofrece un Ejecutivo colectivo, que absorba y ejerza todas las funciones del mando.



Nosotros, que somos sinceramente republicanos, y partidarios del gobierno *para* el pueblo ejercido *por* el pueblo mismo, por medio de su representación, llevada á las distintas ramas que deben componer una administración pública, no tendríamos inconveniente alguno en repetir, para sostener nuestras doctrinas, las propias palabras que empleaba la Junta en el preámbulo de su decreto de 10 de Febrero de 1811.

« De aquel continuo flujo y reflujo de autoridad (en manos de muchos) se formarán las costumbres públicas que templen la acrimonia del poder y la bajeza de la obediencia. Esta clase de gobierno ofrecerá magistrados poderosos, pero esclavos de las leyes; ciudadanos libres, pero que saben que no hay libertad para el que no ama las leyes, virtudes civiles, virtudes políticas, amor de la gloria, amor de la patria, disciplina austera; y, en fin, hombres destinados á sacrificarse por el bien del Estado.»

Y procurando hacer práctica estas doctrinas, doctrinas de buen gobierno y de institución orgánica, la Junta agregaba:

Para que esta grande obra tenga su perfección, cree también la Junta, que será de mucha conducencia, el que los individuos de estas Juntas Gubernativas (las provinciales) *sean elegidos por los pueblos*. Por este medio, se conseguirá que, teniendo los elegidos á su favor la opinión pública, sólo el mérito eleve á los empleados, y que el talento para el mando sea el mejor título para mandar.»



Lamentable descuido. — El preámbulo y la parte dispositiva. — Gobiernos populares. — *Juntas Provinciales*. — Gobiernos provinciales y gobiernos comunales. — Juntas locales. — Autoridad Central de la Provincia subordinada á la Junta Superior. — Funciones políticas. — Seguridad. — Unión y fomento. — Causa común. — Sello de federalismo. — Origen indudable de nuestra organización provincial y municipal. — División é incompatibilidad. — Sistema electoral. — Deber del sufragio. — Ciudadano. — Sufragio universal en Sud América. — Fuente de nuestro derecho institucional. — Funes: su parte de gloria. — Elección en el mismo día. — Prescindencia de la autoridad. — Condena de la coacción. — El pueblo elige electores. — Colegio electoral. — Nuestra Constitución actual. — Verdaderas bases institucionales, decretadas el 10 de Febrero de 1811.

Hemos dicho, al principio de este capítulo, que era verdaderamente lamentable que nuestros historiadores y maestros de derecho público, hubieran descuidado el preámbulo del decreto de 10 de Febrero de 1811, para sólo ocuparse de la parte dispositiva del mismo.

Se comprenderá cuánta razón tenemos en aquella apreciación, cuando se vea que las Juntas Provinciales que ese decreto organizaba, no se amoldaban á los principios que parecían deber servirles de fundamento, puesto que se encuentran á la cabeza de la disposición gubernativa que las establecían.

El *gobierno popular* que aquel decreto organizaba, estaba constituido en la forma siguiente:

- « 1° Que en la Capital de cada Provincia, comprendida
- « la de Charcas, se formará una Junta compuesta de cinco
- « individuos, que por ahora serán el Presidente ó el Go-
- « bernador Intendente que estuviese nombrado, como pre-
- « sidente y los cuatro colegas que se eligiesen por el pueblo.
- ‘ 2° Que en esta Junta residirá *in solidum* toda la auto-
- « ridad del gobierno de la Provincia, siendo de su cono-



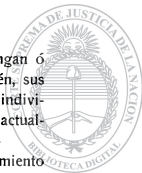
« cimiento todos los asuntos que por las leyes y ordenanzas pertenecen al Presidente, ó al gobernador intendente, pero con entera subordinación á esta Junta Superior.

Si se hubiera suprimido de estas disposiciones las palabras que hemos subrayado, y que le quitaban el carácter de autoridad autonómica á la Junta provincial que se creaba, aceptaríamos esta disposición como el origen de la Constitución de las autonomías provinciales en el régimen del gobierno argentino.

Vamos á explicaciones. Hemos dicho reiteradas veces, en este libro, que los Diputados enviados á Buenos Aires, después de la Revolución de Mayo, no eran los representantes de las *provincias* que formaban el virreinato, sino simplemente de las *ciudades* que en él existían. Con ese motivo, hemos agregado que, al aceptar esos Diputados, sobre todo los de Corrientes y Santa Fe, que eran ciudades que pertenecían á la Provincia de Buenos Aires, Catamarca, Jujuy y Santiago del Estero, que pertenecían á Salta y los de San Luis, San Juan, Mendoza y La Rioja, que pertenecían á Córdoba, durante el virreinato, se había destruído *la unidad* que las provincias tenían antes de la Revolución.

Ahora bien: el decreto de 10 de Febrero de 1811, constituía verdaderos *gobiernos provinciales*, porque, si bien sus artículos 1º y 2º originaban una Junta en la forma en que se ha dicho, *en la capital de cada provincia*, daban á ésta facultades sobre todo el territorio que formaba esa provincia; poniendo bajo su dependencia las autoridades de las demás *ciudades* que en él existieran, y á las que se les había reconocido el derecho de designar diputados para el Congreso Constituyente.

Independientemente de esta Junta central, que tenía su asiento en la Capital de la provincia, el mismo decreto organizaba otras Juntas *locales* en cada ciudad ó villa, en la forma que determinaban los siguientes artículos:



6º — Que en cada ciudad y villa de las que tengan ó «deban tener diputado en ésta, se formarán, también, sus Juntas respectivas, las que se compondrán de tres individuos, es á saber, el Comandante de Armas que actualmente lo fuese, y los dos socios que se eligiesen.»

7º — Que á esta Junta corresponderá el conocimiento de todo aquello en que entendían los subdelegados de Real Hacienda, cuyo empleo por separado queda abolido.»

8º — Que lo dicho en orden á vacantes en las Juntas Provinciales se observe también en ésta.»

9º — Que estas Juntas reconocerán á sus respectivas capitales la subordinación en que han estado las ciudades de que lo son.»

Estas disposiciones, á la vez que reconstituían las antiguas provincias del virreinato, en cuanto á sus límites territoriales, creaban en cada provincia una autoridad central, superior á todas las demás situadas dentro de aquella jurisdicción territorial, que no había existido hasta entonces.

Las funciones de una y otra Junta, eran completamente distintas. Las Juntas Provinciales, es decir, las centrales, tenían funciones políticas, semejantes á las que hoy tienen los gobiernos de provincias en nuestra organización definitiva. Entre otras, estaba á su cargo la organización y la disciplina de la milicia, debiendo llevar estados prolijos en que constase la fuerza de que podían disponer cada una de las ciudades, á fin de que la autoridad central que gobernaba á todo el virreinato, pudiera tener conocimiento inmediato de las fuerzas con que podía disponer en la guerra en que el país estaba empeñado.

Obedeciendo á sentimientos puramente de actualidad, el decreto establecía que «las Juntas velarán incesantemente en la tranquilidad, seguridad y unión de los pueblos encargados de su cuidado y *en mantener y fomentar el interés á favor de la causa común*».



Todas estas disposiciones tenían un marcado sello de federalismo; y, si bien es cierto que la dependencia de estas Juntas á la Junta Superior como se llamaba la de Buenos Aires en la disposición que venimos comentando, establecía un régimen unitario para el gobierno en esos momentos, es indudable que, en esa doble organización de la Junta central provincial y de las juntas locales de cada ciudad, debe encontrarse los gérmenes de nuestras actuales organizaciones provinciales y municipales, puesto que hasta en las atribuciones que unas y otras tenían puede hallarse paridad.

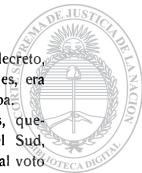
Independientemente de aquellas funciones políticas á que nos hemos referido, y que se dirigían á objetos de inmediata aplicación, por la situación de guerra en que el país se encontraba, la Junta Central de cada capital de provincia, conservaba todas las facultades que habían tenido, durante el virreinato, los gobernadores intendentes, así como las que se ejercieron, durante la colonia, por la autoridad superior de ellas.

Previsor y científico en sus conclusiones, el decreto que organizaba las Juntas provinciales, establecía la división de poderes y las incompatibilidades.

«Que por punto general,—decía el art. 17,—si la elección «recayere en los asesores de provincia, en algunos de los «alcaldes ordinarios, ó en los dos, *no podrán éstos ejercer «ambas funciones simultáneamente*, debiendo, en tal caso, «elegir uno de los empleos, y si se prefiriese el de vocal, se hará nueva elección de alcalde ordinario.»

«Que del mismo modo,—decía el art. 20,—*se declara «incompatible el empleo de vocal, con el de Oidor de la Real «Audiencia de Charcas y de ministros de Real Hacienda.*»

En cuanto á las juntas locales de cada ciudad ó villa, se les reconocía como atribuciones «el conocimiento de todo «aquello en que entendían los subdelegados de Real Hacienda, cuyo empleo por separado queda abolido.»



Lo más importante y notable que contenía ese decreto, en cuanto se refiere á las instituciones constitucionales, era el sistema de elección popular que por él se adoptaba.

El *Cabildo abierto* de las antiguas leyes españolas, quedaba suprimido; y, por primera vez en América del Sud, se ideaba un sistema electoral, en que eran llamados al voto los ciudadanos, casi con tanta amplitud como la que acuerda el sufragio universal.

Vale la pena de presentarse aquí ese primer ensayo de sufragio popular, decretado menos de un año después de haberse producido la Revolución de Mayo. Dicen así los artículos del decreto de 10 de Febrero de 1811, que á él se refieren:

« 21.—Que se proceda á la elección de vocales en la
« forma siguiente: Se pasará orden por el gobernador ó por
« el Cabildo, en las ciudades donde no lo haya, á todos los
« alcaldes de barrio, para que, citando á los vecinos espa-
« ñoles de sus respectivos cuarteles, á una hora señalada,
« concurren todos á prestar libremente su voto para el nom-
« bramiento de un elector que asista con su sufragio á la
« elección de los colegas que hayan de componer la Junta,
« advertencia de que á excepción del Presidente de Charcas,
« ó Gobernador, en la ciudad donde lo hubiere, deberán
« concurrir al nombramiento de electores todos los individuos
« del pueblo, sin excepción de empleados y ni aun de los
« Cabildos eclesiásticos y seculares, pues los individuos que
« constituyen estos cuerpos, deberán asistir á sus respectivos
« cuarteles en calidad de simples ciudadanos al indicado
« nombramiento. Y por cuanto habrán ciudades que no estén
« divididas en cuarteles, ó si lo están sean de muy reducido
« número, se subdividirán éstos, y se repartirán donde no
« los haya absolutamente, en seis cuarteles cuando menos,
« para éste y demás casos ocurrentes; pudiendo hacerse di-
« cha subdivisión y reparto por el Cabildo de los pueblos



« que lo exijan, y nombrándose para cada barrio de los que
« no tengan alcalde designado, la persona de mejor nota y
« crédito del cuartel, para que en clase de presidente asista
« á la elección; pero sin que éste ni otro alguno, por más
« condecorado que sea, limite ó prevenga la voluntad general
« de los concurrentes al predicho nombramiento. »

« 22.—Que el nombramiento de electores se haga en el
« mismo día, y, si es posible, en una misma hora, en todos
« los cuarteles, y que en el mismo se congreguen en la Sala
« Capitular del ayuntamiento, en la que procederán á plu-
« ralidad de votos en la elección de colegas, sirviéndose del
« escribano del ayuntamiento para la autorización de sus
« sufragios. »

« 23.—Que en caso de empatarse por igualdad de votos,
« por ser pares los electores, se pase la elección á esta Junta
« Superior, para dirimir en acuerdo la discordia. »

Difícilmente podría un publicista moderno, establecer principios más científicos y liberales al organizar un sistema electoral, que los que consigna la parte del decreto del 10 de Febrero de 1811, que acabamos de transcribir.

Desde luego, sobre lo que más debemos llamar la atención, es sobre el principio constitucional que erige en *deber* el sufragio, que ha sido, simplemente aceptado como un derecho, no obstante los esfuerzos que se han hecho en los últimos tiempos, para que, en las democracias sobre todo, se reconozca que los ciudadanos tienen tanta obligación de defender la patria, con el fusil en la mano, como de constituir su gobierno, con su sufragio en los comicios.

Estas han sido nuestras ideas desde que empezamos á ocuparnos de la cosa pública.

En una de las Asambleas constituyentes más importantes que se han reunido en la América del Sud, tanto por su composición, cuanto por los luminosos debates que en ella



se produjeron ⁽¹⁾, nosotros tuvimos ocasión de sostener el mismo principio que, ya en 1811, proclamaban los autores de la revolución de Mayo, imponiendo á los ciudadanos el *deber de votar*. Su *derecho* sólo consistía en la designación de la persona por quien votaban; pero tenían el *deber* de emitir su voto, por alguno de sus vecinos.

Es indudable que esta innovación hecha al viejo *Cabildo abierto* de las leyes españolas, era un principio constitucional que introducía, por primera vez, en la América meridional, ese sufragio popular que había sido siempre considerado como el baluarte de las libertades inglesas, y que formaba la esencia de las instituciones políticas de los Estados Unidos de la América del Norte.

El principio estaba establecido en el decreto de 1811, con tanta precisión y claridad, que sólo se excluía del *deber de votar* al Gobernador; manteniéndolo para todos los demás empleados, y para todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su profesión ó rango ó condición social, incluso los eclesiásticos, puesto que, como el mismo decreto lo decía, deberían *asistir á sus respectivos cuarteles, en calidad de simples ciudadanos*.

Cuando, á un siglo de distancia, admiramos estas instituciones embrionarias, iniciadas en medio de los combates y la lucha por la independencia, por los hombres que completaban los triunfos de la espada con el pensamiento organizador, no podemos dejar de convencernos de que el más grande homenaje que puede tributárseles, en los días en que se recuerda el centenario de su grande obra, es reconocerles como autores originarios de las instituciones que hoy nos rigen, que nosotros hemos amoldado á situaciones distintas, modificándolas según las exigencias características de cada pueblo.

(1) *Convención Constituyente de Buenos Aires, 1870-1873.*



Ese decreto hizo aún más: no sólo creó un sistema electoral, reglamentándolo y haciéndolo obligatorio, sino que creó, también, al *ciudadano*.

Hasta entonces, sólo existían los *electores calificados*, que, según las leyes de la época, eran la *parte principal y más sana del vecindario*, que era la única que podía votar en los Cabildos abiertos, que, como instituciones extraordinarias y ocasionales, se reunían en la colonia y en el virreinato.

El decreto de 1811 ordenó que fuesen citados para sufragar, por los alcaldes de barrio, « *los vecinos españoles de sus respectivos cuarteles* »; lo que importaba constituir en *electores* á todos los vecinos que no fuesen extranjeros, puesto que, en esa época, en la palabra *españoles* estaban incluídos, no sólo los europeos que habían nacido en España, sino también todos los hijos del país, que eran *españoles*, puesto que la independencia *argentina* no había sido todavía declarada, ni se había constituido una *ciudadanía* propia de estos países.

Esa disposición, que suprimía los *electores calificados*, y los reemplazaba con *todos los españoles* importaba introducir el sufragio universal en la América meridional, cuando todavía no lo habían aceptado muchas naciones europeas, aun después de la revolución francesa.

Ha sido una injusticia imperdonable de los hombres y de los tiempos, no haber reconocido en aquellas medidas de organización política, dictadas en épocas tan agitadas, las verdaderas fuentes de nuestro propio derecho institucional. Entonces existían hombres que, si no estaban preparados para el gobierno, por no haberlo ejercido prácticamente, estaban preparados para constituir al país; no sólo por el profundo conocimiento que tenían de todas las Constituciones antiguas y modernas, sino porque habían podido meditar, en el silencio del gabinete ó en el aislamiento del claustro, sobre todas las libertades que necesitaban los



pueblos que nacían á la independencia, después de haber vivido durante tres siglos en la tiranía y en el obscurantismo.

El Deán Funes estuvo muy lejos de ser, para la revolución, lo que fué Mariano Moreno; pero sería contrario á la verdad quitarle toda la parte de gloria que le corresponde en las instituciones que él proyectó,—tímidas, embrionarias, incompletas, ajustadas á las exigencias motivadas de aquella época,—pero siempre profundamente pensadas y hábilmente encaminadas; como que tendían sus proyecciones al porvenir, es decir, para los días en que, al amparo de una bandera propia, y reconocida la independencia de la patria por todas las naciones del mundo, pudiéramos darnos una constitución que asegurase nuestras libertades y nuestros derechos.

Descendiendo á los detalles, el decreto de 1811 preveía muchas de las disposiciones que han tenido que incluirse en las actuales leyes electorales, para facilitar á los electores la libre emisión de sus votos, y garantizar la pureza del sufragio, haciendo imposible la presión de los mandatarios sobre el cuerpo de votantes.

Previendo que, en la organización que había dado el virreinato á las provincias, la subdivisión territorial no se amoldase á las exigencias del nuevo sistema electoral que creaba el decreto de 10 de Febrero, que comentamos; una de sus disposiciones establecía que la Junta Provincial dividiría las ciudades y villas, por lo menos en seis cuarteles, á fin de que, en cada uno de ellos, votase en el mismo día el número de vecinos electores en ellos avecindados.

No hacen más nuestras leyes electorales actuales, cuando dividen al cuerpo electoral en series de electores, y establecen un número de mesas en relación con la cifra de votantes, exigiendo que la elección se haga en un mismo día; de manera que esto que hoy hacemos y practicamos, un siglo después de la Revolución de Mayo de 1810, ya



lo habían dispuesto, para nuestro propio país, los hombres de genio que hicieron y realizaron aquel movimiento.

V conviene hacer aquí una observación oportuna. Esa subdivisión territorial, con fines electorales, no la hacía la Junta Superior residente en Buenos Aires, sino que la efectuaba la Junta Provincial; es decir, la autoridad territorial *local*, lo mismo que hoy se practica con idénticos fines por los gobiernos de provincia, con completa prescindencia de la autoridad *general* de la nación.

Esta es una demostración evidente de que la tendencia de la Junta que dictó el decreto de 10 de Febrero de 1811, era la de hacer de las provincias que formaban el antiguo virreinato de la Plata, una verdadera federación, en la que, cada provincia, tuviese sus autoridades propias y peculiares, que hiciesen y manejasen el gobierno de *lo propio*, sin perjuicio de su dependencia de la Junta Superior de todo el Virreinato, en todo aquello que tuviese referencia con los intereses de la generalidad, ó que fuese común á todos los habitantes.

Previendo el caso en que, al hacerse la nueva subdivisión en cuarteles, en aquellos distritos en que fuese necesario, quedasen barrios sin que tuviesen el alcalde correspondiente, el decreto establecía que el Cabildo nombraría, para ese puesto, «la persona de mejor nota y crédito del cuartel, para que en clase de Presidente asista á la elección, *pero sin que éste ni otro alguno, por más condecorado que sea, limite ó prevenga la voluntad general de los concurrentes al predicho nombramiento*» (del elector).

No es posible condenar en términos más precisos la coacción, que ejercen hoy y han ejercido siempre las autoridades, sobre los electores. Si bien es cierto que el decreto no establecía sanción penal alguna para los que infringiesen sus disposiciones, no lo es menos que en él se encuentran consignados todos los principios necesarios para



defender la pureza del sufragio, dejando á las leyes generales el castigo de los infractores á las disposiciones que se dictaban.

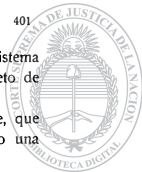
Con un criterio admirable de estadistas, los autores del decreto no daban al pueblo el encargo de elegir directamente los vocales que debían componer la Junta en su representación. Esta tarea era casi imposible en aquella época, en la que todavía el pueblo no había tenido ocasión de presentarse como elector.

Para prever todos los inconvenientes que tendría una elección directa, por la dispersión de los sufragios en favor de candidatos diversos, el decreto establecía que el pueblo sólo elegiría electores, los que, constituidos el mismo día en colegio electoral, designarían, por votación nominal, el *socio ó colega* que debía entrar á formar parte de la Junta Gubernativa.

Era tan adelantado ese sistema de la elección de segundo grado, decretado en 1811, que nuestra constitución actual lo conserva todavía para designar los senadores al Congreso, por medio de las legislaturas de Provincia ó del Colegio electoral de la Capital y para la elección del Presidente y Vice de la República, que son nombrados por colegios electorales elegidos directamente por los pueblos de las distintas provincias argentinas.

No creemos que debamos entrar á estudiar otros artículos, puramente de reglamentación y de detalle que contiene este decreto ⁽¹⁾, y que no afectan principios institucionales; pero no creemos deber terminar este capítulo, sin ocuparnos de la disposición que establece «*entera subordinación á la Junta Superior*», de las Juntas provinciales, por cuanto ella es la que ha servido para dividir la opinión de nues-

(1) Véase el documento íntegro en *Documentos Justificativos*, número 27.



tros historiadores, publicistas y maestros, respecto al sistema de gobierno *federal ó unitario*, que insinuaba el decreto de 10 de Febrero de 1811.

Por nuestra parte, hemos dicho que, sin esa frase, que parece inclinarse al unitarismo, el decreto habría sido una manifestación exclusivamente *federalista*.

Sin embargo, pensamos que esa misma disposición, estudiada en nuestros días, un siglo más tarde de la fecha en que fué dictada y después de los acontecimientos que se han producido en la República durante tan largo lapso de tiempo, nos lleva á reconocer que era un pensamiento eminentemente federalista el que inspiró aquel decreto.

Desde luego, abona esta creencia la clase de cuerpo que lo dictó, formado por los representantes de todas las *ciudades* que en el virreinato habían aceptado la revolución de Mayo; ciudades que eran casi autónomas en el gobierno de *lo propio*, y que seguían defendiendo sus prerrogativas personalistas, á pesar de la constitución de la Junta Gubernativa de Buenos Aires.

Por otra parte, esa *subordinación* de las Juntas Provinciales á la Junta Superior, no importaba la obligación de someterle la aprobación de todos sus actos de gobierno interno; sino sólo estar dependientes de ésta, para aquellos asuntos que se refiriesen á la movilización de las milicias, á la organización de los ejércitos, á la provisión de recursos y á otros negocios que afectaban á la comunidad de los habitantes del país, y que no podían ser dirigidos sino por una autoridad central, que representase la soberanía colectiva de todas las provincias.

Lo que el decreto de 10 de Febrero de 1811 establecía, al determinar las funciones de las *Juntas Provinciales* en relación con la *Junta Central*, era algo semejante á lo que la actual Constitución argentina establece al hacer de los *gobernadores de Provincia* AGENTES NATURALES del *Gobierno Federal*.



§ II.—LA LIBERTAD DE IMPRENTA

1º

LOS PRIMEROS PERIÓDICOS

Clarovidencia. — Molde de nuestras libertades. — Manifestación liberal de la Junta. — El virreinato y la prensa. — Primera imprenta. — Censura previa. — «Diario curioso, erudito, económico y comercial» en el Perú. — «Telégrafo Marítimo» en Buenos Aires. — «Semanario de Agricultura» liberal y útil. — Belgrano y Castelli. — Propaganda librecambista. — Escuelas de Comercio, Matemáticas y de Agricultura. — Gratuitas para varones y niñas. — «Memoria» impresa por orden del rey. — «El Correo de Comercio». — Síntomas de libertad de imprenta. — La *Gazeta*. — Decreto creándola. — Censura tácitamente suprimida. — Libertad *sui generis* para el periódico oficial. — Tribuna exclusiva de su inspirador y censor. — Uso y abuso. — Raros tiempos. — Sentir lo que se quiere y decir lo que se siente.

La declaración de la libertad de la prensa, hecha por el Gobierno revolucionario de Buenos Aires, en 20 de Abril y en 26 de Octubre de 1811, hizo mucho más que sentar una base á futuras instituciones argentinas: tuvo una previsión clarovidente del poder que debía adquirir la prensa en los tiempos por venir.

Bástenos decir que *la actual Constitución de la República Argentina*, consigna el principio de la libertad del pueblo para publicar sus ideas por la prensa, sin censura previa,— una de las libertades más queridas y más disputadas á los ciudadanos,— con las mismas palabras que la establecía el decreto de 20 de Abril de 1811, que luego repitieron el de 26 de Octubre del mismo año y que han venido después figurando, á su vez, en los *Estatutos Provisionales*, hasta llegar, como reproducción del molde primitivo, hasta el artículo 14 de la Ley Fundamental que hoy rige á los argentinos, un siglo después de dictada aquella primera disposición por los revolucionarios de Mayo.



Y esa manifestación liberal de la Junta Gubernativa es tanto más digna de aplauso y de encomio, si se tiene en cuenta las circunstancias en que ella se hacía y los antecedentes de la prensa en el virreinato.

Esas circunstancias eran las creadas en la opinión pública por el motín de 5 y 6 de Abril, que había producido destierros de *morenistas* y destituciones de funcionarios; dictándose las disposiciones sobre libertad de la prensa, *quince días* después, precisamente en los momentos en que la oposición la necesitaba más para procurar reorganizarse.

En cuanto á los antecedentes de la prensa en el Virreinato, ellos nunca habían sido favorables á la libertad de las publicaciones, puesto que estaba entonces prohibida hasta la importación de libros científicos y filosóficos, sin permiso especial del Rey.

La imprenta, introducida por primera vez en el Río de la Plata por los jesuitas, para propagar el catecismo y otras enseñanzas, en las misiones que ellos fundaban, sirvió, más tarde, cuando aquéllos fueron expulsados de estos países, para que los Virreyes imprimiesen sus *Bandos*, y sus *Extraordinarios*, con proclamas ó noticias; sin que de sus prensas saliese nunca el pensamiento de los escritores del país, ni en la forma de libros, ni en la de periódicos, hasta que, en 1801, el Coronel Don Francisco Antonio Cabello y Meza, fundó en Buenos Aires, el *Telégrafo Marítimo*, primer periódico publicado en el Río de la Plata.

Era esta una publicación pesada y retrógrada, destinada á sostener los monopolios con que España impedía el desarrollo comercial de las colonias americanas, y en cuyas columnas el Coronel Cabello no hizo sino continuar la propaganda que había iniciado, algunos años antes, cuando fundó en Lima, el 1º de Octubre de 1790, el primer periódico aparecido en América, con el pomposo título de *Diario curioso, erudito, económico y comercial*.



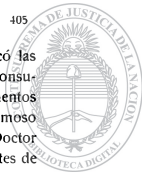
No cabía, dentro de las columnas de esa publicación, la libertad de imprenta, porque las leyes españolas que regían en América, establecían la *censura previa* de todo escrito en que se discutiese un punto de política, de religión, de filosofía, ó en que se juzgasen actos de los gobiernos de Europa y de América.

En materia de noticias, sólo era permitido circular aquellas que obtenían el beneplácito de la censura; y, en cuanto á literatura, ésta no podía ser otra que la que estaba autorizada en España, cuyos libros se reproducían en esos periódicos.

En el tecnicismo del derecho público moderno, podría decirse que la prensa de aquella época, estaba constantemente *bajo la presión del estado de sitio*, durante el cual la única *libertad* que se concede al periodista liberal, es la *libertad de callar* ante los desmanes del poder, puesto que no se obliga, como sucedía durante la tiranía, á *elogiar* esos misinos actos despóticos de los mandones.

En 1802, Don Manuel Belgrano, que ya se había hecho notar como hombre de pensamiento y de erudición en las « *Memorias* » que, periódicamente, leía en público como Secretario del Consulado de Buenos Aires; *Memorias* en las que, amparado por su posición oficial, difundía sus ideas en favor de la libertad del comercio, defendiendo la libre introducción de los productos extranjeros y su intercambio con los de las colonias, fundó el *Semanario de Agricultura*.

Esta publicación señala el punto de partida de la prensa útil y liberal en el Río de la Plata. Belgrano, que tenía desde 1796 al Doctor Juan José Castelli como su sustituto en la Secretaría del Consulado, le asoció á sus trabajos en el *Semanario*, y entre ambos hicieron una vigorosa propaganda en favor del libre cambio y de instituciones de educación popular, con tanto criterio y tan acertado juicio, que hoy mismo se hubieran leído sus escritos como si tratasen cuestiones de inmediata actualidad.



Fué en ese *Semanario* en el que Belgrano publicó las « *Memorias* » que presentaba como Secretario del Consulado; y fué allí donde comenzó á preparar los elementos que, más tarde, habían de servir para redactar el famoso escrito *Representación de los Hacendados*, que el Doctor Mariano Moreno presentó al Virrey Cisneros, poco antes de la Revolución de Mayo, en favor de los hacendados y agricultores del Río de la Plata, y en contra de las pretensiones monopolistas del Consulado de Cádiz.

Es, ciertamente, honroso para la memoria de Don Manuel Belgrano, recordar ahora algunas de las ideas que, aquel verdadero publicista organizador, proponía como medidas que el Virrey debía adoptar.

« La ciencia del gobierno, — decía, — no se reduce á comprar por diez y vender por veinte: sus principios son más dignos, y la teoría que comprenden es mucho mas elevada de lo que puede parecer á aquéllos que, sin conocimientos, han emprendido sus negociaciones, cuyos productos, habiéndoles deslumbrado, les han persuadido que están inteligenciados de ellos. »

Para demostrarles el error en que se está á ese respecto, Belgrano proponía desde entonces el establecimiento de *Escuelas de comercio*, donde se enseñara la aritmética, la teneduría de libros, leyes y costumbres mercantiles, estadística comercial comparada, geografía, y, profundizando más la materia, llegaba hasta proponer, como se hace en nuestros días, el establecimiento de *Compañías de Seguros marítimos y terrestres*.

Más tarde, en la Junta, apoyado por Moreno, Belgrano pudo realizar algunos de esos pensamientos, fundando, al menos, la Escuela de Matemáticas, donde se enseñaba la náutica y los principios de la navegación.

Preocupado, desde entonces, del problema de nuestras campañas, que la agricultura ha venido á resolver sólo en



los últimos años, convirtiendo á nuestro país en agricultor y quitándole el carácter puramente ganadero que antes tenía, Belgrano decía:

« Esos miserables ranchos donde se ven multitud de criaturas, que llegan á la edad de la pubertad, sin haberse ejercitado en otra cosa que en la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto: . . . uno de los medios principales que se debe adoptar á este fin, *son las escuelas gratuitas*, á donde puedan los infelices mandar sus hijos, sin tener que pagar cuota alguna por su instrucción: allí se les podrán dictar buenas máximas, é inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde reine la ociosidad, decae el comercio y toma su lugar la miseria.»

Y completando estas ideas, proponía que se fundase una *Escuela Práctica de Agricultura*, donde se dictase un curso completo de la materia, estimulando su aplicación efectiva por medio de premio adecuados, que hacía extensivos á los hombres de letras que se contrajesen á esa clase de estudios; prometiendo él mismo, por su parte, traducir para esas escuelas, una cartilla rural que, escrita en alemán, enseñaba todos los principios de la mejor laboración de la tierra, sobre la base de que « el verdadero descanso de la tierra es la mutación de la producción ».

Lo inhospitalario de las pampas por la falta de árboles, había preocupado á Belgrano. « No se debe menos atención á los bosques, — decía uno de sus escritos. — Es indispensable poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tierras llanas, que son propensas á la sequedad cuando no son defendidas: la siembra de los árboles, contribuye mucho para conservar la humedad, los troncos quebrantan los vientos fuertes y proporcionan mil ventajas al hombre.»

Este problema está todavía sin resolverse entre nosotros; pero en el Paraguay se aprovecharon las ideas de Belgrano.



no, y á ellas se debe la existencia de sus inmensos naranjales, cuya plantación ordenó el dictador Francia, obligando á cada habitante del Paraguay á plantar un naranjo en el terreno que habitase, por sí y por cada uno de los hijos que tuviese; de manera que, con el transcurso de los años, á medida que la población del Paraguay fué aumentando, fueron aumentando sus bosques, que hoy son inmensos y seculares.

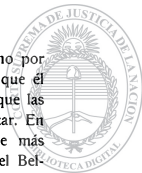
Indicaba la conveniencia del cultivo del lino y del cáñamo, dando las reglas para cultivarlo; y fomentaba las asociaciones comerciales, á fin de reunir capitales suficientes para las grandes explotaciones de la agricultura, llegando á escribir sobre esto una *Memoria* — con el tema de que «el origen «de la felicidad de estas provincias, es la reunión de los «comerciantes y de los hacendados», — *Memoria* que fué mandada imprimir por el Virrey «para que llegasen á conocimiento de todos tan útiles ideas».

Sosteniendo los principios librecambistas, establecía máximas absolutas, tales como la de que «el comercio en el «cambio de lo sobrante por lo necesario»; «dar plena libertad al comercio interior y exterior, es establecer la libre concurrencia».

Belgrano se preocupó, también, de la enseñanza moral y útil de la mujer. «Igualmente se deben poner escuelas gratuitas para niñas, — decía, — donde se les enseñará la doctrina cristiana, á leer, escribir, coser, bordar, etc., y principalmente inspirarles amor al trabajo, para separarlas de «la ociosidad, tan perjudicial ó más en las mujeres que en «los hombres.»

Sería útil, pero muy largo, seguir á Manuel Belgrano en sus escritos en el *Semanario de Agricultura*; pero no es de la índole de esta obra emprender ese trabajo.

Si nos hemos detenido un momento á ocuparnos de sus ideas en esa época, es porque en ellas encontramos, no sólo



el primer ejercicio de la libertad de la prensa, hecho por un publicista, sino también porque, en las medidas que él proponía, hallamos verdaderas bases institucionales, que las generaciones posteriores se han encargado de realizar. En materia de instrucción pública, nada podría decirse más adelantado de lo que entonces escribía Don Manuel Belgrano, con respecto á la educación primaria, tanto del hombre como de la mujer; porque en su programa entraba, no sólo la enseñanza gratuita de lo elemental, sino también la instrucción profesional de los niños, á fin de hacerles útiles para el trabajo y la producción, que es el medio de enriquecer al país.

El *Semanario* no fué víctima de la censura, no obstante su constante prédica en contra del monopolio comercial existente, por la habilidad con que sus redactores disfrazaban el ataque, dándole la forma de la defensa de lo que anhelaban para el futuro del país; y cuando los funcionarios españoles, procuraban mostrar á sus superiores de España, cuán grande era la riqueza de estos países que ellos gobernaban, enviaban los escritos de propaganda de Belgrano; de manera que, ya que no servían para producir la reforma que ellos aconsejaban, se les publicaba para hacer conocer la importancia económica del virreinato.

Políticamente, más importancia que el *Semanario*, tuvo *El Correo de Comercio de Buenos Aires*, fundado también por Don Manuel Belgrano, con la colaboración eficaz, en ambos, de Don Hipólito Vieytes, y con gran contento del virrey Cisneros, que le estimulaba y urgía para su publicación en los primeros días de 1810 ⁽¹⁾.

Como ya lo hemos dicho, Belgrano aprovechó de esa amistad interesada que Cisneros le demostraba, para cele-

(1) Véase antes, página 119.



brar las primeras reuniones patrióticas que preparaban la revolución de Mayo, tomando el pretexto de que ellas tenían por objeto formar un cuerpo de redactores ilustrados para el periódico que acababa de fundar el primero de Febrero de 1810.

Sin embargo, el más acentuado síntoma de libertad de imprenta que se siente en el Río de la Plata, lo ofrece el mismo gobierno de la Primera Junta, después de la revolución del 25 de Mayo de 1810, al fundar el periódico oficial la *Gazeta de Buenos Aires*.

Atribuimos el impulso de esa libertad, no sólo á la fundación del diario, sino á la propaganda que en él iba á hacer su redactor, el Doctor Mariano Moreno, y á los propósitos con que el periódico mismo se fundó.

En el decreto que mandaba publicar la *Gazeta*, se hacían algunas consideraciones que importaban abrir el debate público sobre los actos del gobierno, y dar por suprimida, tácitamente, la censura previa, que existía expresamente establecida en las leyes.

« El pueblo, — decía, — tiene derecho á saber la conducta
« de sus Representantes, y el honor de éstos se interesa en
« que todos conozcan la execración con que miran aquellas
« reservas y misterios inventados por el poder para cubrir
« los delitos. ¿Por qué se han de ocultar á las Provincias
« sus medidas relativas á solidar su unión bajo el nuevo
« sistema? ¿Por qué se las ha de tener ignorantes de las no-
« ticias prósperas ó adversas que manifiesten el sucesivo
« estado de la Península? ¿Porqué se ha de envolver la
« administración de la Junta en un caos impenetrable á
« todos los que no tuvieron parte en su formación? Cuando
« el Congreso General necesite un conocimiento del plan
« de Gobierno que la Junta Provisional ha guardado, no
« huirán sus vocales de darlo, y su franqueza desterrará
« toda sospecha de que se hacen necesarios, ó temen ser



« conocidos; pero es más digno de representación, fiar á la
« opinión pública la defensa de sus procedimientos y que
« cuando todos van á tomar parte en la decisión de su
« suerte, nadie ignore aquellos principios políticos, que de-
« ben reglar su resolución. Para el logro de tan justos de-
« seos, ha resuelto la junta que salga á luz, un nuevo pe-
« riódico semanal con el título de « *Gazeta de Buenos Aires* »,
« el cual, sin tocar los objetos que tan dignamente se des-
« empeñan en el *Semanario de Comercio*, anuncie al público
« las noticias exteriores é interiores que deban mirarse con
« algún interés. »

« En él se manifestarán, igualmente, las discusiones ofi-
« ciales de la Junta con los demás jefes y gobiernos, el es-
« tado de la Real Hacienda, y medidas económicas para su
« mejora y una franca comunicación de los motivos que
« influyan en sus principales providencias; *abrirá las puer-
« tas á las advertencias que desea de cualquiera que pueda
« contribuir con sus luces á la seguridad del acierto*. La uti-
« lidad de los discursos de hombres ilustrados que sosten-
« gan y dirijan el patriotismo y fidelidad que tan heróica-
« mente se ha desplegado, nunca es mayor que cuando el
« choque de las opiniones pudiera envolver en tinieblas
« aquellos principios que los grandes talentos únicamente
« pueden reducir á su primitiva claridad; y la Junta, á más
« de incitar ahora generalmente á los sabios de estas pro-
« vincias para que escriban sobre tan importantes objetos,
« los estimulará por otros medios que les descubran la con-
« fianza que ponen en sus luces y en su celo. » (1)

Esta incitación « á los sabios de estas provincias » á es-
cribir sobre los importantes asuntos políticos y administra-
tivos, que en la *Gazeta* iban á tratarse, importaban estable-

(1) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo I (1810-1821), página 29, Publicación Oficial, Imprenta La República, año 1879.

cer la libertad de imprenta en una forma especial, *sui generis*, puesto que ella se limitaba á admitir esa libertad, *sólo en el periódico oficial*, y, por tanto, sometidos los escritos que le fueran remitidos, á la previa censura de su director, que no siempre los admitiría.

Por otra parte, ni aun eso mismo sucedió, puesto que la *Gazeta* no abrió libremente sus columnas para todos aquellos *sabios* que en ella quisiesen escribir; sino que fué la tribuna exclusiva del omnipotente secretario de la Junta, quien con verdad, podía repetir *para sí*, la frase de Tácito inspirada por el latinista Belgrano: *Rara tempora felicitatem ubi sentire quæ velis et quæ sentias dicere licet*; escrita como epígrafe bajo el título del periódico, porque para él, tanto como patriota como publicista, habían llegado los *raros tiempos de felicidad, en que se puede sentir lo que se quiere* Y DECIR *lo que se siente*.

Y Moreno dijo en la *Gazeta* de Buenos Aires, todo lo que *sentía*, que era todo lo que *quería*, porque, si la censura previa existía escrita para otros en las leyes de la época, ella no alcanzaba á los artículos de Moreno, que era el *inspirador* de los actos de la Junta ó el *censor* de aquellos mismos actos, cuando ellos se producían sin su concurso ó contra su voluntad.

Los escritos de Moreno en el periódico oficial «*La Gazeta*», son verdaderas manifestaciones efectivas de la libertad de imprenta en el Río de la Plata, puesto que aquél usó y *abusó* de ella, al extremo de llegar á combatir á sus propios colegas y á hacer alusiones hirientes contra Don Cornelio de Saavedra, como Presidente de la Junta.





2º

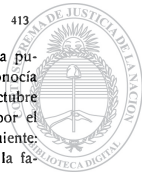
PROTECCIÓN Á LA LIBERTAD DE IMPRENTA

Deán Funes.—Libertad sin censura.—Decreto de 20 de Abril 1811.—Conocimiento de la verdadera opinión pública.—Derecho.—Su definición.—Pensamientos e ideas públicas.—Más explícitas en el decreto de 26 de Octubre.—Derecho de la naturaleza.—La libertad política: Derecho supremo.—Bases de la actual Constitución.—Redacción del Deán Funes.—Verdadera elocuencia.—Única soberana: Opinión pública.—Ideas avanzadas en tiempo lejano.—Servilismo condenado.—Abuso: Crimen.—Delito de derecho común.—Prensa libre.—Derecho de escribir sin censura ni límite.—Vida íntima sagrada.—Difamación.—Pasquin.—Libertad con atributos de la tiranía.—Criticar no es ofender.—Jurado especial.—Jurisdicciones distintas.—Una Junta Protectora de la libertad de imprenta.—Resoluciones irrevocables.—¿Si hay ó no crimen en el papel que da mérito á la reclamación?—El delito corresponde á la justicia.—Censura previa á las obras que tratan de religión.

Cuando, después del motín de 5 y 6 de Abril de 1811, se acentuó la persecución de los *morenistas* por los hombres del gobierno, el habilísimo Deán Funes creyó que iba á acallar los gritos de la opinión pública, dictando el decreto de libertad de imprenta en condiciones amplias y sin censura alguna.

Si no consiguió ese propósito, al menos, la justicia debe reconocer que en ese decreto, se establecía la libertad de la prensa, con toda la latitud de que hoy goza en los pueblos más libres de la tierra.

El decreto de 20 de Abril de 1811, comenzaba diciendo que: «atendiendo á que la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos é ideas políticas, es «no sólo un freno de la arbitrariedad de los gobiernos, sino «también un medio de ilustrar á la nación en general, y el «único camino para llegar al conocimiento de la verdadera «opinión pública, decretamos lo siguiente...», y luego, seguían á este preámbulo las disposiciones reglamentarias.



Esta definición del *derecho* de los ciudadanos para publicar «sus pensamientos é ideas políticas», lo reconocía aun en términos más explícitos el decreto de 26 de Octubre de 1811, dictado cinco meses después del primero por el Triunvirato, leyéndose en el preámbulo de aquél, lo siguiente: «Tan natural como el pensamiento, le es al hombre la facultad de comunicar sus ideas. Es esta una de aquellas pocas verdades que más bien se sienten, que se demuestran. Nada puede añadirse á lo que se ha escrito para probar aquel derecho y las ventajas incalculables que resultan á la humanidad de su libre ejercicio. *El gobierno, fiel á sus principios, quiere restituir á los pueblos americanos, por medio de la libertad política de la imprenta, ese precioso derecho de la naturaleza, que le había usurpado un emergido abuso del poder*, y en la firme persuasión de que es el único camino de comunicar sus luces, formar la opinión y consolidar la unidad de sentimientos, que es la verdadera fuerza de los Estados, ha venido en decretar lo que sigue...

Eran, pues, los mismos gobernantes, quienes, desde 1811, reconocían que este derecho de publicar y comunicar las ideas de los hombres, por medio de la prensa, es un derecho supremo, casi la base de las libertades políticas, porque, por su medio, se convierte á cada ciudadano en el vigilante censor de los actos del poder público.

Definidas así, en ambas disposiciones, como se entendía por las autoridades la libertad de imprenta, entraron á reglamentarla sobre la base de la misma prescripción literal de la actual Constitución de la República Argentina: «*Todo hombre puede publicar sus ideas libremente y sin censura previa.*»

No habría objeto en que se estudiaran separadamente los dos decretos, porque ambos tienen los mismos principios constitucionales, ambos defienden con energía idéntica esa

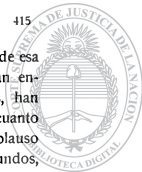


conquista de la libertad, alcanzada tranquilamente por el pueblo inglés, como una consecuencia lógica de sus demás libertades civiles, y obtenida ruidosamente por el pueblo francés, en medio de los desenfrenos sangrientos de la Revolución.

El Deán Funes que, en la Junta aumentada con los Diputados de las Provincias, había reemplazado la influencia que el doctor Moreno ejerciera en la Primera Junta, fué el encargado de la redacción del decreto de 20 de Abril de 1811, y al presentarlo á aquélla defendía la libertad de la prensa con verdadera elocuencia.

«El tribunal de la opinión pública,—decía el Deán Funes,—debe estar siempre abierto para que se haga notoria la voluntad general. *Este tribunal es la prensa; y la señal de que sus puertas están francas, es la libertad.* A favor de ella sabrán los comisionados del poder la voluntad de comitente, que es la nación; sabrán como interpreta su contrato social, modifica sus cláusulas ó las anula, revoca sus dones, establece un nuevo orden de cosas, y, en fin, rectifica las ideas del gobierno y lo dirige. *Pero quítese esa libertad de la prensa y, en tal caso, ni habrá como formarse una opinión general, por cuanto se halla obstruído el conducto que comunica las ideas, ni como manifestarla después de formada. El gobierno caminará á ciegas, pues ignorará cual es la opinión pública, UNICA SOBERANA DEL ESTADO, y el poder arbitrario inventará sofismas para fascinar á los incautos.*»

Como se ve, en el espíritu de los autores de la libertad de imprenta que se decretaba en 1811, su objeto era eminentemente político y tenía por propósitos vigilar los actos del gobierno, criticarlos ó aplaudirlos, según mereciesen, reflejando siempre la opinión pública, que es *la única soberana de un Estado*, y, por tanto, la única que debe ser consultada por sus mandatarios.



Desgraciadamente, los gobiernos no han entendido de esa manera la libertad de imprenta, como tampoco la han entendido, generalmente, los periodistas. Los primeros, han creído que la libertad de la prensa debe existir en cuanto no les afecte ni les critique, admitiéndola sólo para el aplauso pero no para la condenación; y muchos de los segundos, han creído que no puede existir prensa libre, sin convertirse en prensa opositora; como si lo lógico, lo natural, lo conveniente, no fuese que los gobiernos sean buenos y respetuosos de la opinión pública, pero de la opinión manifestada en su verdadero estado, y no representando la voluntad caprichosa y aislada de un dueño de periódico.

Ocupándose luego el Deán Funes, del momento en que la libertad de imprenta se decretaba, agregaba: « Este fundamento obra con doble fuerza en el estado de nuestra situación política, en que la América, por una feliz revolución, ha entrado en todos sus derechos y se halla próxima á levantar el edificio de su constitución. *Nunca más que al presente conviene que no se estanquen los conocimientos, ni se sofoque la voz de los pueblos, sino que se le de un libre curso, para que así puedan desenvolverse las luces, saberse lo que la nación desee y fijarse los principios.* »

Preocupándose después de los temores de algunos, de que la libertad de la prensa fuese peligrosa á la estabilidad de los gobiernos, que eran los principios que fundaban las prohibiciones de las leyes españolas y las restricciones que existían, en muchas leyes de la Europa en contra de la imprenta, el erudito prelado combatía esas ideas con viril energía expuesta así:

« La instrucción hace á los pueblos más indóciles, se dice, « más impacientes y más dispuestos á las revoluciones; por « consiguiente, la libertad de la prensa que la propaga, pro- « paga también el germen de la discordia y amenaza la tran- « quilidad del Estado. »



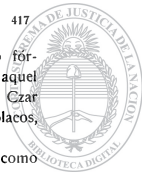
« Respondemos que no es tranquilidad apetecible, sino
« aquella que está fundada en la observancia del orden.
« Toda tranquilidad que, para gozarse, necesite unos hom-
« bres pacientes, insensibles á los ultrajes, *petrificados*, no es
« la que buscaron los hombres al entrar en sociedad. Man-
« tenida siempre á expensas con sus derechos, debe mirár-
« sele como un síntoma seguro de la última declaración de
« la decadencia de la república. *La agitación que causase la*
« *libertad de la prensa, para salir de este mal estado, debe-*
« *ría bendecirse como una señal que anunciara el restableci-*
« *miento de la razón, á beneficio de las luces esparcidas en*
« *su socorro.* »

Es imposible encontrar ideas más avanzadas en tiempos más lejanos. Al dictar la libertad de imprenta, la Junta Gubernativa de 1811, proclamaba el derecho de la revolución de los pueblos contra los malos gobernantes, producida por medio de la prensa libre. Admitía la posibilidad de que el diario sirviera para propagar la discordia y amenazar la tranquilidad del Estado; pero, como si quisiese enseñar cuáles son las libertades de que un pueblo debe gozar, condenaba el servilismo de los hombres pacientes, *insensibles á los ultrajes, petrificados*, que no son, seguramente, los ciudadanos de una República bien constituida.

Y como si no bastase lo que ya había dicho en el párrafo que acabamos de transcribir, el Deán Funes exclamaba:

« ¿ Hay más razón para disputar una ciudad á un enemigo
« extraño, *que para disputar á uno doméstico aquel gobierno*
« *en que el ciudadano no goce de sus derechos?* Conclúyese
« pues, que no es un mal que, estando siempre á la mira de
« la libertad de la prensa sobre las operaciones del gobier-
« no, *nos excítase á salir de una desventurada tranquilidad.* »

Sí; tenían razón los hombres de 1811:—no hay tranquilidad más inalterable, que la que producen los despotismos.



Para caracterizarla, la humanidad ha aceptado, como fórmula gráfica de la condenación de esas situaciones, aquel lacónico parte que un general moscovita enviaba al Czar de Rusia, después de los asesinatos de centenares de polacos, diciéndoles:— «*La tranquilidad reina en Varsovia.*»

Era verdad: reinaba la tranquilidad de la muerte, como en las Repúblicas despotizadas reina la tranquilidad que se levanta sobre la lápida de todas las libertades políticas.

Entrando ahora á examinar los decretos de libertad de imprenta á que nos hemos referido, poco tenemos que agregar con respecto á sus disposiciones.

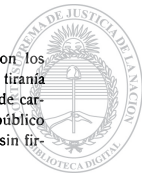
No habría libertad, si ésta pudiese impunemente convertirse en licencia. Previendo esos casos, el artículo 2º del decreto de 26 de Octubre de 1811, decía: «El abuso de esa «libertad es un crimen. Su acusación corresponde á los interesados, si ofende los derechos particulares; y á todos «los ciudadanos, si compromete la tranquilidad pública, la «conservación de la religión católica, ó la constitución del «Estado. Las autoridades respectivas impondrán el castigo «según las leyes.»

Este artículo importaba convertir el abuso de la libertad de Imprenta, en un delito del derecho común.

Una libertad tan hábil como científicamente legislada, no podía ser absoluta; y la disposición que acabamos de transcribir, demuestra que así lo entendieron los mismos gobernantes que buscaban para sus propios actos un freno, un mentor y un guía en los artículos de la prensa libre.

Esa es la verdadera noción de la *prensa libre*, de la prensa útil, de la prensa que representa la opinión pública.

El derecho del escritor debe ser amplio, sin censuras ni límites, mientras no hiera el derecho de otro habitante del país. Convertir al diario en el juez de la vida íntima de los hombres públicos, en el albañal que descarga los detritus de las familias, en el vocero de los desahogos y venganzas



personales,—es ataviar á la diosa de la libertad con los atributos de las más peligrosa de las tiranías,—de la tiranía irresponsable del anónimo, que cubría, cada noche, de carteles infames la estatua de Paschino, para que el público que los leía en la madrugada, propalase la calumnia sin firma del autor del *pasquin*.

Así lo pensaban los mismos autores de los decretos de libertad de imprenta al castigar su abuso.

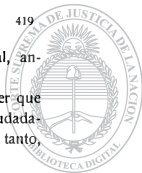
« La difamación es mayor cuando interviene la prensa », — decía el Deán Funes, al fundar su proyecto, — « convenimos: « pero convengamos también que son mayores los medios « de repararla. La ley celosa del honor y la virtud del ciudadano, como de la guarda de sus bienes, se armará contra el agresor, y haciendo ver que esa forma venerada es un bien que la justicia mira como propio, y que ella consagra á su gloria, *castigará al difamador según la gravedad de la ofensa, como castiga al ladrón según la gravedad del hurto, y hará que la misma prensa lo publique.* »

Y si es menester, en nombre de la misma libertad de la prensa, defender las demás libertades del ciudadano, defender la intimidad del hogar y de la vida privada, contra los desenfrenos de la calumnia y de la maledicencia impresa, lo mismo pensamos de los ataques que se hagan, con intención dañina, contra el crédito del país, contra sus instituciones, y contra sus buenos mandatarios.

Criticar no es ofender.

Con estas ideas, pensamos que el decreto de 1811 en su artículo 2º, sentaba las verdaderas bases de la libertad de imprenta: aseguraba la libre publicación del pensamiento escrito, sin ninguna limitación ni censura previa; pero castigaba el abuso, *como un crimen*.

Sin embargo, como ese delito no era uno de los ordinarios, sino uno especial, *sui generis*, en que la imprenta era sólo el instrumento que servía para cometerlo, el decreto



confiaba la apreciación del acto á un tribunal especial, antes de someterlo á la justicia ordinaria.

Para que existiera el *delito de imprenta*, era menester que el escrito acusado se sometiese al juicio de otros ciudadanos, que gozaban de la misma libertad, y que, por tanto, eran *iguales* al escritor á quien se impugnaba.

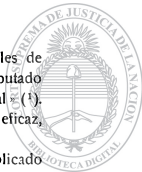
Los siguientes artículos del decreto de 26 de Octubre de 1811, explican el procedimiento:

« Art. 3º Para evitar los efectos de la arbitrariedad en la
« calificación y graduación de esos delitos, se creará una
« Junta de nueve individuos con el título de *Protectora de*
« *la libertad de la Imprenta*. Para su formación, presentará
« el Exmo. Cabildo una lista de cincuenta ciudadanos hon-
« rados, que no estén empleados en la administración del
« gobierno; se hará de ellos la elección á pluralidad de vo-
« tos. Serán electores natos el prelado eclesiástico, Alcalde
« de primer voto, Síndico procurador, prior del Consulado,
« el fiscal de S. M., y dos vecinos de consideración, nom-
« brados por el ayuntamiento. El escribano del pueblo au-
« torizará el acto y los respectivos títulos, que se librarán á
« los electos sin pérdida de instantes. »

« Art. 4º Las atribuciones de esta autoridad protectora se
« limitan á declarar de hecho si hay ó no crimen en el papel
« que da mérito á la reclamación. El castigo del delito, des-
« pués de la declaración, corresponde á las justicias. El
« ejercicio de sus funciones cesará al año de su nombra-
« miento, en que se hará nueva elección. »

« Art. 5º La tercera parte de los votos en favor del acu-
« sado, hace sentencia. »

« Art. 6º Apelando alguno de los interesados, la Junta
« Protectora sorteará nueve individuos de los cuarenta res-
« tantes de la lista de presentación; se reveerá el asunto y
« sus resoluciones, con la misma calidad en favor del acu-
« sado, serán irrevocables. En caso de justa recusación, se
« sustituirán los recusados por el mismo arbitrio. »



« Art. 7º Se observará igual método en las capitales de provincia, sustituyendo al prior del consulado el diputado de comercio, y al fiscal de S. M. el promotor fiscal » (1).

Nada más sencillo y, al mismo tiempo, nada más eficaz, como garantía, que el procedimiento adoptado.

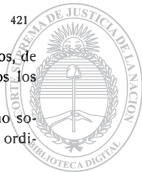
Antes de declarar que el autor de un artículo publicado por la prensa había cometido un crimen, los jurados debían reunirse y estudiar el escrito acusado. Su decisión era definitiva: si absolvía *por sólo una tercera parte de sus miembros*, ninguna autoridad podía perseguir al autor ante los tribunales ordinarios, pretendiendo que existían injurias ó calumnias en el artículo que el jurado había declarado inocente.

En cambio, si el jurado se pronunciaba en contra del artículo, declarando que en él se había abusado de la libertad que el decreto garantizaba, entonces su autor era sometido á la justicia ordinaria, para que la gravedad de su acto fuese juzgada por los jueces encargados de apreciar y castigar todos los delitos.

Hoy mismo podrían sostenerse con convicción las ventajas del procedimiento establecido por el decreto de 1811. La prensa es un instrumento de bien, cuando se maneja con fines nobles; pero no es sino un arma de delito, cuando se la emplea sin otro propósito que el de cometer una traición á la patria, haciendo saber á los enemigos, por medio de sus columnas, secretos de Estado, ó cuando se la esgrime contra la reputación de hombres, de familias, de sociedades, ó se la convierte en piqueta para tratar de demoler gobiernos ó situaciones, que no han dado motivos á la opinión para que las derroque.

No hay razón científica para sacar á los delincuentes que

(1) *Documentos Justificativos*, número 28, Decretos sobre libertad de imprenta, de 20 de Abril y 26 de Octubre de 1811.



usan á la prensa como mero instrumento de sus delitos, de los tribunales ordinarios encargados de juzgar á todos los demás criminales.

Lo necesario es defender la libertad de la prensa, no sometiéndola jamás á la jurisdicción de los tribunales ordinarios, en su condición de tal libertad.

Esto es lo que evitaba el procedimiento establecido en el decreto de 1811, puesto que al jurado que en él se creaba se sometía el escrito acusado, para que aquél resolviese si él importaba el mero *uso de la libertad de la prensa*, ó si era *una transgresión* de esa libertad; mientras que á los tribunales ordinarios del crimen, sólo se sometía al autor de un delito común que se había cometido por medio de la imprenta.

Las jurisdicciones y los fallos eran distintos. El jurado se limitaba á pronunciarse sobre si había ó no abuso del derecho de escribir, sin tener facultad para imponer pena; los jueces ordinarios, se limitaban á averiguar si había ó no un delito ordinario en el escrito impugnado, y si éste merecía castigo.

Esas disposiciones no podían ser, entonces, ni debieran ser hoy combatidas por los publicistas: el hombre que toma á un diario como vehículo de sus pasiones, para insultar al enemigo, para calumniar al adversario ó para desacreditar á su propio país, no es un escritor honesto que, representante de la opinión pública, inspira sus escritos en las corrientes populares, y reflejando sólo sus ideas, las lleva á su periódico, procurando hacerlas triunfar noblemente, con altos propósitos de política impersonal, y sin ambiciones bastardas que desprestigien la propaganda.

La prensa es el más poderoso baluarte de la opinión; es la más alta tribuna popular y es el más directo representante de las mayorías y minorías que forman los partidos.

Cuando obra por cualquiera de esas fases nobles, ejerce



un apostolado sublime, y es un deber de todos ampararla y defenderla. Pero, cuando, extraviando sus propósitos, se lanza á la diatriba, y persigue á los hombres sin combatir sus ideas, ó levanta prestigios personales sin que representen programas,—entonces la prensa deja de ser libre, para convertirse en una tiranía tan peligrosa en las democracias, como la de los mandones arbitrarios, porque ella puede arrastrar, con sus excitaciones, al pueblo á la asonada, al tumulto sangriento y hasta al asesinato político.

Contra estos escritores que abusan de la libertad de imprenta, es que creaba el artículo 3° del decreto de 1811, ese jurado de calificación de los delitos, rodeándolo de todas las garantías de imparcialidad de que hoy rodean á esa clase de tribunales las legislaciones modernas; y nosotros creemos lealmente que aquella disposición, tan sabiamente escrita hace un siglo en aquel decreto, podría todavía servir de base á una buena legislación sobre esta misma materia; legislación que tanta falta hace á los argentinos, no para amparar al pueblo y al escritor en contra de los desmanes del poder, ejercidos por medio de la censura previa ó por exigencia de la firma del autor al pie de cada escrito,— como hoy se práctica en algunos países,— sino para defender al mandatario, á la sociedad, al hogar y al individuo, contra los abusos de esa libertad, tan querida como necesaria, pero que entraña, á veces, usada en cierta forma, tantos peligros como una arma excelente puesta cargada en las manos de de un niño que no sabe manejarla.

Fuera de las disposiciones que hemos examinado, los decretos de 1811 sobre libertad de imprenta, no contienen, digno de mencionarse, más que los artículos que establecen una excepción para las «obras que tratan de religión,» que no podían imprimirse sin la previa censura del eclesiástico, dándose, sin embargo, apelación de la resolución de aquél, para ante la Junta Protectora, que se había creado.

Estas disposiciones respondían exclusivamente al criterio de la época, y á la persona del autor, que era un sacerdote, tan ilustrado y tan respetado como el Deán Doctor Don Gregorio Funes.

No creemos que debemos detenernos á estudiar esa parte de los decretos de 1811, porque ella no ha servido de base á institución alguna de las que hoy rigen en la República Argentina.





CAPÍTULO VIII

LA ABDICACIÓN DE LA JUNTA GUBERNATIVA

CREACIÓN DEL TRIUNVIRATO

Conspiración provinciana contra la Junta. — Dean Funes en la dirección del nuevo gobierno. — Porteños desterrados. — «La Sociedad Patriótica» disuelta. — Triunfo dudoso de *Saavedristas* y provincianos. — Balcarce y Castelli. — Marcha triunfal hasta el Perú. — Ejército patriota: marcha sobre Montevideo. — Triunfo preparado por Belgrano: Artigas, segundo jefe. — *Las Piedras* — Primera victoria de la revolución en los campos de batalla. — Belgrano en Buenos Aires. — Enjuiciamiento. — Balcarce, fiscal militar. — ¿Cuál era el delito? — La petición sediciosa: Quiere el pueblo Comparezca inmediatamente. — Leal y disciplinado. — Virtudes y talento. — Precipitación é injusticia. — Tomás Grigera y cuarenta alcaldes le defienden después de la acusación. — Motivos. — Porteños sin participación. — Moreno y Alberti muertos. — Castelli en el Perú. — Belgrano destituido. — Rodríguez Peña, Vieytes, Azcuénaga, French, Berutti desterrados. — Falta el elemento dirigente de los primeros pasos, de las invasiones inglesas, de los *Cabildos abiertos*. — En cambio, provincianos en mayoría. — Reacción creciente, tanto civil como militar. — La patria en peligro. — Belgrano repuesto en grados y honores. — Misión delicada al Paraguay. — La Junta contra sus propios actos. — Cambio radical. — Mar revuelta. — Ejército del Perú deshecho. — Armisticio firmado. — Felonía burlando el pacto. — Derrota de Huaqui. — Abandono del sitio de Montevideo. — Escuadra de cinco buques. — Bombardeo de Buenos Aires. — Faltando á las leyes y los principios de la humanidad. — Conde de Linares. — Derecho eventual de la princesa Carlota. — Marqués de Casa Irujo. — Prudente silencio de Lord Strangford. — Acción imposible de la Junta. — 22 personas con voz y voto. — Saavedra al mando del ejército derrotado. — Abdicación del poder aclamado en Mayo. — Nueva autoridad. — Triunvirato. — Cerramos la primera parte — Bases institucionales estudiadas. — Interés de la parte civil. — Principios fundamentales de la actual organización.

La conspiración *provinciana* de 18 de Diciembre de 1810, fraguada entre los diputados de las ciudades del interior contra la Junta de Buenos Aires, había dejado al Deán Doc-



tor Funes la dirección del nuevo gobierno. El motín de 5 y 6 de Abril, había desterrado á los *porteños* del Ejecutivo y disuelto el famoso club político de la juventud de la Capital, llamado «Sociedad Patriótica».

Sin embargo, estaban muy lejos de haber triunfado los *saavedristas* en la capital, ni los *provincianos* en todo el país.

Cuando aquellos sucesos se produjeron, la revolución parecía haber llegado á afianzarse y que el éxito más lisonjero se obtendría en todas partes.

Balcarce y Castelli, en dos meses, habían atravesado todo el territorio que hoy ocupa la República Argentina, encontrando á su paso sólo acatamientos y adhesiones; habían continuado su marcha triunfal hasta el Perú y el combate de Cotagayta y la victoria de Suipacha, parecían presagiar que, vencidos Abascal y Goyeneche, nada tendría que temerse por el lado del norte, prolongándose la influencia revolucionaria hasta los extremos de los veirreinatos españoles de América.

Los temores de complicaciones que viniesen del lado del Paraguay, después del contraste de Paraguay, habían desaparecido con la capitulación celebrada por Belgrano, como consecuencia de su heroico combate de Tacuarí, y, sobre todo, después de la revolución de los mismos paraguayos en contra de las autoridades españolas, realizada el 15 de Mayo de 1811.

Por el lado de Montevideo, también eran favorables las condiciones en que se encontraba la revolución. Cuando Belgrano fué destituido y procesado, después del motín de 5 y 6 de Abril, aquél se hallaba al mando del ejército que operaba en la Banda Oriental, de acuerdo con los revolucionarios de aquel país, y en contra de las autoridades españolas que se mantenían en Montevideo.

Don José Gervasio Artigas, había sido designado como segundo jefe de aquel ejército, y, á los quince días de ha-



berse recibido del mando de las tropas que Belgrano se veía obligado á abandonar por resolución de la Junta, Artigas daba la batalla de *Las Piedras*, el 18 de Mayo de 1811, triunfando sobre el enemigo muy superior en número y en armamento, y señalando con ese triunfo la primera de las victorias de la revolución, en los campos de batalla del Plata, en contra de los ejércitos españoles.

Este triunfo, por más que lo obtuviese Artigas, había sido preparado por la hábil dirección de Belgrano, mientras estuvo al frente del ejército patriota en el Uruguay.

Inmediatamente después de la batalla de *Las Piedras*, el ejército marchó á sitiar á Montevideo, y, como es natural, estas noticias, grandemente festejadas en Buenos Aires, desviaban un poco á la opinión de la oposición política que fermentaba en contra de la Junta.

Sin embargo, la llegada del General Belgrano, llamado á Buenos Aires para ser enjuiciado, alteró un tanto los regocijos de la Junta.

El Coronel Don Marcos González Balcarce, nombrado fiscal militar para aquel proceso, ignoraba cuál era el delito por el que debía sumariarse á Belgrano, puesto que ninguno se había precisado en la única acta de acusación, que la constituía la petición sediciosa presentada al Cabildo y aceptada por la Junta, en el motín de 6 de Abril.

Con el objeto de procurar cumplir en alguna forma la orden de procesar al general en jefe del ejército que había operado en el Paraguay y que era el mismo que acababa de triunfar en *Las Piedras*, el coronel Balcarce, como fiscal de la causa, llamó por carteles en la ciudad, y por Bando leído en el ejército de la Banda Oriental, á todos los que tuviesen *algo que declarar en contra del General Belgrano*, haciéndose extensivo este llamado hasta á la misma tropa!!

El efecto de esta medida fué contraproducente. Mientras Belgrano, siempre leal y disciplinado, se sometía al juicio, sus propios enemigos le preparaban su defensa.



La petición presentada en el motin de 5 á 6 de Abril, decía: « Quiere el pueblo que el vocal (de la Junta) Don « Manuel Belgrano, General de la expedición destinada al « auxilio de nuestros hermanos los paraguayos, *sea llamado « y comparezca inmediatamente en esta Capital, á responder « á los cargos que se le forman* »; y la Junta Gubernativa, bajo la presión del tumulto, resuelta á hacerlo de antemano, había puesto al pie de aquella petición este decreto, tan lacónico como cruel: « *Concedido enteramente* ».

El historiador, en este caso, podría repetir lo que Víctor Hugo ha dicho con respecto al Mariscal Ney. Después de haber cubierto de gloria á la Francia con sus actos de heroísmo, respetado por la metralla inglesa en Waterloo, cuando se batía cuerpo á cuerpo á las órdenes de Napoleón, fué fusilado por sus propios compatriotas bajo el gobierno de Luís XVIII. Esto hace que el filósofo-poeta, exclame, al narrar el valor denodado de Ney en aquella sangrienta hecatombe en que se derrumbó con el imperio francés toda la obra de Bonaparte:

— *¡Infeliz! Estabas reservado para balas francesas!*

Lo mismo había acontecido á Belgrano. Le habían respetado los españoles durante el virreinato, y cuyas autoridades llegaron á pedir al Rey *un premio para sus trabajos y por sus méritos*; le había respetado Cisneros, que le ayudó eficazmente en la publicación del *Correo de Comercio de Buenos Aires*; le habían respetado los paraguayos, quienes, no sólo firmaron la capitulación de Tacuarí, que equivalía para él á una victoria, sino que por sus inspiraciones el Doctor Don Pedro Somellera, argentino y su amigo y compañero, arrastró al pueblo de la Asunción á la revolución en contra de Velazco. Le habían respetado los orientales sublevados contra Elío, que le aceptaron como general en jefe de sus fuerzas, reconociendo sus virtudes y sus talentos...

Sólo le desconocieron y le procesaron sus propios compañeros y colegas en la Junta Gubernativa.



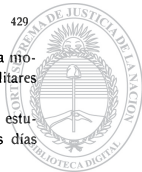
¡Infeliz! Estaba reservado para ser víctima de las injusticias de sus conciudadanos!

Pero esa grave torpeza tuvo sus inmediatas consecuencias.

El pueblo, llamado á formular los cargos contra Belgrano, en vez de hacerlo, presentó á la Junta un *Memorial*, firmado por cuarenta alcaldes y teniente alcaldes de barrio, á cuyo frente se encontraba el mismo Don Tomás Grigera, el famoso director popular en el motín de 5 y 6 de Abril, y cuyo documento servía para explicar el alcance de la petición presentada en ese día, en cuanto se refería á Belgrano.

« La referencia de la expresión del artículo 13,—decía aquel *Memorial*,—es dirigida á impulsar al Superior Gobierno para que *con arreglo á las disposiciones de derecho*, fuese relevado y juzgado, según correspondía al carácter y mando que obtenía el señor Belgrano, como en iguales circunstancias se ha practicado, *aun cuando la desgracia de la pérdida de las acciones de guerra HAYA SIDO INEVITABLE, con el fin de manifestar al público que se daba puntual cumplimiento á las leyes de la materia, que es lo que le interesa*; pero con respecto á los cargos, el Gobierno se los debe formar, como que está instruido en la certeza del cumplimiento exacto que haya dado á sus instrucciones y órdenes relativas al mando, así como lo ejecutaría en cualquier caso en que no hubiese sido instado por el pueblo y hubiese procedido de oficio en fuerza de autoridad. »

Esta manifestación de los mismos amotinados, hecha poco después de un mes de aquel suceso vergonzoso, no sólo importaba un cargo al Gobierno por la precipitación y la injusticia con que había procedido al destituir á Belgrano y al procesarle, sino también que era una defensa categórica de éste, pues que se reconocía que *había sido inevitable* la pérdida de las acciones de guerra, y, en cuanto á los cargos, el pueblo manifestaba que no tenía ninguno que for-



mular, dejando que el gobierno los formulase, si había motivos para ello, dentro de las ordenanzas y leyes militares aplicables al caso.

La explicación de esta reacción, puede encontrarse, estudiando la actitud del pueblo de Buenos Aires en los días que siguieron á la llegada de Belgrano.

A principios de Junio de 1811, los *porteños* empezaron á darse cuenta de que entonces eran ellos los excluidos de toda participación en el gobierno, ocupado solamente por los *provincianos*. Moreno y Alberti habían muerto; Castelli estaba en el Perú; Belgrano destituido y procesado; Rodríguez Peña, que había puesto su hacienda y su persona al servicio de la Revolución, desde los primeros momentos de Mayo de 1810, estaba desterrado, junto con Vieytes, el colaborador y el amigo de Belgrano, con Azcuénaga, el leal servidor de la patria, sin vacilaciones ni limitación alguna, con French y con Berutti, los fogosos tribunos de la Revolución y valientes jefes del batallón *Estrella*. Faltaban, pues, en la Junta y en el pueblo, los elementos *porteños* que los habían dirigido desde los primeros pasos, desde la mañana del 22 de Mayo, para conducirlos al Cabildo abierto, hasta que se organizó la primera Junta; sin dejar de recordar que muchos de los que faltaban eran los mismos que habían combatido á su lado contra las invasiones inglesas, en 1806 y 1807, cuando era sólo Buenos Aires, sin las Provincias, quien operaba la reconquista.

En cambio, ahora eran solos los *provincianos*, venidos á la Capital después de depuesto el Virrey, y cuando la Revolución ya se había hecho y parecía triunfar, los que se habían apoderado del Gobierno, separando de él á los hombres y á la influencia de Buenos Aires.

Esto no satisfacía las aspiraciones populares, y la presentación de los alcaldes y teniente alcaldes en favor de Belgrano, respondía á esa reacción creciente.



En el ejército acontecía lo mismo. Los oficiales del que se hallaba en la Banda Oriental, invitados á formular sus cargos en contra de su antiguo jefe, fueron aún más lejos que los autores del *Memorial* presentado por el alcalde Grigera y sus compañeros.

El 20 de Junio de 1811, esos oficiales se dirigieron á la Junta, manifestando en su nombre y en nombre de todo el ejército, «*que no había un oficial ni un soldado que tuviese la menor queja que producir contra el General Belgrano*», haciendo presente que se habían puesto de acuerdo para manifestarlo así á la autoridad, sin que los hubiera impelido «*otra causa, que el amor de la justicia, y salvar el buen nombre de un patriota á quien vimos sacrificarse en todas ocasiones en obsequio de la patria y de la gran causa que defendemos*».

Era tanta la iniquidad que se había cometido con Belgrano, que no se encontraba en el pueblo ni en el ejército, nadie que quisiese asumir la responsabilidad de formular un cargo contra él, ni siquiera los mismos miembros del Gobierno, que, pocos meses más tarde, *cuando la patria estuvo en peligro*, según ellos lo declaraban, volvieron á llamar al mismo General, para confiarle una misión delicada al Paraguay, en unión de Don Vicente A. Echevarría, cargo que Belgrano no quiso aceptar, sin que previamente se despejase su situación.

A esos propósitos, obedeció el decreto de 9 de Agosto de 1811, firmado por toda la Junta Gubernativa, y que dice así:—«*Vistos:—Con lo expuesto por el Exmo. Cabildo, alcaldes de barrio y oficiales del ejército del Norte:—se declara que el General Don Manuel Belgrano se ha conducido, en el mando de aquel ejército, con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la patria: en consecuencia, queda repuesto á los grados y honores que obtenía, y que se le suspendieron en conformidad de lo*



« acordado en las peticiones del 6 de Abril: y para satisfacción del público y de este benemérito patriota, publicado este decreto en la *Gazeta*. »

No era un movimiento espontáneo ni afectivo de la Junta, el que producía la rehabilitación de Belgrano. Eran causas superiores á todas esas intrigas y maquinaciones palaciegas; causas que afectaban profundamente á la marcha de la Revolución, las que forzaron á la Junta Gubernativa, á reaccionar contra sus propios actos y á llamar á los mismos elementos de que había intentado deshacerse.

De pronto, la situación cambió radicalmente, y toda aquella mar bonancible, en que navegaba la nave de la Revolución, sin presentir que bajo su fondo se alzaban escollos peligrosos, se agitó terriblemente.

El ejército del Perú se había anarquizado. Castelli, no obstante de que Balcarce era el jefe militar de la expedición, se había erigido en General en Jefe de las fuerzas, y descontento con los sucesos producidos en la Capital, con la destitución de Belgrano y el destierro de sus correligionarios los *morenistas*, sembraba la discordia en aquellas tropas que tenían todos los prestigios de los vencedores en *Suipacha*.

Refiriéndose á esa época, el Coronel don Cornelio Saavedra, parece querer explicar algunos actos del ejército español por inteligencias que hubiesen con el ejército patriota, para proseguir el plan de coronar, en una monarquía independiente americana, á la princesa doña Carlota Joaquina de Borbón, de cuyo plan siempre se había mostrado partidario Goyeneche.

La verdad de los hechos es que, después del armisticio firmado en Laja, el 16 de Mayo de 1811, los jefes del ejército patriota, no habían cuidado de precaverse contra una felonía por parte del general español, y éste, burlando el pacto celebrado, atacó por sorpresa á las fuerzas de Bal-

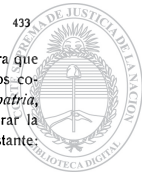


carce y de Castelli, el 20 de Junio del mismo año, en Huarquí, cerca del Desaguadero, y las deshizo completamente.

La noticia llegó á Buenos Aires en una forma inesperada, y esparciendo tal terror, que parece que la Junta se resolvió á ocultarla en los primeros momentos, pues sólo el 20 de Julio se expidió la famosa proclama con la que se trataba de entonar el espíritu público, no sólo diciendo la verdad de la derrota sufrida, sino confesando la necesidad de preparar elementos para la defensa.

« La patria está en peligro,—decía aquella alocución al pueblo,—y entretanto que la hayamos salvado, la guerra debe ser el principal objeto á que se limiten las atenciones del gobierno. Las virtudes guerreras serán el camino de las distinciones, de los honores, de las dignidades. Las tropas estarán bajo la más severa disciplina: su descanso consistirá en mudar de ocupaciones militares. Todos los ciudadanos nacerán soldados, recibirán desde su infancia una educación conforme á su destino. El campo de Marte (Plaza del Retiro) será una escuela pública donde los jóvenes harán su aprendizaje y formarán cuerpos robustos. Las ciudades no ofrecerán sino la imagen de la guerra. En fin, todo ciudadano mirará sus armas como que hacen parte de ellos mismos, y la guerra, como su estado natural. . . »

« Como para triunfar en esta formidable lucha, es preciso que todos sean militares, y que se dediquen á la guerra, y á fin de que vayan los niños adquiriendo el gusto por las armas, al paso que con la edad crece en ellos el amor á su patria, y el odio á los que intentan tan distintos modos para despedazarla, ha dispuesto el gobierno: que se imprima y distribuya en las escuelas, un prontuario de las ordenanzas militares, para que se familiaricen los niños con su lectura, y que se destinen sargentos inválidos que cuiden de enseñarles el ejercicio, reuniéndolos, á este



« objeto, todos los jueves en determinados parajes, para que
« de este modo se grave profundamente en sus tiernos co-
« razones, la idea de que son *las esperanzas de la patria*,
« y que para servirla, defender sus derechos y mejorar la
« suerte de su descendencia, ha de ser su divisa constante:
« HONOR Y DISCIPLINA.»

Y mientras el gobierno trataba de levantar así el sentimiento público, el Deán Funes publicaba una *Gazeta Extraordinaria* el 22 de Julio, con los mismos propósitos, en la que, con su estilo clásico y escolástico, decía al pueblo:
« Acordaos, patriotas, de que sois invencibles, imitad al
« Senado Romano, que después de la derrota de *Cannes*,
« dió gracias al Cónsul Verron por no haber desesperado
« de la República. ¡La Capital de la América del Sud, que
« ha hecho resonar su nombre del uno al otro hemisferio,
« no debe ser menos virtuosa! »

Pero los acontecimientos que se precipitaban, hacían inútiles las peroraciones de la Junta. La derrota del ejército en Huaquí, hacía indispensable abandonar el sitio de Montevideo, para traer aquellas fuerzas allí donde las reclamaban la defensa de la patria y la independencia de América. Libre del asedio Montevideo y reforzada su escuadra con algunos buques más llegados de Europa, se presentaron en la noche del 15 de Julio de 1811, cinco buques españoles en el Puerto de Buenos Aires, á las órdenes del Capitan de Navio Don Juan Angel de Michelena, y desde Balizas lanzaron treinta y una bombas y tres balas rasas sobre la ciudad, sin preceder intimación alguna, faltando á todas las leyes conocidas de la guerra y á los más sanos principios de humanidad, viniendo este hecho á aumentar la gravedad de la situación creada por la derrota de Huaquí.

Simultáneamente con estos hechos, llegaba la noticia de que en el Brasil, donde residía la Corte de Portugal, se agitaba la idea de hacer valer los derechos eventuales al



trono de España de la princesa Doña Carlota, esposa del Regente Don Juan V, para el caso, que consideraban probable, de que José Bonaparte se confirmase en el poder y Fernando VII continuase en cautiverio.

El conde de Linares, hábil diplomático portugués y jefe del Gabinete de Río Janeiro, tomó esos *derechos eventuales* como el pretexto para poder mezclar sus intrigas en las cuestiones del Río de la Plata; buscando, así, realizar el plan perseguido desde muchos años atrás de traer la frontera del Brasil á la margen izquierda del estuario y del Uruguay.

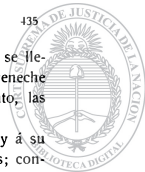
Su doctrina era que, habiéndose sublevado las colonias en contra de los reyes españoles, el Brasil tenía facultad de intervenir para defender los derechos eventuales de Doña Carlota Joaquina, que era una princesa portuguesa, y á quien correspondería la corona de España, si llegaban á faltar sus reyes actuales.

El embajador de España en Río Janeiro, Marqués de Casa Irujo que conocía los planes portugueses de apoderarse de la Banda Oriental y del Paraguay, limitando así los dominios de España ó de la Revolución,—según fuese quien triunfase,—á la margen derecha del Plata y del Uruguay, combatía las combinaciones del Conde de Linares, é influía para que la Inglaterra, como aliada de su país, le apoyase en sus gestiones.

Por su parte, Lord Strangford, el embajador inglés, que hasta entonces se había mostrado amigo de los revolucionarios, se había llamado á un prudente silencio, no contestando los reclamos de la Junta contra el bloqueo y el bombardeo de Buenos Aires, como si temiese que la revolución fuese á fracasar.

Este cúmulo de circunstancias, produjo en la opinión pública de Buenos Aires la mayor excitación.

Entonces se trataba de salvar el país,—acaso de salvar la



misma ciudad, porque en la exageración del terror se llegaba hasta suponer posible que las tropas de Goyeneche llegasen á sus suburbios,—y se olvidaban, por tanto, las rencillas y divisiones partidistas.

Se culpaba especialmente á la Junta *provinciana*, y á su excesivo número de personal, esos resultados nefastos; considerando, tal vez con razón, que era imposible toda acción rápida y ejecutiva, si había de consultarse con una Asamblea en la que llegaron á tener derecho de voz y voto veintidós personas.

Era por esto que en todas partes, en las peroraciones del *Café de Marcos*, en los corrillos callejeros y en todo punto donde se agrupaba un número más ó menos grande de gentes, no se oía sino el reclamo por que se diese cohesión al poder, poniéndolo en manos de hombres que tuviesen prestigio en la Capital, que lograsen amalgamar al pueblo y formar rápidamente ejércitos, y que reuniesen capitales y tesoros, capaces de resistir la invasión que se comprendía que iban á traer los ejércitos españoles, al mando de Goyeneche, sobre las provincias del Norte de la actual República Argentina.

Los hombres de la Junta, con exclusión de Saavedra, eran completamente desconocidos, y no tenía nadie confianza en ellos; de manera que para tratar de difundir esa confianza, la Junta le exigió á su Presidente que marchase inmediatamente á ponerse él al frente de los restos del ejército derrotado en Huaquí.

Los amigos personales de Saavedra, así como los jefes que habían servido á sus órdenes, según él mismo lo recuerda en sus *Memorias*, se oponían á que aquél saliese; pero este hombre sano y engreído, acaso infatuado con su propio prestigio y convencido de que bastaría su presencia para levantar el espíritu de las tropas y organizar una fuerte división para oponerla á Goyeneche, resolvió marcharse á



Salta repentinamente, llevando por Secretario á otro miembro de la Junta, Don Ignacio Molina.

El pueblo no miró con satisfacción este alejamiento, tomándolo, más bien, como un pretexto para alejarse del conflicto en que veía envuelta á la Capital,—cuyos habitantes estaban resueltos á derribar á la Junta,—que como una iniciativa personal para influir directamente en los acontecimientos de la Guerra.

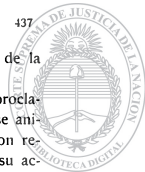
Los más exaltados consideraron la marcha de Saavedra como una fuga, aumentándose por momentos la excitación popular, encabezada por el partido de oposición, con el que habían hecho causa común todas las clases inferiores del pueblo.

Como en la Junta no había más que dos porteños,—el Doctor Joaquín Campana y Don Juan Alagón,—los odios populares se concentraron en el primero, por la participación directa que había tenido en los acontecimientos de 5 y 6 de Abril; y quien en puridad de verdad, no era sino un hombre insignificante, acostumbrado á obedecer á los que mandaban, buscando mantenerse en una posición respectable, que era lo único á que ambicionaba.

Los hombres del Cabildo, que eran los que estaban en más contacto con los grupos populares, creyeron que podrían conjurar la borrasca sacrificando á Campana, y así lo hicieron; pidiéndole á la Junta que, para satisfacer á las exigencias populares, fuese destituido el Secretario que había reemplazado á Moreno y que se le deportase fuera de la ciudad.

El Doctor Campana fué remitido á Chascomús en la noche del 16 de Septiembre de 1811; no faltando quien crea que, en vez de imponérsele un castigo con aquel destierro, se buscaba salvarle de los furores que cada vez se acentuaban más en su contra.

Habiendo cedido á esta primera presión, el Cabildo no



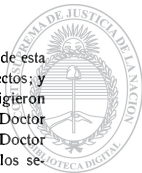
podía sino precipitarse rápidamente en el descenso de la vertiente para caer al pie de la montaña.

La reacción se hizo completa. Los que habían proclamado la excelencia de los gobiernos colectivos, no se animaron á llegar al gobierno unipersonal; pero quisieron reducir el número de la Junta á un extremo tal, que su acción fuera posible, eficaz y rápida.

Acaso tomaron por modelo el Consulado francés, organizado después de la Revolución, compuesto de tres personas; y, sobre esa base, quisieron organizar un gobierno nuevo, en cuyo personal se conciliasen las ideas extremas de los dos partidos que habían estado en lucha hacía pocos meses.

Con ese objeto, la Junta, formada ese día con sólo cinco de sus miembros, —Don Domingo Matheu, que había reemplazado en la Presidencia á Saavedra, Don Juan de Alagón, Don José Antonio Olmos, Doctor Juan Ignacio Gorriti y Don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, —dictó el último decreto firmado por la autoridad que en la historia figura con el nombre de *Junta provisional Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata* constituyendo, por él, una nueva autoridad, organizada en una forma completamente distinta de la que habían establecido el *Cabildo abierto* del 22 de Mayo y la votación popular del 25, pero que, indudablemente, sirvió de base á organizaciones constitucionales mucho más científicas que aquéllas.

«Teniendo consideración á la celeridad y energía con que
«deben girar los negocios de la patria,—decía el decreto
«de 23 de Diciembre de 1811,—y las trabas que ofrece al
«efecto la multitud de los Vocales, por la variedad de opi-
«niones que frecuentemente se experimentan, (la Junta) ha
«acordado constituir un Poder Ejecutivo *compuesto de tres*
«*vocales y tres secretarios sin voto*; y debiendo ser los suje-
«tos en quienes recayese la elección de probidad y pública



« aceptación, se procuró explorar la voluntad general de esta
« ciudad, por no estar en ejercicio sus Diputados electos; y
« habiéndola conocido, por unánime votación se eligieron
« los siguientes: para Vocales, los señores Coronel Doctor
« Don Feliciano Chiclana; Don Manuel de Sarratea y Doctor
« Don Juan José Paso; y para Secretarios, sin voto, los se-
« ñores Doctor Don José Julián Pérez, de Gobierno; Doctor
« Don Bernardino de Rivadavia, de Guerra; y Doctor Don
« Vicente López, de Hacienda » (1).

El nuevo Gobierno, estaba constituido *á medias*, por cuanto en el mismo decreto se creaba una *Junta Conservadora, que formarán los señores Diputados de los pueblos y provincias*, en « consorcio con los dos suplentes que elegirá
« esta capital, por impedimento de los dos propietarios que
« están constituidos Vocales ».

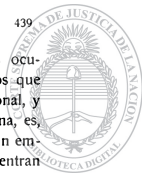
Si bien desaparecía, con esta disposición, el monstruoso poder que había venido representando la Junta organizada el 18 de Diciembre de 1810, no desaparecían sus miembros, ni los peligros que representaba su permanencia en el Gobierno.

El período inicial de la Revolución de Mayo puede decirse que termina con el decreto de 23 de Septiembre de 1811; porque desde ahí en adelante, bajo el Triunvirato y los poderes que lo siguen, empieza á procurarse dar organización definitiva al país, sin descuidar, sino por el contrario, vigorizando la acción gubernativa en todo lo referente á la guerra y á las relaciones exteriores con las demás naciones del mundo.

Nosotros también creemos que debemos dividir nuestro trabajo, cerrando, con la creación del Triunvirato, la primera parte de los Gobiernos Patrios, formados por la primera y

(1) *Documentos Justificativos*, número 29, Decreto creando el Triunvirato.

segunda Juntas Ejecutivas; pensando que nos hemos ocupado de todos los documentos y de todos los actos que se prestan á encontrar en ellos alguna base institucional, y persuadidos de que este período de historia argentina, es, acaso, el menos estudiado en su parte civil; siendo, sin embargo, el más interesante, por cuanto en él se encuentran todos los principios fundamentales de la actual organización Constitucional de la República Argentina.





CAPÍTULO IX

CARÁCTER NACIONAL DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810

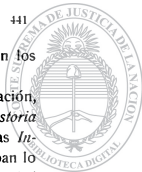
1

ANTECEDENTES DE LAS ACTUALES PROVINCIAS

El carácter local de la Revolución no es exacto. — La idea de la Independencia estaba latente en todas las ciudades. — Cooperación eficaz en cada Provincia al movimiento inicial de Buenos Aires. — Predomina la tendencia federalista. — El primer paso: la incorporación de los Diputados á la Junta. — Autonomías locales: las Juntas Provinciales. — Gobierno superior y gobiernos subalternos. — Ciudades sin vínculos, hoy Provincias unidas. — Relaciones directas entre los Cabildos y la Junta Central. — Mirada retrospectiva: Organización del Virreinato. — Su creación obedece á contener los avances de los portugueses. — Miras hacia el Uruguay y el Plata. — Erección del virreinato en 1776. — Su división y subdivisión administrativa. — El Virrey con autoridad superior civil y militar. — Otra potestad: el Consejo de Indias y sus agentes indirectos los Oidores de la Audencia. — Cabildos ó Ayuntamientos libres del mecanismo gubernativo. — Autoridad en inmediato contacto con las poblaciones: El mejor conducto del contagio revolucionario. — El nuevo gobierno conserva la división política. — Se dirige á las ciudades y villas.

Se ha pretendido, por historiadores y maestros, en los libros y en la cátedra, dar á la Revolución de Mayo de 1810 un carácter puramente *local*, presentándola como un movimiento aislado de la ciudad de Buenos Aires, que impuso al resto del territorio que hoy forma la República Argentina, el deber de seguirlo.

Esa afirmación no es exacta ni histórica ni moralmente. El sentimiento de la independencia de la patria, estaba latente en todas las ciudades que formaban el antiguo virreinato



de la Plata, y, diremos más, en todas las que formaban los distintos virreinos que la España tenía en América.

Lo que sucede, para aquellos que hacen esa afirmación, es que desgraciadamente, aun no se ha escrito la *historia de la REPÚBLICA ARGENTINA*, tomando como tal á las *Intendencias* del virreinato de Buenos Aires, que formaban lo que hoy son las catorce provincias de la nación y la Capital Federal. Se ha estudiado la Revolución de Mayo, contrayendo ese estudio al sacudimiento *inicial* de aquellos días en la *ciudad de Buenos Aires*, y á las proyecciones que la Junta dió á la Revolución, con las medidas que adoptaba y los agentes ó los ejércitos que enviaba á distintos puntos del virreinato. Pero no se ha estudiado cuál fué la acción espontánea de cada una de las ciudades que reconocieron, desde el principio, la autoridad de la Primera Junta; ni tampoco se ha averiguado cuál fué la cooperación, eficaz y oportuna, que esas mismas ciudades prestaron á la Revolución.

No cabe, dentro del cuadro que nos hemos trazado al escribir esta obra, la apreciación en detalle de todos los hechos que se produjeron en cada una de las distintas localidades donde, desde los primeros días, repercutió el movimiento en favor de la independencia; pero, sin salir de los límites que nos hemos señalado, podemos bien ocuparnos de la acción *local* de esas ciudades, para demostrar que la tendencia federalista era la que predominaba en todos los espíritus.

Como lo hemos dicho en capítulos anteriores, la incorporación de los Diputados á la Primera Junta, señaló el paso inicial de la *federación* de todas las ciudades del virreinato, para constituir un gobierno central ejecutivo, que tomase la dirección del Estado, en todo lo referente á las necesidades comunes y, sobre todo, á la guerra.

El decreto sobre *Juntas Provinciales* vino á crear, independientemente de aquel poder central, las autonomías locales;



pero el Triunvirato, al adoptar definitivamente su nombre, selló esa confraternidad de las provincias, declarándolas en una *unión* que hasta entonces no habían conocido.

El Triunvirato tomó definitivamente el nombre de *Gobierno Superior Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata*.

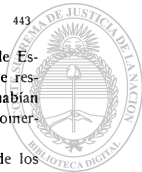
Esta designación de la existencia de un *Gobierno Superior*, demostraba evidentemente que también existían otros *gobiernos subalternos*, respondiendo todo esto al plan que hemos examinado en uno de los capítulos anteriores, estudiando el decreto sobre *Juntas Provinciales*.

En nuestro concepto, tuvo razón el Triunvirato para considerar *Provincias Unidas del Río de la Plata* á todo el territorio que iba á gobernar. Si antes de la Revolución no existían entre ellas vínculos que las ligasen entre sí, porque cada ciudad se entendía con la *Gobernación* de la que dependía, y la Capital de la Provincia sólo con el Virrey, — después de la Revolución, las cosas cambiaron.

Cuando el *Cabildo* de Buenos Aires organizó la Primera Junta, esta se dirigió á los *Cabildos* de todas las ciudades y villas del virreinato, prescindiendo de los Gobernadores Intendentes; y fué cada *Cabildo* el que, dirigiéndose también directamente á la Junta, no sólo hizo acto de adhesión al Gobierno Provisional, sino que cada uno contribuyó con soldados y dinero, dentro de sus elementos, para el mejor éxito de la Revolución.

Para que se comprenda bien cuál es el papel que, en esa época, podían desempeñar los *Cabildos*, es indispensable conocer cuál era la organización política del virreinato; cuáles eran las autoridades y las jurisdicciones que éstas desempeñaban en cada provincia, y cuál era la situación en que el pueblo de ésta se encontraba, al producirse el *Cabildo abierto* de 22 de Mayo de 1810.

La erección del virreinato del Río de la Plata, no fué el



resultado de una decisión ministerial de la Corona de España, que obedeciese á objetos administrativos ó que respondiese á las exigencias de los comerciantes que se habían apoderado de los monopolios, para explotar todo el comercio y el tráfico con el Río de la Plata.

Esa medida tuvo por objeto contener los avances de los portugueses que, establecidos en el Brasil, estaban empeñados en extender sus dominios hasta las márgenes del Uruguay y del Plata, habiéndose ya apoderado de la Colonia y amenazando seguir sus avances.

Fué entonces que el monarca español, comprendiendo que no era posible que se ejerciese una acción eficaz é inmediata en el Río de la Plata, residiendo en el Perú el virrey que debía producirla, y con el objeto de atender y resolver los conflictos que entonces existían con sus vecinos, erigió, en 1776, el Virreinato del Río de la Plata, constituyéndolo con las gobernaciones de Buenos Aires, Paraguay, Córdoba del Tucumán, y las Provincias de Cuyo y del Alto Perú.

El efecto político de esa medida, se produjo inmediatamente. El primer Virrey nombrado, Don Pedro de Ceballos y Cortés, que zarpó de Cádiz el 12 de Octubre de 1776 y llegó al puerto de Montevideo el 21 de Abril de 1777, al mando de una expedición que constaba de 6 navíos de línea, 5 fragatas, 6 otros buques de guerra y 116 transportes, en los que venían, á más de las tripulaciones y guarniciones, nueve mil trescientos diez y seis hombres de tropas de desembarco, sitió y rindió á la Colonia, estableciendo en ella un gobierno español, y marchó sobre el Río Grande con el objeto de tomarlo, cuando, á mitad de camino, tuvo que suspender su marcha por recibir la noticia de haberse celebrado el tratado de San Ildefonso.

En 1782, una Cédula Real de 2 de Enero, dividió el Virreinato del Río de la Plata en ocho Intendencias, dando á cada una de ellas el nombre que había de tener su capital.



Una de estas Intendencias, la de Buenos Aires, fué designada para sede del Virrey, teniendo éste, al mismo tiempo, el carácter de Intendente General de todo el Virreinato y jurisdicción *local* como Gobernador Intendente de esa Provincia.

Las otras Intendencias eran sólo de Provincia, y se establecieron: una en la Asunción del Paraguay, otra en San Miguel de Tucumán, otra en Santa Cruz de la Sierra, otra en La Plata, otra en la ciudad de La Paz y otra en Potosí.

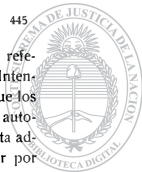
Cada una de las Intendencias tenía un Gobernador Intendente, menos la de Buenos Aires, puesto que el Virrey reasumía las dobles funciones de Intendente General del Virreinato y Gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Cada Intendencia ó Provincia, estaba dividida en Corregimientos ó Subdelegaciones, Alcaldías, Encomiendas y Misiones.

Representaba al Soberano y presidía todos los ramos del Gobierno, el Virrey; quien era, á la vez, la autoridad Superior civil y militar, sin depender de otra potestad que la del Consejo de Indias, que tenía como su agente indirecto á los Oidores de las Audiencias, que eran la autoridad judicial superior del Virreinato, presidida también por el Virrey.

Precisamente el nombramiento de esos Oidores, que «*debía forzosamente recaer en naturales de España, sin que pudiesen ligarse en matrimonio con las familias del país*», fué uno de los motivos que más contribuyó á establecer la división entre europeos y americanos, puesto que estos últimos nunca se reconocieron inferiores á aquéllos.

La Audiencia era el único de los Cuerpos de América que mantenía correspondencia directa con el Rey; teniendo obligación de informarle periódicamente del estado del país, y desempeñando todas aquellas comisiones que no tenían atingencias con la guerra, habiendo sido su Decano el encargado de reemplazar al Virrey, en caso de fallecimiento.



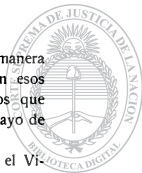
Fuera del mecanismo gubernativo á que nos hemos referido, en cada ciudad ó villa existente dentro de las Intendencias, funcionaba un *Cabildo* ó *Ayuntamiento*, al que los habitantes profesaban verdadero cariño, porque era la autoridad que mayor garantía les ofrecía, tanto por su recta administración, cuanto porque era la encargada de velar por la seguridad individual.

Aunque en distintos capítulos de esta obra hemos hablado de los Cabildos, agregaremos aquí, para que se comprenda la importancia que tenía el empeño de la Junta en hacerse reconocer por ellos, que esos Ayuntamientos, al estallar la Revolución de Mayo, tenían más facultades que las que habían gozado las comunas españolas en los mejores tiempos de Padilla.

Los Cabildos, compuestos de Regidores, Alcaldes y otros funcionarios, eran Asambleas populares que reunían el ejercicio del gobierno en todo lo referente al interior, á la policía, á la administración de justicia en los casos ordinarios, al manejo de los fondos municipales, á la higiene, y hasta ciertas funciones políticas, como intermediarios entre el pueblo y el Virrey, cuando el vecindario quería formular peticiones.

Propiamente hablando, los Cabildos, en su composición de Alcaldes y Cabildantes, eran los representantes legítimos del pueblo, aceptados por éste en todas las ocasiones; y el cargo era tan solicitado por la mucha influencia que él acordaba á los que lo desempeñaban. Por otra parte, justo es reconocer que esos Cabildos siempre se mostraron empeñosos en la defensa de los intereses personales y colectivos de los vecindarios.

De todas las autoridades que formaban el gobierno general ó local del Virreinato, estos *Cabildos* eran los que estaban en más inmediato contacto con las poblaciones de las ciudades y eran los que mejor conocían á sus habitantes y los



que más fácilmente podrían entenderse con ellos; de manera que había una verdadera conveniencia en que fuesen esos Cabildos los que llevasen al seno de los vecindarios que gobernaban, el contagio de la Revolución que, en Mayo de 1810, había estallado en Buenos Aires.

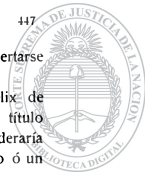
Al producirse ese movimiento, se conservaba en el Virreinato la misma división política que le había dado la Real Cédula de 1782.

Circulada la nota de 27 de Mayo de 1810,—en la que la Junta daba cuenta á todos los *Cabildos de las ciudades y villas* de los sucesos y les pedía su reconocimiento y el envío de Diputados á la Capital, á fin de constituir un gobierno definitivo, puesto que el de la Junta era puramente provisional,—inmediatamente comenzaron á producirse los movimientos *locales* en cada una de las ciudades litorales é interiores, de acuerdo con lo solicitado por la Junta de Buenos Aires.

No fué bajo la influencia de los hombres de la Capital, ni por presión ó amenaza, que los Cabildos de las ciudades que hoy son las capitales de las Provincias Argentinas se adhirieron al movimiento de Mayo y le prestaron su cooperación decidida.

Fué sólo porque el sentimiento de la independencia de la España, la necesidad de destruir este despotismo avasallador de una Nación que menospreciaba á los hijos del país, era general en todas las poblaciones, y sólo esperaba el momento oportuno para estallar con toda la intensidad de la presión que se había sufrido durante tres siglos.

Un escritor insospechable, que entonces recorría estos parajes, y que ha escrito las impresiones que pudo recoger su espíritu profundamente observador, ocupándose de la división entre españoles europeos y nativos, en esta región del Río de la Plata, ha dejado escritos los párrafos siguientes, que bastan para explicar cuán profundo debía ser el



sentimiento que impulsaba á los nativos á buscar libertarse de la presión de la dominación española.

«Tienen tal idea de su igualdad,—dice don Félix de Azara,—que creo que, aun cuando el Rey acordase título de nobles á algunos particulares, ninguno les consideraría tales. El mismo Virrey no podría conseguir un lacayo ó un cochero español (criollo)... Existe una especie de alejamiento, ó, más bien dicho, *aversión decidida de los criollos é hijos de españoles nacidos en América, hacia los europeos y el gobierno español. Esta aversión es tal, que la he visto reinar entre el hijo y el padre, entre el marido y la mujer, cuando unos eran europeos y los otros americanos*» (1).

Era en nombre de ese odio, en nombre de esa necesidad de romper con la tiranía de los europeos, que los Cabildos del interior aceptaron espontáneamente la Revolución de Mayo, y se prestaron á coadyuvar á su triunfo.

Es bueno recordar que así como el Cabildo de Buenos Aires, que intervino en el movimiento de los *días de Mayo*, era el *Cabildo español* que reconocía al Virrey hasta esa fecha, lo mismo los *Cabildos* de las otras ciudades y villas, que reconocieron á la Junta, después de iniciada la Revolución, eran los *Cabildos* que existían antes de que ésta se produjese.

Prescindiendo de todas las ciudades que ocupan actualmente el territorio que en 1810 pertenecía al Virreinato del Río de la Plata y que hoy forma las Repúblicas Oriental del Uruguay, el Paraguay y Bolivia, — vamos á referirnos sólo de la cooperación que prestaron á la Revolución, desde sus primeros días, los Cabildos de las ciudades que, más tarde, servirían de base para la creación de las actuales Provincias de la República Argentina.

(1) AZARA: *Viajes*, tomo II, página 277.



2

CABILDOS QUE RECONOCEN LA JUNTA GUBERNATIVA

Ciudades que reconocen la autoridad de la Junta y nombran diputados. — La Junta y los Cabildos. — Los Cabildos entre sí. — Sin intervención de autoridad española. — Independencia germinando. — Unión y esfuerzo común. — La incorporación de los diputados. — Un error que acentúa el carácter nacional. — Notable acción de los Cabildos en sus propias localidades

En el momento de la Revolución, y contestando la circular de 27 de Mayo de 1810, reconocieron á la Junta Provisional Gubernativa de Buenos Aires, los siguientes Cabildos del Virreinato, designados por el orden de la fecha en que el reconocimiento se produjo:

Maldonado, el 4 de Junio de 1810, siendo Alcalde de Primer Voto don Antonio Jesús de la Fuente.

Colonia del Sacramento, el 7, coronel Ramón del Pino.

Concepción del Uruguay, el 8, don José Miguel Díaz Vélez.

Soriano, el 9, don José Vicente Gallegos.

Santa Fe, el 12, don Juan Francisco Tarragona.

Fuerte Santa Teresa, el 13, Comandante Bernabé Zermeño.

San Luis, el 14, don Marcelino Poblet, nombrado el 30 diputado al Congreso Constituyente que debió reunirse en Buenos Aires.

Corrientes, el 16, teniente gobernador Pedro Fondevila, habiendo nombrado diputado al doctor José Simón García de Cossio. A los 5 meses,—el 16 de Noviembre,—fué creado por el General Belgrano el pueblo de Nuestra Señora del Pilar, de Curuzú-Cuatiá.

Yapeyú (Misiones), el 18, gobernador el coronel Tomás de Rocamora.

Salta, el 20, don Nicolás Severo de Izasmendi, goberna-



don Intendente, y Mateo Gómez Zorrilla, alcalde de primer voto, habiendo nombrado diputado al doctor Francisco Gu-ruchaga.

Gualeguay, el 22, don Francisco García Petesco.

Tarija, el 25, don Mariano Antonio de Echazú, habiendo nombrado diputado, el 20 de Agosto, al doctor José Julián Pérez de Echaz.

Tucumán, el 26, don Clemente de Zavaleta, habiendo nombrado diputado el 16 de Agosto, al doctor Manuel Felipe Molina.

Mendoza, el 27, don Joaquín de Sosa Isma, habiendo nombrado diputado, el 25, á don Fernando Ortiz, y por fallecimiento de éste, á don Manuel Ignacio Molina.

Santiago del Estero, el 29, don Domingo de Palacio, habiendo nombrado diputado al presbítero bachiller Juan José Lamí.

San Juan, el 16 de Julio, don Plácido Fernández Maradona, diputado don José Ignacio Fernández Maradona.

Catamarca, el 4 de Agosto, habiendo nombrado diputado al comandante de armas teniente ministro de real hacienda, Francisco de Acuña, europeo, y no concurriendo en éste las cualidades personales que prescribía la real orden de 6 de Octubre de 1809 acerca de los diputados á Cortes del Reino, fué elegido, el 4 de Septiembre, el procurador de ciudad, don José Antonio Olmos de Aguilera.

Concepción del Río Cuarto, el 13 de Agosto, don Manuel Ordóñez.

Córdoba, nombra diputado, el 13 de Agosto, al doctor Gregorio Funes, deán de Córdoba.

Rioja, el 1° de Septiembre, don Andrés de Herrera y Sánchez.

Jujuy, el 5 de Septiembre, don Francisco Calderón, habiendo nombrado diputado al doctor Juan Ignacio Gorriti.

Cochabamba, el 20 de Septiembre, coronel Francisco del



Rivero, gobernador Intendente, y don José Manuel Thames, alcalde mayor, habiendo nombrado diputado el 16 de Octubre, al doctor Francisco Javier de Orihuela, canónigo penitenciario de la catedral metropolitana de Charcas. Reconoce la Asamblea el 17 de Agosto de 1813.

La Plata, el 13 de Noviembre, don Gaspar Ramírez de Laredo, conde San Javier y Casa Laredo, del orden de Santiago, gentil hombre de Cámara de S. M. Reconoce la Asamblea General Constituyente el 10 de Abril de 1813.

La Paz, el 16 de Noviembre, don Domingo Tristán y Moscoso, gobernador Intendente, habiendo nombrado diputado, el 14 de Diciembre, á don Ramón Mariana.

Oruro, el 4 de Diciembre, don José Mariano del Castillo.

De todas esas ciudades, son muchas las que hoy no pertenecen á la República Argentina, puesto que ésta está formada con sólo tres de las Gobernaciones del virreinato, y aun de ellas es menester excluir á Montevideo, que, en 1810, correspondía á la jurisdicción del Gobernador Intendente de Buenos Aires.

Dependían de este Gobernador, las ciudades de la Capital, Santa Fe y Corrientes, á la que estaba anexo Entre Ríos, hasta 1814, en que fueron separados, formándose dos provincias independientes. La Intendencia de Córdoba del Tucumán comprendía los que entonces se llamaban Partidos, y que después han sido Provincias argentinas, de Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja; y la Intendencia de Salta comprendía, además de esa ciudad, los distritos de Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Jujuy, Nueva Orán y la Puna de Atacama.

Al dirigirse la Junta de Buenos Aires á cada Cabildo, ciudad ó villa *directamente*, pidiéndoles su reconocimiento, su adhesión y su auxilio, la Junta rompía la tradición y los procedimientos legales para las comunicaciones de los Cabildos entre sí, que eran siempre por medio de los dele-



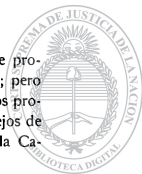
gados ó subdelegados, viniendo en este modo á darle al movimiento revolucionario un carácter popular, siquiera fuera por cuanto en él sólo intervenían las autoridades constituidas por el pueblo de las ciudades, sin intervención de la España europea.

Algo más: destruyendo la unidad de cada una de las Intendencias, así como la acción revolucionaria *inicial* no había partido del Gobernador Intendente de Buenos Aires, sino de su *Cabildo*, la Junta organizada por éste también quería que fuesen los *Cabildos* de las demás provincias la autoridad que reconociese á la Junta, que se asociase á la Revolución y que nombrase diputados para constituir el gobierno definitivo; como si hubiese procurado desde el primer momento poner un sello de *americanismo* al movimiento que iba en procura de la independencia de las colonias de toda sugestión europea.

Aquella circular de 27 de Mayo de 1810, dirigida por la Junta de Buenos Aires á los Cabildo y villas del Virreinato, era una invitación á *unirse* en un esfuerzo común para continuar la Revolución, hasta su triunfo definitivo, y para luego de haber triunfado organizar un gobierno federal, común á todas ellas.

Esto importaba quitar á la Revolución el carácter de movimiento *local*, con que algunos cavilosos habían querido señalarlo, motivando hasta las protestas del mismo Deán Funes, al reclamar la incorporación de los Diputados á la Junta, para darle proyecciones verdaderamente *nacionales*; era quitarle al Gobierno *urbano* de Buenos Aires, organizado sólo con carácter *provisorio* por el pueblo de la Capital, toda la apariencia de autoridad impuesta á las demás Provincias, buscando, *en la reunión de los representantes de todos los Cabildos*, consultar la voluntad de todos los ciudadanos y oír los votos de todos los pueblos.

La incorporación de los diputados á la Junta, á pesar de



los errores que ella envolvía y de los perjuicios que producía, acentuaba ese carácter nacional del movimiento; pero esto se nota con mucha más evidencia, examinando los procedimientos de los *Cabildos* en sus propias localidades, lejos de la vigilancia y de la influencia de los hombres de la Capital.

3

COOPERACIÓN DE LAS PROVINCIAS

La Junta asume el gobierno del Virreinato y también el gobierno local de la Provincia. — La ciudad-capital y su cooperación en la obra. — Las Provincias: Córdoba con elementos de reacción. — Tucumán entusiasta. — Coronel Juan Francisco Borges. — Catamarca no se hace esperar. — Salta con don Martín Güemes y su regimiento de *gauchos*. — Santa Fe y las compañías de *Blandengues* á las órdenes de Belgrano. — En Entre Ríos adhiere á la Junta el Cabildo de Concepción del Uruguay. — Elías Galván rechaza la invasión paraguaya en Corrientes. — Movimiento favorable en San Juan, á pesar de su jurisdicción de Córdoba. — Mendoza, libre de realistas, después de la actitud enérgica de su Cabildo. — San Luis, una de las primeras en reconocer la Junta. — En La Rioja, manifestaciones patrióticas. — Jujuy, la primera en el sacrificio y méritos. — Unión sellada entre la Capital y las Provincias: El triunvirato, primera autoridad nacional.

Al estallar la Revolución el 25 de Mayo de 1810, la Junta Gubernativa asumió, á la vez que el gobierno del Virreinato, la autoridad local de la Provincia de Buenos Aires, de manera que ésta no pudo, en su carácter individual, movida por sus propias autoridades, cooperar á la Revolución, sino que lo hizo en su papel de ciudad-capital.

Fué sólo en 13 de Enero de 1812, cuando se creó el puesto de gobernador intendente de Buenos Aires, á pedido de su Cabildo, nombrándose por la Junta, para desempeñar ese cargo, al coronel Don Miguel de Azcuénaga.

Como en el orden cronológico de los acontecimientos que seguimos en nuestro trabajo, no llegamos, en esta parte, sino hasta el 23 de Septiembre de 1811, en que fué crea-



do el Triunvirato, no es de oportunidad ocuparse, en este lugar, de los recursos que Buenos Aires proporcionó á la Revolución, por intermedio de sus gobernantes locales.

Iniciada la marcha de la *Expedición Auxiliadora*, Córdoba no pudo contribuir, en el primer momento, con sus elementos propios á aumentar los que habían salido de Buenos Aires, porque, como se ha dicho, su gobernador Gutiérrez de la Concha, de acuerdo con Liniers, preparó los elementos de la reacción en esa ciudad; pero era tan decidido el espíritu patriótico de los cordobeses, que, no sólo abandonaron á sus jefes españoles, obligándoles á huir, sino que voluntariamente engrosaron las filas de las tropas que mandaba el coronel Ocampo y luego Balcarce, viniendo, así, el pueblo cordobés, á hacer lo que no habían hecho las autoridades que en esos momentos lo gobernaban.

Esta adhesión de Córdoba á la revolución, y su propósito de auxiliarla en todo lo que pudiese con sus elementos propios, lo demostró, más tarde, cuando la Junta nombró al Coronel don Juan Martín Pueyrredón, como primer Gobernador Intendente patrio, el 3 de Agosto de 1810; quien encontró, lo mismo que su hermano, el Coronel don Diego de Pueyrredón, que se recibió del gobierno el 3 de Diciembre del mismo año, toda clase de facilidades para la provisión de hombres y dinero que ayudasen á los ejércitos de la patria.

No nos ocupamos, por el momento, sino de lo que las provincias hicieron al iniciarse la Revolución, es decir, hasta Septiembre de 1811, en que terminó el Gobierno de la Primera Junta, por la constitución del Triunvirato. Todo lo que ellas hicieron más tarde, tendremos ocasión de recordarlo más adelante, al seguir estudiando la historia institucional de la República, en los años posteriores.

Tucumán no fué menos entusiasta que Córdoba, en los pocos meses que precedieron á su ocupación por las fuerzas del General español don Pío Tristán.



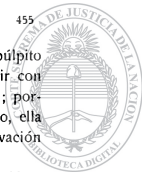
Desde el primer momento, se adhirió á la Revolución de Mayo reconociendo á la Junta de Buenos Aires, y ésta, dándose cuenta de todo el patriotismo de aquella ciudad, que más tarde mereció ser llamada SEPULCRO DE LOS TIRANOS, en 5 de Noviembre de 1810, mandó establecer una fábrica de fusiles en ella, nombrando al Presidente de su Cabildo, don Clemente Zavaleta, como protector y director de ésta.

Es de justicia recordar aquí el rasgo de patriotismo del vecino don Francisco Ugarte y Figueroa, quien, después de poner su persona y sus bienes á disposición de la Junta, contribuyó muy poderosamente á la reunión de las milicias, facilitó todas las maderas y juncos necesarios para techar los cuarteles mandados construir dentro de la ciudadela, situada á unas diez cuadras al norte de Tucumán, y se ofreció á conducir gratuitamente, en sus tropas de carretas, todos los fusiles que se fabricasen en aquella ciudad, llevándolos donde la Junta se lo ordenara.

Este patriota fué merecidamente recompensado con la confianza del gobierno patrio, que, en 11 de Marzo de 1812, le nombró Teniente Gobernador de Tucumán, en cuyo cargo permaneció hasta Junio del mismo año, en que las armas realistas quedaron dominando aquellas regiones.

La Provincia de Santiago del Estero, inmediatamente de ser prevenida de la marcha de la expedición auxiliadora, organizó tres compañías de patricios escogidos por don Juan Francisco Borges (fusilado en 1816 por *rebelde*), que se colocó al frente de ellas como comandante, y cuyos servicios fueron muy apreciados por sus jefes.

El patriotismo de esta provincia, en 1810 y á principios de 1811, se hace notable por la participación directa que en el movimiento tomaban todas las clases sociales. Desde que don Hipólito Vieytes hizo conocer á Borges los propósitos de la Junta de enviar una expedición militar al interior, la actividad más eficaz puso en acción á todos los



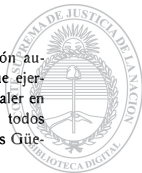
elementos, llegando el clero á predicar desde el púlpito sermones en que se exhortaba al pueblo á contribuir con sus dineros y su sangre al triunfo de la Revolución; porque, como decía en un sermón Fray Mateo Navarro, ella era « la empresa de regeneración, felicidad y conservación de la América ».

Catamarca no se hizo esperar. Don Feliciano de la Mota Botello, nombrado el 27 de Junio de 1810 Comandante de Armas de Catamarca, dándosele el grado de Teniente Coronel de Ejércitos, no pudo recibirse de su cargo, por encontrarse en Córdoba; pero esto no impidió la acción del Cabildo y de los patriotas de aquella ciudad, que reunieron y prepararon todos los elementos para cuando aquél llegase.

Y así fué:—el 5 de Noviembre avisó á la Junta haber remitido ciento cincuenta hombres equipados, uniformados y armados, al alcance de la expedición del Perú; agregando que tenía listas treinta y tres compañías de cien hombres, que se estaban instruyendo, y que sólo esperaba la orden de la Junta, para saber el número de tropas que debía remitir, ya fuese á Buenos Aires, ó ya al interior.

Pocos días después, la Junta recibía otra nota, anunciándole que el 12 de Noviembre de 1810, había marchado otro piquete de ciento ochenta y tres hombres para el ejército del Perú, con cuatrocientos cincuenta caballos y mulas, cincuenta y nueve cabezas de ganado, cuyas monturas, así como los animales, habían sido donados espontáneamente por patriotas que vivían en las campañas. Entre esos donantes, se distinguió Don José Antonio Dolores Corvalán, que obsequió con las reses necesarias para la manutención de los reclutas, obligándose á conducirlos á éstos en cabalgaduras propias hasta treinta leguas de distancia de la ciudad.

En Salta, como ya lo hemos dicho, el capitán Don Martín de Güemes, que se había batido en las invasiones in-



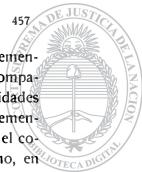
glesas en el Cuerpo de *Fijos*, esperaba á la expedición auxiliadora, con un regimiento de *Gauchos*, sobre los que ejercía un prestigio que sólo adquieren los hombres de valer en esas almas á la vez cándidas y valerosas, capaces de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones, y á quienes Güemes dominaba con la acción y la palabra.

El General Don José María Paz, en sus extensas *Memorias*, le ha descripto con estas palabras: -- « Poseía esa elocuencia peculiar que arrastra á las masas de nuestro país, y que puede llamarse *la elocuencia de los fogones ó vivaques*, porque allí establecen su tribuna. Principió por identificarse con los *gauchos*, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en su vestido, usando *guardamonte* y afectando las maneras de aquellas gentes pocos civilizadas. Desde entonces, empleó el bien conocido arbitrio de otros caudillos, de indisponer á la plebe con la clase más elevada de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este tribuno, este orador... tenía para los gauchos tal unción en sus palabras, y una elocuencia tan persuasiva, que hubieran ido en derechura á hacerse matar por probarle su convencimiento y su adhesión » — (1).

Se comprende fácilmente que un hombre en esas condiciones, que conocía á todos los miembros de la Junta por haber estado en contacto con ellos durante su larga permanencia en Buenos Aires, antes de la Revolución, se diese cuenta desde el primer momento de todas las proyecciones que el gobierno patrio había dado á aquella expedición auxiliadora, y se preparase á secundar con sus elementos de acción aquellos propósitos.

Pero no fué sólo Güemes quien en Salta auxilió á la

(1) JOSÉ MARÍA PAZ: *Memorias Póstumas*, tomo I, página 179, Edición Rebollo 2ª.



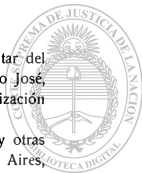
Revolución, habiendo tomado parte en la reunión de elementos para esperar el ejército que llevaba Balcarce y acompañaba Castelli, todo el pueblo de Salta, con sus autoridades á la cabeza, siendo muchos y muy importantes, los elementos de guerra y de dinero que allí encontraron, tanto el coronel Allende como Pueyrredón, Chicla y Belgrano, en las distintas ocasiones en que se presentaron en aquella ciudad, como representantes de la autoridad central.

Pasando, ahora, á las Provincias del litoral, que fueron las que completaron al ejército con que Belgrano invadió al Paraguay, es indispensable recordar, como uno de los elementos más eficaces prestados á la Revolución de Mayo, la decisión con que los santafecinos le ayudaron.

Belgrano llegó á Santa Fe el 2 de Octubre de 1810, é inmediatamente encontró organizadas dos compañías de *Blandengues*, de cien hombres cada una, que mandaba un teniente, á quien se hizo capitán, Don Francisco Antonio Aldao, tomándolas de las fuerzas que guarnecían la frontera, y que eran, por tanto, soldados aguerridos.

De esas compañías llevadas por Belgrano, se afirma que sólo volvió á Santa Fe el alférez Don Estanislao López, que entonces tenía 16 años, y que, más tarde, debía ser el dictador vitalicio de esa provincia. El regreso de López, se cuenta en una forma dramática. Entre los prisioneros que Velazco, el gobernador del Paraguay, mandó á Elío después de la derrota de Paraguairí, iba Estanislao López. Una noche logró fugarse, y, arrojándose á nado al mar, llegó hasta la costa inmediata á la ciudad, yendo en seguida á incorporarse á las fuerzas patriotas que mandaba el Coronel Rondeau.

Aunque Entre Ríos era entonces una dependencia de Santa Fe, esto no impidió á sus autoridades adherirse al movimiento revolucionario reconociendo á la Junta el Cabildo de Concepción del Uruguay, ni proporcionarle ele-

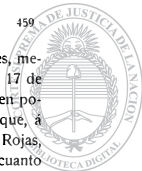


mentos de guerra, reunidos por el comandante militar del Partido, Don José de Urquiza, padre de Don Justo José, que fué el primer Presidente después de la reorganización de la República Argentina.

El Comandante Urquiza, *motu proprio* unas veces y otras obedeciendo á indicaciones de la Junta de Buenos Aires, había hecho recoger todas las armas que existían en la ciudad, y que pudieran servir para la guerra; había organizado milicias y prendido todos los desertores que trataban de evitar el servicio ó pasar al Paraguay ó Montevideo, con cuyos puntos impidió toda correspondencia y siguió dando indiscutibles muestras de su adhesión á la Revolución y á la Junta, hasta que ésta cometió la injusticia de someterle á la tenencia de gobierno de Santa Fe, en 5 de Septiembre de 1810, presentando inmediatamente su renuncia el 13 del mismo, dando por causa *sus dolencias*; lo que obligó al Gobierno central á aceptársela, en 4 de Octubre, y á nombrar en su reemplazo, en 19 del mismo mes, al Doctor Don José Miguel Díaz Vélez, en la calidad de comandante de las milicias, que recibió el encargo de organizarlas, dado por Belgrano en su marcha al Paraguay, así como á la de « *extirpar la mala semilla del enemigo*, remitiendo todo europeo sospechoso á disposición del Teniente « Gobernador de Santa Fe ».

En Corrientes, el Coronel Elías Galván, correntino de prestigio y de valer, tuvo necesidad de organizar fuerzas inmediatamente de hacerse cargo del puesto de Teniente Gobernador que la Junta le había dado, pues el 8 de Octubre de 1810 se presentó frente á la ciudad de Corrientes una escuadrilla paraguaya compuesta de cinco embarcaciones, con tropas de desembarco, mientras que una expedición se acercaba por tierra á la misma ciudad.

Con los solos elementos de aquella provincia, Galván consiguió impedir la invasión paraguaya; pero habiendo la



ciudad vuelto á caer bajo el dominio de los españoles, mediante la reacción de éstos, tuvo que abandonarla el 17 de Abril de 1811, hasta que Corrientes volvió á quedar en poder de los patriotas, mediante el pronunciamiento que, á favor de la Junta, hizo el Comandante Don Blas de Rojas, que había logrado engañar á los europeos, firmando cuanto se le presentaba en contra de la Junta de Buenos Aires, á fin de asegurar más el éxito de la empresa que se proponía.

Efectivamente: en esa fecha, desarmó á cien soldados europeos que permanecían fieles á los españoles, les embarcó para Buenos Aires, continuando con el gobierno Don Joaquín Legal y Córdoba, paraguayo, quien, nombrado interinamente por los europeos como Teniente Gobernador de Corrientes, se pronunció en favor de la Revolución, de acuerdo con el Comandante Rojas.

En las Provincias de Cuyo, también se sintió la acción revolucionaria, produciéndose en ellas el mismo movimiento que se había sentido en las demás provincias.

El Gobernador de Córdoba, Gutiérrez de la Concha, dentro de cuya jurisdicción se encontraba la ciudad de San Juan, se dirigió á Don Francisco Javier Jofré, comandante de armas y último subdelegado del gobierno del Virreinato, ordenándole la reunión de fuerzas y elementos para combatir á la Junta.

Desatendiendo esas órdenes, de acuerdo con el Cabildo, activó la reunión de gente y el secuestro de las armas y municiones que existían, remitiendo, el 6 de Septiembre de 1810, ciento once soldados uniformados y equipados por el Cabildo, con cinco mil pesos que había entregado el ministro de la real hacienda Don Juan Manuel de Castro y Carreño, manifestando á la Junta, que esa suma «se reintegraría si las circunstancias lo permitían y que estaba «dispuesto á cederlos á la patria, si el caso lo exigiera».



Fué este mismo patriota quien había remitido en los primeros momentos cien pesos para el Tesoro, y ofrecía una suma igual cada año, hasta que se reuniese el Congreso General y éste resolviese lo conveniente respecto á la patria, mandando tres de sus hijos para que se incorporaran al ejército « sin sueldo ni gratificación por parte del Estado ».

Jofré fué reemplazado, por orden de la Junta, por Don Pedro Nolasco Grimaú, quien tomó el mando de las armas el 29 de Septiembre de 1810.

Pocos días después, el 17 de Octubre, Grimaú enviaba cien hombres que, con el mayor entusiasmo, marcharon á las órdenes de Don José de Navarro, á incorporarse al *Ejército Auxiliador*.

Los socorros prestados por Mendoza, si no fueron eficaces en el primer momento, fueron muy importantes más tarde, debiéndose especialmente á las agitaciones que sufrió esta ciudad, inmediatamente después de producida la Revolución de Mayo, el que sus entusiastas hijos no fuesen incorporados desde luego á los ejércitos.

Desde 1803, gobernaba en Mendoza, hacía siete años, Don Faustino Ansay, comandante de armas, que, por razón de su largo tiempo de gobierno, ejercía grande influencia sobre los europeos.

Más adicto al gobernador intendente de Córdoba Gutiérrez de la Concha, de quien dependía, que á la Junta de Buenos Aires, no obstante de haber obedecido la orden de esta última, de entregar el gobierno á Don Isidro S. de la Maza, y no obstante haber cumplido esa orden, Ansay siempre se mantuvo reaccionario.

No fué por su voluntad que Ansay cedió á las exigencias del gobierno de la Capital. El 23 de Junio de 1810, comprendiendo el pueblo de Mendoza que su gobernante Ansay alistaba fuerzas para correr en apoyo de los rebeldes que se alzaban en Córdoba, se sublevó, y, por aclama-



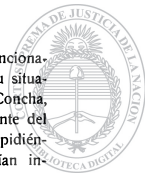
ción, resolvió unirse al movimiento revolucionario de Buenos Aires, exigiendo que se nombrase un diputado que representase en la Junta sus derechos. Ante la presión de aquella fuerza, á la una de la madrugada, Ansay se mostró dispuesto á hacer la entrega de las armas; eligiéndose, entonces, para comandante de ellas, al jefe de las milicias urbanas, Don Isidro Sáenz de la Maza, que, más tarde, fué confirmado en ese puesto, por la Junta Gubernativa de la Capital.

Seis días después, el 29 de Junio á las tres de la mañana, el Comandante Ansay, que sigilosamente había seguido conspirando, asaltaba personalmente el cuartel, al frente de algunos cabos veteranos, de algunos artilleros ingleses y de muchos europeos, logrando rendir la pequeña guarnición, y apoderándose de todas las armas, incluso los cañones, que, cargados á metralla, y con la mecha encendida, colocó en las boca-calles de la plaza, con orden de hacer fuego al pueblo si se presentaba en actitud hostil.

No obstante esa actitud, el pueblo, convocado por el Cabildo á toque de campana, se reunió en grupos numerosos, armado con las armas que tenían los vecinos, y en momentos en que se preparaba el ataque al cuartel, por intermedio del cura vicario Don Domingo García, el alcalde de primer voto, Don Joaquín de Sosa Lima y el Comandante Ansay, firmaron una capitulación por la cual resolvían que el gobierno de Mendoza sería ejercido por el Cabildo y el mencionado comandante, debiendo expedirse todas las órdenes gubernativas firmadas por ambas autoridades, encabezándose todas con las palabras *el gobierno* (¹).

(¹) Para que se comprenda cuan grande era la excitación patriótica que existía en Mendoza en esos días inmediatos á la Revolución del 25 de Mayo de 1810, transcribimos á continuación, íntegra, la capitulación de que hablamos en el texto :

1º Formar una completa unión entre el Cabildo y el comandante de armas,



Este *statu quo*, establecido por la capitulación mencionada, duró hasta el 3 de Julio, en que, urgido por su situación, el Gobernador de Córdoba Gutiérrez de la Concha, creyendo, sin duda, que Ansay estaba todavía al frente del Gobierno, se dirigió á las autoridades de Mendoza, pidiéndoles el envío inmediato de mil hombres, que debían incorporarse, según decía su oficio, á otros tres mil que él tenía ya bajo su mando, listos á marchar sobre Buenos Aires, para sostener la autoridad de España en América.

El Cabildo entonces, asumió una actitud decidida, contestando al oficio del General Concha, con otro en el que le declaraba categóricamente que no enviaría esas tropas.

Como pocos días después llegó el teniente coronel del regimiento de Arribeños, Don Juan Bautista Morón, (16 de Julio), con órdenes expresas de la Junta para remover á Ansay y prenderle, lo mismo que á los demás revolucionarios del 29 de Junio, Mendoza quedó completamente libre de realistas; remitiéndose el 25 del mismo mes, bajo segura custodia, á los presos á Buenos Aires, desde donde fueron internados en Agosto á Melincué, y, más tarde, al fortín de Areco.

en virtud de la cual ambas autoridades habían de proceder de acuerdo con la expedición de cuantas providencias se diesen; á cuyo efecto deberían expedirse todas las órdenes gubernativas firmadas por ambas autoridades, encabezándose todas con las palabras *el Gobierno*. .

2º Que la fuerza armada había de quedar en el pie y estado én que á la sazón se hallaba. .

3º Que se publicase un bando al tenor del que había presentado el ministro tesorero. .

4º Que esta unión de autoridades, como emanada meramente de la necesidad, debía cesar al momento que lo decidiera la Capital. .

5º Que se declarase solemnemente que en este medio conciliatorio no se había de llevar, en modo alguno, el objeto de seguir el sistema de Juntas, ni otro alguno que causara la menor variación en la forma de gobierno de entonces. .

6º Que la reunión de las autoridades se había de solemnizar con iluminación general, y las correspondientes gracias al Ser Supremo. .



El Teniente Coronel de las milicias urbanas, Don Isidro Sáenz de la Maza, que ocupaba ese puesto en virtud del nombramiento, hecho, también, por la Junta de Buenos Aires, se puso de acuerdo con Morón y procedió al alistamiento de las milicias de Mendoza, más que con el objeto de remitirlas á Buenos Aires, con el propósito de combatir á los generales Liniers y Gutiérrez de la Concha, ó proceder á su captura y la de sus acompañantes, una vez que se supo su fuga de Córdoba.

Diez días después de la llegada de Morón á Mendoza, se pasó una revista de todas las milicias y gentes alistadas, procediéndose inmediatamente á su organización y disciplina, y separándose de ellas doscientos hombres elegidos, los que se mandaron para incorporarse á la Expedición Auxiliadora, aun cuando su armamento era deficiente por falta de fondos.

En Agosto del mismo año estaban alistados tres mil hombres *voluntarios*, pero carecían de armas y de pólvora, y de fondos para costearlas, por cuya razón no se remitían contingentes á la Capital, no obstante las exigencias de la Junta. Estas dificultades produjeron desinteligencias, no sólo entre Morón y Maza, por exigir aquél que éste hiciese imposibles, sino también con los Ministros de la Real Hacienda, que no se creían facultados para entregar los fondos, sin que Morón exhibiese una orden Superior que les eximiese de responsabilidades por esa entrega.

El conflicto se zanjó, por fin, entregándose los fondos necesarios para armar la expedición de doscientos hombres; pero las cosas no terminaron ahí, pues que, descontento Morón con la oposición que le había hecho Maza, y apoyado en el pueblo, que estaba empeñado en tomar las armas, despojó á éste del mando, sembrando desconfianza contra él, al extremo de que fué confinado á Buenos Aires, por haberse manifestado contrario á las ejecuciones de la Cruz Alta.



Por la misma época, la Junta de la Capital nombraba al Capitán don José Moldes, primer Teniente Gobernador de Mendoza, siendo puesto en posesión de ese cargo, el 18 de Agosto de 1810.

Moldes no satisfizo al pueblo de Mendoza, y así lo comunicó á la Junta, desde Córdoba, Don Juan Martín Pueyrredón, incluyéndole un oficio del Cabildo de aquella ciudad, en que se quejaba del carácter y la conducta de Moldes, juntamente con un anónimo y otros datos sobre el mismo asunto.

No obstante estas advertencias, la Junta mantuvo á Moldes en el puesto y es justicia reconocer que sirvió perfectamente los propósitos de la Revolución, puesto que continuó armando y organizando las milicias de aquella ciudad, y atendiendo todas las órdenes que se le impartían desde la Capital.

Fué durante su administración que se produjo el primer movimiento de independencia de la ciudad de Mendoza, desconociéndose por Moldes la jurisdicción que el gobernador de Córdoba, Don Juan Martín de Pueyrredón, pretendía ejercer sobre ella.

Fueron tantos los conflictos que á ese respecto se produjeron, que el 2 de Octubre de 1810, la Junta de Buenos Aires se vió obligada á dictar un decreto « para cortar de raíz todos los males que debiera producir semejante conducta », en el cual determinaba las facultades respectivas del gobernador intendente de Córdoba y del Teniente gobernador de Mendoza (¹).

La ciudad de San Luis fué una de las primeras en reconocer á la Junta de Buenos Aires, nombrando como su representante á Don Marcelino Poblet, que era el Alcalde

(¹) *Registro Oficial de la República Argentina*, tomo I, página 76.



de primer voto de su Cabildo, en el momento en que estalló la Revolución.

El Comandante de las Armas de esa ciudad, Teniente Coronel José Giménez y Cuanzo, intentó mantener la reacción, apoyando al Gobernador de Córdoba Gutiérrez de la Concha; pero fué depuesto el 28 de Junio de 1810, viéndose obligado á fugar de aquella ciudad, siendo detenido en Córdoba cuando el Coronel Ortiz de Ocampo llegó allí con el ejército auxiliador.

Entre los rasgos de patriotismo individual de esta ciudad, debe citarse el del Ministro de la Real Hacienda Don José de Mayorga, que, después de entregar todos los caudales públicos que tenía para los gastos urgentes de la Expedición al Perú, ofreció su propio peculio, para el caso de que los caudales de las Cajas Reales no fuesen suficientes.

Nombrado Don Francisco Vicente Lucero comandante de las Armas por el Cabildo, renunció el cargo «no considerándose idóneo para desempeñarlo debidamente», entrando á reemplazarle el Capitán Don Juan Basilio Garro, que fué el que dió nervio y acción á las movilizaciones de fuerzas, secuestros de armas y colectas de dinero, hasta el 20 de Noviembre de 1810, en que falleció repentinamente; siendo reemplazado por Don Matías Sancho, que no logró hacerse amar del pueblo puntano, viéndose el Cabildo obligado á quejarse de él á la Junta y á adoptar, por sí, las medidas que la situación requería.

El Cabildo de La Rioja, fué, como se ha visto, uno de los primeros en demostrar su adhesión á la causa de la Revolución, siendo muchos los ciudadanos que hicieron pública manifestación de su patriotismo.

La historia ha registrado, entre ellos, el nombre de don Francisco Javier Brizuela y Doria, quien, al hacer presente sus servicios en el fomento de la industria del mineral de Famatina, ofrecía á la Junta costear el sueldo de



algunos soldados del Cuerpo de Arribeños, desde el mismo día en que se admitiera su oferta; así como también el del administrador general don José Noroña y Lozada, quien manifestaba, en un documento, lleno de entusiasmo y de adhesiones á la causa de la independencia, « estar pronto á proporcionar los caudales que necesitase la Junta de co- misión de la Expedición Auxiliadora ».

Fué tan activa la acción patriótica de La Rioja, que vale la pena de hacer notar, que el 1° de Junio de 1810, ya había hecho la elección de su diputado á la Junta Central, nombramiento que cayó en don José Nicolás Ortiz de Ocampo, que era el hermano del que ha figurado en los actos de la Primera Junta.

Otro hermano de los anteriores, don Domingo Ortiz de Ocampo, fué nombrado por el General Pueyrredón, del que dependía La Rioja, Subdelegado y Comandante de Armas y de Milicias, puesto que desempeñó desde Septiembre de 1810, y en el que contribuyó eficazmente á proporcionar elementos de tropas y dinero á la Revolución.

La ciudad de Jujuy, que intencionalmente hemos dejado para ocuparnos de ella en el último término, fué, sin duda la primera en sacrificios y en méritos en favor de la Revolución del 25 de Mayo, en los primeros días de los acontecimientos.

Colocada, por su situación territorial, en el punto de tránsito forzoso del ejército que se mandaba al Alto Perú, fué allí donde acabaron de organizar sus tropas Balcarce y Castelli para ir á vencer en Suipacha; pero fué allí, también, donde tuvo que reorganizar Belgrano los restos del ejército disperso en el Desaguadero, después de la derrota de Huaquí.

Basta enunciar estos hechos y recordar que fueron Jujuy y su campaña el teatro de todos esos acontecimientos, donde más de una vez se produjeron encuentros entre las tropas



invasoras y las que defendían el territorio actual de la República, para que se comprenda que la ciudad de Jujuy, fue una de aquellas que más contribuyeron al éxito de la Revolución, inmediatamente después de haber estallado ésta en la ciudad de Buenos Aires.

De la breve sinopsis que acabamos de hacer de la situación de las Intendencias del Virreinato del Plata que hoy forman nuestra Nación, resulta evidentemente demostrado, que el carácter de la Revolución de Mayo fué eminentemente *nacional y colectivo*, tomando parte en él, por espontánea acción de su patriotismo, todas las ciudades y todos los pueblos que se agitaban y vivían en la vasta extensión que ocupa en el mapa de América la República Argentina.

Si por razones de organización política y administrativa, la Revolución debía estallar en Buenos Aires, porque allí estaba el asiento del Virrey, que era la autoridad suprema española que necesitaba derrocar, por motivos de justicia, debe reconocerse que, sin la acción inmediata y eficiente de las demás Provincias, el movimiento inicial de la Capital, habría sido sofocado por las fuerzas que preparaban Gutiérrez de la Concha y Liniers.

Cuando ha pasado un siglo desde aquellos acontecimientos, y la posteridad se ha hecho sobre los hombres y los sucesos; cuando ya no hay pasión que pueda agitar al historiador, inclinándolo en favor ó en contra de personalidades ó de partidos, de los que se han agitado en nuestro país durante tanto años, hay conveniencia en que se haga el estudio completo de la *Historia de la República Argentina*, en todos sus detalles, á fin de que las generaciones actuales, puedan apreciar y estimar todo el mérito que tuvieron los hombres del interior y del litoral, que no estaban en Buenos Aires en los *días de Mayo*, pero que contribuyeron á hacer triunfar la causa de la independencia de la patria.

Ha llegado ya el momento en que desaparezcan los pre-



juicios que, durante muchos años, han hecho mirar, á una parte de los argentinos, como una fecha completamente *local* de la ciudad de Buenos Aires, el movimiento revolucionario del 25 de Mayo de 1810, creyendo que sólo debe festejarse como el gran aniversario nacional el 9 de Julio de 1816, en que un congreso de todas las Provincias declaraba ante el mundo la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Ese es un error histórico, que es menester rectificar por patriotismo y por amor á la fraternidad y unión de todos los argentinos.

Estaban tanto representadas las provincias en la Revolución de Mayo de 1810 como en el Congreso de 1816.

Desde los primeros momentos, son los hombres de las Provincias los que se incorporan á la Junta de Gobierno de Buenos Aires, y son esos hombres los que pesan en los consejos de los Congresos y los que deciden, muchas veces, de la sanción de las leyes y de las fuerzas de los ejércitos.

En el Centenario de la Gran Revolución, que nos ha dado la independencia, debemos reconocer que, aquella Junta que creaba el Triunvirato el 23 de Septiembre de 1811, para dar más unidad de acción al Gobierno y más eficacia á sus actos, era una autoridad eminentemente *nacional*, que encarnaba en sus miembros el alma de todos los pueblos que se agitaban, convulsionados dentro del territorio que, más tarde, había de ser la República Argentina, y que, en comunidad de ideas y de sacrificios, aspiraban y peleaban sólo por la independencia de todo ese territorio.

